HISTORIA MEXICANA

VOLUMEN LX NÚMERO 1 JULIO-SEPTIEMBRE 2010

237

Los Centenarios en Hispanoamérica: la historia como representación

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE EL COLEGIO DE MÉXICO

Fundador: DANIEL COSÍO VILLEGAS
Director: ÓSCAR MAZÍN
Redacción: BEATRIZ MORÁN GORTARI

Publicación incluida en los índices HAPI (http:/hapi.ucla.edu), CLASE (http://www.dgbiblio.unam. mx/clase.html) Redalyc (http://www.redalyc.org) y JSTOR (http://www.jstor.org)

HISTORIA MEXICANA es una publicación trimestral de El Colegio de México. *Suscripción anual*: en México, 300 pesos. En otros países, 100 dólares, más cuarenta dólares, en ambos casos, para gastos de envío.

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
correo electrónico: histomex@colmex.mx
www.colmex.mx/historiamexicana
ISSN 0185-0172
Impreso en México
Se terminó de imprimir en junio de 2010 en Imprenta de Juan Pablos, S. A.
Mexicali 39, Col. Hipódromo Condesa, 06100 México, D. F.
Composición tipográfica: El Atril Tipográfico, S. A. de C. V.

Certificado de licitud de título, núm. 3405 y licitud de contenido, núm. 2986, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas, el 30 de septiembre de 1988, y número de reserva 04-2001-011613405600 del 16 de enero de 2001

HISTORIA MEXICANA

VOLUMEN LX NÚMERO 1 JULIO-SEPTIEMBRE 2010

237

Los Centenarios en Hispanoamérica:
la historia como representación

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

VOLUMEN LX NÚMERO 1 JULIO-SEPTIEMBRE 2010

237

Archivos y Documentos

Reseñas

DECLARACIÓN DE EL COLEGIO DE MÉXICO

Los días 24 y 25 de febrero de 2010, es decir en fecha muy reciente, se celebró en El Colegio de México un encuentro internacional de revistas de historia convocado por *Historia Mexicana* con la participación activa de Red Columnaria (rcolumn@um.es). Bajo el título "Escribir y leer: lengua, autoridad y plataforma tecnológica en revistas de historia", abordamos los problemas que nos parecen más relevantes en este momento de nuestra disciplina y de nuestro trabajo como académicos y editores de revistas: ¿Qué textos tienen autoridad? ¿Qué idiomas tienen más autoridad para transmitir el conocimiento histórico? ¿Cómo recuperar la autoridad de un artículo en una revista de historia? ¿Tiene un artículo en "internet" la misma autoridad que en papel?

Los análisis y consideraciones de historiadores, editores, bibliómetras, lingüistas y gestores científicos de México, Brasil, Estados Unidos y España, han dado lugar a las conclusiones aquí expuestas. Son de la mayor importancia, pues

se refieren tanto a la evolución del saber histórico, como al papel ejercido por las instituciones públicas.

El diagnóstico es preocupante y por eso se impone una reflexión previa. Reiteremos que la situación aquí referida no obedece solamente a la evolución del quehacer histórico, sino a imperativos desprendidos de otras experiencias. Hemos corroborado la adaptación curricular de los historiadores a criterios de validación y autoridad propios de otras disciplinas en detrimento de sus propios usos científicos. También hay contradicciones entre la valoración académica y el valor científico de la producción historiográfica, mismas que son asumidas de manera acrítica por los organismos públicos o privados de evaluación. De igual forma, y como corolario de estas políticas, es también preocupante la marginación del español y del portugués como lenguas de comunicación científica entre comunidades nacionales hispano y luso hablantes.

No se trata simplemente de denunciar una política científica deficiente o la hegemonía más o menos ficticia de las revistas anglófonas. Tampoco suponemos que las historiografías nacionales sean el ámbito adecuado para responder a las necesidades de una ciencia histórica globalizada. Esto último es patente cuando se verifica, como se ha hecho en este Coloquio, que los niveles de interacción efectivos entre las historiografías nacionales son muy limitados y generalmente decepcionantes, más allá de la retórica al uso.

Todas estas realidades están interrelacionadas y las políticas científicas deberían encaminarse a corregirlas, no a ahondarlas. No sólo está en juego la reducción a un papel subalterno de las historiografías del mundo hispánico-portu-

gués y de los foros e idiomas que las expresan. Lo está asimismo la inexistencia de una verdadera comunidad de estudiosos que, de hecho, cuenta con una masa crítica suficiente para ejercer un liderazgo regional fuerte con proyección planetaria. No podemos negar los problemas de nuestras historiografías o definir un marco ayuno de reconocimiento oficial. Queremos contribuir a resolver aquéllos y llegar a participar en pie de igualdad con historiografías ahora hegemónicas.

Los puntos que siguen son un diagnóstico de los problemas vigentes. Incluyen, además, las líneas de intervención pública que deberían asumir las instituciones encargadas del reconocimiento académico a fin de estimular, facilitar y articular la comunidad científica a que aspiramos.

A. PROBLEMAS DE VISIBILIDAD

1.- En un contexto cada vez más globalizado, el incremento en la producción historiográfica en lenguas española y portuguesa cuenta con una visibilidad sumamente reducida. En cambio, la producción en lengua inglesa se halla provista de numerosos índices de evaluación y de páginas electrónicas, motivo por el cual la producción en español y portugués queda automáticamente devaluada. Consecuentemente, es imprescindible construir una comunidad en lenguas española y portuguesa.

2.- Los cambios historiográficos de las décadas de 1980 y 1990 han contribuido al crecimiento de la valoración de la lengua inglesa a expensas de otras lenguas antes relevantes (francés, alemán y en cierta forma italiano). Esa transformación se halla potenciada y acelerada por la validez de los

trabajos publicados en inglés, la visibilidad de sus ediciones y el potencial de sus instituciones académicas. Pero sobre todo, ya en el siglo XXI, por la importación de los índices de valoración de revistas elaborados en el mundo anglosajón a ámbitos de lenguas española y portuguesa. Un estudio de la construcción de jerarquías en esos índices o listados muestra la presencia de una fuerte autoreferencialidad típica de toda disciplina académica monolingüe y nacional. Este hecho se traduce en la sobrestimación del impacto efectivo de los trabajos consignados en dichos indicadores. Es más, tales índices presentan una jerarquía pintoresca según la cual revistas con impacto meramente anglosajón alcanzan mejores posiciones que publicaciones de mayor proyección en francés o alemán; denotan igualmente la ausencia de publicaciones de prestigio reconocido. Los intentos de corrección nacional o regional (particularmente de la Unión Europea) de esos listados no han asumido la construcción de una comunidad científica hispana y luso hablante. En el mejor de los casos, se han preocupado por incorporar sus publicaciones en nuevos índices que simplemente complementan los ya referidos.

3.- La consecuencia es clara y preocupante. La tendencia a la formalización extrema de la valoración de los espacios de edición coincide de manera simbiótica con la aplicación, por parte de las autoridades, de medidas de producción para la identificación y evaluación de los currícula personales. El resultado es una presión enorme sobre los académicos para que publiquen en revistas reconocidas arbitrariamente como de calidad y excelencia. Ya se ha visto que esto induce la migración de los buenos trabajos. Supone igualmente una de-

valuación de los ámbitos tradicionales de expresión rayana en la invisibilidad.

4.- Las historiografías en lengua española y portuguesa son particularmente vulnerables a esta situación. Aun si somos optimistas, los niveles de interconexión entre ellas son bajos. Las respuestas a las presiones evocadas han sido desordenadas y se fincan sobre bases nacionales. A estas alturas de la globalización científica, casi sobra recordar que las comunidades académicas nacionales precisan reforzar su integración regional e internacional.

5.- Es urgente, por lo tanto, la intervención decidida de las autoridades públicas a fin de contribuir a transformar esta situación. Se impone, primero, construir criterios de evaluación objetiva de las publicaciones de calidad. Hay que recordar que los índices utilizados actualmente para el reconocimiento científico (por ejemplo, para los niveles del SNI en México o los sexenios en España) contribuyen a todo lo contrario: se hallan fundados en esquemas nacionales, europeos (ERIH) o anglosajones. Como tales, dan lugar a ámbitos de publicación muy cerrados. Por lo tanto, los autores se ven impelidos a no publicar en revistas de otros países del ámbito iberoamericano, dada la falta de evaluación positiva de sus trabajos. La consecuencia es evidente: se refuerza el carácter marginal de comunidades académicas que sólo entran en contacto entre sí mediante la lectura de revistas anglosajonas. La corrección de esta tendencia parece sencilla: establecer un índice de valoración común, extremadamente riguroso en su evaluación, que incluya revistas de los países iberoamericanos en los repertorios de cada ámbito académico. De esta forma resultaría académicamente redituable,

para autores de diversa procedencia nacional en el mundo iberoamericano, tener presencia editorial en estas otras revistas. Incrementar en ellas la concurrencia y el valor científico contribuiría a la formación de una verdadera comunidad científica. La existencia de plataformas de revistas puestas ya en Internet, así como de mapas del conocimiento parece demostrar que es ésta la vía de trabajo adecuada.

B. NECESIDAD DE DEFINIR UN MARCO PERTINENTE PARA VALORAR Y EVALUAR LOS TRABAJOS DE HISTORIA

6.- El deseo de formalizar las evaluaciones en humanidades ha llevado a importar los modelos de análisis característicos del impacto de las ciencias naturales y "duras", ámbito éste caracterizado, además, por la hegemonía científica anglosajona. Así, los medios nacionales y regionales, incluso las universidades, experimentan la presión derivada de utilizar esos mecanismos de evaluación propios de los índices anglosajones con las consecuencias nefastas ya evocadas. La falsa apariencia de una mayor cientificidad por parte de aquellas disciplinas potencia tales índices o listados, así como las revistas anglosajonas de manera autónoma a su propia acción. Sorprende que, paradójicamente, la devaluación de los medios de comunicación científica en portugués y español proceda más de los propios ámbitos nacionales (por ejemplo de las entidades públicas de evaluación), que de las exigencias del mercado historiográfico.

7.- Para corregir esta situación en vista de que en historia no hay criterios de evaluación propios de la disciplina, la comunidad a la que aspiramos ha de poder distribuir y pro-

mover los materiales a través de la creación de sus propios índices. Otra de sus tareas prioritarias tiene que consistir en elaborar unos mismos criterios no derivados de otras áreas del conocimiento (ciencias naturales y físico-matemáticas) como los que hasta ahora prevalecen en las instancias oficiales evaluadoras.

8.- No olvidemos que la historia es una disciplina que ha forjado sus reglas en los últimos dos milenios y medio. Consecuentemente, antes de importar nuevas formas de valoración y de declarar obsoletos los criterios propios, es necesario discernir los elementos que deben conservarse de aquellos que es preciso renovar ante la internacionalización de la investigación. También recordemos que las explicaciones en historia tienen una vigencia mucho mayor que en otros campos del saber. Un caso evidente es que se han soslayado los libros y las reseñas y privilegiado los artículos de revistas, siendo aquéllos tipos textuales esenciales para la producción y la transmisión del conocimiento histórico.

9.- Debemos exigir que los criterios de evaluación y los índices en historia sean construidos con fundamento en la crítica de los procedimientos vigentes; en la calidad y no en el número de citas. La formulación de nuestros reclamos debe desde luego asumir los rasgos más sobresalientes de la disciplina: los hechos singulares, la dispersión de la producción, su diversidad regional y lingüística, así como la mayor vigencia de sus contenidos.

10.- Concluyamos. Corresponde a las entidades públicas escuchar iniciativas como esta y asumirlas, dada la necesidad de estimular la producción historiográfica en el ámbito de las lenguas española y portuguesa. A ese efecto sería ade-

cuado integrar un comité internacional de ciencias históricas y literarias que establezca criterios rigurosos de evaluación válidos en todos los países (al menos los del mundo iberoamericano) y fincados en las tradiciones científicas propias. Dicho comité debe estimular acciones concretas como el establecimiento de redes de historiadores, una mayor presencia en Internet y la justipreciación de los materiales publicados en el ámbito iberoamericano. Se ha de estimular, en fin, la publicación de artículos cuya temática no se limite al ámbito nacional inmediato en aquellas revistas de países iberoamericanos que aspiren a la consideración por parte de revistas de impacto internacional.

Se adhieren a esta Declaración:

América Latina en la Historia Económica	Guillermina del Valle Pavón
Arqueología mexicana	Nieves Noriega de Autrey
Desacatos	Camila Pascal
Estudios de historia moderna y contemporánea	Marcela Terrazas
Estudios de historia novohispana	Carmen Yuste Iván Escamilla
Historia Mexicana	Óscar Mazín
Historia social	José Antonio Piqueras
Historia y Grafía	Alfonso Mendiola
Historias	Esteban Sánchez de Tagle
Hispania	Rafael Valladares

Hispanic American Historical Review	Paul Eiss
Istor	Jean Meyer
Latindex	José Octavio Alonso Gamboa
Letras Históricas	Celina Becerra
Nueva Revista de Filología Hispánica	Luis Fernando Lara miembro de la Comisión Editorial
Proyecto bibliográfico y hemerográfico, ALEF	Fernando Escalante Gonzalbo
Red Columnaria	José Javier Ruiz Ibáñez
Redalyc	Rosario Rogel Eduardo Aguado
Relaciones	Herón Pérez Martínez
Secuencia	Claudia Pardo
Tempo	Ronald Raminelli
Tzintzún	Claudia González Gómez
Biblioteca "Daniel Cosío Villegas"	Víctor Cid Eduardo Ruvalcaba

PRESENTACIÓN

LOS CENTENARIOS EN HISPANOAMÉRICA, LA HISTORIA COMO REPRESENTACIÓN

En torno a 1910 una serie de naciones americanas (Argentina, Colombia, Chile, Ecuador, México, Paraguay[1] y Venezuela) nacidas de la disgregación de la antigua monarquía católica celebraron sus primeros 100 años de vida independiente. Si toda conmemoración tiene algo de arbitrario, por qué celebrar los 100 años y no los 75 o los 125, en este caso la arbitrariedad era aún mayor. En sentido estricto ninguna de ellas había proclamado su independencia en 1810,

[1] El caso de este país resulta un tanto complicado. Si en principio se pensó celebrar el Centenario en 1911, dentro por lo tanto del grupo de los que lo hicieron en torno a 1910, posteriormente el gobierno, acosado por una grave crisis política y económica, decidió posponer la conmemoración hasta 1913, con el argumento de que la revolución de 1911 se había hecho en nombre del rey de España, no de la independencia política. Hubo, sin embargo, algunos actos conmemorativos en 1911, motivo por el que se le ha incluido entre las naciones que celebraron el Centenario en torno a 1810. Es obvio que el argumento de que la revolución de 1811 se había hecho en nombre del rey y no de la nación podría haberse utilizado en cualquiera de los otros países. Fue, sin duda, una decisión política y no histórica.

en algunos casos ni siquiera el Estado que la conmemoraba había nacido de la ruptura con España, sino con un Estado vecino y la interpretación de lo ocurrido en ese año, tal como ha mostrado la historiografía posterior,[2] difícilmente puede reducirse a una guerra de liberación nacional. La imaginación de 1810 como el año de la independencia fue, en todos los países concernidos, el resultado de complejas negociaciones histórico-políticas sobre la memoria, parte del proceso de construcción nacional y no sólo una conmemoración histórica.

El nacimiento de las naciones contemporáneas se inscribe en el tiempo nebuloso de la larga duración y no en el preciso de fechas y efemérides de la corta. Lo ocurrido en el mundo hispánico a principios del siglo XIX, a uno y otro lado del Atlántico, no fue el desplazamiento de un poder nacional por otro sino algo más complejo y de mucho mayor calado histórico, la desaparición de una forma de legitimidad política de carácter dinástico-religioso y su sustitución por otra en la que la nación ocupó el lugar del rey como fuente del poder. Una crisis civilizatoria de fechas imprecisas más que una sucesión de guerras de liberación nacional. El fin de la monarquía católica, una estructura política de carácter anacional, se inicia simbólicamente con la cri-

---

[2] Habría que precisar que las dudas sobre el carácter independentista de los sucesos de 1810 no son un descubrimiento de la historiografía revisionista de las últimas décadas. A lo largo del siglo XIX fueron varios los autores que cuestionaron esta interpretación. Quizás el caso más llamativo sea el del venezolano Laureano Vallenilla Lanz, quien, en plena conmemoración del Centenario, desató una agria polémica en su país al afirmar, y defender en varios artículos, que la llamada guerra de independencia venezolana había sido una guerra civil. Véase en este mismo número el artículo de Luis Ricardo Dávila.

sis dinástica de 1808, no en 1810, cabría preguntarse incluso si no mucho antes, en el momento en que, en el contexto de la feroz competencia de una sociedad asocial,[3] comenzó a mostrar una clara debilidad para seguir manteniendo la lucha por la hegemonía en la que estaba embarcada; y la construcción de los Estados-nación hispanoamericanos no se concluye, con variaciones de unos a otros, hasta bien entrado el siglo XIX, en general con fechas que se acercan más al último cuarto de siglo que al primero. Las naciones en Hispanoamérica no fueron la causa de las guerras de independencia sino su consecuencia, el resultado de procesos en cuyo desencadenamiento la conquista de la soberanía política nacional jugó un papel secundario, si es que jugó alguno. Una consecuencia demorada en el tiempo y en la que resulta difícil establecer fechas precisas y concretas. Primero se proclamó la soberanía política, en ningún caso en 1810, y sólo más tarde se comenzó a imaginar posibles naciones sujetos de aquella. Las conmemoraciones de 1910 fueron parte de un complejo proceso de legitimación política que permitió afirmar justo lo contrario de lo que había ocurrido. Los distintos Estados proclamaron la preexistencia de unas naciones que sí habrían sido la causa de las guerras de independencia. Rememoraron una epopeya en

---

[3] Así define Kant la multipolaridad de la Europa noroccidental de su época, una situación posiblemente única en términos históricos que condujo a un interminable y feroz enfrentamiento entre las grandes monarquías europeas, con la guerra de los Siete Años, un conflicto de carácter planetario en la que la monarquía católica mostró una clara debilidad, como uno de sus episodios centrales y determinantes. Para un análisis global de estos aspectos véase TILLY, *Coercion, capital and Eurepean States.*

la que las naciones americanas se rebelaban contra el dominio despótico de España para conquistar su libertad e independencia. La culminación de un proceso de reescritura de la historia que convertía a las naciones en las grandes protagonistas de los episodios de un siglo antes.

La celebración de los Centenarios, en realidad, nos dice muy poco sobre lo ocurrido en 1810 pero mucho sobre el devenir histórico de los 100 años siguientes. Fue mucho más que una conmemoración. Historia ellos mismos, los Centenarios son parte del proceso de construcción nacional iniciado en la segunda década del siglo XIX. El broche de oro final que culmina el largo y tortuoso camino de invención de comunidades imaginadas de tipo nacional en lo que un siglo antes eran todavía sólo divisiones administrativas de una estructura estatal, la monarquía católica, en la que habían carecido, de manera general, de cualquier tipo de densidad política. Las fiestas del Centenario pierden así para el historiador su carácter de meros eventos político-culturales para convertirse en una preciada fuente, mejor vestigio,[4] de las características y problemas del proceso de construcción nacional en Hispanoamérica, uno de los más tempranos y exitosos del mundo contemporáneo.

Este número monográfico se propone una relectura de los Centenarios de la independencia en los diferentes países, a partir de estas propuestas y en dos grandes bloques temáticos. El uno tiene que ver con los debates político-ideológico-cultural-historiográficos que tuvieron lugar en torno a las celebraciones, los discursos de los centenarios; el

[4] Sobre el concepto de vestigio, opuesto al de fuente, véase PÉREZ VEJO, "El uso de la imágenes como documento histórico", pp. 151-152.

otro con las ceremonias, erección de monumentos e intervenciones urbanas hechas durante la conmemoración, las imágenes de los Centenarios.

Voluntariamente se ha limitado el estudio a aquellas naciones en las que las celebraciones tuvieron lugar en torno a 1910-1911, dejando fuera a aquellas otras en las que la conmemoración se celebró a partir de 1920. Al margen de que la elección de una u otra fecha está ya preñada de significados históricos, por poner un ejemplo obvio, en México no es lo mismo celebrar la independencia con el Plan de Iguala que con el grito de Dolores, la segunda década del siglo XX fue pródiga en acontecimientos internacionales, desde la Gran Guerra a las revoluciones rusa y mexicana, que variaron radicalmente tanto las perspectivas sobre el futuro como las miradas sobre el pasado, por lo que las claves de las conmemoraciones fueron ya relativamente diferentes. Las fiestas de 1910 marcaron, en muchos sentidos, el fin de una época histórica en América Latina y el comienzo de otra. Un tiempo de cambio que cierra un siglo XIX largo, el de las burguesías liberales, y abre otro, el de la irrupción de las masas en la historia y la conversión del problema social y las clases populares en parte del debate político.[5]

El objetivo, tanto del estudio de los discursos como del de las imágenes, es reconstruir el contexto político-ideológico de las fiestas de los Centenarios y su significado histórico. Las conmemoraciones no como un hecho aislado sino

[5] Esto no quiere decir que 1910 fuera un parte aguas exacto, los problemas que estallarán a partir de este año se venían gestando ya desde finales del siglo anterior. La simbólica masacre de Santa María de Iquique en Chile, por ejemplo, tuvo lugar tres años antes de la celebración del Centenario chileno.

como culminación de un proceso de invención nacional, desarrollado a lo largo de un siglo, del que aquellas serían su expresión más precisa y acabada. No es necesario precisar que, desde la perspectiva aquí planteada, tiene el mismo valor el discurso que se emite a través de la palabra o el texto escrito que el transmitido por las imágenes de ceremonias, monumentos públicos o espacios urbanos; tampoco que la distinción entre uno y otro es sólo una estrategia metodológica de análisis y que ambos, como se puede comprobar en la mayoría de los trabajos que siguen, se encuentran inexplicablemente unidos sin que se pueda, en la mayoría de los casos, delimitar dónde acaba uno y dónde comienza otro.

LOS DISCURSOS

La celebración del primer Centenario de las independencias fue el momento oportuno para intentar zanjar dos grandes dilemas sobre el ser de las naciones hispanoamericanas. El primero tenía que ver con el qué somos, que dado el fuerte componente historicista de la cultura decimonónica se convirtió inevitablemente en un de dónde venimos; el segundo, con el hacia dónde vamos, el futuro que nos espera en el concierto de las naciones del mundo.

Este último no planteó demasiados problemas. En el inicio del segundo siglo de vida independiente las naciones del continente mostraron unanimidad casi absoluta sobre el futuro esplendoroso que se abría ante ellas, con las últimas décadas del siglo anterior ya como prolegómeno evidente. La fe en el progreso resultaba incuestionable. Las conflagraciones civiles que habían ensangrentado el continen-

te parecían haber llegado a su fin[6] y los aspectos negativos de la herencia colonial, que se confundía con la del antiguo régimen, parecían definitivamente conjurados.

La presencia de críticas "regeneracionistas", con variaciones de intensidad en los distintos países y que, generalmente tienen como punto de partida el análisis de la iniquidad social y las malas condiciones de vida de las clases populares, apenas lograron empañar la fe en el avance del progreso y de la civilización. La constatación de carencias educativas y sanitarias o de la debilidad del desarrollo económico tienen más el sentido de búsqueda de soluciones que de verificación de fracasos. La "conquista de la civilización" era, en todos los países, un objetivo cercano y posible.

El único motivo de disenso importante fueron las polémicas en torno a las políticas migratorias. La correlación inmigración-progreso, resultado tanto del mito de las riquezas naturales sin explotar como del ejemplo de Estados Unidos, se convirtió poco menos que en un axioma. La consecuencia fue el desarrollo de activas políticas inmigratorias, que no siempre resultaron exitosas. La gran excepción fue Argentina, no por casualidad el espejo del progreso en el que todas las demás naciones hispanoamericanas se miraron. La Argentina de 1910 se ofrecía al resto del continente como el país que había logrado triunfar en la carrera de la civilización y el crecimiento económico gracias a sus acertadas políticas inmigratorias. En aquellos países en que el éxito inmigratorio fue, por el contrario, menor del esperado, caso

[6] En algunos casos en fechas realmente cercanas, por ejemplo en Colombia donde la guerra de los Mil Días apenas terminaba de concluir en 1902.

de México, el debate sobre los motivos de este fracaso fue intenso. Siempre entremezclado con el que tenía que ver con el problema de la población indígena, su integración en la vida nacional y sus aptitudes para la vida civilizada.

Al margen de estas disensiones, menores, la fe en un futuro mejor fue monolítica en todo el continente. Nadie parecía poner en duda que las Repúblicas hispanoamericanas ocupaban por fin el lugar que les correspondía entre las naciones civilizadas del planeta y que en él iban a seguir. Eran las protagonistas de la historia, no sus víctimas, y las conmemoraciones fueron la ocasión óptima para exhibirse ante el mundo como campeonas del progreso y de la modernidad. Un siglo después, fracaso económico, teorías de la dependencia y venas abiertas de por medio, la mayoría del continente ha asumido su papel de víctima en el concierto internacional. No fue ésta, sin embargo, la situación en 1910 cuando las élites del continente se veían formando parte de los ganadores de la historia y como tales se exhibieron ante el mundo.

Los Centenarios fueron el escaparate en el que mostrar el nivel de progreso alcanzado y el, todavía más alto, que se esperaba alcanzar en años venideros. Las naciones americanas se imaginaban como el futuro de la humanidad y como tales se exhibieron en el escenario de las conmemoraciones. Por supuesto con diferencias significativas. No era lo mismo, por poner dos ejemplos cercanos en el espacio pero claramente contrapuestos en su evolución histórica, la pujante, exitosa y abierta al mundo Argentina de comienzos del siglo XX que el atrasado y aislado Paraguay, pobre, apenas recuperado de las secuelas de la desastrosa guerra contra la Triple Alianza y aquejado de una endémica inestabilidad política.

Más problemático resultó el qué somos. El intenso proceso de nacionalización llevado a cabo por los Estados hispanoamericanos desde el mismo momento de la independencia, pioneros, tal como vio Anderson, en el problema de imaginar una nación,[7] resultó especialmente complejo. Como ya he explicado con más detenimiento en otras ocasiones,[8] la invención de naciones en los territorios americanos de la monarquía católica tuvo que hacer frente al hecho de que los autores de las independencias, y como consecuencia los forjadores de las nuevos Estados-nación, fueron los descendientes biológicos y culturales de los antiguos conquistadores. Las fronteras identitarias nacionales (lengua, raza y cultura) no sólo eran difusas sino que tendían a confundirse con las de la antigua monarquía. Una situación que, unida a la complejidad de las relaciones étnicas en el interior de las nuevas soberanías políticas, volvió difícil el recurso a una nación intemporal, heredera de imaginadas naciones prehispánicas previas; pero también el de la

---

[7] La postura de Anderson a este respecto resulta un tanto ambigua, si bien es cierto que en el prefacio de la segunda edición de su obra afirma tajantemente "It had been part of my original plan to stress the New World origins of nationalism", no lo es menos que, en sus propias palabras, "the crucial chapter on the originating Americas was largely ignored", motivo por el que se vio obligado a rtítular en la nueva edición el capítulo IV "Creole Pioneers". ANDERSON, *Imagined Communities*, p. xiii. No creo que el problema sea sólo, también según sus propias palabras, de "Eurocentric provincialims" sino, sobre todo de que el capítulo de "Creole Pioners" resulta en gran parte fallido, probablemente por las características de las propias fuentes que usa, básicamente un viejo, y envejecido, texto de Jonh Lynch de 1973, *The Spanish-American Revolutions, 1808-1826.*

[8] Véase en particular la introducción y las conclusiones del libro PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano.*

continuidad con la tradición hispánica. El primero tenía en su contra la filiación étnica y cultural de las élites del continente; el segundo la identificación mundo virreinal/antiguo régimen y el de una independencia que se había hecho contra unos "españoles" a los que se había buscado, ya desde muy pronto, convertir en el otro absoluto.

La pulsión "prehispanista" recorrió el continente con mayor o menor intensidad durante las primeras décadas de vida independiente, del "Se conmueven del Inca las tumbas,/y en sus huesos revive el ardor,/lo que va renovando a sus hijos/de la Patria el antiguo esplendor" de la *Marcha patriótica* de Buenos Aires,[9] posterior himno oficial argentino, al "Ya revive la patria querida/De los Incas, los hijos del sol/El imperio del gran Montezuma/De los Zipas la antigua nación" del himno neogranadino de José María Salazar.[10] Acompañada casi siempre de una más o menos explicita hispanofobia, exacerbada, primero, por el carácter extremadamente cruel y sangriento de las guerras de independencia,[11] característica común de cualquier guerra civil; y después por el tardío reconocimiento por España de

---

[9] Encargo de la Asamblea General Constituyente fue escrita por Vicente López y Planes en 1813.

[10] Fue compuesto en 1815 con la voluntad de convertirse en himno nacional "Hasta ahora no habíamos tenido una *Canción Nacional*, y juzgamos que ésta, acompañada de una música que le sea digna podrá servir para abrir la escena de los combates". *Argos de la Nueva Granada* (26 de nov. 1815).

[11] La ya citada *Marcha patriótica*, por ejemplo, incluye estrofas tan poco dudosas como las siguientes "¿No los veis [a los españoles] sobre Méjico y Quito/arrojarse con saña tenaz?/¿Y cual lloran bañados en sangre/Potosí, Cochabamba y La Paz?/¿No los veis sobre el triste Caracas/luto y llantos y muerte esparcir?/¿No los veis devorando cual fieras/todo pueblo que logran rendir?".

las nuevas naciones,[12] la continuidad de la presencia española en Cuba y Puerto Rico y las intervenciones militares españolas en el continente (desembarco de Barradas en México, 1829; anexión de la República Dominicana, 1861; expedición de Prim a México, 1862; Guerra del Pacífico o Guerra contra España, con Chile y Perú, 1864-1871; etc.). Factores todos ellos que, lógicamente, fueron interpretados del lado americano como pruebas de la voluntad de reconquista de un Estado, el español, que se imaginaba, y se asumió, heredero de la antigua monarquía.

Las décadas finales del siglo XIX cambiaron radicalmente la situación. El racismo "científico" se volvió hegemónico entre las élites hispanoamericanas que, como consecuencia, se mostraron mucho más proclives a asumirse herederas de una raza "superior", la de los conquistadores, que de unas razas "inferiores", las indígenas, cuya baja "calidad genética" fue deplorada una y otra vez en textos y discursos. La reivindicación de lo indígena, presente en algunos textos de la época, es siempre la del indio muerto, no la del contemporáneo. Como consecuencia, la proclamación de la raza española como fundamento de nacionalidad, patrimonio casi exclusivo de los conservadores durante las primeras décadas de vida independiente, se generalizó, aunque frecuentemente bajo la denominación de raza latina y nacio-

---

[12] A pesar del goteo de reconocimientos previos (México, 1836; Ecuador, 1840; Chile, 1844; Venezuela, 1845; Bolivia, 1847; Costa Rica y Nicaragua, 1850; Argentina, 1859; Santo Domingo, 1855; Guatemala, 1863; y Perú y Salvador, 1865) se podría afirmar que por parte de los sucesivos gobiernos españoles no hubo una voluntad clara de reconocimiento de la soberanía de los nuevos Estados hasta entrada la segunda mitad de la década de los sesenta.

nes latinas, que permitía obviar la tradicional hispanofobia presente todavía en algunos sectores socio-políticos y satisfacer la francofilia de las élites hispanoamericanas de finales del siglo XIX y principios del XX.

La política española hacía los antiguos territorios de la monarquía en América sufrió también cambios importantes. Factores como el fracaso de la llamada "política de prestigio" de comienzos de la década de los sesenta (intervenciones en Santo Domingo, México y el Pacífico) o la intensificación de los flujos migratorios españoles hacia América llevaron a un hispanoamericanismo de nuevo cuño, con un fuerte componente de "imperialismo de sustitución",[13] en el que España comenzó a imaginarse como parte de una comunidad cultural hispanoamericana, con un cierto papel rector pero carente ya de la voluntad de dominio anterior.[14] Un proceso que llegaría a su culminación con la derrota del 98 y la pérdida de las últimas colonias españolas en América.

La confluencia de todos estos factores llevó a que las conmemoraciones estuvieran marcadas por el signo de la reconciliación con España, refrendado por el gobierno español con el envío de embajadores extraordinarios a Argentina, México, Chile y Venezuela.[15] El recibimiento

---

[13] Para este concepto véase PÉREZ VEJO, "La construcción de México".

[14] Sobre el hispanoamericanismo español véase SEPÚLVEDA, *El sueño de la madre patria*.

[15] La que mayor impacto social tuvo de estas embajadas extraordinarias fue la de Argentina, presidida por un miembro de la familia real, la infanta Isabel. En los demás países se prestó también especial atención a la presencia de los representantes españoles, todos con alguna relación específica con América. El Marqués de Polavieja, enviado a México, era hijo de una mexicana y nieto de un miembro de la Audiencia de México;

dispensado a éstos, tanto por las autoridades como por el público, fue particularmente cordial, hasta el punto de que en Argentina la numerosa colonia italiana llegó a protestar por el lugar secundario reservado al embajador de Italia en relación con la representante de España, la infanta Isabel. No menos efusivo fue el recibimiento dispensado a Rafael Altamira, uno de los principales abanderados del nuevo hispanoamericanismo, en su periplo americano de finales de 1909 y principios de 1910.[16] Los agasajos fueron continuos a lo largo de todo el viaje, también los comentarios favorables a sus discursos y conferencias. La única excepción significativa fue la del cubano Fernando Ortiz, Cuba era un caso particular ya que en 1910 apenas habían pasado 12 años del fin de su sangrienta guerra, quien rechazó el panhispanismo de Altamira acusándolo de buscar la "reconquista de América".[17]

Las fiestas del Centenario tuvieron un fuerte componente de reencuentro con España y, sobre todo, con el pasado hispánico, de reconciliación con la antigua metrópoli pero también, y quizás sobre todo, de reconciliación con el pasado español como elemento de nacionalidad. Una especie de panhispanismo orgánico, cercano en cierta medida al pan-

el Duque de Arcos, Chile, había sido embajador en Santiago; y el Conde de Cartagena, Venezuela, era nieto de Morillo, el que había sido temido jefe de las tropas realistas en esta antigua Capitanía General.

[16] Entre junio de 1909 y marzo de 1910 viajó dando conferencias por Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba. Para este viaje véase el relato que del mismo hizo el propio Altamira. ALTAMIRA, *Mi viaje a América*.

[17] En 1910 Fernando Ortiz recopiló sus artículos en contra de Altamira bajo el significativo título de *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*.

germanismo y paneslavismo de la época, que explica el ya comentado éxito de Altamira, un autor cuyo organicismo cultural bebe directamente del pensamiento alemán. Fueron muchos los pensadores americanos que en ese momento volvieron su mirada a la tradición española para buscar en ella hasta los orígenes de las propias revoluciones de 1810;[18] más todavía los que plantearon que las celebraciones eran también el momento del reencuentro con España. Tal como afirma Rebecca Earle, "Spanish America thus entered its second century of independence largely reconciled with its Spanish heritage".[19] Un reencuentro no exento de dificultades, en particular en aquellos países de fuerte presencia indígena en los que la reivindicación de la herencia española parece conllevar siempre un inevitable rechazo de la india,[20] aunque en general se podría afirmar que el indio y lo indígena fueron los grandes ausentes en las celebraciones de los Centenarios. El conflicto de memorias, posiblemente también étnico, fue sin embargo de cierta intensidad. Está detrás del importante lugar que España y lo español ocuparon en las polémicas americanas de en torno a 1910, que en algunos casos (México y Paraguay) se resolvió con la reivindicación del mestizaje y la conversión del mestizo en la "raza" nacional; y en todos con una paradójica exaltación, al mismo tiempo y sin solución de continuidad, de

---

[18] Véase por ejemplo el ensayo ganador del concurso convocado por la ciudad de Caracas para conmemorar el Centenario de la independencia de Laureano Vallenilla Lanz, analizado en este mismo número por Luis Ricardo Dávila.

[19] EARLE, "Padres de la Patria and the Ancestral Past", p. 804.

[20] Véase el estudio que del caso de México hace Mauricio Tenorio Trillo en TENORIO TRILLO, "Mexico City: Space and Nation".

la herencia española y de los héroes que habían roto con España. Los panegíricos a los caudillos de la independencia se entrelazan con los de las glorias de España en discursos, versos y textos históricos, especialmente en aquellos países con mayor presencia de inmigrantes españoles. Todo ello en el contexto de una orgía de nacionalismo que encontró campo abonado a uno y otro lado del Atlántico.

Los debates sobre qué somos cristalizaron en torno a esos años en una importante producción historiográfica,[21] pero también sobre todo en una continua presencia de la historia en la vida pública (discursos, artículos de prensa, etc.). En ellos se dirimieron aspectos tan distantes como el desarrollo de las guerras de independencia o el origen de las distintas naciones. El primero obligó a elegir entre unos héroes y otros ya que, en muchos casos, resultaba extremadamente difícil fijar una historia lineal en el interior de un proceso en el que los papeles de héroes y villanos tendían a confundirse, si el consumador de la independencia mexicana, Iturbide, había acabado sus días ejecutado por sus propios connacionales, en el otro extremo del continente, San

[21] Algunos ejemplos de esta producción pueden verse en los artículos dedicados en este mismo monográfico a cada uno de los países. Sólo por citar algunos, en Argentina, *Historia constitucional de la República Argentina* (1910), *Historia de la educación primaria en la República Argentina 1810-1910* (1910), *Manual de la Historia Argentina* (1910), *Los mensajes [Texto impreso]: historia del desenvolvimiento de la nación Argentina redactada cronológicamente por sus Gobernantes: 1810-1910* (1910); en Chile, *Breve compendio de la historia de Chile y biografías de padres de la Patria* (1910); en México, *Documentos históricos mexicanos* (1910); en Paraguay *La República del Paraguay en su primer Centenario 1811-1911* (1911) y *Estudio sobre la independencia de Paraguay* (1911); en Venezuela, *Historia Contemporánea de Venezuela* (1909).

Martín, el héroe indiscutido, lo había hecho en un más o menos voluntario exilio; el segundo, a volver a plantearse el lugar que el mundo prehispánico y el español tenían en la configuración de las nuevas naciones.

LAS IMÁGENES

Las imágenes de las conmemoraciones de los Centenarios estuvieron, no podía ser de otra manera, estrechamente imbricadas con los discursos, hasta el punto que no parece arriesgado afirmar que fueron su continuación por otros medios. Una continuación que, sin embargo, ofrece información sobre aspectos muchas veces ausentes o presentes de manera menos explícita en los discursos de las palabras. Cabalgatas históricas, monumentos e intervenciones urbanas sirvieron para mostrar al mundo en general y a sus propios ciudadanos en particular, el alto nivel de progreso y civilización logrados en los 100 primeros años de vida independiente; también para afirmar, de forma a menudo enfática y grandilocuente, lo que la nación era. Un discurso en imágenes de gran fuerza emotiva que quiso fijar en una versión canónica lo que la independencia había sido y significado.

La inauguración de edificios públicos, pavimentaciones, sistemas de transporte, alumbrado y alcantarillado en las capitales y principales ciudades de cada uno de los países,[22] y la creación de instituciones de cultura (academias, escue-

[22] De manera particular en las capitales. Los Centenarios tuvieron un fuerte sesgo "capitalino" que sirvió para afirmar el lugar rector de las ciudades-capital en la imaginación de la nación.

las, bibliotecas) mostró al mundo la imagen de unos países decididamente instalados en el camino del progreso y la civilización. La publicación de lujosos álbumes con grabados y fotografías de estas ceremonias y de las obras inauguradas difundió, tanto hacia el interior como hacia el exterior, esta imagen exitosa.

La fiebre conmemorativa llenó el continente de monumentos en piedra y bronce. Imágenes enfáticas y grandilocuentes en las que los americanos se contaron a sí mismos y al mundo de dónde venían o, lo que es lo mismo, quiénes eran. Esta historia de bronce, en el sentido literal del término, tuvo dos vertientes diferenciadas. Una tuvo que ver con la erección de monumentos conmemorativos por parte de los propios Estados; otra con los ofrecidos por las distintas colonias extranjeras como homenaje a los países en que vivían.[23] Los primeros, resultado de arduas negociaciones sobre la memoria, tuvieron un claro componente de autocelebración, de fijación de una historia que permitía afirmar las guerras de independencia como guerras de liberación nacional, reduciendo complejidad de los conflictos de la segunda y tercera décadas del siglo XIX a una lucha de los partidarios de la libertad y de la independencia nacional contra los defensores del absolutismo y el sometimiento a España. Los segundos, plasmaron el imaginario de los inmigrantes y de sus Estados de origen sobre cada uno de

[23] Para una síntesis sobre los monumentos erigidos en los distintos países americanos en la celebración de los Centenarios véase GUTIÉRREZ VIÑUALES, *Monumento conmemorativo*, una exhaustiva recopilación de los monumentos construidos en Iberoamérica a lo largo de los siglos XIX y XX, entre los que ocupan un importante lugar los promovidos con motivo de las fiestas del Centenario.

los distintos países hispanoamericanos, tanto de su pasado como de su futuro.

Entre estos últimos, lo mismo que ocurre en el caso de los discursos, ocupan lugar hegemónico los que tienen que ver con España y con los españoles. En México el Ayuntamiento de la capital, con el apoyo de la colonia española proyecta un, finalmente nunca construido, monumento a Isabel la Católica, el único de los ofrecidos por las colonias extranjeras para el que se reservó un lugar en el gran eje conmemorativo del Paseo de la Reforma de la capital mexicana,[24] una clara exaltación de la reina que había hecho posible el Descubrimiento.

En el otro extremo del continente, en Argentina, no sólo los residentes españoles levantaron un gran monumento en Buenos Aires, *La Carta Magna y las cuatro regiones argentinas*, más conocido como *Monumento de los españoles*, monumento para el que se reservó también un espacio urbano privilegiado, la confluencia de las avenidas Sarmiento y Alvear (actualmente Sarmiento y Libertador), sino que, además, el propio gobierno argentino promovió y financió el *Monumento a España*, el único de los construidos por el Estado argentino dedicado a un país extranjero. Este último, por si había alguna duda, una exaltación del descubrimiento, la conquista y la época virreinal. Entre los personajes representados aparecen figuras tan significativas como Isabel la Católica, Cristóbal Colón, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Juan Sebastián Elcano, el padre Las Casas, etcétera.

[24] Un lugar, además, de una extraordinaria visibilidad pública, cerraba el Paseo justo enfrente de la entrada principal al bosque del castillo de Chapultepec. Sobre este proyecto véase en este mismo monográfico el artículo de Verónica Zárate Toscano.

En Chile la colonia española donó un monumento a Alonso de Ercilla, el autor de la *Araucana*, que unía el homenaje a uno de los conquistadores con la exaltación del valor de los antiguos araucanos. El manido mensaje del mestizaje histórico como origen de la nacionalidad.

La imagen del reencuentro fue todavía más explícita en Venezuela, cuyo gobierno erigió un monumento en el mismo sitio en el que había tenido lugar el histórico abrazo entre Bolívar y Morillo, que había puesto fin al conflicto bélico en la antigua capitanía. Enfática proclamación de que la reconciliación con España había comenzado en el mismo momento del fin de la guerra, una de las más sangrientas de todo el continente, y de la mano, además, del propio Libertador.

En todos los países la piedra y el bronce confirmaban el discurso del reencuentro presente en libros y artículos periodísticos. Una especie de fiesta de familia en la que, paradójicamente, se conmemoraba a la vez la separación y el reencuentro, las guerras de independencia y la reconciliación.

LOS FASTOS DE LOS CENTENARIOS COMO DOCUMENTO HISTÓRICO

A partir de los aspectos anteriormente citados la propuesta de este número monográfico es entender la celebración de los Centenarios como un documento histórico. Analizar los textos e imágenes producidos con motivo de las conmemoraciones de 1910 como parte fundamental de la historia política y cultural del continente. Una apuesta arriesgada, en la que la historia política y la historia cultural aparecen inextricablemente unidas y en la que el objeto de estudio no es tanto el poder como lo que les hace posible, las

fuentes últimas de legitimidad en las que encuentra sustento, aquello que permite pasar de una simple agregación de individuos a una comunidad política provista de sentido.

Las conmemoraciones históricas tienen como objetivo no tanto la historia como la memoria colectiva y la gestión de ésta es, en las sociedades modernas, uno de los principales problemas políticos, si no el principal. En sociedades en las que la legitimidad del poder descansa en ser la representación de la nación, una realidad imaginada e imaginaria, resulta absolutamente imprescindible su recreación continua en el imaginario colectivo de cada comunidad nacional. Es posible que la nación, tal como afirmaba Renán, sea un plebiscito cotidiano, pero sobre lo que no hay ninguna duda es que es una recreación cotidiana. Si los calendarios cívicos, con su sucesión de efemérides y fiestas patrias, son parte fundamental de una rememoración cuyo objetivo último es la construcción de una memoria colectiva compartida, las conmemoraciones de los centenarios sirven tanto para afirmar como para ordenar esta memoria en sus grandes hitos fundamentales. Lo que diferencia una comunidad política no nacional de otra de carácter nacional es la fe en un pasado compartido y las conmemoraciones son ritualizaciones que permiten interiorizar éste como parte del presente.

Los centenarios se convierten así para el historiador en fuente imprescindible de los procesos de construcción nacional y de las características más relevantes que ésta ha tenido en cada nación concreta. No está de más recordar aquí que estas grandes conmemoraciones colectivas sólo adquirieron carta de naturaleza a partir del surgimiento de los Estados-nación contemporáneos. Prueba, sin duda, de su dependencia de las necesidades de legitimación

de éstos. Por poner un ejemplo obvio, en la antigua monarquía católica, una estructura anacional como ya se ha dicho anteriormente, a nadie se le ocurrió durante tres siglos conmemorar los centenarios del descubrimiento de América. Hubo que esperar a 1892 para que el Estado español, ya autoimaginado como una comunidad nacional, conmemorara con todo el esplendor posible el IV Centenario. Una forma de afirmar la existencia de una nación española y la legitimidad del Estado para ejercer el poder en su nombre.

Estos son, a grandes rasgos, los objetivos planteados con la publicación de este número monográfico, obviamente desarrollados a partir de las particulares preocupaciones historiográficas de cada autor. Como coordinador sólo me queda agradecer a cada uno de ellos: Liliana M. Brezzo, Guillermo Bustos Lozano, Gloria Cortés Aliaga, Luis Ricardo Dávila, Alberto Escovar Wilson-White, Roldán Esteva-Grillet, Francisco Herrera Muñoz, Laura Malosetti Costa, Javier Moreno Luzón, Antonio Sáez Arance, Ignacio Tellesca y Verónica Zárate Toscano su participación y mostrar mi satisfacción por el alto nivel de cada uno de los trabajos aquí incluidos.

Quiero terminar con una disculpa a los lectores. La idea original era incluir dos artículos para cada uno de los países, uno sobre los discursos y otro sobre las imágenes. Por una serie de causas que no viene aquí al caso ésto no se pudo cumplir en los casos de Argentina, Colombia y Ecuador, a los que se dedica un solo trabajo. Son, sin duda, ausencias importantes y significativas que sólo me queda lamentar.

Tomás Pérez Vejo
Escuela Nacional de Antropología e Historia

REFERENCIAS

ALTAMIRA, Rafael

Mi viaje a América, Librería de Victoriano Suárez, Madrid, 1911.

ANDERSON, Benedict

Imagined Communities, Verso, Nueva York, 1991.

→ EARLE, Rebecca

"'Padres de la Patria' and the Ancestral Past: Commemorations of Independence in Nineteenth Century Spanish America", en *Journal of Latin American Studies*, 34: 4 (2002), pp. 775-805.

GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo

Monumento conmemorativo y espacio público en Iberoamérica, Ediciones Cátedra, Madrid, 2004.

GUTMAN, Margarita y Thomas REES

Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

LYNCH, John

The Spanish-American Revolutions, 1808-1826, Nueva York, W. W. Norton, 1973.

PÉREZ VEJO, Tomás

"La construcción de México en el imaginario español decimonónico (1834-1874)", en *Revista de Indias*, LXIII:228 (2003), pp. 395-418.

"El uso de las imágenes como documento histórico. Una propuesta teórica", en Gumersindo VERA HERNÁNDEZ, Alejandro PINET PLASENCIA, Pedro QUINTINO y Franco SAVARINO (coords.), *Memorias del simposio Diálogos entre la Historia Social y la Historia Cultural*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2005, pp. 147-160.

España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación, México, El Colegio de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2008.

SEPÚLVEDA, Isidro

El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo, Madrid, Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, 2005.

TENORIO TRILLO, Mauricio

"Mexico City: Space and Nation in the City of Centenario", en *Journal of Latin American Studies*, 28: 1 (1996), pp. 75-104.

TILLY, Charles

Coercion, capital, and European states, AD 990-1990, Cambridge, Mass., B. Blackwell, 1990.

HISTORIA, POLÍTICA E IDEOLOGÍA EN LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO MEXICANO

Tomás Pérez Vejo
Escuela Nacional de Antropología e Historia

MÉXICO EN LA ENCRUCIJADA DEL CENTENARIO

En ese particular siglo XIX que fue el mexicano, largo si se considera que incluye la primera década del XX y corto si nos atenemos al hecho de que en sentido estricto no habría comenzado sino hasta 1820, la fecha de 1910 tiene un especial significado simbólico. Conmemoración de los primeros 100 años de vida independiente, aunque en realidad sólo hubieran pasado 90 de la proclamación efectiva de la independencia, y fin de un ciclo histórico, aunque eso los contemporáneos todavía no lo sabían, fue un momento propicio para una reflexión colectiva sobre lo que el país era, de dónde venía y hacia dónde se dirigía. Un enmarañado debate histórico-político-ideológico al que el paso del tiempo ha convertido en un preciso y precioso documento sobre el proceso de construcción nacional en México. Si todo el siglo XIX estuvo recorrido por una fuerte pulsión historicista, que hizo de la historia el paradigma del pensamiento

social hegemónico, la celebración del Centenario se convirtió en su broche de oro final.[1] El momento en que el Estado mexicano pudo desplegar de manera más clara y coherente su relato sobre el ser de la nación. Este discurso historiográfico, nacional y nacionalista, no pudo sustraerse, sin embargo, a la complejidad del proceso de imaginación de México en el que el nuevo Estado-nación se había visto obligado a embarcarse desde el mismo momento de su proclamación como entidad política independiente y soberana.

Como ya he explicado más detenidamente en otras ocasiones,[2] la vida política mexicana del siglo XIX estuvo marcada por la existencia de dos proyectos alternativos de nación que descansaban, como casi toda definición identitaria, en un completo discurso histórico en el que el pasado, los "derechos de los muertos",[3] determinaba el presente y condicionaba el futuro. Para uno de estos proyectos, la nación mexicana era la heredera y continuadora del mundo prehispánico, la conquista y la colonia un desgraciado paréntesis y la independencia la justa venganza de lo ocurrido 300 años antes; para el otro, por el contrario, el fruto de la conquista, heredera y continuadora del mundo colonial, la cuna en la que se había formado, y la independencia sólo el resultado de un proceso de crecimiento natural que

---

[1] En el caso de México final en sentido estricto pues como ha sabido ver muy bien Annick Lempérière, comparando las celebraciones de los centenarios de 1810 y 1921, véase LEMPÉRIÈRE, "Los dos centenarios", la Revolución marcó el desplazamiento de la historia por la antropología como modelo de comprensión social y de memoria colectiva.

[2] Véase en particular PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano.*

[3] Sobre el peso del pasado y de "los derechos de los muertos" en los discursos nacionalistas véase O'BRIEN, *Ancestral Voices.*

llevaba a los hijos a separarse de los padres una vez alcanzada la edad adulta. Dos metáforas de la nación, incompatibles, que se plasmaron visiblemente en dos celebraciones de la independencia: el grito de Dolores para los primeros y la entrada del Ejército Trigarante en la ciudad de México para los segundos;[4] y en dos padres de la patria: Hidalgo e Iturbide respectivamente.

El segundo de los dos proyectos fue derrotado, aparentemente de manera definitiva, con el fin del imperio de Maximiliano en 1867. Cabría suponer, como consecuencia, que la celebración del Centenario de 1910 hubiera sido sólo la entronización del primero, su proclamación solemne como "el" proyecto nacional. Y de alguna manera así fue, tal como se muestra en el monumento a la independencia, inaugurado en ese año de 1910 en el Paseo de la Reforma de la capital de la República. La construcción de un gran monumento a la independencia había sido, lógicamente, el primer proyecto de memoria en piedra emprendido por el nuevo Estado. Tardó, sin embargo, casi un siglo en llevarse a cabo, entre otros motivos, por la dificultad para decidir los héroes que habían de ser enaltecidos en él. Ponerse de acuerdo sobre el lugar que Iturbide e Hidalgo debían ocupar en un monumento conmemorativo de la independencia resultaba realmente complicado. Si todavía en 1854 el ministro de Fomento escribía al presidente de la Junta de la Academia

[4] Ya el Congreso Constituyente del Imperio debatió, agriamente, en los primeros meses de 1822, sobre cuál de los dos días debía ser declarado festivo en el nuevo calendario laico de la patria, decidiendo que ambos (decreto del 1º de marzo de 1822). Para la discusión sobre las fiestas cívicas en el Congreso Constituyente del Imperio véase GARRIDO ASPERÓ, *Fiestas cívicas históricas*.

de San Carlos, a propósito del nunca concluido monumento de la independencia en el Zócalo capitalino, que "en la inteligencia de que la estatua principal debe de ser la ecuestre del Libertador Iturbide, dándose el lugar que dignamente corresponde, a la de S.A.S. el General Presidente",[5] en el finalmente construido, de 1910, Iturbide, menos todavía Santa-Anna, no sólo no ocupa el lugar principal sino que hasta su nombre quedó relegado a un perdido rincón del fuste de la columna.[6] Exclusión que fue acompañada de continuas alusiones a la herencia prehispánica como fundamento de la nacionalidad y que tuvo su expresión más explícita en piedra en el monumento erigido años antes en el mismo Paseo de la Reforma a Cuauhtémoc, construido "con los elementos de la soberbia arquitectura de nuestros antecesores".[7]

Sin embargo, la exclusión del proyecto derrotado fue menos clara de lo que a primera vista pudiera parecer. Para

---

[5] "Oficio del ministro de Fomento a Bernardo Couto, presidente de la Junta de la Academia de San Carlos, sobre el monumento nacional para la plaza principal", 14 de enero de 1854 (AAASCM, doc. núm. 5592).

[6] Así describe un periódico los personajes que sí fueron representados y por qué "Hidalgo es la figura central de la apoteosis de la independencia porque fue él quien tuvo la intrepidez [...] de acometer empresa tan grandiosa [...] Morelos está a la derecha de Hidalgo, porque es héroe y genio a un tiempo [...] Guerrero tiene un lugar de honor por haber sido el hombre de rara fe y de abnegación singularísima [...] Principalísimo sitio tenía que corresponder también a las estatuas de Mina, el valiente entre los valientes, y del generoso Nicolás Bravo, cuya clemencia parece divina". "Cómo es la Columna de la Independencia. Descripción del hermoso monumento inaugurado ayer", *El País* (17 sep. 1910).

[7] "Sección editorial. El indio y el español", *El Imparcial* (2 ago. 1910). En el mismo artículo se hace referencia a Chile y al hecho de que no haya allí todavía ningún monumento dedicado a Caupolican y Lautaro.

seguir en el campo de lo conmemorativo, y sin entrar en mayores detalles sobre un aspecto que es objeto de un artículo específico en este mismo número, la gran cabalgata histórica que tuvo lugar el 15 de septiembre de 1910 iniciaba con una representación del encuentro entre Cortés y Moctezuma, es decir, ponía en la conquista y no en el mundo prehispánico el origen de la nación mexicana; dedicaba un cuadro histórico completo a la "época de la dominación española", 288 figurantes representaron a la sociedad de la Nueva España en toda la complejidad de su organización jerárquica y corporativa, no se excluía por lo tanto al virreinato del pasado nacional, tal como el primer proyecto exigía;[8] y de la independencia, había carros alegóricos dedicados a Hidalgo y a Morelos pero la cabalgata no representaba el grito de Dolores sino la entrada en México del Ejército de las Tres Garantías, devolviéndole a Iturbide el lugar que se le negaba en la columna. Es decir, lo que se narró en la cabalgata no fue exactamente lo contrario de lo que se fijó en piedra en el monumento del Paseo de la Reforma, pero algo hay de eso.

Si del campo de las imágenes pasamos al de los discursos y a las polémicas periodísticas, la hegemonía del primero de los dos proyectos de nación resulta todavía mucho menos

[8] Esta presencia de la conquista y la colonia fue interpretada como un reconocimiento explícito al lugar de España en el nacimiento de la nueva nación. "Hoy [...] predomina este reconocimiento de nuestra genealogía, como lo demuestran muchos de los cuadros evocadores de la época colonial, que se están preparando para las fiestas del Centenario. Hernán Cortés, y con él nuestra civilización naciente, tiene tanto derecho a ser glorificado en esta retrospección, como las veneradas figuras de nuestros héroes mártires", "De domingo a domingo", *El País* (15 mayo 1910).

clara. Las afirmaciones de que Cortés había sido el fundador de la nacionalidad mexicana se suceden en artículos y discursos; también las reivindicaciones del lugar de Iturbide en la gesta de la independencia. Pareciera como si cumplidos los primeros 100 años de vida independiente, 90 en sentido estricto, la vieja polémica sobre el ser de la nación mexicana siguiera todavía plenamente vigente y que sólo la posterior Revolución la zanjaría definitivamente con el triunfo de la versión más indigenista del primer proyecto. Un definitivamente relativo, que quizás habría que poner entre comillas, pero que no es el objetivo de este trabajo.

Para entender esta pervivencia del viejo debate identitario es preciso considerar dos aspectos directamente interrelacionados: su componente ideológico y la peculiar ubicación político-ideológica del porfirismo. Sobre lo primero, a pesar de que las líneas de fractura no coincidan exactamente, se podría afirmar que, de manera general, el primero es el proyecto de los liberales y el segundo el de los conservadores.[9] Y aquí entraría en escena el segundo aspecto, el de la ubicación político-ideológica del porfirismo. Una de sus peculiaridades es que, si por un lado representa, sin solución de continuidad, la culminación del proyecto político liberal (a pesar de lo que la historiografía

[9] La coincidencia no es exacta ya que conflictos identitarios e ideológicos no siempre se solapan. Ejemplo de esta no coincidencia sería el caso de Francisco Cosmes, periodista liberal que será, sin embargo, en estos años finales del porfiriato, uno de los más acérrimos defensores de la idea de que México había nacido con la conquista y de que Cortés era "el padre" de la nacionalidad mexicana. Véase COSMES, *La dominación española*. Para un análisis más detallado de las relaciones entre conflictos identitarios e ideológicos véase PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano*, pp. 23-27.

nacida de la Revolución haya afirmado una y otra vez resulta difícil santificar a Juárez y demonizar a Díaz, las continuidades entre ellos son mayores que las rupturas);[10] por otro, es su culminación pero en clave "moderada", lo que lleva a que su rechazo de los posicionamientos conservadores, entre ellos los identitarios, sea muy matizada. Es lo que ocurre, por ejemplo, en el relato canónico sobre la nación mexicana, una nación es sólo la fe en un relato compartido,[11] desplegado ya en *México a través de los siglos.* En esta obra, publicada en 1880, la generación que había derrotado a los conservadores imagina una historia de México en la que, si bien su origen es el mundo prehispánico, la época virreinal no sólo es incluida como parte de la historia de la nación —el tomo II está dedicado completo al periodo virreinal—, sino que como afirma literalmente el director de la obra, Vicente Riva Palacio, es con sus aportaciones con las que realmente se construye la nación: "con tan extraños elementos [los aportados por los conquistadores] formose en el siglo XVI el embrión de un pueblo que con el transcurso de los años debía ser una república independiente".[12] Una especie de solución salomónica, ni indios ni españoles sino el resultado de la mezcla de ambos. Algo que Justo Sierra resumirá, ya en pleno porfiriato, 1902, en la afirmación de

---

[10] Algo que el discurso público del porfiriato no dejará de repetir una y otra vez, por ejemplo con motivo de la construcción del Hemiciclo a Juárez en 1910, cuando, según la *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia*, "se confundió los nombres gloriosos del gran Reformista y del ilustre Caudillo". GARCÍA, *Crónica oficial*, p. 176.

[11] Sobre estos aspectos véase PÉREZ VEJO, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas.*

[12] RIVA PALACIO, *El virreinato*, p. ix.

que "los mexicanos somos los hijos de los dos pueblos y de las dos razas; nacimos de la conquista; nuestras raíces están en la tierra que habitaron los pueblos aborígenes y en el suelo español. Este hecho domina toda nuestra historia; a él debemos nuestra alma".[13]

Una metáfora, la del mestizaje como fundamento de la nacionalidad, que acabó calando en gran parte de la cultura de la época y que aflora continuamente en polémicas y debates, al margen de estas grandes obras eruditas:

> [...] orgullosos nos sentimos los mexicanos de nuestra sangre española, más no por ello tenemos por menos descender también de los indios, y aun creemos que de la fusión de estas dos sangres heroicas, sangre de los conquistadores y de los héroes indígenas, se ha formado una raza fuerte, la raza nuestra [...]. No hay pues entre nosotros este dilema: o indios o españoles. Somos mexicanos.[14]

Prueba de que la metáfora del mestizaje y de que México era fruto de la conquista y no de la resurrección del mundo prehispánico se había convertido en parte del discurso oficial la tenemos en que fue utilizada, incluso, en un acto tan poco propicio para este tipo de expresiones como la inauguración del monumento de la independencia, en que Miguel Macedo afirmó que la lucha por la independencia había estallado "como una explosión del odio de la nueva raza incubada durante la época colonial".[15] Lejos parecían

[13] SIERRA, *Evolución política del pueblo mexicano*, p. 117.
[14] "Sección editorial. Orgullo de raza", *El Imparcial* (2 jul. 1910).
[15] "Discurso de Miguel Macedo en el acto de inauguración del Monumento a la Independencia", reproducido en "La inauguración del

ya quedar las llamadas a la raza derrotada y a los manes de Moctezuma de Carlos María de Bustamante y toda la publicista liberal de la primera mitad del siglo XIX.

La realidad fue que el discurso identitario conservador no desapareció sino que fue en gran parte asimilado e integrado por el porfiriato. Como consecuencia, la celebración del Centenario trajo nuevamente a la palestra pública todas las viejas polémicas decimonónicas: el éxito o fracaso de México como nación independiente, el lugar de Hidalgo e Iturbide en la gesta de la independencia, las relaciones con España y el pasado español, las relaciones con Estados Unidos, la existencia o no de una raza mexicana y sus características, el problema indígena, el lugar de los emigrantes en el futuro nacional, etcétera.

¿CIEN AÑOS DE PROGRESO O ESTADO FALLIDO?

El debate sobre el éxito o el fracaso de México como nación se instaló relativamente pronto en la vida mexicana del siglo XIX. Si la independencia había sido proclamada bajo el "síndrome de Humboldt", la creencia por parte de las élites que la llevaron a cabo de que vivían en un territorio de riquezas fabulosas a las que sólo la mala administración virreinal impedía derramarse sobre una población libre y feliz, la realidad fue bastante menos luminosa y la sensación de fracaso comenzó a extenderse, con particular insistencia a partir de la intervención estadounidense de 1846-1848. Para la década de los cincuenta no resulta ya raro encontrar-

---

monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo", *El Imparcial* (17 sep. 1910).

se en la prensa (*El Correo*, *El Ómnibus*, etc.) artículos en los que se cuestiona si, visto el resultado (pérdida de los territorios del norte, inestabilidad política, crisis económica, etc.), la independencia había merecido realmente la pena y si el país no caminaba hacia su desaparición, absorbido por el vecino del norte.

El porfiriato rompió radicalmente con esta visión negativa y mantuvo, tanto hacia el interior como hacia el exterior, un discurso triunfalista en el que el progreso y la paz social se daban la mano para mostrar al mundo la realidad de un país moderno que formaba parte por derecho propio de las naciones "civilizadas" del planeta:

> [...] si habéis asistido a la celebración de nuestro Centenario representando a los monarcas y jefes de Estado de casi todos los países del mundo civilizado, es porque México se encuentra en ocasión de poder mostrar a la faz del mundo que es un país digno de figurar en el concierto de las naciones civilizadas y un pueblo regenerado por el trabajo [...] Os recomiendo que cuando volváis a vuestros países, digáis a sus gobernantes el puesto que ha alcanzado México,[16]

el país destinado, junto a Argentina y Chile, a mostrar en el siglo XX "todos los esplendores de cultura de los que es capaz la estirpe hispano-americana".[17]

El Centenario fue el escaparate donde exhibir esta imagen exitosa y a esto dedicó el régimen lo mejor de sus esfuer-

[16] Discurso de Porfirio Díaz ante el embajador de Francia y los delegados de Bolivia, Holanda, Perú y Ecuador. Reproducido en *El Imparcial* (12 sep. 1910).

[17] "Notas editoriales. Lo que en la Argentina vio un delegado mexicano", *El Tiempo* (18 oct. 1910).

zos. No se trataba únicamente de conmemorar los primeros 100 años de vida independiente sino también de mostrar al mundo la prosperidad y bienestar alcanzados, "La celebración del Centenario no ha sido únicamente el homenaje [...] que una nación tributa a los caudillos de su emancipación, sino que como nota trascendental y significativa están ahí todos los actos que traducen el bienestar de la República".[18] Inauguraciones de edificios y servicios públicos se prolongaron durante todo el mes de septiembre. Las fiestas del Centenario se iniciaron con la inauguración de La Castañeda, un moderno hospital psiquiátrico, símbolo de la ciencia moderna, y siguieron con otras muchas del mismo o parecido tipo, cuyo objetivo evidente era mostrar esta imagen de progreso y desarrollo con el que el país se identificaba: inauguración de la Exposición de Higiene, colocación de la primera piedra de la cárcel de San Jerónimo Atlixco, inauguración de la Estación Sismológica Central, inauguración de las dos escuelas primarias superiores de la plaza de Villamil, inauguración del nuevo edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, inauguración del edificio para la Escuela Normal de Maestras, inauguración del nuevo edificio de la Escuela Normal de Maestros, etc. México dejaba de ser "la nación vilipendiada, la nación inhospitalaria por la barbarie de sus leyes y costumbres, por la inestabilidad de sus instituciones políticas", para ofrecer "al mundo el magnífico espectáculo de un pueblo rehabilitado".[19]

---

[18] "Sección editorial. De 1810 a 1910", *El Imparcial* (17 sep. 1910). En este trabajo se presta especial atención a lo escrito en este periódico ya que representa en gran parte la postura oficial.

[19] "Notas editoriales. Relámpagos y luz permanente", *El Tiempo* (21 oct. 1910).

Sin embargo, un repaso a las polémicas y debates de la época deja una imagen más ambigua. No sólo es que los periódicos de la oposición, la prensa antirreleccionista, se empeñaran en mostrar conflictos y protestas de todo tipo, que dejaban ver un país menos idílico, sino que la propia prensa del régimen no parecía estar segura de que la realidad del país pudiera resumirse sólo en paz y progreso.

Ya el 1º de enero de 1910 el periódico oficialista por excelencia, *El Imparcial*, saludaba la entrada del año del Centenario, precisando que "Cien años es un día en la vida de las naciones" y que además no eran exactamente 100 años de vida independiente los que se celebraban ya que de éstos había que descontar "la larga etapa anárquica, el periodo triste y doloroso en el que hasta los más creyentes se creían autorizados para dudar de la viabilidad del joven Estado".[20] Una precisión que se parece mucho a una excusa por no haber logrado aquello a lo que se aspiraba.

Para que no quedara ninguna duda de cuáles eran esas carencias que no se habían logrado subsanar, dos días más tarde de nuevo *El Imparcial* se lamentaba de que una de las cadenas que todavía no se había podido romper y que ataba al país con el pasado era la de la ignorancia y proponía que para celebrar el Centenario "se construya una escuela en cada lugar poblado de la República".[21] Propuesta que el resto de la prensa consideró loable pero completamente imposible de realizar. El analfabetismo era una auténtica plaga, la cifra de 85% de los mexicanos que no sabían leer ni escri-

[20] "Editorial. El año del Centenario", *El Imparcial* (1º ene. 1910).

[21] "Editorial. ¡Para algo han de servir las piedras!", *El Imparcial* (3 ene. 1910).

bir les parecía plausible a todos, pero su solución inmediata no parecía factible. Una constatación que se avenía mal con el triunfalista discurso del progreso porfiriano. Y es que según la línea editorial mantenida por el portavoz oficioso del porfirismo una cosa era la independencia y otra muy distinta "la capacidad para gobernarse popularmente, democráticamente". Un siglo de vida independiente correspondía a "la capacidad de México para vivir emancipado",[22] y en ese sentido la independencia había sido un éxito, pero no a la de vivir democráticamente, algo que el régimen porfirista estaba en camino de conseguir pero que todavía no había logrado. El camino del progreso era arduo y lleno de dificultades. Por lo demás ni siquiera estaba claro que México lo hubiera transitado con especial eficiencia, en comparación con el resto de las repúblicas hispanoamericanas. El que había sido el territorio más rico de la monarquía católica en América no sólo ya no mantenía su primacía sino que, como se había encargado de demostrar Maqueo Castellanos en un libro publicado en las puertas de la conmemoración del Centenario,[23] había sido superado en escuelas, población escolar, ingresos fiscales, líneas telegráficas, comercio internacional, etc., por muchas de las repúblicas hispanoamericanas, en particular Argentina, Chile y Brasil.

Sin embargo, en donde el discurso sobre progreso pareció encontrar su punto más débil no fue en la discusión sobre datos cuantitativos de progreso sino en una aparentemente absurda polémica a propósito de la propuesta del

[22] "Sección editorial. Evolución y democracia", *El Imparcial* (25 mayo 1910).
[23] MAQUEO CASTELLANOS, *Algunos problemas nacionales.*

periódico *El Imparcial*, secundada por *La Patria*, de "pantalones obligatorios" para todos. El argumento básico fue la mala imagen que el estado de desaseo de una población vestida todavía mayoritariamente con calzones daba de una metrópoli moderna, como era la ciudad de México, a los visitantes, tanto extranjeros como los provenientes de otras ciudades del interior de la República. Una imagen que podía hacer dudar de que el progreso y el desarrollo fueran tan claros como se pretendía.

Era un asunto absurdo pero enrevesado para el discurso oficial. "Vestir en calzoncillo [y] portar ropas desahuciadas del jabón" no era sólo un problema de imagen. Hacía aflorar otro de calado mucho más profundo que tenía que ver con el estado de postración de las clases populares y el fracaso del régimen para subsanarlo en sus largos años de "paz y progreso". Lo que parece subyacer de fondo es una profunda desconfianza hacia la falta de civilidad de las clases bajas hundidas en la miseria moral y el alcoholismo, "el zumbido de zánganos de la mendicidad que llena nuestras calles, hiriendo el oído de los transeúntes con sus lastimeras demandas".[24] Al hilo de la polémica salieron a relucir la embriaguez consuetudinaria, los reos desarrapados y envilecidos que ingresaban cada día en las cárceles de la ciudad, los niños dedicados a la mendicidad y al comercio ambulante, una imagen urbana bastante alejada de la que las grandes celebraciones querían mostrar. La postura oficial, expresada a través de *El Imparcial*, fue que el mal vestir, el desaseo y las conductas incívicas no eran consecuencia de

[24] "Notas editoriales. Rincones obscuros del cuadro", *El Tiempo* (26 ago. 1910).

la miseria sino de "las aptitudes de raza, de propiedades del 'medio', de un pasado contra el cual no hemos reaccionado lo bastante".[25] Y aquí aparecía el sempiterno problema de la raza en general y de la raza indígena en particular que como un fantasma había perseguido el proceso de construcción nacional en México durante el primer siglo de vida independiente y que la conmemoración del Centenario tampoco pudo, como veremos más adelante, resolver. Aunque concluido el mes de las fiestas patrias toda la prensa, sin excepción, se felicitó "porque ha entrado felizmente en la conciencia del pueblo, la práctica moral del respeto a la vida humana y el apartamiento de la embriaguez". Una frase repetida con ligeras variaciones por varios periódicos y que muestra la profunda desconfianza de las élites porfiristas hacia unas clases populares en las que lo natural pareciera ser la embriaguez y el homicidio.

La sensación que dan muchas veces los periódicos, y ésta debía ser por lo tanto el imaginario de sus lectores, es que la civilización y el progreso eran más un proyecto que una realidad, algo que afectaba a una minoría pero de lo que la mayor parte de la población quedaba al margen:

> el grupo de pobladores que disfrutan de una cultura elevada, hállase como anegado, tal como una isla en el Océano, en medio de una muchedumbre de indígenas bárbaros [...] que con una tenaz resistencia étnica se pegan y adhieren a sus primitivas tradiciones.[26]

---

[25] "Sección editorial, 'Pantalón' y los huéspedes del Centenario", *El Imparcial* (8 jun. 1910).

[26] "Notas editoriales. Lo que es y lo que debía ser", *El Tiempo* (23 sep. 1910).

Apreciación en la que lo étnico y lo socioeconómico se confunden y en la que clases bajas, indios y degradación moral tienden a convertirse en sinónimos.

SI UNA NACIÓN ES UNA RAZA, ¿CUÁL ES LA MEXICANA?

La larga sombra de Herder y su idea de que una nación es una entidad natural definida por la raza, la lengua y la cultura, va a planear sobre todos los procesos de construcción nacional decimonónicos, aunque con más intensidad en unos que en otros. En el caso de México, con el problema de que ninguno de los tres elementos de la gran trilogía romántica sobre la nación estaba presente en el territorio que había proclamado su soberanía política en 1821. Razas, lenguas y culturas distintas convivían y se solapaban en un espacio geográfico cuyo único rasgo de unidad era haber formado parte de la antigua entidad administrativa del virreinato de la Nueva España.

Por lo que se refiere a la existencia de una "raza mexicana", la presencia de "razas" diferentes y antagónicas fue una realidad insoslayable a lo largo del siglo XIX,[27] acompañada en la mayoría de los casos por el convencimiento de las élites

[27] En un dictamen presentado por Francisco Pimentel al ministro de Relaciones en 1879 se afirma, literalmente, que "en México tenemos [...] dos pueblos diferentes en un mismo territorio, y lo que es peor dos pueblos hasta cierto punto enemigos pues los indios ven a los blancos con ceño y desconfianza". Reproducido en Puga y Acal, "La inmigración negra", *El Tiempo* (12 abr. 1910). Cuarenta años más tarde es un periódico el que afirma: "Entre el indio y el criollo [...] se ha levantado una barrera difícil de destruir, por estar cimentada sobre montañas de odios inveterados". "Notas editoriales. La regeneración del indio", *El Tiempo* (28 mar. 1910).

de la "mala calidad" de una de ellas, la indígena, que además era la mayoritaria. Recordemos que el racismo decimonónico se define no sólo por su creencia en que la humanidad está naturalmente dividida en razas, sino por el convencimiento de que existían razas superiores y razas inferiores, lo que en el caso mexicano llevará a una preocupación obsesiva por el problema indígena y a una no menos obsesiva, e igualmente ineficiente, preocupación por desarrollar políticas inmigratorias que mejoraran la calidad étnica de la población.

El debate del Centenario en relación con la raza[28] se mantiene inmerso en lo que habían sido las coordenadas de prácticamente todo el siglo XIX. El convencimiento de que en la nación convivían varias razas distintas y de que una de ellas, la indígena, era una rémora para construir un país moderno y civilizado. Para decirlo en palabras de *El Imparcial*,

> [...] hay soluciones de continuidad entre nuestra aristocracia, que es una burguesía criolla y mestiza en su mayor parte, y nuestra clase media, que es una franca burguesía mestiza [...] y que, sin embargo, a su vez, está separada de la clase indígena que forma como un inmenso fondo obscuro a nuestro cuadro histórico [...] El esclarecimiento de este fondo obscuro es nuestro problema económico, social y político.[29]

---

[28] El gran libro mexicano de este periodo sobre la raza es *Los grandes problemas nacionales* de Molina Enríquez, publicado en 1909, pero que en sentido estricto forma parte ya de los planteamientos post 1910. La idea del mestizaje expuesta en él discurre por caminos bastante diferentes de los que lo había hecho hasta ese momento, motivo por el que no va a ser analizado aquí.

[29] "Sección editorial. La nación mexicana y el doctor Altamira", *El Imparcial* (5 feb. 1910).

El problema de ese "fondo obscuro", de la "raza doliente" como la llama este mismo periódico en otro editorial, planeará sobre toda la celebración del Centenario. La unanimidad sobre que el progreso ha dejado de lado a la que, también de forma casi unánime, se considera la raza nacional, es absoluta. También la de que no se puede tolerar por más tiempo que el indio permanezca en su estado de abyección y de penuria. Diferentes propuestas para la mejora de sus condiciones de vida se suceden a lo largo de todo el año del Centenario. Siempre en el contexto de un complejo y ambiguo discurso en el que se les identifica como los otros que están al margen de la vida nacional, se exaltan los beneficios que para ellos trajo la independencia, "se apresten a glorificar el aniversario de la libertad que los arrancara de las 'encomiendas' y de la esclavitud", y se les proclama fundamento de la nacionalidad, "ellos son los herederos de las razas heroicas, de la raza vernácula en que se sustenta nuestro origen [...]; en ellos ha quedado la semilla vigorosa de los antecesores".[30]

Una triple retórica que salta por los aires cuando trata de enfrentarse "al problema indígena" en sí. En esos momentos las apelaciones a su condición de fundamento de la nacionalidad desaparecen y los indios se convierten, de manera general, en los "ilotas" que impiden el desarrollo de la nación. Imagen que queda perfectamente expresada en el editorial que con motivo de la celebración del Congreso Indianista, que se inauguró el 30 de octubre de 1910, publica *El Imparcial*. Después de asentar que hay numerosos

---

[30] "Sección editorial. Por la Raza Doliente", *El Imparcial* (9 mar. 1910).

tipos de indios, y que no se puede confundir a unos con otros, pasa a analizar los que constituyen propiamente el "problema indígena", esa mayoría de "hombres inferiores, sociológicamente hablando, el 'ilota', la antigua 'bestia de carga', iletrada e inconsciente de su ciudadanía". Un ser degradado "que a los vicios de los hombres de la ciudad, la imprevisión, la falta de ahorro, de temperancia, aduna la pasividad, la resignación que no reacciona contra su propia miseria, producto de sus vicios". Para el portavoz oficioso del porfirismo era imposible avanzar mientras existieran estas "greyes de inconscientes"[31] que pululaban por todo el país, con especial concentración en las regiones tropicales del sur. La "regeneración del indio" dejaba de ser un problema moral para convertirse en uno de economía política. Lo que estaba en juego era el porvenir de la nación. El indio constituía la mayoría de la población del país y de nada servía aumentar el número de habitantes si la mayor parte de ellos eran una rémora más que un activo económico.

Resulta revelador, sin embargo, que incluso en estos casos la retórica indigenista acabe de todas maneras aflorando. Unos pocos días después, el mismo *El Imparcial* que había lanzado la racista requisitoria anterior, glosará la inauguración del Congreso Indianista afirmando que "¡Él [el indio] fue el que en el momento preciso salvó la República y él la carne de cañón de la guerras heroicas, y él la unidad obediente cada vez que el himno de Nunó nos ha convocado a la lid!".[32] Enfáticas y sorprendentes afirma-

[31] "Sección editorial. El ilota nacional", *El Imparcial* (26 oct. 1910).
[32] "Sección editorial. Las taras de la raza india", *El Imparcial* (31 oct. 1910).

ciones en un artículo cuyo objetivo, además, es mostrar las taras y carencias de una raza degenerada. Muestra de hasta qué punto la idea de que los indios representaban el ser auténtico de la nación se había convertido en parte central del imaginario sobre la nación. Las contradicciones de este imaginario, en el que los indios son a la vez, sin solución de continuidad, fundamento de la nacionalidad y el otro[33] que impide el progreso, explican la conversión del problema indígena en "el" problema nacional.

Las llamadas a favor de la "regeneración del indio" cristalizarán en 1910 con la fundación de la Sociedad Indianista de México, con el doble, y contradictorio, objetivo de estudiar "los usos y costumbres de las razas indígenas y de la manera de hacer que se dignifiquen, ilustrándose y caminando con los adelantos de su época", y "lograr arrancarlo de sus pertinaces y viejos hábitos".[34] Un proyecto que resume bastante bien las características de un discurso en que el indio siempre es visto como objeto de la voluntad de la nación, no como sujeto, y que en algunos casos llega a preconizar que este proceso se lleve a cabo, incluso, en contra de sus propios deseos.

[33] La idea del indio como "el otro", ajeno y extraño, está presente a lo largo de todas las celebraciones del Centenario. Quizás uno de los ejemplos más reveladores sea la propuesta, finalmente no llevada a cabo, de una Exposición Etnológica con familias indígenas de las principales razas del país, exhibidas con sus chozas, indumentaria, actividades, etc. En realidad una copia de la exposición de pueblos exóticos que tanto éxito habían tenido todo el siglo anterior en las Exposiciones Universales europeas, los indios como objetos exóticos.

[34] "Sección editorial. La Regeneración del Indio", *El Imparcial* (21 mar. 1910).

> El indio es refractario a la educación que se le ofrece, que significa nada menos que la renuncia de sus hábitos, de su vida genuina y pintoresca. Será necesario educarle a la fuerza; recoger sus hijos que vegetan viciosamente en las calles para llevarlos a la escuela, lo mismo que se les recoge cuando delinquen para recluirlos en la calle. Pero así, con energía, obligadamente, impositivamente.[35]

Nada demasiado diferente a lo que hubiera podido afirmar cualquier periódico liberal del siglo XIX. Las contradicciones de una construcción nacional que convertía en sujeto de nacionalidad a un grupo étnico cuyos hábitos y costumbres reales se despreciaban. Un discurso para el que el indio mítico resultaba siempre preferible al indio real y que en la práctica política se convertía en la búsqueda de su desaparición como grupo étnico diferenciado.

Cuando la Sociedad Indianista pasó de los discursos a los hechos y en su primer Congreso de 1910 —cuyos temas de trabajo fueron razas indias mexicanas, dialectos indios, arqueología, sociología, civilización y medios de propagar ésta— propuso medidas concretas para preservar la raza indígena (leyes agrarias que protegieran el trabajo y la propiedad del indio y medidas para preservar sus lenguas, religiones y formas de vida), la respuesta del portavoz oficioso del porfirismo fue rápida y contundente. En un artículo de opinión sin firma rechazó todas estas propuestas argumentando que el objetivo deseable era precisamente la desaparición, a través del mestizaje, de los indígenas y su integración en la común raza nacional mexicana, a la que "debemos de

[35] "Sección editorial. Educación obligatoria", *El Imparcial* (29 abr. 1910).

reputar superior”. Aprovechando, de paso, para hacer una loa al mestizaje como fundamento de la nacionalidad:

> [...] si los indios puros son en menor cantidad, son en cantidad mayor los mexicanos, esto es los que poseen sangre de las razas española e india, pues sabido es que no hay antagonismo, sino marcada simpatía entre los dos principales grupos que enseñorean el territorio [...] se ha realizado ya o está en vías de realizarse la formación de una raza mexicana que funda los dos grupos que antaño aspiraron a la dominación de la actual República Mexicana.

También una nada velada crítica a unas medidas que querían retrotraer al país a la época de las Leyes de Indias, responsables directas con sus medidas protectoras, según *El Imparcial*, de la conversión del “aborigen en el mueble que ahora contemplamos”.[36] El fondo del discurso resulta bastante nítido, mantener a los indios al margen de la vida nacional, bajo leyes propias y específicas, no sólo era negativo para la nación sino también para los propios indígenas. Y aquí la polémica deriva de lo étnico a lo cultural. La pervivencia de idiomas nativos, costumbres y sistemas de propiedad propios era una rémora para el progreso y el desarrollo económico. Los indios eran la raza de la nación pero tenían que dejar de ser indios para formar parte de ella. Nada demasiado diferente de lo que venía afirmando el discurso liberal durante todo el siglo XIX.

La propiedad comunitaria será, de hecho, uno de los grandes temas del ya citado libro sobre los problemas nacio-

[36] “La raza indígena y el gobierno. Una tutela absurda e infructuosa”, *El Imparcial* (20 nov. 1910).

nales de Esteban Maqueo Castellanos,[37] del que la prensa se hizo amplio eco y con cuyo alegato a favor de la abolición de la propiedad comunal los periódicos mostraron unanimidad casi absoluta. Mayor fue todavía la que mostraron respecto a que la redención del indio sólo vendría por la instrucción, la educación y la moralización de sus costumbres, únicas herramientas capaces de liberarlo de la miseria cotidiana, fruto de una cultura degenerada que le impedía desarrollar sus condiciones como ser humano y contribuir al progreso nacional. La raza indígena era el fundamento de la nacionalidad pero su civilización sólo un lastre del que era necesario desprenderse.

Aunque en otras ocasiones el discurso se vuelve radicalmente biologicista, la incorporación del indio a la vida nacional era imposible y su desaparición no sólo inevitable sino hasta deseable:

> [...] aceleraría [la inmigración] el desaparecimiento de los labriegos indígenas, tan rutinarios y tan pasivos como el buey que ahonda los surcos. En la confusa imaginación del indio no ha penetrado aún ni penetrará jamás, la más tenue luz acerca del valor económico del trabajo [...] Y he aquí como el problema indianista se complica con el problema de la inmigración, de tal suerte que si éste se resuelve antes que aquel, la raza indígena estará condenada a morir en breve plazo.[38]

En el contexto del artículo no queda demasiado claro que esto último sea necesariamente un mal, máxime cuan-

[37] MAQUEO CASTELLANOS, *Algunos problemas nacionales*.
[38] "Notas editoriales. La inmigración y el problema indianista", *El Tiempo* (9 oct. 1910).

do para este periódico uno de los motivos del fracaso de las políticas inmigratorias en México era la presencia de una demasiado numerosa población indígena.[39]

Directamente relacionado con el problema indígena, como se acaba de ver, está el de la inmigración. Si hubo un aspecto sobre el que las élites mexicanas del siglo XIX estuvieron de acuerdo fue el de su carácter benéfico, tanto para mejorar la raza, "blanquearla", como para poner en explotación las, tal como ellos se imaginaban, inmensas riquezas del país, especialmente las agrícolas. Pudieron disentir sobre cuáles eran los inmigrantes más idóneos o sobre qué políticas inmigratorias resultaban más eficaces pero nunca sobre los beneficios que tenía la llegada de cuantos más inmigrantes mejor. Una política en la que el éxito del régimen porfirista fue relativo, los flujos migratorios hacia México aumentaron de manera significativa en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX pero siempre muy lejos de los que se dirigieron hacia Estados Unidos, Argentina o Brasil, por lo que en 1910 la polémica sobre la inmigración seguía todavía viva en la vida pública mexicana, con especial referencia al caso argentino, cuyo superior desarrollo se atribuía al éxito de las acertadas políticas migratorias llevadas a cabo de manera constante por sus sucesivos gobiernos.

Si durante buena parte del siglo XIX la polémica sobre la inmigración giró en torno del origen de los inmigran-

---

[39] "México no atraerá nunca las miradas del colono europeo mientras sepa que aquí existe una intensa población indígena, ociosa, atrasada, refractaria a la civilización, que no contribuye ni a la producción ni al consumo, y que constituirá en todo tiempo una rémora para obtener adelantos, progresos y beneficios." "Notas editoriales. Emigración negra... ¡Qué barbaridad!", *El Tiempo* (27 abr. 1910).

tes y cuáles eran más apropiados para la construcción de la nacionalidad, en los años finales del porfiriato, con especial intensidad en el momento de la celebración del Centenario, derivó hacia sus características socioprofesionales. El problema, según el portavoz oficioso del gobierno, no era la cantidad —las entradas eran relativamente importantes— sino la calidad. El número de inmigrantes agrícolas, tanto braceros como colonos, que eran los que el país necesitaba, resultaba prácticamente despreciable. El problema de los braceros, también según *El Imparcial*, era menor, en la medida en que sobraba mano de obra agrícola; otra cosa era que al estar formada mayoritariamente por indígenas, y aquí entramos nuevamente en el debate sobre la raza india, su productividad fuera extremadamente baja,

> El indígena que obtiene de un palmo de tierra maíz suficiente para cubrir sus mezquinas necesidades da la espalda al trabajo y se entrega deliberadamente a la holganza [...] La producción agrícola actual de la República, podía realizarla un número mucho más reducido de individuos. El coeficiente de labor muestra el tenaz desmayo de una raza.[40]

El problema real era la falta de colonos capaces de poner en producción nuevas tierras, no como asalariados sino como agricultores independientes.

Manuel Puga y Acal lanzó, desde las páginas de *El Tiempo*, una auténtica campaña a favor de políticas de colonización, lo que *El Imparcial* llamaba inmigración activa, basadas en el reparto de tierras, como forma de atraer

40 "Sección editorial. ¿Falta de brazos o falta de energía?", *El Imparcial* (26 mar. 1910).

agricultores al país. No importaba tanto su origen, siempre que fueran blancos, como su capacidad para trabajar la tierra y servir de ejemplo a los ineficientes campesinos indígenas. Sin embargo, lo mismo que había ocurrido a lo largo de todo el siglo XIX, la llegada de colonos europeos que aportaran capital, conocimientos de cultivos, aperos e instrumentos de labranza siguió siendo el sueño nunca cumplido y las quejas sobre la ausencia de agricultores entre los nuevos inmigrantes siguieron siendo generalizadas.

La polémica sobre las características socioprofesionales de los inmigrantes, en todo caso, desplazó pero no eliminó por completo la de sus orígenes étnico-nacionales. En una sociedad en la que las categorías de análisis de tipo racial habían jugado un importante papel durante todo el siglo XIX, por no hablar de la época virreinal, y en la que la siguieron jugando en la revolución y la posrevolución —la mestizofilia revolucionaria no deja de seguir siendo una forma de interpretar el mundo a partir de categorías étnicas— el momento del Centenario no fue una excepción.

No es raro encontrar en la prensa de la época reflexiones sobre la mayor o menor idoneidad de determinados inmigrantes, pero el problema de la idoneidad racial estalló nuevamente con toda virulencia en torno al proyecto de establecimiento de 20 000 colonos negros en las costas de Campeche, Tabasco y Tepic. Una propuesta que, en principio, cumplía todos los requisitos de lo que se consideraba deseable: inmigración ordenada, con sus propios recursos y con el objetivo de poner en cultivo tierras hasta ese momento improductivas. Todo perfecto salvo que eran negros. El origen "racial" se había ido convirtiendo en irrelevante siempre que se restringiera a variaciones étnicas entre dife-

rentes "razas nacionales" blancas. El problema fue cuando se rebasó ese límite.

El Imparcial acogió la noticia de manera positiva —era una propuesta del gobierno y si algo caracterizó a este periódico fue su apoyo a no importa qué medida gubernamental— aunque mostrando ya cierto recelo respecto a cómo iba a ser recibida por la mayoría de la población: "No faltará, seguramente, quien vea con repugnancia veinte mil individuos de color [...] sólo porque son de color. Pero esto, bien miradas las cosas no tiene razón de ser. Que haya quien invierta aquí su dinero y que trabaje honradamente y poco importa lo demás".[41] Pero sí que importaba lo demás, y mucho. La noticia de la proyectada colonización dio lugar a una agria polémica, en la que participó toda la prensa de la época, la mayoría en contra, y en la que volvieron a sacar a relucir todos los viejos prejuicios del debate decimonónico.

La defensa del proyecto de inmigración negra tomó desde muy pronto un sesgo curioso. No se negaba que pudiera ser nociva, era sólo un problema de cantidad, "en materia de negros, como en todas las materias existen tres distintas dosis: la fisiológica, la terapéutica y la tóxica".[42] El número de posibles inmigrantes de color era tan reducido que sus consecuencias negativas sobre el conjunto de la población resultaban despreciables. A cambio, se trataba de colonos que pondrían en cultivo tierras hasta ese momento incultas y que desarrollarían cultivos tropicales en regiones para las que la raza negra estaba mejor adaptada que ninguna otra,

[41] "Sección editorial. Veinte mil negros para México", *El Imparcial* (27 abr. 1910).
[42] "Sección editorial. Blancos y negros", *El Imparcial* (28 abr. 1910).

tal como demostraban el éxito de la agricultura del algodón y del café en Estados Unidos y Brasil respectivamente, que sin trabajadores negros ni siquiera existirían. No era la inmigración deseable pero a falta de otra, siempre que no fueran demasiados y que se establecieran en regiones inhóspitas para los blancos, podía ser considerada aceptable.

Argumentos que fueron rechazados de manera tajante por la mayoría de los demás periódicos, *El Tiempo*, *El País* y *La Iberia* principalmente,[43] para los que si de algo estarían encantados Estados Unidos y Brasil sería precisamente de poder desprenderse de su población negra.[44] Entre dos males, el que amplias regiones del país siguieran vacías o poblarlas con negros, era preferible el primero. Se recurrió incluso al ya citado dictamen de Francisco Pimentel en el que se afirmaba que no era cierto que sólo los negros pudieran poner en cultivo las regiones costeras, que los negros en situación de libertad eran pésimos trabajadores y que la presencia de los negros en México aumentaría el mal de la heterogeneidad étnica. El egoísmo nacional exigía no empeorar aún más la calidad étnica de la población. Pero se recurrió, sobre todo, al argumento de la existencia de razas

---

[43] No sólo la prensa, sino también las instituciones científicas, en particular la influyente Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en la que Alberto Carreño leyó un erudito discurso (con citas del Conde de Volney, Charles Seignobos, César Cantú, Víctor-Adolphe Malte-Brun, Charles M. Pepper, etc.) que mostraba los males que la llegada de negros podría acarrear a México, dados "sus defectos de raza". Véase CARREÑO, *El peligro negro.*

[44] "Estas dos Repúblicas no saben qué hacer con la inmensa población de hombres de color [...] y algo darían por alejarla, por extirparla y sustituirla con gente blanca." "Notas editoriales. Emigración negra... ¡Qué barbaridad!", *El Tiempo* (27 abr. 1910).

superiores e inferiores, un viejo tema del racismo decimonónico especialmente delicado en el caso mexicano. Mientras *El Imparcial* recurría a teorías antropológicas (Colajani y Finot) para negar que se pudiera afirmar algo así, la prensa conservadora lo hacía a datos históricos y sociológicos para mostrar lo contrario; no se trataba de que los individuos tomados de uno en uno fueran biológicamente superiores o inferiores, sino de que había culturas que tendían a producir individuos socialmente inferiores, y la negra era una de ellas. A su lado incluso la de los nativos mexicanos resultaba "mucho más apta que la negra para civilizarse".[45]

La polémica derivó rápidamente hacia la pregunta de si cualquier emigrante era deseable y en caso de no ser así cuáles sí y cuáles no y por qué motivos. En realidad sólo era la reactualización del conocido debate decimonónico. Lo novedoso fue que *El Imparcial*, rompiendo con una vieja tradición liberal, defendiera la llegada de inmigrantes no blancos. Los periódicos conservadores, en particular *El Tiempo* y *El País*, por el contrario, siguieron apostando por la llegada de inmigrantes compatibles con la nacionalidad mexicana, básicamente los provenientes del mundo católico europeo (italianos, españoles, franceses y alemanes del sur). Los colonos eran una mercancía y los había de mejor o peor calidad en función de sus características físicas y morales y de su capacidad para integrarse en la vida nacional, "para hacer nación". Nada demasiado distinto de lo que tradicionalmente había argumentado el discurso conservador, con la diferencia de que ahora se utiliza profusamente el caso de

[45] "Las 'Razas inferiores' de que habla 'El Imparcial'", *El Tiempo* (27 mayo 1910).

Argentina como ejemplo que, versión de la prensa conservadora, estaba privilegiando la llegada de inmigrantes provenientes de la Europa católica del sur.[46]

El ejemplo argentino resultaba especialmente sensible, el país sudamericano era en ese momento paradigma de progreso y de políticas migratorias exitosas. El "hagamos como Argentina" se había convertido casi en sinónimo de éxito por lo que *El Imparcial* intentó demostrar que no se podían comparar el caso argentino y el mexicano. Por factores que iban desde la mayor disponibilidad de tierras hasta la ubicación geográfica en el hemisferio sur, las regiones del Plata resultaban mucho más atractivas para los emigrantes europeos. Podían, por lo tanto, elegir sus emigrantes. México no; como consecuencia debía conformarse con aceptar los que le llegaban. Y en última instancia tampoco era sólo un problema de raza, tal como mostraba una "inmigración italiana que había llevado a la Argentina gérmenes de perturbaciones y conflictos tan peligrosos como las dificultades de raza".[47] Lo llamativo de la argumentación del periódico porfirista es que, en el fondo, es más un problema de necesidad que de preferencias de elección.

Un rasgo novedoso de la polémica migratoria fue el que tuvo que ver con la emigración de mexicanos hacia Estados Unidos, relativamente intensa en torno a esas fechas.

---

[46] Novedoso también, aunque anecdótico, fue que, como resultado de la victoria japonesa frente a Rusia, la tradicional inquina hacia los inmigrantes asiáticos comenzara a distinguir entre chinos, rechazables, y japoneses, deseables. Véase Puga y Acal, "La inmigración amarilla", *El Tiempo* (26 abr. 1910).

[47] "Sección editorial. Inmigraciones e inmigrantes", *El Imparcial* (7 mayo 1910).

Si uno de los objetivos de las políticas migratorias era aumentar la capacidad productiva del país, esto se lograba tanto facilitando la entrada de trabajadores extranjeros como impidiendo la salida de los mexicanos. A lo largo de 1910 fueron varios los periódicos[48] que desarrollaron en sus páginas una intensa campaña, testimonio de mexicanos residentes en Estados Unidos incluidos, sobre los inconvenientes de emigrar al vecino país del norte, desde los bajos salarios a las malas condiciones de vida y el desprecio con que los mexicanos eran tratados al norte del río Bravo, "Somos tratados como negros. Ninguna consideración merecemos, y ya ni siquiera pedimos cumplimiento a los salarios ofrecidos, a las horas de trabajo que se nos señalaron como jornada máxima. Sólo pedimos compasión y respeto para nuestra miseria";[49] "ese odio enteramente irracional del yankee a todas las razas obscuras, hace que en su tierra los mejicanos de la clase popular sean tratados con más desprecio que el negro, y con el mismo del mongól";[50] "apenas pasada la frontera los mexicanos enganchados comienzan a sufrir un maltrato inaudito".[51] Una tétrica visión, probablemente no demasiado alejada de la realidad, que tenía como objetivo desanimar a los braceros seducidos por el sueño americano.

---

[48] No sólo los periódicos, la revista *El Economista Mexicano* dedicó también varios artículos al tema en los que analizó y criticó, con detalle, las condiciones en las que eran enganchados los trabajadores mexicanos y las repercusiones, en su opinión negativas, que esta emigración tenía para la economía del país.

[49] "Editorial. No vayáis al norte", *El Imparcial* (26 feb. 1910).

[50] "¡No vayáis al norte!", *El País* (11 ago. 1910).

[51] "El maltrato de los peones mexicanos en los E.U.", *El Tiempo* (13 abr. 1910).

Las coincidencias sobre que era necesario acabar con la emigración de braceros hacia el norte fue generalizada; la de que difícilmente se iba a terminar con ella mientras las condiciones del campo mexicano siguieran siendo las que eran (salarios bajos, tiendas de raya, malos tratos por parte de capataces, caciquismo, condiciones de vida miserables, falta de comunicación entre las diferentes regiones del país), también. El problema era que cambiarlas significaba en parte cambiar un modelo productivo en el que, al menos según la interpretación de *El Imparcial*, sobraban trabajadores agrícolas. No resulta extraño, en este contexto, que el debate acabara derivando hacia aspectos relativamente marginales, como si finalmente esta emigración podía resultar positiva (repatriación de pequeños capitales por parte de los emigrantes) o no (la mayor parte de los emigrantes en realidad no regresaban); cuando no a otras más peregrinas, como que la solución era aumentar la educación cívica de los braceros mexicanos para que así no quisieran emigrar al país vecino.

La paradoja de una nación que durante 100 años se había imaginado como un país de inmigrantes e iniciaba su segundo siglo de vida independiente con la emigración como problema nacional.

¿QUIÉNES FUERON NUESTROS HÉROES?

El lugar de Hidalgo e Iturbide en el santoral laico de la patria fue una de las líneas divisorias decisivas entre los proyectos de nación liberal y conservador[52] durante todo

[52] Como ya se ha dicho, se utilizan los términos liberal y conservador a falta de otros pero la fractura identitaria no corresponde exactamente a una división ideológica, por lo que no siempre resulta una denomina-

el siglo XIX. Para los primeros Hidalgo era, sin discusión posible, el auténtico padre de la independencia, Iturbide sólo un personaje secundario y de patriotismo dudoso; para los segundos justo lo contrario, el verdadero héroe de la independencia era el autor del Plan de Iguala, y el cura de Dolores sólo el responsable de las matanzas y desgracias que durante diez años habían ensangrentado el suelo mexicano. Dos héroes antagónicos que representaban dos formas incompatibles de entender e imaginar lo que México era. Como había afirmado el periódico *El Universal* en 1849, no se podía "celebrar el 16 de septiembre a los fusilados, y el 27 del mismo mes a los fusiladores".[53]

El triunfo de los liberales significó la entronización de Hidalgo como padre de la independencia y la paralela exclusión de Iturbide. Un relato histórico que el porfiriato asumió con todas sus consecuencias. En el monumento a la independencia, como ya se ha visto, ni siquiera se incluyó la figura del antiguo general realista entre "los héroes que nos dieron patria". En este sentido habría que tomar con extremo cuidado afirmaciones como la de Annick Lempérière de que

> Una ironía de la historia quiso que el primer centenario del movimiento independentista [...] el que se inició con la rebelión del cura Hidalgo contra el poder colonial, fuera celebrado por el viejo régimen autoritario y conservador del general Díaz, mientras que el de la consumación de la independencia, logra-

ción apropiada. Para un análisis más detenido de este problema véase PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano*, pp. 23-27.

[53] "Editorial. Grito de Dolores. Vindicación de la historia y de la independencia de México", *El Universal* (23 nov. 1849).

> da gracias al acuerdo entre los criollos conservadores y el último virrey [...] fuera conmemorado bajo el régimen del general Obregón.[54]

Es posible que haya mucho de irónico en que fuera el general revolucionario Obregón quien tuviera que celebrar a Iturbide, pero nada en que "el viejo régimen autoritario y conservador del general Díaz" tuviera que hacerlo con Hidalgo. La exaltación del cura de Dolores resultaba perfectamente coherente con el discurso porfirista, que nunca tuvo ningún problema para considerarlo el héroe de la independencia por antonomasia ni, menos todavía, ninguna voluntad de excluirlo del centro del santoral laico de la patria.

La exclusión absoluta del antiguo militar realista resultaba, sin embargo, más complicada. No sólo había sido él quien había proclamado realmente la independencia sino que su figura resultaba para el moderantismo porfirista, en muchos aspectos, más atractiva que la del cura de Dolores. No es de extrañar que la prensa más cercana al régimen intentara una reivindicación del héroe de Iguala, aunque sin poner nunca en cuestión la figura de Hidalgo, y en esto la ruptura con el discurso conservador sí es radical y absoluta; tampoco que la voluntad de excluir al "traidor Iturbide" de la conmemoración del Centenario fuera objetivo explícito del liberalismo más radical; ni que, simétricamente, la de los conservadores fuera reivindicarlo.

Ya justo a comienzos de 1910 la prensa conservadora se opuso a la propuesta para que fuera cambiada la letra del Himno Nacional a causa de que no ensalzaba a Hidalgo y

---

[54] LEMPÉRIÈRE, "Los dos centenarios", p. 319.

demás caudillos de 1810 y, en cambio, mencionaba a Iturbide. Propuesta que la Comisión del Centenario hizo suya. Se encargó un informe a Porfirio Parra, quien propuso que, para evitar confusiones, se cambiara el verso que decía "de Iturbide la sacra bandera" por "de la patria, la sacra bandera",[55] evitando así la invocación de un héroe dudoso. Informe violentamente descalificado por todos los periódicos conservadores, en particular *El Tiempo* y *El País*, quienes alegaron que la figura del héroe de Iguala podía resultar dudosa para algunos "pero no [...] para la mayoría de los mexicanos, para quienes es el libertador de México y para quienes se escribió en Himno Nacional, al que los cultísimos gobernantes Don Benito Juárez, Don Sebastián Lerdo de Tejada y Don Ignacio Comonfort no pusieron reparo de ninguna clase".[56] Aprobada la modificación por la Secretaría de Instrucción Pública, sólo por lo que se refería al Himno que debía cantarse en las escuelas, *El País* propuso una protesta general contra una medida cuyo único objetivo era "borrar [...] de ese hermosísimo himno [...] el nombre de nuestro Libertador".[57]

Finalmente, y al margen del debate sobre la modificación del Himno, se decidió no incluir su figura entre las estatuas del monumento a la independencia, y esto sí pue-

---

[55] La estrofa objeto de la discordia era una, hoy ya eliminada, que decía "Si a la lid contra hueste enemiga/nos convoca la trompa guerrera,/de Iturbide la sacra bandera,/mexicanos valientes seguid". En realidad ni siquiera era una exaltación del general realista, sólo la constatación de que había sido él quien había fijado los colores de la bandera nacional.

[56] "Alteraciones en las estrofas del Himno Nacional", *El Tiempo* (13 ene. 1910).

[57] *El País* (17 feb. 1910).

de ser considerado, sin matices, como su eliminación del panteón de los padres de la patria.[58] Una exclusión que fue también fuertemente cuestionada por la prensa conservadora, en particular por el católico *El Tiempo*, que alegó que la condición de héroes y beneméritos de la patria no podía responder a una decisión arbitraria. Había sido fijada por un decreto del Congreso de julio de 1823. Eran los nombres aprobados por el Congreso los que debían figurar en la columna, escritos o en efigie, sin añadir o quitar ninguno.

Resulta revelador, sin embargo, que a pesar de que la estatua del héroe de Iguala no fuera finalmente incluida en el monumento a la independencia, el orador encargado del discurso oficial el día de su inauguración sí hiciera alusión a él y de forma laudatoria: aquel que puso "su espada al servicio de la independencia y con el alto nombre de LIBERTADOR entra en el grupo olímpico de los fundadores de la nacionalidad".[59] Una afirmación que parecía dar el asunto por zanjado.

Pero el debate estaba menos resuelto de lo que las palabras de Miguel Macedo sugieren. Ese mismo año de 1910 Francisco Bulnes publicó *La guerra de independencia:*

[58] Una afirmación que habría que matizar, ya que su nombre sí figuró en el catafalco de la apoteosis de los héroes. No es necesario precisar, sin embargo, la diferencia cualitativa entre un monumento efímero y otro fijado en piedra. La exclusión de Iturbide tampoco fue completa en el monumento de la independencia, su nombre es uno de los que aparece en los anillos del fuste, aunque prácticamente invisible desde el suelo.

[59] "Discurso de Miguel Macedo en el acto de inauguración del Monumento a la Independencia", reproducido en "La inauguración del monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo", *El Imparcial* (17 sep. 1910).

Hidalgo, Iturbide.[60] Una especie de alegato doble, en defensa de Iturbide por un lado y en contra de lo que Alamán había escrito sobre Hidalgo, por otro. Y hasta aquí todo entra en la lógica de ese discurso integrador al que se está haciendo referencia. Resulta extraño, sin embargo, que se necesite defender a Hidalgo cuando ya nadie lo atacaba, cuando

> [...] hasta los descendientes de aquel partido que tuvo a Alamán por "leader", hasta los sucesores de aquellos hombres se muestran concordes en exaltar la figura del anciano cura de Dolores, y en la celebración del Centenario no se ha dejado oir una sola voz encaminada a demeritar o decrecer la obra de Hidalgo, ni a poner reparos a sus procedimientos, ni a tildar su conducta.[61]

Más extraño aún si consideramos que, de manera general, los periódicos sólo hicieron referencia al libro para destacar la defensa que en él se hacía de Iturbide, de sus actos y de los ataques y de los olvidos de los que había sido objeto. Se convirtió en el libro "en defensa de Iturbide", aunque le están dedicadas bastante menos de la mitad de sus más de 400 páginas. Así *El Tiempo* dedicó una serie de artículos "no al examen [...] del libro de don Francisco Bulnes, sino sólo a señalar los puntos más culminantes en que hace justicia a Iturbide".[62]

---

[60] BULNES, *La guerra de independencia.*

[61] "¡Un nuevo libro del Sr. Bulnes! Hidalgo-Iturbide", *El Imparcial* (18 oct. 1910).

[62] "El nuevo libro de don Francisco Bulnes. La honradez de Iturbide en el Gobierno por lo que se refiere a los fondos públicos", *El Tiempo* (4 nov. 1910).

Los artículos del periódico de Victoriano Agüeros son, en realidad, una defensa a ultranza del héroe desplazado, al que se presenta como una especie de compendio de todas las virtudes públicas y privadas, muy por encima, desde luego, del resto de los héroes mexicanos, pero también de los que hicieron la independencia en los demás países de América: administró con honradez los fondos públicos, si no se unió a la rebelión de Hidalgo fue porque nada bueno se podía esperar de las hordas que habían seguido a éste, las acusaciones de crueldad que se le habían hecho eran completamente injustificadas, no se le podía acusar de no haber sido demócrata cuando ninguno de los héroes de la independencia lo había sido, y hasta su proclamación como emperador había sido un acto democrático, tal como afirmaba Bulnes "estaba por el imperio de Iturbide la inmensa mayoría de la nación".[63] Exaltación nada difícil si consideramos que ya en el libro de Bulnes, al margen del título, hay una clara voluntad de subsanar la gran injusticia que, según este autor, se había cometido con Iturbide: "se borró su nombre de los mármoles del Capitolio, y se prohibió en las escuelas reverenciar su gloria" y se le juzgó con mala fe: "no hay buena fe al juzgar al héroe de Iguala".[64]

En perfecta simetría con lo escrito por el periódico católico *El Diario del Hogar*, el principal opositor liberal al porfirismo atacó con saña lo escrito por Francisco Bulnes, cuyos argumentos tacha de sofismas. Defender a Iturbide era algo así como intentar justificar a Judas Iscariote. Tal

---

[63] BULNES, *La guerra de independencia*, p. 349. Bulnes basa su afirmación en lo escrito por Zavala y Alamán.
[64] BULNES, *La guerra de independencia*, pp. 6 y 321.

parece como si estuviéramos en una polémica de los años cincuenta del siglo anterior y no en 1910.

La mejor prueba de que el juicio sobre Itubide era un problema todavía no resuelto la tenemos en el hecho de que *El Imparcial* se viera obligado a mediar en la polémica, publicando un largo editorial, titulado precisamente "El lugar de Iturbide en la historia", en el que se afirmaba que la rehabilitación de Iturbide era "un tema todavía actual" y en el que se opta por cierta neutralidad. Ni el Libertador que habían proclamado los conservadores, ni el traidor denostado por los liberales: "Iturbide no fue el 'Libertador', ni fue tampoco ese traidor cínico que nos pintan unos y otros".[65] Una visión histórico-política que encajaba perfectamente en la visión de consenso de la independencia del porfiriato, que fue avalada también por la prensa conservadora para la que la fiesta de la independencia debía honrar tanto a los que la iniciaron como a los que la consumaron, "Si don Miguel Hidalgo y Costilla fue el feliz iniciador de la lucha emancipadora, don Agustín de Iturbide fue el afortunado y decidido consumador de la obra".[66]

Finalmente el Ayuntamiento de la ciudad de México aprobó una moción declarando que el 27 de septiembre se conmemoraba la consumación de la independencia, simbolizada por la entrada del Ejército Trigarante a las órdenes de Iturbide. Noticia acogida con satisfacción por toda la prensa conservadora: "Por fin [...] el elemento oficial empieza a

[65] "El lugar de Iturbide en la historia", *El Imparcial* (24 oct. 1910). Nada demasiado diferente a lo que había afirmado Justo Sierra en *México y su evolución social.*

[66] "Notas editoriales. El Centenario de Iturbide", *El Tiempo* (17 mar. 1910).

hacer justicia al consumador de la Independencia" tituló a toda página *El Tiempo*.[67]

¿MADRE PATRIA O VERDUGO DE LA NACIÓN MEXICANA?: EL TIEMPO DE LA RECONCILIACIÓN

El lugar de España y lo español en la construcción nacional de los distintos países latinoamericanos resulta complejo y enrevesado. Las élites que hicieron las independencias fueron, en sentido estricto, los descendientes biológicos y culturales de los conquistadores. Una situación que hizo especialmente complicada la conversión de la antigua metrópoli en el "otro" ajeno y extraño frente y contra el que las nuevas naciones se construían. Las continuidades culturales eran tantas que, a pesar de la retórica hispanófoba de las primeras décadas de vida independiente, el sentimiento de formar parte de una misma civilización, una misma raza en el discurso de la época, se extendió también desde muy pronto entre parte de las élites. La hispanofobia y la hispanofilia se convirtieron así en parte del discurso de imaginación de las nuevas naciones. Con especial intensidad en el caso de México, donde se aunaron la presencia de una numerosa población indígena, que tendió a teñir los conflictos identitarios de un fuerte componente étnico; los intereses geopolíticos españoles en el Caribe, isla de Cuba, que alentaron agresivas políticas intervencionistas de España hacia México; y la presencia de una reducida colonia española, pero muy relevante desde el punto de vista económico y social, que

---

[67] *El Tiempo* (29 sep. 1910).

va a estar gravitando continuamente sobre las relaciones de México con España.

En el momento de la celebración del Centenario el lugar de España había sufrido un vuelco radical. Si la celebración del IV Centenario del Descubrimiento, en 1892, había significado ya uno de los grandes momentos del hispanismo en México, la posterior derrota del 98 y el fin de la presencia española en el Caribe parecieron borrar definitivamente cualquier resto de prevención hacia la antigua metrópoli en la que, por su parte, el hispanoamericanismo y la retórica de una comunidad hispánica de naciones habían sustituido por completo las políticas intervencionistas anteriores. El resultado fue que la conmemoración de la independencia se convirtió también en la celebración del reencuentro con España, "España, olvidados ya los antiguos rencores, puede considerarse como una hermana mayor de las jóvenes naciones americanas".[68] Si ésta era la visión de la prensa oficial, más efusiva fue aún la de los periódicos conservadores para los que el Centenario fue el tiempo de "una reconciliación de familia [...] porque la vida histórica de México no es más que una prolongación de la vida histórica de España". Hasta la propia independencia no había sido más que "una disensión de familia, un acto del hijo emancipado que anhela establecer un hogar propio".[69] Y aquí nos encontramos con la metáfora favorita, mil veces repetida, del proyecto de

---

[68] *El Diario* (20 abr. 1910). La idea de que el Centenario marcaba el momento de la reconciliación definitiva con España fue repetida por otros muchos periódicos, no sólo de México sino del resto del continente.

[69] "Notas editoriales. Fuerza evocativa de un nombre", *El Tiempo* (3 sep. 1910).

nación conservador, aquella que permitía imaginar la independencia, no como un conflicto entre dos razas extrañas, sino como resultado de un proceso de crecimiento natural dentro de la misma familia.

La celebración del Centenario tuvo lugar, por lo tanto, en el contexto de una voluntad explicita de reconciliación con la antigua metrópoli.

> Las próximas fiestas del Centenario de nuestra Independencia han dado origen a muchas iniciativas estimables, una buena parte de ellas con tendencia a consolidar el lazo familiar y de afectos que nos une con España [...] lógico es que, en las próximas fiestas del Centenario, dediquemos a España preferente y afectuoso recuerdo.[70]

Reconciliación que se plasmó en el recibimiento dado al enviado del gobierno español, general Polavieja.[71] Aunque en un primer momento se incluía a España, "la madre por la sangre", sólo como uno de los países, los otros eran Alemania, Estados Unidos y Francia, "la madre intelectual",[72] de los que se esperaba que enviaran delegaciones de alta jerarquía; después toda la prensa, sin excepción, prestó atención especial a la llegada del delegado español y a sus actividades en México. Titulares como el de *El Tiempo*, "La recepción del generalísimo del ejército de España, Marqués de Pola-

70 "Sección editorial. El monumento a la lengua castellana", *El Imparcial* (3 mayo 1910).

71 Éste trajo como regalo del gobierno español, en gesto de buena voluntad, el uniforme de Morelos que se conservaba en España.

72 "Sección editorial. Delegados al Centenario", *El Imparcial* (17 jun. 1910).

vieja, no tiene precedente en México", en primera plana, a tres columnas y con una foto del enviado español, dejan pocas dudas al respecto.[73] Pero que se plasmó, sobre todo, en el hecho de que España fuera la única nación extranjera citada por su nombre en el discurso de inauguración del monumento de la independencia, el acto central del Centenario, y de manera absolutamente laudatoria,

> Creeríame indigno del honor de haber ocupado esta tribuna si descendiera de ella sin saludar a la madre España, cuando en la lengua que ella compartió con nosotros estamos bendiciendo la Independencia, y cuando en nuestro corazón se estremecen fibras que ella misma forjó, arrojando en este ardiente crisol tropical su sangre y su alma para que fueran fundidas en el alma y en la sangre que forjasen nuestro ser.[74]

Las llamadas a la reconciliación con la antigua metrópoli fueron numerosas, antes, durante y después de la celebración. Ya en fecha muy temprana, finales de febrero, *El Imparcial* se hizo eco de la voluntad de la colonia española de contribuir a la celebración del Centenario de la emancipación política de México. El discurso del que puede ser considerado como el portavoz oficial del porfirismo resul-

---

[73] *El Imparcial* (7 sep. 1910). Va seguido de una entradilla, también a tres columnas, que dice: "En septiembre de 1810 se inició el lanzamiento [*sic*] de los españoles entre el fragor de la insurrección y en Septiembre de 1910 se recibe a los ilustres representantes de España, entre el estruendo del aplauso y la aclamación".

[74] "Discurso de Miguel Macedo en el acto de inauguración del Monumento a la Independencia", reproducido en "La inauguración del monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo", *El Imparcial* (17 sep. 1910).

ta especialmente revelador. Por un lado, se alude a toda la tradición liberal para la que la nación mexicana es la heredera y continuadora del mundo prehispánico y que, como consecuencia, hace de los españoles el otro por antonomasia, el enemigo secular y odiado, y por el editorial pasan "el espectro de la Conquista", "la sombra del encomendero", "los azotes", "la marca en la frente de nuestros padres indios" y "los tormentos de la Inquisición". Por otro, sin embargo, en él están también Bartolomé de Las Casas, los puentes entre españoles y mexicanos que "purifica el tiempo y consagra el amor" y la afirmación de que "Los españoles son los extranjeros más mexicanos que viven con nosotros, casi todos han formado aquí su familia".[75] Los tópicos tradicionales de la hispanofobia liberal junto a los no menos tópicos ni menos tradicionales de la hispanofilia conservadora unidos en un mismo discurso que define bastante bien el que fue hegemónico en el momento de la celebración de los 100 primeros años de vida independiente. Estrategia que debió tener suficiente éxito como para, si hemos de creer a la prensa, poner fin, incluso, hasta a los habituales actos antigachupines de la celebración del día de la independencia.[76]

Discursos que fueron acompañados de una serie de proyectos, algunos llevados a cabo y otros no, con el objetivo de

---

[75] "Sección editorial. El Centenario de la Independencia", *El Imparcial* (28 feb. 1910).

[76] "No hace muchos años que esa noche [...] encubría entre sus sombras [...] el espectáculo más inculto que darse pudiera: el de una horda salvaje lanzando mueras a la madre patria y a sus hijos, y acompañando aquellos con obras dignas de los mismos [...] Congratulémonos de la muestra de cultura dada por nuestro pueblo al suprimir para siempre [...] injustos e indignos insultos contra la noble Iberia y sus hijos." "Congratulémonos!", *El País* (17 sep. 1910).

mostrar la cercanía espiritual entre ambas naciones. Entre los que nunca se llevaron a cabo destacan dos para la erección de sendos monumentos que fijarían en piedra y bronce la indestructible unidad de dos pueblos hermanos, uno a la lengua castellana, "al don más preciado que alcanzamos de los españoles",[77] y otro a Isabel la Católica, "la gran Reina que dio a su patria un nuevo mundo y al Nuevo Mundo los primeros elementos de civilización".[78] En el caso de esta última, aunque nunca se llegó a construir la proyectada estatua sí se llegó a poner la primera piedra y se le dedicó una de las principales calles del centro de la ciudad,[79] entre el beneplácito de la prensa que consideró, de manera unánime, que era un justo homenaje a la reina que había hecho posible el descubrimiento, además de un símbolo de acercamiento entre España y las república hispanoamericanas.

Entre lo sí llevado a cabo destaca la Exposición de Arte Español. Una iniciativa de la colonia española en México, con el apoyo de los gobiernos español y mexicano, que tuvo un éxito relativo. Tanto por la cantidad como por la calidad de obras expuestas fue mucho más relevante la gran exposición de arte español que había tenido lugar en 1898-1899, en la XXIII Exposición de la Escuela Nacional de Bellas Artes de México, organizada como una especie de desagra-

[77] "Sección editorial. El monumento a la lengua castellana", *El Imparcial* (3 mayo 1910).
[78] "Sección editorial. Españoles y mexicanos", *El Imparcial* (2 sep. 1910).
[79] Se puso el nombre de Avenida de Isabel la Católica al conjunto de las antiguas calles de San José del Real, Espíritu Santo, Tercer Orden de San Agustín, Alfaro, Tompeate, Puente de Monzón, Monserrate, Chapitel de Monserrate, Plazuela del Risco, Puente de Carretones y Callejón del Caballete.

vio por la reciente derrota frente a Estados Unidos en Cuba.[80] Lo mismo cabría decir de las 269 obras enviadas por España a la Exposición Internacional de Arte que, también con motivo de la celebración del Centenario, tuvo lugar ese mismo año en Buenos Aires.[81] Y es que en los comienzos del siglo XX no sólo el mercado bonaerense resultaba más atractivo para los pintores españoles sino que, perdida Cuba y con ella todo el complejo juego geoestratégico que en torno a ella se había visto obligada a jugar la política exterior española, el auge económico argentino convertía a este país en el centro de los intereses españoles en América, muy por encima de México, que lo había sido tradicionalmente. Una preferencia visible también en que mientras la delegación española a México fue presidida por un viejo general, Polavieja, la enviada ese mismo año a Argentina lo fue por un miembro de la familia real, la infanta Isabel de Borbón.

Lo mismo que había ocurrido ya durante todo el siglo XIX, la cuestión de España aparecía siempre, en México, entrelazada con la de Estados Unidos. La retórica del enfrentamiento razas latinas/razas anglosajonas, panhispanismo/panamericanismo, se intensificó en las décadas finales del siglo. El fin de la presencia española en Cuba convirtió al imperialismo estadounidense en la única amenaza real a la soberanía de las naciones situadas al sur del río Bravo, particularmente para México.[82] Si bien

[80] Véase PÉREZ VEJO, "¿El reencuentro del 98?".

[81] Sobre el arte español en la Argentina de comienzos del siglo XX véase BALDASARRE, "Terreno de debate".

[82] Esto sin contar con que la propia guerra cubana podía ser vista como la victoria definitiva de la raza anglosajona sobre la latina en América del Norte. Una visión no sólo de los conservadores mexicanos sino que

es cierto que la posibilidad de nuevas intervenciones militares se fue alejando a medida que avanzaba el siglo, no lo es menos que parece siguió siendo una amenaza latente para parte de las élites mexicanas. Al menos eso es lo que mostrarían hechos como que Francisco Barrera Lavalle, en un discurso en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística el 28 de abril de 1910 sobre el porvenir de México se viera obligado a "decir algo acerca del peligro que amenaza a nuestra nacionalidad por parte de los Estados Unidos de América". Es cierto que para rechazar esta amenaza "el dominio de las Filipinas y de Puerto Rico no ha resultado para el imperialismo norteamericano un triunfo muy envidiable".[83] Lo revelador en este caso es que se viera obligado a precisarlo.

Más beligerante era la postura de los sectores conservadores, cuya gringofobia tradicional encontró nuevos argumentos en su oposición al panamericanismo y a la doctrina

---

está también presente en muchos escritos estadounidenses de la época, por ejemplo en el libro *Las relaciones entre los Estados Unidos y España* del almirante Ensor Chadwick, "La guerra (1898) fue el acto final en la lucha por la supremacía entre los anglosajones y los hombres de raza latina, en el hemisferio de Norte América, en el que Felipe, Isabel, Drake, Howard, Chathman, Vernon, Wolf, Montcolm y Washington, tuvieron cada uno su participación [...] Fue el final de la lucha de razas que se había continuado durante tres siglos" (citado en "Las dos América", *El País* (9 jun. 1910).

[83] Francisco Barrera Lavalle, "El porvenir de la nacionalidad mexicana. Discurso leído en la solemne velada celebrada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística la noche del 28 de abril de 1910, en conmemoración del 59º aniversario de su reorganización". Reproducido en *El Tiempo* (3 mayo 1910).

Monroe, vistos como un instrumento al servicio del imperialismo estadounidense:

> Pocas o ninguna son las naciones de este continente que no hayan sufrido un inolvidable agravio de esta doctrina [Monroe]: México estrechado en sus fronteras; Colombia perdiendo una provincia entera; Chile defendiéndose de una cuantiosa reclamación; las islas más bellas y florecientes del archipiélago antillano gimiendo bajo un estrecho protectorado; y, por último, todo Centro América agitado y sacudido por las osadías de un insolente filibusterismo.[84]

Un discurso que se volvió especialmente intenso con motivo de la celebración en Buenos Aires, ese mismo año de 1910, de la IV Conferencia Panamericana y que no resulta nada novedoso respecto a lo que había sido la postura de los conservadores mexicanos, para los que la oposición panhispanismo versus panamericanismo fue durante todo el siglo XIX una de sus señas de identidad más claras y persistentes.

Más novedosa, y de mayores consecuencias fue la evolución respecto a este mismo tema de los liberales. Aunque la prensa más cercana al régimen acogió la celebración de la Conferencia Panamericana con grandes elogios, el panamericanismo dejaba de ser una utopía para convertirse en una gozosa realidad. Los años en torno a la celebración del Centenario marcaron en toda América Latina, no sólo en México, un giro de grandes consecuencias posteriores en el que la oposición a Estados Unidos deja de ser patrimonio exclusi-

[84] "Notas editoriales. Últimas malaventuras de la doctrina Monroe", *El Tiempo* (3 sep. 1910).

vo de conservadores hispanófilos para extenderse a sectores ideológicos mucho más amplios, aunque no necesariamente ocurrió lo mismo con la hispanofilia. El afianzamiento del discurso latinoamericanista permitió una oposición a Estados Unidos que, a diferencia de lo que había ocurrido con anterioridad, no necesariamente fue hispanófilo.

CONCLUSIÓN

La conmemoración del Centenario de la independencia podría haber sido el momento propicio para haber plasmado un discurso cerrado y concluido sobre lo que era la nación mexicana. Sin embargo, como se ha visto a lo largo de las páginas anteriores, no fue así. Los viejos temas de disenso, de manera más o menos larvada, siguieron presentes. La *pax porfiriana* sólo había logrado atenuarlos. La posterior Revolución optó de hecho por una refundación de la nación cuya radicalidad discursiva resulta, a veces, más retórica que real y cuyas dependencias de los viejos problemas decimonónicos merecen ser estudiadas con más detalle de lo que se ha hecho hasta ahora. El Centenario fue sólo la ocasión para poner en escena, una vez más, los viejos e irresolubles problemas de la identidad.

Y aquí, tal vez, resulten pertinentes dos precisiones más cercanas al campo de la teoría política que al de la historia propiamente dicha.

La primera tiene que ver con la propia idea de que se pueda plasmar un relato cerrado y concluido sobre la identidad nacional, el sueño, más bien pesadilla, de la historiografía decimonónica en el que todavía seguimos presos. Quizás, como supo ver de forma muy temprana, 1882, Ernest

Renan en *Qu'est-ce qu'une nation?*,[85] el problema sea que es un plebiscito cotidiano. Cada generación tiene la nación que se imagina y la del Centenario fue sólo la de la "generación del Centenario", una más entre las miles posibles.

La segunda, con la forma en que las naciones han tendido a imaginarse, no sólo en México, proyectos de pasado, legitimados por la historia, más que proyectos de futuro, legitimados por la voluntad cívica de los individuos que las componen. Resulta sorprendente que la retórica del progreso de un régimen como el porfirista fuera incapaz de sacar el debate sobre la nación del campo de la historia y de las interpretaciones históricas. A pesar de la cita de Ignacio Ramírez, de quien no se da el nombre, que Macedo incluyó en su discurso de inauguración del monumento de la independencia, "no somos indios, ni españoles; venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo",[86] este tipo de nación cívica nunca logró imponerse en el imaginario mexicano, quizás porque afirmar que se descendía de Hidalgo era ya también una afirmación en clave histórica.

---

[85] RENAN, *Qu'est-ce qu'une nation?*

[86] "Discurso de Miguel Macedo en el acto de inauguración del Monumento a la Independencia", reproducido en "La inauguración del monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo", *El Imparcial* (17 sep. 1910). La frase fue pronunciada por el Nigromante en un discurso en la Alameda de la ciudad de México el 16 de septiembre de 1861.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AAASCM Archivo de la Antigua Academia de San Carlos de México, D. F.

AZNAR, Yayo y Diana B. WECHSLER

La memoria compartida. España y Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950), Buenos Aires, Paidós, 2005.

BALDASARRE, María Isabel

"Terreno de debate y mercado para el arte español contemporáneo: Buenos Aires en los inicios del siglo XX", en AZNAR y WECHSLER, 2005, pp. 109-134.

BULNES, Francisco

La guerra de independencia: Hidalgo, Iturbide, México, El Diario, 1910.

CAGIAO, Pilar y Eduardo REY TRISTÁN (coords.)

De ida y vuelta. América y España: los caminos de la cultura, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2007.

CARREÑO, Alberto María

El peligro negro. Discurso leído... el 28 de abril de 1910 en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1910.

COSMES, Francisco G.

La dominación española y la patria mexicana, México, Editorial de El Partido Liberal, 1896.

Episodios

Episodios históricos de la Guerra de la Independencia, México, El Tiempo de Victoriano Agüeros, 1910.

GARCÍA, Genaro

Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México, México, Museo Nacional, 1911.

GARRIDO ASPERÓ, María José

Fiestas cívicas históricas en la ciudad de México, 1765-1823, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2006.

LEMPÉRIÈRE, Annick

"Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural", en *Historia Mexicana*, XLV:2(178) (oct.-dic. 1995), pp. 317-352.

MAQUEO CASTELLANOS, Esteban

Algunos problemas nacionales, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1909.

O'BRIEN, Conor Cruise

Ancestral Voices. Religions and Nationalism in Ireland, Chicago, University of Chicago Press, 1994.

PÉREZ VEJO, Tomás

Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas, Oviedo, Nobel, 1999.

"¿El reencuentro del 98? Pintores españoles en la XXIII Exposición de la Escuela Nacional de Bellas Artes de México de 1898-1899", en CAGIAO y REY TRISTÁN, 2007, pp. 89-102.

España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación, México, El Colegio de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2008.

RENAN, Ernest

Qu'est-ce qu'une nation?: conférence faite à la Sorbonne, le 11 mars 1882, París, Calman-Levy, 1882.

RIVA PALACIO, Vicente

México a través de los siglos, t. II. *El virreinato*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapozalco, INAOE y El Colegio de Jalisco, 2007.

Romancero

Romancero de la Guerra de la Independencia, México, El Tiempo de Victoriano Agüeros, 1910.

SIERRA, Justo

México y su evolución social, Barcelona, Ballescá y Compañía, 1900-1902.

Evolución política del pueblo mexicano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.

VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR, Alejandro

Biografías de los héroes y caudillos de la independencia, México, El Tiempo de Victoriano Agüeros, 1910.

LOS HITOS DE LA MEMORIA O LOS MONUMENTOS EN EL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO. ÓPERA IMAGINARIA EN UNA OBERTURA Y TRES ACTOS

Verónica Zárate Toscano
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

OBERTURA[1]

1910 sería un año predestinado a ingresar triunfalmente al escenario de los anales de la historia de México. La ocasión de festejar el centenario del inicio del movimiento independentista permitiría mostrar, dentro y fuera del país, el esplendor del régimen porfiriano que había logrado, gracias al orden y el progreso, llevar a México a tocar la tan anhelada senda de la modernidad.

Con la debida anticipación, desde 1907 se nombraron las comisiones encargadas de planear, organizar y desarrollar las ideas que debían plasmarse en un libreto y una partitura con una serie de escenas que integrarían lo que podría considerarse una ópera maravillosa. Compositor y libretis-

[1] Una primera versión de este texto se presentó en el Seminario de Historia Social y Cultural del Instituto Mora. A sus integrantes, a Consuelo Carredano y a Eduardo Flores Clair, que enriquecieron este texto con sus sugerentes comentarios, va mi agradecimiento.

ta buscaron cubrir todos los aspectos para resaltar el tema central, la conmemoración de la independencia, y asignar a cada protagonista un papel a la altura de sus méritos, digno, representativo y bien cuidado. Música y drama en perfecta simbiosis se combinaron para transitar de la obertura al postludio pasando por distintos actos y escenas, para concluir con una auténtica apoteosis final. Muchas voces participaron, de todas las tesituras y coloraturas, ejecutando las notas que les estaban asignadas, arropando las de los protagonistas, bajo la dirección de una batuta que no dejaba espacio a ninguna floritura o improvisación que desentonara.[2]

La escenografía estaba diseñada para cada acto, y aunque sus componentes estaban distantes unos de otros, con la participación de una verdadera orquesta de operarios y tramoyistas, apenas se hacía perceptible el cambio de telones anteriores y posteriores. El vestuario engalanaba a los personajes permitiéndoles sumergirse en épocas gloriosas. El público, que llena todo, participaba con su presencia y sus aplausos siempre que le fuera permitido, e incluso asumía el papel de coro. Su distribución en el gran recinto donde se desarrollaba el espectáculo dependía de la situación que gozaran dentro de la escala social, lo que lo situaba en el anfiteatro con mayor acercamiento al escenario, o en las lejanas galerías, repartido en los balcones o en el privilegio del palco presidencial. Las funciones se preparaban con toda precisión dando a conocer el programa (calendario) que marcaba el orden de interpretación de cada acto.

[2] A pesar de la planeación detallada y los rigurosos intentos por controlar las expresiones de descontento, disidencia o protesta, estas últimas no pudieron evitarse y, como es bien sabido, a fines de 1910 estalló la revolución mexicana.

Y así nació lo que podríamos equiparar con una ópera a la que titularíamos "Fiestas del Centenario". En esta obertura, como es habitual, anunciaremos algunos de los temas principales que se podrían oír a lo largo de la obra. El primer acto estaría dedicado a los esfuerzos del porfiriato por crear un discurso histórico y materializarlo en las festividades. El segundo estaría centrado en las obras públicas emprendidas por el régimen con la etiqueta "centenaria", en especial en la inauguración de los monumentos conmemorativos. Y finalmente el tercero atañería al ensordecimiento causado por la revolución mexicana y el efecto que tuvo en dichos monumentos. La ejecución de esta obra es la que se pretende a través de estos acordes. Sus dos grandes protagonistas irán desfilando rodeados de otros personajes de talla internacional que sumarán sus esfuerzos para darles el realce que merecen.

Ojalá contáramos con registros sonoros de las arias, recitativos o romanzas de cada acto. Pero las grabaciones estaban en una fase inicial y, si bien nos han permitido sorprendernos al escuchar la voz de Porfirio Díaz leyendo una carta a Tomás Alva Edison en 1909,[3] no se han conservado las inflexiones de tantos otros oradores que participaron en las conmemoraciones, y por ello debemos limitarnos a leer sus discursos e imaginar sus voces, a veces con las pistas proporcionadas por la prensa al reseñar las obras.

Porque existe muchísimo material sobre papel, una extensa narrativa conmemorativa, que va desde los docu-

[3] http://www.youtube.com/watch?v=eKhi6OpEYv4 Voz original Porfirio Díaz 1909. También puede escucharse en un disco compacto en la Fonoteca Nacional, núm. inventario FN08040006526, Coleccionistas diversos. http://www.fonotecanacional.gob.mx/

mentos burocráticos oficiales y oficiosos hasta los informes de obras, discursos, poesías y sobre todo las crónicas recogidas en periódicos, cuadernillos y libros contemporáneos a los sucesos y posteriores.[4]

Las imágenes también abundan, tanto fijas como en movimiento. En la prensa de la época se publicaron fotografías y grabados que asombraron a los lectores y atrajeron la mirada de los analfabetos. Ya desde entonces una nube de fotógrafos con sus cámaras fijas y también cinematográficas acompañaba a los intérpretes de cada escena para atraparla y luego compartirla en distintos foros y soportes. Ni qué decir del éxito que tenían las proyecciones de las fiestas del Centenario que mi abuelo Salvador Toscano y otros nóveles cineastas programaban en diversas salas de la capital de la República y otras ciudades del interior.[5] O de las postales y fotografías que se vendían o se regalaban con cada inauguración, gracias a la generosidad de las casas comerciales.

Aprovechando esas escenas inmortalizadas sobre papel, plata y gelatina, nitrato, vamos a ocuparnos de otros testimonios de la memoria histórica que se construyeron con mármol, granito, bronce y cantera. Ellos constituyen lo que llamaremos el acto central de nuestra ópera "Fiestas del Centenario" y aunque las conmemoraciones se efectua-

---

[4] Buena parte de la información aquí utilizada proviene de los siguientes libros: GARCÍA, *Crónica oficial; Álbum; Fiesta del centenario y* finalmente *Memoria de los trabajos*.

[5] Con el título de "Fiestas del Centenario", Salvador Toscano programó diversas funciones cinematográficas, según podemos comprobar en los carteles que las anunciaban. Véase *Un pionero*. Dichas escenas fueron recogidas por su hija Carmen Toscano en el largometraje "Memorias de un mexicano".

ron en buena parte del país, sólo nos ocuparemos de la concerniente a la ciudad de México, que se transformó en un magno escenario montado para la ocasión.

La "modernidad" alcanzada llevaba implícita una fuerte carga de cosmopolitismo y algunos componentes de la "ópera" provenían de espacios y culturas trasnacionales. El orden y el progreso, la paz y la justicia, se mezclaban con un universalismo ya que al mismo tiempo que se reconstruía lo local, el Estado se hacía eco de lo universal.[6]

Consideramos que, entre los monumentos inaugurados, los financiados por el gobierno mexicano son verdaderos "hitos" de la memoria precisamente porque representan un hecho clave, un punto de referencia para materializar parte del discurso histórico, pero no sólo a nivel nacional sino igualándonos con otros países del globo. La columna de la independencia y el Hemiciclo a Juárez persisten inamovibles e incuestionables como testimonio de un momento y como una historia materializada en piedra. Sin embargo, hubo otras manifestaciones del pasado que también buscaron contribuir a la conformación de la memoria de México, aunque los referentes no fueran nacionales. Así pues, los gobiernos amigos y las colonias de extranjeros quisieron poner sus interpretaciones al servicio de la gestación de la memoria mexicana a través de la presencia marmórea o broncínea de personajes ilustres de sus respectivos países, pero que por sus actos tenían un reconocimiento que traspasaba las fronteras. En la medida en que tuvieran relación con México, dependían su presente y su futuro, su permanencia o su olvido, su respeto o su vituperación.

---

[6] TENORIO TRILLO, *Historia y celebración*, pp. 44-45.

Así pues, la conmemoración se desarrolla en distintos *tempi*: rindiendo tributo a los héroes y sucesos históricos nacionales de mayor raigambre en un *allegro ma non troppo*; como un reconocimiento de la fuerza y bondades de un país que abrió sus puertas a emigrantes de otras regiones que agradecidos ofrecían obsequios trascendentales y buscaban verse reflejados en esta su nueva nación que les permitió cimentar su identidad, en un *adagio*. Y finalmente como muestra de amistad con otras naciones en un *presto*.

ACTO I
LA MATERIALIZACIÓN DEL DISCURSO HISTÓRICO PORFIRIANO Y LAS FESTIVIDADES DEL CENTENARIO

Uno de los proyectos del porfiriato fue buscar un lugar para México en el concierto de las naciones para que éstas pudieran escuchar que estaba inserto en la modernidad, que sus habitantes eran industriosos y capaces de concebir y ejecutar grandes obras. Y al mismo tiempo, se fomentaba la idea de "hacer patria" a través de un calendario cívico perfectamente organizado y unos actos conmemorativos bien orquestados.

Los festejos del Centenario de la independencia bien pueden considerarse como el final del proceso decimonónico, distinguido por los cambios en el imaginario de los mexicanos y por las innovaciones en algunas políticas públicas. Para impulsar un sentimiento de identidad, el régimen realizó un viaje de introspección para buscar en su interior aquellos elementos dignos de ser destacados y fomentó una cultura de carácter nacionalista.

El estudio de la historia adquirió dimensiones distintas a las que había tenido de manera casi esporádica, poco siste-

mática y muy tendenciosa, con la aparición de la gran síntesis histórica *México a través de los siglos*, coordinada por Vicente Riva Palacio, que vio la luz en la década de 1880.[7] La manera en que se visualizaba a la historia, a los héroes, el pasado, sufrió profundas transformaciones y abarcó todas las épocas y todos los temas, convirtiéndose en un relato integrador de las distintas raíces de un país multicultural.[8] Esta magna empresa histórica recoge, según ha escrito Enrique Florescano, "esos símbolos y aspiraciones colectivas: es el primer gran mural que incorpora los distintos pasados de la nación y la obra que transmitió a los mexicanos un mensaje de unidad, fortaleza y optimismo".[9]

Sin embargo, las dificultades para conciliar ese pasado lejano y un tanto idealizado con la realidad del presente fueron particularmente intensas en el caso de los indígenas, que eran muy distintos a aquellos indios idealizados que circulaban en los grabados y litografías, que se apreciaban en las pinturas de caballete en las salas de museo y que lucían sus contorneadas formas de bronce en los monumentos públicos. Lo que podría parecer un ejemplo del *bel canto* en realidad era la muestra del *verismo* más dramático.

Uno de los proyectos mejor logrados fue el rescate de vestigios del lejano pasado, los cuales se presentaron de manera sistemática en el Museo Nacional. En la víspera de las conmemoraciones centenarias, fue reestructurado y ampliado

---

[7] RIVA PALACIO, *México a través de los siglos*.

[8] El subtítulo de la obra no puede ser menos sugerente en ese sentido: *Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual.*

[9] FLORESCANO, *Historia de las historias*, p. 368.

al incorporar algunos códices que hicieron comentar a Porfirio Díaz, en la visita que hizo en agosto de ese año, que "a la llegada de los españoles a México, los indios se encontraban bastante adelantados".[10]

En esa debacle entre el indio vivo y el indio muerto, llegó el momento de organizar un evento de trascendencia que fuera recordado como uno de los más notables de las conmemoraciones del Centenario de la independencia de México: un desfile histórico cuya misión era "poner en escena" el mito fundacional de México. No deja de ser llamativa la selección que se hizo de las escenas a representar, que simbolizaban "la actitud conciliatoria hacia el pasado característica de la época del régimen de Porfirio Díaz": el encuentro de Moctezuma y Cortés, la ratificación del dominio colonial con el paseo del pendón, y la consumación de la independencia con la entrada del Ejército Trigarante.

Así pues, como un instrumento poderoso y pedagógico para inculcar la historia patria y el culto a los héroes, se fomentó la celebración de ceremonias cívicas y la construcción de monumentos conmemorativos a los héroes. De esta manera, se intensificó la materialización de la memoria histórica en piedra y bronce, alimentada por los proyectos gubernamentales y algunos elementos externos.[11] Podría decirse que las fiestas del centenario de la independencia constituyeron la ópera culminante de la historia de México tal como se había concebido hasta entonces. Y aunque el interés por dotar a la patria de una infraestructura monu-

---

[10] *El Imparcial* (29 ago. 1910).

[11] Véase particularmente ZÁRATE TOSCANO, "El papel de la escultura". También "El Paseo de la Reforma".

mental no es privativo de México,[12] en este caso adquiere una preeminencia particular por hacerlo coincidir con una conmemoración de gran envergadura.[13]

ACTO II
INTRODUCCIÓN: LA TRADICIÓN MONUMENTAL Y LAS INNOVACIONES

Siguiendo la tradición monumentalista, para las festividades que conmemoraban los primeros 100 años del inicio de la guerra de independencia, una vez más, se aprovechó el poder del arte para impresionar y abrumar, para ostentar la fuerza y aumentar el influjo sobre el espíritu de la gente. Los monumentos inaugurados fueron obras de grandes artistas, y en ocasiones combinaron nuevas propuestas con elementos del más puro clasicismo, tal como ha hecho la ópera que, a pesar de los cambios, sigue teniendo esos elementos básicos que caracterizan a su género. Igualmente las estatuas buscaron ser el retrato más fiel posible del personaje representado. Se personalizaba a los héroes en mármol o bronce haciéndolos reconocibles para la población, pero también se materializaban conceptos como "independencia".

Tal vez lo más novedoso fue la inclusión, en el panteón heroico de los mexicanos, de personajes clave para la historia de otras naciones. Estas voces extranjeras enriquecieron con su bravura la ópera nacionalista de las festividades. Por

---

12 Véanse los libros de GUTIÉRREZ VIÑUALES, *Monumento conmemorativo;* MARTÍN GONZÁLEZ, *El monumento conmemorativo;* REYERO, *La escultura conmemorativa*, MAJLUF, *Escultura y espacio público*. Y por supuesto, AGULHON, "La estatuomanía".

13 LEMPÉRIÈRE, "Los dos centenarios".

supuesto que hay que preguntarse por qué fueron ellos los seleccionados y qué relación guardan con nuestro país. Las respuestas pueden obtenerse al prestar atención a los donadores de las representaciones plásticas de dichos personajes. Durante el siglo XIX, el imaginario escultórico estuvo limitado al reconocimiento de héroes nacionales, con excepción de Cristóbal Colón, pero en la conmemoración centenaria se abrió la puerta a próceres, científicos y hasta a la reina promotora y mecenas de la aventura colombina hacia el nuevo mundo.

También podríamos mencionar, como parte de los regalos hechos por las colonias de extranjeros residentes en México, el que se ha conocido como Reloj Otomano, colocado el 22 de septiembre en el llamado "Jardín del Colegio de Niñas" en la esquina de Capuchinas (hoy Venustiano Carranza) y Bolívar. Con su cadencioso tic-tac, cual metrónomo, marcó el pulso de la ópera. Aunque en la placa se especificó que fue un obsequio de los "Hijos del Imperio de Turquía residentes en México", Carlos Martínez Assad defiende la aportación de la colonia libanesa.[14]

Por otro lado, como en un verdadero cumpleaños o aniversario, México recibió diversos regalos. Los 32 diplomáticos extranjeros que, con bombo y platillo, desembarcaron en nuestras costas o cruzaron nuestras fronteras portaron consigo presentes que incluían, por ejemplo, el reloj ofrecido por el emperador de China,[15] como una muestra de la hermandad con el Oriente y de la necesidad de fortalecer

[14] MARTÍNEZ ASSAD, *La Patria*, p. 85.

[15] Colocado en las calles de Bucareli y Lucerna, fue blanco de varios proyectiles durante la Decena Trágica en 1913 y fue reconstruido en 1921 para conmemorar el Centenario de la consumación de la independencia.

los vínculos comerciales no sólo con el continente europeo sino con los países del Pacífico. Dignas de mención son las "reliquias" y banderas insurgentes obsequiadas por España, que fueron entregadas en una fastuosa ceremonia por el Marqués de Polavieja, embajador plenipotenciario.[16] Incluían unos uniformes y otras prendas que los realistas habían quitado a José María Morelos. Su presencia había inspirado la elaboración del magnífico vestuario desplegado en esta ópera.

Destacan también unas banderas y pendones usados por los insurgentes. Cabe señalar que para el bicentenario que actualmente se está preparando, se hizo público en enero de 2009 que se recuperarían las "dos primeras banderas militares, que España posee desde 1814, cuando el virrey Félix María Calleja las envió como botín de guerra, pero no será un obsequio como el Gobierno había solicitado, ya que para obtenerlas deberá ceder otras de valor histórico similar para ese país". A cambio pedían los pabellones españoles que Isidro Barradas había entregado durante su rendición ante Antonio López de Santa Anna en 1829, hecho que generó una airosa polémica.[17]

Volviendo a los obsequios de 1910, sobresale una copia de la estatua de san Jorge esculpida por Donato di Niccoló di Betto Bardi, mejor conocido como Donatello, que regaló Italia, cuna de la ópera, como un testimonio "perenne de la comunión espiritual de ambos pueblos".[18] Esta obra se con-

---

[16] García, *Crónica*, pp. 70-76.

[17] *Reforma* (19 ene. 2009), "Canjea España botín". Véanse las noticias de enero, mayo y julio de 2009.

[18] La escultura fue colocada en un salón de la Escuela Nacional de Bellas Artes el 14 de diciembre de 1910. El original, de 2m de altura, está en

sidera símbolo inigualable del valor y la intrepidez juveniles y paradigma de la estatuaria del *Quattrocento*. Al mismo tiempo que Italia regalaba una copia de una de sus más valiosas piezas escultóricas, aludía a la fortaleza de la nación que había iniciado su independencia 100 años antes.

Los visitantes extranjeros también trajeron esculturas conmemorativas ya elaboradas como la de Alejandro de Humboldt, proveniente de otra región de reconocida tradición operística. Los representantes de los países del sur del continente, por estar algunos de ellos también conmemorando el centenario de su independencia, no hicieron contribuciones muy llamativas pero si engalanaron las festividades con su presencia, obsequios y guardias de honor.

Por su parte, las colonias extranjeras manifestaron sus intenciones de elevar monumentos, compromisos refrendados con la colocación de la "primera piedra" de Isabel la Católica, George Washington, Louis Pasteur y Giuseppe Garibaldi. Estas ceremonias también revestían gran significado por la inclusión de las llamadas "cajas de dedicación", unos cofres de metal que eran verdaderas cápsulas de tiempo en las que se dejaba constancia del momento histórico al incorporar certificados, periódicos del día, monedas de curso legal, etc. Cuando se ha accedido a ellas por la remoción o remodelación de algún monumento, se han encontrado estos valiosos testimonios en su interior.[19] Como si

---

el Museo del Bargello de Florencia. Discurso del Conde de Massiglia, GARCÍA, *Crónica*, apéndice 89, pp. 43-44.

[19] Véase la conmoción que causó el hallazgo de la caja del tiempo situada bajo el monumento a Pasteur cuando se hicieron las obras de remodelación del jardín que lleva su nombre, que implicó desplazar la estatua 10 m de su situación original. "Hallan cofre del siglo 19 en parque", en

hubieran podido atrapar en su interior las notas musicales que en su momento habían llenado los aires.

Escena primera: los espacios para los "lugares de la memoria"[20]

La trama de esta ópera es la materialización de la memoria histórica a través de obras monumentales erigidas para contribuir a la conmemoración del primer centenario del mito fundacional de México. El emplazamiento de una obra conmemorativa reviste especial importancia por el valor simbólico del sitio escogido. Esta escenografía adquiere nuevo significado por el hecho de albergar el reconocimiento de la patria a sus hechos históricos. En los espacios incluso se toma en cuenta la función de los rayos solares al iluminar el monumento para agrandar su enlace visual. En general se busca colocarlos en un lugar donde no puedan ser opacados por otras construcciones, por el crecimiento de los árboles que los rodean o incluso por la propaganda urbana. Amplias avenidas, parques, plazas crean una atmósfera precisa, dan el aire limpio que los envuelve y el entorno apropiado, el magnífico escenario para su lucimiento.[21]

La documentación consultada pocas veces nos permite conocer las razones por las que se seleccionaron determinados espacios para la colocación de los monumentos, aunque

---

Reforma (26 dic. 2006). Se discutió la pertinencia de volverla a colocar bajo la estatua o resguardarla en un museo, poniendo en su lugar una reproducción facsimilar de los periódicos y documentos originales.

[20] Retomamos, una vez más, la propuesta de NORA, *Les lieux de mémoire.*

[21] GUTIÉRREZ VIÑUALES, *Monumento conmemorativo.*

como en todo buen libreto se suelen proporcionar algunas pistas. Notamos en estos casos que su ubicación casi siempre coincide con la dirección que está tomando el crecimiento de la ciudad. La apertura del Paseo de la Reforma con dirección hacia el poniente fue un motivo para dotarla de construcciones y monumentos históricos, pero sobre todo embellecerla.[22] Se quería ponerla a la altura de otras urbes de la talla de París, por la que Díaz sentía gran admiración.[23]

No hay que olvidar que el 23 de agosto de 1877, Porfirio Díaz hizo público un decreto enfatizando que,

> [...] deseando embellecer el Paseo de la Reforma con monumentos dignos de la cultura de esta ciudad, y cuya vista recuerde el heroísmo con que la nación ha luchado contra la conquista en el siglo XVI y por la independencia y por la reforma en el presente, ha dispuesto que en la glorieta situada al oeste de la que ocupa la estatua de Colón, se erija un monumento votivo a Cuautimotzin [*sic*] y a los demás caudillos que se distinguieron en la defensa de la patria, en la siguiente otro a Hidalgo y demás héroes de la Independencia y en la inmediata, otro a Juárez y demás caudillos de la Reforma y de la segunda independencia.[24]

Se convertía así en un libro abierto de la historia, y el lugar para el recuerdo de la independencia se establecía por decreto, aunque dejaba abierta la posibilidad de interpretar óperas de distinta fuerza dramática. Véase el plano.

Pero lo que no se determinó fue la opción de romper el discurso cronológico de los monumentos al colocar la pri-

---

[22] COSS Y LEÓN, *Historia del Paseo de la Reforma.*
[23] COSS Y LEÓN, *Historia del Paseo de la Reforma.*
[24] DUBLÁN Y LOZANO, *Legislación Mexicana,* t. XIII, n. 7645, p. 341.

UBICACIÓN DE MONUMENTOS CONMEMORATIVOS EN LA CIDAD DE MÉXICO



Elaboración propia a partir del "Plano oficial de la ciudad de México. Edición especial para el Consejo Superior del Gobierno del Distrito Federal con motivo de la reunión del X Congreso Geológico Internacional, septiembre de 1906", en Sonia Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la ciudad de México*, México, Smufit Cartón y Papel de México, Conaculta, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996, t. I, pp. 438-439. Digitalización Marco Antonio Hernández Andrade.

mera piedra del dedicado a Isabel la Católica en la "primera glorieta que da acceso al bosque de Chapultepec, [...] en un florido camellón que señala el arranque de las dos avenidas que circundan el bosque", arropado "bajo el follaje de los ahuehuetes seculares".[25] Este sitio no llegó a ser utilizado para tales fines, pero en los albores del siglo XXI, en el marco de las conmemoraciones por la independencia y la revolución, se ha vuelto a mirar hacia ese lugar con el discutido proyecto de una "torre bicentenaria" llamada "estela de luz" que ha puesto una nota discordante en la composición musical bicentenaria.[26]

Otro monumento que podría considerarse como parte del Paseo de la Reforma y que tampoco entraba en el plan original es el dedicado a Louis Pasteur, cuya primera piedra se colocó en un jardín situado a la salida de la estación del Ferrocarril Nacional, en la cuchilla formada por Reforma, Insurgentes y Madrid. Este proyecto sí llegó a consumarse y la estatua se inauguró en 1911, bautizando ese espacio, a partir de entonces, como Jardín Pasteur.[27] Las razones de su elección se traslucen en el discurso pronunciado por Ezequiel A. Chávez el 11 de septiembre de 1910, cuando mencionó que el monumento erigido

> en el desemboque de la gran línea férrea que más rápida que ninguna otra nos trae las ideas, los sentimientos, las palabras,

---

[25] *El Imparcial* (10 sep. 1910).

[26] Las discusiones pueden seguirse en la prensa en enero de 2009 cuando se hizo pública la convocatoria y en abril-mayo cuando se dieron a conocer los resultados del concurso. La primera piedra se colocó el 22 de septiembre de 2009.

[27] AHDF, *A*, inv. 2276, exp. 62, f. 1, 1911.

los hombres de la gran república del Norte, hablará a cuantos lleguen a las puertas de la capital de nuestro México, de las excelencias del genio latino, les dirá el amor que la gloriosa Francia tiene por la joven patria hija de Hidalgo, les contará el de México por la inmortal nación cuyos hijos representa admirablemente, con su ideal encendido en el cielo y con su devoción por la humanidad entera, el insigne Pasteur, y los saludará en fin...[28]

Desde el foso de la orquesta se elevaban las notas que traslucían la competencia entre dos potencias que disputaban la preeminencia en su relación con México.

Dos de los monumentos también pueden relacionarse con el proyecto urbano de ampliación de la capital de la República. Ambos fueron colocados en las recién creadas colonias Juárez y Roma. La primera se llamó originalmente Colonia Americana hasta que el 21 de enero de 1906 fue rebautizada con el nombre del Benemérito Benito Juárez en el centenario de su nacimiento. En dicha colonia se instaló la embajada estadounidense, precisamente frente a la Plaza de Dinamarca, y éste fue el escenario más adecuado para colocar la primera piedra del obsequio de los estadounidenses a los mexicanos en su fiesta centenaria, la estatua de Washington.

Por su parte, la colonia Roma fue establecida por convenio de 30 de noviembre de 1902. En ella se abrió una plaza que originalmente se llamó Orizaba y a partir de 1926 se rebautizó como Río de Janeiro. Fue en el centro de esta plaza donde se colocó la primera piedra del monumento a Giuseppe Garibaldi. Aunque reunía todas las características de

[28] Discurso de Ezequiel A. Chávez en GARCÍA, *Crónica*, apéndice 57, pp. 16-18.

una escenografía apropiada para el lucimiento del personaje, cuando finalmente se inauguró el busto alusivo en 1921,[29] se puso en la cuchilla que forman Avenida Chapultepec y Guaymas, en el extremo noreste de la colonia, más cercano a la Garita de Belén, lugar que hoy es casi imperceptible para los transeúntes.[30]

El monumento más céntrico de esta serie que venimos estudiando es el dedicado a Alejandro de Humboldt, emplazado en las afueras de la Biblioteca Nacional[31] y muy cerca de la casa número 20 de la calle República de Uruguay, donde habitó el científico prusiano durante su estancia en México en 1803. El personaje central sobresale por encima del coro conformado por una serie de bustos de hombres sabios de todas épocas colocados en el atrio de la iglesia del antiguo convento de San Agustín.

Finalmente, en el costado sur de la Alameda se instaló el Hemiciclo a Juárez, donde anteriormente estaba el kiosco morisco que se trasladó a la Alameda de la colonia Santa María. Era el corazón político, el espacio donde tradicionalmente se pronunciaban los discursos cívicos en las fiestas patrias del siglo XIX. El fondo arbolado sería algo más que simple utilería y proporcionaría el marco apropiado para resaltar la blancura del mármol de este cuadro escénico.

[29] RAMÍREZ, *Crónica de las artes*, pp. 142-143.

[30] El pedestal ha perdido su placa conmemorativa y sólo se reconoce por la inscripción que puso su autor al pie del mismo. No han faltado artículos periodísticos en los que se afirme desconocer de qué personaje se trata. Armando Ramírez, "En la capital de la estatua, hay unas bien guarras", Chilanguerías *El Universal* (13 nov. 2008) en http://www.eluniversal.com.mx/columnas/75082.html

[31] Establecida con la República Restaurada.

Aunque se quisieran permanentes, estos espacios no han sido los definitivos para los monumentos conmemorativos y algunos se mueven, pero no por iniciativa propia, sino por decisiones ajenas e incluso por fenómenos naturales, como el temblor de 1957 que literalmente hizo "volar" al llamado Ángel de la independencia. No olvidemos tampoco la cabalgata del monumento a Carlos IV que ha recorrido diversos parajes hasta quedar, aparentemente con visos de permanencia, en la Plaza Tolsá, frente al Palacio de Minería.

Por último hay que resaltar que estos espacios se resignifican al momento de ser escenarios de las conmemoraciones cívicas ya que se les dota de carga histórica, política, económica, social y sobre todo emotiva que hacen que se vayan convirtiendo en referentes ineludibles para prácticamente cualquier celebración, aunque ya no tengan el carácter pedagógico que tuvieron en sus inicios.

Escena segunda: vientos extranjeros

El primer personaje de esta obra, por orden de aparición cronológica, es Isabel la Católica, a quien podríamos asignar el papel de soprano dramática en esta ópera imaginaria, cual intensa heroína verdiana. La primera piedra de su monumento se colocó el 9 de septiembre de 1910. La iniciativa para honrar a la magnánima soberana que había entregado "el valor de sus joyas" a Colón para financiar sus viajes trasatlánticos no era una novedad sino que se había venido fraguando desde 1884 en el seno del ayuntamien-

to de la ciudad de México.[32] Se reiteró la propuesta seis años después,[33] y resurgió con más fuerza en 1910. Se conjuntaron los esfuerzos del órgano municipal con los de la Comisión Central Española del Centenario de la Independencia, buscando que con esa acción

> [...] sellásemos con sello perdurable la solidaridad de dos grupos humanos que, habiendo nacido unidos por la conquista a la vida civilizada del pasado, vuelven, después de rupturas necesarias, a unirse por el amor, en la vida suprema y libre del porvenir.[34]

Es evidente el afán conciliatorio en unos actos que, paradójicamente, conmemoraban la separación de México y España.

El papel de tenor dramático lo interpreta en esta ópera George Washington, cuya voz impostada es capaz de sobresalir por encima de la orquesta. La primera piedra de su monumento, financiado con donativos de los integrantes de la colonia estadounidense,[35] se colocó el 11 de septiembre de 1910 en la Plaza de Dinamarca de la ciudad de México. Meses antes se había anunciado que "la colectividad haría a México un presente que fuera como un símbolo representativo de sus amistosos sentimientos hacia nuestro país".[36] En las alocuciones pronunciadas por los embajadores Curtis Guiad Jr. y Henry L. Wilson, se enfatiza que su

---

[32] AHDF, *A*, inv. 2276, exp. 33, 1884.
[33] *El Universal* (2 mayo 1890), citado en RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, *La crítica de arte.*
[34] AHDF, *A.*, inv. 2276, exp. 60, 1910.
[35] FLORES, *El otro lado del espejo*, pp. 246-247.
[36] *El Imparcial* (12 sep. 1910).

> [...] sereno valor, su inmenso patriotismo y su amplio espíritu hacen desaparecer las diferencias de razas y de nacionalidades, y hacen que se le considere como parte y propiedad de la América Latina lo mismo que del mundo Anglo-Sajón.

La respuesta de Porfirio Díaz no puede ser menos elocuente: "El monumento futuro que aquí ha de levantarse sólo significa un modo plástico de exteriorizar la admiración alimentada de muchos años atrás en todos los cerebros mexicanos capaces de darse cuenta del alcance de la obra de Washington".[37] Esta frase contrasta con la conocida que se le atribuye al propio Díaz: "Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos". Aunque, claro, una cosa era admirar al espíritu del libertador y otra padecer los embates del gobierno del vecino país.

Un barítono con brillo en esta ópera sería Louis Pasteur. La primera piedra de su monumento se colocó también el 11 de septiembre.[38] En el acta que se depositó en el cofre o cápsula del tiempo se decía

> La Colonia Francesa, al ofrecer al pueblo mejicano [*sic*] este testimonio de su cariño y gratitud por la generosa hospitalidad que le brinda este país, hace votos por la felicidad del eminente Patriota que rige sus destinos, por sus esclarecidos colaboradores y por el progreso y engrandecimiento de la ciudad de México y de la República Mexicana.[39]

---

[37] GARCÍA, *Crónica*, apéndices 43 y 44, pp. 15-16 de apéndices.
[38] *El Imparcial* (12 sep. 1910), p. 9.
[39] *La Escuela de Medicina*, t. XXV, núm. 17 (15 sep. 1910). Citado por ESTRADA URROZ, "La lucha".

Los integrantes de la colonia francesa, alrededor de 1 683,[40] constituyeron un "Comité Pasteur" cuyos miembros destacaban en los campos del comercio, la industria y la banca citadina.[41] La primera piedra no sería lo único en colocarse en dicho lugar.

Alejandro de Humboldt aparece en esta obra como tenor lírico, capaz de cantar con la suficiente morbidez y con momentos de suprema elegancia. En el caso de su monumento, se trata de un hermanamiento con la región de la que provenía el científico que había atraído las miradas de Occidente y abierto los ojos del mundo hacia Nueva España y el inmenso potencial y riquezas que poseía. El reconocimiento hacia el prusiano se había oficializado desde mediados del siglo XIX cuando, poco después de su muerte, Benito Juárez expidió un decreto el 29 de junio de 1859 declarándolo Benemérito. Asimismo, se disponía que, por cuenta del tesoro, se mandara hacer a Italia una estatua de tamaño natural, de mármol, la cual se colocaría en el Palacio de Minería.[42]

Como tantos proyectos, éste quedó truncado y fue necesario esperar a 1910 para tenerlo en suelo mexicano. La escultura de Ernst Freese Fec, de mármol sobre pedestal de granito y regalada por el emperador Guillermo II, fue instalada a un costado de la Biblioteca Nacional el 13 de septiembre.[43] Desde abril de ese año, el ingeniero Luis Bacmeister, de la firma Dorner & Bacmeister se encargó de todos los

[40] SALAZAR, "Extraños en la ciudad", pp. 225-266.

[41] SALAZAR ANAYA, "Los franceses".

[42] GEISSLER, "Humboldt", pp. 42-48. DUBLÁN y LOZANO, *Legislación Mexicana*, vol. 8, p. 672, decreto 5050 de 29 de junio de 1859.

[43] *Memoria científica.*

preparativos.[44] El día del gran acto, el embajador Karl Bünz enfatizó que con Humboldt, el "México moderno celebró su aparición como toda nación progresista, perteneciente al concierto de las naciones civilizadas".[45] La crónica periodística resaltó la espectacularidad del acto, refiriendo:

> [...] el sitio donde se levanta el monumento cubierto por un lienzo blanco y al cual sirve de fondo una cortina roja. El señor general Díaz descorre la cinta y aparece la estatua marmórea del barón Alejandro de Humboldt sobre el pedestal de granito que ostenta esta significativa inscripción: *Dem Mexikanische Volke Der Deutsche Kaiser,* que en nuestro idioma significa "Al pueblo mexicano, el emperador de Alemania".[46]

Con ese aire dramático y a la vez triunfal quedó desvelada la memoria de Humboldt, corporizada en una estatua.

Cierra la escena Giuseppe Garibaldi, bajo noble de voz profunda, quien "luchó por la libertad y asumió una de las representaciones más altas del alma latina".[47] Para la colocación de la primera piedra, se seleccionó precisamente el 20 de septiembre, aniversario de la unificación de Italia. El Marqués di Bugnano expuso que en aquel mismo instante, "en cualquier punto de Italia, así como en todo lugar extranjero donde viviesen compatriotas, se celebraba con entusiasmo el 20 de septiembre". Enrique C. Creel, secretario de Relaciones dijo que el monumento levantado a Gari-

---

[44] AHDF, *A*, inv. 2276, exp. 59, f. 1, 1910.
[45] GARCÍA, *Crónica*, apéndice 48, p. 18.
[46] *El Imparcial* (14 sep. 1910).
[47] Informe de Dante Cussi, Marqués di Bugnano embajador, agradecimiento de Porfirio Díaz y discurso de Enrique Creel. GARCÍA, *Crónica*, apéndices 50 y 51, pp. 19-21.

baldi en América era una deuda de gratitud hacia el prócer que antes de luchar por la unidad y formación de su patria, había puesto el empuje de su brazo al servicio de Brasil y del Uruguay[48] en las luchas que sostuvieron por el afianzamiento de su nacionalidad.

Escena tercera: los monumentos mexicanos

Como parte del programa centenario, se realizaron algunos reconocimientos a los hombres y mujeres que alcanzaron la categoría de héroes de la independencia. Aunque no tuvieron el protagonismo de otros próceres, sino que quedaron en el nivel secundario, no se podía pasar por alto la participación de destacadas mujeres, por lo que se rindió homenaje, frente a su estatua inaugurada a principios de 1910, a la contralto, doña Josefa Ortiz de Domínguez,[49] el 30 de septiembre.[50] A principios del propio mes, se colocaron placas conmemorativas en las casas que alguna vez ocuparon la soprano ligera Leona Vicario y el tenor ligero Andrés Quintana Roo.[51] Aunque también se puso una placa en la Ciudadela en remembranza de que ahí estuvo prisionero al barítono bajo, José María Morelos, se reservó la elevación de un monumento en su honor para el año

[48] Véase, por ejemplo, PEREDA, *Garibaldi en el Uruguay.*

[49] El monumento de bronce se había inaugurado el 5 de febrero de 1910 en la Plaza de Santo Domingo, a la que se pretendió llamar Plaza de la Corregidora, iniciativa que no prosperó. ROMERO, *Enciclopedia temática,* vol. 2, p. 174. CASASOLA, *Historia gráfica,* vol. 1, p. 27.

[50] GARCÍA, *Crónica,* pp. 194-195.

[51] GARCÍA, *Crónica,* p. 126.

1911, considerando que se había incorporado al movimiento insurgente en 1811.[52]

Sin embargo, los dos grandes protagonistas de esta ópera, interpretada bajo la astuta y ágil batuta de Porfirio Díaz, fueron un personaje y un concepto. El primero fue Benito Juárez, heldentenor o tenor heroico, con ese timbre característico, vibrante y con una gran resistencia, para poder caracterizar personajes de carácter heroico. Y el segundo la independencia, con voz de mezzo-soprano dramática, como la de una mujer mayor que cumple un siglo de vida.[53]

Desde el momento de la muerte de Juárez en 1872, se buscó la manera de inmortalizarlo en un monumento y aunque hubo diversas iniciativas, sólo se concretó su monumento funerario en el Panteón de San Fernando. Sin embargo, llegado el centenario de su nacimiento, 1906, se emprendieron diversas obras de las cuales una, por su gran envergadura, tuvo que esperar cuatro años y su inauguración quedó inscrita en las fiestas del centenario de la emancipación.[54] Se

---

[52] Se abrió una suscripción, un concurso, se presentaron proyectos, se discutieron y comentaron, se criticó al seleccionado, etcétera.

[53] Sobre sus monumentos, construidos ex profeso para las fiestas y financiados por el gobierno mexicano, se han hecho múltiples estudios y poco podríamos aportar en cuanto a nueva información. Más bien nos hemos basado en ella para realizar nuestro análisis. La columna de la independencia y el popularmente conocido aunque mal llamado "Ángel" han acaparado la atención de muchos escritores cuyas obras citaremos oportunamente. Pero también hay que llamar la atención sobre la posibilidad de consultar en internet buena cantidad de materiales escritos y gráficos. Como muestra sólo mencionaremos AGUIRRE BOTELLO, "La Columna". Y además, con motivo de la restauración que se hizo del monumento, los periódicos publicaron muchas notas donde daban cuenta de sus orígenes y características.

[54] RÍOS DE LA TORRE, "Benito Juárez".

exaltaba a un personaje que había luchado por mantener esa "independencia" lograda a inicios del XIX y que tantas veces estuvo en peligro el resto del siglo. Juárez quedó "Hecho carne de mármol",[55]

> [...] representado atinada y propiamente: se apoya con firmeza en la tierra en que el hombre se agita con sus grandes y nobles cualidades y con sus pasiones bajas y mezquinas, y le dan sombra amorosamente la Gloria, que celebra el triunfo de la República, colocando una corona sobre las sienes del Patricio, y la República que, con aire majestuoso, descansa su espada en tierra significando el fin de las luchas por nuestra segunda independencia, en tanto que con su diestra levanta en alto la Antorcha del Progreso.[56]

La obra, inspiración del artista Guillermo Heredia, fue hábilmente ejecutada por el escultor Lazaroni en mármol de Carrara y corona el hemiciclo del mismo material.[57]

Por su parte, en el centro de la columna de la independencia se colocó una estatua en mármol de Miguel Hidalgo.[58] A sus pies se encuentran dos figuras que representan a "la historia, en actitud reposada y noble, consignando en un libro las hazañas, el sacrificio y gloria de los héroes" y del otro lado "la Patria ofreciendo a Hidalgo un

[55] *El Imparcial* (19 sep. 1910).
[56] "Informe leído por el Señor Ingeniero D. Ignacio L. de la Barra", en *Centenario ... Juárez.*
[57] Tuvo un costo superior a los 300 000 pesos. AHDF, *A*, *Monumentos*, inv. 2276, exp. 57, 1910 centenario de la independencia, inauguración monumento Juárez.
[58] La columna tuvo un costo de dos millones. SÁNCHEZ MEJORADA DE GIL, *La Columna. Centenario ... Monumento a la Independencia.*

laurel".[59] En los cuatro ángulos del basamento se colocaron las estatuas de José María Morelos y Pavón, Vicente Guerrero, Xavier Mina y Nicolás Bravo. A más de 30m del suelo, en la cúspide de la columna, se colocó una victoria alada, a la diosa Niké, obra de Enrique Alciati.[60] La figura de bronce dorado sujeta con la mano derecha una corona de laurel y con la izquierda un pedazo de cadena. Esta expresión física de las representaciones se apoya en las alegorías ampliamente difundidas en la literatura, por lo que se esperaba que fueran reconocidas e interpretadas, al menos por el "público culto". Completan el conjunto monumental otras esculturas que representan a través de cuatro mujeres, la paz, la justicia, la guerra y la ley. Finalmente, un león conducido por un niño simboliza la fuerza de la guerra y la docilidad de la paz.

La columna de la independencia representa la monumentalización de la emancipación y se puede ver como la culminación de un largo proceso, incluso con un carácter que puede ser desde conciliador hasta excluyente, sobre los que los hombres en el poder consideran los héroes oficiales de la independencia.

En términos artísticos, en un periodo de modernidad en muchos sentidos, se apela al más puro clasicismo al hacer un hemiciclo y una columna. En ambos casos los héroes forman parte del conjunto monumental, como si hubieran cedido su protagonismo al emplazamiento y soporte de sus figuras, y acabaron condescendiendo en el imagina-

---

[59] Magdaleno, Noyola Vázquez, Medina y Martínez Espinosa, *Altares de la patria*, p. 16. Ibargüengoitia, "El lenguaje de las piedras", p. 27.
[60] García Barragán, "El escultor".

rio popular, quien los reconoce como "El Hemiciclo" y "El Ángel" en vez de Juárez o la Independencia.

A 100 años del inicio del movimiento de independencia, la iconografía en torno a Hidalgo había pasado por un largo proceso de transformación hasta llegar a una especie de consenso sobre las características de la figura del héroe. Fiel reflejo es el Hidalgo al pie de la columna de la independencia, el cura de cierta edad que blande el estandarte guadalupano. En el caso de Juárez fue más fácil llegar a su emblemática figura ya que él mismo ayudó a construirla en vida por medios tan distintos que iban desde los grabados hasta la fotografía, pasando por la caricatura. Su imagen con corbata de moño es incuestionable. Sería deseable que una estatua fuera reconocible aun sin el letrero que proporcionara el nombre del personaje representado.[61] Hidalgo y Juárez no los necesitan pero, como hemos visto, algunos otros personajes no son fácilmente identificados, especialmente los extranjeros, y si las autoridades locales no hacen nada por otorgarles su identidad a través de una placa, pasarán a formar parte de los héroes desconocidos y se sumirán en el silencio.

INTERLUDIO ORQUESTAL

En todo acto conmemorativo, los oradores desempeñan el papel de un instrumento que acompaña a la voz cantante, el monumento, resaltándolo sin opacarlo. Cada uno de los intérpretes de esta obra contó con el apoyo de instrumentos de cuerda, maderas, metales y percusión, los cuales

---

[61] GUTIÉRREZ VIÑUALES, *Monumento conmemorativo*, p. 134.

interpretaron la partitura con gran maestría. Como en toda orquesta que se respete a sí misma, habían sido escogidos entre los mejores de su género, fuera en el campo de la literatura, la política y aun la ciencia. Y en conjunto pudieron perfectamente contrapuntear.

En la sección de cuerdas encontramos a los embajadores especiales, extraordinarios, y enviados plenipotenciarios de Alemania, Estados Unidos, Francia, Italia y España, países que contribuyeron al lucimiento de las fiestas del Centenario. Podríamos equiparar a los violines, violas, violonchelos, contrabajos, arpas, pianos y aun guitarras con Karl Bünz, Curtis Guild Jr., Paul Lefaivre, el Marqués di Bugnano, Henry Layne Wilson, Bernardo J. de Cólogan y el Conde Aníbal R. Massiglia.

Otros instrumentos de esta gran orquesta fueron los arquitectos e ingenieros que rindieron detallados informes sobre la construcción de las obras concluidas. Podríamos equiparar a Antonio Rivas Mercado, Federico Mariscal e Ignacio L. de la Barra con la sección de percusión y sus timbales, platillos y campanas. La sección de maderas incluiría flautas, oboes, clarinete, corno inglés y fagot y estaría a cargo de Manuel H. San Juan, Agustín Alfredo Núñez, Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina y Justo Sierra, quienes deleitaron a los asistentes con patrióticas poesías. Y finalmente, la sección de metales con numerosas trompas, trompetas, trombones y tubas la personificarían Guillermo Landa y Escandón, Enrique C. Creel, Miguel S. Macedo y Ezequiel A. Chávez, gobernador del Distrito Federal, secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, subsecretario de gobernación y subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes respectivamente.

Estas lucidas piezas oratorias, en prosa o en verso, creaban un ambiente propicio para la admiración, el respeto, el hermanamiento. Como dijo Henry L. Wilson, las acciones de los buenos brillan a través de los textos pero encuentran "su expresión concreta y su forma tangible en lienzos iluminados y en bustos monumentales, ante los cuales las muchedumbres pueden detenerse por un momento a recoger las cenizas esparcidas de la urna de oro de la historia".[62]

ACTO III
Escena primera: el discurso interrumpido, la memoria y el olvido

Para cerrar esta ópera aludimos al monumento efímero levantado en la apoteosis a los héroes, efectuada como un homenaje póstumo el 6 de octubre de 1910 en Palacio Nacional.[63]

> La Apoteosis, proveniente de la Antigüedad clásica, consistía en la posibilidad de los mortales más insignes de ser parte del "Olimpo" histórico y adquirir así pasaporte a la inmortalidad. En una estructura jerárquica como la porfiriana, constituyó una ceremonia cívica de índole oficial y elitista. [...] En el mundillo de las representaciones sociales, el ritual cívico se reservó a la gente de alto nivel y de buen ver y se excluyó a los sectores populares.[64]

[62] Henry L. Wilson, discurso sobre Washington, en GARCÍA, *Crónica,* apéndice 43, p. 15.
[63] NOËLLE y SCHAVELZON, "Monumento efímero".
[64] Guillermo Brenes Tencio, "La ceremonia de la apoteosis", en *Semanario Universidad*, San José Costa Rica (viernes 18 sep. 2009).

En este caso, el nombre de apoteosis no es gratuito ya que se trató de un verdadero acto de liturgia, incluso con la participación de un sacerdote —dedicado también a la historia—, Agustín Rivera, quien hizo la oración cívica.

Como parte de este ritual de religión cívica, se rindieron honores a la patria en un enorme altar erigido por el arquitecto Federico E. Mariscal. El mausoleo era una verdadera pirámide, en el más puro estilo neoprehispánico, en cuya cima se colocó un catafalco con los restos de algunos caudillos de la insurgencia. Lo coronaba una espectacular águila real,[65] con las alas extendidas, alegoría intangible pero identificable por ser el símbolo nacional, presente en la bandera. Al frente se colocó una placa que, simplemente, decía "Patria 1810-1910". Todo estaba construido con materiales efímeros: madera, hierro, tela y cartón pintado, una verdadera escenografía efímera. Según Louise Noëlle y Daniel Schavelzon, "que esta construcción fuese desmantelada luego de la ceremonia, de la que sólo han quedado fotografías, descripciones y discursos, la liga con toda una tradición de realizaciones efímeras".[66]

Esta apoteosis de los héroes, efectuada en el patio del Palacio Nacional, constituiría la parte climática de nuestra ópera imaginaria. Paradójicamente, el monumento cul-

---

[65] "El águila real, parte medular del escudo nacional que encarnaba el poder del Estado, considerado la encarnación del sol y del fuego, cuyo vuelo descendente representaba el advenimiento de la energía vital, es un símbolo de la identidad mexicana, actualmente en peligro de extinción." Por ello, en el marco del bicentenario, se estableció un Programa de Acción para la Conservación de Especies (PACE). *La Vanguardia* (26 mar. 2008).

[66] GARCÍA BARRAGÁN, "La exaltación efímera".

minante que se construyó para la ocasión siempre se pensó como algo efímero. Es como si se visualizara o se presintiera que tan fastuosa escenografía se derrumbaría en el acto final y a la vez fuera el preludio de un nuevo comienzo, un *da capo*.[67]

Este gran *finale* distó mucho de serlo en realidad y encontramos algunos signos de continuidad, de nuevas representaciones de las obras, evidencias de que se sumieron en el olvido y también de usos inesperados a que se les ha sometido. El discurso histórico propuesto por el porfiriato se vio interrumpido por los hechos históricos de la revolución mexicana, pero en algunos casos se hizo el esfuerzo de continuar las propuestas ya iniciadas. Y por supuesto que la Revolución generó su propia memoria y sus propios héroes.[68]

El 9 de marzo de 1911 se inauguró la estatua dedicada a Louis Pasteur,[69] permitiendo al barítono demostrar sus dotes vocales. La obra de Jean Antonin Carles es copia de la que se conserva en Dôle, Francia, fundida por Durenne. El monumento fue proyectado por Morcon, Dubois y Godard.[70] La estatua de bronce de 5.7 m de altura fue finalmente inaugurada en el jardín que lleva su nombre.[71] El discurso del embajador especial Paul Lefaivre enfatizó que a partir de ese momento Francia y México estaban más "uni-

---

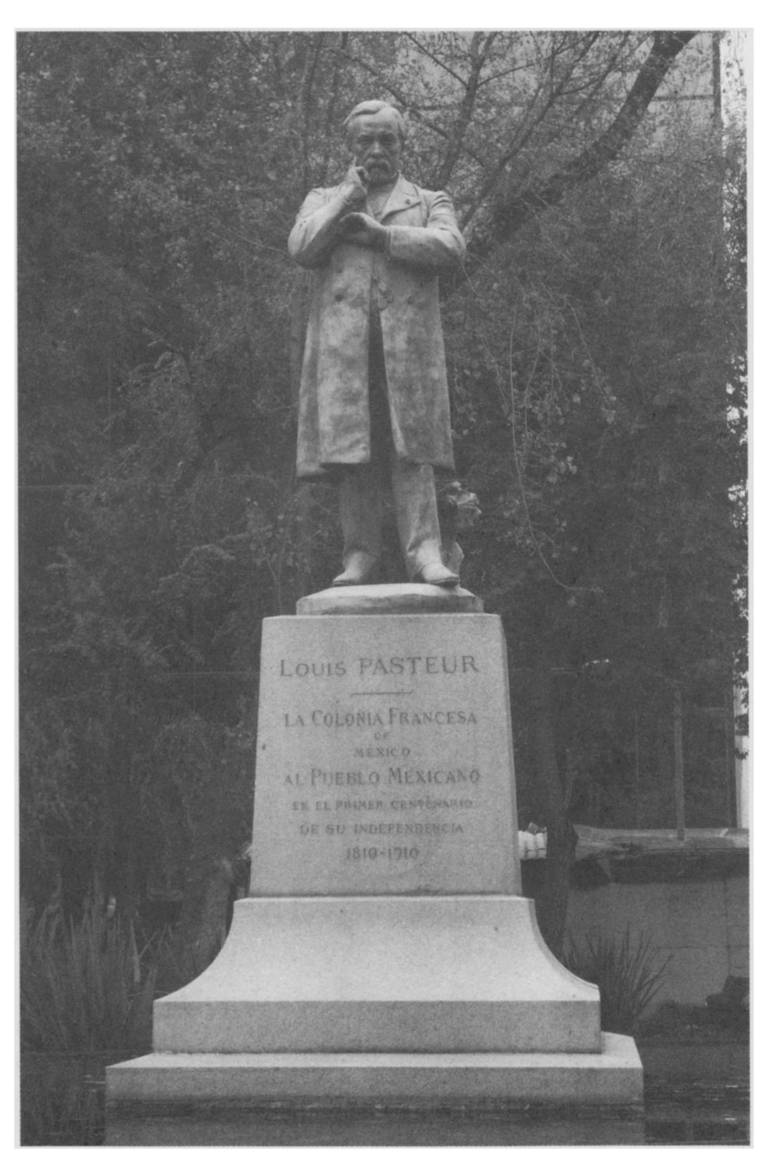
67 Tomo como referencia la explosión del castillo que sucede en la gran *scena finale* última de la ópera de Carlos Gomes *Il Guarany*, que tanto me ha inspirado.

68 BENJAMIN, *La Revolucion*. Véase también MAYER, *"El proceso de recuperación"*.

69 *El Tiempo Ilustrado* (lunes 12 mar. 1911), p. 9.

70 MARTÍNEZ ASSAD, *La Patria*, p. 85.

71 AHDF, *A*, inv. 2276, exp. 62, f. 1, 1911.



Louis Pasteur, foto VZT.

dos por una veneración común hacia el sabio ilustre que ha legado a las industrias y a las ciencias teorías fecundas, y cuyas numerosísimas aplicaciones hacen que cada día se aminore la miseria, se cure la enfermedad y se salve de la muerte".[72] No olvidemos los constantes esfuerzos llevados a cabo durante el porfiriato por mejorar las condiciones sanitarias de la población.[73]

El legado de la colonia francesa en México fue más allá del monumento, y con el remanente del costo de la estatua fue posible contribuir a la construcción de un hospital en Francia.[74] Además, el legado del propio Pasteur se hizo patente en la obra de los alumnos de la escuela de medicina que siguieron las teorías y enseñanzas del científico galo.[75] Los científicos porfiristas recibieron y aceptaron la propuesta del monumento, colocaron la primera piedra y todavía tuvieron tiempo de inaugurarla a pesar de que los primeros levantamientos de la revolución mexicana brotaban por distintas partes del país.

Tal vez el que sufrió mayores cambios y consecuencias con la revolución mexicana fue el dedicado al tenor dramático Washington. La estatua de bronce fue inaugurada el 22 de febrero de 1912 (aniversario del natalicio de Washington) con un discurso de Henry L. Wilson.[76] El autor, Pompeo Luigi Compini, italiano que había emigrado a Estados Unidos, realizó más de 45 monumentos a lo largo de su

---

[72] GARCÍA, *Crónica*, apéndice 45, p. 16 de apéndices.
[73] Sobre este aspecto véase particularmente AGOSTONI, *Monuments of Progress*.
[74] SALAZAR, "Los franceses".
[75] ESTRADA URROZ, "La lucha".
[76] CASASOLA, *Seis siglos de historia*, vol. 3, p. 1567.

vida y se considera que la de Washington de la ciudad de México es una de sus mejores esculturas.[77] Pero no siempre las grandes obras de arte están exentas del vandalismo y la suya no se libró de ser objeto de ataques durante la revolución mexicana, sobre todo como consecuencia de la invasión estadounidense. Un grupo de estudiantes, entre los que se encontraba el fotógrafo José Vélez, derribó la estatua el 24 de abril de 1914 y la arrastró por las calles de la ciudad de México.[78] Posteriormente, en 1976 y por razones de "vialidad", el monumento fue trasladado a la segunda sección del bosque de Chapultepec, donde permanece rodeado de abejas que entorpecen su interpretación melódica.[79] Subsiste prácticamente exiliado, cuando antes había estado en el corazón de la zona de expansión de la ciudad porfiriana.

Ya iniciado el movimiento revolucionario, se encontró la ocasión de rendir homenaje a un héroe de la independencia. El 2 de mayo de 1912 correspondió a Francisco I. Madero, ya electo presidente, inaugurar el monumento al barítono bajo Morelos en la Ciudadela.[80] En diciembre del mismo año y, siguiendo con el proyecto original, también se inauguró el monumento elevado en San Cristóbal Ecatepec, sitio de su fusilamiento, que hoy en día sigue interpretando su aria "Sentimientos de la Nación".

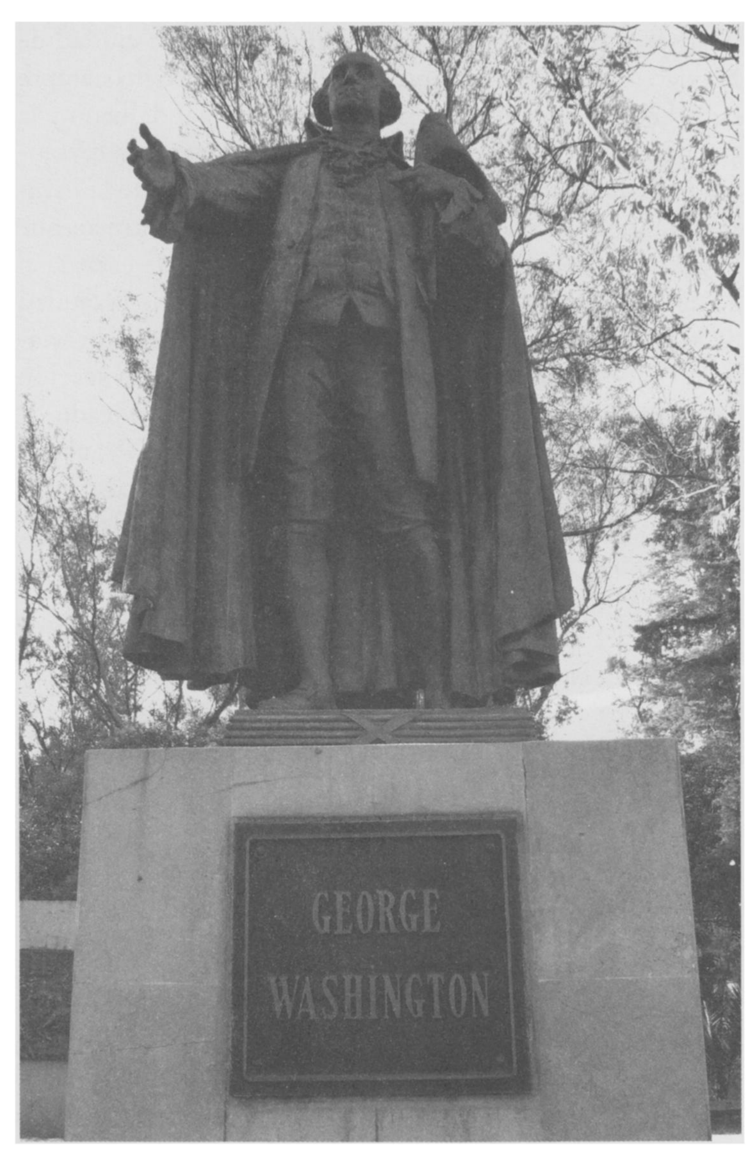
---

[77] HENDRICKS y REESE, *A Century of Sculpture.*

[78] Sobre el papel de los fotógrafos de la revolución y sus datos biográficos, véase http://fotografosdelarevolucion.blogspot.com/2009/01/la-decena-tragica-antecedentes.html

[79] "Principales Monumentos de la Delegación Miguel Hidalgo", http://miguelhidalgo.gob.mx/Fomento_Economico/nuestros_programas/turismo/sitios_de_interes/principales_monumentos.rb

[80] ROMERO, *Enciclopedia temática,* vol. 2, p. 172. CASASOLA, *Historia gráfica*, t. 2, pp. 509-511.



George Washington, foto VZT.

En junio de 1921 llegó a México el busto marmóreo del bajo Giuseppe Garibaldi, hecho en Florencia por Augusto Volpi, "uno de los más célebres escultores contemporáneos de Italia" y que representaba al "egregio campeón de la libertad de los pueblos, con su melena romántica, la roja blusa entreabierta y su chambergo de hebilla".[81] Dada la trayectoria de Garibaldi en América, se erigieron diversos monumentos en su honor, destacando el de Argentina de 1904.[82] También hay que añadir que su nieto, Giuseppe Garibaldi, conocido como Pepino, participó al lado de Francisco I. Madero en la toma de Ciudad Juárez.[83] Tal vez por esto se podría explicar que, una vez pasada la intensa etapa bélica de la Revolución, y al planear las fiestas del centenario de la consumación de la independencia, se retomara el proyecto iniciado hacía casi una década y se instalara el monumento al héroe italiano. Sin embargo, con el paso inexorable del tiempo, el busto y pedestal de mármol blanco de Carrara sin pulir hoy permanece casi en el olvido y son pocos los que estuchan las notas que salen de su ronco pecho.[84]

El tenor lírico, Humboldt, se mantiene inamovible en el emplazamiento donde originalmente se colocó. Quienes se han desplazado son los científicos que escuchaban su interpretación al acudir a consultar los fondos de la Biblioteca

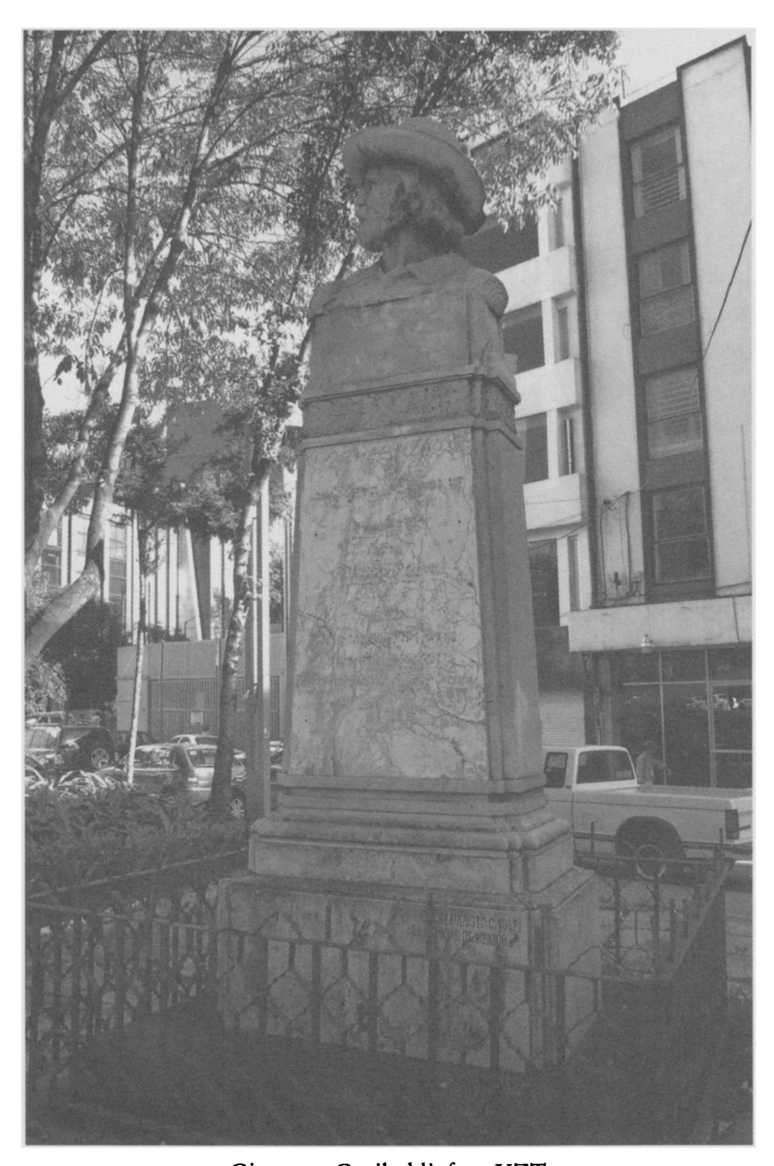
---

[81] Chambergo es un sombrero militar de ala ancha. "Italia y México", en *Revista de Revistas*, XII, 580 (19 jun. 1921). Citado por MOYSEN y ORTIZ GAITÁN, *La crítica de arte en México.*

[82] GUTIÉRREZ VIÑUALES, *Monumento conmemorativo*, pp. 237, 241-246.

[83] *Ataque y toma de Ciudad Juárez por José Garibaldi* [México], *Novedades* [1911].

[84] ROMERO, *Enciclopedia temática*, p. 158.



Giuseppe Garibaldi, foto VZT.

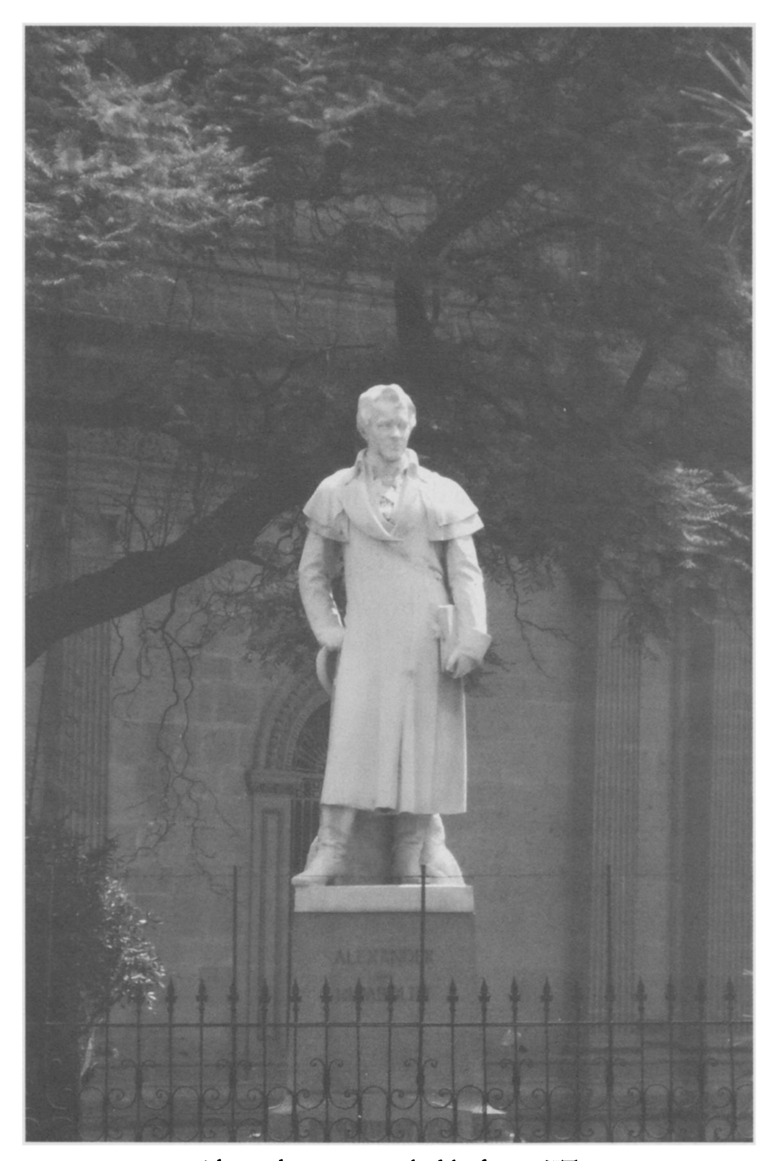
Nacional. Con el traslado de este acervo al Centro Cultural Universitario, al sur de la ciudad de México, ya no atrae tantas miradas como las que recibió durante muchas décadas, con excepción de los tributos que se le rindieron al conmemorar el bicentenario de su célebre viaje a Nueva España.

Finalmente la soprano dramática Isabel la Católica no llegó a transmutarse en piedra o metal a pesar de los continuos esfuerzos que periódicamente realizaban algunos grupos. La propuesta de monumentalizarla se repitió en la proximidad de las fiestas del bicentenario de la consumación, cuando el presidente del Ayuntamiento de la ciudad de México, Herminio Pérez Abreu, propuso una vez más un monumento "en prenda de afecto y gratitud hacia la madre patria".[85] La Revolución había interrumpido la propuesta pero después de ella tampoco se logró establecer y hoy en día su memoria material se limita a la calle que lleva su nombre.[86]

Escena segunda: postludio y final

Para la conmemoración de los 100 años del inicio de la guerra de independencia se aceptaron las colaboraciones de propios y extraños, de mexicanos y extranjeros, no sólo para el financiamiento de los monumentos sino para su manufactura. La participación de escultores italianos fue mayoritaria e incluyó a Pompeo Coppini, Enrique Alciati, César Augusto Volpi y a Lazzaroni. Igualmente hay que mencionar al francés Jean Antonin Carles y al alemán

[85] RAMÍREZ, *Crónica de las artes*, p. 141. "Deuda de gratitud y obra de cultura", en *Revista de revistas*, XII, 574 (8 mayo 1921), p. 3.
[86] ZÁRATE TOSCANO, "Nomenclatura y nacionalismo".



Alexander von Humboldt, foto VZT.

Ernesto Freese. La contraparte mexicana incluye sobre todo la participación de arquitectos e ingenieros, como Antonio Rivas Mercado, Guillermo de Heredia, Manuel Gorozpe, Guillermo Beltrán y Gonzalo Garita. Cada uno puso de su parte para cumplir el ambicioso proyecto conmemorativo, pero los detalles de sus obras son competencia de los historiadores del arte y exceden los objetivos de este artículo.

Cómo prever que "Las Fiestas del Centenario" serían el canto del cisne del porfiriato, aunque no falta quien crea que con ello se cerró con broche de oro toda una época. Y recordemos que en 1910 estalló la revolución mexicana, que también conmemoramos en 2010. Y ahora que se está preparando el *remake* de "Las fiestas del Centenario", las comparaciones son inevitables. Sólo esperemos que las consecuencias no sean las mismas y que en esta ocasión se llegue a un *Lieto fine* o final feliz.

Ésta puede ser una historia de significados y resignificados. Esta ópera imaginaria nos da pie para reflexionar sobre la presencia de monumentos a héroes nacionales y extranjeros como parte de la conmemoración pero tal vez también como muestra de un cosmopolitismo muy particular que buscaba contribuir a la reafirmación del nacionalismo a través del reconocimiento del pasado histórico y sus protagonistas.

En términos generales, la celebración del hispanismo por parte del régimen porfiriano ha sido interpretada por Paul Garner como una herramienta para combatir el panamericanismo promovido por Estados Unidos.[87] Sin embargo, en lo que respecta a los regalos, de igual manera se aceptó la propuesta del monumento a Isabel la Católica por parte de los

---

[87] GARNER, "Reflexiones sobre historia".

colonos españoles que la del de George Washington, proveniente de la colonia estadounidense. Al momento de celebrar se hacían alianzas con Europa, pero también con América. Sin embargo, en términos numéricos, los obsequios monumentales europeos superan a los estadounidenses. Francia con Pasteur, Italia con Garibaldi, Alemania con Humboldt y España con Isabel la Católica podrían bien enfrentar a Estados Unidos con Washington. En el caso de España se trataba de una celebración de la reconciliación con la metrópoli, precisamente aquella de la que nos habíamos independizado. Estas relaciones con el mundo exterior no eran un mero *divertimento* sino un interés por desempeñar un papel protagónico en el concierto de las naciones.

Carla Zurián considera que "Salvo las élites porfirianas, cuya xenofilia y trato preferente al extranjero era confundida con un 'espíritu de cosmopolitismo, rasgo común de los pueblos progresistas', los eventos realizados por el pueblo se caracterizaron por su marcado patriotismo".[88]

Después de la apoteosis de los héroes, de la ejecución de ese apoteósico "Do de pecho", se llevaron a cabo todavía algunos actos conmemorativos más que formaban parte del programa del Centenario. Pero el castillo de naipes se había derrumbado, la escenografía efímera había explotado, el sueño de grandeza había terminado. De todos es sabido que unos meses después se convocó al levantamiento armado que conoceríamos como revolución mexicana. Como si la conmemoración le hubiera caído de sobrepeso a un país que no estaba en las condiciones idílicas que Díaz quería mostrar a los ojos del mundo.

---

[88] ZURIÁN, "Noticias oficiales".

Un tema ya enunciado tras los primeros compases de la obertura reaparecería obstinadamente en otros pasajes de la obra. Un tema en el transcurso de la obra había acumulado gran tensión hasta desembocar en un enorme clímax. A diferencia de lo que sucede en las óperas en las que tras ese momento apoteósico prosigue uno de carácter relajado, en este caso todo se vino abajo con un aire de tristeza.

Un gran colorido musical, arias de encendido lirismo, una orquesta dúctil y un buen plantel de cantantes cumplieron su objetivo. Pero pareciera que tantos elogios y autoelogios dieron al traste con ese imperio de supuesto "orden y progreso" y lo desmoronaron. Como si la revolución hubiera sido provocada por todos aquellos que no habían sido invitados al gran banquete y mostraban su indignación. Como si esta ópera que inició con visos de seriedad hubiera devenido en ópera bufa.

Una ópera es un espectáculo completo que suma la música, la literatura, el teatro, la plástica. Pero es en sí misma efímera en el sentido de que su representación está limitada a un lapso breve de tiempo. Sin embargo, hay obras que han logrado trascender esa fugacidad y se han insertado en el gusto y sobre todo en el recuerdo de mucha gente. Suele ocurrir que en su momento no hayan logrado aceptación generalizada del público, pero con el paso del tiempo se hayan revalorizado y permanezcan como parte de la aportación cultural de una época. Y sean motivo de estudios y análisis por parte de aquellos interesados en desentrañar el pasado, sin importar que sea una ópera bufa o seria, pero que da cuenta de las heridas de la memoria histórica.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AHDF, *A* Archivo Histórico del Distrito Federal, *Ayuntamiento*, México.

Agostoni, Claudia

Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910, Calgary, University of Calgary Press, University of Colorado Press, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

Aguirre Botello, Manuel

"La Columna de la Independencia, Ciudad de México", *México Mágico*, http://www.mexicomaxico.org/ParisMex/resumen.htm

Agulhon, Maurice

"La estatuomanía y la historia", en *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994.

Álbum

Álbum oficial del Comité Nacional del Comercio, 1er Centenario de la Independencia de México, 1810-1910, México, Gómez de la Puente [1910].

Ataque

Ataque y toma de Ciudad Juárez por José Garibaldi [México], Novedades [1911].

Benjamin, Thomas

La Revolucion. Mexico's Great Revolution as Memory, Myth and History, Austin, University of Texas Press, 2000.

Casasola, Gustavo

Historia gráfica de la Revolución Mexicana, 1910-1917, México, Trillas, 1960.

Seis siglos de historia gráfica de México, 1325-1925, México, Ediciones G. Casasola, 1966.

Centenario ... Juárez

Centenario de la proclamación de la Independencia. Inauguración del monumento á Juárez erigido en la Alameda de la Ciudad de México, 18 de septiembre de 1910. 1.- Informe del Sr. Ing. D. Ignacio L. de la Barra. 2.- Discurso pronunciado por el Sr. Lic. D. Carlos Robles. 3.- Poesía leída por el Sr. D. Luis G. Urbina., México, Edición de la Secretaría de Gobernación, Imprenta del gobierno federal, 1910.

Centenario ... monumento

Centenario de la proclamación de la Independencia. Inauguración del Monumento a la Independencia erigido en la Ciudad de México. (Cuarta glorieta del Paseo de la Reforma) 16 de septiembre de 1910. 1.- Informe del Señor Arquitecto D. Antonio Rivas Mercado. 2.- Discurso del Sr. Lic. D. Miguel S. Macedo. 3.- Poesía del Señor Diputado D. Salvador Díaz Mirón, México, Imprenta del Gobierno Federal (4a. de Revillagigedo núm. 47), 1910.

COLLADO, Carmen (coord.)

Miradas recurrentes. La ciudad de México en los siglos XIX *y* XX, México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2004.

COSS Y LEÓN, B. Wendy (ed.)

Historia del Paseo de la Reforma, Víctor Jiménez coordinador de la investigación, Mauricio Martínez Rosas coordinador editorial, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1994.

DUBLÁN, Manuel y José María LOZANO

Legislación Mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República, México, Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez, 1876-1877.

ESCOBEDO, Helen

Monumentos mexicanos. De las estatuas de sal y piedra, México, Conaculta, Grijalbo, 1992.

ESTRADA URROZ, Rosalina

"La lucha por la hegemonía francesa en la medicina mexicana: el caso de los medicamentos para combatir la sífilis", Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Debates, 2006, puesto en línea el 18 diciembre de 2006, URL: http://nuevomundo.revues.org / index3115.html. Consultado el 24 agosto 2009

Fiesta del centenario

Fiesta del centenario de la independencia, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, México, Muller, 1910.

FLORES, Óscar

El otro lado del espejo. México en la memoria de los jefes de misión estadounidenses (1822-2003), Monterrey, Centro de Estudios Históricos de la Universidad de Monterrey, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, 2007.

FLORESCANO, Enrique

Historia de las historias de la nación mexicana, México, Taurus, 2002, «Pasado y Presente».

GARCÍA, Genaro (dir.)

Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México, México, Museo Nacional, 1911, reimpresión de la edición facsimilar, México, Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, 1991.

GARCÍA BARRAGÁN, Elisa

"El escultor Enrique Alciati", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas,* 39 (1970), pp. 51-66.

"La exaltación efímera de la vanidad", en *El arte efímero en el mundo hispánico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.

GARNER, Paul

"Reflexiones sobre historia patria y la construcción de la nación mestiza en el México porfiriano", en *2010 Memoria de las revoluciones en México* (jun. 2008).

GEISSLER, Gunther

"Humboldt: un Benemérito de la Patria", en *Elementos*, 15, BUAP, pp. 42-48.

GIRON, Nicole (coord.)

La construcción del discurso nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX), México, Instituto Mora, 2007, «Historia política».

GOMES, Antonio Carlos

Il Guarany, CD Sony, 1994.

GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo

Monumento conmemorativo y espacio público en Iberoamérica, Madrid, Cátedra, 2004.

HENDRICKS, Patricia D. y Becky D. REESE

A Century of Sculpture in Texas, 1889-1989, Huntington Art Gallery, University of Texas at Austin, 1989.

Historia

Historia del Paseo de la Reforma, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Democracia Ediciones, 1994.

IBARGÜENGOITIA, Jorge

"El lenguaje de las piedras", en ESCOBEDO, 1992.

LEMPÉRIÈRE, Annick

"Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural", en *Historia Mexicana*, XLV:2(178) (oct.-dic. 1995), pp. 317-352.

LOMBARDO DE RUIZ, Sonia

Atlas histórico de la ciudad de México, México, Smurfit Cartón y Papel de México, Conaculta, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996.

MAGDALENO, Máximo, Luis NOYOLA VÁZQUEZ, Ignacio MEDINA e Ignacio MARTÍNEZ ESPINOSA

Altares de la Patria, México, Juan Pablos, 1956.

MAJLUF, Natalia

Escultura y espacio público. Lima, 1850-1879, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1994.

MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José

El monumento conmemorativo en España, 1875-1975, Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, Universidad de Valladolid, 1996, «Arte y Arqueología, 12».

MARTÍNEZ ASSAD, Carlos

La Patria en el Paseo de la Reforma, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, Sanborns, 2005.

MARTÍNEZ ASSAD, Carlos (coord.)

La ciudad cosmopolita de los inmigrantes, México, Gobierno del Distrito Federal [en prensa].

MAYER, Leticia

"El proceso de recuperación simbólica de cuatro héroes de la revolución mexicana de 1910 a través de la prensa nacional", en *Historia Mexicana*, XLV:2(178)(oct.-dic. 1995), pp. 353-381.

Memoria científica

Memoria científica para la inauguración de la estatua de Alejandro de Humboldt, México, Müller Hermanos, 1910.

Memoria de los trabajos

Memoria de los trabajos emprendidos y llevados a cabo por la Comisión N. del Centenario de la Independencia designada por el presidente de la República el 1º de abril de 1907, México, Imprenta del Gobierno Federal, Comisión Nacional del Centenario de la Independencia, 1910.

MOYSEN L., Xavier, Julieta ORTIZ GAITÁN

La crítica de arte en México, 1896-1921: estudios y documentos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, 2 vols., «Estudios y fuentes del Arte en México, 63».

NOËLLE, Louise y Daniel SCHAVELZON

"Monumento efímero a los héroes de la Independencia *(1910)*. Federico Mariscal", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 55 (1986) www.analesiie.unam.mx/pdf/55_161-169.pdf

NORA, Pierre (dir.)

Les lieux de mémoire, París, Gallimard, 1997, 3 vols.

PEREDA, Setembrino Ezequiel

Garibaldi en el Uruguay, Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1914-1915, 3 vols.

RAMÍREZ, Fausto

Crónica de las artes plásticas en los años de López Velarde, 1914-1921, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, «Cuadernos de historia del arte, 53».

REYERO, Carlos

La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914, Madrid, Ediciones Cátedra, 1999.

RÍOS DE LA TORRE, Guadalupe

"Benito Juárez. Héroe de Mármol", en *Tiempo y Escritura* es una publicación electrónica semestral del área de Historia y

Cultura en México del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, http://www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye10/art_jua_05.html

RIVA PALACIO, Vicente (coord.)

México a través de los siglos, México, Ballescá y Cía. Editores, 1884-1889, 5 vols.

RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida

La crítica de arte en México en el siglo XIX, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.

ROMERO, Héctor Manuel

Enciclopedia temática de la Delegación Cuauhtémoc, México, Departamento del Distrito Federal, 1994, 2 vols.

SALAZAR ANAYA, Delia

"Extraños en la ciudad. Un acercamiento a la inmigración internacional a la ciudad de México en los censos de 1890, 1895, 1900 y 1910", en *Imágenes de los inmigrantes en la ciudad de México, 1753-1910*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Plaza y Valdés, 2002.

"Los franceses. Herederos de un trasvase admirado y diverso", en MARTÍNEZ ASSAD (coord.) [en prensa].

SÁNCHEZ MEJORADA DE GIL, Alicia

La Columna de la Independencia, México, Jilguero, 1990.

TENORIO TRILLO, Mauricio

Historia y celebración, México y sus centenarios, México, Tusquets Editores, 2009, «Centenarios, 1».

Un pionero

Un pionero del cine en México, Salvador Toscano y su colección de carteles, CD ROM, México, Fundación Carmen Toscano, IAP, DGSCA, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

ZÁRATE TOSCANO, Verónica

"Nomenclatura y nacionalismo. La materialización de la memoria en la ciudad de México en el siglo XIX", en GIRON (coord.), 2007, pp. 329-384.

"El Paseo de la Reforma como eje monumental", en COLLADO, 2004, pp. 62-83.

"El papel de la escultura conmemorativa en el proceso de construcción nacional y su reflejo en la ciudad de México en el siglo XIX", en *Historia Mexicana*, LIII:2(210) (oct.-dic. 2003), pp. 417-446.

ZURIÁN, Carla

"Noticias oficiales y crónicas incómodas: la prensa durante las fiestas del Centenario (1910-1921)", http://historiadoresdelaprensa.com.mx/hdp/files/256.pdf

PARAGUAY EN EL CENTENARIO: LA CREACIÓN DE LA NACIÓN MESTIZA

Ignacio Telesca
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas-CONICET[1]

Los años de las fiestas del Centenario de la independencia del Paraguay fueron de los más convulsionados de la primera mitad del siglo XX, al punto que la celebración que hubiera correspondido realizarse en mayo de 1911 se terminó llevando a cabo tres años más tarde. La celebración editorial corrió igual suerte, aunque no se demoraron tanto en aparecer los dos álbumes gráficos que se confeccionaron para la ocasión. Tanto el editado por Ramón Montes Domecq *(La república del Paraguay en su primer centenario)* como el dirigido por Arsenio López Decoud (*Álbum gráfico de la República del Paraguay*)[2] recién aparecieron en 1912, impresos en Buenos Aires.

[1] Quiero agradecer al Museo Etnográfico Andrés Barbero, Asunción, Paraguay, por todo el apoyo bibliográfico que me brindaron.

[2] Este álbum, dirigido por López Decoud, suele citarse de dos maneras debido a que en la cubierta aparece *La República del Paraguay. Un siglo de vida nacional, 1811-1911*, mientras que en la portada se lee *Álbum gráfico de la República del Paraguay. Publicado bajo la dirección de*

Este ambiente de inestabilidad política es recogido por el último de estos álbumes. En su introducción deja esta constancia: "hemos cruzado y cruzamos por períodos en los que la pasión y la ambición políticas pueden, por momentos, sobreponerse a los intereses del Estado". Sin embargo aclara a continuación que "el mal no es tan grave" y que se debe a la inexperiencia política del país. "No podía, pueblo que solo cuenta 40 años, pues nuestro renacimiento data de 1870, substraerse a esta dura ley."[3]

El *Álbum gráfico*, o mejor dicho, la misma reflexión sobre el Centenario de la independencia, se presenta como un acontecimiento bisagra en la reflexión y asunción de ciertas categorías y conceptos identitarios por parte de la élite intelectual, pero que ya estaban haciendo mella en el imaginario colectivo, al menos en el urbano.

Una identidad que estará basada, por un lado en la recuperación de un pasado de gloria con una edad de oro identificada fundamentalmente con el gobierno de Carlos Antonio López (1844-1862), y por otro en la caracterización como mestiza de la "raza paraguaya". Un mestizaje mítico de alianzas mutuas, y anclado exclusivamente en el siglo XVI.

Esta nueva construcción identitaria es incomprensible si no tenemos en consideración la guerra contra la Triple Alianza (Argentina, Brasil y Uruguay) que Paraguay mantuvo entre 1864 y 1870. El país quedó desolado, diezmado

---

Arsenio López Decoud, 1811-1911. En este trabajo utilizamos el nombre registrado en la portada, no sólo por razones técnicas de indexación sino fundamentalmente porque es como se lo conoce y cita normalmente.

[3] LÓPEZ DECOUD, *Álbum gráfico*, p. 8.

y recortado.[4] Paraguay necesitaba darse, pensarse, una nueva historia, una nueva identidad. El Paraguay tenía que ser refundado.

El primer aspecto de esta refundación, el que hace a la comprensión histórica del pasado del país, al papel que desempeñó el doctor Francia (en el gobierno entre 1814 y 1840) y a los López (Carlos Antonio y Francisco Solano,[5] éste entre 1862 y 1870), y fundamentalmente a la guerra, ha merecido atención, aunque no abundante, sí detenida.[6] En lo que respecta a su identidad étnica en particular, la reflexión ha sido más bien escasa.[7]

[4] Para comprender la situación del país después de la guerra, véase el libro de WARREN, *Paraguay and the Triple Alliance,* y para un análisis actualizado de las consecuencias demográficas véase el texto de WHIGHAM y POTTHAST, "The Paraguayan Rosetta Stone".

[5] Es importante tener en cuenta que uno de los primeros decretos del gobierno provisorio en 1869, antes de que fuera asesinado el mariscal López (1º de marzo de 1870), fue declarar que "El desnaturalizado traidor paraguayo Francisco Solano López queda fuera de la ley, y arrojado para siempre del suelo paraguayo, como asesino de su Patria y enemigo del género humano... Dado en la Asunción, en el palacio de gobierno, a 19 de agosto de 1869, año 1º de la Libertad de la República". *La Regeneración*, núm. 4 (10 oct. 1969).

[6] Véase RIVAROLA, "Filosofías, pedagogías"; BREZZO, "El Centenario en Paraguay", "La historia en Paraguay", y "En el mundo de Ariadna y Penélope"; MOREIRA, "Uma busca incessante"; CAPDEVILA, *Une guerre totale*, "El macizo de la Guerra"; RODRÍGUEZ ALCALÁ, "Images".

[7] Es claro que ambos aspectos están interrelacionados y en los trabajos anteriormente citados hay referencias a lo étnico, sin embargo, el único trabajo que piensa la construcción de una nación mestiza en torno a fines del siglo XIX es el de POTTHAST, "El mestizaje del Paraguay". Para un estudio concreto sobre la conformación de la identidad a través de la historia, de los componentes que conformaron dicha identidad, están los textos de WILLIAMS, "Race, Threat and Geography" y KAHLE, *Orígenes y fundamentos*; de referencia obligada para una comprensión en

EL ÁLBUM GRÁFICO

Consideramos el *Álbum gráfico* como un acontecimiento intelectual bisagra, ya que recoge los aportes que se venían desarrollando en los últimos 15 años y se convierte en plataforma para los ensayos que vendrán en las siguientes décadas.

La obra reúne las contribuciones de un grupo de intelectuales nacidos durante o posteriormente a la guerra. En la historiografía tradicional se les conoce como la "generación del 900" o los "novecentistas", sin embargo, no quedan claros los elementos ideológicos comunes.[8] El *Álbum*, con sus 536 páginas, estuvo bajo la dirección de Arsenio López Decoud (1867-1945) y contó con la colaboración editorial de su primo Enrique Solano López (1857-1917), sobrino e hijo de Francisco Solano López respectivamente. El grupo de intelectuales que escribió los diversos artículos estaba formado por lo más selecto del momento: Cecilio Báez (1862-1941), Manuel Domínguez (1868-1935), Fulgencio R. Moreno (1872-1933), Blas Garay (1873-1899), Juan O'Leary (1879-1969), Ignacio A. Pane (1880-1920). Todos ellos ocuparon durante su vida importantes puestos, ya sea en la admi-

conjunto es la trilogía de SUSNIK, *Una visión socio-antropológica del Paraguay;* para fines del siglo XVIII; TELESCA, "La población parda", "Reflexiones acerca de la identidad", *Tras los expulsos*; para el siglo XIX previo a la guerra, POTTHAST, *¿"Paraíso de Mahoma"?*, "Ni indio, ni español"; HUNER, "Cantando la república", *"Toikove Ñane Retã!"*; y para la relación del uso del guaraní y componentes nacionalistas, entre otros el trabajo de BAREIRO SAGUIER, *De nuestras lenguas* y el de LUSTIG, *"Chácore purahéi"*. Un trabajo que utiliza como categoría de análisis el mestizaje es el de BOIDIN, "Guerre et Métissage au Paraguay".

[8] Liliana Brezzo sostiene que la delimitación de este grupo "es una cuestión pendiente de resolver". Véase BREZZO, "En el mundo de Ariadna y Penélope", p. 18.

nistración pública (presidentes, vicepresidentes, ministros), en el parlamento o en el área educativa (rectores universitarios o directores del Colegio Nacional). Todos alumnos del recientemente fundado Colegio Nacional (1877) y en su mayoría egresados de la carrera de derecho de la novel Universidad Nacional (1889).[9]

El único extranjero en participar en el *Álbum gráfico* fue el botánico suizo Moisés Bertoni (1857-1929), creador (en 1896) y director (por nueve años) de la primera Escuela Nacional de Agricultura.[10]

Por otro lado, Blas Garay ya había fallecido hacía más de diez años, pero incorporaron un texto suyo publicado en Madrid en 1897: *Breve resumen de la historia del Paraguay*. Ciertamente, como se deja constancia en la introducción, se le incluyó como homenaje a "quien fuera nuestro amigo y compañero" y porque "difícilmente se llegaría a hacer trabajo como el Doctor Garay" en lo que hace a la concisión y conocimiento minucioso de los hechos.[11]

Transcribieron casi todo el texto, excepto la parte referida a la guerra contra la Triple Alianza,[12] tópico desarrollado

---

[9] Formaron parte también del Ateneo Paraguayo creado en 1883 y reemplazado en 1895 por el Instituto Paraguayo que desde el año siguiente comenzó a publicar la *Revista del Instituto Paraguayo*, la revista cultural más importante del país hasta su cierre en 1909. Para un análisis más detallado, véase BREZZO, "La historia en Paraguay".

[10] La suya fue una colaboración acerca del "clima" y de "la división territorial sobre bases naturales" inserta en la "Reseña geográfica" a cargo de Arsenio López Decoud.

[11] LÓPEZ DECOUD, *Álbum gráfico*, p. 8. Además, de esta manera se evitaría entrar en discusiones históricas dentro del mismo grupo.

[12] De las 139 páginas que ocupa el texto de Garay, en la edición española se dejaron de transcribir las últimas 12.

en extenso por Juan E. O'Leary, que abarca de la página 115 hasta la 205, casi una quinta parte de la obra. Este artículo, aunque con una extensión desequilibrada en el conjunto, se presenta como la versión "nacional" de la guerra.

> Ésta, tomaba cuerpo en la narración de la resistencia heroica de la patria, dirigida por un jefe magnífico, aceptando el sacrificio supremo en su último cuadro. El culto de los lugares, la celebración de los hombres y de los hechos de armas, la escritura lírica, pensada para ser declamada, mezclaba el fuego de las armas con el olor de la sangre, la gloria con la muerte, el honor con el sacrificio, instalaban una relación emocional, casi mística con el pasado.[13]

Liliana Brezzo señala que esta narración histórica se convierte para los intelectuales del *Álbum gráfico* en reconstructora y reparadora de la nación,[14] aunque tardará dos décadas más para convertirse en historia oficial.

La pregunta por la historia reciente va de la mano con la que se relaciona con la identidad. No sólo será importante dar una narración histórica satisfactoria, sino también una respuesta acerca de quién es el habitante de estas tierras.

¿Era el Paraguay un país de bárbaros como se referían los gobiernos de la Triple Alianza, o de cretinos, como a prin-

---

[13] CAPDEVILA, "El macizo de la Guerra", párrafo 21.

[14] BREZZO, "La historia en Paraguay", p. 230. Se basa en una observación de Ignacio A. Pane cuando en el *Álbum gráfico* afirma que "así como a la generación anterior ha correspondido la tarea de reconstruir nuestra historia, a la actual [...] ha emprendido una gran obra de reparación de la injusticia histórica, la de descargar las colosales figuras de López y nuestros guerreros de 1865-70 del montón de censuras, befas y condenaciones [...]", en LÓPEZ DECOUD, *Álbum gráfico,* p. 267.

cipio de siglo había formulado Cecilio Báez? Y si no es así, ¿cómo justificar el sometimiento a los gobiernos "tiránicos" del doctor Francia y los López? ¿El paraguayo combatió por heroísmo o por temor al "tirano López"? ¿Quién es el paraguayo?

Estas preguntas, aunque sencillas y crudas en su formulación, van a guiar una nueva reflexión sobre la identidad nacional; y la categoría de mestizaje, de nación mestiza, será la clave que rendirá cuentas de la supremacía de la "raza paraguaya" sobre el resto del mundo.

En el mismo texto del *Álbum gráfico* puede incluso vislumbrarse cómo se fue dando el proceso de identificación. Señalamos anteriormente que el capítulo destinado a la "Reseña histórica del Paraguay"[15] fue tomado de un escrito de Blas Garay publicado en Madrid en 1897. Para Garay, fue la "raza guaraní [...] la única cuya sangre se mezcló con la de los conquistadores". Sin embargo, para este escritor la relación con los guaraníes no fue cordial, por el contrario, "fue larga y trabajosa su conquista". El mérito de ésta se lo debe a Domingo Martínez de Irala quien

> [...] desbarató una conspiración de los guaraníes complotados para exterminar a todos los españoles el Jueves Santo de 1539. De este hecho supo también sacar partido, pues sólo castigó a los principales conjurados y perdonó a los demás, quienes en prueba de su gratitud entregaron a los españoles cuantas mujeres quisieron éstos, siendo Irala quien más fomentaba con la palabra y con el ejemplo semejantes uniones.

[15] LÓPEZ DECOUD, *Álbum gráfico*, pp. 29-42.

Otro tema que será importante en la discusión es el referente a las misiones jesuitas. Se atribuye a la Compañía de Jesús la responsabilidad de formar (o deformar) a un pueblo sumiso y obediente, incapaz de rebelarse. En este sentido, Blas Garay sostendrá una postura que perdurará por muchas décadas en la historiografía paraguaya: "con la salida de los jesuitas comenzaron a decaer las reducciones, cuya población total descendió a 70 000 en 1785 y a 52 388 en 1797, hasta su completa ruina".

Esta imagen va a variar a lo largo de los años y de las páginas del *Álbum gráfico*. Cuando en la "Reseña geográfica", escrita por Arsenio López Decoud, se toca el tema de la etnografía,[16] van desapareciendo los encuentros violentos entre conquistadores y guaraníes, e incluso los rasgos negativos que Garay le atribuía a estos últimos. La poca resistencia que los guaraníes presentaron a los conquistadores se debió "a las numerosas uniones de las mujeres indígenas con los conquistadores [...] Mezclada así, por excepción en el Paraguay, la sangre de sus conquistadores con la del pueblo conquistado, tuvo su origen nuestra población de hoy". Esta nueva "raza paraguaya" gozará de todos los atributos positivos imaginables, y para confirmar tal proposición se trae a colación y se citan las palabras de Félix de Azara que estuvo en el Paraguay a fines del siglo XVIII. Para Azara,

> [...] los habitantes del Paraguay tienen más fiereza, sagacidad e inteligencia que los criollos, es decir, que los hijos de padre y madre españoles [...] La raza de los de Buenos Aires no aliada a los mestizos no tiene las ventajas de la del Paraguay [...] me

[16] López Decoud, *Álbum gráfico,* pp. 76-77.

> parece tener los mestizos del Paraguay algunas superioridades sobre los españoles por su talla, la elegancia de sus formas y aún por la blancura de su piel.[17]

De igual modo se recogen textos similares, pero esta vez escritos por el francés Alfred Demersay, quien recorrió el Paraguay a mediados del siglo XIX.[18]

En este ítem ya se encuentran dos explicaciones que tendrán una gran vigencia a través de los años y que servirán para alimentar el espíritu nacionalista. En primer lugar el mestizaje producido en el siglo XVI que dará origen a la raza paraguaya, y en segundo lugar, que esta raza paraguaya tendrá atributos que la harán superior a las demás, en especial la porteña, la brasileña y la europea.

El mestizaje no implica por cierto el reconocimiento de los pueblos indígenas, sino que sólo hace referencia al guaraní de principios de la conquista. Cuando López Decoud tiene que definir a la población paraguaya expresa que ésta "es homogénea, predominando en absoluto la raza blanca. En 30 000 puede calcularse el número de indios que en estado salvaje habitan el centro del Chaco. En la Región Oriental son hoy objeto de curiosidad, así como los negros".[19]

Es más, en la introducción a la obra, el mismo autor sostendrá que "existe entre nosotros perfecta homogeneidad étnica: el pigmento negro no ensombrece nuestra piel".[20] De hecho, el *Álbum gráfico* tenía exactamente esa finalidad,

---

[17] Las citas de Azara son de AZARA, *Descripción e historia del Paraguay*, cap. XIV, "De los pardos", pp. 291-297.

[18] Del capítulo XXIX de DEMERSAY, *Histoire physique*.

[19] LÓPEZ DECOUD, *Álbum gráfico*, p. 83.

[20] LÓPEZ DECOUD, *Álbum gráfico*, p. 8.

demostrarle a los demás, y a ellos mismos, "que no fuimos una horda de bárbaros fanatizados, el *millón de salvajes* al que debió redimirse por la sangre y el fuego", sino que "pertenecemos a una raza inteligente y sobria, fuerte y valerosa, capaz de sufrir sin una queja las más duras privaciones".[21]

Otro aspecto que es importante señalar de la construcción de la identidad es el reconocimiento del guaraní como lengua "familiar" y "aglutinante", "que es tradición y herencia y vehículo para llegar hasta el alma y los orígenes del pueblo".[22]

Decíamos al inicio que el *Álbum gráfico* representa un acontecimiento bisagra, que recoge discusiones previas y relanza hacia el futuro esquemas que han de dominar la palestra. Pasemos ahora los momentos previos y posteriores a 1911.

DE MANUEL DOMÍNGUEZ A NATALICIO GONZÁLEZ PASANDO POR MOISÉS BERTONI

Para fines del siglo XIX el tema de identificar étnicamente al paraguayo y recuperar su relación con la población indígena no parece que haya sido un tema central ni de disputa.

Gregorio Benítez, diplomático paraguayo, nos presenta en 1889 una visión del Paraguay que puede reflejar el sentir de buena parte de la nación:

> Es preciso olvidar o alterar la historia del Río de la Plata para negar que toda la existencia del Paraguay moderno es un litigio

[21] LÓPEZ DECOUD, *Álbum gráfico,* p. 8. Cursivas en el original.
[22] LÓPEZ DECOUD, *Álbum gráfico,* p. 83.

> de 50 años con Buenos Aires. Empieza con la Junta Provisoria en 1810, continúa con el gobierno de Rosas y acaba con el de Mitre. Llámasele la China de América, él no es sino el Paraguay, *pueblo cristiano, europeo de raza, que habla el idioma castellano* y que un día fue parte del pueblo argentino y capital de Buenos Aires.[23]

Por otro lado, cuando Fidel Maíz escribe su *Pequeña geografía* destinada a sus alumnos de la escuela de Arroyos y Esteros (1890) afirma en la sección dedicada a la etnografía que "Vizcaya, noble provincia de España, es la cuna de los primeros pobladores de Arroyos y Esteros. Ellos implantaron en esta comarca la raza blanca a que pertenecen sus habitantes".[24]

Sin embargo, en esas mismas fechas aparecía en Asunción la traducción de los capítulos referentes al Paraguay de la majestuosa obra de Eliseo Reclus *Nueva geografía universal*. En ella Reclus expresa que "La nación paraguaya por excelencia, aquella a la cual pertenece la raza mestiza de las ciudades y de los distritos poblados, es la nación guaraní".[25] Es importante señalar que quien hace la traducción, Ramón de Olascoaga, español de origen, profesor de la recién fundada Universidad Nacional, no hace ninguna corrección a este apartado, como sí lo hace en casi todos los demás. Es más, en su prólogo a la obra señala que "También hay que

[23] Biblioteca Nacional del Paraguay, Colección Juan O'Leary, gaveta 1. Agradezco a Liliana Brezzo la referencia. Subrayado nuestro.
[24] Maíz, *Pequeña geografía*, p. 55.
[25] Reclus, *Paraguay*, p. 35. El original está sacado de *Nouvelle Géographie Universelle. La terre et les hommes, t. XIX, Amérique du Sud. L'Amazonie et la Plata. Guyanes, Brésil, Paraguay, Uruguay, République Argentine*, París, Hachette, 1894.

declarar que la raza hispana o vasco-guaraní es de suyo, sin que le falten energías, mansa y suave".[26]

El debate étnico identitario, o racial en el lenguaje de la época, no ha de surgir sino después, o de la mano, que la disputa histórica se haya iniciado. Y ésta tiene su cenit en la contienda intelectual y periodística entre Cecilio Báez y Juan E. O'Leary.[27]

Báez era sin lugar a dudas una de las figuras intelectuales más importantes de fines de siglo. Doctor en derecho en 1893, formó parte de la primera generación de doctores de la recién creada Universidad Nacional: se desempañaba en dicha casa de estudios como catedrático de historia y sociología.

El 16 de octubre de 1902, con 40 años cumplidos, Báez escribe un artículo para el periódico *El Paraguay* sobre las ganancias de los bancos que titula "Optimismo y pobreza". Más allá del análisis económico que realiza, el autor tiene una frase que levantará polvareda: "El Paraguay es un pueblo cretinizado por secular despotismo, y desmoralizado por treinta años de mal gobierno".[28]

Al día siguiente, Juan E. O'Leary, un joven de 23 años le responde en el periódico asunceno *La Patria*. Luego de comentar lo referente a los bancos expresa su indignación ante las palabras de Báez: "Nosotros que somos paraguayos [...] protestamos en nombre de todos nuestros conciudadanos

---

[26] Reclus, *Paraguay*, p. xlii (prólogo de Ramón de Olascoaga).
[27] La polémica está recientemente recogida en Báez y O'Leary, *Polémica*, con una excelente introducción de Liliana Brezzo, "En el mundo de Ariadna y Penélope: hilos, tejidos y urdimbre del nacimiento de la historia en el Paraguay". También véase el análisis temático que realiza Orué Pozzo, *Periodismo y Nación*.
[28] Báez y O'Leary, *Polémica*, p. 74.

indignados de las palabras del Dr. Báez, a quien no concedemos derecho ninguno de llamarnos cretinos y cretinizados".[29]

En los días siguientes, Báez alzará el guante y comenzará una seguidilla de 25 artículos justificando sus dichos, desde el 18 de octubre de 1902 hasta el 11 de febrero de 1903. Por el otro lado, O'Leary, quien firma con el seudónimo de Pompeyo González, comenzará sus 37 artículos el 20 de noviembre para concluir el 14 de febrero del año siguiente.

Báez insistirá en la falta de educación como la causa central del "cretinismo" paraguayo: "El pueblo vivió pues en la ignorancia más profunda [...] segregado del mundo civilizado por la triple barrera de los grandes desiertos territoriales, de la ignorancia de la lengua castellana y del sistema teocrático-político".[30] La pregunta que guiará a Báez será por qué la tiranía pudo triunfar en el Paraguay. Y para Báez la tiranía recién dejó de existir en 1870, "la tiranía se suicidó" dirá. En un texto titulado "El alma paraguaya", Báez sostendrá que

> el alma paraguaya es una alma helada por el terror [...] esterilizada por el terror, por la incomunicación, por la ignorancia [...] Combatamos pues el cretinismo moral y el anonadamiento del pueblo, por el ejemplo, por la palabra, por la educación cívica y moral del ciudadano, y por la elevación de la condición moral de la mujer.[31]

Báez no va a realizar un estudio sobre la conformación étnica del paraguayo, ni lo tendrá como referente de su discurso. Sí dirá que "al comenzar el siglo XIX, la población del

---

[29] BÁEZ y O'LEARY, *Polémica*, p. 79.
[30] BÁEZ y O'LEARY, *Polémica*, p. 90.
[31] BÁEZ y O'LEARY, *Polémica*, p. 179.

Paraguay sería de 100 000 habitantes criollos, o sea, mestizos provenientes de la cruza de españoles con mujeres indias";[32] sin embargo, para él no será ésta la causa del cretinismo.

O'Leary arremeterá contra Báez desde su primer artículo de una manera casi personal. Lo baja de su propio panteón para ubicar ahora en él a Manuel Domínguez y Manuel Gondra, ante quienes "Báez es un grano de arena".[33] Luego continuará con su interpretación histórica del Paraguay: todo lo criticado por Báez será puesto en gloria por O'Leary, la revolución de los comuneros, el gobierno de Francia y los de los López. Ante el "alma helada" que proclamaba Báez, su contrincante sostendrá: "Abrid el libro de nuestra historia, y leedlo, si no os sentís orgullos, no sois paraguayos, sois un miserable; si no derramáis lágrimas, tenéis corazón de piedra".

Lo fundamental del argumento de O'Leary será destacar el gobierno de Carlos Antonio López (1844-1862) como el momento de apogeo del Paraguay. Liliana Brezzo señala, siguiendo las pistas indicadas en un estudio por Irala Burgos, que se inicia en esta época, con Garay primero y luego con esta polémica, el mito de la edad de oro al cual siempre hay que retornar.[34]

Al mismo tiempo, una de las estrategias de O'Leary será ir tomando artículos pasados de Báez y mostrar sus contradicciones. Los cuales,

> [...] después de leerlos, el peor de nuestros enemigos, reconocerá, por lo menos, que don Cecilio [Báez] es un refinado farsan-

[32] Báez y O'Leary, *Polémica*, p. 141.
[33] Báez y O'Leary, *Polémica*, p. 212.
[34] Brezzo, "La historia en Paraguay", p. 201, véase Irala Burgos, "La epistemología".

te, para el cual la historia es un arma de combate y de venganza baja y rastrera. Esto, que es lo menos que puede concedérsenos, es suficiente para derrumbar toda la montaña de sus mentiras infinitas y de sus calumnias sin cuento.[35]

Como anunciara O'Leary en su primer artículo, Báez dejará de ser el intelectual reconocido como modelo por la juventud paraguaya y su lugar lo ocupará Manuel Domínguez. Cuando Ignacio Pane escribe el texto "Intelectualidad paraguaya" para el *Álbum gráfico*, señala que "el primer lugar está ocupado por el Dr. Domínguez, por la extensión y profundidad de sus conocimientos, por la variedad de su obra y por el mérito artístico de su composición". En cambio, cuando se refiere a Báez deja constancia de que "fue un tiempo ídolo de la juventud estudiosa [...] Pero también llegó a ser lider de su partido de oposición y después presidente de la república. Esto explica la merma considerable de su valor intrínseco".[36]

Lo mismo expresa O'Leary en la introducción que escribe, en 1917, a una serie de artículos de Domínguez publicados bajo el título *El alma de la raza*. Ahí expresa que Manuel Domínguez "es un maestro, un verdadero maestro, el único que ha conocido la juventud paraguaya".[37]

---

[35] BÁEZ y O'LEARY, *Polémica*, p. 455. Cecilio Báez se referirá a esta polémica en sus *Cuadros históricos y descriptivos*, como una "campaña política contra el pretorianismo, los resabios del despotismo y la glorificación del bárbaro tirano Solano López, a quien unos cuantos jóvenes inconscientes presentaban como un héroe digno de la apoteosis", p. 270.

[36] LÓPEZ DECOUD, *Álbum gráfico*, pp. 265-266.

[37] DOMÍNGUEZ, *El alma de la raza*, p. 13. El texto va de la página 15 hasta la 38. Las siguientes referencias serán de este texto.

De hecho Manuel Domínguez también intervino en la polémica aunque sin inmiscuirse explícitamente. El 29 de enero de 1903 dictó en el Instituto Paraguayo una conferencia titulada "Causas del heroísmo paraguayo" que salió publicada en la revista del mismo instituto,[38] recogida luego en el libro *El alma de la raza*. En esta conferencia no mencionó el nombre de Báez ni tampoco la palabra "cretinismo". Domínguez no sólo era un intelectual importante en el ambiente, sino también vicepresidente de la República desde 1902, por lo que su palabra tenía un peso importante.

La intención de su opúsculo no era otra sino probar que "el paraguayo era superior al enemigo". Es decir, ante la energía desplegada por el Paraguay durante la guerra contra la triple alianza, el autor se propone poner de manifiesto sus causas. Intenta realizar un "ensayo de psicología histórica, en que hubiera sido mejor ejercitase la inteligencia de un Taine, la penetración fina de un Renán".

Las fuentes en las que Domínguez se basa son los relatos de los viajeros que estuvieron en Paraguay, desde Félix de Azara hasta Charles Washburn, ministro de Estados Unidos en Paraguay durante la guerra. Comienza asegurando que el Paraguay fue colonizado por la más alta nobleza de España, quien junto con el sufrido guaraní dio origen al mestizo "que no era el de otras partes. Aquel mestizo en la cruza se fue haciendo blanco, a su manera [...] *blanco sui-generis* en quien hay mucho de español, bastante de indígena y algo que no se encuentra o no se ve ni en el uno ni el otro".[39]

[38] *Revista del Instituto Paraguayo*, 4:38 (1903) pp. 643-675.

[39] DOMÍNGUEZ, *El alma de la raza*, p. 17, en cursivas en el original.

Luego Domínguez da las pruebas de dicha superioridad, comenzando por la alta tasa de fecundidad, que de 100 000 en 1800 pasó a 1 300 000 en 1862.[40] Continúa con las citas de Azara y de Demersay que se recuperarán en el *Álbum gráfico*. Del coronel inglés George Thompson toma la cita: "la raza paraguaya era físicamente superior a las de los estados vecinos". Domínguez llega al punto de plantearse: "quién sabe si la raza paraguaya no estaba o no está llamada a alcanzar las cumbres a que sólo llegan las razas muy superiores".

Luego de la independencia en 1811, el autor afirma que "se formó una unidad nacional: los paraguayos pensaban, hablaban, sentían, vivían de idéntica manera. Las mismas cualidades, los mismos defectos". Respecto al periodo previo a la guerra Domínguez sostendrá, al igual que O'Leary, que "relativamente el Paraguay producía más que cualquier otro pueblo americano. Había llegado al máximum de producción con el mínimum de consumo". Insiste también en que casi no había analfabetos en esa época y niega, como dicen "escritores superficiales", que la gente fuera ignorante.

> Resumen: el Paraguay era superior al invasor como raza y en las energías que derivan de esta causa: en inteligencia natural, en sagacidad, en generosidad, en carácter hospitalario, hasta en estatura [...] era superior por el medio físico en que se desarro-

---

[40] Estos datos, aunque sacados de Du Graty, no fueron constatados por el autor, como ningún otro, y los mismos contemporáneos, incluido Báez, manifestaban que era imposible que Paraguay tuviera dicha población. Incluso en *Álbum Gráfico* considera la cifra de Du Graty "a todas luces exagerada", p. 78.

lló su raza [...] era superior en educación [...] era superior por su condición económica [...]

Queda claro luego de la lectura de este ensayo que el heroísmo paraguayo está anclado en el concepto de raza paraguaya, aunque mestiza, blanca sui géneris, que recoge lo mejor de los españoles mezclado con lo de los indígenas. Aún no se referiría al guaraní como alguien superior, habrá que esperar los aportes de Moisés Bertoni.[41] Mestiza, blanca sui generis, con todos los atributos de una "raza superior". Es la primera vez que claramente se establece la cuestión de la "raza paraguaya" como explicación necesaria del heroísmo y de la historia del Paraguay.

Más claro aún lo dejará Domínguez en la respuesta que le dará al general y pintor argentino José Ignacio Garmendia. Este último, haciéndose eco del texto de Domínguez, publicó una carta en el diario porteño *La Nación*.

Garmendia sostenía que el motor del heroísmo paraguayo era el terror que infundía López, y que esto era posible porque el pueblo estaba acostumbrado a la obediencia pasiva por los jesuitas, los españoles y los tiranos.[42]

---

[41] La relación siempre se dio con el "bravo guaraní" desde los escritos de Blas Garay pasando por la poesía de Ignacio A. Pane, que le dedicara justamente a Manuel Domínguez "La mujer paraguaya", aparecida en la *Revista del Instituto Paraguayo*, 2:17, pp. 161-166, en donde expresa que "Al paraguayo, orgullo de la historia / La sangre de Guarnán le dio bravura / La sangre de Pelayo le dio gloria". Citado también por POTTHAST, "El mestizaje del Paraguay", p. 356.

[42] Estas referencias son citadas por Manuel Domínguez en su texto "Heroísmo y tiranía" incluido en *El alma de la raza*, pp. 39-45. El texto original de Domínguez fue publicado en el diario asunceno *Los sucesos* (2 mar. 1907).

Domínguez sigue el mismo esquema que en su anterior artículo pero más condensado y más preciso. Reniega contra los que afirman que el Paraguay es guaraní y reafirma una vez más que "este pueblo es blanco, casi netamente blanco [...] ¡más blancos, más altos, más inteligentes, más hospitalarios y menos sanguinarios que los otros [los vecinos]". A lo expuesto anteriormente sobre la instrucción primaria ("no había soldado paraguayo que no supiera leer") y la idolatría por su independencia, añade ahora que desde los mismos tiempos coloniales el paraguayo vivía con el fusil al hombro. Respecto a los jesuitas señala que los de la orden de san Ignacio sólo dominaron al guaraní puro al sur del río Tebicuary, en la zona de las misiones, y que estos indígenas, al ser expulsados los de la Compañía de Jesús, no se mezclaron con los españoles sino que se regresaron al monte, siguiendo lo formulado por Blas Garay. Frente a la acusación de la tiranía como formadora de un pueblo sumiso, Domínguez señala que cuando la defensa ante la invasión porteña en 1810, ya existía la nación antes que ninguna otra, ya había una unidad étnica anterior a cualquier tirano. Además, aclara el autor, los tiranos que vinieron después "mataron el civismo, pero sin matar las excelsas cualidades del guerrero sin igual del coloniaje".

Una síntesis más serena de estos textos la expondrá en otra conferencia dada en el Instituto Paraguayo en 1908 y publicada también en la *Revista del Instituto Paraguayo*: "La Nación".[43] Se presenta como una reflexión sobre los consti-

[43] Forma parte también de la colección intitulada *El alma de la raza*, entre las páginas 93 y 110. Primeramente apareció en la *Revista del Instituto Paraguayo*, 10:61 (1908), pp. 729-749.

tutivos de "una nación", que la identifica y define. No abundan tanto las citas de Azara o Demersay (aunque las hay) sino más bien las de autores europeos: Spencer, Le Bon, Darwin, Valera, entre otros, y sobre todo Renan de quien sigue el modelo de su célebre conferencia pronunciada en la Sorbona el 11 de marzo de 1882, "¿Qué es una nación?"[44]

Sin embargo, a diferencia del francés que va desechando razones que definirían a la nación, Domínguez abordará las causas naturales, étnicas y sicológicas que determinan el carácter nacional. Al analizar cada una de estas causas y sus subdivisiones, va señalando las particularidades paraguayas. Cuando se refiere a las causas étnicas no aporta una nueva reflexión sino que se menciona a sí mismo, precedido por una cita de la obra de Le Bon, *Psicología de las multitudes*.[45] Luego de copiar gran parte del tercer apartado de la conferencia de Renan que comienza con "una nación es un alma, un principio espiritual" y concluye con "Una gran congregación de hombres, sana de espíritu y ardiente de corazón, crea una conciencia nacional que se llama nación", Domínguez resumirá su conferencia esgrimiendo que el "carácter nacional" se forma de la mezcla de las causas constitutivas, la geografía, la raza, la historia.

---

[44] Sin lugar a dudas Domínguez tenía un conocimiento enciclopédico de los autores europeos del momento. En su obra *Estudios históricos y literarios*, se recoge un artículo sobre Renan escrito en 1925: "Renan, sus ideas y su estilo". DOMÍNGUEZ, *Estudios históricos y literarios*, pp. 205-220.

[45] La cita de Le Bon es la siguiente: "Los gobiernos son conducidos sobre todo por el alma de su raza, es decir, por el residuo de lo pasado, de que esta alma es la suma. La raza y el engranaje de las cosas diarias son los dueños misteriosos que rigen nuestros destinos", en DOMÍNGUEZ, *El alma de la raza*, p. 103.

Estas reflexiones de Domínguez se verán recogidas en el *Álbum gráfico* bajo la pluma de Arsenio López Decoud, quien hace suyas las expresiones de su compañero de partido político.

Sin embargo, el espaldarazo a estas ideas provino de la mano del botánico suizo Moisés Bertoni (1857-1929). Llegado a tierras paraguayas en 1891 se instaló en la ribera del río Paraná, en donde adquirió 12 500 ha para dedicarse a la agricultura y continuar sus investigaciones científicas. Vimos ya que en 1896 el Estado lo ponía al frente de la primera escuela agrícola del país, donde permaneció por una década. Comenzó a publicar los frutos de sus investigaciones destacándose en esos primeros años la *Agenda & Mentor Agrícola*, que era una guía para el agricultor utilizada incluso en nuestra época.[46] Desde 1898 edita una *Revista de agronomía y ciencias aplicadas* y sus publicaciones van desde la agricultura, botánica y meteorología hasta la lingüística y la antropología. Su producción era tan abundante que en su propiedad instaló una imprenta a la que bautizó "Ex Sylvis".

Su primera incursión antropológica fue una serie de tres conferencias que dictó en el Colegio Nacional de Asunción entre el 26 de julio y el 21 de agosto de 1913, cuando era director del colegio Juan E. O'Leary. Las charlas fueron publicadas al año siguiente en Asunción con un prólogo de Ignacio A. Pane. Si bien es importante la exposición de Bertoni, también lo es la impresión que causó en la intelectualidad presente y cómo ellos leyeron las nuevas enseñanzas.

---

[46] En su primera edición, de 1901, llevaba el nombre de *Almanaque agrícola*.

En su primera conferencia Bertoni se refirió a cuestiones geológicas y a la población del continente, para concluir con una frase que dejaría a sus escuchas con ganas de continuar: "[...] y por fin, de una Nación Guaraní que ha tenido en su época una verdadera civilización, por más que sui-géneris".[47]

Ya en la segunda conferencia, la más extensa (8 de agosto), se centra en la protohistoria del Paraguay y en "lo que se refiere a la raza y al pueblo guaraní". Bertoni comienza a describir la civilización guaraní, con sus defectos, la falta de arte aunque sí poseían dos formas de escritura, y sus virtudes: la oratoria, vías de comunicación, conocimientos astronómicos, de botánica y zoología (que si bien respecto a los astronómicos no estaban tan adelantados como los europeos, en los dos últimos lo estaban mucho más que ellos). Pero esta civilización sería "imperdonablemente imperfecta si no se completara con conocimientos religiosos", los cuales abundan entre los guaraníes, y de los más altos. Pero incluso adelantos más notables encontraremos en el gobierno social, político y económico:

> La constitución política de los guaraníes era la democracia pura. El gobierno era popular, esencialmente popular [...] El guaraní es comunista y comunista hasta el punto extremo [...] El comunismo guaraní, como la organización política, es completamente democrático, convencidamente igualitario y exclusivamente basado sobre el principio de los derechos del individuo, limitados por los de otro o de la comunidad".[48]

[47] BERTONI, *Resumen de prehistoria*, p. 35.
[48] BERTONI, *Resumen de prehistoria*, pp. 70-72.

Luego profundizará en la grandeza de la agricultura guaraní, que es la mejor prueba de civilización que se pueda demostrar.

En la tercera y última conferencia, ante la solicitud de explayarse más en lo referente a la civilización guaraní, Bertoni analiza y deja sin efecto las posibles objeciones (no existencia de grandes ciudades, falta de un sistema numeral, la costumbre de la antropofagia) para pasar a mencionar otros atributos que hablan de la existencia de una civilización guaraní: el típico físico que "ha sido reputado como uno de los más hermosos de América" y la extensión y perfección de la lengua.

Bertoni da un paso más y señala que otra prueba de la existencia de la civilización guaraní y del poder de un estado social "está en su influencia sobre la constitución política" y afirma que "la existencia misma del Paraguay en el mapa sudamericano es debida, sobre todo, a la existencia de un espíritu guaraní [...] es debido al despertar y a la constancia del pueblo guaraní, que exista como una necesidad histórica, la independencia política del Paraguay".[49]

Sin embargo, Bertoni está consciente de que no sólo el pueblo guaraní estuvo presente en la historia del Paraguay y es aquí donde introduce un tema importante, el del cruzamiento. Sostiene el naturalista suizo que el resultado de dicho cruzamiento dependerá de los componentes pero afirma que

> [...] es evidente que la raza guaraní ha tenido mucha mayor población, ha tenido mayor influencia que los españoles en la

[49] BERTONI, *Resumen de prehistoria*, pp. 96-98.

> formación de la población actual [...] En resumen, el pueblo paraguayo, tal como está constituido actualmente sobre la base del pueblo guaraní, mirado por todos los lados, tanto por su primitivo origen y el ambiente en que se ha desarrollado, como por los componentes principales de la raza, se encuentra en condiciones excelentes para la formación y desarrollo de una mentalidad nacional, que no solamente posee todas las condiciones naturales favorables, sino que está sobre la buena vía, para llegar, mediante el esfuerzo educativo, a un grado indiscutiblemente superior.[50]

Si nos hemos detenido tan extensamente en estas conferencias de Bertoni es porque creemos que fueron centrales para fortalecer una lectura identitaria de la intelectualidad paraguaya del tiempo de la celebración del primer centenario de su independencia.

Ignacio Pane escribe el prólogo a la edición de las conferencias en donde han participado "las cabezas del país". Se ha discutido, señala Pane, sobre "la idiosincrasia nacional" y considera la producción de Bertoni como destinada a convertirse en el vademécum de todo pensador nacional. Es más, señala que "el estudio y difusión de esta obra constituirá, sin duda alguna, una verdadera labor de patriotismo para la intelectualidad paraguaya".[51]

Reconoce, el prologuista, el orgullo de ser llamado pueblo guaraní frente a todo el mundo científico ya que el guaraní no sólo era una raza, era una civilización. Esto le sirve para dejar lejos el "sumidero de errores sobre la supuesta raza guaraní sumisa, imbécil, *cretina*, que no sabe más

---

[50] BERTONI, *Resumen de prehistoria*, pp. 104-105.
[51] Las citas son de PANE, "Prólogo", pp. i-xiv.

que aguantar tiranías de jesuitas y de dictadores",[52] haciendo clara referencia a la polémica sostenida diez años atrás entre O'Leary y Báez, de la cual ciertamente salió vencedor el primero, el presente director del Colegio Nacional.

A tal punto se impusieron en el ambiente las ideas de O'Leary que ya ni Francia ni López son presentados como tiranos sino presididos de un "espíritu igualitario", el cual ahora ya se sabe que no proviene sólo de la revolución francesa sino fundamentalmente de la "pasta guaraní" que fue su "propicio medio e instrumento".

Pane se pregunta, al finalizar su texto, cómo deben apreciar la obra de Bertoni los paraguayos y responde que primeramente se debe distinguir como un aporte científico, digno de ser discutido si es que se encuentra alguna objeción seria, pero en segundo lugar, y esto es lo más importante, "como un tributo de la ciencia a la glorificación nacional. El homenaje granítico de la cultura actual unido a la apoteosis histórica de nuestro heroísmo desplegado de 1865 a 1870. Un himno al pasado paraguayo".[53]

La fuerza del aporte de Bertoni radicará justamente en esto, en afianzar ese himno al pasado, un himno que ya cuenta con bases científicas de primerísimo nivel. No lo dice un paraguayo, lo dice un extranjero, un europeo; no lo dice un poeta o un publicista, lo afirma un científico, un sabio.

Estas conferencias de Bertoni recibieron una más que cálida recepción y se comentaba que "continuamente piden el *Resumen de pre y protohistoria guaraní*, pues es adopta-

---

[52] PANE, "Prólogo", p. v. Cursivas en el original.
[53] PANE, "Prólogo", p. xii.

do en las escuelas y casi obligatorio".[54] De hecho, Moisés Bertoni publicará en 1922 la primera parte (la referente a la etnología) de su obra *La civilización guaraní* retomando los mismos aspectos de sus conferencias, pero discutiendo con autores europeos y añadiendo temas nuevos.

Rubén Bareiro Saguier señala que con Bertoni se inicia lo que él llama una generación indigenista-nacionalista, en donde incluye también a Narciso R. Colmán, Eloy Fariña Núñez y Natalicio González.[55] Sin lugar a dudas se puede vislumbrar una toma de conciencia de parte de la intelectualidad paraguaya respecto a la importancia de sus raíces guaraníes. Baratti cita una carta del joven Efraím Cardozo (1906-1973), considerado como uno de los historiadores paraguayos más importantes del siglo, escrita a Moisés Bertoni en 1924 en donde lo considera como "el descubridor de la raza guaraní, o mejor, su glorioso reivindicador... [que] nos ha legado a nosotros, paraguayos ingratos, indignos de nuestro pasado y dignos del presente, el más formidable monumento a la raza".[56] Sin embargo, más que iniciar una generación nueva el trabajo de Bertoni le brindará mejores cimientos a la reflexión que se venía generando desde Blas Garay en adelante, especialmente con Manuel Domínguez. No existirá una reivindicación del indígena presente, sino una imagen mítica del guaraní. Podemos sostener para el caso paraguayo lo mismo que Bertrand explica del

[54] BARATTI, "Moisés Santiago Bertoni", p. 44.
[55] BAREIRO SAGUIER, *De nuestras lenguas*, capítulo "La generación nacionalista-indigenista del Paraguay y la cultura guaraní", pp. 115-122. Primeramente fue una ponencia presentada en el XLII Congreso de Americanistas que se realizó en París, en 1976.
[56] BARATTI, "Moisés Santiago Bertoni", p. 44.

mexicano: "remite al *indio* que es exaltado por esta mitología nacional: un *indio muerto,* mítico, abstracto, unitario e impersonal".[57]

Ciertamente que de las conferencias de Bertoni se pudieron haber sacado otras conclusiones. El naturalista suizo insistirá no sólo en que la nación guaraní era una civilización, y de las más importantes, sino también en que la nación hoy es mayoritariamente guaraní. El grupo de intelectuales paraguayos de las primeras décadas sólo tomó la primera parte de la afirmación y la segunda la convirtió en una herencia inmaterial, somos "guaraníes" en tanto que herederos de esa civilización, de la pasada, de la que se mezcló con la española y desapareció. Podemos ver esto más claramente en la siguiente obra de Domínguez, pos-Bertoni.

En 1919 Rodolfo Ritter (1864-1946), economista ruso llegado al Paraguay en 1902 y director del semanario *El economista paraguayo*, publicó un artículo en dicho semanario[58] poniendo en duda el poderío económico del Paraguay antes de la guerra de la triple alianza.[59] Ante esta opinión Manuel Domínguez le responderá a través del diario *El Nacional.* Los textos fueron publicados en forma de libro en 1946 por Natalicio González bajo el título *El Paraguay, sus grandezas y sus glorias.*[60]

---

[57] BERTRAND, "Sobre los fundamentos", p. 41.

[58] En el número 49 del año XI. Cada año se iniciaba una nueva numeración, y no a partir del 1º de enero sino de mediados de septiembre. El primer número de *El economista paraguayo* apareció el 12 de septiembre de 1908.

[59] Manuel Domínguez cita una frase del texto en donde dice Ritter que tal poderío es "una leyenda. Una hermosa leyenda y además peligrosa". En DOMÍNGUEZ, *El Paraguay,* p. 43.

[60] ORUÉ POZZO, *Periodismo y nación,* analiza una segunda polémica

Su intención la deja de manifiesto desde su primer texto: así como a O'Leary le cupo convertirse en el vindicador de la patria en lo que se refiere a la guerra y sus causas, respecto a estas "mentiras [las de Ritter] con que se quiso tiznar el honor de nuestra historia, llega su turno. ¡Juro dejarla limpia y tersa! [...] saldrá la conclusión arrogante de que el Paraguay era y es superior a los demás países americanos y, en muchos aspectos, superior a todas las naciones del mundo [...] Paraguay es un prodigio en que no pensaron los sociólogos".[61]

Domínguez dedica primeramente varios textos a retratar las obras de Carlos Antonio López y su hijo Francisco Solano (1844-1870) demostrando justamente que el Paraguay era una potencia.[62] Luego, como lo había realizado en sus trabajos previos, trae a colación citas de investigadores, viajeros y diplomáticos con las cuales muestra que "el paraguayo por su aptitud para el trabajo y por su inteligencia natural, es variedad humana única".[63] Y ante la pregunta de por qué esto es así, dice que la respuesta hay que buscarla en "las razas de que desciende".

parecida a la de Báez-O'Leary que se mantuvo en 1919 entre dos periódicos de dos facciones liberales.

[61] Domínguez, *El Paraguay*, pp. 44-45.

[62] Realiza, a manera de resumen, una lista de todos los atributos: "1º en el Paraguay no había una sola familia sin hogar. 2º en instrucción primaria y con una escuela taller y el trabajo obligatorio, se adelantó a Europa y América. 3º importó cerebros europeos como no hizo ningún otro país. 4º era el único país sudamericano que no estaba en bancarrota, el único de moneda sana, el único que no debía un centavo. 5º en relación, ninguna nación americana le igualó en producción. 6º era la única donde el tesoro con sus préstamos generosos, mató al vampiro de la usura bancaria". Domínguez, *El Paraguay*, p. 105.

[63] Domínguez, *El Paraguay*, p. 121.

Primeramente, bajo el título de "El paraguayo, flor de raza", Domínguez se vanagloría de sus ancestros españoles. "Paraguay fue colonizado por la flor de la raza humana [...] La mejor gente de España, de la mejor época española, vino aquí".[64] Luego sí abordará el tema de "la cruza del godo y la raza guaraní", pero una vez más para insistir en el predominio de la raza blanca. Es más, señala que la razón por la cual los españoles se juntaron con los (mejor dicho, las) guaraníes "parece ser estética". Las mujeres guaraníes eran bellas, más que cualquiera en Europa, y ante esta realidad "enloqueció el español".[65] Y éste es el único atributo, la única razón, por la cual el español se "cruzó" con el guaraní. La cita de Bertoni viene al final para justificar que la mejor raza de Europa "se confundió con la corriente de la mejor raza de América, la más inteligente de su zona, entrando en juego la afinidad electiva, el poder estético, el del amor, que mejora a las razas en belleza, salud e inteligencia".[66] Nada dice sobre las características del guaraní, ninguna referencia concreta a lo explicado por Bertoni.

Domínguez insistirá en las pruebas matemáticas que demuestran que el paraguayo es el pueblo más virtuoso del mundo. Se referirá a su hospitalidad, en la casi inexistencia de crímenes y delitos, carencia de improbidad ante el Estado y de vicios inconfesables. Una vez más cita a Bertoni: "El Dr. Bertoni se ponía en la verdad estricta con escribir: *el paraguayo pudo haber enseñado moral y dignidad a muchos pueblos de Europa* (*Resumen de prehistoria y protohistoria*)".[67]

---

[64] DOMÍNGUEZ, *El Paraguay*, pp. 139-140.
[65] DOMÍNGUEZ, *El Paraguay*, p. 151.
[66] DOMÍNGUEZ, *El Paraguay*, p. 154.
[67] DOMÍNGUEZ, *El Paraguay*, p. 172.

Queda claro que el uso de las conferencias de Bertoni por parte de Domínguez fue mínimo y superficial. A este último no le interesaba sentirse descendiente de la gran civilización guaraní, sino como máximo reconocer que los que se mezclaron con sus españoles eran la mejor civilización posible. La raza del Paraguay, para Domínguez, era "casi enteramente blanca, la Raza de la Aurora, eje de la historia, que dice Gobineau".[68]

Concluyamos este recorrido intelectual con una obra que marcará profundamente a más de una generación de paraguayos, especialmente a partir de 1947 en que el Partido Colorado se establece en el poder: *El Paraguay eterno,* de Natalicio González (1897-1966). En este libro publicado en 1935 se recogen tres trabajos escritos entre 1930 y 1934, los dos últimos ya durante la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia.

González ya no se enfrenta con la necesidad de reivindicar la historia ni a la raza paraguaya sino que lo que estaba en disputa era el mismo sistema liberal. González propone un peculiar socialismo de Estado y, siguiendo al pensador francés Charles Maurras (de los pocos a quien cita y utiliza en varias páginas) afirma que "el Paraguay busca la destrucción del estado liberal que le oprime y desarticula y marcha a la conquista de un estado que sirva de instrumento a su grandeza".[69]

---

[68] DOMÍNGUEZ, *El Paraguay*, p. 221. Esta concepción racista ya se había puesto de manifiesto cuando se aprobó la Ley de Inmigración el 6 de octubre de 1903; en su artículo 14 establece que en ningún caso se expedirán certificados o pasajes de inmigrantes a favor de individuos de las razas amarilla y negra.

[69] GONZÁLEZ, *El Paraguay eterno*, p. 72.

Es decir, su intención será demostrar que la propia naturaleza del paraguayo, desde su misma raza, rechaza el sistema liberal y convoca un sistema con un poder ejecutivo fuerte, y sus modelos serán el Dr. Francia, Carlos Antonio López y su hijo Francisco Solano; fundamentalmente Carlos Antonio López. De esta manera, la primera parte de la obra será dedicada al "proceso constitucional" del paraguayo. Al igual que sus predecesores, sostendrá que "El Paraguay es una entidad típicamente americana" haciendo hincapié en la importancia que le cupo a la geografía y en que la "paraguayidad" está constituida por valores en su mayor parte autóctonos.

A diferencia de Domínguez, que solía comenzar refiriéndose al "godo", al componente español, González hace referencia en primer lugar a la raza guaraní, para lo cual hace uso (y cita) de Moisés Bertoni sobre la inmensa sabiduría del guaraní en botánica y farmacia, sobre la existencia de ciudades guaraníes previa a la conquista, y del comunismo peculiar que practicaron los guaraníes.

El español ya no será la mejor raza europea, sino el conquistador que trae el genio industrial, sus instituciones y sus leyes, que se combaten en dos direcciones contrapuestas: por un lado la europeización del nuevo mundo y por otro se identifica "con el nuevo escenario de sus hazañas que en el fondo de cada cual asoma el alma de un insurgente". Y esto se debe a que en estas tierras paraguayas no le cupo el papel de dominador violento sino como aliado del indio. Por un lado el indio necesitaba del español para guerrear contra los otros pueblos, y por otro los españoles necesitaban una vida sin levantamientos indígenas. Sin embargo, el signo de esta alianza se dio a través del matrimonio con las indias.

> En el hogar del conquistador la madre indígena impuso su idioma, su sistema de alimentación y las tradiciones de la raza. En los hijos de estas uniones se prolongaron el alma y la sangre del indio. Y -¡extraño conflicto que plantea la mezcla de razas!- cuando éstos actuaron en gran número acicateados por la misma sed de riquezas de sus padres, hicieron posible el dominio efectivo del indio, sometiéndolos al arduo régimen de las encomiendas. Por eso, bien puede decirse que las verdadera conquista de los guaraníes no la efectuaron los españoles, sino los mestizos.[70]

En otras palabras, los mestizos al elegir qué identidad asumir, no dudaron y optaron por la del padre.

González no sólo no se referirá al godo como la mejor raza europea, sino que distinguirá entre la conquista laica y la conquista espiritual. Si bien no es el primero en considerar a los jesuitas, sí es el que más énfasis le pone a la cuestión y además con una consideración más que positiva: "los religiosos realizaron una obra ejemplar, dando nacimiento a lo que se ha dado en llamar la República cristiana". Es más, pone al jesuita incluso en un peldaño más arriba que al "conquistador laico" que tiende a europeizar el nuevo mundo, mientras que el jesuita "quiere salvar el alma americana, desenvolviendo mediante el concurso de la técnica europea, los rudimentos autóctonos sin contrariar el genio de la raza aborigen".[71]

Sin embargo, tanto el indio (a quien en ocasiones denomina criollo) como el mestizo dan un paso más y tienden a la separación de la colonia, a la emancipación, dan comienzo a la gestación de un alma colectiva entre ambos grupos.

---

[70] GONZÁLEZ, *El Paraguay eterno*, pp. 30-31.
[71] GONZÁLEZ, *El Paraguay eterno*, pp. 35-39.

Natalicio González insistirá en esta nueva raza, que posee tradiciones uniformes, ideales, penurias y esperanzas sentidas en común, una unidad étnica y un hábitat que se fue transformando "en el sentido que más favorecía a la índole rural y guerrera de la raza".[72] De hecho, a la hora de la independencia el Paraguay aparecerá como una entidad orgánica, diferenciada y con personalidad propia. Y exactamente por esta realidad de no división surgirá un Estado fuerte. Ya queda claro cómo todo conduce a reafirmar el principio del cual partió. El Estado que le conviene al Paraguay no es el Estado liberal, sino un Estado como el del Dr. Francia o el de los López, una forma de Estado que surge de la misma realidad de la gente, y no al revés.

Estamos en presencia de un planteamiento diametralmente opuesto al que señalaba Cecilio Báez a fines del siglo anterior, o a lo mejor similar pero por su opuesto. Báez hablaba de un pueblo cretinizado por la corona española, los jesuitas y los tiranos postindependencia.[73] Natalicio González, sin referirse a dichos gobernantes como tiranos, sí dirá que establecieron un Estado fuerte, pero no para apabullar y someter a un pueblo, sino porque este Estado es criatura de esa misma raza, su prolongación natural, inclu-

[72] GONZÁLEZ, *El Paraguay eterno*, p. 45. González no siempre es coherente con el uso de los términos y a veces los pasos que da surgen de manera inesperada.

[73] En una parte del texto Natalicio González se refiere a Báez sin nombrarlo: "trataron de demostrar la vileza orgánica de los dos grupos étnicos, de cuyo cruce surgió la población paraguaya, la inferioridad de la raza española y la inferioridad de la raza guaraní para llegar a la conclusión de que el Paraguay era un país de cretinos. El ideal de estos ideólogos era desnaturalizar a la nación para rehacerla conforme al patrón importado". GONZÁLEZ, *El Paraguay eterno*, pp. 65-66.

so incorporando la obra que habían realizado los jesuitas del desarrollo de los valores de la cultura autóctona.

Al igual que Domínguez, González ve la confirmación de su teoría en la obra de gobierno de Carlos Antonio López. Afirma que durante este tiempo

> [...] hay una armonía profunda entre el régimen de los López y los ideales de su pueblo. El estado realiza maravillosamente la síntesis del pasado paraguayo, funde en una nueva entidad la herencia política del conquistador laico con la obra espiritual de los catequistas para desenvolver sobre bases firmes y naturales la cultura autóctona.[74]

Es interesante señalar en esta cita que una vez más la base no son los indígenas en sí, sino los conquistadores laicos y espirituales que prepararon "la criatura". Ahora es el Estado el que realiza la síntesis y crea una nueva entidad para desarrollar una "cultura autóctona".

Con Natalicio González llegamos a otra concepción u otro uso de la categoría del mestizaje. No será tanto el aspecto racial lo que le interese sino los fundamentos para un Estado fuerte. No es el objetivo justificar el heroísmo sino sentar las bases étnicas para un Estado fuerte, para un socialismo de Estado.[75]

La victoria paraguaya en la guerra del Chaco vendrá a confirmar estos postulados y al año siguiente, 1936, se realiza un

---

[74] GONZÁLEZ, *El Paraguay eterno*, p. 51. Un trabajo que reflexiona sobre la filosofía de la historia implícita en Natalicio González es el de DÁVALOS y LIVIERES, "El problema de la historia".

[75] Tampoco se relaciona con la idea de raza cósmica de Vasconcelos, a la cual si la conoce, no la cita. Respecto a este tema véase BERTRAND, "Sobre los fundamentos" y ZERMEÑO, "Mestizaje".

golpe de Estado que deja sin efecto la constitución liberal de 1870 e identifica al Estado de la República del Paraguay con la Revolución Libertadora (decreto 152, 10 de marzo de 1936).

UN POCO DE HISTORIA

Durante la presentación de los diversos pensadores no hemos querido sobrecargar con notas a pie de página las referencias a la historia, o confrontar las afirmaciones de los intelectuales con datos históricos específicos. Tampoco comenzamos con una presentación histórica de las relaciones interétnicas porque además de predisponer al lector ante lo que iría a leer de O'Leary, Domínguez o Bertoni, tampoco es que estos autores se basaran en estudios históricos para reafirmar sus dichos.[76] Sin lugar a dudas hacían uso del recurso a la cita de autoridad (Azara *dixit*) por lo general descontextualizado, pero no utilizaban el archivo sino para enfatizar sus proposiciones.[77] Ahora queremos presentar, brevemente, cómo estas relaciones interétnicas se fueron construyendo a la par de señalar cómo se autoidentificaba la población.[78]

Aunque parte de los historiadores aún sigue haciendo hincapié en que la relación primera entre conquistadores

---

[76] Liliana Brezzo señala que "el debate entre Báez y O'Leary no contribuyó a la consolidación de la disciplina histórica en el sentido que ninguno basó sus argumentaciones en experiencia de archivos". BREZZO, "En el mundo de Ariadna", p. 62.
[77] De hecho sólo hay citas del Archivo Nacional de Asunción con el texto de Domínguez de 1919, luego que O'Leary asumiera como director del Archivo Nacional de Asunción.
[78] Hemos trabajado de manera más profunda en nuestra obra *Tras los expulsos*. Véanse también los textos de POTTHAST, ¿*"Paraíso de Mahoma"*, "Ni indio, ni español" y "El mestizaje del Paraguay".

e indígenas fue de colaboración y complementariedad,[79] podemos ver que los trabajos de Branislava Susnik, entre otros, van haciendo mella y queda claro que la conquista se cimentó sobre la explotación de los pueblos indígenas, no sólo explotación económica (a través fundamentalmente de la encomienda) sino también sexual.

Según los cálculos de Richard Konetzke, entre 1535 y 1600 llegaron a tierras paraguayas sólo 3 087 europeos. A partir de esa fecha, no hubo más flujo migratorio hasta fines del siglo XVIII. De este número, muchos regresaron, otros murieron y muchos también dejaron los parajes asuncenos para salir a fundar otras ciudades. Las mujeres no representaron tampoco un porcentaje alto dentro de estos primeros grupos de conquistadores.

Si desde fines del siglo XVI hasta fines del XVIII no hubo aporte migratorio europeo, esto significa que las siguientes generaciones se relacionaron entre ellas mismas y con los demás pueblos y grupos de la región. Esto no significa que se hayan reconocido como mestizos, sino que desde un

[79] Véase por ejemplo CARDOZO, *El Paraguay colonial*, en donde se pueden leer frases como "Los clérigos cerraron los ojos, las armas fueron puestas sobre el pavés, y bajo la dirección y con el ejemplo de Irala se inició en el Paraguay la más extraordinaria campaña de captación recíproca de dos razas por el camino del amor libre y sin trabas [...] Hubo en todas partes libre y voluntaria entrega de las mujeres núbiles a los recién llegados", p. 64. Para una versión contemporánea, ASHWELL, "Domingo Martínez de Irala", expresa (en el 2006, en el anuario de la Academia Paraguaya de la Historia): "prefirió [Irala] entenderse con ellos [los indígenas], respetando sus costumbres y su idioma y creando con ellos lazos solidarios a través del relacionamiento familiar con las mujeres indígenas [...] con la mezcla de sangres que los indígenas aceptaban complacidos, se establece la base del mestizaje que sustentará la pacificación y la armonía de sus asentamientos", p. 58.

primer momento asumieron la identidad del conquistador y todos fueron reconocidos como españoles. De hecho, la categoría de mestizo nunca va a figurar en los padrones que se realicen y apenas aparece en la documentación. En el único censo que se utiliza dicha categoría es en el realizado en 1799, pero porque la hoja matriz vino confeccionada desde Buenos Aires, capital del virreinato del Río de la Plata. Llama la atención, sin embargo, que en esa oportunidad sólo 1.5% de la población se reconociera o fuera reconocida por el censo como mestiza.

Durante los siglos coloniales paraguayos el indígena sólo podía vivir en un pueblo de indios o en la casa del encomendero (si es que el indígena pertenecía a una encomienda yanacona). Los afrodescendientes, por su parte, si no eran esclavos, tenían que pagar el tributo de un marco de plata, y, como nunca podían hacerlo, terminaban siendo amparados por algún español a cambio de servicios, una especie de esclavitud encubierta. Como en el resto de América, ser tenido por indígena o afrodescendiente significaba estar sometido a un sinnúmero de discriminaciones jurídicas, religiosas, económicas.

No es extraño, entonces, que miembros de ambos grupos buscaran mecanismos para dejar de ser considerados indígenas o afrodescendientes para serlo como españoles. Para el indígena la estrategia principal será escapar del pueblo, y para el afrodescendiente incorporarse en las milicias de españoles. Esto era posible también porque la sociedad colonial presentaba ciertas características que facilitaban esta "mimetización".

Como se puede intuir, si no hubo un contingente nuevo de europeos en la provincia del Paraguay fue porque estas

tierras no tenían riqueza específica que ofrecer, ni siquiera corría la moneda metálica, sino que se utilizaba la yerba mate para las transacciones.[80] Un botón puede servir de muestra: la diócesis del Paraguay estuvo más tiempo sin obispo que con él. Al mismo tiempo se fortaleció en esta realidad el idioma guaraní, la provincia era principalmente monolingüe guaraní. En otras palabras, para un indígena de un pueblo de indios, escaparse y mezclarse entre el campesinado pobre que poblaba los campos paraguayos no significaba ni un cambio lingüístico ni uno económico. Eso sí, cambiaba el concepto de "nosotros" y de "los otros".

El caso más paradigmático lo podemos ver durante la expulsión de los jesuitas en 1767. No hay muchos censos coloniales, pero justo contamos con uno de 1761, realizado por el obispo Manuel Antonio de la Torre, y otro de 1782, realizado por el gobernador Melo de Portugal. El siguiente cuadro intenta comparar los números.

Cuadro 1

COMPARACIÓN POBLACIONAL ENTRE 1761 Y 1782[81]

	1761		*1782*		
		%		%	
Misiones jesuitas	46 563	54.7	20 383	21.1	-56.2
Pueblos de indios	5 358	6.3	9 788	10.2	
Población indígena total	51 921	61.0	30 171	31.3	-41.9

80 Véase GARAVAGLIA, *Mercado interno.*

81 Dentro de la población no indígena está incluida la población parda. Dentro de los pueblos jesuitas sólo se incluyen los 13 que estaban bajo la jurisdicción del obispado de Asunción. Las fuentes de cada uno de estos censos, como de los siguientes, en TELESCA, *Tras los expulsos*, pp. 170-174.

	1761		*1782*		
		%		%	
Población no indígena	33 217	39.0	66 355	68.7	99.8
Total	85 138	100	96 526	100	13.4

Como podemos apreciar claramente, en estos 20 años la población total creció 13.4% mientras que la población no indígena lo hizo en 99.9%. Sin ser taxativos, podemos afirmar que gran parte de la población de las ex reducciones jesuíticas pasó a engrosar la población considerada como española. Es más, si ampliamos el cuadro, incluyendo los censos de 1799 y 1846, obtenemos los siguientes datos:

Cuadro 2

COMPARACIÓN POBLACIÓN ENTRE 1761 Y 1846

	1761		*1782*		*1799*		*1846*	
		%		%		%		%
Población indígena	51 921	61.0	30 171	31.3	29 570	27.4	1 200	0.5
Población no indígena	33 217	39.0	66 355	68.7	78 500	72.6	237 664	99.5
Total	85 138	100	96 526	100	108 070	100	238 864	100

Si bien a finales del siglo XVIII hubo una muy pequeña inmigración desde Buenos Aires y Europa, ésta se cortó con el movimiento de independencia primero, en 1811, y con el gobierno del Dr. Francia más tarde, en 1814-1840. También sabemos que no hubo ningún genocidio indígena, salvo el de los indígenas llamados chaqueños, pero éstos casi nunca estaban incorporados a los censos. Es decir, los indígenas no desaparecieron, por lo que la respuesta más sencilla ante esta situación es sostener que se dio un mestizaje gene-

ralizado. Incluso, más que referirnos a un gran proceso de "mestización" de la sociedad paraguaya sería más apropiado hablar de un proceso de guaranización de la sociedad. Sin embargo, para los indígenas de lo que se trataba era de dejar de ser considerados indígenas, para ser tenidos como españoles. Este paso queda bien graficado con lo que le aconteció al gobernador Joaquín de Alós.

A fines del siglo XVIII, el rey le escribe preocupado al virrey del Río de la Plata porque ha recibido una carta por la cual "dio cuenta el Gobernador Intendente de la Asunción del Paraguay del desorden que había notado de casarse los indios con negras y mulatas, esclavas y libres, de que se originan gravísimos perjuicios".

De hecho, Alós le había escrito al rey el 12 de diciembre de 1793 comentándole sobre estos abusos.[82] En esta carta se puede vislumbrar el complejo entramado social que se vivía en la gobernación del Paraguay, y lo complicado que resultaba comprenderlo para una autoridad que llegaba de la metrópoli.[83]

Alós estaba de visita por la gobernación y al llegar al pueblo de indios de Yaguarón los cabildantes se quejaron con él de que un cura de españoles "había casado a un indio alarife viudo, que pocos meses antes había hecho fuga con sus hijos, y se había abrigado en la casa de una mujer española en donde por lo común los apadrinan y mantienen años y años por el interés del servicio". Para completar el cuadro, el indígena se había casado con una esclava.

---

[82] Tanto la copia de la carta del rey como de la de Alós se encuentran en AGNA, Biblioteca Nacional, leg. 185, manus. 1638.

[83] Joaquín Alós y Bru fue nombrado el 20 de abril de 1786 y tomó posesión un año y medio más tarde, el 21 de agosto de 1787. Permaneció en él hasta el 7 de abril de 1796.

Alós sabe que no puede obligar al ama a vender su esclava, pero reflexiona que no es justo para el pueblo quedarse sin un artesano, y para el rey, sin sus tributos. El gobernador está consciente de que el cómplice más directo de esta situación es el sacerdote. Le comenta al rey que si bien se hicieron todos los pedidos al obispo para que esto no ocurriera, la realidad le demostraba que se estaba lejos de haberse superado esto.

Pero no se trata sólo del tributo no cobrado, sino que tampoco le parece que se hayan de casar los indígenas con mulatas o negras libres y que vayan a vivir éstas a los pueblos de indios porque de esta manera "se irán llenando los Pueblos de estas castas que por tan viciosas y entregadas a estos desórdenes, ha privado sabiamente Vuestra Majestad en las leyes de estos reinos [...]". Permitir esto "sería dar lugar a las deserciones, porque la mulata o negra, y al contrario, como familiarizadas y entregadas a una vida holgazana han de huir de la sujeción en que viven los naturales del Pueblo".

Obviamente varios puntos están en juego, pero lo que fundamentalmente resalta es el deseo de los indios de escaparse justamente de esta "sujeción". Lo importante es resaltar que para ellos era posible establecerse en los alrededores, amparados por algún campesino, y trabajar un pedazo de tierra, que si bien no era de su propiedad, sí lo era el fruto de su trabajo. Sin embargo, las quejas aumentan y se agregan razones.

> No es menos el perjuicio que sufren los Pueblos por razón de dicha deserción, porque a más de que se agota la populación, se atrasa del mismo modo el aumento por la falta que hay de hombres para casar las muchas indias solteras que las hay siempre en

> mayor número, y de aquí proviene que se entreguen al comercio con los indios casados, o con los españoles circunvecinos, después de lo cual, cuando llegan a tener prole, tratan de acreditar con información ser habida de español para que se declare por libre del tributo, y como no faltan testigos para todo regularmente, éste es el recurso ordinario con que incomodan al gobierno.

Y ahora el cuadro se completa. No sólo los indios se van y se juntan o casan con mulatas o negras, libres o esclavas, sino que las indias que quedan en los pueblos se relacionan sexualmente con campesinos "españoles" de los alrededores por lo que sus hijos ya no pertenecen al pueblo, sino al mundo español, por más que se críen con sus madres dentro del pueblo de indios.

Es decir, estamos en presencia por un lado de las distintas estrategias utilizadas por la población india para escaparse, ellos o su descendencia, de los avatares tributarios; por otro, de la población "española" para hacerse de mano de obra, y fundamentalmente queda en evidencia una sociedad en donde las fronteras entre español-indio-negro no eran muy estrictas.

Si antes pudimos ver a través de los datos demográficos el traspaso que experimentó la población después de la expulsión de los jesuitas, ahora podemos comprobar esa realidad con datos concretos del día a día.[84]

Si Alós le escribe al rey, no es por una cuestión de formalidades, sino porque ya no sabe qué hacer, no encuentra el remedio adecuado, y más se preocupa porque esta situa-

---

[84] En WILDE, *Religión y poder*, se presenta esta realidad postexpulsión haciendo hincapié en la política de homogeneización de la corona española.

ción, indica el gobernador, está "particularmente siendo casi general". La situación se le escapaba de las manos y nadie podía hacer nada para cambiarla.

Si bien estas complicidades pueden verse como un mero interés económico por parte de los de afuera, lo que también queda de manifiesto es que en la sociedad circundante no "desentona" un indígena. Esto no sólo se da porque los colores de piel no se diferencian, sino sobre todo porque todos comparten el mismo universo cultural, signado por el uso del guaraní, la situación de pobreza en que se ven envueltos, y el mismo laboreo de la tierra a que dicha pobreza obliga. A esto hay que agregar que la familia se aglutina alrededor de la mujer, quien no se ve en la necesidad de casarse para salvar su honor o legitimar a sus hijos.[85]

En otras palabras, para un indígena que abandona su pueblo, sea éste jesuita, franciscano o secular, insertarse dentro del campesinado que pulula en la región no implica gran cambio. Seguirá viviendo en el mismo tipo de casa, trabajando la tierra de la misma manera y viviendo de ella, y fundamentalmente hablando la misma lengua, pero considerado ya como español.

El proceso de independencia no significó un cambio sustancial para los indígenas y afrodescendientes. La legislación española siguió en vigor hasta la guerra, los pueblos de indios, con sus concomitantes discriminaciones, existieron hasta 1848 cuando por un decreto Carlos Antonio López ciudadanizó a la población indígena,[86] y la esclavitud

[85] Véase POTTHAST, *¿"Paraíso de Mahoma"?*

[86] WHIGHAM, "Paraguay's Pueblos de Indios". Véase un comentario al caso mexicano en SÁNCHEZ-GUILLERMO, "Nacionalismo".

fue extinguida, primero mediante un decreto del Gobierno Provisorio el 2 de octubre de 1869 y luego por la constitución del año siguiente.[87]

Antes de la extinción de los pueblos de indios nos encontramos con un caso similar al ocurrido con el gobernador Alós, pero con resultados diversos. El 19 de septiembre de 1842, el cura interino del pueblo de Yuty, José Eusebio Escobar, había casado "al indio Juan Antonio Mbarayú, hijo legítimo del indio Norberto Mbarayú y la india Manuela Camá con la esclava María Magdalena Chaparro, viuda del esclavo Felipe Castelvi".[88] Los cónsules gobernantes del Paraguay, Carlos Antonio López y Mariano Roque Alonso, en diciembre de 1843 se enteran de que el indígena no era libre sino que pertenecía al pueblo de San Cosme, por lo que deciden iniciar un juicio eclesiástico para anular dicho matrimonio y de hecho ponen preso al amo de la esclava, José Mariano Aquino, por contravenir el reglamento de policía del 27 de junio de 1842 que en su artículo 23 ordenaba que quien "abrigase en su casa [...] indios de pueblos [...] sufrirá la multa de 50 pesos y, en su defecto, dos años de grillete en trabajos públicos".

Podemos ver el recorrido del indio Juan Antonio a través de su testimonio. Él se considera libre de comunidad, no sólo de la de San Cosme sino también de cualquier otro pueblo de la gobernación del Paraguay, ya que había sido traído por sus padres cuando él era aún niño del pueblo de San Luis al de Corpus donde se crió y aprendió las

---

[87] El porcentaje de población esclava se mantuvo estable en el último siglo, 4.1% en 1782 y 3.8% en 1846.,

[88] AAA, *Impedimentos matrimoniales*, 1843, ff. 11-22.

primeras letras, pero que por las "revueltas de los artigueños" pasó con sus padres al pueblo de Trinidad por un par de años, y luego, dice Juan Antonio, "nos internamos por varias partes de esta República".

Podemos ver también la misma estrategia utilizada por los indígenas de Yaguarón: abandonar su propio pueblo para terminar mezclándose con el resto de la población. Nuestro protagonista también termina casándose con una esclava, cuyo amo sale de testigo del casamiento. En esta ocasión la autoridad civil no se mostró sólo compungida sino que articuló los mecanismos necesarios para revertir la situación.

El caso, como el mismo censo de 1846, pone de manifiesto también que los indígenas de los pueblos seguían aplicando las mismas estrategias contra la discriminación. Serán tenidos luego como paraguayos, blancos de linaje.[89]

Ildefonso Bermejo, uno de los extranjeros traídos por Francisco Solano López a mediados del siglo XIX, dejó una narración rica en detalles sobre la vida social del Paraguay de esos años. Al arribar al puerto de Asunción, en 1853, nos cuenta que salió a recibirlos "un paraguayo de color algo más que trigueño". Incluso, cuando se refiere al congreso nacional reunido en 1857 para reelegir al presidente Carlos Antonio López, nos comenta que entre los miembros del congreso no vio ningún negro pero "sí noté que había gran número de mulatos".[90] De más está decir que sólo Berme-

[89] En el Archivo de la Arquidiócesis existen numerosos legajos en la sección de impedimentos matrimoniales en donde se acusa de desigualdad de sangre, pero siempre se termina demostrando la pureza del linaje.
[90] BERMEJO, *Episodios*, pp. 5 y 167. Esto es aún más llamativo si tenemos en cuenta que para elegir y ser elegido había que ser propietario.

jo veía mulatos, el resto de la sociedad, y los mismos parlamentarios, veían sólo paraguayos.

Durante la guerra contra la triple alianza, 1864-1870, el Paraguay se verá en la necesidad de definirse frente a los otros, a los aliados. Esto se realiza fundamentalmente a través de los periódicos de trincheras que se van creando a medida que la guerra avanza.[91] El enemigo central y centro de todos los desprecios será el ejército brasileño, sus jefes y autoridades. Como estaba formado fundamentalmente por esclavos, todo el racismo contra el afrodescendiente se esparce en las páginas de estos periódicos (*kamba* en guaraní), sumado a esto la zoomorfización de los mismos como macacos, y el emperador como gorila (*karaja*), y su feminización. Los opuestos quedaban claros: esclavocracia / república; negros / blancos; monos / leones; mujeres / varones. Los otros aliados también eran atacados, siempre como sometidos a los brasileños y generalmente se hacía la distinción entre los generales Mitre (de Argentina) y Flores (de Uruguay) y la población de esos países.

Estos periódicos estaban pensados principalmente para levantar la moral tanto del ejército como de los habitantes

[91] Existía ya el *Semanario de avisos conocimientos útiles* desde 1853, pero durante la guerra aparecerán *El Centinela,* editado en Asunción desde el 25 de abril de 1867 hasta el 19 de diciembre de 1867; *Cabichuí,* bilingüe, editado en Paso Pucú, desde el 13 de mayo de 1867 hasta el 20 de agosto de 1868; *Cacique Lambaré,* en guaraní, editado en Asunción y en Luque desde el 24 de julio de 1867 hasta el 27 de febrero de 1868; *La Estrella,* editada en Piribebuy desde el 24 de febrero de 1869 hasta el 5 de julio de 1869. Para un análisis de estos periódicos de trinchera véanse los trabajos de HUNER, "Cantando la república", "*Toikove Ñane Retã!;* CAPDEVILA, "O gênero da nação"; CABALLERO CAMPOS y FERREIRA SEGOVIA, "El periodismo de guerra".

de los pueblos que no estaban aún en el frente, y estaban escritos para ser leídos en grupo, o para que uno le leyera al resto de los compañeros. Los textos eran acompañados de grabados que reforzaban las ideas. Si en pocos lugares se refieren a los paraguayos como un pueblo de personas blancas, esto sí queda claro en las imágenes. En *El Centinela* del 5 de septiembre de 1867 (núm. 20) se ve un grabado que ocupa toda una página representando el momento en que las mujeres le ofrendan al mariscal López todas sus joyas y alhajas. La escena es en un salón, López y sus altos mandos esperan al fondo y 29 mujeres separadas en dos filas hacen el cortejo a dos varones que portan en una bandeja el libro en donde consta la donación realizada por cada una de ellas. Todas las personas representadas, varones y mujeres, son de piel blanca, muy blanca.

Por el contrario, cuando el 13 de julio (núm. 8) representa a la emperatriz dándole órdenes a un batallón de soldados brasileños vestidos con meriñaques, imagen que ocupa también toda una página, todos son de piel negra.[92] Si a esta imagen le sumamos a uno de los oficiales del ejército leyendo el artículo que le corresponde al resto de la tropa, podemos imaginar el espectáculo de burla al escuchar las palabras de la emperatriz Tereza Cristina María dirigidas a su ejército:

> Al tiempo de embarcarse dicen que asumiéndose majestad macacuna habló en estos términos a los rabilargos. Brasileros: vais a conquistar un nombre sobre las aguas del Paraná. Los

[92] Al pie de la imagen se lee: "¡Arriba polleras y abajo calzones!- Muera la alianza de los coju... dos-uno-dos- Y desde hoy la auriverde está en mano de la emperatriz del Brasil". En el artículo correspondiente.

ejércitos de hombres han probado mal con los paraguayos. Por eso os mando de meriñaques pues si las armas no pueden conquistar a estos leones, los alicientes de la belleza y los golpes del crinoleo, desarmarán la indómita bravura de esas gentes... Los macacos contestaron: ¡arriba polleras y abajo calzones!

Lo llamativo de esta asunción como pueblo blanco es constatar no sólo que el porcentaje de la población esclava rondaba 4% (dejando de lado los mulatos libres, reconocidos como tales) sino que dentro del ejército de López existía un batallón denominado nambi'i (oreja chica, en guaraní) que estaba conformado exclusivamente por afrodescendientes.

Sin embargo, hay dos ítems a los que estos periódicos de trinchera obligan a prestarles atención para nuestro tema. En primer lugar el uso del guaraní. Uno de los periódicos, el *Cacique Lambaré*, estaba escrito exclusivamente en guaraní mientras que *Cabichui* era bilingüe. Los otros dos estaban escritos en castellano con algunos escritos sueltos en guaraní, como coplas y poesías.[93] Como dijimos antes, en Paraguay se hablaba casi exclusivamente en guaraní y de hecho el obispo Basilio López, a mediados del siglo XIX, les encomendaba a sus curas párrocos que hicieran su prédica en esa lengua. En primer lugar entonces hay que comprender un uso instrumental de la lengua, para que la tropa pudiera entender. Sin embargo, es innegable la consecuencia que tuvo de revalorización de la misma y de formar parte san-

[93] "*Tapehóque cambia / Mbaépa pe haharo / hetaitéma pendojopi / Cabichui, cába ñaro*". Váyanse negritos / qué están esperando / mucho ya les picó / la avispa brava, cabichui (traducción del autor; se respetó la ortografía y escritura guaraní original), *El Centinela*, 10 (27 jun. 1867). Es una estrofa de la poesía titulada "Poesía Nacional". Cabichui era el nombre de una avispa y también el nombre del otro periódico de trinchera.

cionada de la identidad nacional. Sin embargo, Mike Huner señala que para los redactores de los periódicos su finalidad no era crear identidad lingüística sino más bien comunicar en una lengua comprensible su discurso patriótico.[94]

En segundo lugar, nos encontramos con uno de esos periódicos de trinchera que lleva el nombre de *Cacique Lambaré.*[95] El nombre no es accidental, Lambaré fue uno de los caciques que enfrentó a Ayolas cuando éste iniciaba la conquista de sus tierras y con el que hizo las paces. Es ésta la tradición que se recupera en el periódico. Cacique Lambaré aparece hablando y dice:

> Cuando vinieron los señores de España, yo luché contra ellos hasta que pude, defendiendo nuestra tierra, luego me hice amigo de ellos [...] y luego de ver cómo nuestra sangre se mezclaba con la de los españoles, subí al cielo, y desde ahí no me canso de mirar [cuidar] por mi gran descendencia que ya era cristiana.[96]

---

[94] HUNER, "Cantando la República". Véase LUSTIG, "*Chácore purahéi*", p. 363, en donde recalca que los textos en guaraní de estos periódicos, en especial las poesías, eran "instrumentos de propaganda que se dirigían al pueblo y los soldados, que sólo hablaban guaraní". Véase también LUSTIG, "¿El guaraní?", en donde le atribuye al uso de la lengua la "función tirteica", haciendo alusión a Tirteo, incitando al fervor bélico.

[95] Este quincenario salió publicado enteramente en guaraní en la imprenta del Estado y estaba a cargo del sacerdote Francisco Solano Espinosa, quien falleciera en Cerro Cora junto al mariscal López. Aparecieron 12 números impresos en Asunción y el 13 y último en Luque, siguiendo al ejército. A partir del número 11 se imprimía en papel de caraguata. Desde el número 4 el título quedó sólo en *Lambaré.*

[96] *Cacique Lambaré* (24 jul. 1867), traducción del autor. Cristiano/a en guaraní se suele decir *karai* que a la vez significa señor, y fue el nombre que se les dio a los conquistadores españoles; bautizar, hacer cristiano, en guaraní, se dice *(a)mongarai*, que literalmente significaría "hacer señor".

Al ver a su gente sufrir sale de su sepultura para ayudar a su descendencia.[97] El día para salir tampoco es inocente, lo hace el 24 de julio, cumpleaños de Francisco Solano López; es más, exactamente salió esta fecha para saludarlo y decirle: "Toicobe ñande Reta! Toicobe ñande Rubicha guazú! Tomano Peru Brasil! Tomano los cambai ha hembiguaicuera!" (¡Que viva nuestra Patria! ¡Que viva nuestro gran Líder! ¡Que muera Pedro Brasil! ¡Que mueran los negritos y sus servidores!).[98]

Habrá que esperar a Manuel Domínguez para que se retome este mismo tema, y de igual manera. No tanto para rescatar el pasado/presente indígena, sino para recuperar ese atributo de bravura.

RECAPITULACIÓN

En 1911 el Paraguay se prepara a celebrar el Centenario envuelto en una anarquía, en un sistema liberal que tarda en cuajar después de finalizados los cinco años de guerra contra la triple alianza en 1870. El *Álbum gráfico* que se edita para la ocasión se piensa como carta de presentación de una sociedad que quiere demostrar al mundo y a sí misma todo su potencial. Los encargados de su edición son descendientes de la familia López, gobernante desde 1844 hasta 1870, e imprimirán también su propia comprensión de la historia pasada. Juan O'Leary, el intelectual victorioso de la disputa contra su ex maestro Cecilio Báez, será el encargado de transmitir la historia de la guerra, que luego se convertirá

[97] LUSTIG, "¿El guaraní?", señala que esta evocación de la raza guaraní como raza de guerreros se daba también en el periódico *El Centinela*.
[98] *Cacique Lambaré* (24 jul. 1867), traducción del autor.

en oficial. Arsenio López Decoud retomará lo formulado por el nuevo maestro de la juventud, Manuel Domínguez, y proporcionará una imagen del paraguayo como perteneciente a una "raza blanca sui-géneris", descendiente de la mejor gente española a la cual se le agregó el valiente guaraní.[99] Un mestizaje que engendró una raza superior al resto de las del continente.

Con una historia y una identidad consolidada, se añadirán nuevos aportes que fortalecerán esta concepción. Moisés Bertoni, científico suizo, presentará al pueblo guaraní más que como una raza, como una civilización con logros comparables a cualquier otra civilización importante de la historia. Si bien Domínguez no levanta la bandera de Bertoni sí lo hará más adelante Natalicio González, no con la intención de demostrar que la paraguaya era una raza superior, sino para certificar que la cruza entre el guaraní y el español, sea laico o religioso, generó una unidad tal que impelía un tipo determinado de Estado, fuerte y personal, como el de Francia, como el de los López, como no lo era el iniciado a partir de 1870.

La creación de la nación mestiza tuvo usos disímiles en los tiempos de la celebración del centenario. Poco importaba la historia,[100] lo que sí era primordial era darse a sí mismos una identidad que les permitiera mirar el futuro con esperanza.

---

[99] "La reconstruction de l'identité paraguayenne au début du 20e siècle, fut fondée sur un imaginaire de la race guerrière et du métissage", en CAPDEVILA, *Une guerre totale*, p. 195.

[100] "El olvido, y yo diría, el error histórico, son factores esenciales en la creación de una nación, y por ello el progreso de los estudios históricos es con frecuencia peligroso para la nacionalidad", dice Renan en su célebre conferencia en la Sorbona, *¿Qué es una nación?*

SIGLAS Y REFERENCIAS

AAA Archivo de la Arquidiócesis de Asunción, Paraguay.

AGNA Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Argentina.

ACREE Jr., William G. y Juan Carlos GONZÁLEZ ESPITIA

Building Nineteenth-Century Latin America. Re-Rooted Cultures, Identities, and Nations, Nashville, Vanderbilt University Press, 2009.

ASHWELL, Washington

"Domingo Martínez de Irala, fundador de la nacionalidad paraguaya", en *Historia Paraguaya*, XLVI (2006), pp. 17-63.

AZARA, Félix de

Descripción e historia del Paraguay y el Río de la Plata, Madrid, Imprenta de Sanchiz, 1847, vol. 1.

BÁEZ, Cecilio

Cuadros históricos y descriptivos, Asunción, Kraus, 1906.

Resumen de la historia del Paraguay desde la época de la conquista hasta el año 1880, Asunción, Kraus, 1910.

Historia colonial del Paraguay y Río de la Plata, Carlos Schauman editor, 1991.

BÁEZ, Cecilio y Juan E. O'LEARY

Polémica sobre la historia del Paraguay, Asunción, Tiempo de Historia, 2008.

BARATTI, Danilo

"Moisés Santiago Bertoni y la generación nacionalista-indigenista paraguaya", en *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes*, 66-67 (2002-2003), pp. 41-47.

BAREIRO SAGUIER, Rubén

De nuestras lenguas y otros discursos, Asunción, Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica, 1990.

BERMEJO, Ildefonso

Episodios de la vida privada, política y social de la República del Paraguay, Asunción, Quell y Carrón, 1913.

BERTONI, Moisés

Resumen de prehistoria y protohistoria de los países guaraníes, Asunción, Establecimiento Gráfico M. Brossa, 1914.

La civilización guaraní, Parte I: *Etnología,* Puerto Bertoni, Ex Sylvis, 1922.

BERTRAND, Michel

"Sobre los fundamentos de la identidad nacional mexicana contemporánea: los debates en torno al mestizaje", en *Anuario IHES,* 20 (2005), pp. 27-42.

BOIDIN, Capucine

"Guerre et Métissage au Paraguay: deux compagnies rurales de San Ignacio Guasu (2001-1767)", tesis de doctorado, París, Université Paris X Nanterre, 2004.

BREZZO, Liliana

"El retorno de la nación: la nueva bibliografía latinoamericana", en *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad,* XIII: 25-26 (2003), pp. 177-194.

"La historiografía paraguaya: del aislamiento a la superación de la mediterraneidad", en *Diálogos,* 7 (2003), pp. 157-175.

"El Centenario en Paraguay: historiografía y responsabilidades nacionalistas (1897-1912)", en *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Profesor Carlos S.A. Segreti",* 4 (2004), pp. 57-74.

"La historia en Paraguay: entre la sinceridad y las responsabilidades nacionalistas", en BREZZO (ed.), 2005, pp. 187-231.

Aislamiento, nación e historia en el Río de la Plata: Argentina y Paraguay. Siglos XVIII-XX, Rosario, Universidad Católica Argentina, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Rosario, 2005.

"En el mundo de Ariadna y Penélope: hilos, tejidos y urdimbre del nacimiento de la historia en el Paraguay", en BÁEZ y O'LEARY, 2008, pp. 11-63.

CABALLERO CAMPOS, Hérib y Cayetano FERREIRA SEGOVIA

"El periodismo de guerra en el Paraguay: 1864-1870", en RICHARD, CAPDEVILA y BORDIN, 2007, pp. 487-500.

CAPDEVILA, Luc

"O gênero da nação nas gravuras da imprensa de guerra paraguaia: *Cabichui* e *El Centinela*, 1867-1868", en *ArtCultura*, 9:14 (2007), pp. 9-21.

Une guerre totale. Paraguay, 1864-1870. Essai D'Histoire du temps présent, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2007.

"El macizo de la Guerra de la Triple Alianza como substrato de la identidad paraguaya", en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], 2008, puesto en línea el 20 de enero de 2009, http://nuevomundo.revues.org/index48902.html.

CARDOZO, Efraím

El Paraguay colonial, las raíces de la nacionalidad, Asunción, Buenos Aires, Ediciones Niza, 1959.

DÁVALOS, Juan Santiago y Lorenzo LIVIERES BANKS

"El problema de la historia del Paraguay", en *Revista Paraguaya de Sociología*, 4:8-9 (1967), pp. 108-115.

DEMERSAY, Alfred

Histoire physique, économique et politique du Paraguay et des établissements des Jésuites, París, Hachette, 1864.

DOMÍNGUEZ, Manuel

El alma de la raza, Asunción, Servilibro, 2009.

El Paraguay. Sus grandezas y sus glorias, Buenos Aires, Ayacucho, 1946.

Estudios históricos y literarios, Asunción, Emede, 1957.

GARAVAGLIA, Juan Carlos

Mercado interno y economía colonial, México, Grijalbo, 1983.

"Campesinos y soldados: dos siglos en la historia rural del Paraguay", en *Economía, sociedad y regiones* (1987), pp. 193-260 (original italiano de 1980).

Economía, sociedad y regiones, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1987.

GARAY, Blas

Breve resumen de la historia del Paraguay, Madrid, Viuda e Hijos de Tello, 1897.

Tres ensayos sobre historia del Paraguay, Asunción, Guarania, 1942.

GONZÁLEZ, Natalicio

El Paraguay eterno, Asunción, Guarania, 1935.

HUNER, Michael Kenneth

"Cantando la República: la movilización escrita del lenguaje popular en las trincheras del Paraguay, 1867-1868", en *Páginas de guarda: revista de lenguaje, edición y cultura escrita*, 4 (2007), pp. 115-135.

"*Toikove Ñane Retã!* Republican Nationalism at the Battlefield Crossings of Print and Speech in Wartime Paraguay, 1867-1868", en ACREE y GONZÁLEZ ESPITIA, 2009, pp. 113-133.

IRALA BURGOS, Adriano

"La epistemología de la historia en el Paraguay", en *Estudios Paraguayos*, III:2 (1975), pp. 139-145.

KAHLE, Günter

Orígenes y fundamentos de la conciencia nacional paraguaya, Asunción, Instituto Cultural Paraguayo-Alemán, 2005 (original alemán de 1962).

KONETZKE, Richard

"La emigración española al Río de la Plata durante el siglo XVI", en *Miscelanea Americanista*, III (1952), pp. 297-353.

KRÜGGELER, Thomas y Ulrich MÜCKE (eds.)

Muchas hispanoaméricas. Antropología, historia y enfoques culturales en los estudios latinoamericanos, Madrid, Frankfurt, Iberoamericana, Vervuert, 2001.

LANGER, Erik y Robert H. JACKSON (eds.)

The New Latin American Mission History, Lincoln, University of Nebraska Press, 1995.

LÓPEZ DECOUD, Arsenio (ed.)

Álbum gráfico de la República del Paraguay, 1811-1911, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos, 1911.

LUSTIG, Wolf

"*Chácore purahéi* — canciones de guerra. Literatura popular en guaraní e identidad nacional en el Paraguay", en POTTHAST, KOHUT, KOHLHEPP (eds.), 1999, pp. 363-379.

"¿El guaraní lengua de guerreros?" La 'raza guaraní' y el *avañe'e* en el discurso bélico-nacionalista del Paraguay", en RICHARD, CAPDEVILA y BORDIN, 2007, pp. 525-540.

MAÍZ, Fidel

Pequeña geografía (para los niños de la escuela de Arroyos y Esteros), Asunción, edición del autor, 1890.

MOREIRA, Luiz Felipe Viel

"Uma busca incessante da identidade nacional: A intelectualidade paraguaia na primeira metade do século XX", en *Silabario*, 9 (2006), pp. 167-192.

ORUÉ POZZO, Aníbal

Periodismo y nación. Paraguay a inicios del siglo XX, Asunción, Arandura, 2008.

PANE, Ignacio Alberto

"Prólogo", en BERTONI, *Prehistoria y protohistoria*, 1914, pp. I-XIV.

POTTHAST-JUTKEIT, Barbara

¿"Paraíso de Mahoma" o "País de las mujeres"?, Asunción, Instituto Cultural Paraguayo Alemán, 1996.

"El mestizaje del Paraguay como identidad nacional y mito nacionalista", en POTTHAST, KOHUT, KOHLHEPP (eds.), 1999, pp. 346-362.

"Ni indio, ni español. La identidad ambigua de la élite colonial paraguaya", en KRÜGGELER y MÜCKE (eds.), 2001, pp. 131-150.

POTTHAST, Barbara, Karl KOHUT, Gerd KOHLHEPP (eds.)

El espacio interior de América del Sur. Geografía, historia, política, cultura, Frankfurt, Madrid, Vervuert, Iberoamericana, 1999.

QUIJADA, Mónica

"El paradigma de la homogeneidad", en QUIJADA, BERNARD y SCHNEIDER, 2000, pp. 15-55.

QUIJADA, Mónica, Carmen BERNARD y Arnd SCHNEIDER

Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.

RECLUS, Eliseo

Paraguay. Capítulos entresacados de la Nueva geografía Universal, traducción de Ramón de Olascoaga, Asunción, Uribe, 1896.

RICHARD, Nicolas, Luc CAPDEVILA y Capucine BOIDIN (eds.)

*Les guerres du Paraguay aux XIX*e *et XX*e *siècles*, París, Colibris, 2007.

RODRÍGUEZ ALCALÁ, Guido

"Images de la guerre et du système", en RICHARD, CAPDEVILA y BOIDIN, 2007, pp. 193-203.

RIVAROLA, Milda

"Filosofías, pedagogías y percepción colectiva de la historia en el Paraguay", en *Historia paraguaya*, XXXVI (1996), pp. 41-78.

SÁNCHEZ-GUILLERMO, Evelyn

"Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados", en *Nuevos Mundos Mundos nuevos* [en línea] puesto en línea el 30 de enero de 2007, http://nuevomundo.revues.org/index3528.html

SUSNIK, Branislava

Una visión socio-antropológica del Paraguay del siglo XVIII, Asunción, Museo Etnográfico Andrés Barbero, 1990/1991.

Una visión socio-antropológica del Paraguay del siglo XIX, Asunción, Museo Etnográfico Andrés Barbero, 1992.

Una visión socio-antropológica del Paraguay. XVI-½ XVII, Asunción, Museo Etnográfico Andrés Barbero, 1993.

TELESCA, Ignacio

"La población parda en Asunción a fines de la colonia", en *Estudios Paraguayos*, XXII-XXIII:1-2 (2005), pp. 29-50.

"Reflexiones acerca de la identidad del Paraguay en los albores de la independencia", en *Historia Paraguaya*, XLVIII (2008), pp. 295-332.

Tras los expulsos. Cambios demográficos y territoriales en el Paraguay después de la expulsión de los jesuitas, Asunción, Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica, 2009.

WARREN, Harris Gaylord

Paraguay and the Triple Alliance: The Postwar Decade, 1869-1878, Austin, Institute of Latin American Studies, University of Texas at Austin, 1978.

WHIGHAM, Thomas

"Paraguay's pueblos de indios: Echoes of a Missionary Past", en LANGER y JACKSON, 1995, pp. 157-188.

→ WHIGHAM, Thomas L. y Barbara POTTHAST

"The Paraguayan Rosetta Stone: New Insights into the Demographics of the Paraguayan War, 1864-1870", en *Latin American Research Review* 34:1 (1999), pp. 174-186.

WILDE, Guillermo

Religión y poder en las misiones de guaraníes, Buenos Aires, SB ediciones, 2009.

WILLIAMS, John Hoyt

"Race, threat and geography The Paraguayan experience of nationalism", en *Canadian Review of Studies in Nationalism*, 1:2 (1973-1974), pp. 173-190.

ZERMEÑO, Guillermo

"Mestizaje: arqueología de un arquetipo de la mexicanidad", en *Anuario IEHS*, 20 (2005), pp. 43-62.

"REPARAR LA NACIÓN" DISCURSOS HISTÓRICOS Y RESPONSABILIDADES NACIONALISTAS EN PARAGUAY

Liliana M. Brezzo
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas — CONICET/IDEHESI
Pontificia Universidad Católica Argentina — (PUCA)

INTRODUCCIÓN

¿Qué había sido, qué era y qué debía ser el Paraguay? ¿Cómo y cuándo se construyó? ¿Fue el *aislamiento*, entendido en sus diversos sentidos geográfico, homogeneidad étnica, unidad lingüística, precariedad de las relaciones con la capital virreinal— suficiente para explicar el proceso de la independencia y la emergencia nacional? Las visiones del pasado y las empresas de erudición histórica[1] producidas en Paraguay a comienzos del siglo XX se concentraron en ensayar respuestas a esos y a otros interrogantes cruciales urgidos por una sociedad atravesada por las tre-

[1] Nos referimos a una serie de iniciativas editoriales —revistas, anuarios, álbumes— y otros instrumentos de difusión de la historia como concursos y asociaciones que constituyeron iniciativas de erudición histórica, casi ninguna con pretensiones científicas pero de importancia para analizar diversas formas de construir el discurso histórico.

mendas secuelas de la guerra contra la Triple Alianza (1864-1870) y cuya reconstrucción aparecía aún lenta y trabajosa.

Las siguientes páginas pretenden resumir los resultados de un análisis de las relaciones entre ese contexto y los discursos históricos producidos en torno al Centenario de la revolución de la independencia paraguaya. Las fechas tomadas como límites se han elegido sobre la base de dos acontecimientos que, a mi juicio, son capitales para estudiar ese momento: como término de partida la edición, en 1897, del texto de Blas Garay, *La independencia del Paraguay*, obra a cuya aparición corresponde el primer impulso por construir una lectura explicativa del proceso de la independencia; como término final la difusión, en 1912, del *Álbum Gráfico de la República del Paraguay: 100 años de vida independiente 1811-1911*, uno de los principales soportes celebraticios y la más tangible expresión de la actividad intelectual de los estudiosos llamados *novecentistas*.

Asimismo, con base en las pruebas disponibles, se exponen las conclusiones de un rastreo sobre las condiciones y las razones que han intervenido para que los discursos históricos construidos en la época del Centenario se mantuvieran —y acaso profundizado— hasta el presente, produciéndose, en el caso de Paraguay, un asincronismo historiográfico respecto a la mayoría de los países latinoamericanos.

UNA "ISLA RODEADA DE TIERRA" Y UNA GUERRA

Quizás convenga hacer referencia, al comienzo de este estudio, a las circunstancias que, según creo, constituyen el marco natural de exploración inicial para tal tipo de cuestiones. Si bien recientes investigaciones han permitido rela-

tivizar su determinante predominio, se está de acuerdo en que su trayectoria ha dependido de su poliédrica realidad "aislacionista".[2] En efecto, la situación geográfica de un país en la periferia extrema de la frontera interior sudamericana, una "isla rodeada de tierra", hace presuponer una amplia separación del resto del mundo occidental; a tal extremo ha llegado esta visión que se ha sostenido que el Paraguay irrumpió en la historia a partir de un fracaso. En efecto, las expediciones organizadas para llegar al oro de Perú, encabezadas por Domingo Martínez de Irala a comienzos del siglo XVI se vieron frustradas porque al llegar allí ya lo había hecho Francisco Pizarro. Fracasada la política minera, un grupo de esos españoles se asentó a orillas del río Paraguay y fundó, en 1537, la ciudad de Asunción que pasó a constituirse en una especie de jardín de aclimatación desde el cual durante todo el resto del siglo se preparó la ocupación definitiva y estable de Buenos Aires, luego de que en 1556 se abandonara el fuerte por la belicosidad de los charrúas. En 1541 Domingo Martínez de Irala creó el Cabildo de Asunción, transformándose el fuerte en ciudad. A finales del siglo XVI Paraguay se había convertido en la "provincia gigante", que abarcaba desde el Atlántico hasta el Chaco y que incluía las ciudades de Asunción, Santa Fe, Buenos Aires y Corrientes, Villa Rica, Ciudad Real y Santiago de Xerez. Pero las minas con que tanto soñaron los españoles a fin de enriquecerse rápidamente no aparecían en el Paraguay por ningún sitio. La solución agrícola que se abría ante sus ojos, la lejanía de una patria que iba quedando en

---

[2] Algunos aspectos en torno a esta cuestión la hemos desarrollado en BREZZO, *Aislamiento*, pp. 8-16.

la bruma día a día y la conciencia de una tierra que había que trabajar duramente para poder sobrevivir contemplaban, al comenzar el siglo XVII, el nacimiento de unos hijos que se sentían mucho más ligados a esa tierra surcada de caudalosos ríos que a la tan alabada España de sus abuelos. En 1618 se consumó la división de la Provincia y los vínculos entre las ciudades de Asunción y de Buenos Aires se modificaron definitivamente. La región de Paraguay quedó geográficamente arrinconada y difícil para el contralor de la lejana corona, el virrey del Perú y la Audiencia de Charcas, instituciones estas últimas a las cuales estuvo subordinada hasta la creación del virreinato del Río de la Plata. En adelante, esa provincia nunca pudo presentarse como una región rica o atrayente y ya no sólo por la ausencia de riquezas mineras sino por su marginación de la principal ruta comercial (Buenos Aires-Lima) y el estrangulamiento de su salida al Atlántico, hechos que configuraron una situación de aislamiento y estancamiento frente a la que no pudo reaccionar. Sin embargo, o por todo eso precisamente, el rápido mestizaje —favorecido porque no hubo ningún contingente migratorio hacia Paraguay desde la segunda mitad del siglo XVI— dio lugar a una rápida suplantación del grupo conquistador blanco por el grupo mestizo y criollo, lo que otorgaría a la provincia una fisonomía particular. En el año 1650, el gobernador Garabito de León resumía en un informe: "el Paraguay es una provincia con personalidad, una sociedad criollo-mestiza completamente asentada y no hay más remedio que aceptarla".[3] A la geografía y al núcleo étni-

[3] Así argumenta en su riguroso abordaje empírico MORA MÉRIDA, *Historia social del Paraguay*, pp. 70-327.

co homogéneo se añadió un tercer elemento que refuerza la realidad aislacionista: la fulminante y persistente victoria del guaraní. Desde mediados del siglo XVI no fue el castellano sino la lengua aborigen la que se hablaba en la intimidad del hogar y en todas las contingencias de la vida de relación, relegando el idioma europeo a la esfera oficial, como medio de contacto con autoridades y forasteros y de comunicación con la metrópoli; por lo tanto, el bilingüismo no sería patrimonio del pueblo entero sino de las clases superiores. Para todos los casos, el guaraní era el idioma en el que los paraguayos expresaban más auténticamente sus sentimientos, ideas, dolores y alegrías, esperanzas aunque algunos gobernadores pretendieron proscribir su uso. A finales del siglo XVIII, Lázaro de Ribera, por ejemplo, consideraba una "fatal desgracia" que la lengua del pueblo conquistado fuera la que "domine y dé la ley al conquistador" y propuso un plan de reeducación del pueblo para arrebatarle la "coraza que mantiene a los nativos intratables y separados de nosotros". Lo infructuoso de sus esfuerzos mostró que los intentos por hispanizar a la provincia en tal sentido parecían haber fracasado definitivamente.[4]

Por todo esto, al comenzar el siglo XIX, el aislamiento paraguayo era una realidad que se veía acentuada, a su vez, por la falta de relaciones con el resto del espacio que comprendía el virreinato del Río de la Plata y que se expre-

[4] El escritor paraguayo Óscar Creydt, en su trabajo precursor, *Formación histórica de la nación paraguaya*, pp. 35-83, ha sostenido la fuerza del idioma guaraní en la formación nacional paraguaya y apunta como causa principal de este predominio a la circunstancia de que los hijos mestizos aprendieron el idioma materno junto con el trabajo que en las chacras hacían sus madres.

saba en varios sentidos: en la debilidad de la relación con la capital virreinal, Buenos Aires, en las dificultades por hacer del sistema de los ríos Paraná-Paraguay una vía de comunicaciones fecundas y en la desarticulación de su propio espacio interior, materializada en tres frentes diferentes que eran la frontera indígena del Chaco, la frontera político social con Brasil y el resultado histórico de la región de Misiones como frontera social y económica.

Todas estas circunstancias contribuyeron no sólo a hacer difíciles las prácticas normales del comercio sino además, inevitablemente, dificultaron el paso de ideas y de bienes. Tras la revolución de la independencia, en 1811, se produjo el ascenso al poder de aquel "singular individuo", el doctor José Gaspar Rodríguez de Francia (1814-1840) quien colocó un "cordón político" en torno al país para protegerlo del "caos del sur" y contribuir aún más a la separación del Paraguay del resto de la región rioplatense.[5]

En razón de este aislamiento —natural y autoimpuesto— el Paraguay era prácticamente un país desconocido entre buena parte de las sociedades vecinas e incitaba la curiosidad de viajeros europeos y de los demás habitantes rioplatenses. Debido al enclaustramiento que en las relaciones exteriores le impusiera José Gaspar Rodríguez de Francia a los diversos campos de la actividad —diplomacia inexistente, desdeñable inversión extranjera, intercambio restringido a ciertas áreas por parte del gobierno— a la escasa literatura que circulara sobre el país y a los pocos habitantes paraguayos que salían de su territorio, el Paraguay suscitaba

---

[5] Véase WIGHAM, "José Falcón y la construcción del estado nacional paraguayo", pp. 9-33.

entre los intelectuales y extranjeros del siglo XIX una figura alegórica que recuerda lo que hoy se conoce como "formaciones asiáticas", dominadas por el despotismo oriental. El aislamiento del mundo exterior, el control de una parte de su producción y explotación de recursos económicos por una parte, y del comercio exterior por otra, ejercida por el Estado; la existencia de un poder centralizado, autoritario y vitalicio en la práctica; la veneración cuasi religiosa de este supremo gobierno por una población masivamente campesina, proporcionaban elementos a estas sumarias definiciones que hacían de Paraguay la "China", el "Japón de América"; su sociedad era vista, asimismo, como sinónimo de barbarie, entendida como algo inferior, cultural o mentalmente, y equivalente a atraso.

Cuando en 1844 Carlos Antonio López asumió la presidencia, tras la dictadura francista, se encontró, además de las condiciones sociales y económicas mencionadas, con la ausencia total de élites políticas e intelectuales. Comprendió, a su vez, que la formación de personal especializado en los distintos órdenes técnicos y culturales no podía realizarse en forma alguna dentro de un país que no contaba con universidad ni con espacios académicos similares. Se planteaba, ante esa situación, la alternativa: o importar la totalidad del elemento humano técnico y docente necesario, o buscar la manera en que elementos paraguayos pudieran adquirir los conocimientos precisos para un desempeño eficaz. La solución elegida fue ecléctica: por una parte, el gobierno paraguayo contrató aproximadamente 100 técnicos —la mayoría ingleses— para organizar aspectos importantes de la estructura industrial como el desarrollo de la fundición de hierro de Ybycuí, el arsenal y el astillero en

Asunción y la construcción del ferrocarril. También favoreció el traslado de europeos dedicados a la enseñanza: en 1853 llegó a Paraguay el profesor francés de matemática Pierre Dupuy quien abrió una escuela privada, Dorotea Duprat, por su parte, instaló el Colegio de Niñas y Luisa Balet fundó el Colegio Francés de Señoritas. En 1855, el español Ildefonso Bermejo fundó la Academia Literaria, la primera escuela normal en el país y el año siguiente abrió el Aula de Filosofía, para alumnos avanzados. Al propio tiempo, en 1844 el Congreso Nacional resolvió autorizar al presidente López a que enviara estudiantes jóvenes para proseguir sus estudios en Europa a costa del Estado, propósito que recién se concretó a partir de 1858 cuando viajó el primer grupo formado por 16 jóvenes seleccionados de diferentes colegios que debían estudiar en Inglaterra y en Francia, Derecho, Química y Farmacia; también en 1863 el nuevo presidente —primogénito del anterior— Francisco Solano López, envió a otros 39 jóvenes con igual propósito. Mas estos impulsos se vieron dramáticamente interrumpidos con el inicio, en 1864, de la guerra contra la Triple Alianza (Argentina, Uruguay, Brasil) —también llamada guerra del Paraguay—, que supuso, como todas las guerras, una ruptura intelectual; significó, sin duda, una interrupción traumática y aunque no existe concordancia en lo que hace a una completa evaluación de sus efectos se coincide en incluir al cataclismo bélico, junto al aislamiento, como el otro condicionante principal en la evolución del proceso cultural paraguayo por las tremendas consecuencias demográficas y el impacto sicológico que supuso la derrota. Reducida a 30% la población de 600 000 habitantes con que contaba el país al comenzar aquella, quedó conforma-

da en su mayoría por niños, ancianos y mujeres; destruidos o tomados como botín los archivos estatales y los particulares, sin que quedaran en pie bibliotecas públicas o privadas y desarticulado completamente el sistema educativo, la obra de reconstrucción fue lenta y trabajosa. En el campo historiográfico, el aislamiento y el tremendo trauma bélico supusieron que, durante la mayor parte del siglo XIX, si bien apareció una cantidad significativa de obras sobre la historia y la geografía del país,[6] casi sin excepción se trató de relatos de viajeros, diplomáticos o escritores extranjeros, de hecho, los datos disponibles indican que desde el texto de Ruy Díaz de Guzmán[7] hasta finales de aquella cen-

---

[6] Persiste una serie de dudas en torno a la autoría y a la divulgación de dos obras que habrían sido producidas en Paraguay en la primera mitad del siglo XIX. La primera se refiere al valioso texto del escritor Mariano Antonio Molas (1787-1844), *Descripción histórica de la antigua provincia del Paraguay*, que habría escrito hacia el año 1840, durante su prolongado encarcelamiento por orden de Francia. Sin embargo, de las inseguridades en torno a las condiciones de producción y a su real autoría y luego de un indeterminado itinerario, el texto se publicó por primera vez en Buenos Aires, en el año 1868. Luego de ésta se han ofrecido sucesivas ediciones, la más reciente está fechada en Asunción, Ediciones Nizza, 1957. Similares interrogantes persisten en torno al verdadero autor de la obra *El Paraguay, lo que fue, lo que es, lo que será*, adjudicada a Juan Andrés Gelly (1790-1856), quien fuera además redactor del primer periódico que se editara en el país, *El Paraguayo Independiente*. En tanto algunos autores ratifican su autoría, otros sostienen que Gelly sólo se limitó a traducir al español el texto que en 1843 diera a conocer el naturalista sueco, residente en Paraguay, Eberhard Munck of Rosenschold, quien escribió sus impresiones en forma de cartas que fueron traducidas al portugués: *O Paraguay, seu passado, presente e futuro por un estrangeiro que residió seis annos naquelle paiz. Obra publicada sob os auspicios da legaçao do Paraguay na Corte do Brasil*, Río de Janeiro, 1848.

[7] Ruy Díaz de Guzmán (1560-1612), nacido en Asunción, nieto de Domingo de Irala y de madre guaraní. En 1612 fechó su *Historia del*

turia, los paraguayos tuvieron una relación de su historia a través de la visión ofrecida por autores extranjeros.[8]

Descubrimiento, Conquista y Población del Río de la Plata. Para un itinerario bio-bibliográfico véase CARDOZO, *Historiografía paraguaya*, pp. 185-188.

[8] Las doce obras principales divulgadas sobre Paraguay entre 1810 y 1870 fueron: las de John and Williams Parish, *Letters on Paraguay comprising an account of the Dictador Francia (1938)*, la de los médicos suizos Juan Rengger y Marcelino Longchamps, *The Reign of Dr. Joseph Gaspar Roderick de Francia in Paraguay* (Londres, 1827). Dos años antes el poeta e historiador Robert Southey publicó *A Tale of Paraguay* (Londres, 1825). Durante el gobierno de Carlos Antonio López aparecieron obras que correspondieron a autores que cumplieron funciones oficiales representando a sus respectivos gobiernos: la del naturalista sueco Eberhard Munck of Rosenschold, *O Paraguay, seu passado, presente e futuro por un estrangeiro que residio seis annos naquelle paiz. Obra publicada sob os auspicios da legaçao do Paraguay na Corte do Brasil* (Río de Janeiro, 1848); también se divulgaron las cartas que el capitán de fragata Augusto Leverger, en calidad de cónsul general y encargado de negocios del gobierno del Brasil dirigiera al presidente de Matto Grosso. Otro viaje de la época fue el que cumplió Joseph Graham, cónsul de Estados Unidos en la Confederación Argentina, después de la apertura de relaciones entre su país y el Paraguay, en 1846. Luego de 50 años, el inglés Charles B. Mansfield fue el primer científico que llegó al Paraguay, en 1852. Diez meses después publicó *Paraguay, Brazil and the Plate, Letters written in with a sketch of the author's life by the Rev. Charles Kingsley.* El capitán Thomas Page, que reconoció y exploró el territorio paraguayo hasta el río Apa, recogería su testimonio en *Le Paraguay et les Républiques de la Plata* (París, 1851). En la misma década, el estadounidense Edward Hopkins publicó en Nueva York, *Historico-Political Memorial upon the Region of the Río de la Plata and Coterminous Countries* (1858). A mediados del siglo XIX aparecieron también tres obras que merecen destacarse y agrupadas por su temática, presentación y objetivos: Alfredo Demersay, que había visitado el Paraguay en la época de Francia, comenzó a publicar su *Histoire physique, économique et politique du Paraguay* a partir de 1851, elaborada con los apuntes y notas que Bonpland proporcionó a Demersay.

A estos condicionantes, el contexto posbélico intervino para configurar una fisonomía peculiar a la práctica de la historia en Paraguay y al clima que rodeó las celebraciones del Centenario.

POBREZA Y "ANIVERSARIO MÓVIL"

En el periodo de entre siglos, con una población total de 600 000 habitantes, el proyecto de organización que se intentó implementar en Paraguay desde la finalización de la guerra, en 1870, daba muestras de estar agotado. Como es conocido, este plan había descansado en la interacción multiplicativa de factores exógenos de crecimiento: inmigración y capitales externos, tanto en forma de empréstitos como en forma de inversiones directas modernizantes de la estructura económica. La incorporación de brazos europeos habría de ayudar al repoblamiento del país y haría crecer en forma geométrica la producción agrícola de rubros exportables al mercado mundial. Al mismo tiempo, este flujo inmigratorio forzaría mayor rendimiento de la fuerza de trabajo nativa, cuya supuesta "inferioridad productiva" era un tema de constante recurrencia en los argumentos de los políticos nacionales y de los inversores extranjeros. Mas las bases esenciales de ese ambicioso proyecto de reconstrucción empezaron a quebrarse ya en la década del setenta. El espec-

---

Con igual propósito, el coronel belga Alfred Du Graty, quien visitara el país publicó *Le République du Paraguay* (1862) y pocos años después apareció la obra de Benjamín Poucel, *Le Paraguay moderne et l'intérêt genéral du comerse fondé sur les lois de la géographie et sur les enseignments de l'histoire, de la statistique et d'une saine économique politique avec une carte du Paraguay nouvellment publiée* (1867).

tacular negocio de las emisiones de bonos paraguayos en 1871-1872, renegociados con poco éxito en 1875, cerraría el acceso a los mercados de capitales por varias décadas y tuvieron escasos efectos visibles en las finanzas del Estado paraguayo. No menos estrepitosos fueron los primeros intentos de inmigración europea, con la colonia alemana de 1870 y las colonias británicas de 1873-1874. Su fracaso contribuyó además a esparcir una leyenda sobre la inadecuación de Paraguay como receptor de inmigrantes europeos que habría de seguir deteniendo a futuros colonos y potenciales pequeños inversores hasta bien entrado el siglo XX. La agricultura habría de languidecer durante décadas con un total de superficie cultivada bien por debajo del nivel alcanzado en la preguerra. Por ejemplo, en 1894 la superficie cultivada alcanzaba a 100 000 ha, lo que era un nivel bajísimo comparado con las 200 000 ha cultivadas en 1863.

Dentro del proyecto diseñado, el Estado habría podido pagar los préstamos extranjeros gracias a los ingresos fiscales a ser derivados del nuevo flujo productivo que inmigrantes e inversores extranjeros producirían. Pero la principal actividad económica recayó prontamente sobre las bases tradicionales de la economía paraguaya durante los últimos dos siglos: hierba mate y tabaco, y la principal —o única— fuente de ingresos del Estado se derivaba de los impuestos al comercio exterior. Esta fuente tenía, no obstante, sus límites, y si para comienzos de la década del ochenta la imposición al comercio exterior estaba bastante por encima de los niveles que se tenían en la época de los López —creando una estructura impositiva proteccionista en cierta contradicción con los supuestos principios librecambistas invocados por los dirigentes políticos después de 1870— no era posible seguir

expropiando recursos por ese lado. Primero porque significaba enfrentarse con intereses exportadores y comerciales muy fuertes; segundo, porque de hecho, cada apretón del recurso aduanero multiplicaba el contrabando. Es en esta coyuntura que se dieron los primeros pasos para modificar el proyecto de la primera época con la iniciación de la venta masiva de las tierras públicas y los herbales, procesos que se concretaron con las leyes de 1883, 1885 y 1886. Los bajos precios y las condiciones liberales de compra permitieron la entrada de especuladores e inversores extranjeros, principalmente argentinos, aunque los políticos y empresarios locales tampoco desaprovecharon la oportunidad para acumular tierra. La inversión en la tierra sólo podía tener un efecto económico productivo directo e inmediato en la medida en que fuera realizada en conjunción con otros proyectos comerciales. Pero la gran mayoría de las inversiones fueron de carácter especulativo y la crisis financiera rioplatense que se iniciara en 1890 produjo una baja del precio real de las propiedades y una serie de fracasos financieros. De hecho, el estrepitoso fracaso de algunos bancos en el Paraguay, principalmente extranjeros, debe verse en conexión con la crisis del valor real de las propiedades rurales.

Casi 16 000 000 ha de tierras públicas se vendieron en Paraguay a compradores en su mayoría extranjeros —argentinos y brasileños— entre 1885-1888. Los únicos ausentes fueron los obreros y los agricultores paraguayos, que con sus familias integraban casi 90% de la población.

Todo esto explica que en la primera década del siglo XX la distribución del ingreso que la actividad económica del país generaba era extremadamente desigual. La concentración desproporcionada de sus beneficios en un reducido número de

comerciantes y exportadores y la marginación de la mayoría de la población a niveles de precaria subsistencia eran características salientes del comportamiento de la economía. El grupo superior, que representaba menos de 10% de la población total, recibía casi 50% del ingreso interno, mientras que 60% de la población, que integraba el estrato de bajos recursos, recibía sólo aproximadamente 15% del ingreso nacional.

Pues bien, como puede deducirse de esta abocetada exposición, el Estado paraguayo aparecía débil, con agudos problemas de corrupción y había agotado sus mecanismos de generación de ingresos, fuera de la imposición al comercio exterior. Los recursos de la venta de tierra se habían gastado o dilapidado y los ingresos del exterior eran imposibles, puesto que ni siquiera el gobierno podía cumplir sistemáticamente con el servicio de la deuda británica. La única opción parecía consistir en aumentar la imposición del sector externo y regular la actividad de los grandes grupos exportadores. A esta situación socio-económica hay que sumar las luchas políticas entre los dos partidos políticos tradicionales, el Colorado y el Liberal, que configuraron una situación de anarquía política que llegaría a su paroxismo en 1911. Para tener cierta idea de este contexto, quizás ayude señalar que durante la época comprendida entre 1870 y 1921 hubo en el Paraguay 27 alteraciones del orden público, lo que da un término medio de dos revoluciones por año. La cifra resulta sorprendente dándose el caso, bien demostrativo por cierto, de presidentes que sólo duraron 20 días en el ejercicio de su mandato.[9] En el

[9] Tal el caso de Pedro Peña que ejerció la presidencia desde el 28 de febrero al 22 de marzo de 1912.

interregno transcurrido desde 1902 hasta 1912 ningún presidente civil en el Paraguay terminó su mandato dentro de los términos constitucionales, y la situación política comprendida entre 1908-1912 fue caótica y sangrienta al punto de sucederse siete presidentes. El motivo de esta anarquía tuvo su origen, como se adelantara más arriba, en los múltiples enfrentamientos armados de los sectores del partido Liberal, en los que intervinieron también facciones del partido Colorado. Desde mediados de la década de 1870, la Asociación Nacional Republicana o Partido Colorado había dominado la escena política, pero al comenzar el nuevo siglo, de manera lenta pero irreversible vio abrirse el vacío a sus pies debido a su escisión interna y a una vasta coalición de intereses sociales y económicos que se pusieron en su contra y determinarían su caída, en 1904. Las continuas tensiones y desavenencias entre Colorados y Liberales convirtieron al Paraguay en escenario de la más terrible anarquía. De esta forma, los preparativos para la celebración del Centenario hallaron al país en esta delicada situación política y social.

EL PRIMER DISCURSO HISTÓRICO SOBRE LA INDEPENDENCIA

No resulta muy difícil deducir, asimismo, las consecuencias que, en el plano cultural, suponía la situación sicológica de un pueblo física y espiritualmente derrotado por una gran guerra. Sin élites intelectuales, sin archivos históricos ni estatales, sin que quedaran en pie bibliotecas públicas o privadas, sin sistema educativo, la obra de reconstrucción cultural fue, al igual que en los planos político y econó-

mico, lenta y trabajosa. La primera expresión de resurgimiento fue la instalación, en 1876, del Colegio Nacional de Asunción, el primer centro de enseñanza superior de la posguerra. Allí, y más tarde en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, fundada en 1899, se iría formando un grupo de jóvenes —nacidos en su mayoría en la primera década siguiente al cataclismo bélico— que asumiría un papel decisivo en la cultura paraguaya; entre los principales exponentes de la que sería llamada la Generación del 1900, estaban Blas Garay (1873-1899), Juan O'Leary (1879-1969), Manuel Domínguez (1868-1935), Fulgencio Moreno (1872-1933), Arsenio López Decoud (1867-1945), Ignacio Pane (1879-1920), Eligio Ayala (1879-1930) y Manuel Gondra (1871-1927), Hérib Campos Cervera (1879-1922), Teodosio González (1871-1932) y Gualberto Cardús Huerta (1878-1949).

El 26 de junio de 1895 un núcleo de esos jóvenes *novecentistas*, junto a otras figuras influyentes en la sociedad asunceña fundó el Instituto Paraguayo, espacio cultural en el que la fuerza de la palabra se convertiría en fuente de prestigio. En un comienzo sus impulsores se limitaron a enunciar entre sus propósitos el fomento del estudio de la música y el desarrollo de la literatura, proporcionar la enseñanza de idiomas y estimular los ejercicios físicos por medio de la gimnasia y la esgrima. Sin embargo, las cuestiones sobre el pasado se constituyeron, al poco tiempo, en materia predominante de las conferencias, de los discursos y de otras actividades llevadas a cabo por la institución, las que, en todos los casos, suponían un punto de referencia, un indicador preciso de los rumbos temáticos consagrados por esa élite intelectual; se impuso entonces

la necesidad de divulgar tales emprendimientos a través de una Revista. Así, en octubre de 1896 apareció el primer número; definida como una publicación de carácter esencialmente científico pasó a subtitularse, poco tiempo después, "Historia, Ciencias, Letras", haciendo referencia a sus principales contenidos.

El mismo año de ese emprendimiento editorial partía a Europa uno de los jóvenes más activos de este espacio cultural: Blas Garay, con sólo 23 años, recién graduado de abogado, viajó para desempeñarse como secretario de la legación paraguaya en España representando al gobierno del general Juan Bautista Egusquiza (1894-1898). Durante su estancia en el destino diplomático recibió instrucciones para localizar y copiar en el Archivo de Sevilla y en otros repositorios, todo el corpus documental que pudiera referido a la historia de Paraguay, en particular aquellas fuentes que sirvieran para fundamentar los títulos paraguayos sobre la zona del Chaco y que podrían ser utilizadas en la disputa que ese Estado mantenía con Bolivia por la posesión de dicho territorio. Durante esa estadía, Garay publicó en Madrid, en 1897, cuatro obras: *La revolución de la independencia del Paraguay*, *Breve Resumen de la Historia del Paraguay*, *Compendio Elemental de la Historia del Paraguay* y *El Comunismo en las misiones de la Compañía de Jesús.* Esta producción, aunque breve, tiene, sin embargo, un significado fundamental porque inaugura propiamente la historiografía nacional paraguaya y, desde una perspectiva morfológica, ofrece un modelo erudito de escribir la historia. No obstante el lugar y la fecha de edición de *La revolución de la Independencia*, el plan de la obra y los materiales para su redacción parecen haber sido reunidos

por Garay antes de su estancia en Europa según las pruebas que nos ofrecen dos circunstancias: la primera es que el texto se sustenta en abultadas y completas citas documentales procedentes del Archivo Nacional de Asunción y prácticamente ninguna de archivos españoles; en segundo término, cuando a su regreso al Paraguay, en 1898, Garay publicara en la *Revista del Instituto Paraguayo* un trabajo titulado "El primer consulado", advertía, en su presentación, que se trataba de un estudio que había tenido listo desde el año 1896. Tanto éste como *La revolución* llaman la atención por sus cuantiosas referencias provenientes del mencionado archivo paraguayo, de periódicos antiguos como *El Paraguayo Independiente* y de un importante corpus bibliográfico de autores rioplatenses como las respectivas ediciones de los difundidos textos de los argentinos Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano* y de Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina.* Ambos relatos tienen, por lo tanto, una fuerza heurística notable, considerando el grado de desarrollo de los estudios históricos en el país y el perfil del autor en el que no es un dato menor el hecho de haber contado en 1896 solamente con 22 años. Además de la erudición, conviene subrayar dos de los argumentos ofrecidos por Garay: fue quien introdujo una valoración positiva de José Gaspar Rodríguez de Francia como actor principal e indiscutible del movimiento del 14 de mayo de 1811:

> No se me oculta que al sostener que fue obra en gran parte de Francia la revolución del 14 de Mayo, lastimó muchas arraigadas convicciones [...] no obstante el respeto grande que me merecen todas las opiniones, por escasa autoridad que tengan y sin ánimo de ofender la memoria de quien goza de una glo-

ria inmerecida, he de reivindicar para el Dr. Francia lo que a mi parecer le corresponde por legítimo título; la que sus actos posteriores pueden haber empañado, más no destruido; la que deben aplaudir todos los paraguayos, cualquiera que sea el criterio con que juzguen su dictadura.[10]

Y dedicó especial atención a analizar las lealtades que se encarnaban en los diferentes grupos en Asunción en los prolegómenos revolucionarios: la de quienes sostenían el *status quo* respecto a España, la de los que luchaban por la independencia total y la de aquellos que adherían a la separación de España pero a su vez la unión con Buenos Aires. Y si bien Garay dejaba sentado su desprecio por este último grupo al que califica de "antipatriota", su discurso histórico se mantenía, a su vez, distante de cualquier apriorismo nacionalista, en el sentido de no asociarse a la explicación de la independencia sobre el presupuesto de la emancipación nacional, relacionando la identidad cultural y la aspiración al ejercicio pleno de la soberanía como una evidencia que no necesitaba justificación.

A la vez, Garay enlaza en sus textos, por primera vez, dos mitos patrióticos que tendrían fuerte impacto en la construcción de la memoria nacional paraguaya a partir de esa época. En el *Breve resumen de la historia del Paraguay* —síntesis y a la vez versión mejorada del *Compendio elemental de la historia del Paraguay*— presenta un relato que puede asimilarse a los llamados "mitos de origen", y que es utilizado por el joven historiador para situar en la

[10] "Apéndice A". He utilizado la edición más reciente de *La revolución de la independencia*, Asunción, El Lector, 1996, p. 105.

patria indígena el momento fundacional de la nación paraguaya. Relata que dos hermanos venidos "de la otra parte del mar, arribaron a Brasil, se establecieron en ella y sus descendientes se multiplicaron de tal modo que formaron populosa nación. Mas una disputa acerca de la propiedad de un papagayo ocurrió entre las mujeres de los dos hermanos, lo que hizo que estos acordaran separarse. Tupí, el mayor, quedó en el Brasil y guaraní partió con todos los suyos hacia el sur y fue progenitor de un pueblo numeroso y atrevido, que extendió cada vez más sus dominios. Un diluvio estuvo a punto de extinguir la raza guaraní más el profeta Tamandaré lo predijo y se refugió con algunas familias en una palmera colosal, de cuyo fruto se alimentaron hasta que se retiraron las aguas". Como se ve, pueden distinguirse con facilidad varios micro-relatos, propios de este tipo de construcciones, como la secuencia del paraíso y el diluvio. El otro mito incoado y que actuaría como factor fundamental en la explicación del proceso de singularización nacional es el de los llamados de la *Edad de Oro*, etapa que Garay hace coincidir, en el caso de Paraguay, con la del gobierno de Carlos Antonio López, durante la cual, exponía, el país "era una de las más fuertes potencias militares sudamericanas. Poseía la república un buen ejército, arsenales, fábricas de pólvora, ferrocarriles, fundiciones de hierro, escuelas numerosas, comercio próspero", en fin, una edad repleta de bienestar que la guerra destruiría.[11]

---

[11] GARAY, *Breve resumen de la historia del Paraguay*, pp. 8-14. Disponemos por el momento de insuficientes testimonios sobre los públicos que leyeron o discutieron estas obras en el Paraguay. Algo de esto da cuenta, sin embargo, un artículo firmado por Manuel Gondra que apareció en el diario *La Democracia* en el año 1897 con el propósito de refutar el

El papel rector de Garay en la escritura de la memoria paraguaya quedó abortado en 1899 cuando falleció súbitamente, a los 26 años. Tras esta producción histórica fulgurante y fugaz y, exceptuando la tremenda polémica político-historiográfica que enfrentó en 1902 a Cecilio Báez y al joven Juan O'Leary[12] a través de la prensa asunceña, los años que rodearon al Centenario de la independencia aparecen como un momento prolífico en visiones del pasado y en discursos históricos.[13]

En el mes de agosto de 1910, la editorial de Ramón Monte Domecq y Cía. inició las gestiones para la edición de lo que se denominaría *Álbum gráfico de la República de Paraguay. 100 años de vida independiente 1811-1911*, con el propósito de hacer coincidir su aparición con la celebración del 14 y 15 de mayo, al año siguiente. Pero el momento político no podía ser más difícil para desarrollar tal emprendimiento: la iniciativa coincidió con la caída del gobierno del presidente Benigno Ferreira, luego, en el mes de noviembre de 1910 asumió la primera magistratura Manuel Gondra, pero

---

juicio que Garay exponía en el *Compendio* sobre la administración de Carlos Antonio López en materia de educación y cultura. También la *Revista del Instituto Paraguayo* ofreció en uno de sus números correspondientes al año 1898 una reseña sin firma del *Compendio elemental de la historia del Paraguay.*

[12] Los contenidos y extremos de este intercambio, expuestos desde las columnas de los diarios *El Cívico* y *La Patria,* los hemos desarrollado en BREZZO, *Polémica sobre la historia de Paraguay*, pp. 3-37.

[13] Entre la producción de Blas Garay y la del Centenario apareció, en Asunción, en 1906, el breve trabajo del diplomático paraguayo Gregorio Benites titulado *La Revolución de Mayo* de 1814-1815 en el que resaltaba la línea interpretativa de la rivalidad entre Asunción y Buenos Aires y subrayaba los propósitos de conquista que históricamente habían animado la política argentina respecto al Paraguay.

un nuevo golpe de Estado lo alejó del poder, el 17 de enero de 1911, al asumir la presidencia el coronel Albino Jara. Todo esto a meses de las fechas celebraticias y sin que hubiera sido posible avanzar en la composición del *Álbum* porque todos los posibles escritores o autores que intervenían estaban comprometidos en las luchas partidarias. El presidente Jara contaba, en esos meses, con el joven *novecentista* Manuel Domínguez como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública y fue a quien, dada la situación en que se hallaba el país, se le ocurrió un decreto que establecía el "aniversario móvil" de la celebración del Centenario. Con el propósito de evitar aglomeraciones populares, ante el desquicio social que asumía el país y la imposibilidad de contar con un presupuesto mínimo para los festejos, el 22 de abril de 1911 el gobierno resolvió trasladar al mes de octubre de 1913 la celebración del Centenario de la independencia. Interesan los considerandos en que se fundaba tal disposición: que la revolución de mayo de 1811 en Paraguay había sido hecha a nombre del rey de España y que lo verdadero era el Congreso del 12 de octubre de 1813, que había proclamado la República y declarado "resueltamente la independencia política". Para cuando el decreto fue publicado, un nuevo levantamiento había provocado la caída del presidente Jara, a quien sus propios aliados políticos presionaron para que renunciara el 5 de julio de 1911, a cambio de la promesa de ser electo presidente para el periodo 1914-1918. En su reemplazo llevaron a la presidencia provisional a uno de sus amigos, Liberato Rojas. Finalmente, las elecciones de 1912 catapultaron a la presidencia al líder del sector radical del partido Liberal, Eduardo Schaerer, para el cuatrienio 1912-1916. Pero las secuelas de la anarquía política hicieron que

los desasosiegos de la celebración continuaran. Se dictaría, entonces, un nuevo decreto, el Nº 1165, del 10 de octubre de 1913, en cuyo texto se fundamentaba la necesidad de una nueva prórroga para la evocación de la independencia pues se mantenían las causas que motivaron el decreto de abril de 1911, pero fijaba, no obstante, la celebración del Centenario del Congreso de 1813 para ese año en curso. Finalmente, un nuevo decreto, el Nº 1237 del 17 de octubre, resolvió que se constituyera la comisión encargada de organizar las fiestas conmemorativas de la independencia en 1914.

UNA "BIOGRAFÍA NACIONAL"

Dadas las circunstancias políticas reseñadas, la empresa Monte Domecq optó por recortar su primigenio proyecto y se limitó a editar, a fines de 1911, una obra conmemorativa "instructiva y útil", en el formato de álbum, bajo la coordinación de Ramón Monte Domecq, Carlos Cálcena y el ingeniero Augusto Cálcena titulada *La República del Paraguay en su primer Centenario, 1811-1911,* que pretendía resumir lo estadístico, lo comercial y lo artístico sobre el Paraguay dando cuenta "de sus riquezas, de su sociabilidad, de sus bellezas y del adelanto de su comercio y sus grandes industrias".[14]

---

[14] Hasta ese momento nunca se había editado en Paraguay un *Álbum*. Desde 1860 hasta comenzado el siglo XX habían proliferado, en Asunción, los denominados *Almanaques*, mezcla de calendario, registro de hechos notables y anticipaciones, referidos sobre todo a la evolución del estado económico y social. Estos cedieron su lugar, en los primeros años del nuevo siglo, a las *Guías*, en las que se procuraba patentizar el desarrollo del quehacer nativo, intercalando notas sobre el incipiente

Luego que la casa editora Monte Domecq abandonara la primigenia iniciativa editorial, Arsenio López Decoud asumió la dirección del proyecto, recomenzando a reunir al grupo de colaboradores que intervendría en la obra colectiva. Nacido en San Fernando en 1867, era hijo de Benigno López y Petrona Decoud Egusquiza y por consecuencia nieto de Carlos Antonio López y sobrino del Mariscal López. Al término de la contienda fue llevado a Buenos Aires donde hizo toda su carrera de estudiante hasta graduarse de alférez en la Escuela Naval Argentina. En 1890 regresó al Paraguay y pasó a ocupar distintas posiciones públicas y desde allí se convirtió en gran animador de iniciativas culturales.

El enfoque y los contenidos del *Álbum gráfico* se mostrarían diferentes de la iniciativa editorial anterior desde la misma estructura de la obra que quedó dividida en dos partes: la primera, dedicada a la realidad histórica paraguaya reuniría 10 trabajos en la que intervendrían 9 escritores y la segunda quedó destinada a trazar un perfil del país a través de las principales instituciones bancarias, industriales y comerciales.[15] El grupo de autores elegidos por el compilador, además de él mismo, provenían del núcleo principal de los *novecentistas:* Enrique Solano López, Cecilio Báez,

---

progreso público, sobre la calidad de los productos de la tierra y noticias de la comunicación y el transporte, o bien fotos de los "logros edilicios", como mansiones y amplios locales para la importación. Dichas particularidades se transferirían a los álbumes gráficos, pero éstos, a su vez, ofrecerían abundantes novedades en materia de presentación, calidad y estilo.

[15] El *Álbum gráfico* fue impreso en Buenos Aires, por la Compañía Argentina de Fósforos, con una extensión de 530 páginas y un tamaño de 25 × 35 cm. La edición comenzó a circular en agosto de 1912.

Blas Garay, Manuel Domínguez, Fulgencio Moreno, Ignacio Pane, Juan O'Leary a los que se sumó la producción escrita del ingeniero suizo Moisés Bertoni (1857-1929). La inclusión de textos de Blas Garay, fallecido hacía más de una década, venía a ratificar el reconocimiento hacia el que era considerado el iniciador de la expresión historiográfica posbélica, en tanto la de Bertoni, único colaborador extranjero, tuvo su explicación en los trabajos primigenios que en esos años presentara el investigador sobre la geografía y la etnografía guaraníes y que tendrían, a partir del Centenario, enorme impacto historiográfico.

El director fijó dos objetivos a este esfuerzo editorial:

> El país busca dejar señalada su expresión y brindar una imagen destinada a captar el interés ajeno, ofrecer a los nacionales y a los residentes la ocasión de contemplar el camino recorrido en esta penosa pero firme reconstrucción; se trata, sobre todo, de presentar una visión, aunque rápida, de la vida nacional durante un siglo.[16]

Este propósito nos pone delante del primer intento, por parte de un grupo de intelectuales en Paraguay, de mostrar una "biografía nacional", es decir, una visión orgánica de la nación que adquiría la madurez después de un lento proceso de gestación y de infancia no exenta de dificultades que todo crecimiento lleva consigo. El segundo objetivo enunciaba que:

> Él [el Álbum] dirá que no fuimos una horda de bárbaros fanatizados, el millón de salvajes al que debió redimirse por la sangre y

[16] *Álbum gráfico*, p. 7.

el fuego. Que hicimos patria, que intereses poderosos nos la deshicieron y que la reconstruimos pacientemente. Pertenecemos a una raza inteligente y sobria, fuerte y valerosa, capaz de sufrir sin una queja las más duras privaciones y de llevar a cabo las más altas empresas en la paz como a cabo las llevamos en la guerra.[17]

Esta intención constituía una clara respuesta a la retórica que sobre las causas de la guerra y sus resultados había predominado en los países vencedores antes y después de su desarrollo, según la cual se asimilaba a la sociedad paraguaya con la "barbarie"; desde esa perspectiva la acción bélica había sido llevada a cabo "por las sociedades cultas del Plata para derrocar la tiranía y dar expansión a la libertad de los ciudadanos".[18] Se evidencia, entonces, en este propósito formulado por Decoud que, para los escritores del *Álbum*, aquella acusación de barbarie venía a poner en tela de juicio

[17] *Álbum gráfico*, p. 8.

[18] En Argentina, José Manuel Estrada escribía, cuando comenzaba la guerra, su *Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay en el siglo XVIII, seguido de un apéndice sobre la decadencia del Paraguay y la guerra de 1865*, en el que exponía que el triunfo de la Triple Alianza "hará que "las riquezas inexplotadas del Paraguay se precipitarán por la ancha boca, la industria y el comercio asentarán sus reales, en los bosques vírgenes que encierran la opulencia desaparecerá todo el cotejo de la *barbarie* (maldades, pobreza) con la desaparición de la tiranía [...] Siendo el Paraguay refractario de la civilización y de la libertad a causa de haberlo secuestrado sus tiranos[...]su esperanza reposa en la extinción completa y absoluta de su antagonismo contra el Río de la Plata". Este y otros ejemplos de esta retórica, los hemos expuesto en BREZZO, "Imagen histórica versus cooperación", pp. 131-145. Asimismo, sobre la perpetuación de este discurso en textos para la enseñanza de la historia en Argentina las hemos recogido en "El Paraguay y la Argentina en los textos escolares. Una perspectiva bilateral de las representaciones del Otro", pp. 163-193.

el derrotero histórico del pueblo paraguayo y por lo tanto era necesario reivindicar ese pasado a través de la historia.

Finalmente, el orden y los campos de los capítulos dedicados en el *Álbum* a la realidad histórica quedaron diseñados de la siguiente manera: *1*) Reseña histórica de Paraguay, a cargo de *Blas Garay*, *2*) Reseña geográfica de Paraguay, por *Arsenio López Decod*, *3*) Resumen de la historia económica del Paraguay, por *Fulgencio Moreno*, *4*) Relaciones Internacionales, por *Cecilio Báez*, *5*) La guerra de la Triple Alianza, por *Juan O'Leary*, *6*) El periodismo en el Paraguay, por *Enrique Solano López*, *7*) Intelectualidad paraguaya, por *Ignacio Pane*, *8*) Historia de la instrucción pública en el Paraguay, por *Cecilio Báez*, *9*) Inmigración y colonización antes y después de la guerra, por *Fulgencio Moreno* y *10*) La capital de la República, su historia, *por Manuel Domínguez*. Todos los trabajos, con excepción del de Blas Garay, fueron especialmente preparados para esta edición colectiva la que conforma, para el análisis historiográfico, un rico campo de ideas. Me limitaré, sin embargo, a referirme a aquellos cuyo contenido resulta emblemático de la perspectiva en la que se sitúa este trabajo.

El primero en el que veo la necesidad de detenerme es el titulado *Reseña Geográfica de Paraguay*. Manuel Domínguez redactó dos partes de ese capítulo, referidas a *El ganado vacuno en el Paraguay* y *El algodón en Paraguay*. El rasgo más pronunciado que se advierte en ambos escritos es el impulso por exaltar lo propio, a tal punto que lo llevará, desde la perspectiva discursiva, a un callejón sin salida: la consideración de la nación paraguaya como algo específico, especial, absolutamente original. Tal ceguera historiográfica llega a su paroxismo cuando Domínguez centra el

pasado y el presente de Paraguay en un único actor: el buey. Fijémonos si no, en la síntesis que ofrecía en el primero de los textos mencionados:

> El buey salvó a la conquista, sostuvo a la colonia, fue con el criollo a fundar ciudades, hizo posible la independencia, era uno de los recursos grandes del Dr. Francia y de los López y aún hoy, después de la guerra arrasadora, mediante ese servidor manso y robusto, el Paraguay es todavía, en relación, uno de los países más ricos del mundo.[19]

Igual tendencia se advierte en el escrito sobre la importancia del algodón:

> Todos certifican que el Paraguay produce el algodón de la mejor clase y en mayor cantidad, durando más y costando menos. Tenemos un país que produce más, mejor, por más tiempo y más barato que cualquiera otra zona. El Paraguay rinde más algodón que cualquier país del mundo: más de 1000 kilogramos por hectárea.[20]

Si se considera que en realidad y, no obstante los esfuerzos desplegados, el Paraguay se veía en esos años en la necesidad de importar ganado desde Argentina y que el algodón constituía un renglón muy pequeño de su exportación, incapaz de atender las demandas de países como Gran Bretaña, habiendo sido demostrado ese déficit incluso desde medio siglo atrás, durante la guerra de Secesión estadounidense,

[19] *Álbum gráfico,* p. 73.
[20] *Álbum gráfico,* p. 69.

cuando se había producido el conocido *cotton boom*,[21] se hace aún más relevante la comprobación de este apriorismo, que tendrá doble consecuencia: creará una ficcionalización de la historiografía y una historificación de la ficción.[22]

El mismo capítulo recoge la participación de Moisés Bertoni como autor del trabajo sobre el *Clima*. El aporte de este ingeniero agrónomo es un anticipo de los resultados de sus investigaciones que recogerá a partir de 1913 en un primer libro titulado *Descripción física del Paraguay*, verdadera bisagra de los estudios sobre la cultura guaraní y la construcción nacional puesto que con anterioridad a su contribución en el *Álbum gráfico* y al texto mencionado no se encuentran tentativas, en ese país, de convertir a los pueblos guaraníes en sujetos históricos en el periodo anterior al descubrimiento. Será, entonces, el primero en intentar construir una historiografía guaraní no dependiente de los

---

[21] Precisamente una de las teorías explicativas sobre las causas de la guerra de la Triple Alianza sostenía que la guerra civil en Estados Unidos había creado tan grave alteración del mercado que los británicos habían considerado al Paraguay como un proveedor que compensaría la declinante oferta de los estados confederados. Sin embargo, se ha mostrado que la evidencia disponible hasta el momento presta poco apoyo empírico a esta explicación. Véase, entre otras obras principales recientes que contribuyen a desarticular esos argumentos: WHIGHAM, *The Paraguayan War.*; CAPDEVILA, BOIDIN y RICHARD, (comp.), *Les guerres du Paraguay aux XIX et XX siècles*; DORATIOTO, *Maldita Guerra.*

[22] Francisco Pérez Maricevich es quien ha analizado este fenómeno que difumina los límites entre la historia y la literatura paraguaya en el siglo XX y señala las consecuencias negativas tanto para el campo de la historia —que pierde en dicho proceso su esencia primordial como género, la de reconstruir la realidad histórica— como para el de la ficción, que pierde su independencia imaginativa al verse limitada temáticamente y subordinada a fines extraliterarios. Véase MÉNDEZ-FAITH, *Novela y exilio.*

cronistas coloniales. Animado de un notable impulso idealizador al pretender demostrar el alto grado de civilización a que habían llegado al momento del descubrimiento, el texto de Bertoni se consolidará como una construcción movilizadora que conectaba perfectamente con la historiografía del Centenario.[23] En esta misma línea de análisis, la *Descripción política. Etnografía, población, división política de Paraguay,* redactada por Arsenio López Decoud en el mismo capítulo, reviste particular interés por el tipo de nación que sostiene como base de la paraguaya y que le hará sostener:

> Creo que los habitantes del Paraguay tienen más fiereza, sagacidad e inteligencia que los criollos y yo los creo también más activos [...]; la raza de los de Buenos Aires no aliada a los mestizos no tiene las ventajas de la del Paraguay y hace que los de esta última sobrepasen a los de Buenos Aires en talla, proporciones, actividad y sagacidad.[24]

Se trata de una construcción ideológica según la cual el Paraguay constituía, en su origen, una nación mestiza, entendida como algo superador a la indígena y asimilada, por cruza sucesiva, a una nación de raza blanca *sui generis*:

> Existe entre nosotros una perfecta homogeneidad étnica: el pigmento negro no ensombrece nuestra piel. Amamos nuestra tra-

---

[23] Con Moisés Bertoni se inician los estudios sistemáticos de la edad y formación de los terrenos del Paraguay. En 1914 publicó *Resumen de Prehistoria y Protohistoria de los países guaraníes*; su obra más importante serían los tres tomos de *La civilización guaraní*, cuya primera parte apareció en 1922 y la última entrega en 1927. Sobre Bertoni y su producción intelectual véase CARDOZO, *Historiografía paraguaya*, pp. 44-47.
[24] *Álbum gráfico*, p. 77.

dición y nos es grato conservar nuestro dulce y poético idioma guaraní y él y ella a pesar de todo, nos mantendrán unidos a través del tiempo y de las vicisitudes. Hemos cruzado y cruzamos por períodos en los que la ambición política puede, por momentos, sobreponerse a los intereses del Estado. El mal no es grave ni es hondo: es transitorio y es superficial y lo causa nuestra inexperiencia. Por ello han debido pasar todas las Naciones de América. No podía, pueblo que sólo cuenta 40 años, pues nuestro renacimiento data de 1870, sustraerse a esa dura ley.[25]

Por ello, no obstante esas pruebas, López Decoud se lamenta que en el presente,

Cuando pretenden ofrecer una imagen gráfica paraguaya dan a la estampa un indio de la selva chaqueña, cubierto de plumas y abalorios, como un exponente del grado de civilización a que hemos alcanzado. No importa que la mejor sangre española que vino a América corra por nuestras venas mezclada con la piel del guaraní altivo, valeroso y magnánimo, nada significan la blancura de nuestra piel y la armonía en su conjunto; nada tampoco el haber tenido al frente de nuestros gobiernos estadistas de verdad, paz, prosperidad, independencia y riquezas, cuando en la vecindad los Rosas, Quirogas y demás Flores y Chachos, ensangrentaban las ciudades y campos y una esclavocracia se alzaba amenazadora contra las tambaleantes instituciones republicanas. Éramos nosotros, los paraguayos, los únicos bárbaros y esclavos de la América del Sur y fue necesario que los que no tenían entonces ni civilización ni libertad se aliaran para dárnoslas. Pero ¡ay! ¡Que tan generoso anhelo resultó inútil y hoy como ayer, como hace medio siglo, refractarios a su dura enseñanza, cristalizados en nuestra barbarie,

[25] *Álbum gráfico,* p. 78.

> seguimos siendo para ellos y solo para ellos, las hordas de salvajes que del 65 al 70 les vendimos bien cara la victoria, victoria de alas rotas y de cabeza cercenada, victoria de museo, como la Samotracia![26]

Interesa mostrar aquí la ambivalencia ante lo indígena: reivindicación de su contribución y su lengua pero a la vez racismo; "indio" aparece con énfasis en un plano de menosprecio y de subestimación. Esta construcción, según la cual el Paraguay era una nación mestiza en su origen que evolucionó a blanca quedó consagrada, hasta donde he podido comprobar, a partir del momento historiográfico que rodeó al Centenario, lo que explicaría, además, hechos en apariencia inexplicables en el proceso de construcción nacional paraguayo como la ausencia total de elementos indígenas en los símbolos patrios junto a otros elementos menos convencionales como la nomenclatura urbana y la selectividad en el uso del guaraní.[27]

Otro de los capítulos que demanda especial referencia es el redactado por Juan O'Leary sobre *La guerra de la Triple Alianza,* texto iniciático del autor sobre el tema, y lo que bien podría denominarse, el primer relato *de los vencidos.* Se trata de un trabajo que excede en extensión a todos los incluidos en el *Álbum gráfico* —90 folios en contraste con el máximo de 10 de los demás— cuyo núcleo fundamental, desde la perspectiva de este abordaje, lo constituye el

[26] *Álbum gráfico*, p. 81.

[27] Acerca de la ausencia de elementos indígenas en el lenguaje simbólico de la nación paraguaya véase BURUCÚA y CAMPAGNE, "Los países del Cono Sur", pp. 433-474.

segundo capítulo del total de cinco[28] en los que está estructurado el texto, porque O'Leary configura allí un esquema del pasado nacional que caló definitivamente en la historiografía paraguaya a partir de esos años en simbiosis con el contexto político. Para comenzar a explicar las causas del estallido bélico, retoma el motivo incoado por Blas Garay y luego por Manuel Domínguez, de la edad de oro referida a la época de Carlos Antonio López:

> Para defender nuestros derechos, en el terreno puramente histórico, fue fundado *El Paraguayo Independiente* y para sostenerlos con las armas, si llegara el caso, se militarizó completamente el país. Y a la sombra de nuestro poder militar aumentó nuestro poder, convirtiéndose el Paraguay en una potencia americana de primer orden. Cuando falleció nuestro glorioso patriarca formábamos ya una gran Nación, rica y poderosa, cuya influencia pesaba en los destinos de la América del Sur, habiéndose incorporado activamente, en 1859, al movimiento internacional del Río de la Plata, interviniendo en el viejo pleito argentino.[29]

La guerra, en cuanto causa de destrucción de ese ideal comunitario y fraternal realizado en su plenitud es un núcleo importante y persistente en el discurso histórico de este autor —y de los otros autores del *Álbum gráfico*— quien no hablará ya de alcanzar, conseguir o imponer objetivos para la sociedad de su época, sino de recuperar algo que en

[28] El relato de la guerra está articulado en cinco campañas militares: campaña de Matto Grosso, campaña del Uruguay, campaña de Humaitá, campaña del Pikysyry y campaña de las Cordilleras.
[29] *Álbum gráfico*, p. 264.

el pasado ya se tuvo, una situación ideal —independencia, unidad, autonomía— que un día fue suya y otros le arrebataron ilegítimamente. Por ello, de este mito de la edad de oro devendrá el llamado mito del eterno retorno, que tanta acogida tendrá, en los años siguientes al Centenario, a partir de los escritos de Manuel Domínguez y que concentrará un discurso histórico basado en el regreso a una época de oro, pletórica de abundancia y de plenitud.[30]

En cuanto a la visión de la guerra propiamente dicha, se distinguen tres caracteres: es un relato militar, puesto que lo divide en cinco campañas sembradas de heroísmo[31] y es un relato nacional, cuyo resultado es una gesta de epopeya y patriotismo de la nación paraguaya.[32] Pero sobre todo, la de O'Leary es una perspectiva "politicista", en la que prevalecen los aspectos políticos y militares por encima de todos los demás para explicar el movimiento histórico y confor-

[30] DOMÍNGUEZ, *El milagro de lo eterno y otros ensayos*, pp. 44-89.

[31] Como muestra de esto, puede leerse el siguiente relato, entre otros muchos que este escritor intercala a lo largo de los cinco capítulos, en este caso sobre el mayor Pedro Duarte, jefe paraguayo en Uruguayana, quien, luego de la derrota fue llevado en calidad de prisionero ante el general Flores, jefe de la vanguardia del ejército aliado. Según relata Juan O'Leary, "Flores fue tratado brutalmente por el caudillo oriental quien no supo colocarse al lado del infortunado heroísmo de su adversario, prodigándole palabras soeces y amenazas cobardes: —Voy a hacerle pegar cuatro tiros; —¡Los recibiré como de sus manos, General! Qué hombres, qué palabras", en *Álbum gráfico*, p. 129.

[32] Escribe O'Leary: "Una generación valiente y abnegada, compuesta de hombres de todos los círculos sociales, combatió y sucumbió en los campos de batalla, al lado del dictador y hasta las mismas mujeres figuraron heroicamente en aquella horrorosa lucha. El agotamiento del Paraguay y la superioridad de las fuerzas enemigas decidieron al fin, la suerte de las armas a favor de los aliados", en *Álbum gráfico*, p. 203.

ma, al final, una historia "a la defensiva" porque confluye a la hora de explicar las causas de los problemas sociales de su país en señalar a la injerencia ajena, así como identifica los periodos más pujantes de la historia con los momentos de plena independencia o mayor autonomía. En esta línea, O'Leary arremete, por ejemplo, contra los historiadores de los países aliados durante la guerra, principalmente, como era de esperar, contra el argentino Bartolomé Mitre, a quien —y aunque hubiera muerto hacía una década— el joven escritor paraguayo le reclama y hace recaer la mayor parte de la responsabilidad de la guerra y la decadencia de su país:

> Ha muerto Mitre, han muerto sus apologistas y hasta se ha publicado su archivo [...] Entretanto las cosas siguen en el mismo estado sin que nadie se haya confundido ni mucho menos se haya probado que la sangre de los diez mil sacrificados en el matadero de Curupaity deba caer sobre la frente de otro que no sea el que los condujo, ciegamente, a la derrota y a la muerte.[33]

Ignacio Pane redactó para el *Álbum* el capítulo titulado *Intelectualidad Paraguaya,* siendo el primer impulso por incorporar ese territorio historiográfico hasta el momento inexplorado. Sin embargo, lo que interesa subrayar en este escrito, en el marco del presente análisis, es la función que el autor le asigna a la historia. Nacido en Asunción, Pane había iniciado su andadura intelectual recitando versos

---

[33] Menos ríspido pero sin olvidarse de mencionarlos porque no habían sabido "reconocer el honor y el heroísmo del pueblo paraguayo", figuran en la nómina los escritores José Ignacio Garmendia, Victoriano de Barros, Madureira y el Barón de Río Branco.

propios en el Instituto Paraguayo cuando sólo contaba con 17 años y si bien se graduó de abogado se volcó definitivamente a su vocación literaria. En el texto preparado para el *Álbum* reúne a quienes, según su criterio, eran los ocho intelectuales más influyentes de Paraguay al comenzar el siglo XX: encabezados por Manuel Domínguez, le siguen Cecilio Báez, Manuel Gondra, Blas Garay, Juan Silvano Godoi, José Segundo Decoud y Juan O'Leary, enumeración que hace permeable la trama y los contenidos de ese contexto cultural pero fundamentalmente define la misión que los escritores del Centenario le asignaban al estudio del pasado:

> Así como a la generación anterior ha correspondido la tarea de *reconstruir* nuestra historia, a la actual ha tocado *reparar* la injusticia histórica, la de descargar las colosales figuras de López y nuestros guerreros de 1865-70 del montón de censuras, befas y condenaciones que la Triple Alianza y los extranjeros junto a algunos nacionales arrojaron contra ellos y sobre ellos. Podemos decir que hoy, gracias a la juventud se ha suprimido la añagaza partidista del *lopismo* y consagrar como credo nacional que si los López son pasibles de crítica por sus actos despóticos, son dignos de admiración y orgullo colectivo por su inteligencia y patriotismo.[34]

En esa obra de reparación, Pane se incluía en la línea de Domínguez, O'Leary y Enrique Solano López. Resulta de enorme interés esta declaración de su uso en el sentido de reconstruir y reparar a la nación desde la historia a cuyo fin, a partir del Centenario, quedará asociado, también, el proceso de heroificación de Francisco Solano López.

---

[34] *Álbum gráfico*, p. 157.

Pues bien, coincidiendo con la aparición del *Álbum*, el joven escritor *novecentista* Fulgencio Moreno publicó su *Estudio sobre la Independencia del Paraguay* (1911) en el que hacía recaer en la pugna entre las ciudades de Asunción y Buenos Aires a partir del siglo XVII, el peso explicativo del proceso independentista y la razón por la que la retórica nacionalista paraguaya se había dirigido, ante todo y en todo momento de dicho proceso, hacia la capital virreinal, tal como se lee en uno de los párrafos emblemáticos de este texto:

> Un modo de sentir y de pensar, formado en siglos de labor casi inconsciente, no se modifica en un solo día por el esfuerzo de un solo hombre. La insistencia del Paraguay de no someterse a Buenos Aires no fue la obra exclusiva del Dr. Francia. En esa población conservadora que apoyaba el partido español de 1810, expulsaba de su suelo a las huestes porteñas con un entusiasmo que admiró al mismo Belgrano y se apegaba al terruño natal, sin querer admitir adherencias peligrosas con Buenos Aires, hay algo más que la fugaz intervención de un hombre; malquerencias seculares de orden económico, de carácter moral, adquirieron la forma de una prevención invencible, de una aversión casi ingénita". Moreno advertía sobre lo aventurado que era atribuir —a diferencia de lo que sustentara Blas Garay- a una sola persona, en el caso del doctor Francia, la creación de la "nacionalidad y de la independencia", repartiendo el liderazgo entre Fulgencio Yegros y Manuel A. Cavañas.

Si se analizan estas visiones del pasado en el marco de las consecuencias que la guerra de la Triple Alianza tuvo en todos los campos de la realidad, incluido el cultural, y a los historiadores como una manifestación de la posguerra, se

explica que se esté en presencia de un momento lleno de responsabilidades nacionalistas, cuyos extremos son la reconstrucción y, bajo el creciente influjo del nacionalismo, de la reparación histórica, condicionante que llevó a convertir a algunos de los productos historiográficos en verdaderas gestas de epopeya y patriotismo. Dentro de esta construcción del pasado aparecía la formación histórica de un "pueblo nuevo" durante el periodo colonial, el "pueblo paraguayo" como resultado del mestizaje, que adquirió, en las dos últimas décadas del siglo XVIII, los perfiles nítidos y las características propias de una nación. Ciertamente entonces, se refuerza la interpretación según la cual la temprana fundación de la República en 1811 y del Estado nacional independiente paraguayo en 1813 era el resultado del proceso colonial y disparador de la integración nacional.

Aunque desde este nuevo siglo la historiografía que acabamos de exponer podemos verla como tergiversación y anacronismo histórico, admite ser observada, asimismo, como una labor constructiva en cuanto fueron los primeros impulsos por elaborar y divulgar una biografía nacional paraguaya y cuyos autores tenían un quehacer principal: afirmar los valores espirituales de la nación renaciente de la catástrofe.

HISTORIA "PATRIÓTICA" Y ASINCRONISMO HISTORIOGRÁFICO

Pues bien, desde el Centenario y hasta mediados del siglo XX, el nacionalismo impregnó toda la explicación sobre el pasado paraguayo y, en particular, la del proceso de la independencia, en sintonía con lo que ocurría en otros espacios riopla-

tenses; en este sentido podría afirmarse que el Paraguay compartía el llamado "consenso historiográfico" traducido en un meta relato hegemónico que consistía en explicar el pasado y sobre todo el proceso de la independencia desde el convencimiento de que se analizaba la gesta nacional, la forja de la nación, esquema al que se asociaban los otros corolarios de dicho discurso, los conceptos de "pueblo" y la acción de los "héroes"; construcción que, como ha sido mostrado, se volvió hegemónica en los países latinoamericanos y que tenía el sentido de unificar la historia de sociedades altamente diferenciadas étnica y socioeconómicamente, así como con amplios contrastes regionales.[35]

No obstante, la época de la independencia no sería la época central en el interés de los historiadores en Paraguay en esos años, por varias circunstancias, algunas ya enunciadas: la derrota en la guerra contra la Triple Alianza y sus consecuencias tuvieron un peso tremendo en la memoria colectiva; así, cuando a fines del siglo XIX surgen los primeros discursos históricos, se concentrarán, sobre todo, en interpretaciones sobre ese cataclismo bélico; incluso cuando, en las primeras décadas del siglo XX, en el resto de los países vecinos florecerán las llamadas grandes historias nacionales, en el Paraguay no hubo esta iniciativa, quizás porque se vivía en una anarquía política poco favorable a estas grandes empresas que necesitan paz y un relativo apaciguamiento de las pasiones políticas.

Era lógico esperar, sin embargo, que en los años siguientes, al igual que lo que ocurriera en la mayoría de los paí-

---

[35] CHUST CALERO y SERRANO, *Debates sobre las independencias iberoamericanas.*

ses latinoamericanos, esa visión del pasado fuera revisada, al compás del influjo de nuevas corrientes de pensamiento filosófico entre los historiadores, de mayor profesionalización de la disciplina histórica y de nuevas formas de entender el oficio, su objeto, sus métodos. Mas esto no se produjo. A partir del ascenso a la presidencia de Alfredo Stroessner, en 1954, y de la evolución de su régimen, se consolidó la tendencia de la historia patriótica y se promovió una pedagogía nacionalista para su enseñanza, en cuyo transcurso se adoptó, incluso, la modalidad de libro único, a partir de una enunciación según la cual la nación paraguaya se había formado en la época colonial mediante una pacífica alianza entre los españoles y los guaraníes y en 1811 se había producido la independencia de manera incruenta. El país había transitado, luego, durante los gobiernos de Francia y de los dos López por una época llena de bienestar y de riqueza configurando un modelo de desarrollo autónomo en América del Sur que fue brutalmente abortado por los Estados de la Triple Alianza. Este esquema y las acciones por parte del Estado configuraron, en el transcurso de los 35 años del gobierno de Stroessner, una cultura histórica poco abierta a las solicitudes procedentes de las denominadas "Nuevas Historias" que no tuvieron, salvo excepciones, recepción alguna en el país. Las pruebas disponibles demuestran que el contexto político definido por el stronato, el peso de gravedad que en la memoria colectiva mantenía la guerra de la Triple Alianza, las secuelas de la guerra del Chaco que enfrentó a ese país con Bolivia, entre 1932-1935 y el lento ritmo de profesionalización intervinieron para que el Paraguay se sustrajera de los impulsos renovadores puestos en marcha por el conjunto de investigadores

dedicados a estudiar, en otros espacios latinoamericanos y europeos, los procesos de la independencia; los márgenes de permeabilidad fueron prácticamente nulos.[36]

Si en los años sesenta del siglo xx, los propios mecanismos del Estado stronista y la proclamación de la doctrina de la seguridad nacional hicieron escasamente permeable las bases conceptuales de los marxismos en la práctica histórica, la influyente teoría de la dependencia, en boga también en esa época, tuvo otro derrotero con relación a la práctica de la historia en Paraguay. De hecho aquella interpretación sobre la condición de América Latina se convirtió en el principal sustento explicativo de la guerra contra la Triple Alianza llegando hasta el presente, incluso, con la misma fuerza. En todo caso podría afirmarse que los debates sobre el proceso de independencia vinieron de la mano, en esos años, de las nuevas interpretaciones en torno a la guerra pero, en ningún caso, supusieron un replanteo o el rechazo de las ideas rectoras del consenso historiográfico sobre el proceso de la independencia paraguaya.[37]

En razón de todas las circunstancias expuestas y, probablemente también, del fenómeno de la autocensura como

---

[36] El mayor influjo historiográfico de esta perspectiva se producirá a partir de la mitad de esa centuria a través de las obras del influyente historiador paraguayo CARDOZO: *Paraguay independiente*, *El sentido de nuestra historia*, *El Paraguay colonial* y por los de su misma generación intelectual, SÁNCHEZ QUELL, *Estructura y función del Paraguay colonial*, CHÁVES, *El aislacionismo en el alma paraguaya* y RAMOS, *La independencia del Paraguay y el Imperio del Brasil.*

[37] Me refiero, entre otros, a los trabajos del escritor paraguayo LAÍNO, *Paraguay: de la independencia a la dependencia*, y a los de los argentinos GARCÍA MELLID, *Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay*, POMER, *La guerra del Paraguay ¡Gran Negocio!;* ORTEGA PEÑA, y DUHALDE, *Felipe Varela y el Imperio británico.*

un lastre del stronato, no se produjo el postergado debate entre nacionalismo e historia, lo que condiciona la persistencia de esa historia patriótica, reacia a la recepción de los avances empíricos que puedan suponer una revisión. La historia siguió siendo en Paraguay, hasta fechas recientes, más que una actividad universitaria, un acto político, en el sentido del ciudadano que defiende su polis. Las consecuencias de una situación, en el plano del estudio del proceso de la independencia es que el enfoque continuó siendo aquel según el cual la identidad, la existencia de la "nación paraguaya" fue la causa de la emancipación. No obstante esta continuidad, hay que reconocer que a partir de la última década del siglo XX ha principiado, en el país, una época de recatada expansión de la investigación de las ciencias humanas y particularmente de la historia, muy ligada a los procesos de redemocratización y de integración regional, motivaciones suficientes para impulsar una nueva tendencia historiográfica: la necesidad de divulgar materiales que contribuyan a ampliar el conocimiento, a desarticular un repertorio de imágenes con las que la literatura histórica había caracterizado monolíticamente a la realidad política y socio cultural paraguaya y a ofrecer elementos que sustenten procesos teóricos y recursos metodológicos.[38] La constatación de estos avances, de un clima de paulatina superación de la autocensura y de márgenes mayores de debate fomentados por la cercanía del Bicentenario, aunque graduales, resultan alentadores para comenzar a tener algunas ideas claras de

---

[38] Me permito mencionar dos trabajos recientes: CAMPOS CABALLERO, *De moneda a mercancía del Rey* y LÓPEZ MOREIRA, *Ocaso del colonialismo español.*

lo que fue el proceso de la independencia en el Paraguay y, en términos historiográficos más amplios, avanzar en una reconstrucción más razonada del pasado, que no sea la simple epopeya de los héroes patrios y los avatares del progreso.

REFERENCIAS

ANNINO, Antonio, Luis CASTRO LEIVA y François-Xavier GUERRA

Iberoamérica. De los imperios a las naciones, Zaragoza, Iber Caja, 1994.

BREZZO, Liliana

Aislamiento, nación e historia en el Río de la Plata. Argentina y Paraguay, siglos XVIII-XX, Rosario, Instituto de Historia, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, 2005.

Polémica sobre la historia de Paraguay, estudio crítico de..., compilación de Ricardo y Sebastián Scavone Yegros, Asunción, Tiempo de Historia, 2008.

"Imagen histórica versus cooperación: la Argentina y el Paraguay a comienzos del siglo XX", en *Revista Paraguaya de Sociología*, 95 (1996).

BURUCÚA, José Emilio y Fabián Alejandro CAMPAGNE

"Los países del Cono Sur", en ANNINO, CASTRO LEIVA y GUERRA, 1994.

CAMPOS CABALLERO, Herib

De moneda a mercancía del Rey. Efectos y funcionamiento de la Real Renta de Tabaco y Naipes en la Provincia del Paraguay (1779-1811), Asunción, Arandura, 2006.

CARDOZO, Efraím

Historiografía Paraguaya, México, IPGH, 1959.

Paraguay independiente, Asunción, 1949.

El sentido de nuestra historia, Asunción, 1953.

El Paraguay colonial. Las raíces de la nacionalidad, prólogo de Justo Pastor Benítez, Asunción, Nizza, 1956.

CAPDEVILA, Luc, Capucine BOIDIN y Nicolas RICHARD (comps.)

Les guerres du Paraguay aux XIX et XX siècles, París, CoLibris, 2007.

CREYDT, Óscar

Formación histórica de la nación paraguaya, Asunción, 1963.

CHÁVES, Julio César

El aislacionismo en el alma paraguaya, Buenos Aires, 1948.

CHUST CALERO, Manuel y José Antonio SERRANO

Debates sobre las independencias iberoamericanas, Madrid y Frankfurt am Main, Alemania, Iberoamericana Vervuert, 2007, «Estudios AHILA de Historia Latinoamericana, 3».

DOMÍNGUEZ, Manuel

El milagro de lo eterno y otros ensayos, Buenos Aires, Emedé, 1948.

DORATIOTO, Francisco F.

Maldita guerra. Nova historia da Guerra do Paraguai, Sao Pablo, Companhia das Letras, 2002.

FALCÓN, José

Escritos históricos, edición y estudios preliminares de Thomas L. Whigham y Ricardo Scavone Yegros, Asunción, Servilibro, 2006.

GARAY, Blas

La revolución de la independencia del Paraguay, Madrid, 1897.

Breve resumen de la historia del Paraguay, Madrid, Est. Tip. De la viuda é hijos de Tello, 1897.

Compendio elemental de la historia del Paraguay, Madrid, 1897.

García Mellid, Atilio

Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay, Buenos Aires, Teoría, 1963.

Laíno, Domingo

Paraguay: de la independencia a la dependencia. Historia del saqueo inglés en el Paraguay de la posguerra, Asunción, Intercontinental, 1989.

López Decoud, Arsenio

Álbum gráfico de la República del Paraguay. 100 años de vida independiente 1811-1911, Buenos Aires, Compañía argentina de fósforos, 1912.

López Moreira, Mary Monte

Ocaso del colonialismo español. El gobierno de Bernardo de Velasco y Huidobro, su influencia en la formación del Estado paraguayo (1803-1811), Asunción, FONDEC, 2006.

Méndez-Faith, Teresa

Novela y exilio en www.cervantesvirtual.com [en línea], 20 de agosto de 2009.

Monte Domecq, Ramón

La República del Paraguay en su primer Centenario 1811-1911, Buenos Aires, 1911.

Mora Mérida, José Luis

Historia social del Paraguay, 1600-1650, Sevilla, Consejo Suprior de Investigación Científica, 1973.

Moreno, Fulgencio

Estudio sobre la independencia del Paraguay, Asunción, 1911.

ORTEGA PEÑA, R. y E. L. DUHALDE

Felipe Varela y el Imperio británico, Buenos Aires, Teoría, 1967.

POMER, León

La guerra del Paraguay ¡Gran Negocio!, Buenos Aires, Caldén, 1968.

RAMOS, R. Antonio

La independencia del Paraguay y el Imperio del Brasil, Asunción, 1966.

SÁNCHEZ QUELL, Hipólito

Estructura y Función del Paraguay Colonial, Asunción, 1944.

WHIGHAM, Thomas

The Paraguayan War. Causes and Early Conduct, Nebraska, 2002.

"José Falcón y la construcción del estado nacional paraguayo", en FALCÓN, 2006, pp. 9-33.

CENTENARIO E INVENTARIO DE LOS PROBLEMAS VENEZOLANOS

Luis Ricardo Dávila[1]
Universidad de Los Andes-Venezuela
University of California-Berkeley

A David Ricardo,
por el cómplice entusiasmo.

CONTEXTO DE REHABILITACIÓN NACIONAL

Nos acercamos al Centenario de nuestra Independencia; y yo no creo que pueda haber una ofrenda mejor, ni más excelsa, en el propósito de conservar la paz y hacer de Venezuela nación civilizada, progresista y feliz.

Juan Vicente Gómez
13 de octubre de 1909

La celebración del Centenario de la independencia en Venezuela se prolongaría del 19 de abril de 1910 hasta el 24 de julio de 1911, desde la primera reivindicación autono-

[1] Agradezco sinceramente el servicio prestado por la Biblioteca Tulio Febres Cordero de Mérida (Venezuela) en la ubicación de materiales relacionados con la investigación de base de este artículo, particularmente a Belis Araque y Nelly Hernández.

mista hacia el régimen republicano hasta el aniversario del nacimiento de Simón Bolívar. Lo cual ocurre dentro de los primeros años de un régimen que llegado al poder a finales de 1908, tuvo el envidiable privilegio —para algunos— de perdurar casi tres décadas en su ejercicio. "La ley me llamó al puesto, y desde el primer momento me di a conciliar las aspiraciones populares con mis deberes públicos, procurando establecer un régimen de garantías en consonancia con nuestras instituciones."[2] En estos términos le hablaría a sus "compatriotas" el hasta ese momento vicepresidente encargado de la Presidencia de la República, desde el 23 de noviembre anterior, general Juan Vicente Gómez, al asumir "provisionalmente" el poder el 19 de diciembre de 1908, luego de desconocer la autoridad del presidente constitucional Cipriano Castro, ausente del país por problemas de salud. No bastaba, sin embargo, semejante propósito de conciliar las aspiraciones populares, y así justificar lo que para algunos no fue más que traición y golpe de Estado. Esto no sería suficiente. Las palabras de quien estaría al frente del gobierno deberían contener términos más hondos de manera de hacer efectivo el reclamo a todos los círculos políticos para dar apoyo moral y material al nuevo régimen, llamado de "Rehabilitación Nacional". Junto a la amplitud de la coalición de fuerzas políticas inicial, ¿a qué otro giro retórico recurrir como no fuera la "imposición del patriotismo"? Sólo exaltando el sentimiento de patria, del nosotros, podría garantizarse la efectividad del mensaje cuyo norte

[2] "Programa de Diciembre del General Juan Vicente Gómez (20 de diciembre de 1908)", en SUÁREZ FIGUEROA, *Programas políticos venezolanos de la primera mitad del siglo XX*, t. I, pp. 35-36.

sería la unión de todos los venezolanos. Es que la imagen de nación, más que un dato inmediato, es una elaboración simbólica que se constituye en torno a una interpretación del sentido de la historia, con su correlato anímico y sentimental: la patria y el patriotismo. Las naciones son por lo general una construcción intelectual, emocional e historiográfica; son el resultado tanto de componentes racionales (ideas, discursos, narrativas historiográficas, nexos heroicos, hegemonías políticas), como de condicionantes unificadores no racionales de la vida social (sentido de pertenencia, imaginario social, inconsciente colectivo, dispositivos simbólicos). Venezuela no sería ajena a esa lógica. De allí que la propuesta del nuevo mandatario se resumiera así: "la mejor fórmula de la República es la que se encierra entre la modestia y el ardiente patriotismo".[3]

El ardiente patriotismo sería entonces el término emocional apto para garantizar en sus primeros momentos los objetivos del régimen: "la paz y la unión". La construcción intelectual de una nación como la venezolana se hace particularmente activa en las etapas y fechas que celebran los grandes cambios históricos. Y qué mejor que aquellos logrados a principios del siglo XIX a raíz de la independencia. Si bien el proceso de elaboración conceptual y simbólica se gestó durante los prolongados y trágicos años en que Venezuela se hizo nación —pasando de la voluntad aglutinadora de la conciencia nacional que habían tenido los próceres de 1810, a la anarquía y disgregación posterior—, la conme-

---

[3] "Programa de Diciembre del General Juan Vicente Gómez (20 de diciembre de 1908)", en SUÁREZ FIGUEROA, *Programas políticos venezolanos de la primera mitad del siglo XX*, t. I, p. 36.

moración de cambios cruciales reviste siempre un carácter fundacional al rendir homenaje a aquellos revolucionarios que quisieron romper de raíz con el pasado, creando el nuevo orden y estado de cosas. Son ocasiones éstas que avivan siempre cierto espíritu de confraternidad nacional y republicana. Queda por ver la lógica con que se construye su celebración y cómo se sedimentan estos hitos originarios en la memoria colectiva.

El carácter trascendente y dramático de la gesta independentista, con su color de leyenda por la tremenda aventura de sus hombres, hace que los gobernantes —más que el común de la gente— estén pendientes cuando se aproximan las fechas de su celebración. La coyuntura 1910-1911, cuando se cumple el primer centenario de aquella gesta, era una fecha doblemente importante: por ser un signo al que se le atribuye no sólo la memoria de las glorias del pasado, sino la proyección de los enigmas de un destino ulterior e incierto; y también por ser el comienzo de un régimen de poder no exento de enigmas, de grandes desafíos y expectativas. Para enfrentarlo "gobernaremos enérgicamente y administraremos con severidad metódica", ofrecía Gómez en su primera alocución a los venezolanos como presidente constitucional de 1910-1914.[4]

En un pueblo tan mágico —más que lógico— como el venezolano, dado a la exaltación biográfica, a los cultos heroicos, a las construcciones simbólicas y míticas, la celebración de una fecha semejante era una ocasión reveladora tanto para añorar aquel pretérito, tiempo de insustituible

[4] CORREA, *El general Juan Vicente Gómez*, p. 7; OLAVARRÍA, *Gómez, un enigma histórico*, pp. 563-564.

gloria, como para proyectar nuevas actitudes historiográficas y plantear nuevas interrogaciones y problematizaciones en torno a la fecha y al proceso desencadenado. La construcción intelectual que se hace a partir de la celebración de este tipo de efemérides, suerte de momentos críticos, forma parte de la vida de la nacionalidad y en cuanto tal incide en los más diversos ámbitos: historiográfico, simbólico, político, jurídico, literario, tal como se conserva en la imaginación de la gente y en su tradición cultural. La mayor parte de los escritores de la época se detuvieron para conmemorar, algunos inmersos en la nostalgia de esa historia heroica, pero otros entusiasmados por dirimir verdaderos problemas históricos.

De presentar una panorámica intelectual del Centenario de la independencia venezolana tratan las páginas que siguen. Lo haremos en tres momentos: primero, examinaremos todo lo relacionado con la celebración del 19 de abril de 1810, su sentido y significación. Luego consideramos lo relativo al I Congreso de Municipalidades venezolanas, efectuado entre el 19 de abril y el 31 de mayo de 1911, ocasión que permitió hacer un balance de la situación histórica, política y social del municipio, que no significaba otra cosa que un inventario del país y el diseño de soluciones para enfrentar sus grandes problemas. En una tercera parte trataremos lo concerniente a la celebración del Centenario del 5 de julio de 1811, fecha de la Declaración de la Independencia nacional, para finalmente analizar texto y contexto de una construcción historiográfica que, rompiendo con el canon interpretativo dominante, abrió nuevos horizontes.

ITINERARIO DE LOS FASTOS DE LA INDEPENDENCIA

> Los Padres de la Patria si de su sueño
> de gloria pudieran haber despertado
> un instante para ver este Centenario [...].
>
> Decreto del 10 de marzo de 1910
> Gobernación de Caracas

Los acontecimientos del 19 de abril de 1810, con la deposición de la autoridad del capitán general, Vicente Emparan, y demás funcionarios de la metrópolis (intendente de Hacienda, Real Audiencia y algunos oficiales superiores) han quedado en el imaginario nacional como el momento de la expulsión de las autoridades españolas en tierras americanas. Y esto a pesar de que la independencia absoluta de España no era un propósito tan claro en los inicios de este movimiento, además de no consumarse la ruptura ni contar semejante idea con el apoyo popular, como lo dejarían ver los acontecimientos posteriores. Por el contrario, tal como se asentó en la primera historiografía venezolana,[5] existía la duda de si la conjura había sido contra Emparan o contra España, contra el orden de cosas interno de la Capitanía General de Venezuela o contra el sistema monárquico. Llevando la duda hasta el extremo, sin dejar de considerar las operaciones ideológicas del discurso oficial, el

---

[5] Por ejemplo: Feliciano Montenegro y Colón, *Geografía general para uso de la juventud en Venezuela*, 1833; t. Cuarto: *Historia de Venezuela*, 1837; Rafael María Baralt, *Resumen de la historia de Venezuela*, 1841; Francisco Javier Yánez, *Compendio de la historia de Venezuela desde su descubrimiento hasta que se declaró estado independiente*, 1840; Juan Vicente González, *Biografía de José Félix Rivas*, 1865.

19 de abril luce más bien como una fecha "sospechosamente fernandina".[6]

Y es que tal sospecha es fundada. Al observar las fuerzas políticas presentes en los acontecimientos del 19 de abril, se distinguen tres grupos con diferentes intereses: los leales a España y a su rey cautivo que creen seriamente que deben "formar el cuerpo conservador de Fernando VII", para que poco o nada cambie; aquellos tranquilos y prudentes juristas, ganados por la idea de la autonomía, partidarios de instaurar un gobierno provisional en caso de que la monarquía sucumbiera ante Napoleón; y quienes pensaban que había llegado la hora de la independencia política para consumar la ruptura colonial y crear un nuevo orden político y social. En torno a estos últimos gravitará el proceso independentista posterior. Y si aquel jueves santo se invocaron los derechos de Fernando VII fue sólo por razones acomodaticias o estratégicas, como lo establecería la historiografía posterior: fuera "por la necesidad de no alarmar a los pueblos", como lo señalaba Juan Germán Roscio en la sesión del 4 de julio del Congreso Constituyente de 1811; o por aquella "sagacidad americana" o "astucia revolucionaria" invocada años después, en 1877.[7]

---

[6] LEAL, "El 19 de abril de 1810", pp. 66-92. Este incisivo y detallado trabajo analiza la construcción del 19 de abril como fecha mito fundacional de la historia de la independencia venezolana.

[7] Bajo los auspicios del gobierno, en 1877 se convocó a un Certamen Nacional Científico y Literario sobre la verdadera significación del 19 de abril de 1810. La pregunta formulada era: "¿El 19 de abril de 1810 es o no el día iniciativo de nuestra independencia nacional?" Tema que ponía en evidencia la duda —a casi siete décadas de distancia— en relación con el significado de la gesta de aquel día. Véanse los textos participantes en Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión

Lo cierto es que la independencia absoluta sólo se declararía un largo año después de los sucesos de abril, el 5 de julio de 1811, luego de un complejo proceso político, jurídico e intelectual que fijará la firme frontera entre lo español y lo criollo. Con su declaración de independencia, por fin "Venezuela ha entrado en el orden de la Naturaleza y de los designios en que fue creada la especie humana",[8] según las palabras del vehemente tribuno Francisco Espejo al tomar posesión de su cargo como presidente de la Alta Corte de Justicia, nombrado por el Congreso de 1811.

El 19 de Abril, "despertar de la conciencia nacional"

> [...] el fervor patriótico que inspira el recuerdo de nuestra gloriosa historia.
>
> Decreto del 21 de abril de 1910
> Gobernación de Caracas

Con toda esta carga ideológica,[9] y cuando se creían resueltas las dudas acerca de los orígenes de la independencia nacional, el país se prepara para celebrar su primer centenario. Sin embargo, no bastaron las disquisiciones de sus intelectuales tres décadas antes acerca del significado de la fecha. Había que llegar a la celebración con firmes argumen-

---

de Historia. Comité de Orígenes de la Emancipación, "El 19 de abril de 1810", pp. 63-108.

[8] Citado en Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela*, t. II, p. 59.

[9] Para las distintas operaciones ideológicas llevadas a cabo en la elaboración del mito de la fecha fundacional véase Leal, "El 19 de abril de 1810", pp. 70-73.

tos. ¿Qué mejor que acudir a la autoridad de la Academia Nacional de la Historia para que despejara oficialmente las dudas y dejara asentada de una vez y para siempre la verdad histórica oficial? A casi un año del Centenario, el 30 de abril de 1909,[10] esta academia aprueba por unanimidad un acuerdo en torno a un punto previamente consultado por la Junta Central Iniciadora de la Sociedad Patriótica: "¿Cuál debe reputarse el día inicial de la Independencia de Venezuela?" Visto el informe presentado por la comisión nombrada, la Academia Nacional de la Historia concluye unánimemente señalando: "[...] que la revolución verificada en Caracas el 19 de abril de 1810, constituye el movimiento inicial, definitivo y trascendental de la emancipación de Venezuela".[11]

Las razones y las evidencias históricas esgrimidas son múltiples y están esparcidas a lo largo y ancho de 14 consideraciones. Para encontrar una significación única se apela a la autoridad de los protagonistas de aquel momento y sus distintas maneras de juzgarla. Una de ellas sería la proclama del mismísimo Bolívar, dirigida al ejército el 19 de abril de 1820: "Diez años de libertad se solemnizan este día [...]

---

[10] Incluso un poco antes, en junio de 1908, se le había solicitado a la misma institución nombrar una comisión para pronunciarse sobre otro punto histórico afín: "¿Cuál es el lugar de Hispano América en que se dio el primer grito de independencia contra la Metrópoli?" Luego de las consideraciones de rigor se concluye "que el primer grito de Independencia fue lanzado en 1806, en Ocumare de la Costa, en la Vela de Coro y en la ciudad de Coro por el General Francisco de Miranda, a quien la historia y la posteridad han conferido con sobra de justicia el título de Precursor de nuestra Independencia", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, año I, t. I, núm. 3, Caracas, 30 de septiembre de 1912, p. 182.

[11] *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, año III, t. III, núm. 2, Caracas, 30 de junio de 1914, p. 71.

El 19 de abril nació Colombia: desde entonces contáis diez años de vida". Las distintas evidencias se presentan con un valor cognitivo en sí y no como lo que fueron: interpretaciones a posteriori, lo que revela el carácter acomodaticio de este acuerdo, hecho público precisamente en las vísperas de la celebración del Centenario de la fecha.[12] Pero acaso lo que más llama la atención de la operación ideológica en marcha es la americanización de aquella gesta. Si bien la pregunta de origen era sobre el día inicial de la independencia de Venezuela, la academia extiende su alcance en relación con los otros países, ampliando su planteamiento: "[...] cuál fue el día inicial del movimiento revolucionario que llevó a cabo la emancipación política del Continente hispano americano". Quedaba así justificado y oficializado el mito de los orígenes de la emancipación nacional en la fecha del 19 de abril. Americanizando el acontecimiento se disimulaba cualquier sombra de conciencia monárquica criolla presente en la gesta, pero al mismo tiempo se exaltaba la fibra de los revolucionarios, al igual que se insistía en aquellas naturales inclinaciones de un bravo pueblo (acaso inexistente) hacia la libertad y la independencia: "interrumpida y protestada así la dominación de España en Venezuela".

Luego de este acuerdo, seguiría organizar con tranquilidad de conciencia y claridad discursiva los festejos centenarios. Ocasión privilegiada para la reconstrucción intelectual y simbólica de la nación. Lo que a su vez daría asidero a aquella "causa política" que desde distintos ángulos aspiraba a la "rehabilitación" del país. Lo que vendrá se expresa en esta celebración del Centenario de la independencia que

[12] LEAL, "El 19 de abril de 1810", pp. 74-76.

coincidió con el final de la "provisionalidad" de Gómez. El 17 de abril de 1910 éste fue elegido por el Congreso Nacional como presidente constitucional para el periodo 1910-1914. De modo explícito o implícito se va articulando un nuevo orden político, al igual que una nueva imagen historiográfica de la nación. La construcción de este orden pasaría por la pacificación de la sociedad y la modernización institucional del Estado como labores dominantes de estos años, cuando se articula la elaboración simbólica e intelectual del país a través del discurso de la "tolerancia", "trabajo", "entendimiento", "paz", "concordia nacional". En términos lacónicos expresará Gómez: "Nuestras grandes necesidades de la época se resumen en dos: paz y trabajo" (alocución de 1910).

Como era costumbre desde aquel decreto de 1834 dirigido a "solemnizar el 19 de abril", en los días previos abundaría el cruce de oficios, circulares administrativas y demás documentos que activaban el proceso ceremonial y celebratorio "del modo en que sugiere el patriotismo".[13] En consecuencia, el Gobierno del Distrito Federal se prepara a celebrar la fiesta, considerada en lo sucesivo indistintamente como "la primera alba de nuestros días de libertad" o el "despertar de la conciencia nacional".[14] Los organizadores, consecuentes con las operaciones ideológicas previas, extienden su alcance geográfico: "[...] primera centuria de aquel Jueves Santo que fue para la humanidad suramericana como una resurrección!".[15] Por decreto del 10 de marzo

---

[13] Leal, "El 19 de abril de 1810", p. 81.

[14] Véanse los documentos concernientes a esta celebración en *El 19 de Abril en Caracas, 1810-1910*, p. 8.

[15] Leal, "El 19 de abril de 1810", p. 8.

de 1910 se prepara todo lo concerniente a la conmemoración del primer centenario "de una fecha inmortal en los fastos de la República". Todo lo cual se haría siguiendo un programa de exaltación heroica y simbólica que contemplaba, entre otras cosas: veneración a los símbolos patrios, música, fuegos artificiales y juegos de agua en las principales plazas y fuentes, salvas de artillería, repique solemne de campanas en todos los templos de la capital, develación de retratos de patriotas, discursos de orden.[16]

Enseguida, para darle mayor solemnidad intelectual a las fiestas patrióticas, se abrió un certamen literario en prosa y verso. El tema de la composición en prosa era "Influencia del 19 de abril de 1810 en la Independencia suramericana", mientras que el del verso era "Los Libertadores". Semejante iniciativa fue acogida con sumo entusiasmo por la prensa de Caracas. La variada programación no haría sino "solemnizar noblemente las conmemoraciones de aquel hecho culminante en nuestros anales".[17]

Para reforzar y complementar la ocasión, el presidente Gómez emitió el 19 de marzo de 1910 un "Decreto sobre actos conmemorativos del Centenario de la Independencia de Venezuela", enumerando las actividades a realizarse. Sus 28 artículos disponían las acciones a seguir; el énfasis se hacía en la construcción de algunos edificios emblemáticos, la creación de instituciones nacionales (la Academia Militar de la República, Escuela Náutica Nacional, edificio para la Biblioteca Nacional, entre otras), la realización

---

[16] LEAL, "El 19 de abril de 1810", pp. 9-11.

[17] "La Gobernación y el centenario. El 19 de abril", *El Universal*, Caracas (11 mar. 1910), p. 1.

de congresos nacionales e internacionales (Congreso Venezolano de Medicina, 24 de junio de 1911; Primer Congreso Boliviano, 1º de julio de 1911; Congreso de Estudiantes de la Gran Colombia, 5 de julio de 1911; Convención Telegráfica Internacional), además de variadas manifestaciones técnicas y culturales.[18]

Libertadores..., merecedores del bronce, del mármol y el poema

> [...] hay ocasiones para el hombre en que el corazón lo es todo y la palabra absolutamente nada.
>
> Gonzalo Picón Febres
> 19 de abril de 1910

Como no podía faltar, se encargó un monumento en memoria de aquellos resueltos republicanos de 1810. En la ocasión de colocar la primera piedra de lo que se llamaría Monumento de Abril, alegórico a la gesta patriótica, mandado a erigir por el gobernador de Caracas, general Francisco Antonio Colmenares Pacheco, el 10 de marzo de 1910, el discurso de orden fue pronunciado por Gonzalo Picón Febres, prestigioso intelectual y hombre de letras quien había publicado en 1906 la primera historia de la literatura venezolana del siglo XIX.[19] Con fama de gran orador, de altiva figura y dinámicos ademanes, elaboró para la ocasión una prosa esencialmente emotiva y patriótica. ¿Qué se había logrado al romper

[18] Para lo concerniente a la construcción de obras y otros aspectos de la celebración del Centenario véase BLONDET SERFATY y SALAZAR BRAVO, "Dos aristas de una celebración: 19 de abril de 1910", pp. 200-209.

[19] PICÓN FEBRES, *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve.*

con España? Era pregunta de rigor para animar a la audiencia, entre la que se hallaba el propio presidente de la República. La gloriosa independencia nos había dado, acotaba el orador, "personalidad egregia, reputación ilustre y condición honrada en el concierto de las naciones cultas, en los dominios de la historia y en los cielos eternamente bellos de la inmortalidad".[20] Por lo general en este género de piezas discursivas abundan las afirmaciones con calificativos frondosos, suerte de prosa quintaesenciada que a pesar de elevar mucho el tono dice poco, exagera los afectos y expresa las pasiones a veces de manera áspera. No obstante, Picón Febres se esmera para engalanar ciertas ideas que le permitan justificarse a sí mismo, por qué está en esa tribuna y qué debe decir, de qué tratan las hipérboles celebratorias.

En clave interrogativa lanza una serie de preguntas que le permitirán de manera efectista esclarecer el sentido de sus propias palabras:

> ¿Qué nos congrega en este sitio? La conciencia de que somos el reconocimiento de nuestra libertad política, la convicción profunda que tenemos de nuestra entelequia soberana. ¿A qué venimos? A rendir un tributo de justicia, y a dar también público testimonio de nuestro corazón agradecido. ¿Qué nos mueve? Un gran deber [...] el que cumplimos para sentirnos satisfechos y merecer el bien de la República. ¿Cuál nuestro designio? Enseñar a los pueblos que la existencia de la Patria no es sino la Patria misma, el yo-nación que se gobierna por sí solo [...].[21]

Algunas cláusulas retóricas se suben de tono para que no

---

[20] Véase discurso en *El 19 de Abril en Caracas, 1810-1910*, pp. 81 ss.
[21] PICÓN FEBRES, *La literatura venezolana*, p. 81.

quede duda de la americanización de aquel 19 de abril. Sin llegar a abusar de la hipérbole, lanza un entusiasta saludo a sus protagonistas: "¡Salve a los Libertadores de la Patria! ¡Salve que repercuta como un trueno por todos los cielos de la América!".

La oportunidad era también adecuada para reforzar el mito de los orígenes contenido en aquella fecha. Lograrlo era cuestión de establecer una lógica de la diferencia entre un antes y un después. Las palabras del orador sancionarían esto con certeras y apasionadas metáforas:

> Vivíamos en sombra, y nos bañaron con la alegría de la luz; en el dolor de la ignorancia, y nos hartaron con los frutos de la sabiduría [...] en la humillación constante, y nos ennoblecieron con la altivez republicana; en la camisa de lienzo del esclavo, y nos vistieron con la sedeña y grave toga de la ciudadanía; en la mudez del pensamiento, y desbordaron de nuestros labios la palabra que evangeliza la justicia [...] en la tristeza del colono y la factoría ignominiosa, y nos convirtieron en nación [...].[22]

Con términos semejantes se contrastaba el pasado colonial y el presente republicano. A 100 años de distancia se exaltaban las grandezas de las glorias pasadas. Era el momento justo de celebrarlas. Un siglo habría dado equilibrio a la meditación para realizar el justo balance, hermosura a la palabra para expresarlo y austeridad a la conciencia para interiorizarlo. Era pues el momento propicio para expresar las nuevas adquisiciones. Picón Febres no se dejó asaltar por duda alguna para dejarle saber al auditorio sus hondas convicciones.

---

22 Picón Febres, *La literatura venezolana*, p. 82.

La fuerza anímica clave del mito originario no tenía otro nombre que "persistencia heroica". Por encima de las debilidades de la naturaleza humana, lo importante era valorar la obra de quienes habían creado de la nada. Su obra estaba a la vista, con mirada larga se interpelaba a los presentes de esta manera: "Y decidme si puede haber para nosotros algo más digno de veneración y de alabanza que la redención de nuestro pueblo, que el alcanzamiento de nuestra libertad política, y que la victoria de esa idea generosa hoy condensada en el hogar sagrado de la Patria".[23]

Los términos empleados por el orador le daban a la festividad elevada significación moral (a través del uso de términos como redención, libertad, generosidad). Se trataba de exaltar no lo efímero sino lo estable de la vida de las nuevas naciones. Su memoria debía inscribirse más que como elocuente ejemplo, como "principio de gobierno" para superar los grandes problemas del país, más allá de la euforia festiva. En este punto habría que insistir en la idea de patria ("hogar sagrado") y en el patriotismo (aliento y fuerza que "nos redime de nuestras pasadas culpas y aberraciones y desvíos").[24] Como era de esperarse, ésa fue la tónica discursiva de todo el Centenario. Patria y patriotismo eran los vástagos privilegiados de la independencia. Ideales y sentimientos de partida y de llegada, servirían también de lugares de encuentro para soldar el alma común, ese "yo-nación" a que había aludido el mismo orador. Con esta carga anímica e ideológica el desenlace de sus palabras no podría ser distinto: "la Patria no es una quimera. Fuerza que nos levanta en las caídas, la Patria

[23] PICÓN FEBRES, *La literatura venezolana*, p. 83.
[24] PICÓN FEBRES, *La literatura venezolana*, p. 85.

no es palabra vana [...] la Patria no es mera ilusión que se desvanece como el humo [...] La Patria es realidad virtuosa a cuyo calor nos abrigamos".[25]

Piezas oratorias como ésta permiten aproximarse al mapa mental prevaleciente en las primeras décadas del siglo. No sólo con motivo de la conmemoración centenaria, sus términos trascienden la fecha para dejar al descubierto el imaginario colectivo, en cuya mediación o proyección intelectuales como Picón Febres han sido sus agentes más activos, propiciando provocaciones historiográficas y hasta cambios históricos de gran contenido. El eco que este discurso tuvo entre la opinión pública fue inmediato. Aparte de ser reproducido en la prensa de Caracas, se apreciaban altamente sus términos: "Nunca fue más justa una ovación popular, como la que se le tributó al orador al bajar de la tribuna, después de haber pronunciado un discurso de perdurable recordación".[26]

Influencia del 19 de abril de 1810 en la independencia suramericana

Y tal fue la doctrina proclamada
en todo Hispano-América.

Laureano Vallenilla Lanz
1910

El solo argumento del disimulo de la carga monárquica o española que tuvo esta fecha no bastaba para demostrar que

[25] PICÓN FEBRES, *La literatura venezolana*, p. 84.
[26] *El Universal*, Caracas (21 abr. 1910), p. 1.

las verdaderas intenciones de sus protagonistas, entiéndase el sector patriota, eran revolucionarias y emancipadoras, esto es: el "lealtismo estratégico" (la expresión es de Leal) tan invocado por la historiografía patriota se traducía en el ahínco de los conspiradores en declarar que obraban en resguardo de los intereses del monarca español por temor a los franceses invasores. Con mayor o menor éxito se había logrado decantar en el imaginario nacional la representación del 19 de abril como la "fecha iniciativa de nuestra Independencia". Había que avanzar en la construcción simbólica. Y qué mejor que para la conmemoración centenaria abrir el debate sobre la repercusión del movimiento caraqueño en las secciones más inmediatas de la América hispana. Éste fue el sentido del certamen literario convocado en marzo de 1910 para la composición en prosa. La elección del tema formaba parte de la lógica del discurso de la americanización del 19 de abril, al evocarse ésta como la fecha originaria de la emancipación continental.

De los ensayos presentados resultó ganador el del historiador y sociólogo Laureano Vallenilla Lanz, quien se situó más allá de la consideración del 19 de abril de 1810 como fecha inicial del proceso en ciernes, para encontrar que de "ella arranca nuestra evolución institucional". No era poca cosa lo que contenía el hallazgo. Acaso por vez primera se dejaban de lado hipérboles y metáforas, emotividad patriótica y festejo sentimental, para introducir nuevos temas historiográficos de largo alcance; por vez primera se evaluaba el sentido "de las antiguas libertades españolas, ahogadas bajo el formidable cesarismo de los reyes austríacos"[27] y

[27] *El 19 de Abril en Caracas, 1810-1910,* p. 117. También en *El 19 de*

su repercusión sobre los acontecimientos emancipadores, particularmente sobre la instalación de la Junta Suprema de Caracas. El autor busca aclarar con exactitud de hermeneuta y examinando cuidadosamente copiosos documentos históricos, la confusión de ideas y de principios que caracterizaba no sólo el ambiente político, moral e intelectual de aquella época sino las interpretaciones historiográficas posteriores.

Para tal propósito qué mejor que desmontar lo considerado por el propio autor como "marcadas ligerezas" con que los historiadores han sustentado sus explicaciones. Dos de ellas se referían a lo siguiente: la primera, al lugar común que señalaba a los "hombres de la primera Patria" como simples imitadores de instituciones extrañas, "copistas sin discernimiento de leyes y principios sancionados en pueblos de origen y costumbres distintos de los nuestros" (p. 113). Nada más erróneo, señala Vallenilla Lanz. Con argumentos bien labrados lógica y cronológicamente, demuestra que desde antes de descubrirse los verdaderos fines de la gesta del 19 de abril y antes de pensarse en establecer la República, ya los principios y las fórmulas del derecho revolucionario se habían precisado. Y esto sin recurrir a la imitación de instituciones extrañas, sino haciendo valer el derecho histórico. Las instituciones coloniales (provincias, cabildos, ciudades-cabildos, municipalidades) eran asideros naturales y legítimos de los derechos populares, con mecanismos propios y facultades soberanas para suplir las autoridades destituidas. De manera que el derecho histórico,

---

Abril de 1810 (nota preliminar, Luis Villalba-Villalba), p. 111. Las referencias que siguen son tomadas de esta segunda fuente.

coincidiendo con el derecho revolucionario, "iba a servir de transición al dogma de la soberanía popular próximo a aparecer; la realidad preparaba así el ideal por un doble movimiento de avance hacia los nuevos principios y de retorno hacia las formas olvidadas de la igualdad, de la autonomía, del individualismo" (p. 127). Y tal habría sido, continuaba el historiador, la doctrina proclamada en toda Hispano-América. De Caracas habría salido, en consecuencia, esa fusión de ideas tradicionales de la nación española con los principios disolventes del jacobinismo francés que se pondría en marcha en otros lugares suramericanos. En punto a la imitación, sus términos son precisos: "no va a buscar ejemplo a pueblos extraños, no invoca la historia de ningún otro país, sino que se remonta a los anales de España para recordar su decadencia desde el momento en que comenzó a olvidar sus legendarias libertades" (p. 115).

La segunda marcada ligereza se refería a la afirmación de que los cabildos de América, y particularmente los de Venezuela, habían perdido en los últimos años de la colonia "las grandes facultades gubernativas que tuvieron en los tiempos primitivos de su instalación". Una sería la autonomía de las regiones, con sus tendencias descentralizadoras. Esto es rechazado por Vallenilla Lanz, al afirmar que "el movimiento federalista iniciado el 19 de abril, y la adopción que de aquel sistema hizo el Constituyente de 1811 fue la evolución espontánea e incontenible del organismo colonial" (p 124). De manera que nada de perder facultades gubernativas: por el contrario, las mismas iban a servir para organizar la transición hacia el nuevo estado de cosas.

El tratamiento del punto objeto del certamen se hacía sin ambages:

> [...] es indiscutible que fue Caracas la primera en destruir de hecho y de derecho a los representantes de España en América y en declarar la autonomía de las colonias, rompiendo así los vínculos que la ligaban con la Metrópoli. Fue ella también la primera en dar una doctrina y en proclamar un derecho revolucionario, delineando las formas precisas del sistema de gobierno que había de implantarse en todos los pueblos Hispano-Americanos (p. 128).

Otros trabajos concursantes fueron los de Emilio Constantino Guerrero (jurista, presidente de la Alta Corte Federal y de Casación, escritor), Lucila de Pérez Díaz (crítica literaria y prestigiosa representante de la intelectualidad femenina venezolana) y Salvador Lima (hombre público y literato). En términos generales, todos estaban de acuerdo con la trascendencia suramericana de los acontecimientos de aquel jueves santo caraqueño. Las diferencias eran más bien cuestión de lenguaje y del énfasis puesto en sus variados aspectos. Mientras para Guerrero "El 19 de abril de 1810, no es sólo un día clásico en los anales de Venezuela: es el primero de la independencia Sur Americana" (p. 133), y adicionalmente presta especial atención a la gran energía que acompaña el pensamiento cuando se está "en las vías de la libertad", para Pérez Díaz la historia de la independencia comienza "el 19 de abril para terminar en otro día no menos memorable, en el Ayacucho que asegura la Independencia Sur-Americana" (p. 184) y termina por ver en la protesta de España contra Napoleón una de las causas determinantes del movimiento revolucionario. Desde una óptica más

amplia, Salvador Lima considera la influencia ejercida el 19 de abril sobre el advenimiento de la República, pero también considera aquella influencia diplomática sobre Inglaterra que hizo posible "un concepto de soberanía dentro de los límites del vasallaje", así como lo que la fecha significaría doctrinariamente sobre la multitud nacional, "y puso los fundamentos de la democracia" (p. 199); igualmente, arremete contra la tesis de la influencia de modelos extranjeros en el movimiento independentista, "acaso los abuelos de nuestros libertadores pudieron ofrecer mucho antes a los pueblos esclavos del Viejo Mundo" (p. 195).

En la interpretación histórica, tal como fue abordada en estos ensayos, particularmente el de Vallenilla Lanz, la relevancia de los hechos del pasado lucía más importante que el mero registro de los logros de los grandes hombres. Se podían admirar esos logros pero sin ocultar o evadir las fuerzas sociales de las que eran expresión. Estas nuevas tendencias historiográficas, las críticas y polémicas suscitadas, son textos que tienen todos en común la propiedad de introducir otros temas explícita o metafóricamente, de realizar inventarios sociales, culturales o políticos del país, a partir de un sentimiento de identidad nacional, es decir, inscribiéndolos dentro de los conceptos y símbolos de la nación a la hora de celebrar una fecha decisiva.

TRASCENDENCIA DEL CONGRESO DE MUNICIPALIDADES

> Art. 9º Solemnizarán la conmemoración del Centenario, los siguientes Congresos: 1- De Municipalidades, compuesto de un Delegado por cada Ilustre Concejo de la República.
>
> Decreto Ejecutivo
> 19 de marzo de 1910

El 19 de abril de 1911 se instaló en Caracas el primer Congreso de las Municipalidades del país que duraría hasta mayo. Se trataba de un "alto homenaje de consciente devoción a los esclarecidos varones que crearon la Patria y fundaron la República" (discurso de Francisco Linares Alcántara, ministro de Relaciones Interiores, en la instalación del Congreso), cuyo propósito era hacer inventario y diagnóstico de la sociedad venezolana y sus problemas, con el ánimo de emprender soluciones. La convocatoria oficial hecha el año anterior (19 de abril de 1910) dejaba claro el homenaje al movimiento emancipador de un siglo atrás, pero sería parte también "de uno de los más legítimos desarrollos del proceso de reconstrucción nacional iniciado el 19 de diciembre de 1908, la cual es la de promover la más activa y concertada cooperación de las Municipalidades de la República". Sería a esta instancia de la sociedad, representantes de los respectivos concejos y juntas comunales, herencias mayores del sistema colonial (los antiguos cabildos y comunas), a quienes correspondería "contribuir con la inminente regeneración del país".[28]

[28] "A los ciudadanos Presidentes de las Ilustres Municipalidades de la República", Convocatoria del 19 de abril de 1910, del ministro

La metodología utilizada para la ocasión fue solicitar informes previos a las diversas municipalidades sobre los temas considerados importantes para la mejor organización de su régimen administrativo, de manera que la Comisión Preparatoria, a reunirse el 19 de enero de 1911, se encargara de determinar las líneas del programa del Congreso, una vez clasificada la información remitida. Al mismo tiempo se sugería tratar aspectos tales como el estado sanitario del distrito y de cada uno de sus municipios, situación escolar, administración de justicia y régimen penitenciario, sistema rentístico e inventario de los bienes comunales, estado de las obras y las comunicaciones, registro civil de la población. Enseguida se elaboró un Reglamento Interior y de Debates que contemplaba, entre otros aspectos, una Comisión Preparatoria, las comisiones delegadas de cada una de las municipalidades, el debate, la organización de las sesiones.

Los informes de las diferentes comisiones esbozan un fresco trágico del país. Poco halagador era el inventario de aquella sociedad que celebraba el primer siglo de vida independiente. A su desintegración física habría que sumar otras pésimas condiciones: tasa de crecimiento poblacional en descenso, "añadidos al estado de miseria denunciado [...] el país se despuebla", afirmará la Comisión de Sanidad; "déficit de escuelas primarias" registrará la Comisión Escolar, mientras que la de Obras y Comunicaciones alerta sobre "la falta casi absoluta de vías de comunicación o sobre el estado deplorable de las pocas que existen";

---

de Relaciones Interiores, general Francisco Linares Alcántara, en *PPVSXX*, p. 3.

al encontrar "sumamente pobre la población de los campos y aldeas de Venezuela", la Comisión del Registro Civil observa "muy graves las irregularidades y deficiencias" en esa materia; el régimen judicial y penitenciario es evaluado como precario por la comisión respectiva que, sugiere una urgente reforma "indispensable para el bienestar y progreso de los pueblos"; en cuanto a las Rentas, Ejidos y Estadísticas, se alerta que la administración ni siquiera tiene definido "con precisión los ramos cuyo gravamen debe constituir la renta propiamente municipal".

Lejos estaba, entonces, de su esplendor aquella sociedad que servía de escenario a la celebración. En el mismo gobierno había conciencia de esto; quienes llegaron al poder en diciembre de 1908 "hallaron la nación en condiciones las menos propicias a la celebración digna del Centenario".[29] Pero si no se podían festejar los avances, las riquezas, las potencialidades, al menos habría que intentar hacer un inventario de los males que aquejaban a su gente. No todas las miradas debían fijarse en los próceres de la independencia, es decir, en el pasado, el futuro también estaba a la orden del día. Una reflexión desprendida sobre sí mismos aclararía el presente. La incorporación de la sociedad a nuevos derroteros era ejercicio útil para vislumbrar el futuro. Ésa sería la trascendencia del Congreso de Municipalidades.

[29] *Venezuela en el centenario de su Independencia 1811-1911*, vol. I, 1912, p. XII.

"Patriotismo culto", *remedios criollos a males criollos*

> Toda una centuria de faena y de dolor ha transcurrido antes de que los Municipios fuesen invitados a deliberar acerca de su propia suerte y de los males que [...] los aquejan desde hace cuatrocientos años.
>
> César Zumeta
> 19 de enero de 1911

Los más destacados intelectuales de aquellos días colaboraron en la iniciativa (Luis Razetti, Pedro Manuel Arcaya, Laureano Vallenilla Lanz, José Gil Fortoul, Eloy G. González, Eduardo Calcaño, José Austria, F. Jiménez Arráiz, Pedro Emilio Coll). Su presencia activa en el desarrollo de las reuniones era signo del reconocimiento de los problemas y desafíos, al tiempo que posibilitaba elaborar diagnósticos y propuestas. Como secretario del Congreso se designó a César Zumeta, autor de *El continente enfermo* (1899), pensador de pulido estilo quien ya había dado importantes batallas intelectuales sobre los problemas hispanoamericanos y desde diversos países promovió empresas editoriales de gran impacto. Fue de los más entusiastas en bajar la carga heroica para pensar en la sociedad, y así convertir el Congreso en una suerte de rito de pasaje colectivo, del pasado al futuro. En el acto de instalación de la Comisión Preparatoria dejó saber sus más íntimos deseos: "Feliz Venezuela si la bendecida iniciativa del Gobierno da por resultado [...] actos precisos de concreta eficiencia que den la medida posible de los bienes a que puede y debe aspirar el patriotismo culto".[30]

[30] César Zumeta, "Palabras en el acto de instalación de la Comisión Preparatoria", 19 de enero de 1911, *PPVSXX*, p. 12.

No deja de ser interesante precisar lo que el orador expresaba con ese "patriotismo culto". En estas celebraciones centenarias abunda la retórica patriótica, como lo hemos venido mostrando. Pero la elaboración intelectual y simbólica de una nación no se logra sólo con frases altivas y devotas de una gesta ya cumplida, aquella "patriotería profesional [...] culpable de esta nube de pretensiones fantásticas en que nos agitamos como sombras", a que vigorosa e implacablemente aludió José Rafael Pocaterra.[31] Quizás cuanto más se evoca la patria menos existe ésta. Había que acudir a la elaboración de símbolos, más que a metáforas solemnes. La estructura simbólica al tiempo que aclara con sus agudos destellos el presente, apunta también a lo desconocido. Se agita en las sombras pero al mismo tiempo busca salir de ellas. El patriotismo culto podría escucharse cual frase elegante, también podría significar una actitud profunda —por profunda, oscura y atractiva— y, sin embargo, decir mucho sobre el estado del mundo social exterior.

Lo primero es aquella "centuria de faena y de dolor" y aquellos males que aquejan al municipio "desde hace cuatrocientos años". ¿Cómo conjurar semejantes rémoras del pasado que perturban con inclemencia el presente? Superar el estado de postración comenzaría por elevar la estima de quienes dirigían los asuntos ciudadanos. A ellos apuntaba Zumeta cuando se refería a "la pericia, honorabilidad y espíritu público" de los delegados ante el Congreso de Municipalidades.[32] Era la supuesta probidad y competen-

---

[31] POCATERRA, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, t. I, p. 189.

[32] César Zumeta, "Palabras en el acto de instalación de la Comisión Preparatoria", 19 de enero de 1911, *PPVSXX*, p. 11.

cia, demostrada por algunos, sin demostrar por la mayoría de aquellos representantes, porque, ¿cómo ser diestros en una práctica que había permanecido aletargada durante un siglo? De allí la energía anímica que el orador busca despertar: "La significación moral de esta Asamblea es extraordinariamente preclara [...] De la sana y honda trascendencia y utilidad de este día sois vosotros árbitros únicos".

Lo segundo sería el estilo de esta reunión de las municipalidades. Por ser inventario, estudio y solución de males sociales, no se trataba del clásico debate parlamentario del Estado moderno, "monopolio de los más grandilocuentes y versados en el arte de la palabra y del voto"; tampoco se trataba de desempeñar "la función nerviosa de estimular emociones con la palabra". Si de debatir el estado de cosas en los gobiernos comunales se trataba, el estilo sería la presentación por parte del especialista, del profesional, del apto en cada una de las cuestiones, de los padecimientos de la ciudad y la aldea. Había que solucionar las más urgentes necesidades del municipio, pero también elevar el espíritu municipal. Voluntad de hacer, nobleza de propósito por claros y honestos entendimientos, estímulo a los principios de equidad y pulcritud, en esto consistía el patriotismo culto. Para sellar su trascendencia, qué mejor que recordar el concepto de gobierno comunal. Esto lo hace el orador con términos precisos: "Es la ciencia de civilizar y urbanizar una comunidad con los propios recursos de la región, y de crear equitativamente la autonomía económica de la entidad administrativa, fuera de la cual toda otra soberanía es pura cosa de ilusión o de oratoria" (p. 11).

Ensayo de propaganda educativa y de esfuerzos reivindicadores

> [...] esa hermosa institución necesita urgentemente volver sobre sí misma.
>
> Francisco Linares Alcántara
> 19 de abril de 1911

Más allá del mal augurio, el diagnóstico —en el marco de la celebración centenaria— era condición que posibilitaría la discusión estratégica de qué hacer, no sólo en relación con el tipo de gobierno necesario, o el papel del Estado y el municipio, o con la necesidad de reformar y crear nuevas leyes para corregir el deplorable estado de la sociedad, sino sobre el modelo de desarrollo a implementar. Al frente de este Congreso de Municipalidades, insisto, estaba la élite más ilustrada y capaz del país, con un gobierno apenas en sus comienzos y, como siempre, con la mejor voluntad, así lo había ofrecido el mismo presidente Gómez a los venezolanos de 1910: "conquistar la civilización [...] para que la firmeza y la honorabilidad de Venezuela brillen en todas partes".

A su ministro de Relaciones Interiores, Linares Alcántara, le correspondió —en nombre del poder ejecutivo— instalar este congreso el 19 de abril de 1911. Por ser el primero de su índole, el alcance en relación con el orden civil y político era inminente: "llama singularmente la atención pública y despierta ilusiones de alto civismo en el alma nacional".[33]

[33] Francisco Linares Alcántara, "A los ciudadanos Delegados de las Municipalidades de la República", en la instalación del Congreso, 19 de abril de 1911, *PPVSXX*, p. 17.

De suerte que a través del Congreso de Municipalidades, el discurso oficial trazaba una recta línea entre la herencia independentista ("primera piedra del edificio de la República"), el significado del gobierno iniciado el 19 de diciembre de 1908 ("consagrado al servicio de sus conciudadanos") y la celebración del Centenario ("aquellos hermosos destinos, vislumbrados hace una centuria por sobre los anuncios de la epopeya"].[34]

Al contemplar ciertos aspectos particulares de la vida política venezolana, Linares Alcántara reflexiona sobre la solidez e importancia del municipio. Quizás pensaba el orador en éste como fundamento teórico de la organización política porque en la práctica su existencia había sido casi nula. La pregunta de rigor se la planteaba en estos términos: "Cómo y por qué en Venezuela [...] la idea cardinal del Municipio [...] ha pasado cual inmune salamandra por entre las voraces llamas de todas nuestras contiendas y resistido tanto empeño consecutivo de cambios y reformas, para quedar siempre con vida sobre ruinas de costumbres, de leyes y de Gobiernos".[35] La historia política de Venezuela habría seguido el curso que va desde el osado ayuntamiento precursor de la independencia hasta el frágil y precario concejo municipal de 100 años después. Sobre ese curso se inscribían todas las aventuras y tragedias de la vida nacional.

---

[34] Francisco Linares Alcántara, "A los ciudadanos Delegados de las Municipalidades de la República", en la instalación del Congreso, 19 de abril de 1911, *PPVSXX*, p. 19.

[35] Francisco Linares Alcántara, "A los ciudadanos Delegados de las Municipalidades de la República", en la instalación del Congreso, 19 de abril de 1911, *PPVSXX*, p. 17.

En definitiva era natural y lógico este desarrollo por la falta de verdaderas tradiciones municipales en el campo del derecho administrativo, lo que incentivaba la inestabilidad y el continuo relajamiento de las costumbres públicas. De manera que mientras por una parte se mantenía el municipio "como fundamento invariable de organización política", por otra veía menguada su influencia por el peso implacable de la inestabilidad constitucional y el caos político. Aquel congreso posibilitaba abordar la paradoja. Era el momento de discutir, de repensar, de redefinir el futuro del país. La ocasión centenaria era simbólica y políticamente idónea para sensibilizar al respecto: "Lo que sí debemos hacer notorio y axiomático por obra de una constante evangelización de los puntos pertinentes, es que esa hermosa institución necesita urgentemente volver sobre sí misma, reaccionar contra todos los achaques o estigmas que la han traído a menguada degeneración [...]".[36]

El Gobierno no podría hacer otra cosa que poner todo su esfuerzo y esperanzas al servicio de este congreso. Teniendo claro el balance y definidos los principios, lo demás, estudio y planteamiento de los problemas municipales, vendría por sí mismo. No quedaba más en aquel centenario que lanzarse a la construcción de lo sólido y estable. Ése era el sumario de las tareas de los delegados municipales. Habría que proyectar hacia adelante la gloria de los hechos pasados. El orador insiste y clama por aplicar la "ciencia del gobierno" propia al desenvolvimiento de la comunidad. Sólo ella apor-

---

[36] Francisco Linares Alcántara, "A los ciudadanos Delegados de las Municipalidades de la República", en la instalación del Congreso, 19 de abril de 1911, *PPVSXX*, p. 18.

taría lo necesario a la solución de las cuestiones propuestas: "La generalidad de las grandes depresiones de nuestra vida pública, se debe en primer término a la falta de oportuna aplicación de elementales principios".[37]

Por supuesto que esta iniciativa era punto de partida y no de llegada: "es de los actos trascendentales del Centenario [...] tanto por la significación que tuvo en el momento de cumplirse, como por la potente semilla que depositó en la conciencia pública del país".[38] En adelante quedaba mucho por hacer. Ya al finalizar este congreso, en mayo de 1911, pocos días faltaban para cumplirse la fecha clásica. La tarea oficial a la hora de decretar la celebración de tan magna oportunidad era ardua. Nación, pueblo y gobierno habrían de marchar juntos, olvidar todos sus afanes para darle paso a uno de aquellos momentos solemnes de su historia. De 100 en 100 años se construyen los lapsos de júbilo para la nacionalidad, podría decirse. Los antecedentes históricos de Venezuela lo ameritaban. Por muchos días todo evocaba los recuerdos de la lucha emancipadora, de aquella que declaró la independencia el 5 de julio de 1811, primer aire de libertad que acaricia la naciente República.

---

[37] Francisco Linares Alcántara, "A los ciudadanos Delegados de las Municipalidades de la República", en la instalación del Congreso, 19 de abril de 1911, *PPVSXX*, p. 19.

[38] *Venezuela en el centenario de su Independencia 1811-1911*, vol. I, 1912, p. XIX.

5 DE JULIO DE 1911, LA PRIMERA CENTURIA

> El Centenario tenía que ser necesariamente la glorificación del Libertador [...] el más entusiasta alentador de los audaces.
>
> Delfín Aguilera / Landaeta Rosales
> 1911

En la celebración de esta primera centuria de vida republicana, Venezuela estuvo en armonía con sus antecedentes históricos. Ligada por tantos vínculos estrechos al resto del continente, era de esperarse que el centenario volviera a la glorificación no sólo del Libertador, sino de todos aquellos guerreros que en la lucha emancipadora habían sembrado victorias en suelo americano. La conmemoración en tanto ejercicio de memoria tenía que retomar su protagonismo inicial. Un siglo más tarde era ocasión propicia para reforzar las pretensiones fundacionales. Además, la sociedad comenzaba a sentirse histórica. El haber sido fundada sobre las bases de la voluntad instituyente de sus hombres, aquel bolivariano entusiasmo alentador de los audaces hacía que éste fuera un gran momento. Conmemorar era un paso adelante en un trayecto que prometía un futuro mejor. Bastante falta hacía esto en aquella postrada sociedad. Las palabras con las que se expresaba el estado de ánimo eran elocuentes:

> [...] cuantos vieron la celebración del Centenario y juzgaron con cabal exactitud la dosis de enseñaza contenida en aquel acto de presencia del patriotismo venezolano, se sintieron fortaleci-

dos en su veneración por la Patria, los unos, y todos en su fe en los destinos de Venezuela.[39]

Se trataba de poner acontecimientos y cosas del pasado en el presente, y para ello qué mejor que exaltar la memoria patriótica, activar el culto heroico, como una forma de ocultamiento y disimulo de aquel presente.[40] ¿Acaso conmemorar reconociendo las grandezas y glorias del pasado no era una forma, entre muchas, de legitimar el presente? ¿Qué significaba conmemorar para la Venezuela de aquel momento, en especial para su reconstrucción simbólica e intelectual? ¿Mediante la conmemoración no se colocaba a "Venezuela en la corriente de civilización en que ahora adelanta", según la palabra oficial?[41] Celebrar la fausta ocasión de su primer centenario respondía a la necesidad de conservar la memoria de esa fiesta excepcional. En lo que sigue presentamos —desde la perspectiva de la fijación de la memoria en función del presente y del futuro— algunas de sus manifestaciones más elocuentes.

---

[39] *Venezuela en el centenario de su Independencia 1811-1911*, vol. I, 1912, p. XVI.

[40] "La memoria —escribe Pierre Nora— es siempre un fenómeno relevante, un vínculo vital con el eterno presente, la historia es una representación del pasado." Véase NORA, "L'ère de la commémoration", p. 1011.

[41] *Venezuela en el centenario de su Independencia 1811-1911*, vol. I, 1912, p. XIII.

Considerando que el 5 de julio de 1911 cumple cien años la Independencia...

> [...] para que la fiesta que vamos próximamente a celebrar sea tan brillante y extraordinaria como la gloria y el patrotismo de los egregios fundadores de la República.
>
> Juan Vicente Gómez
> Enero de 1911

Si el 19 de abril de 1910 había sido considerado genérica e indistintamente, según se ha mostrado, como la celebración de "la primera alba de nuestros días de libertad" o aquel "despertar de la conciencia nacional", a la hora de conmemorar el 5 de julio de 1911 los términos serían más precisos. En materia de construcción de la memoria: ese día "cumple cien años la Independencia de la Nación Venezolana". O para exaltar protagonistas y principios, se hablaba de que el "Gobierno y pueblo de Venezuela celebrarán solemnemente el primer Centenario de la proclamación de su soberanía". Éste era el léxico del decreto de la Presidencia de la República del 19 de abril de 1909, donde se designa la junta encargada de la elaboración del programa y organización de los actos que habrían de conmemorar ese día.[42]

En atención a esto, se seleccionaron 45 personas cuya composición era: 10 militares, generales todos, representantes de la reacción anticastrista, y 35 civiles, todos doctores, figuras prominentes de la política, las letras, las ciencias y las artes. A su cargo quedó entonces lo relacionado con la publicidad,

---

[42] *Venezuela en el centenario de su Independencia, 1811-1911*, vol. I, 1912, p. 3.

bellas artes, congresos, relaciones exteriores, finanzas, festejos, relaciones interiores. Se procedió a la edición, por cuenta de la nación, de obras históricas (entre otras: testimonios relacionados con los acontecimientos de 1810-1811, obras de carácter más general tales como *Historia Patria* de Lino Duarte Level, *Patria y unión* de Alfredo Pietri, *Historia contemporánea de Venezuela*, en 15 volúmenes, de Francisco González Guinán, quien se desempeñaba como secretario del presidente Gómez y luego sería ministro de Relaciones Exteriores). Igualmente, sectores organizados de la sociedad se harían presentes mediante la celebración de reuniones tales como un Congreso Industrial Pecuario (instalado el 28 de junio de 1911, para "promover y estudiar los medios necesarios para asegurar la venta de los productos de la industria"), o los diferentes gremios, asociaciones y corporaciones quienes se pronunciaron con acuerdos, asambleas u ofrendas.

La Sociedad de Escritores Latinoamericanos celebró en Caracas (20 de julio de 1911) una reunión preparatoria a su constitución formal, "para unificar el pensamiento latinoamericano" bajo el llamado "libertad, fuerza y unión". El Gremio de Tipógrafos de Caracas dejó oír sus palabras conmemorativas, destacando el papel de la imprenta: "boca ungida por la Libertad, sus mil lenguas dilataron aún más allá de medio Continente la nueva feliz de que Venezuela era libre".[43]

La conmemoración adquiría carácter histórico. La memoria del "génesis de la Patria", con todo y su "culto de los héroes semidioses",[44] como lo expresara Arminio Bor-

[43] *Venezuela en el centenario de su Independencia, 1811-1911*, vol. II, 1912, p. 451.

[44] *Discurso pronunciado por el Señor Doctor Arminio Borjas en el Parque de Carabobo el día 24 de junio de 1911*, p. 4.

jas en su discurso al inaugurarse los bustos de algunos de quienes rindieron la vida en aquellas asoladoras jornadas, no hacía más que verificar la historia. Quedaba por verse si aquella recuperación del pasado, por parte de quienes se sentían sus herederos y descendientes, significaba una toma de conciencia histórica o se trataba simplemente de una afirmación simbólica de la historia oficial sin mayores consecuencias. La gesta conmemorativa parecía la expresión concentrada de la historia nacional; era como si el tiempo se hubiera detenido en las décadas anteriores y llegado el presente del Centenario hubiera que acelerar la marcha hacia el futuro: "podemos, comparando ese ayer con el presente [...] contemplar los jalones luminosos que marcan las etapas que hemos hecho en peregrinación de veinte lustros, camino del progreso", añadía Borjas. Todo se presentaba como un juego ritual aderezado con gestos, palabras, símbolos y solidaridades.

> Venezuela, siempre noble y espléndida, ha querido que todos sus hermanos concurrieran a esta magna fiesta de la Libertad; y hemos acudido, presurosos y palpitantes de júbilo, de todas las Comarcas inmortalizadas por las épicas hazañas de Bolívar, de Sucre y de cien y cien héroes más, hijos gloriosos de esta tierra privilegiada, fecunda progenitora de gigantes.

En estos términos agradecía el embajador de Ecuador, José Peralta, al presidente Gómez, en carta del 2 de julio de 1911, la invitación a participar en el juego ritual de la conmemoración.[45] Lugar destacado ocuparía la presencia de

[45] *Venezuela en el centenario de su Independencia, 1811-1911*, vol. II, 1912, p. 28.

España en Venezuela en aquellas fiestas. Era oportunidad para afirmar simbólicamente la libertad, pero también para el reconocimiento mutuo de relaciones fraternas. La reconciliación con la Madre Patria habría de quedar plasmada con gestos que dejaban atrás los horrores de una época violenta. El 5 de julio de 1811, el presidente Gómez le obsequiaría al embajador de España, Anibal Morillo y Pérez, Marqués de la Puerta, Conde de Cartagena, nieto del general don Pablo Morillo, un estuche de terciopelo rojo que contenía "sujeto con hilo de oro y sobre fondo de raso blanco", un fragmento de la piedra histórica colocada en el sitio de Santa Ana, donde los generales Morillo y Bolívar habían conjurado con abrazo generoso los estragos de la guerra a muerte. El obsequio sería, para el representante de España, "la joya más preciada que conservaré [...] con el culto con que se aúnan las reliquias históricas".[46]

[...] liturgia insólita en el culto del patrotismo

> Nosotros representamos aquí la Asamblea más gloriosa que guardan los anales de la humanidad, pues que somos los herederos de los patricios del 5 de julio de 1811.
>
> Tomás Aguerrevere Pacanins
> Presidente del Congreso Nacional
> Discurso, 5 de julio de 1911

En Caracas, a las 9 de la mañana de un fresco 5 de julio de 1911, el recinto de la Cámara del Senado resultaba estrecho para acoger la multitud que se disponía a asistir a la sesión

[46] *Venezuela en el centenario de su Independencia, 1811-1911*, vol. II, 1912, p. 40.

solemne conmemorativa de los acontecimientos de un siglo atrás. Con sentidas y aduladoras palabras ("reside en el actual Presidente de Venezuela el alma incomparable de Bolívar"), el presidente del Congreso Nacional, Aguerrevere Pacanins, abrió el acto. El orador de orden escogido fue el historiador y senador José Gil Fortoul. Autor de una célebre *Historia constitucional de Venezuela*, publicada en tres volúmenes en Berlín en 1907, formaba parte de aquellos intelectuales cuya obra había sido influenciada por el positivismo sociológico, quienes en su mayoría habían acogido entusiastamente la llegada al poder de Juan Vicente Gómez.

En los alrededores del Centenario, con la nación más o menos cohesionada y el Estado nacional en proceso de organización, surgían nuevas posturas respecto del modo de imaginar las ideas, principios o creencias que podían servir de referencia para la sociedad como un todo. Es cierto que este estado de cosas tiene una relación por veces cierta, pero otras ambigua y solapada con el proceso mismo, pero sea como fuere sirven cual telón de fondo para animar los rasgos intelectuales de ese inicio de siglo. Son aquellos de la estirpe de un Gil Fortoul los que se hacen —más allá de la elocuencia patriotera— la pregunta sobre el atraso del país ("¿Por qué la evolución progresista ha sido aquí más lenta que en otras regiones de la América hispana?", se interrogaba en voz alta en la clausura de las sesiones del Senado en 1910).[47]

La sesión conmemorativa resultaba, así, escenario útil para traer a madura reflexión problemas históricos y sociales aún no resueltos. "El deber imperioso de no rehuir

[47] Gil Fortoul, *Discursos y palabras (1910-1915)*, p. 32.

ningún esfuerzo patriótico ni librarnos de ninguna responsabilidad", diría el orador con voz enaltecida por la ocasión.[48] Comprender lo que había sido Venezuela como nación y como sociedad, entender sus rasgos característicos, pasaba por examinar el origen, significación y trascendencia de la revolución de independencia. Y a esto dedicaría su tiempo el orador.

Más allá de considerar al 19 de abril de 1810 o al 5 de julio de 1811 como las fechas del nacimiento de la patria, Gil Fortoul se inclina a pensar que ésta existía desde antes y que lo ocurrido en aquel periodo fue la adquisición de la conciencia autonómica: "Existió la patria venezolana desde que a raíz de la conquista se estableció aquí el régimen colonial" (p. 5). Era la misma que estaba siendo celebrada y venerada en aquel momento. Su fascinación habría sido la compleja nacionalidad que se desarrolló en ella. Suerte de amalgama de tres grandes "razas y mentalidades diferentes: el indio autóctono, el español conquistador, el africano esclavo". Fueron éstas las que mezcladas llegaron a constituirse en alma colectiva y dieron las célebres jornadas en los debates del Ayuntamiento de 1810 y en el Congreso de 1811. Esta alma colectiva sería el aposento de una "nueva raza", la misma que desde hacía 100 años venía descifrando el enigma de su porvenir. Su fijación simbólica se habría realizado, al decir del orador, mediante la adopción de un símbolo ingenuo: "El caballo del conquistador que hace cuatro siglos piafó aquí como animal exótico, va corriendo ahora como emblema de Independencia y Libertad, por el campo azul de nuestro escudo" (p. 7).

---

[48] Gil Fortoul, "Discurso del Senador Gil Fortoul", p. 3.

Luego de trazar los meandros seguidos desde 1808 por los cauces revolucionarios, hasta llegar en 1811 a proclamar definitivamente la esperada República, Gil Fortoul le da un giro social a su discurso cuando interroga la composición de aquella fuerza mayor ("turba ruidosa de los grandes días", p. 14) que daría al traste con el sistema colonial. Ni enteramente monárquicos ni decididamente republicanos todavía, coexisten varios orígenes: los descendientes de conquistadores pero nacidos en América, aquellos criollos de los cuales Bolívar habría sido "la más representativa encarnación del alma de su pueblo" (p. 13); los graves jurisconsultos que andaban conciliando las viejas leyes coloniales con las audaces y novedosas constituciones de Estados Unidos y Francia; los genuinos representantes de la nobleza criolla preocupados por mantener su poder; clérigos de espíritu inquieto que mezclaban sus creencias religiosas con su deber de patriotas, y en apoyo de todos ellos el naciente pueblo marcado por la más acrisolada composición. Los hogares, las calles y los clubes de aquellos grandes días fueron el aposento de ruidosas palabras e inusitadas escenas, sirvieron de telón de fondo a la mezcla social: "ya empieza a andar de bracero el antes despreciado mestizo con el ahora demócrata hijodalgo, y dirigen la misma mirada al porvenir el hijo del artesano y el nieto del encomendero" (p. 14).

La elaboración intelectual y simbólica presente en el discurso de Gil Fortoul constituye una nueva imagen historiográfica de la nación. La fuerza mayor del movimiento de independencia, su impulso decisivo fue más que el patriotismo, fue una compleja reacción de pasiones contenidas y desencadenadas en los diferentes sectores políticos y sociales. El 19 de abril —con toda la carga fernandista que con-

tiene— marca la fundación de los hechos que animarían la evolución política posterior. El 5 de julio y su Acta de Independencia signaron aquel pasado pero también la esperanza del futuro. A ese futuro le habían llegado 100 años de existencia "y seguirá acompañándonos en la fortuna que nos reserve la historia venidera" (p. 16).

Este campo semántico en el que discurre Gil Fortoul se va sedimentando en el gobierno de Gómez, en el contexto de la pacificación de la sociedad, de la modernización institucional, de la emergencia y visibilidad de nuevos sectores sociales (estudiantes, sectores medios, intelectuales, obreros) que configuran nuevos escenarios. Su pupila de historiador habría de tener claro el hilo de la trama iniciada 100 años atrás. El tiempo histórico era inexorable y quedaría plasmado en ese presente y en el venidero futuro: "Así —presagia el orador— el pasado nos indica el porvenir. Ni exclusivismo de raza, ni de historia, ni de aspiraciones" (p. 20).

Otras actividades conmemorativas vendrían a complementar los ejercicios retóricos. El 22 de julio finalizó el Congreso Bolivariano, donde se ventilaron "los más altos problemas de las cinco Repúblicas que deben su independencia a Bolívar", reunido en Caracas por iniciativa del gobierno venezolano desde el 1º del mismo mes. Llamado a tener gran resonancia en todo el continente americano, el Congreso, con el acuerdo unánime de las delegaciones, resuelve "Reconocer solemnemente los elevados sentimientos de fraternidad y americanismo con que Venezuela ha iniciado las gestiones diplomáticas tendientes a la realización de la Unión Boliviana".[49]

---

[49] *Venezuela en el centenario de su Independencia, 1811-1911*, vol. II, 1912, p. 195.

Como parte de las mismas celebraciones, el 25 de julio de 1911 se reuniría en Caracas el Segundo Congreso Internacional de Estudiantes de la Gran Colombia (el Primer Congreso se celebró en Bogotá el 20 de julio del año anterior).[50] Con presencia de delegaciones de Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú el Congreso culminó el 28 del mismo mes con la firma de un conjunto de acuerdos en materia educacional y política; uno de ellos era la constitución de asociaciones generales de estudiantes consagradas a implementar la Liga Internacional de Estudiantes de la Gran Colombia.

Los principales voceros del periodismo caraqueño y de provincia realizaron certámenes literarios en prosa y en verso, con participación popular. El diario *El Universal*, fundado en 1909, convocó al torneo "El soneto del Centenario". La iniciativa fue apoyada por los más importantes voceros del periodismo caraqueño (*El Cojo Ilustrado*, *El Tiempo*, *El Eco Venezolano* y *Sagitario*). El asunto histórico escogido para la composición fue "La entrevista de Bolívar y Morillo en Santa Ana", ocasión en la que se firmó un armisticio de paz que daba por finalizada la etapa de guerra a muerte decretada por Bolívar en 1813 ("Este que ves, lector, mármol sencillo, / Te recuerda que en época lejana, / Ante la furia de contienda insana / Se abrazaron Bolívar y Morillo", rezaba el primer verso del soneto ganador).[51]

Otras iniciativas semejantes, para estimular las letras y la imaginación histórica en esta conmemoración centenaria, provinieron de agrupaciones tales como la Sociedad

---

50 MARSISKE, *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina.*

51 *Venezuela en el centenario de su Independencia, 1811-1911*, vol. II, 1912, p. 484.

Amparo Recíproco, de carácter filantrópico, que organizó un certamen literario. Para la prosa se escogió el tema "La influencia de la mujer en los acontecimientos de nuestra guerra magna", mientras que para el verso el canto era sobre "Bolívar en Santa Marta". Por su parte, *El Heraldo Católico*, "como modesto homenaje de patriotismo al Centenario de nuestra Independencia", promovió un certamen literario para la prosa: "Disertación acerca de la campana anunciadora de la Independencia", y para el verso: "Canto épico a los héroes anónimos de la Emancipación". El ganador de este último finalizaba así: "El ideal que defendisteis os basta! Pura/Estrella en vuestra calle doliente de amargura!/Y todos vuestros nombres bien valen este nombre/Bolívar, el más alto derecho de ser hombre!". Finalmente, el diario *La Nación* escogió como temas de su concurso literario, para la prosa: "Las glorias de España, glorias son de Hispano-América", y para el verso: "Los conquistadores".[52]

Fue una guerra civil...

> Decir que la guerra de la Independencia fue una guerra civil, no amengua en nada la gloria de nuestros Libertadores.
>
> Laureano Vallenilla Lanz
> 11 de octubre de 1911

El canon historiográfico nacional, bajo la influencia de la representación contenida en el discurso de la historia ofi-

[52] *Venezuela en el centenario de su Independencia, 1811-1911*, vol. II, 1912, pp. 314 ss.

cial, particularmente de la *Historia constitucional* de Gil Fortoul, explicaba las luchas por la independencia como una guerra de cácter internacional: "Ya había empezado la guerra, la guerra internacional, la guerra entre la República de Venezuela y la Monarquía de España [...] que va a durar diez años, con sus correspondientes desgracias y heroismos, reveses y victorias".[53] Esta interpretación pasaba por alto el papel que en la primera fase del conflicto jugó aquella masa popular, todavía ignorante y pasiva, no familiarizada con el concepto de patria libre y mucho menos con el siginificado de los cambios radicales que sufrirían las instituciones fundamentales bajo el régimen republicano. Su costumbre de obedecer al despotismo español la mantenía más en el estado de vasallaje que en el de hombres libres. De allí su desconfianza ante la clase noble, alta e instruida, incluida la oligarquía criolla; de allí también que la mayoría del pueblo de Venezuela fuera enemiga de la causa independentista. No se entendió muy bien el disimulado movimiento de rebeldía criollo ante el bienamado Fernando que dejó al desnudo cierta explosión españolizante y monárquica, en mayoría y significado, por parte de algunos de los sectores de esta clase, los mismos que en los días de guerra combatieron contra los propios hijos del país.

En el Centenario se asomaban condiciones para que el discurso frondoso, los versos galantes, la historia heroica y patriótica, detenida siempre en el narcisismo del pasado, cediera espacio a otras expresiones intelectuales, para producir otra visión del proceso de la historia venezolana, impregnándole de nuevos horizontes historiográficos. Era

---

[53] GIL FORTOUL, *Historia constitucional de Venezuela*, t. I, p. 256.

el momento del balance que convocaría a practicar el fascinante ejercicio de conjugar el pasado, el presente y el futuro, de manera de permitir atisbar los rasgos de lo que se fue, lo que se era y de lo que se suponía se llegaría a ser como colectivo nacional.

Acaso fue ésta la intención de Laureano Vallenilla Lanz en la conferencia pronunciada en la Academia de Bellas Artes de Caracas, la noche lluviosa del lunes 9 de octubre de 1911.[54] Ya antes, el 19 de abril de 1910, había ganado el certamen histórico convocado por la gobernación de Caracas, examinado más arriba. Aun cuando el nuevo trabajo no formaba parte de los actos celebratorios del Centenario, la disertación de Vallenilla sobre el carácter de guerra civil de la independencia de Venezuela sería corolario obligado de todo lo dicho y lo no dicho en aquellos días. Quizás consciente de la reacción que ocasionaría esta versión de los acontecimientos, el propio autor busca desde las primeras líneas conjurar las críticas que vendrían:

> La sola enunciación del asunto que voy a tratar en esta conferencia, ha despertado cierta curiosidad temerosa en algunos espíritus tan cultos como patriotas [...] temen que yo venga aquí a cometer un atentado contra las glorias más puras de la patria, diciendo y comprobando que aquella guerra, a la cual debemos el bien inestimable de llamarnos ciudadanos de una nación y no

[54] Publicada posteriormente como "La Guerra de Independencia fue una guerra civil", *El Cojo Ilustrado*, año XX, núm. 477, Caracas (1º nov. 1911), pp. 598-601. Esta conferencia fue incluida como primer capítulo del libro *Cesarismo Democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*, Caracas, Empresa El Cojo, diciembre de 1919. Usaremos en adelante la versión de las *Obras Completas* de Laureano Vallenilla Lanz, t. I.

colonos, puede colocarse en la misma categoría que cualquiera de nuestras frecuentes matazones.[55]

El argumento central de Vallenilla es que la guerra de independencia en Venezuela tuvo una doble orientación: por una parte, se rompían los lazos políticos con España, pero al mismo tiempo ocurría en el seno de la sociedad colonial una "evolución liberadora" por parte del pueblo, canalizando un movimiento igualitario que consumiría todo el siglo XIX. La conjunción de ambos procesos permitió que las masas populares fueran en un primer momento a engrosar las filas de las montoneras que harían la guerra al Ejército Patriota. De allí la prolongación de la guerra por más de una década. Los independentistas no sólo combatieron contra los 15 000 soldados que vinieron de España, sino también contra otros miles de los propios hijos del país. La complejidad de la situación tenía que ver con la causa que animaba las luchas: "luchaban en aquella guerra por intereses y pasiones velados entonces con el nombre del Rey de España, como se han velado más tarde con otros nombres más abstractos, los mismos intereses y las mismas pasiones".[56]

Con números sobre el tintero y copiosa documentación histórica de uno y otro lado que apoyaban su razonamiento, Vallenilla demostraba con creces el hecho de que los venezolanos sostuvieron las banderas de España ("Hasta 1815, la inmensa mayoría del pueblo de Venezuela fue realista o goda, es decir, enemiga de los patriotas" p. 8). Esta suerte

---

[55] VALLENILLA LANZ, "...fue una guerra civil", en *Obras Completas*, t. I, p. 5.

[56] VALLENILLA LANZ, "...fue una guerra civil", en *Obras Completas*, t. I, p. 8.

de descarriamiento popular se explicaba por el fanatismo religioso inculcado durante la colonia y la seducción que la anarquía ejercía entre los sectores populares como consecuencia de aquella "evolución liberadora". A este último punto el historiador le prestará gran atención porque habría dado empuje al movimiento igualitario que él veía como paradigma de la historia política y social posterior. Ante semejante panorama, la mirada debía permanecer serena y llegar hasta las últimas consecuencias interpretativas. Esto parece derivarse de afirmaciones como la siguiente:

> Con un velo pudoroso ha pretendido ocultarse siempre a los ojos de la posteridad este mecanismo íntimo de nuestra revolución, esta guerra social, sin darnos cuenta de la enorme trascendencia que tuvo esa anarquía de los elementos propios del país, tanto en nuestro desarrollo histórico como en la suerte de casi toda la América del Sur (p. 10).

Para más adelante precisar: esa anarquía como empuje del movimiento igualitario que ha llenado la historia de la vida independiente del país es "la faz más trascendental, la más digna de estudio" en nuestra guerra de independencia. Algo que, por supuesto, no se había hecho aún de manera de darle todo el brillo heroico a la acción patriótica, bajo la autoridad de Bolívar. Lo cierto es que no podría desconocerse el sostenimiento de la causa del rey de España, o la lucha contra los independentistas, por parte de importantes factores criollos.

Así las cosas, el argumento de Vallenilla colocaba en su justa significación la lucha entre patriotas y españoles venidos desde la Península expresamente a hacer la guerra,

la cual habría llenado menos páginas de la historia nacional de lo que se creía. En virtud de la objetividad, el orador no dejaría de elogiar el valor y la constancia de los Libertadores, pero tampoco la tenacidad del bando enemigo, particularmente la del "insigne general español" Pablo Morillo. Había llegado el momento en que la historiografía nacional tendría que poner las cosas y sus procesos en su justo lugar; también había llegado el momento de hacer "una crítica profunda de interpretación, de sinceridad y de exactitud". Sus términos eran decisivos:

> Por eso afirmamos, que ocultar el carácter de guerra civil que tuvo la revolución [...] es no sólo amenguar la talla de los Libertadores, sino establecer soluciones de continuidad en nuestra evolución social y política, dejando sin explicación posible los hechos más trascendentales de nuestra historia (p. 17).

Más de uno se sintió aludido con el lenguaje crítico y el razonamiento descarnado, especialmente en el medio de la historia oficial, acaso poco interesada en desvelar aquellos hechos trascendentales. Lo que siguió fue una intensa y extensa reacción a tan innovadoras tesis historiográficas, contenidas en "la hermosa y sesuda conferencia de Laureano Vallenilla Lanz".[57] No viene al caso aquí su reconstrucción. Precisemos, sin embargo, que hay quienes acogen la tesis de que la revolución de independencia fue al mismo tiempo una guerra civil (una vez proclamada la existencia de la nación venezolana, no podía ser aquélla una

[57] "La conferencia de anoche", *El Tiempo*, Caracas (11 oct. 1911), p. 1.

guerra internacional)[58] y quienes se convierten en sus feroces detractores.[59]

Entre estos últimos está Samuel Niño, médico y periodista, antiguo partidario del régimen de Cipriano Castro, quien luego de diciembre de 1908 pasó a engrosar las filas de los adeptos a Juan Vicente Gómez, ungido por éste como presidente del estado Aragua. Llevado también a las penitencias de la ficción por José Rafael Pocaterra en su novela *El doctor Bebe* (1913), personaje que proyecta al mismísimo Niño.

Lejos de la historia reflexiva sobre los hechos para refutar a Vallenilla, Niño se sitúa más bien en los límites de la historia patria, heroica y dogmática por excelencia, más cerca de lo religioso que de lo crítico ("la que se me inculcó de [s] de los bancos de la escuela y es la que nos enseñan nuestros clásicos historiadores, la conservo como un dogma y procuro defenderla como una religión").[60] Para alguien capaz de emitir estos juicios, cualquier versión que defenestrara a los héroes patrios de su alto pedestal sonaba a irreverencia: "¿Para qué templos, para qué estatuas, para qué días de la patria, para qué cementerios y para qué historias y tradiciones enaltecientes?".[61] Así el argumento central de Niño se reduce a interpretar la guerra de independencia

---

[58] Ignacio Vetancourt Aristigueta, "La guerra civil en la Independencia", *El Universal*, Caracas (16 oct. 1911), p. 1.

[59] Para la reconstrucción hemerográfica de la polémica véase el excelente trabajo de PLAZA, *La tragedia de una amarga convicción*, pp. 248-255.

[60] Samuel Niño, "La Guerra de Independencia no fue una guerra civil", *El Universal*, Caracas (17 oct. 1911), pp. 1 y 5; también en VALLENILLA LANZ, *Obras Completas*, t. I, p. 231.

[61] Samuel Niño, "La Guerra de Independencia no fue una guerra civil", *El Universal*, Caracas (12 oct. 1911), p. 1; también en PLAZA, *La tragedia de una amarga convicción*, p. 251.

como una guerra civil; equivale a "transformar nuestra gloriosa epopeya en una vulgar riña civil". Al ser esta afirmación meramente valorativa, el crítico pasa a descalificar las fuentes históricas utilizadas por Vallenilla como forma de vaciar sus argumentos. La mayoría provendría de archivos españoles donde se había construido una versión negativa de los hechos: "A los españoles les convenía decir [...] que la guerra de independencia no era tal, sino disturbios domésticos entre los mismos colonos, entre hijos de una misma madre, por disidencias y ambiciones locales".

Por supuesto que una historia crítica como la practicada por Vallenilla, interesada en los hechos, no nutría la reverencia a los héroes, por el contrario, los defenestraba del altar en que los había colocado la historia patriótica como símbolo interesado de cohesión social. La controversia de Niño se prolongaría hasta diciembre de 1911, dada "su resaltante importancia para el patriotismo nacional". Por lo que Vallenilla, un poco agobiado de tan altisonante cuestionamiento a su tesis, decide escribirle una carta a mediados del mes de noviembre, donde con gran dosis de ironía le insinúa poner punto final a la diatriba:

> [...] entre su mentalidad y la mía, usted arrancará siempre los aplausos de la mayoría de nuestros compatriotas; usted será siempre una eminencia. Pero crea usted, Señor, que si algún talento tengo, es el de comprender discretamente esa verdad, y vivir, como vivo, en la penumbra de mi cuarto de estudio, cometiendo en rarísima ocasión la altivez de presentarme ante el público [...].[62]

---

[62] "Al Doctor Samuel Niño muy respetuosamente", citado en PLAZA, *La tragedia de una amarga convicción*, p. 253.

La historiografía venezolana posterior abordaría desde variadas perspectivas las cuestiones suscitadas en el Centenario, en una suerte de novedoso acercamiento de la mirada histórica con su objeto de estudio, dándole una particular y significativa densidad cultural. Las representaciones intelectuales y simbólicas de la nación derivarían en formulaciones y tensiones acerca del modo de conjugar un cimiento ideológico que permitiera articular un colectivo nacional sobre la base de un país donde convergieran el orden, la paz y el trabajo. Trilogía obligada del régimen gomecista siempre repetida en tono legitimador del nuevo estado de cosas, como digno homenaje a la memoria de los fundadores de la República.

CONCLUSIÓN

Tiempo presente y tiempo pasado
Están quizás ambos presentes en tiempo futuro
Y tiempo futuro contenido en tiempo pasado
Si todo tiempo es eternamente presente
Todo tiempo es irredimible.

T. S. Eliot
Four Quartets

En definitiva el Centenario de la independencia se convierte en una fusión de tiempos, donde el pasado da apoyo y busca la solidez del presente, asegurando proyectar un futuro que acaso nunca llega, al menos de la manera como originalmente se le imagina. Por una parte la celebración aparece como un inmenso repertorio de fechas, imágenes, textos, frases altisonantes que halagando el pasado buscan halagar el poder de aquel presente. Figuras, intrigas y valores que

atan al pasado contenido en tiempo presente y futuro. Todo inscrito en una búsqueda de consenso ideológico y político, de cuya redención se ocupan sobre todo los historiadores de la época. Pero el resultado de todo esto, si algo logra, es una suerte de recuperación de la historia que contribuirá a rehacer el tejido social desgarrado por 100 años de conflictos y de causas fallidas. En torno a la memoria heroica, se fortalece un sentimiento nacional en una sociedad que comienza a sentirse amenazada por el atraso y la ignorancia.

Por otra parte, dado el contexto político y social de la celebración del Centenario de la independencia en Venezuela, la confrontación de los grupos donde sobraban tránsfugas y oportunistas toma tregua y se exhibe un espíritu unitario que no durará mucho tiempo. Y, sin embargo, puede decirse que el Centenario fue un momento de mirada de los venezolanos sobre la nación. No sólo triunfaron las representaciones heroicas de grandezas pasadas, también fue notable el interés por recomponer lo nacional desarticulado, por prestar atención a los males de la sociedad postrada. Se exhiben motivos insistentes, enunciados repetidos hasta adecuarse al sentido común, suerte de banalizaciones que gobiernan las diferentes representaciones. Y a pesar de esto, aquel presente celebratorio se convertía en conciencia puramente histórica, porque sólo mediante la justificación lógica y no meramente simbólica de las fechas patrias, la construcción de monumentos, ceremonias ritualizadas, el esmero de la palabra patriótica, era posible la emergencia de un presente historizado. Conmemoración crucial que se movía entre dos extremos: la nación como herencia y la nación como proyecto. Por esto no se dejaría de recordar el programa político del 19 de diciembre de 1908: "Bajo los

colores del pabellón nacional, unidos todos los venezolanos en fraterno propósito, colaborar todos en la iniciada transformación de paz, trabajo y justicia. Éste será siempre el más digno homenaje a la memoria de los fundadores de la patria".[63] Tiempo futuro contenido en tiempo pasado.

SIGLAS Y REFERENCIAS

PPVSXX *El Pensamiento Político Venezolano del siglo XX. Documentos para su estudio*, vol. 9, "Actas y conclusiones. Primer Congreso de Municipalidades de Venezuela", Caracas, Congreso de la República, 1983.

BLONDET SERFATY, José Enrique y Rosario SALAZAR BRAVO
"Dos aristas de una celebración: 19 de abril de 1910", en *Apuntes*, 19:2 (jul.-dic. 2006), pp. 200-209.

CARRERA DAMAS, G. *et al.*
Mitos políticos en las sociedades andinas: orígenes, intenciones y ficciones, Caracas, Universidad Simón Bolívar, Universidad de Marne-la-Vallée, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2006.

CORREA, Luis
El General Juan Vicente Gómez. Documentos para la historia de su gobierno, Caracas, Litografía El Comercio, 1925.

Discurso pronunciado
Discurso pronunciado por el señor doctor Arminio Borjas en el Parque de Carabobo el día 24 de junio de 1911, Caracas, Centenario de la Independencia, Tipografía Empresa El Cojo, 1911.

[63] GIL FORTOUL, "Discurso inaugural del Monumento de Carabobo", 28 de octubre de 1911, en *Discursos y palabras (1910-1915)*, p. 68.

El 19 de Abril en Caracas, 1810-1910

El 19 de Abril en Caracas, 1810-1910, Rafael Silva (comp.), Caracas, Gobernación de Caracas, Centenario de la Independencia, Tipografía Americana, 1910.

Gil Fortoul, José

Historia Constitucional de Venezuela, Caracas, Parra León Hermanos Editores, 2a. ed. 1930 (1907), t. I.

"Discurso del Senador Gil Fortoul", en *Centenario de la Independencia, sesión solemne del Congreso Nacional, 5 de julio de 1911*, Caracas, Tipografía Americana, 1911.

Discursos y palabras (1910-1915), Caracas, Imprenta Nacional, 1915.

El 19 de Abril de 1810

El 19 de Abril de 1810, nota preliminar, Luis Villalba-Villlaba, Caracas, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1957, «Publicación, 11».

Leal, Carole

"El 19 de abril de 1810: 'La mascarada de Fernando' como fecha fundacional de la Independencia de Venezuela", en Carrera Damas *et al.*, 2006, pp. 66-92.

Marsiske, Renate (coord.)

Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Plaza y Valdés, 1999, 3 vols.

Nora, Pierre

"L'ère de la commémoration", en *Les lieux de mémoire,* III. *Les Frances/"De l'archive ã l'embléme"*, París, Gallimard, 1984.

Olavarría, Jorge

Gómez un enigma histórico. Una revisión al fenómeno histórico y político de Juan Vicente Gómez, Caracas, Fundación Olavarría, 2007.

PARRA PÉREZ, Caracciolo

Historia de la Primera República de Venezuela, Caracas, Tipografía Americana, 1939, tomo II.

PICÓN FEBRES, Gonzalo

La literatura venezolana en el siglo diez y nueve, Caracas, Empresa El Cojo, 1906.

PLAZA, Elena

La tragedia de una amarga convicción: historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1996.

POCATERRA, José Rafael

Memorias de un venezolano de la decadencia, selección, prólogo y cronología, Jesús Sanoja Hernández; bibliografía, Roberto Lovera De-Sola, Caracas, Biblioteca Ayacucho, dos tomos, 1990.

SUÁREZ FIGUEROA, Naudy (comp., introducción e índices)

Programas políticos venezolanos de la primera mitad del siglo XX, Caracas, Colegio Universitario Francisco Miranda, 1977, t. I.

VALLENILLA LANZ, Laureano

"La Guerra de Independencia fue una guerra civil", en *El Cojo Ilustrado*, XX: 477 (1º nov. 1911).

Cesarismo democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela, Caracas, Empresa El Cojo, diciembre de 1919.

Obras completas, t. I, recopilación, comentarios y notas de Federico Brito Figueroa y Nikita Harwich Vallenilla, Caracas, Universidad Santa María, 1983.

Venezuela en el Centenario de su Independencia 1811-1911

Venezuela en el Centenario de su Independencia 1811-1911 (publicación hecha de orden del ciudadano General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de la República; recopilada por Delfín A. Aguilera y Manuel Landaeta Rosales), Caracas, Ministerio de Relaciones Interiores, Tipografía Americana, 1912, 2 vols.

LAS ARTES PLÁSTICAS VENEZOLANAS EN EL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA, 1910-1911

Roldán Esteva-Grillet
Universidad Central de Venezuela

> En otra época [...] aquellos de los venezolanos á los cuales adjudique el tiempo la dicha de ver cumplirse otro centenario de la vida nacional, hallarán en estas páginas la memoria de los actos con que el Pueblo y el Gobierno de Venezuela celebraron el primer centenario del fasto natalicio de la Patria. Ellos reconstruirán, ayudados de la pormenorizada relación aquí recogida, el pasado que hoy es presente.
>
> Delfín Aguilera y Manuel Landaeta Rosales
> 1912

UNA DÉCADA ANTES

De hacerse un cotejo entre el mundo de las artes plásticas y el de la política venezolana —desde la muerte del general Joaquín Crespo en San Carlos en 1898 a la toma del poder por parte del general Juan Vicente Gómez en 1908—, casi podría afirmarse que el segundo brinda más resquicios de interés, por las tensiones vividas y su evolución

imprevisible, que la situación cada vez más deprimente de los artistas debido al abandono en que cae el mecenazgo. No resulta casual que en el mismo año de la muerte de Crespo muera también su único artista protegido, el célebre académico, triunfador de la Exposición Universal de París de 1889, Arturo Michelena. No sin razón, un historiador y crítico venezolano ha sostenido la existencia de una década oscura, hasta el surgimiento del Círculo de Bellas Artes, en 1912.[1]

La revisión de esa década anterior a la llegada al poder de Gómez se hace necesaria para comprender cuánto aprovechará el nuevo régimen de Cipriano Castro, a partir de 1899, para crear las condiciones en que, sólo a partir del Centenario de la independencia, 1910-1911, las artes plásticas disfrutarán de un leve repunte, muy alejado del auge sin precedentes que tuvieron en tiempos del finado "Ilustre Americano", el general Antonio Guzmán Blanco, entre 1870 y 1888. Repasemos primero, brevemente, la situación política y económica.[2]

Con la revolución restauradora triunfante de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez (22 de octubre de 1899), se inicia el dominio de los andinos en el poder central. Ambos generales son de muy distinta catadura: Castro, un ex seminarista, fogoso en la política y audaz en la guerra, orador impenitente, amante del baile, las copas y las jovencitas, autoritario como ha sido la tradición militar venezolana. Gómez, el financista de la empresa, consumado hombre de campo, leal a los suyos, taciturno y semianalfabeta, caute-

[1] DA ANTONIO, *Textos sobre arte*, pp. 114-118.
[2] Véase PINO ITURRIETA, *Venezuela metida en cintura*, y CABALLERO, *Gómez. El tirano liberal.*

loso y calculador, frío e inexpresivo, demostrará gran capacidad organizativa y destructora a la vez; contra el enemigo, en fin, una caja de sorpresas. La caída de los precios del café —producto principal de nuestras exportaciones a lo largo del siglo XIX— lleva a Castro a la suspensión del pago de la deuda externa, resultado, en buena parte, de empréstitos leoninos, onerosos para la nación y enriquecedores para sus gestores (José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco, Joaquín Crespo). La reacción de las potencias europeas afectadas lleva a un reclamo y una amenaza militar mediante el bloqueo de los puertos venezolanos a fines de 1902.[3]

Pero antes, la exigencia a los banqueros y ricos de un préstamo forzoso para saldar las deudas internas, la humillación y encarcelamiento de varios de ellos, le va a significar otro frente al gobierno castrista, el de la revolución libertadora, al mando de un banquero devenido general, Manuel Antonio Matos, con 10000 hombres. Esta nueva guerra civil cuenta con el apoyo económico extranjero, específicamente de la New York and Bermúdez Co. (asfalto) y el Cable Francés. De manera que el país no estaba en las mejores condiciones para enfrentar a la flota anglo-británica, que cañoneó a su gusto algunas de las fortalezas patrias.

El intelectual Eloy González será el redactor de una famosa proclama cuyo primer párrafo no podía ser más

[3] ARELLANO, "1902: El bloqueo internacional de Venezuela", pp. 58-63. Medio siglo antes, México sufrió una situación similar porque Benito Juárez suspendió el pago de la deuda exterior, con la terrible consecuencia de la invasión del ejército francés y la instalación del imperio del austriaco Maximiliano I. Al contrario de Venezuela, Estados Unidos no intervino por estar afanado en su propia guerra civil.

altisonante: "¡La planta insolente del Extranjero ha profanado el sagrado suelo de la Patria!" En cuestión de meses todo queda en vías de resolución diplomática, gracias a la intervención de Estados Unidos, que hizo valer su famosa Doctrina Monroe, en una vertiente que se llamó luego "corolario Roosevelt".[4] Nunca antes un presidente venezolano había sido objeto de tanta diatriba y denuestos desde la prensa extranjera, y nunca como antes el país entero se cerró en torno a la defensa de su soberanía. Si el presidente Castro pudo contener la arremetida militar europea con ayuda diplomática americana, fue el vicepresidente, Juan Vicente Gómez, quien puso fin a la guerra civil en la batalla de Ciudad Bolívar, el 21 de julio de 1903. Fue la última batalla del siglo XIX, y la paz ganada le ameritó a Gómez el título de "Benemérito". Desaparecido el peligro militar, externo e interno, se inició la retaliación contra los monopolios extranjeros, lo que aúpa un sentimiento nacionalista con las típicas tensiones diplomáticas.

Al contrario de su compadre, de conducta retraída y provinciana, "el Cabito" —no otro sino Castro, así llamado por el satírico Pío Gil— se caraqueñizó, por decir, entró en la fascinación por la adulación, los saraos, la vida fastuosa y exhibicionista, más una particular lascivia muy explotada por una camarilla de aduladores que le procuraba jovencitas de las clases medias, cuando iba a pasearse con su caballo en plan galante. Dos situaciones chuscas lo retratan iniciándose como gobernante en 1900: cuando el sismo, se lanzó del balcón de la Casa Amarilla, se luxó un tobillo y pidió hospedaje a la viuda de Crespo, pues en su palacete de

[4] RANGEL, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, pp. 62-64.

Miraflores se sabía de una habitación antitemblores. Y en el carnaval del mismo año, paseándose cerca de la Plaza Bolívar, un sujeto intentó asesinarlo y fue detenido a tiempo.

Si bien la presencia de las tropas andinas en Caracas —desarrapadas, de aspecto pobretón, feroz y brutal—, queda registrada en fotografías, y el escritor modernista Manuel Díaz Rodríguez deja constancia de la irrupción de la barbarie en su novela *Ídolos rotos*, uno podría hasta creer que la capital es la primera beneficiada, como lo ha sido siempre, de los signos del progreso: la propuesta de creación de un ejército nacional que no pasó del papel, en 1901; un nuevo Código Civil (a instancias por supuesto de Castro) que introduce el divorcio en 1904; tranvías eléctricos desde Caño Amarillo —estación final del tren que venía del puerto de La Guaira— hasta Sabana Grande, en 1905; la expansión de la ciudad gracias al tranvía, al otro lado del río Guaire, en la urbanización El Paraíso donde los potentados construyen quintas eclécticas de cuatro frentes rodeadas de jardines, y entre éstas la residencia privada del presidente, Villa Zoila, por el arquitecto Alejandro Chataing; una polémica pública entre un representante del evolucionismo, el doctor Ricardo Razetti, y el doctor Juan Bautista Castro, arzobispo, defensor del creacionismo, entre 1904 y 1907; la llegada del primer vehículo automotor a la ciudad, en 1907. Justo este año, quizá como manera de reafirmar la fe de la gente, la curia promovió una Exposición de Arte Cristiano.[5]

Pero también, lo propio de los nuevos gobernantes: una nueva constitución a su medida, en 1906, que aumentaba el periodo presidencial a seis años, cuando ésa había sido

---

[5] CASTRO, "Año Jubilar del Santísimo Sacramento", t. I, pp. 610-611.

la principal causa de la revolución en 1899. Añádase el celo por el prestigio alcanzado por el Benemérito, a quien todos agradecen el clima de paz que se disfruta, y Castro que lo tienta con el poder, fingiendo un retiro táctico, ante el cual "el Bagre" —como lo llamará más tarde José Rafael Pocaterra— finge, a su vez, no tener "guáramo" para eso. La comedia concluye con la aclamación orquestada por los aduladores de siempre. A Gómez se le cortejaba creyendo muchos que luego sería fácil salir de él, por esa supuesta indiferencia hacia el poder y su no "aclimatación" a la vida capitalina. Pero el Benemérito esperará su ocasión.

Y la ocasión le llegó: gracias a los abusos del licor, las francachelas y trasnochadas, la vida disoluta, los riñones del compadre supuraban y los médicos le aconsejaron viajar a Europa y operarse con los mejores cirujanos. Para entonces, 1908, la confianza en el vicepresidente era intachable, en el sentido de que le guardaría fielmente la silla hasta su regreso. Y así partió el enfermo. Cuando su barco estuvo lo suficiente distante de las costas venezolanas, sobrevino el golpe palaciego, incruento, para regocijo de toda la nación. Ese 19 de diciembre, el vicepresidente pasó a ser presidente encargado. Y su movimiento se llamó no ya revolución, sino Rehabilitación. Pero antes de entrar a ese nuevo periodo, permítasenos abonar a favor del régimen que fenecía, unas cuantas iniciativas en materia de obras públicas y de ornato urbano, así como describir la situación de las artes en general.

Un discípulo del arquitecto guzmancista, Juan Hurtado Manrique, será quien enfrente las más representativas edificaciones gubernamentales: Alejandro Chataing. Suyas son la Academia de Bellas Artes; el Teatro Nacional, decora-

do por Antonio Herrera Toro; la Academia Militar, en La Planicie; el Palacio de Gobernación y Justicia (hoy Concejo Municipal), todas de 1905. En cuanto a ornato urbano, se inaugura en 1904, finalmente, el Monumento a Colón en el Golfo Triste, de Rafael de la Cova, obra encargada a fines del siglo XIX, y se contrata al año siguiente un Monumento a la Batalla de Carabobo, con el escultor venezolano Eloy Palacios, radicado en Munich. En 1904, se ha introducido una reforma de la Academia de Bellas Artes, en cuya ahora denominada Escuela de Artes Plásticas se introduce la cátedra de Paisaje, dictada por el hispano venezolano Victoriano de Vicente Gil; los primeros frutos de esa enseñanza moderna del paisaje los reseñará el crítico Jesús Semprum en 1907, cuando en la exposición de fin de curso llame la atención sobre la presencia mayoritaria del motivo natural y libre.[6] Otra innovación será la oferta de becas anuales a través de concursos para seguir estudios en Europa: saldrán favorecidos, sucesivamente, Federico Brandt (pintor), Lorenzo González (escultor), Mariano Herrera Tovar (arquitecto) en 1904; Tito Salas (pintor), Andrés Pérez Mújica (escultor) en 1905.

De estos artistas, del que más se sabe por sus éxitos en París y una serie de cartas que luego se conocerán en 1909, a través de la revista *La Alborada*, es Tito Salas, algunas de cuyas obras se verán reproducidas en periódicos caraqueños, todas de carácter costumbrista europeo, inspiradas en motivos italianos, franceses (bretones) y españoles. Otro artista del que se recibían noticias del exterior era Eloy

[6] Jesús Semprum, "La Academia Nacional de Bellas Artes", *El Cojo Ilustrado*, Caracas (1º sept. 1907), pp. 510-512.

Palacios quien, a pesar de su larga permanencia en Alemania, no dejaba de contratar esculturas con los gobiernos para conmemorar héroes al estilo clasicista: suyo es el José Félix Ribas de La Victoria, de 1895, así como el Bolívar ecuestre de Maracaibo, de 1904. Junto a él, sólo quedaban de la vieja generación académica tres pintores: el maestro de todos, Martín Tovar y Tovar, ya entonces retirado del quehacer pictórico luego de ensayarse en una serie de paisajes del litoral y del cerro Ávila, y fallecido en pleno bloqueo de los puertos en 1902; Antonio Herrera Toro, repartido entre tareas de decorador, retratista esporádico y funcionario del Ministerio de Hacienda, y Carlos Rivero Sanabria, el "doliente pintor" —como lo designara Leoncio Martínez—[7] un ex condiscípulo de Cristóbal Rojas y Arturo Michelena en París, que en sus quince últimos años de vida no pudo sino pintar bodegones con un pincel atado a su mano debido a una lastimosa parálisis.

Pero no eran los únicos artistas. En la escultura, estaba el barcelonés Ángel Cabré i Magrinyá, de excelente ejercicio lapidario y enseñanza académica; el italiano Emilio Gariboldi, que competía con los encargos gubernamentales para los monumentos a los héroes, y Pedro M. Basalo, con un modesto taller de reproducciones. En la pintura, Jesús María de las Casas, pintor autodidacta, de quien se conservan pequeños paisajes de Macuto, en el litoral central, y el grupo de paisajistas académicos, de diversa fortuna, ninguno sobresaliente: Pedro Zerpa, Abdón Pinto, Pablo W. Hernández, Pedro Castrellón (fallecido indigente en Madrid), José María Izquierdo, Francisco Valdez, Marcelo Vidal. Por

[7] MARTÍNEZ, "El pintor doliente", p. 143.

último los expatriados: el franco venezolano Emilio Boggio, que sólo regresó octogenario en 1919 por breve tiempo, ya impresionista; José María Vera León, que se consumió en un academicismo desleído, y Cirilo Almeida Crespo, un simbolista y prerrafaelista tardío, "pintor extraño" lo llama Leoncio Martínez.[8] De éstos, sólo Boggio dejó trazas en la nueva generación que se levantaba contra la tradición académica a partir del Círculo de Bellas Artes, de 1912.

Y ahora sí, juntemos los dos mundos: la muerte del director de la Academia de Bellas Artes, el ya casi ciego Emilio J. Mauri, en febrero de 1908, obliga al presidente Cipriano Castro a designar una nueva autoridad. El nombramiento recae en un viejo pintor, profesor de dibujo lineal en la universidad y la Escuela de Artes y Oficios: Antonio Herrera Toro, quien deberá confrontar la inquietud estudiantil. El cambio de autoridad, primero en la academia y luego en el gobierno, lleva a los nuevos alumnos a solicitar algunas cosas, como por ejemplo, clases nocturnas para los trabajadores, la convocatoria del concurso para becas o el pago regular de un modelo.[9] Las idas y venidas del nuevo director resultan infructuosas, y los alumnos se impacientan hasta declararse en huelga en 1909. Cuentan con la solidaridad de una nueva revista, cuyo título revela mucho del sentimiento compartido por buena parte de la intelectualidad: *La Alborada*. La redactan Rómulo Gallegos, director del Liceo de Caracas, Salustio González Rincones y Enrique Soublette. Sin embargo, al ser ratificado Herrera Toro en su

---

[8] MARTÍNEZ, "La Estrella de la Mañana", p. 115.

[9] OTERO y otros, "Carta manuscrita de los pintores huelguistas", pp. 34-37.

cargo por Gómez, el desánimo cunde entre quienes aspiraban a su remoción en favor de Federico Brandt, por lo que la mayoría opta por abandonar las aulas.[10] Así lo relata uno de sus compañeros, Leoncio Martínez, dedicado más tarde a la reseña critica de los nuevos pintores reunidos en el Círculo de Bellas Artes que ayudó a fundar: "Con la muerte del señor Mauri, que era apenas un mediocre pintor, pero un conciente maestro [...] los últimos convencidos desertaron quedando las salas del Instituto como jaulas vacías".[11]

PROGRAMA DEL CENTENARIO

Su larga permanencia en el poder (27 años) permitió a Gómez conmemorar cuatro fechas centenarias de efemérides patrias: el 19 de abril de 1810, se desplaza del poder al capitán general Vicente Emparan; el 5 de julio de 1811, el Congreso aprueba la declaración de independencia respecto de España; el 24 de junio de 1821, la batalla de Carabobo pone fin al dominio militar del ejército realista; y el 17 de diciembre de 1830, la muerte del Libertador Simón Bolívar en Santa Marta. Ese privilegio no lo ha tenido ningún otro gobernante en la historia del país. Durante el siglo XIX, la primera y única gran conmemoración fue el primer centenario del nacimiento de Bolívar, 1783-1883, y cupo a Guzmán Blanco inaugurar el tren de Caracas a La Guaira y proponer una Exposición Nacional que diera cuenta del

---

[10] Herrera Toro presentó dos veces su renuncia al cargo (1911 y 1913) y las dos veces no le fue aceptada. Falleció de un infarto en 1914, mientras daba una clase. CABALLERO DE BORGES, "Antonio Herrera Toro", en *Antonio Herrera Toro, 1857-1914*, pp. 83-86.

[11] MARTÍNEZ, "De Bellas Artes", p. 90.

progreso del país, con importante participación de los artistas que él mismo había promovido con el sistema de becas en Europa y a quienes había encargado numerosas tareas, entre pedagógicas y decorativas. El catálogo de esa soberbia exposición se encargó al científico de origen alemán Adolf Ernst, y la reseña de la participación artística al crítico y primer historiador de nuestro arte, el general Ramón de la Plaza.[12]

Desde 1835, con el general José Antonio Páez, se establecieron como fiestas patrias las siguientes fechas: el 19 de abril, el 5 de julio y el 28 de octubre, onomástico de Bolívar. Sólo esta última ya era costumbre en vida de Bolívar. Para tales fechas los distintos gobiernos municipales organizaban actos, desfiles, concursos literarios, fuegos de artificio, iluminaciones, templetes, arcos triunfales, etc., más los festejos populares (carreras de cintas, corridas de toros, conciertos, representaciones teatrales). Incluso al cumplirse el primer año del 19 de abril, la ciudad de Caracas lo festejó con fachadas ficticias (arquitectura efímera) y otros recursos tradicionales del periodo colonial cuando el motivo era una nueva coronación o cualquier motivo festivo relacionado con la vida de los reyes y príncipes españoles, como se acostumbraba en todo el resto del continente. Por supuesto, sin la fastuosidad con que las capitales de los virreinatos festejaban dichos eventos.[13]

Con Guzmán Blanco, sin embargo, se comenzará una tradición: inaugurar o anunciar la construcción de obras públicas. También la de imponer como fecha patriótica el

---

[12] Véase ESTEVA-GRILLET, *Guzmán Blanco y el arte venezolano.*

[13] Véase ESTEVA-GRILLET, "Arte efímero en la Venezuela", pp. 22-51.

día de la toma del poder, en su caso el 27 de abril de 1870. Sólo una fiesta escapaba al control del gobierno y constituía el dolor de cabeza de todos los gobernantes y de la misma Iglesia: el carnaval. Durante el guzmanato, espontáneamente, sin que vinieran órdenes superiores, las parroquias tomaron la iniciativa de "civilizar" esos días que conservaban las barbaries coloniales (juegos con agua, azulillo, huevos podridos) y que obligaban a la gente decente a guarecerse en sus casas por tres días, a riesgo de regresar cubiertos con cualquier sustancia mal oliente y bañados de pies a cabeza.[14]

Llegado el momento, Gómez ratificó las tradicionales fiestas patrias del 19 de abril, el 5 de julio, 28 de octubre, más el 24 de junio (día del Ejército). El día del onomástico de Bolívar fue diluyéndose a favor del día del natalicio, el 24 de julio, coincidente con el del Benemérito. Ya en 1916, en Río Chico, se pasean juntos los retratos de ambos, pero sólo será a partir del 20 que se decrete conjuntamente con el natalicio del Libertador, el día del Rehabilitador.[15] No era el caso mexicano el que se repetía, pues el general Porfirio Díaz forzó una supuesta coincidencia de su natalicio con el Grito de Dolores. Dos fechas de carácter político se añadirán en el gomecismo: el día de su golpe palaciego, el 19 de diciembre y, al cabo de dos décadas de la batalla de Ciudad Bolívar, el 21 de julio, decretado día de la Paz.

Así pues, siguiendo la tradición establecida desde Guzmán Blanco, el 19 de abril de 1909, el presidente provisional general Juan Vicente Gómez publica lo que sería

[14] Véase Esteva-Grillet, "El Carnaval", pp. 35-47.

[15] Caraballo Perichi, *Obras públicas, fiestas y mensajes*, pp. 72-73.

el Programa del Centenario de la Independencia para un año después. Según éste, varias instituciones se crearían: la Academia Militar, la Escuela Náutica, la Escuela Normal, el Jardín Botánico; varias obras públicas se emprenderían: reconstrucción del Panteón Nacional, un dique de acero para Puerto Cabello, un edificio a prueba de incendio para el Archivo Nacional y Registro Público, otro para operaciones quirúrgicas, cerca del Hospital Vargas; se ordena levantar un Censo nacional; y adquirida para la nación la casa natal de Bolívar, "se le restituirá con la fidelidad posible á la forma que tenía en 1783, se establecerá en la venerable mansión un Museo Boliviano, y se consagrarán sus muros á narrar en frescos ó lienzos la vida del Padre de la Patria".[16]

Pasa luego a referir la serie de héroes que se homenajearían con bustos o efemérides con lápidas alusivas, y algo que distinguirá este Centenario de otros, los diversos congresos o conferencias internacionales convocados: Primer Congreso Venezolano de Medicina, de Municipalidades, Boliviano (de las cinco repúblicas liberadas por Bolívar, para tratar asuntos de interés común), Convención Telegráfica. Incluye los infaltables concursos: de Industrias Rurales, de Horticultura y Floricultura, de Zootecnia, de Bellas Artes. Más dos exposiciones: una nacional de Bellas Artes, otra internacional de Muebles Escolares y Útiles de Enseñanza. Se ordena la constitución de una Comisión Exploradora, la fundación del Ateneo de Caracas. Para los concursos agropecuarios, se dispone la adquisición de los terrenos del Hipódromo, en El Paraíso. Se ordena la publicación de

[16] AGUILERA y LANDAETA ROSALES, *Venezuela en el Centenario*, t. I, p. 13.

varias obras, antiguas y recientes: El *Diario de Bucaramanga*; el apéndice a la narración de las *Memorias del general O'Leary*, t. III y la *Correspondencia del Libertador (1829-1830)*; la *Historia de Venezuela. Documentos y apéndice*, de Francisco Javier Yánez; la *Historia contemporánea de Venezuela* (15 tomos), de Francisco González Guinán; el *Libro de Actas del Congreso de 1811*; la primera edición del *Mapa físico y político de Venezuela*; el *Plano de Caracas en 1810*; *Canciones patrióticas*; *Actas y trabajos del Primer Congreso Venezolano de Medicina*; composiciones musicales de Manuel L. Rodríguez; el *Libro del Centenario*. Se celebrarían solemnes honras fúnebres el 17 de diciembre de 1910, en la iglesia Metropolitana, por el aniversario de la muerte de Bolívar.

Ya casi al final, se ordena la erección de los siguientes monumentos: uno a la gloria de Antonio Ricaurte, en San Mateo (estado de Aragua), otro en conmemoración de la entrevista de Bolívar y el general Pablo Morillo, en Santa Ana (estado de Trujillo); se prescribe una columna prismática que preserve la piedra colocada por ambos generales para señalar el sitio. Se propone la creación de una medalla conmemorativa del primer Centenario de la independencia y la invitación especial a las repúblicas de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; a España "a fin de dejar constancia de que la Revolución emancipadora no rompió ni podía romper los vínculos que unen á Venezuela con la Madre Patria", así mismo a Gran Bretaña y Haití "en recuerdo de los servicios prestados á la causa de la Independencia".[17] El progra-

[17] Aguilera y Landaeta Rosales, *Venezuela en el Centenario,* t. I, p. 14.

ma concluye con el anuncio de las fechas en que cada evento ocurriría.

Como suele suceder en estos casos de programas ambiciosos, algunas fechas deberán ser corridas, ciertas disposiciones cambiadas en el camino, y de otras no se vuelve a hablar, muy pocas decididas y ejecutadas fuera de programa, sin contar con las iniciativas privadas que se suman y hasta alcanzan algún subsidio. En todo caso, gran parte del programa se llevó a cabo y las regiones participaron muy discretamente, colocando por lo menos un busto de Bolívar, aunque fuera en cemento, en la plaza homónima. Por supuesto, la mayoría de los actos y las nuevas edificaciones privilegiaron a Caracas, la capital. La mejor fuente para la reconstrucción de esos dos años en que se hizo más que evidente la unión del país, la pacificación y la buena disponibilidad de todos para trabajar en bien del común, es el *Libro del Centenario* que se publicará en 1912 en dos volúmenes, con una reseña pormenorizada de los actos, acopio de documentos oficiales, selección de la prensa escrita, revelación de gastos, incidentes curiosos, todo bajo el titulo general de *Venezuela en el Centenario de su Independencia, 1811-1911*, encargada la compilación y reseña a Delfín Aguilera y Manuel Landaeta Rosales. Para las imágenes, hay que acudir a otra fuente, la revista *El Cojo Ilustrado*. Para algunas notas periodísticas será preciso revisar la prensa caraqueña de la época, como *El Heraldo*, *El Universal* o *La Religión*.

El amplio apoyo de los intelectuales positivistas y modernistas al régimen queda evidenciado en quienes integran las diversas juntas, comisiones, jurados, cuando no los mismos despachos ministeriales, junto a empresa-

rios y viejos políticos liberales: baste con decir que el antiguo banquero-general Manuel Antonio Matos, el de la revolución libertadora, es ahora su flamante ministro de Relaciones Exteriores. Entre los intelectuales de la Junta del Centenario están: José Antonio Salas (empresario teatral y padre del pintor Tito Salas), Julio Calcaño (académico), Manuel Díaz Rodríguez (escritor), Antonio Herrera Toro (pintor), Alfredo Jhan (antropólogo), Felipe Tejera (académico), Rafael Villavicencio (sociólogo), Pedro Emilio Coll (escritor), Santiago Key-Ayala (escritor), John Boulton (empresario y coleccionista de arte), César Zumeta (diplomático). Como ministro de Relaciones Exteriores tiene primero a Francisco González Guinán (historiador), luego a Manuel Antonio Matos; de Instrucción Pública, a Samuel Darío Maldonado (escritor), luego a José Gil Fortoul (historiador); es ministro de Relaciones Interiores, a partir de 1914, Pedro Manuel Arcaya (sociólogo). Concluyamos la lista incompleta con el ideólogo mayor, por muchos años director del órgano oficial del gomecismo, *El Nuevo Diario*: Laureano Vallenilla Lanz (sociólogo e historiador autodidacta).

Resulta extraño que las dos principales contribuciones artísticas al Centenario, la de Eloy Palacios y la de Tito Salas, no hayan sido programadas. La explicación estaría en que el Monumento a la Batalla de Carabobo —como ya señalamos— era una obra contratada durante el castrismo y la única intervención del nuevo régimen fue cambiar el lema original por el propio: Orden, Paz y Trabajo. El encargo a Tito Salas se explicaría en parte porque es el artista que desde París está llenando de orgullo a muchos venezolanos y ha sido apuntalado especialmente ese año por el grupo de

intelectuales de *La Alborada*; esta circunstancia la aprovecha su padre —miembro de la Junta del Centenario— para promover la contratación de una obra pictórica muy lejana a las inquietudes del hijo, más consagrado al costumbrismo mediterráneo que a la historia patria. Si del Monumento de Eloy Palacios no hay una sola mención en el libro del Centenario, más allá de su costo, en cambio se reproduce el contrato y el proyecto firmado por José Antonio Salas, a nombre de su hijo, y una entusiasta reseña crítica anónima. Empecemos pues, por la obra edilicia y urbana.

EDILICIA Y URBANISMO

En cuanto a rescate del patrimonio edilicio y la memoria histórica, el Centenario contribuirá a la definitiva incorporación de tres edificaciones de importancia trascendental, dos del pasado colonial, una del más reciente. La primera del pasado corresponde a la casa natal del Libertador, frente a la antigua Plaza de San Jacinto, que desde 1806 había sido vendida a un pariente, Juan de la Madriz. El nuevo propietario brindó un banquete al Libertador en su última estadía en Caracas, en 1827. Al pasar a otros dueños sucesivos, el inmueble fue destinado al comercio y se perdió la conciencia de su importancia histórica hasta que fue adquirido por Guzmán Blanco en 1876 para su supuesta preservación, pero nada hizo por rescatarlo. A pesar de existir gente que promoviera su adquisición desde 1889, la inestabilidad política y militar frustró tal aspiración. Por suscripción popular y donaciones particulares alcanzó a reunirse la cantidad fijada por los herederos de Guzmán Blanco, y el faltante lo puso de su bolsillo el mismo Gómez. Se adquirió por

un total de 114 362 bolívares, el 11 de octubre de 1912, y se decretó otra vez su restauración.[18]

Empero, la orden de regresarla a como era en 1783 no se cumplió, como tampoco la instalación en ella del Museo Boliviano. Habrá que esperar a 1916 por un nuevo decreto. La dirección de las obras fue encomendada al ingeniero y banquero Vicente Lecuna, quien se asesoró con los arquitectos Alejandro Chataing y Antonio Malausena, los historiadores Manuel Segundo Sánchez, Manuel Landaeta Rosales y el anticuario dinamarqués Christian Witzke. Finalmente fue abierta al público el 15 de julio de 1921, durante el siguiente centenario, el de la Batalla de Carabobo. La tarea de ornar sus muros recaerá en Tito Salas, quien desde entonces se consagró a la epopeya de Bolívar.[19] Por estas razones, el Museo Boliviano que debía instalarse debió ubicarse en el edificio originalmente destinado a la Biblioteca Nacional, de Alejandro Chataing, al norte de la Plaza Bolívar, entre la oficina del Correo y el Gran Hotel Klindt. En este edificio se invirtieron 123 900 bolívares.

Una segunda edificación fue el Panteón Nacional, remozada aunque se ofrezca su reconstrucción, por el arquitecto Alejandro Chataing con un costo de 12 000 bolívares. La iglesia construida a fines del siglo XVIII por iniciativa del alarife Juan Domingo del Sacramento Infante, había sido seriamente afectada por el terremoto de 1812 y permaneció en ruinas hasta bien avanzado el siglo XIX. Es Guzmán Blanco quien la destina a Panteón Nacional en 1874, apro-

---

[18] De-Sola Ricardo, *Caracas y sus monumentos históricos*, pp. 17-20.
[19] Perdomo y Gil, *Monumentos históricos del Distrito Federal*, pp. 156-158.

vechando que la devoción de la familia de Bolívar se correspondía con la dedicación original del templo a la Santísima Trinidad. Se reconstruye en estilo neogótico y en 1876 se depositan las cenizas del héroe junto a la estatua pedestre de Tenerani (versión en mármol, según la de Bogotá, 1844). De inmediato se hace lo mismo con los restos de muchos otros próceres e ilustres de la época de la independencia, así como de la Guerra Federal. A su vez, en particular durante el periodo de Crespo, el antiguo templo se fue llenando de monumentos marmóreos. En este Centenario no podía dejarse de lado esta costumbre, así se trasladan los restos de los generales José Antonio Anzoátegui y Jacinto Lara, y del doctor Miguel Peña. Por su parte, la Academia de Medicina erigió un monumento a la memoria del doctor José María Vargas, primer rector republicano de la Universidad de Caracas y científico eminente. Daremos más detalles al abordar la escultura y la pintura.

El tercer rescate de patrimonio, de reciente construcción pero de importancia para el futuro, fue el Palacio de Miraflores, según diseño de Juan Hurtado Manrique. Había sido levantado por el general Joaquín Crespo en La Trilla, cerca de Caño Amarillo, pero no alcanzó a habitarlo al fallecer en 1898 cuando todavía se construía. Era, a todas luces, la edificación más suntuosa levantada en la capital a lo largo de su historia, y sus muros y techos habían sido decorados por Arturo Michelena y el hispano-peruano Julián Oñate y Juárez. Justo en 1899, año del levantamiento andino, *El Cojo Ilustrado* divulgó algunas imágenes de sus interiores decorados por Oñate, en especial el Salón contra temblores.[20]

[20] Esteva-Grillet, *Julián Oñate y Juárez*, pp. 188-202.

Recuérdese que es ahí donde se guareciera y viviera por algunos años el general Castro desde 1900. Al año siguiente el gobierno manifestó su deseo de adquirirlo a la viuda, doña Jacinta de Crespo.

La oportunidad finalmente se presentó por un lío judicial que llevó a subasta pública el inmueble. Gómez dio la orden al gobernador de Caracas, general Félix Galavís, de adquirirlo por 500 000 bolívares, y al mismo precio lo vendió al gobierno. El uso más inmediato que se le dio al lujoso palacio fue un banquete para 80 personas (cuerpo diplomático y delegados del Congreso Boliviano, además de altos funcionarios del régimen, todos con sus respectivas esposas), el 5 de julio de 1911. Desde entonces ha sido el símbolo del poder presidencial, aunque el mismo Gómez nunca lo tomó para habitarlo, pues prefirió vivir en la vecina Maracay (estado Aragua), rica en tierras cultivables y ganado.

Para todas las nuevas edificaciones, que no partieran de algo ya construido, el gobierno proscribió el uso de antiguos materiales, es decir, la tierra pisada o la mampostería. Varias de estas construcciones obedecían a la presencia cada vez mayor del progreso, como el edificio de Telégrafos y Teléfonos (114 000 bolívares), el del Archivo Nacional y Registro Público, según proyecto de Rafael Seijas Cook (54 000 bolívares; hoy Ministerio de Relaciones Exteriores), o el dique astillero para Puerto Cabello, obras que quedaron en manos de ingenieros por sus requisitos técnicos, ésta última, por cierto, la que requirió la más alta inversión, 724 279.89 bolívares; lo mismo podría afirmarse de la sala de Operaciones Quirúrgicas, aledaña al Hospital Vargas (75 000 bolívares). El jurado para las edificaciones estuvo constituido por los arquitectos o ingenieros Roberto García, F. Aguerreverre,

Alberto Smith, Ricardo Zuloaga, Mariano F. Herrera Tovar, Germán Jiménez y Vicente Lecuna.

En tanto que la única intervención urbanística fue en El Paraíso, plena de quintas y palacetes en todos los estilos, cuya calle real (como se diría en la colonia) se convirtió en flamante Avenida 19 de Diciembre (hoy avenida Páez), en honor a la fecha del inicio de la Rehabilitación del país: su costo fue de 536 279.78 bolívares. Al inicio de ésta se levantará el Monumento al 19 de Abril (Francisco Salias y José Cortés de Madariaga), de Emilio Gariboldi, y al final se ubicará el Monumento a la Batalla de Carabobo, de Eloy Palacios. De todas las plazas, la del Parque Carabobo (antigua Plaza Concordia) lucirá varios bustos como ornato y, ya en los treinta, una fuente moderna debida a un joven recién llegado de París, Francisco Narváez, bajo las órdenes del arquitecto Carlos Raúl Villanueva.

PRINCIPALES MONUMENTOS ESCULTÓRICOS

Desde 1855, el modelo de las exposiciones universales cundió en muchos países europeos y americanos, si bien en los países latinoamericanos esos actos eran impulsados más por alguna efeméride patria que por un afán simple de exhibicionismo del avance industrial o técnico del que carecíamos. Sin embargo, se consideró siempre que tales convocatorias resultaban estimulantes para todos los ramos de la producción humana y nos acercaban al mundo más civilizado. De las varias que ocurren en Caracas durante el siglo XIX, sólo la primera, de 1844, por parte del Instituto Tovar, no estará bajo la excusa de alguna fecha patria (conmemoración de una batalla o de un héroe de la independencia, por

lo regular). Como es ya un lugar común, el antiguo patronazgo de la Iglesia durante la colonia será desplazado por las necesidades del Estado laico, necesitado de afirmarse en los valores nacionales que dieron origen a la república. Si en la primera mitad del siglo estos encargos fueron escasos por la lenta recuperación económica, en la segunda mitad se prodigaron los monumentos en ocasión de las efemérides.

Luego de la Exposición Nacional del Centenario del Nacimiento del Libertador, en 1883, ordenada por Guzmán Blanco, su sucesor Joaquín Crespo querrá emularlo a propósito del mariscal Antonio José de Sucre (1895) y el generalísimo Francisco de Miranda (1896) con sus respectivas apoteosis, que implicaban una exposición de pinturas y esculturas con premios.[21] No existiendo sino un limitadísimo mercado artístico para la época y mucho menos salas de exhibición, salvo los propios estudios o con buena fortuna el de algún amigo fotógrafo, tales ocasiones constituían la única oportunidad, tanto para el público como para los mismos artistas, de entrar en contacto para el disfrute del arte. Al no ser asiduas las exposiciones colectivas, la crítica no alcanzó a desarrollarse sino en su vertiente literaria. Se señala como un hecho del todo singular la recepción popular otorgada al pintor Arturo Michelena a su regreso de la Exposición Universal de París de 1889 por haber obtenido una medalla de oro con su cuadro *Carlota Corday camino al cadalso*.

Si comparamos la contribución artística de 1883 y de 1910-1911, en los respectivos centenarios de Bolívar y de la independencia, vemos que Guzmán Blanco apenas con-

---

[21] ESTEVA-GRILLET, *Julián Oñate y Juárez*, pp. 139-164.

tó con un escultor venezolano, Rafael de la Cova, aunque inauguró mucha estatuaria pública, pero encargada a Francia; en cambio Juan Vicente Gómez favoreció a los pocos escultores venezolanos, en el país o en Europa, y a un solo extranjero radicado en el país. Otra diferencia sería que la pintura venezolana fue mucho más promocionada por Guzmán Blanco, mientras que Gómez se redujo al *Tríptico Bolivariano* encomendado a Tito Salas.

Sin embargo, la posteridad ha tributado el aplauso a Guzmán Blanco por el contrato con Martín Tovar y Tovar para el gran cuadro del Congreso del *5 de julio de 1811,* mal llamado "Firma del Acta de la Independencia" por cuanto ese día no se firmó el acta: fue una licencia artística que se tomó el autor. Por su lado, la obra de Tito Salas es casi desconocida por el público pues, aunque se encuentra en el mismo Palacio Federal, fue ubicada en un salón de difícil acceso y no en el gran Salón Elíptico, donde también está la *Batalla de Carabobo*, pintada en la bóveda ovoide por el mismo Tovar y Tovar en 1888. Una ironía de la historia ha producido que la principal pintura de 1883 se corresponda más con el Centenario de la independencia, y la de 1911 con la vida del Libertador. Y para complicar las cosas, que el principal monumento escultórico de ambos centenarios, el de Eloy Palacios encargado por Castro, se corresponda con uno venidero, el de 1921. Examinemos pues la escultura tal como se presenta para el primer Centenario conmemorado por Gómez.

En el *Libro del Centenario*, que documenta todos los eventos desarrollados, se incluye uno de especial interés para la historia del arte, pues no era común que se señalara en la prensa de la época el nombre de los escultores de esta-

tuaria pública y mucho menos el costo de la inversión. En general, es más costoso un monumento escultórico que una pintura, pero la escultura tenía y sigue teniendo una ventaja sobre la pintura: la diversidad de sus materiales, de cuya elección dependerá también su durabilidad. El documento a que nos referimos lo redacta Manuel Landaeta Rosales con el título "Cuadro de las estatuas, bustos y monumentos erigidos en Venezuela en el Centenario de su Independencia",[22] al estilo de otros que publicará en su larga trayectoria de compilador de datos.

El 28 de octubre de 1911 tiene lugar la inauguración del Monumento a la Batalla de Carabobo, de Eloy Palacios, precedida por una revista militar en el antiguo Hipódromo de El Paraíso.[23] Luego, el discurso del historiador José Gil Fortoul en la ceremonia oficial refiere cómo desde 1821, al mes de la batalla, el Congreso venezolano había decretado la erección en el sitio de una columna ática con inscripciones alusivas a la victoria,[24] y —en tono casi profético— predice que:

> La sencilla columna ática decretada por el Congreso del año 21, se levantará en el Campo de Carabobo cuando a la austera soledad y al solemne silencio que allí reinan todavía, vaya a sustituirse la ruidosa locomotora que transporta la riqueza creada

---

[22] AGUILERA y LANDAETA ROSALES, *Venezuela en el Centenario*, t. II, pp. 539-542.

[23] El Jockey Club había adquirido ese terreno en 1908, y el gobierno se lo compró en 147 973 bolívares. Antes, las carreras de caballos se realizaban en Sabana Grande.

[24] Véanse los proyectos para el Campo de Carabobo, de Agustín Ibarra, coronel Francisco Avendaño y Miguel Rola Skibitski de 1825 en ZAWISZA, *Arquitectura y obras públicas*, t. I, pp. 123-125.

> por el trabajo colectivo, y el bullicio del pueblo numeroso que sobre aquella tierra abonada con sangre de héroes alzará los palacios de la industria y los templos del arte [...]
>
> Entre tanto, inaugurando aquí el presente monumento cumplimos también el Decreto del año 21, que ordenó tributar en Caracas los honores del triunfo de la Independencia.[25]

De esta manera quedaba justificada esta ubicación, aunque no se hiciera mención alguna a la encomienda original de Castro. En la segunda parte de su discurso, Gil Fortoul explica por qué el artista no se acogió a la idea de columna ática, un recurso clasicista muy en uso. Sin ir muy lejos, el monumento a la independencia levantado en 1910 en la ciudad de México, diseñado por el arquitecto Antonio Rivas Mercado y coronado con la figura del Ángel del escultor italiano Enrique Alciati, lucía la tradicional columna ática. El historiador toma la explicación dada por el propio artista, Eloy Palacios, en un folleto publicado con el título *Ofrenda del escultor Eloy Palacios en el Centenario de la Independencia de Venezuela*, con ilustraciones de las distintas piezas escultóricas que integrarían el monumento, tal como las tenía modeladas en su taller de Munich, antes de su fundición en bronce. Para ese momento el escultor tenía medio siglo viviendo en Alemania y —como ya señalamos— no había dejado de contribuir con su arte a la exaltación de los valores patrios. Palacios ha tomado como fuente de inspiración una de las leyendas indígenas recopiladas por Arístides Rojas, que revelaba cómo los indios del Orinoco creían que "sus dioses habitaban las palmeras".[26] Véase la figura 1.

[25] Gil Fortoul, "Discurso", t. I, p. 636.
[26] Palacios, *Ofrenda*, s.p.

Figura 1



Y es que el escultor ha distribuido tres esculturas alegóricas de las repúblicas que integraran la antigua Colombia, con la técnica clasicista de los paños mojados, portando en sus manos atributos: Venezuela, en el sitial más bajo por ser trópico, un cetro, una espada y un ramo de laureles; Colombia, en un sitial intermedio por ser sierra, *Los derechos del hombre;* Ecuador, en el sitial más alto por su encumbramiento, un ramo de laurel. Las manos se extienden en gesto de trasmitirse el atributo una a otra, como haciendo una ronda. Las tres repúblicas están al pie de una columna de granito gris al inicio para concluir en verde, a semejanza de tres palmeras unidas, con sus respectivas hojas desplegadas en el tope, sobre el cual surge la imagen desnuda de la Libertad, con gorro frigio, una antorcha en la izquierda y un ramo de laurel en la derecha. Al pie del monumento, riscos y piedras semejando los Andes, con cuatro cóndores como animal emblemático de Suramérica, más altos relieves en bronce con escenas de la batalla de Carabobo. El costo del monumento fue de 262 657.55 bolívalres.[27]

Desde su inauguración, la encumbrada mujer desnuda fue llamada, y así todo el monumento, "la muñeca", y en los correveidiles de la sociedad se especulaba quién podía haber sido la modelo entre las venezolanas, dado el naturalismo de la escultura. No era la primera mujer desnuda, en veste alegórica, que conocía la ciudad. Pero la representación de la Paz y la Justicia como cariátides en la fachada exterior

---

[27] Este monumento fue trasladado en 1966 hacia el final de la Avenida Páez (antes 19 de diciembre), en confluencia con la Cota Guzmán Blanco o 900, a la entrada de La Vega, y su visual ha quedado afectada al convertirse en una redoma reducida para la distribución del tránsito vehicular.

del Palacio Federal, debidas al primitivo Manuel González en tiempos guzmancistas, nunca despertaron el morbo de nadie, por lo insípidas y estar modeladas en mampostería y cemento. Finalmente, no sabemos desde cuándo, el público pasó a denominar el conjunto "la india del Paraíso", acorde con su ubicación y con la leyenda que inspirara al artista. Dentro del contexto latinoamericano, sin duda es un monumento llamativo y original. El artista hizo un acopio de su maestría como escultor naturalista en el modelado de los cóndores, sintetizó el romanticismo con elementos neoclásicos en las tres repúblicas, fundió un elemento simbólico nacionalista con uno clásico en su columna-palmera, para situar en lo alto la libertad conquistada con la figura de una mujer que, aunque fuera una valquiria —Francisco da Antonio *dixit*—, el pueblo ha indianizado.

El segundo monumento en importancia será encomendado al italiano Emilio Gariboldi y erigido en lo que será la Plaza República en El Paraíso, al extremo opuesto del monumento a Carabobo, cerca de la estatua ecuestre a José Antonio Páez, concebida por Andrés Pérez Mujica y realizada por Eloy Palacios en 1903. No es casual la elección de esta parte de la ciudad para instalar estos monumentos, pues había amplio espacio y ya se había convertido en el sitio urbano de mayor prestigio. El propósito original del monumento de Gariboldi era el homenaje al 19 de abril, mediante dos de las principales figuras que recoge la crónica del acto: Francisco Salias, como el intrépido patriota que arrebata el bastón de mando al capitán Vicente Emparan a la entrada de la catedral y lo conmina a regresar al cabildo para seguir discutiendo la situación política en España, y el canónigo de origen chileno José Cortés de Madariaga,

quien con su gesto insinuara la respuesta negativa de parte de pueblo, convocado al pie del balcón del cabildo para decidir si aceptaban o no la continuidad de Emparan en el mando. Véase la figura 2.

El escultor une, pues, dos momentos sucesivos en un solo espacio al colocar contrastadas las dos figuras en sus poses respectivas, y en medio una victoria que ofrece una corona de laurel. La primera se creía que estaba representada por el pintor Juan Lovera en el cuadro respectivo de 1835, pero hoy se sabe que los personajes principales son Emparan y el alférez real Feliciano Palacios y Blanco, quien convence al capitán de regresar al cabildo.[28] Tanto de Cortés de Madariaga como de Francisco Salias hay retratos ejecutados por Carlos Rivero Sanabria (1894) y Antonio Herrera Toro (1910), respectivamente, para el Concejo Municipal de Caracas. En el pedestal, el escultor ha colocado sendos altos relieves, cada uno alusivo a la escena total; la referida a la catedral, parte de la clásica imagen de Lovera del acontecimiento. El costo del monumento fue de 50 000 bolívares y fue patrocinado por los empleados municipales.

Esta misma imagen de Lovera la realiza en una lápida en mármol —con una perspectiva más afinada y una Victoria alada que porta una corona de laureles— que será adosada a un costado de la fachada de la catedral de Caracas. Otras dos obras se le encargarán a Gariboldi durante el Centenario: un Bolívar pedestre en bronce para la estación del ferrocarril de Caracas a La Guaira, en Caño Ama-

---

[28] Esta distinción la ha establecido Carlos F. Duarte a partir del estudio de la vestimenta. Feliciano Palacios y Blanco era tío materno del Simón Bolívar. DUARTE, *Juan Lovera*, pp. 34-35.

Figura 2



rillo, donación de la colonia siria, con un costo de 50 000 bolívares y cuyo destino actual ignoramos, y un busto del Libertador en mármol para La Asunción, en la isla de Margarita, con un costo de 3 000 bolívares. Es curioso constatar que por el Bolívar pedestre la colonia siria pagó lo mismo que el gobierno por el monumento del 19 de abril, como si la importancia del personaje condicionara el precio. Debe entenderse que el país no tenía fundidores, de manera que el trabajo en bronce se realizaba siempre en el exterior.

El tercer monumento en importancia de este Centenario lo realizará Lorenzo González Cabrices en honor a Antonio Ricaurte y será erigido en San Mateo (estado de Aragua). En una elevación, se ubicaba y se conserva la antigua casa de Bolívar, que éste había destinado para la conservación del parque donde se inmolara el neogranadino junto al polvorín, ante la arremetida de los soldados de Francisco Tomás Morales el 25 de marzo 1814.[29] Véase la figura 3.

Ya el tema había sido trabajado pictóricamente por Antonio Herrera Toro en 1883. Si el pintor daba un punto de vista a contraluz, desde el recinto hacia la tropa realista que se aproxima, con el héroe de espaldas al espectador, la mano derecha extendida con un tizón hacia la pólvora y

[29] Según el *Diario de Bucaramanga*, de Perú de Lacroix, Bolívar habría fantaseado esa muerte heroica. En Villa de Leiva (departamento de Bucaramanga, Colombia), donde naciera el héroe, se conserva su casa convertida en museo. En una visita en diciembre de 2008, nos sorprendió la inclusión de insignias y documentos de la Fuerza Aérea de Colombia. Preguntado el custodio, lo justificó por la circunstancia de haber Ricaurte "volado por los aires" al estallar el polvorín, razón muy propia del realismo mágico. Sin embargo, todo se explica por el hecho de haber sido la Fuerza Aérea de Colombia quien emprendiera el rescate de la casa de Ricaurte en 1969, y la convirtiera en museo.

Figura 3



la izquierda portando la bandera; Lorenzo González presenta al personaje con visión frontal y espacio constreñido, inclinado hacia su derecha en gesto de disparar su pistola al tonel de pólvora sobre el cual reposa una bandera. Así, el resto se deja al espectador conocedor de la historia, con una propuesta menos narrativa que la pictórica y más exigente por su abstracción.

Para este monumento la Junta del Centenario había convocado un concurso, y al efecto se nombró un jurado, pero ninguno de los proyectos presentados reunía las condiciones exigidas. Por eso solicitó a los escultores Lorenzo González y Andrés Pérez Mujica, ambos de beca en Europa, que enviaran sus proyectos, y se escogió el del primero. El costo total —incluyendo el valor del boceto, la estatua, la montura y gastos de París a Caracas—, fue de 27 037.48 bolívares. Bueno apuntar desde ya que las construcciones se licitaban y las obras de arte se sacaban a concurso, según el primer reglamento de la junta.[30] El concurso citado no será el único que resulte sin proyecto ganador en su primera convocatoria, como veremos enseguida.

El cuarto monumento será la columna prismática a erigirse en el pueblo de Santa Ana (estado de Trujillo) en conmemoración de la entrevista del general Bolívar con el jefe del ejército realista, general Pablo Morillo, el 27 de noviembre 1820, con el fin de ratificar personalmente el Armisticio y el Tratado de Regulación de la Guerra ya firmado en la ciudad de Trujillo en los días anteriores. Con ambos documentos se daba fin a la condición de criminales endilgada por los realistas a los patriotas que ahora adquirían el reco-

---

[30] ZUMETA, *Reglamento*, s. p.

nocimiento de Estado beligerante. Por parte de Bolívar, se daba por enterrada la terrible Proclama de Guerra a Muerte otorgada en Trujillo el 15 de junio 1813. Banquete, brindis, una pernocta compartiendo la misma habitación los dos jefes, gran derroche de fraternidad y un abrazo acompañado de la colocación de la primera piedra para un futuro monumento que sólo ahora, en el Centenario de la independencia, se levantaría.

Abierto el concurso, examinados los diversos proyectos ninguno convenció al jurado integrado como en el anterior concurso por Agustín Aveledo, José Antonio Salas y Antonio Herrera Toro, pues si bien "reúnen las condiciones materiales que las obras proyectadas requieren, no así en cuanto al mérito artístico";[31] así debieron acudir de nuevo a los dos escultores becados en París: Lorenzo González Cabrices y Andrés Pérez Mujica. El primero resultó nuevamente favorecido, pero se aceptó una modificación sugerida por el segundo y ambos emprendieron la ejecución en conjunto. La parte de bronce (relieves y figuras de ambos generales en actitud de abrazo) costó 14 000 bolívares y la colocación otros 11 664 bolívares. Esto explicaría el que se hubiera inaugurado el 24 de julio de 1912.

La columna prismática es en realidad un pequeño obelisco, sobre una de cuyas caras se destaca el grupo escultórico formado por la figura de Bolívar en traje de levita cubierto con amplia capa, que estrecha con sus manos la izquierda de Morillo, mientras el español avanza a su encuentro y le pasa amigablemente el brazo derecho por la espalda al venezola-

---

[31] AGUILERA y LANDAETA ROSALES, *Venezuela en el Centenario*, t. I, p. 343.

no. Más abajo, una lápida en bronce refiere los acuerdos y, al pie de las gradas, hay una caja con la primera piedra colocada en 1820 por ambos militares para el monumento que se erigiría en el sitio.

Como se recordará, una de las propuestas del Programa del Centenario era invitar a España para que enviara un representante. El embajador extraordinario del rey fue un nieto del general Pablo Morillo, Conde de Cartagena y Marqués de la Puerta: el señor Aníbal Morillo y Pérez. Entregó al gobernador de Caracas, F. A. Colmenares Pacheco, una condecoración que el presidente Gómez donará al Museo Boliviano. En carta del 16 de julio de 1911, así se expresaba el español: "Esa Cruz, colocada sobre el pecho de Morillo se apoyó sobre el pecho de Simón Bolívar; unió aquellos dos grandes corazones, tiene aún sobre su esmalte, el esmalte de dos almas, y es reliquia histórica que recuerda a dos hombres buenos, heroicos y nobles".[32]

Al margen de las encomiendas oficiales, ya anunciamos que la Academia de Medicina aportaría un monumento dedicado al doctor José María Vargas, el único héroe civil homenajeado en el Centenario, cuyos restos se habían repatriado desde Nueva York en 1877 e inhumados en el Panteón. Era una deuda, pues, que asumieron médicos, farmaceutas, dentistas y parteras con un costo de 5 000 bolívares, a los que se suman 1 500 del gobierno para la colocación. El escultor escogido fue Lorenzo González y se realizó en Italia, en piedra blanca, y su inauguración fue el 2 de julio de 1911.

---

[32] Aguilera y Landaeta Rosales, *Venezuela en el Centenario*, t. II, p. 60.

OTROS MONUMENTOS

Un monumento singular, ya no en la tradición escultórica sino de la ebanistería y orfebrería, será el Arca del Libro de Actas de 1811, encomendado a la firma comercial establecida en Caracas, Gathmann Hermanos. Se usó cristal de roca, con gruesos cantos de plata cincelada, para la caja principal, de 81 × 61 × 33 cm. Luce la fecha del Centenario y emblemas de la libertad; tuvo un costo de 23 508 bolívares y fue destinado al Salón Elíptico del Palacio Federal. La descripción es prolija, hela aquí:

> El monumento que contiene tan precioso tesoro es de piedra de sienita pulida, con ornamentaciones de bronce. Todo él representa un bloque granítico de 2 m. 60 de altura, 1 m. 60 de ancho, y 1 m. 55 de espesor. La parte anterior del monumento, que es una lápida o portezuela que se abre de arriba abajo lleva la siguiente inscripción: "Libro de actas que contiene la solemne del 5 de julio de 1811, en la cual se proclamó el Congreso de Provincias Unidas la Independencia de Venezuela. Arca erigida bajo el gobierno constitucional del General Juan Vicente Gómez, el 5 de julio de 1911" [...] al abrirse la lápida descansa sobre la quimera que con los alas entreabiertas hacen los piés del monumento. El interior lo forma un pupitre forrado en damasco rojo. El busto de Bolívar corona el monumento.[33]

El encargo se completaba con la confección de una llave de plata dorada que guardaría el presidente de la República. En la sesión especial del Congreso de ese día, el discur-

[33] AGUILERA y LANDAETA ROSALES, *Venezuela en el Centenario*, t. II, pp. 275 y 276.

so estuvo a cargo del doctor José Gil Fortoul; concluida la sesión, se llevó el libro hasta su nuevo destino. Como estaba previsto, se ordenó una edición litográfica del acta en cuestión, con el título de *El libro nacional.* El ganador del concurso fue el impresor y litógrafo Pius Schlageter, quien incluyó tres grabados: exterior e interior del arca, y el cuadro famoso de Tovar. Recuérdese que las dos versiones pictóricas del acto de la firma del acta, la de Juan Lovera en 1838 y la de Martín Tovar y Tovar en 1883, se toman una licencia artística al colocar a los diputados en plan de firmar. Lo cierto fue que ese día se decidió la independencia, por eso el acta correspondiente llevará esa fecha; se encomienda a Germán Roscio y Francisco Iznardi la redacción del documento, que se leerá en la sesión del 7 y el 8 se refrendará; sólo entonces se inicia la recogida de firmas de casa en casa, y no alcanzan a firmar todos. Por este motivo, para la nueva edición litográfica se acuerda añadir las cuatro firmas faltantes de Ramón Ignacio Méndez, Ignacio Ramón Briceño, Juan Pablo Pacheco (no estaba ya en Caracas) y Gabriel de Ponte (había sido herido).[34]

---

[34] Este documento fundamental de nuestra historia republicana corrió una azarosa aventura, pues no se supo del paradero del segundo libro del congreso durante casi un siglo y sólo se contaba con la versión editada del acta de la independencia del 14 de julio de 1811. Día fatídico ése pues coincide con el alzamiento en Valencia contra los republicanos y debe designarse a Miranda para someter a los rebeldes. Empezaba así la guerra. Pues bien, ante la insurgencia del jefe realista Domingo Monteverde, sesionando el Congreso desde el 1º de abril de 1812 en Valencia, dejó de sesionar a fines de mes, y a causa de la guerra no se pudo reabrir. Al apoderarse los realistas del territorio, se dio por perdido el libro de actas, hasta que el 23 de octubre de 1907 el doctor Francisco González Guinán, *con la mediación del ciudadano Ricardo Smith, en la casa de la señora María Josefa Gutiérrez de Navas Spíndola, de la*

Entre los bustos ordenados y erigidos en Caracas, ya mencionamos la Plaza Carabobo como destino de algunos: fueron escogidos los artistas Andrés Pérez Mujica y Lorenzo González para la ejecución de bustos dedicados a los generales Manuel Cedeño y Ambrosio Plaza, al coronel Tomás Feriar y al capitán Pedro Camejo ("Negro Primero"), todos en bronce, con un costo de 10 000 bolívares. En cuanto a lápidas en mármol, el escultor y pedagogo barcelonés Ángel Cabré i Magrinyá ejecuta una, con relieve ornamental, en recuerdo del héroe preindependentista José María España. Fue situada en el exterior de la Casa Amarilla, a un costado de la misma plaza que presenció su sacrificio el 8 de mayo de 1799. Otro relieve en mármol, pero con el tema del 5 de julio (siguiendo las imágenes conocidas), lo ejecutó para la fachada del edificio del Palacio de Gobierno y Justicia (hoy Concejo Municipal). El último escultor en ser contratado será Pedro María Basalo, ex alumno del anterior: su *Busto de la República* se reproducirá para muchas oficinas. A él le encomiendan un busto del capitán Pedro Camejo ("Negro Primero") para el pueblo de Turmero (Edo. Aragua), costeado por sus habitantes. Tampoco en este caso se señala el material.

Desde finales del siglo XIX la Marmolería Roversi, compañía de una familia de escultores italianos, recibió enco-

---

ciudad de Valencia, [encontró en un viejo baúl] *el libro 2º de las actas del congreso de 1811, que contiene los trabajos de este Augusto Cuerpo, desde el 25 de junio al 24 de diciembre del mencionado año; figurando entre otras materias importantes en esos trabajos, el Acta solemne de Independencia, el acto de la firma de la misma y la Constitución de la República.* AGUILERA y LANDAETA ROSALES, *Venezuela en el Centenario*, t. II, p. 475.

miendas venezolanas, tanto privadas, para el Cementerio General del Sur, como públicas, para el Panteón Nacional. Eran obras importadas, por encargo y según catálogo. La ocasión del Centenario de la Independencia fue propicia para nuevos monumentos de carácter heroico: estatua del coronel Antonio Girardot en bronce y granito, para la Avenida 19 de Diciembre de Valencia (estado de Carabobo), con un costo de 18 000 bolívares; estatua del general Rafael Urdaneta en mármol para la Plaza Emancipación, también en Valencia, patrocinada por la colonia siria con un costo de 16 000 bolívares; y una estatua de la Libertad en mármol, para la Alameda Sucre, en Puerto Cabello (estado de Falcón), de 3 200 bolívares.

Finalmente, interesa referir que en casi todas las capitales o pueblos de provincia, por iniciativas varias y financiamientos mixtos, se erigieron modestos bustos de Simón Bolívar, José Antonio Páez, Francisco de Miranda, Ambrosio Plaza, José Francisco Bermúdez, Eduardo de Escalona, José Manuel Cagigal, por lo regular en cemento (bronceado, prensado o comprimido), también llamado "piedra artificial", yeso bronceado y hasta terracota. Los costos varían entre 6 000 y 400 bolívares. Las excepciones serán un busto colosal en bronce de Páez, que luego de 18 años varado en Maracaibo, es por fin rescatado y colocado en Mérida (estado de Mérida); otro normal con pedestal de granito para su ciudad natal, Acarigua (estado de Portuguesa); en tanto que de Bolívar se hicieron dos bustos en bronce para Boconó (estado de Trujillo) y Cúa (estado de Miranda); uno en mármol para Tovar (estado de Mérida) y una estatua de mármol en Ciudad Bolívar (estado de Bolívar), financiada por las logias masónicas y los habitantes con un costo de 24 000 bolívares.

Según la cuenta de Landaeta Rosales, el total invertido entre estatuas, monumentos y bustos, más lápidas conmemorativas, fue de 600 000 bolívares.

LA PINTURA, EL DIBUJO Y LOS MUSEOS

Queda evidenciado que la estatuaria fue un puntal del régimen por cuanto se prestaba más para el culto de los héroes iniciado desde el guzmancismo, particularmente en sitios públicos como plazas y alamedas. Los pocos escultores conocidos en el país, o de estudios en Europa, recibieron alguna encomienda. No así los pintores pues, del tiempo glorioso de la Academia sólo sobrevivía el ya viejo discípulo de Martín Tovar y Tovar, Antonio Herrera Toro, dirigiendo la enseñanza artística a regañadientes y apenas participando en el Centenario como jurado de concursos y con el retrato ya referido de Francisco Salias. Los jóvenes estaban descubriendo las delicias del paisajismo y no tenían el fogueo de la pintura heroica. De la nueva generación que se formaba en Europa, sólo podía mencionarse a Tito Salas a quien la fortuna de una confluencia de factores lo catapultó a un prestigio precoz como el del muy recordado Arturo Michelena. Recapitulemos esa circunstancia.

De dos pintores becados en Europa, sólo de él se reciben noticias de sus éxitos en el Salón de París; una obra suya, premiada, pasa a formar parte de la colección del Museo de Luxemburgo; la revista *La Alborada* publica una serie de cartas que detallan sus afanes como artista; su padre José Antonio Salas —empresario teatral y en su juventud pintor y

fotógrafo—[35] es miembro de la Junta del Centenario, como ya señalamos. Lo único que jugaba en contra del joven talento era su dedicación al género costumbrista y no al histórico, del que hacía befa el 24 de agosto de 1906.[36] Pero, dicen, "la oportunidad la pintan calva", y mandó su proyecto. Ofrecía un tríptico con tres escenas: Bolívar en Casacoima, en el panel izquierdo; la muerte de Bolívar, en el de la derecha; el paso del Páramo de Pisba, en el central. Dimensiones: 9 × 6 m. Su padre firmó el contrato en su nombre y se comprometió, igualmente, a devolver las cantidades desembolsadas en caso de incumplimiento. Serán tres pagos de 20 000 bolívares cada uno, para un total de 60 000. Pero el gobierno no se contenta con el tríptico, y obliga al pintor a la consignación de 500 copias oleográficas del mismo, de 1.50 m de largo, y una réplica de su obra *Una procesión en Castilla*. El contrato fue firmado en Caracas, el 14 de enero de 1911.[37]

Sólo 11 días más tarde, el diario *El Universal* reportaba el homenaje que había recibido Tito Salas en el restaurante Hispanoamericano en París, a raíz de la adquisición de su cuadro *Una procesión en Castilla* para el Museo de Arte Moderno de Luxemburgo. Lo acompañan, entre otros, el poeta nicaragüense Rubén Darío, el crítico literario guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el pintor español Ignacio Zuloaga y la colonia venezolana. Según el mismo despacho, Tito Salas adelanta varias pinturas, entre ellas el boceto del tríptico y un retrato de Juan Vicente Gó-

---

[35] SALAS, "Salas, José Antonio", en *Diccionario biográfico*, t. II, pp. 1178-1179.

[36] PINEDA, *Tito Salas*, p. 39. Todos los textos del pintor en ABREU y GRASES, *Alborada*, pp. 47-49, 75-78, 105-108, 122-126.

[37] AGUILERA y LANDAETA ROSALES, *Venezuela en el Centenario*, t. I, pp. 337-379.

mez.[38] Este último detalle era de obligación protocolar, siguiendo los ejemplos de Martín Tovar y Tovar con Guzmán Blanco, Cristóbal Rojas con Juan Pablo Rojas Paúl, Arturo Michelena con Joaquín Crespo, Antonio Herrera Toro con Cipriano Castro. Era una manera de no despertar sospechas y asegurarse el maná de la protección oficial.

Al llegar a París en 1905, Salas se había sometido a la tradicional formación para competir en los salones, garantizada por un maestro de varias generaciones, Jean Paul Lauren, en la Academia Julián; pero acudía en las noches a la gran Chaumière, donde estaban otros maestros más modernos. Viajó por Europa (dos veces a Italia para conocer la pintura del renacimiento y del barroco, a Bélgica y a España) y en Francia se sintió particularmente atraído por el norte, Bretaña, conservado tan campesino y popular como si la sociedad moderna e industrializada no hubiera llegado. Su maestro en esta zona fue el pintor Lucien Simón, y con él acentuó una paleta oscura con algunos toques de luz. Cultivó siempre una composición dinámica, con muchos personajes en escena, con predominio de las diagonales e iluminación contrastada, pero entre los años 1907 y 1908 permaneció en España y se dejó contagiar por el "iluminismo" de Joaquín Sorolla, muy distante del tenebrismo de su amigo Zuloaga, con lo cual aclaró en parte su paleta.[39]

[38] PINEDA, *Tito Salas*, p. 48.

[39] El mejor crítico venezolano de los años posteriores, Enrique Planchart, resumirá así los valores de la pintura de Salas en esa época: "la pincelada larga, el amplio arabesco de las figuras, cierto dramatismo del movimiento, que exime de tratar aisladamente los elementos de la composición, mayor interés en la energía del color que en el refinamiento de los tonos". PLANCHART, *La pintura en Venezuela*, p. 44. Véase también

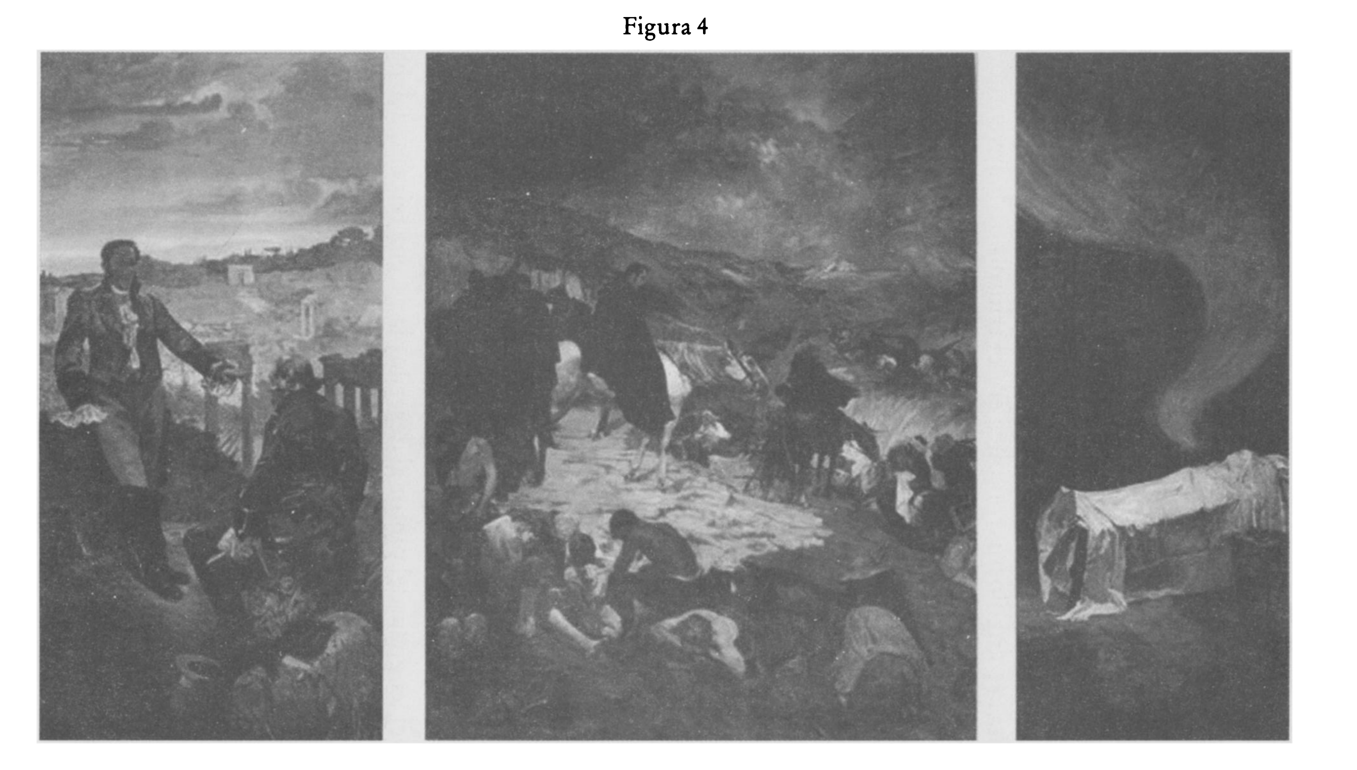
El mismo año de su contrato para el *Tríptico Bolivariano* —como se le conocerá— ganó una medalla en una exposición en Bruselas con su obra *La Capea*. De manera que la expectativa de su regreso pintaba triunfalista.

Obviemos los detalles de su recibimiento apoteósico en Caracas, cual famoso torero, del que los periódicos y revistas se engolosinaron pues era el triunfo de la juventud,[40] y volvamos al *Tríptico bolivariano*. Para el momento no había aún críticos de arte que pudieran enjuiciar plásticamente las obras que se exponían al público, de manera que resulta inútil buscar algún parecer en discordia con el aplauso general, avalado por los reportes de la prensa francesa o española en que se opinaba elogiosamente del pintor como promesa de la pintura. Nadie, por ejemplo, se percató de que el pintor no cumplió con lo ofrecido para el primer panel, "Bolívar en Casacoima", que cambia en el trabajo definitivo por el "Juramento en el monte Sacro, en Roma", junto a su maestro Simón Rodríguez. Como quiera que en su desarrollo futuro Tito Salas se consagrara a la epopeya del Libertador, tanto en la *Casa Natal* (1919-1931) como en el *Panteón Nacional* (1933-1942), es fácil comprobar que ambos temas los retomará, sobre todo el segundo. Más interesante resulta comparar el lenguaje del pintor al describir la escena tercera, del panel derecho, *La muerte del Libertador* y el trozo correspondiente reportado en el *Libro del Centenario* que nos ha servido de guía para esta reconstrucción. Veamos la figura 4.

ESTEVA-GRILLET, "Tito Salas en tres golpes", pp. 77-138.

[40] "Bienvenido sea al amado suelo natal este Embajador de la belleza, flor de la raza y gloria de la Patria"... Anónimo, "El regreso del pintor", *El Universal* (24 jun. 1911) p. 1. Los siguientes días aparecen reseñas firmadas sobre el acontecimiento.

Figura 4



La descripción del pintor no podía ser más escueta, pues atiende sobre todo a los elementos de la composición y a la sensación que desea trasmitir con sus recursos plásticos:

> El tercer cuadro figura una habitación pobre, si bien de mucho carácter; sobre un lecho y bajo sábanas blancas yace el héroe, se le reconoce por los pliegues que dibujan su cuerpo enflaquecido y su noble perfil. De un quinqué apagado una hebra de humo enflaquecido se dilata por sobre todo el tríptico, con cargas de lanceros y montañas y nubes y ciudades. En el centro, en lo alto, destacase Bolívar sobre su caballo alado.[41]

Un elemento común a los tres paneles será ese recurso fantasioso, como de visión futurista de inspiración cristiana muy propia de la iconografía hagiográfica. En efecto, al contemplar los tres paneles, en la parte superior de todos, hay esta proliferación de escenas entrevistas, como de ensueño, tras las neblinas de la imaginación. El caballo alado que aparece en este último panel, lo retomará Tito Salas en uno de los lienzos del techo del *Panteón Nacional*. Estos elementos fantásticos, de los que se ha sentido ajeno hasta entonces en su costumbrismo realista, harán de su pintura algo *démodé*, anacrónica en la Venezuela moderna, aunque para el momento causen admiración por su dominio de un género difícil, como queda patente en este efluvio literario, de supuesta crítica, reportado por el *Libro del Centenario*, sin indicación de autor.

> El último cuerpo del lienzo muestra el cadáver del Libertador, envuelto en una sábana, yacente en pobre lecho. La estancia,

[41] AGUILERA y LANDAETA ROSALES, *Venezuela en el Centenario*, t. I, p. 378.

como es la verdad histórica, aparece mezquina, toda desnuda como un desengaño. Una vela cubre la tosca silla de paja, a la cabecera del lecho. La llama que ilumina el cuarto funerario arde en la miseria y la desolación. Siempre el brillo resultó para nuestro grande hombre, trance de tristeza y amarguras. Al lado opuesto del lecho se ha extinguido otra luz; y en la humareda que se alza de la luz extinta, van revelándose las visiones magníficas de los días pretéritos: cabalgatas heroicas, las batallas de nombres perdurables y sonoros; todo aquel estrépito maravilloso de los grandes días.

El resplandor extinto es el que viene a alumbrar como sol perdurable el fenecimiento del Héroe. Y es en la sombra y en la desolación de la tumba, cuando resplandece perenne lumbre de oro sobre las líneas de la silueta altísima.[42]

Para la generación que hará del paisajismo postimpresionista su caballito de batalla, esa que surge a partir del Círculo de Bellas Artes en 1912, lo admirable de Tito no era tanto su pintura sino el privilegio de estar en París y competir en un ambiente de mayor reconocimiento para las artes; incluso se le criticaba por su rechazo de las vanguardias históricas y modernas.[43] Sin embargo, queda el testimonio entusiasta del primer crítico del Círculo y su promotor inicial, quien no estaba presente en Caracas al momento de la inaugura-

---

[42] AGUILERA y LANDAETA ROSALES, *Venezuela en el Centenario*, t. II, p. 112.

[43] Decía Manuel Cabré: "Hay cosas que parecen absurdas. El mismo Tito Salas, que tenía grandes condiciones de pintor, hablaba de los maestros impresionistas de una forma absurda, daba la impresión [de] que no entendía lo que habían hecho los impresionistas". PALENZUELA, *Leoncio Martínez, crítico de arte*, p. 54. Las opiniones de Tito Salas sobre el arte cubista, el surrealista y el abstracto las recoge PINEDA, *Tito Salas*, pp. 49-50.

ción del *Tríptico,* pero a su regreso del exterior, superando la diversidad de opiniones, narra así su experiencia:

> Entré a la sala bruscamente y puse de súbito los ojos en la tela para aprovechar el primer golpe de vista. La aplastante intensidad admirativa que se produjo en mi ánimo ante el prodigio de sentimientos y de arte que hallé frente mí, no lo explica sino el éxtasis, del cual vino a sacarme el portero del Palacio, anunciándome que eran las once y media e iba a cerrar.
>
> Llevaba más de dos horas de contemplación.[44]

El *Tríptico Bolivariano* se había inaugurado el 1º de julio de 1911 en el Salón de Sesiones del Consejo de Ministros, del Palacio Federal. Allí se condecoró al artista con la Orden del Busto del Libertador. Y allí ha permanecido el *Tríptico*, con casi nula accesibilidad para el público posterior.

Respecto al dibujo, sólo se dan dos concursos en que esta habilidad artística se haya puesto a valer, más que todo como diseño, apartando los bocetos que los escultores han debido consignar para los respectivos concursos o los arquitectos-ingenieros en las obras edilicias que fueron licitadas. Acorde a lo pautado por el Programa del Centenario, debía imprimirse una estampilla conmemorativa y acuñarse una medalla. Para el primer propósito participaron 43 proyectos, y fue escogido el de Pablo Wenceslao Hernández, ex alumno de la Academia de Bellas Artes y modesto pintor. El jurado lo formaron personas de cierta notabilidad: Eduardo Blanco, G. Tenero-Alienza, Gustavo J. Sanabria, Charles Röhl, José Antonio Salas, Laureano Vallenilla Lanz y Eloy González.

---

[44] MARTÍNEZ, "Los venezolanos en París", p. 121.

En cuanto a la medalla del Centenario, fue diseñada por Alejandro Frías (de quien no hemos obtenido mayores datos), modelada en cera por un escultor español de nombre Paura y acuñada por la casa D. Rodríguez, en Barcelona, España. En la edición (oro, plata y bronce) se invirtieron 49 977 bolívares. En el anverso aparece una alegoría de Venezuela con gorro frigio que ofrece una corona de laureles al busto de Bolívar; al lado derecho y de semiperfil se ve sentada la Ley, y abajo las fechas 1810-1910. En el reverso va la inscripción: "Primer Centenario de la Independencia de Venezuela conmemorado bajo la Presidencia Constitucional del General Juan V. Gómez". Véase la figura 5. Otra medalla conmemorativa, a manera de *souvenir*, la comercializó la casa Gathmann Hermanos en Caracas, en oro, plata y níquel: la efigie de Bolívar por una cara, y en la otra una corona de laurel, con la inscripción "Centenario de la Independencia 1810-1911".

Como algo excepcional y porque se ignora su paradero, señalamos la aparición en *El Cojo Ilustrado* de un dibujo académico de Leoncio Martínez, en que rehace desde otro punto de vista el tema de la muerte de Sucre en Berruecos, el 4 de junio de 1830. En efecto, en las dos versiones conocidas del episodio, tanto en la original del colombiano Pedro José Figueroa de 1835 como en la versión que hace de ésta José María Espinosa en 1845, Sucre aparece vestido con un poncho y caído del caballo; en la más académica del venezolano Arturo Michelena, en 1895, desaparece el poncho y las proporciones son naturales; en las tres el caballo escapa como espantado hacia la izquierda del espectador. En cambio el dibujo de Leoncio Martínez presenta a Sucre de semiperfil, desde atrás, a punto de caer del caballo ante el disparo certero del asesino apostado entre los matorrales.

Figura 5


BOLIVAR
1810 1910
PRIMER CENTENARIO
DE LA INDEPENDENCIA
DE VENEZUELA
CONMEMORADO BAJO LA
DEL GENERAL

Este dibujo de Leoncio Martínez sería, hasta ahora, el único aporte libre de parte de los artistas de la nueva generación, en conflicto con la Academia de Bellas Artes.

Hubo ocasión ese año de 1911 de apreciar otras pinturas a través de dos exposiciones, de las que habían entrado al patrimonio a fines del siglo XIX, a las que se sumaron las obras facilitadas por la Iglesia, algunas de los tiempos coloniales. La primera exposición fue la del Museo Boliviano y la segunda de la Academia de Bellas Artes. Es curioso que las reseñas del primer museo se concentran en las vitrinas, en los objetos, y no se mencionan las imágenes pictóricas, que pueden muy bien apreciarse en las fotografías de *El Cojo Ilustrado*. Empecemos por este museo.

El 24 de junio de 1911 se inaugura el Museo Boliviano, luego conocido como Bolivariano. Éste ya existía desde 1883, dentro del Museo Nacional fundado en 1872 por Adolf Ernst. Reunía la colección de piezas bolivarianas atesoradas por Antonio Leocadio Guzmán (padre de Guzmán Blanco y emparentado con la familia Bolívar) desde 1873, al inaugurarse la estatua del Libertador de Adamo Tadolini (copia de la de Lima, 1859) en la antigua Plaza Mayor, más las pinturas de tema patriótico que habían sido expuestas en la Exposición Nacional de 1883. Con los años se había venido enriqueciendo. Para este nuevo centenario las últimas donaciones fueron un retrato de Bolívar, atribuido al italiano Antonio Meucci, obtenido en Bogotá en 1885 del general Juan P. Pérez Arrubla por parte de Francisco González Guinán. El presidente donó otro retrato, "de completo parecido al anterior", que perteneciera a la familia Santamaría de Bogotá, adquirido por la New York and Bermúdez Co. que lo regaló a Gómez; más un abanico que obsequió el Libertador a Rosa Hernán-

dez, de Valencia, en el baile del 4 de enero de 1827, adquirido por González Guinán del general Federico Uslar, sobrino de Rosa. Para su inauguración como museo independiente, se nombró una comisión reoganizadora que estuvo integrada por los siguientes miembros: doctor Teófilo Rodríguez, Felipe Francia, doctor Vicente Lecuna, Manuel Segundo Sánchez y Christian Witzke.

Las reseñas de la inauguración del Museo Boliviano,[45] sin mencionar las pinturas —como dijimos—, dan cuenta de varias de las piezas que lo integran como: en la parte baja, restos del Castillo de Araya, en la península de Paria, que defendiera por muchos años las famosas salinas; la pila bautismal de la Catedral de Caracas, "en tosca piedra berroqueña",[46] donde fue bautizado Bolívar; el catafalco usado para la repatriación de los restos de Páez;[47] el tálamo nupcial del general Arismendi y su esposa Luisa Cáceres.[48] En tanto que en la parte alta se exhiben en vitrinas algunas pertenencias de Bolívar: levita con botones dorados con el escudo de Perú, pantalones color grana y botas de montar, ruana o chamarra, camisa de holán para dormir, medias de algodón, servilleta usada en un banquete con el general Juan José Conde. En caja de hierro, la espada de oro y piedras precio-

---

[45] Anónimo, "Las Fiestas del Centenario: La jornada de ayer", en *El Universal* (25 jun. 1911), p. 6.

[46] Aguilera y Landaeta Rosales, *Venezuela en el Centenario*, t. II, p. 116.

[47] Creemos que hay un error en el cronista, en realidad debía ser la urna de Santa Marta (Colombia) con los restos de Bolívar en 1842 o la urna cirenaria cuando el traslado de la Catedral de Caracas al Panteón en 1876. Aguilera y Landaeta Rosales, *Venezuela en el Centenario*, t. II, pp. 116-117.

[48] Esta pieza también nos resulta extraña.

sas regalada por el Perú a su Libertador, y otras joyas (hoy en el Banco Central de Venezuela); medallas de Ayacucho, Bomboná, Sol del Perú, cajas de rapé, vajilla. Colgada en la pared lucía la larga lanza usada por Páez. Luego de la visita de las autoridades, se abrió el museo al público. Según carta del director Witzke, ese día lo visitaron 5 000 personas.[49]

En cuanto a las pinturas que se exhiben, en las fotos reproducidas por *El Cojo Ilustrado* se alcanza a divisar dos premiadas durante la Exposición Nacional de 1883: *La entrega de la bandera al Batallón Sin Nombre*, de Arturo Michelena; *Los últimos momentos del Libertador en San Pedro de Alejandrino*, de Antonio Herrera Toro, y, en sitial de honor, el retrato de *Simón Bolívar*, por Martín Tovar y Tovar.

El mismo día, 24 de junio de 1911, a las 4 de la tarde las autoridades procedieron a inaugurar la exposición de la Academia de Bellas Artes, que funcionaba en el nuevo edificio de la institución construido por Alejandro Chataing, desde 1905. Estaba presente el director, Antonio Herrera Toro, y amenizó el acto la Banda Marcial. En primer lugar, en la parte baja de la academia, algunos cuadros religiosos "cuyos autores se desconocen"[50] prestados por el Cabildo Metropolitano, entre los cuales se mencionan *La Ascensión del Señor* y *La piedad.* Luego, en el salón del centro de la testera, se exhibe *Pentesilea* (1891), de Arturo Michelena, su último gran cuadro para el Salón de París.[51] Según las dos fotos que aparecieron de

---

[49] Aguilera y Landaeta Rosales, *Venezuela en el Centenario*, t. II, p. 117.

[50] Aguilera y Landaeta Rosales, *Venezuela en el Centenario*, t. II, p. 122.

[51] Esta obra no fue incluida por el fotógrafo A. Guerra Toro en *El Cojo Ilustrado*.

A. Guerra Toro, la secuencia sería así: salón derecho, *El milagro de los panes y los peces* (1897), *El Panteón de los Héroes* (1898), retrato de *Lastenia Tello de Michelena* (1890), retrato de un personaje sentado en mecedora, todas de Arturo Michelena; de Tito Salas, *La San Genaro* (1906), de Cristóbal Rojas, *La lectora* (1890) y de Juan Lovera, el cuadro del *5 de julio de 1811* (1838); en el salón izquierdo está el famoso cuadro de Cristóbal Rojas *La muerte de Girardot en Bárbula* (1883),[52] y otros del mismo pintor como *El Purgatorio* (1890), *Dante y Beatriz a orillas del Leteo* (1889) y *Estudio para personajes en la escalera o patio* (1886 ca.); de Martín Tovar y Tovar, el boceto para la *Batalla de Junín* (1900 ca.), y de José María Vera León, *La confesión*, (1897). Según el cronista, el salón de la derecha "parecía una Galería del Museo del Prado por la calidad de las telas allí expuestas".[53] Esta piadosa mentira se justificaba en aras de procurar la asistencia del público a la academia.

Otra exposición artística se inauguró con el pretencioso título de Museo del Centenario, una iniciativa privada con caracteres de feria comercial. Situado en un "amplio y lujoso Salón",[54] entre la esquina de Mercaderes y el Teatro Municipal, exhibía, a escala natural y en figuras de cera, las escenas representadas por dos célebres cuadros patrióticos: *Los últimos momentos del Libertador en San Pedro Alejandrino* (1883), según Antonio Herrera Toro; y *Francisco de Miranda en la Carraca* (1896), de Arturo Michelena, junto a algunas alegorías. De paso, los asistentes podían adqui-

---

[52] El cronista lo registra pero la fotografía no lo incluye. Este cuadro pertenecía al Museo Boliviano.

[53] AGUILERA y LANDAETA ROSALES, "En la Academia de Bellas Artes", en *Venezuela en el Centenario*, t. II, p. 122

[54] Anónimo, "Museo del Centenario", *El Universal* (3 jul. 1911), p. 5.

rir algunos de los objetos artísticos y de anticuariato que se ofrecían en venta. No hemos podido encontrar mayores datos sobre esta iniciativa tan desacostumbrada en nuestro país, pero común en las ferias comerciales europeas.

Un último museo será inaugurado con el mismo motivo en la provincia, pero de mayor trascendencia, el promovido por el obispo de Mérida, monseñor Antonio Ramón Silva. El Museo Diocesano fue presentado a través de un número extraordinario del diario católico *La Religión*, dedicado al Centenario, con artículos sumamente interesantes sobre la trayectoria de la Iglesia católica en la historia del país, y su contribución a la causa independentista, así como datos sobre el patrimonio artístico de la Catedral de Caracas, sobre cada una de las diócesis, el seminario y las distintas órdenes religiosas que entonces trabajaban en el país, tanto de hombres como de mujeres.[55] Por la participación de algún positivista, como Pedro Manuel Arcaya, y el agradecimiento a otros dos de Mérida, como Tulio Febres Cordero y Julio César Salas, pareciera que la efeméride sirvió para un reencuentro entre los creacionistas y los evolucionistas.

El Museo Diocesano de Mérida (hoy Arquidiocesano) recogía en vitrinas gran variedad de piezas, por origen, material y significado; por supuesto, estaba más próximo al añejo concepto de la *Wunderkammer* (Sala de Maravillas o Gabinete de Curiosidades) posrenacentista, que al moderno surgi-

[55] Por cierto, el número de monjas dedicadas a la educación, a orfelinatos, hospitales, asilos de ancianos y otros servicios sociales es increíblemente superior al de monjes: Hermanitas de los pobres de Maiquetía, 61 hermanas, 9 novicias; Hermanas de San José de Tarbes, 112; Hermanas Franciscanas, 38; Siervas del Santísimo Sacramento: 24. S.F., "Censo eclesiástico", en *La Religión*, pp. 10-11.

do de la fevolución francesa. Junto a vestimentas sacerdotales y de los antiguos obispos, se exhibían obsequios de la feligresía, curiosidades de la naturaleza, objetos de oro y plata para el culto, fotografías y una colección de cuadros de los viejos conventos, retratos de los obispos merideños y de algunos clérigos del siglo XIX. Los mayores atractivos, sin embargo, eran las dos campanas más antiguas existentes en el país, fundidas en los siglos x y XI (iglesia de Jajó, estado de Trujillo), y una momia de mediados del siglo XIX de una mujer que se supone fue asesinada y escondida en la cueva donde se encontró.[56]

PRODUCCIÓN INTELECTUAL Y PUBLICACIONES

En el Club Concordia de Caracas, el 20 de julio de 1911, el poeta y periodista colombiano Juan Ignacio Gálvez ofreció un agasajo a la prensa y a los intelectuales venezolanos, casi todos vinculados a alguna instancia gubernamental. Allí estuvieron de plácemes, entre otros, José Gil Fortoul, Andrés Mata (poeta y director de *El Universal*) Pedro Emilio Coll, César Zumeta, Juan J. Churrión (periodista), Francisco Jiménez Arráiz (escritor), Diego Carbonell (estudiante de medicina y futuro escritor), Laureano Vallenilla Lanz, Tito Salas, Eloy G. González y Manuel Díaz Rodríguez. El acuerdo que toman es dirigir un telegrama a los presidentes de las naciones latinas con el fin de participarles la fundación de una Sociedad de Escritores Latinoamericanos.[57] Para no romper la tradición de vivir a costa del

---

[56] ESTEVA-GRILLET, "El Museo Arquidiocesano de Mérida (1911)", en *Boletín del Archivo Arquidiocesano*, pp. 5-10.
[57] AGUILERA y LANDAETA ROSALES, *Venezuela en el Centenario*, t. II, p. 69.

Estado, esta sociedad promovía que cada centro capitalino procurara de sus gobiernos una subvención anual de 6000 dólares para que los intelectuales viajaran por las capitales dando conferencias sobre los propios países, además de formar una editorial en cada capital por acciones del público.[58]

Pensar que uno de los ideales de la nueva generación de artistas plásticos que surgiría con el Círculo de Bellas Artes de 1912 era —precisamente— no depender más del Estado, de los encargos de obras, sino crear su propio mercado de coleccionistas y vivir, honestamente, del propio trabajo profesional. Que las obras obedecieran a la más íntima inspiración, sin pretender satisfacer los gustos adocenados de cierto público.

Haciendo a un lado toda la labor de los cronistas de la época, entre las producciones que se dan a conocer destaca una, a nuestro parecer: la *Historia contemporánea de Venezuela*, en 15 tomos, del académico y político valenciano Francisco González Guinán, con un costo de 717508 bolívares. Todavía hoy en día su consulta resulta provechosa por la abundancia de documentos que transcribe y por la crónica, casi anual, de las incidencias políticas. Sólo que responde a un modelo historiográfico decimonónico, ese positivista que se centraba más en la exhibición y edición del documento que en su interpretación; si bien ya superada la visión romántica de un Juan Vicente González o un Eduardo Blanco. Por su parte, el Senado decretó, fuera de lo programado por la Junta del Centenario, la publicación de 1000 ejemplares del viejo manuscrito *Theatro de*

[58] Aguilera y Landaeta Rosales, *Venezuela en el Centenario*, t. II, p. 463.

Venezuela y Caracas, del presbídero doctor don Blas Joseph Terrero, un sabio e ilustrado erudito que escribía para su propio solaz, con noticias muy curiosas sobre la cotidianidad caraqueña y las creencias de fines del siglo XVIII. La edición debió esperar hasta que el Ministerio de Relaciones Interiores retomara la idea y la hiciera realidad en 1926. El total de lo erogado por el gobierno gomecista en publicaciones, ya anunciadas en el Programa del Centenario, fue de 3 879 830.26 bolívares.

Un nuevo tipo de historia, en cambio, se anunciaba desde una primera conferencia dictada por Laureano Vallenilla Lanz en la Academia de Bellas Artes el 9 de octubre de 1911.[59] El tema, sin duda controvertido, sostenía que "La guerra de Independencia fue una guerra civil". Durante varios números del quincenario *El Cojo Ilustrado*, el joven polemista venía dando a conocer sus ideas.[60] Varios autores replicaron a través de las páginas de *El Universal*.[61] Al único que responderá será a Samuel E. Niño.[62]

---

[59] Laureano Vallenilla Lanz, "La guerra de Independencia fue una guerra civil", *El Cojo Ilustrado* (1º nov. 1911), pp. 598-601.

[60] Véase, por ejemplo, su tesis central sobre los orígenes del caudillismo en América Latina. Laureano Vallenilla Lanz, "El gendarme necesario", *El Cojo Ilustrado* (1º oct. 1911), pp. 542-546.

[61] I. Vetancourt Aristiguieta, "La conferencia de anoche: la guerra de independencia fue una guerra civil", *El Universal* (10 ago. 1911), p. 1; Niño, "La guerra de Independencia fue una guerra civil", *El Universal* (12 oct. 1911), p. 1; I. Vetancourt Aristiguieta, "La conferencia de anoche: la guerra civil en la guerra", *El Universal* (10 ago. 1911), p. 1; Antich, "La guerra de Independencia no fue una guerra civil", *El Universal* (19 oct. 1911), p. 1; Ríos, "A propósito de la conferencia", *El Universal* (20 oct. 1911), p. 1.

[62] Laureano Vallenilla Lanz, "La guerra de Independencia fue una guerra civil", *El Cojo Ilustrado* (1º nov. 1911), p. 1.

Y para ser más controvertido todavía, en otro artículo que muy pocos podrían atreverse a rebatir, afirmaba sobre su idea central:

> Bien seguro esté el jefe del socialismo [M. Jean Jaurès] de que la función primordial del gobierno, la más noble, la más necesaria, es la conservación del orden social; y de que la concepción moderna del Estado no es el contrato de Juan Jacobo [Rousseau], sino la del "gendarme de ojo avisor [*sic*] y mano dura" armado siempre contra los ímpetus brutales de la bestia humana.[63]

Cuando en 1919 se publicó su libro *Cesarismo democrático*, le llovieron críticas desde la vecina Colombia pues ya en Venezuela el autor era la consagración ideológica del régimen de Juan Vicente Gómez, donde las libertades inicialmente otorgadas habían desaparecido en aras del Orden, la Paz y el Trabajo.[64] Una consigna positivista a destiempo, que recordaba el régimen de Porfirio Díaz en México, rodeado de sus "científicos".

Disquisiciones menos comprometedoras se ventilaban en los diversos concursos literarios convocados para conmemorar la efeméride. El diario *El Universal* convocó a un concurso de sonetos sobre el tema de la entrevista de Bolívar y Morillo en Santa Ana (estado de Trujillo), según los testimonios de O'Leary y del mismo Morillo. Toda la prensa participa en la votación y el premiado es Alejandro

---

[63] Laureano Vallenilla Lanz, "Los peligros del socialismo", *El Cojo Ilustrado* (15 ago. 1911), p. 459.

[64] La consigna ha sido usada por otros dictadores latinoamericanos: en Perú, por el general Óscar Benavides, en su segundo gobierno, en los años treinta; en Bolivia, por el general Hugo Banzer en los años setenta.

Carías, un autor retirado —según propia confesión— "del público cultivo de las letras".[65] Otro certamen de tema más interesante fue el convocado por la sociedad Amparo Recíproco sobre un tema en prosa: "La influencia de la mujer en los acontecimientos de nuestra Guerra Magna", que ganó Gabriel Hermoso, y un concurso sobre "Bolívar en Santa Marta", en verso, cuyo vencedor fue Augusto Méndez Loynaz. Por su parte el periódico *El Heraldo Católico* premió en verso a los marabinos Udón Pérez y Emiliano Hernández;[66] y en prosa, a Juan Duzán. Por último, el certamen literario de *La Nación* premió en verso, sobre el tema "Los conquistadores", a Guillermo Trujillo Durán,[67] en tanto que Udón Pérez y León Olivo obtuvieron menciones. El concurso en prosa tuvo por tema "Las glorias de España, glorias son de Hispanoamérica", y fue ganado por F. Jiménez Ocanto, de Barquisimeto, mientras que Juan B. Besson[68] y Ramón Hurtado recibieron menciones.

Al lado de estos concursos intrascendentes, preferimos destacar como contribuciones intelectuales del momento algunos de los congresos reunidos en Caracas. Uno programado por la Junta del Centenario, el de Medicina, reunió a 197 asistentes (153 médicos, 29 farmacéuticos, 13 dentistas y 2 parteras) y se presentaron 86 trabajos científicos. Reunido entre el 24 de junio y el 4 de julio de 1911, bajo la Secretaría General del doctor Luis Razetti, fue catalogado como "una

---

[65] AGUILERA y LANDAETA ROSALES, en *Venezuela en su Centenario*, t. I, p. 488.

[66] Ambos con obra reconocida hoy día.

[67] Junto a su hermano Manuel, fue un pionero del cinematógrafo en el Zulia, desde 1897.

[68] Futuro historiador del Zulia, en la línea de González Guinán.

asamblea científica y reunión social, que debe propender al adelanto de la ciencia y a la consolidación del gremio".[69]

El otro en importancia será el II Congreso Internacional de Estudiantes de la Gan Colombia, que se reunirá entre el 24 de julio y el 6 de agosto de 1911. Para el anterior, realizado en Bogotá, los delegados venezolanos fueron los bachilleres Diego Carbonell (Medicina), Felipe Aguerrevere (Ciencias Exactas) y Marcos S. Godoy (Ciencias Eclesiásticas). En Caracas los estudiantes discutieron varios temas. De utilidad general: representación estudiantil en los consejos universitarios, autonomía universitaria, cátedras libres, promoción por concursos, cultura física. De utilidad especial, según los campos académicos: en Ciencias Políticas, Filosofía y Letras se discutió sobre el divorcio civil, el adulterio, la delincuencia infantil, el matrimonio civil de clérigos, los estudios literarios; en Ciencias Médicas, se ventilaron los problemas de la prostitución (reglamento), las escuelas de enfermería, la sífilis y la fiebre amarilla; en Ciencias Exactas y Arquitectura, las cátedras prácticas, los centros de estudiantes, las escuelas de artes y oficios, las habitaciones obreras, los colegios infantiles al aire libre. Como puede apreciarse por el temario, los estudiantes evidenciaron un marcado interés en los problemas de la gestión universitaria, adelantándose a nuestro presente, y revelaron gran sensibilidad hacia la problemática social.

Sin embargo, mal podemos inferir que la situación cultural era para congraciarse, pues si traemos dos testimonios del campo artístico y del literario, constataremos que

---

[69] Aguilera y Landaeta Rosales, "Congreso Venezolano de Medicina", en *Venezuela en el Centenario*, t. II, p. 126.

había gente con conciencia del estado de abandono en que se encontraba este sector de la producción intelectual. Si es por las artes plásticas, basta con leer el despacho originado por una visita a la academia, con motivo de una exposición de fin de curso:

> En la sección de artes plásticas no se puede señalar nada que entrañe un esfuerzo y mucho menos que indique una aspiración. Al contrario de otros años, los concursos de yeso y del desnudo, de pintura y escultura, han pasado bajo un benévolo silencio, no pudiéndose impugnar por ello á los respectivos Profesores cuya competencia es harto conocida, sino quizás a la falta de discípulos entusiastas.[70]

No es casual que los mejores estudiantes hayan optado por el abandono de la academia a raíz de la huelga de 1909. La falta del aliciente de las becas era aplastante. Si pasamos al mundo de la literatura, la visión no podía ser más pesimista, según juicio lapidario del crítico más importante del momento, Jesús Semprum, en conferencia leída ante la Asociación General de Estudiantes el 15 de febrero de 1911:

> En una centuria de vida independiente que llevamos, sólo podemos citar con orgullo tres o cuatro nombres, que nos honran en bellas letras; Juan Vicente González, Cecilio Acosta, Pérez Bonalde: Bello no es nuestro, Baralt tampoco. Y fijaos en que de esos tres nombres que cito, ninguno ha dejado obra que pueda ejercer influencia práctica en nuestra generación. El uno dilapidó su talento como millonario ante sus tesoros, en

[70] Anónimo, "Sueltos editoriales: Academia Nacional de Bellas Artes", *El Cojo Ilustrado* (15 jun. 1911), p. 344.

una pugna política personal; el otro se acogió á un recogimiento estéril; el último tuvo la debilidad de suicidarse con costumbres que adoptó como protesta contra la pudibundez del medio en que vivía.[71]

FIN DE LA FIESTA

Se ha considerado este primer gobierno de Gómez como una "luna de miel" con el país. Pero desde el mismo año en que salió publicado el *Libro del Centenario* en 1912, la Universidad Central fue cerrada debido a una protesta estudiantil y así permaneció hasta 1920. El consejo general de la Asociación Nacional de Estudiantes de Venezuela había declarado una huelga por desavenencias con el rector doctor Felipe Guevara Rojas. Como que los bachilleres, animados por los temas puestos sobre el tapete en el Congreso Internacional habido el año anterior, creyeron llegada la hora de pasar a la acción.

Para 1913, ante el fin de su periodo de gobierno y para evitar las elecciones, Gómez "inventa" una supuesta invasión castrista y sale con un ejército de 10 000 hombres a pelear. En la presidencia deja al doctor José Gil Fortoul. "Superado" el peligro, en 1914 mandó a reformar la Constitución y alargó el periodo de gobierno a siete años, con un presidente y comandante del ejército elegidos por el Congreso, y un presidente provisional con funciones administrativas y de carácter formal. El doctor Victorino Márquez Bustillos cumplirá esa labor, más semejante a un primer ministro, hasta 1922. Como desde 1903, luego de su triun-

[71] Jesús Semprum, "La revolución de Independencia y la literatura", *El Cojo Ilustrado* (1º jul. 1911), pp. 368-369.

fo militar en Ciudad Bolívar contra la revolución libertadora, Juan Vicente Gómez residiera en Maracay, el cuerpo de ministros debía acudir semanalmente a esa ciudad a rendir informes.

Ante la desazón por lo que pudiera ocurrir en la vida nacional, sólo los antiguos alumnos rebeldes de la academia, congregados desde 1912 en el Círculo de Bellas Artes, se dedican con el apoyo de varios intelectuales, como Rómulo Gallegos o Jesús Semprum, a convocar salones independientes donde exhiben consagrados como Tito Salas, junto a aquel carnicero al que le gustaba dibujar. Y se mantendrán, con gran esfuerzo, hasta 1917 cuando el grupo, desalojado del *foyer* del Teatro de Calcaño, se reúne en el barrio de Paguita, en el "Cajón de monos"; allí sufre un allanamiento por la policía y varios pintores junto a la modelo son llevados a oír una reprimenda en la jefatura civil.[72] Al parecer, la presencia de un oficial entre los aficionados, pero más la de una joven que hacía las veces de modelo, motivaron la suspicacia del régimen.

Algunos intelectuales ya habían dejado el país para siempre, como Rufino Blanco Fombona en 1911, otros esperarán algunos años, como José Rafael Pocaterra que se exiliará en 1918. Lo cierto es que el aire se iba haciendo más irrespirable y resultaba titánico sobrevivir como artista en ese medio con un mercado tan limitado, poco acostumbrado a pagar a un pintor venezolano para obtener un paisaje del entorno.

---

[72] López Méndez, *El Círculo de Bellas Artes*, pp. 77-79 y 81. Los pintores "apresados" por unas horas fueron Manuel Cabré, Rafael Monasterios, Marcelo Vidal Maldonado, Luís Alfredo López Méndez y la modelo Águeda. Una modelo anterior, según el testimonio de Cabré, se llamaba Rosa Amelia Montiel.

Por eso, como colofón ofrecemos esta reflexión de Domingo Miliani, discípulo del mexicano Leopoldo Zea y maestro del autor en la Universidad de los Andes:

> Castro inicia en Venezuela una era de orgías políticas, con un fondo nacionalista y una reinaugurada persecución contra la inteligencia. Gómez pareció a algunos de los nuevos escritores y pensadores (los de la revista La alborada, 1909, positivistas de oídas, naturalistas por convicción estética, reformistas de pura imaginación), una especie de salida airosa a la barbarie y dejaron entronizar una figura ingenua, que ellos creyeron manejable con facilidad. La historia hubo de mostrar cómo la ingenuidad estuvo en los crédulos hombres de ideas que lo mal-juzgaron. El error costó al país 27 años de dictadura.[73]

Ante la célebre consigna de la época, "Gómez Único", la Venezuela democrática del siglo XXI sigue luchando porque un personaje del género resulte también irrepetible.

REFERENCIAS

ABREU, José Vicente y Pedro GRASES (eds.)
La Alborada, Caracas, Fundarte, 1983.

AGUILERA, Delfín y Manuel LANDAETA ROSALES (comps.)
Venezuela en el Centenario de la Independencia, 1811-1911, Caracas, Tipografía Americana, 1912.

Antonio Herrera Toro
Antonio Herrera Toro, 1857-1914. Final de un siglo, Caracas, Galería de Arte Nacional (diciembre 1995-febrero 1996).

[73] MILIANI, *Tríptico venezolano*, p. 286.

ARELLANO, Homero

"1902: El bloqueo internacional de Venezuela", en *Venezuela*, 2, Revista del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caracas (abr.-mayo-jun. 1986), pp. 58-63.

CABALLERO, Manuel

Gómez. El tirano liberal, Caracas, Monte Ávila Editores, 1993.

CABALLERO DE BORGES, Mariam

"Antonio Herrera Toro: una visión temática de su obra", en *Antonio Herrera Toro*, 1995-1996, pp. 21-86.

CARABALLO PERICHI, Ciro

Obras públicas, fiestas y mensajes, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1981.

CASTRO, Juan Bautista

"Año Jubilar del Santísimo Sacramento", en ESTEVA-GRILLET, 2001, t. I, pp. 610-611.

DA ANTONIO, Francisco

Textos sobre arte. Venezuela, 1682-1982, Caracas, Monte Ávila y Galería de Arte Nacional, 1981.

DE-SOLA RICARDO, Irma

Caracas y sus monumentos históricos relacionados con Simón Bolívar, Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal, 1983.

DUARTE, Carlos F.

Juan Lovera, el pintor de los próceres, Caracas, Arte, 1985.

ESTEVA-GRILLET, Roldán

Guzmán Blanco y el arte venezolano, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986.

"Arte efímero en la Venezuela del siglo XIX", en *Correo de Ultramar*, 2-3, Mérida (mar.-sep. 1987), pp. 22-51.

"El Museo Arquidiocesano de Mérida (1911)", en *Boletín del Archivo Arquidiocesano de Mérida*, 4-5 (ene.-dic. 1987), pp. 5-10.

Desnudos no, por favor y otros estudios sobre artes plásticas venezolanas, Caracas, Alfadil, 1991.

"Tito Salas en tres golpes", en ESTEVA-GRILLET, 1991, pp. 77-138.

"El Carnaval: de la barbarie colonial a la civilización guzmancista", en *Extramuros* (Nueva Serie), 11, Caracas (oct. 1999), pp. 35-47.

Julián Oñate y Juárez (1843-1900 ca.), un pintor de Ultramar en el arte latinoamericano del siglo XIX, Caracas, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela, 2000.

ESTEVA-GRILLET, Roldán (comp.)

Fuentes documentales y críticas de las artes plásticas venezolanas. Siglos XIX y XX, Caracas, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela, 2001.

GIL FORTOUL, José

"Discurso del doctor José Gil Fortoul en la ceremonia de inauguración del Monumento de Carabobo", en ESTEVA-GRILLET, 2001, pp. 365-367.

LANDAETA ROSALES, Manuel

"Cuadro de las estatuas, bustos y monumentos erigidos en Venezuela en el Centenario de la Independencia", en AGUILERA y LANDAETA ROSALES, 1912, t. II, pp. 531-548.

LÓPEZ MÉNDEZ, Luis Alfredo

El Círculo de Bellas Artes, Caracas, C.A. Editora El Nacional, 1976.

MARTÍNEZ, Leoncio

"De Bellas Artes", en PALENZUELA, 1983, pp. 87-91.

"La Estrella de la Mañana", en PALENZUELA, 1983, pp. 111-116.

"Los venezolanos en París", en PALENZUELA, 1983, pp. 117-122.

"El pintor doliente", en PALENZUELA, 1983, pp. 143-146.

MILIANI, Domingo

Tríptico venezolano. Narrativa, pensamiento, crítica, Caracas, Fundación para la Promoción Cultural de Venezuela, 1985.

OTERO, Carlos y otros

"Carta manuscrita de los pintores huelguistas al Consejo de Inspección del Instituto Nacional de Bellas Artes, 31 de agosto de 1909", en RATTO-CIARLO, 1978, pp. 34-37.

PALACIOS, Eloy

Ofrenda del escultor Eloy Palacios en el Centenario de la Independencia de Venezuela, Caracas, s.p.i.

PALENZUELA, Juan Carlos

Leoncio Martínez, crítico de arte (1912-1918), Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1983.

"Prólogo", en PALENZUELA, 1983, pp. 11-67.

PERDOMO TERRERO, Francisco y Miguel GIL NÚÑEZ

Monumentos históricos del Distrito Federal. Homenaje al Bicentenario de Simón Bolívar, Caracas, Corporación de Turismo de Venezuela, 1983.

PÉREZ VILA, Manuel (coord.)

Diccionario de historia de Venezuela, Caracas, Fundación Polar, 1988.

PINEDA, Rafael

Tito Salas, Caracas, Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1969.

PINO ITURRIETA, Elías

Venezuela metida en cintura, Caracas, Cuadernos Lagoven, 1988.

PLANCHART, Enrique

La pintura en Venezuela, Buenos Aires, Imprenta López, 1956.

RANGEL, Carlos

Del buen salvaje al buen revolucionario, Caracas, Monte Ávila Editores, 1977.

RATTO-CIARLO, José

Carlos Otero: su vida, su obra y su época, Caracas, Ernesto Armitano Editor, 1978.

SALAS, Alejandro (coord.)

Diccionario biográfico de las artes visuales en Venezuela, Caracas, Fundación Galería de Arte Nacional, 2005.

SALAS, Alejandro

"Salas, José Antonio", en SALAS, 2005, t. II, pp. 1178-1179.

ZAWISZA, Leszek

Arquitectura y obras públicas en Venezuela. Siglo XIX, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1983.

ZUMETA, César

Reglamento interno de la Junta del Centenario de la Independencia, Caracas, Imprenta Bolívar, 1909.

ENTRE LA AUTOCOMPLACENCIA Y LA CRISIS: DISCURSOS DE CHILENIDAD EN EL PRIMER CENTENARIO

Antonio Sáez-Arance
Universität zu Köln

En Chile, como en México, septiembre es "el mes de la Patria". Los medios de comunicación y los grandes centros comerciales se preocupan cada año de recordarlo en un insistente frenesí publicitario no siempre correspondido por la ciudadanía en la forma deseada. Desde principios de mes, banderas y escarapelas con los "colores patrios", blanco, azul y rojo, van decorando poco a poco calles, automóviles, oficinas y casas, mientras se planifican asados para los días feriados y la cueca, el "baile nacional", se convierte en tema de conversación. Aun así, el septiembre chileno crea sensaciones y suscita opiniones encontradas. Una peculiar mixtura de confianzas y miedos colectivos conforma una cultura festiva compleja e históricamente ambivalente. No tanto, desde luego, por el motivo oficial de la fiesta, la constitución de la primera Junta de Gobierno en el Cabildo Abierto de Santiago, el 18 de septiembre de 1810,[1] sino mucho más por el

[1] Sobre el trasfondo histórico, combinando una síntesis de la información disponible con el tratamiento crítico de la historiografía, JOCELYN-

recuerdo de acontecimientos más recientes, como el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.[2] Si bien los casi tradicionales disturbios durante el *Once* han disminuido en intensidad y capacidad destructiva desde hace algunos años y son hoy más que nada un fenómeno residual de violencia urbana, homologable a los enfrentamientos entre *hooligans* y policías en cualquier capital europea, el golpe sigue siendo el principal motivo de polarización política en el Chile del inminente bicentenario.[3] Tanto más fascinante resulta para el observador foráneo la facilidad con la que en la esfera pública se transita en cuestión de pocos días del más agrio debate partidista sobre la interpretación del pasado reciente a un edulcorado consenso patriótico, recurrentemente aderezado con disquisiciones periodísticas sobre "la esencia de nuestro ser nacional" y lamentos sobre el menguante entusiasmo identitario de las generaciones más jóvenes.[4]

HOLT, *La independencia*. La independencia de Chile se declaró en forma oficial el 12 de febrero de 1818, y este día, junto al de la victoria sobre las tropas realistas en Maipú, el 5 de abril del mismo año, y el propio 18 de septiembre se celebraron indistintamente como fiestas patrias durante las primeras décadas de la República. En 1837 se decidió reunir todas las fiestas cívicas en un solo día y se eligió para ello el 18 de septiembre, que era, de todos los posibles, el que menos relación tenía con la independencia en sentido estricto. Excelente resumen del proceso en PERALTA, *¡Chile tiene fiesta!*, pp. 47-85.

[2] Una reconstrucción sistemática de los avatares conmemorativos en relación con esta "nueva fiesta nacional" en JOIGNANT, *Un día distinto*, especialmente pp. 31-49 y *passim*. Para el contexto general de la discusión sobre la memoria del golpe y sus implicaciones sigue siendo útil LECHNER y GÜELL, "Construcción social".

[3] Imprescindible sobre la polarización política en Chile es HUNEEUS, *Chile, un país dividido*, especialmente pp. 21-57.

[4] Por ejemplo, *El Mercurio* (14 sep. 2009), p. A8: "En este mes donde las empanadas y la cueca son protagonistas, consultamos a historiadores y

Por lo demás, esta convivencia de lo festivo con lo crítico no es nueva. El que lo parezca es sobre todo consecuencia de la frecuente renuncia a abordar, desde el debate público, la cuestión de la historicidad de los rituales, símbolos y celebraciones oficiales y su interrelación con la cultura política.[5] 1910 es un buen ejemplo de ello. Del mismo modo que el gran proyecto jubilar del "Bicentenario 2010" avanza hoy condicionado por la evolución de la actual crisis económico-financiera y por la incertidumbre sobre la continuidad del ciclo de gobiernos de centro-izquierda inaugurado en 1989, el primer Centenario de la independencia coincidió también con una coyuntura sociopolítica especialmente grave. No habían pasado ni siquiera tres años desde la masacre de la Escuela Santa María en Iquique, el episodio más sangriento de represión del movimiento obrero en la historia chilena, y la dinámica constitucional surgida de la llamada "Revolución de 1891" (el llamado "régimen parlamentario") mostraba ya claros signos de agotamien-

sociólogos sobre la esencia de nuestro ser nacional". Los antecedentes históricos de este tipo de discursos identitarios en Chile y Argentina son objeto de un proyecto colectivo de investigación que, financiado por la Deutsche Forschungsgemeinschaft, estamos realizando en la Universidad de Colonia: *Integration, Exklusion, Exzeption: Nationalidentitätsdiskurse und gesellschaftliches Selbstverständnis in Chile und Argentinien (1780-1950).*

[5] Al respecto es posible comprobar también en la historiografía chilena cierto desfase respecto a otros países latinoamericanos, compensado con creces por la cantidad y calidad de los trabajos más recientes: PERALTA, *¡Chile tiene fiesta!*; SILVA, *Identidad y nación*; sobre la historia del himno nacional, PEDEMONTE, *Los acordes de la Patria*; sobre los ceremoniales patrióticos en el ámbito escolar, ROJAS FLORES, *Moral y prácticas cívicas*. Una importante aportación metodológica en el tratamiento de la época colonial es VALENZUELA MÁRQUEZ, *Las liturgias del poder.*

to.[6] En este contexto, 1910 fue un año de debacles presentidas y lutos imprevistos. Había comenzado con el cometa Halley surcando los cielos del país, lo que despertó curiosidad pero también malos augurios.[7] Y, en efecto, al programa de actividades elaborado por las autoridades para conmemorar los primeros pasos en el camino de la emancipación se acabarían uniendo dos duelos nacionales en una concatenación excepcional de hechos luctuosos. El presidente Pedro Montt Montt, un político liberal en el que se habían depositado ciertas expectativas de regeneración de la vida política, falleció el 16 de agosto en la ciudad hanseática de Bremen, de camino a Berlín, a donde había viajado, con permiso del Congreso, a fin de ser tratado de sus múltiples problemas de salud. Su sustituto, el vicepresiden-

---

[6] La masacre se produjo el 21 de diciembre de 1907 al abrir fuego indiscriminadamente el ejército contra varios cientos de trabajadores del salitre que participaban en una protesta obrera, los cuales se habían concentrado en la Escuela Santa María de la ciudad de Iquique. Al respecto, en el contexto de una general puesta en cuestión de la idílica "gran narración" de la estabilidad sociopolítica chilena antes de 1973, más detalles en PORTALES, *Los mitos de la democracia chilena*, pp. 187-196. La propia denominación de los sucesos de 1890-1891 como "Revolución" no deja de ser un interesado eufemismo impuesto por (una parte de) la élite protagonista. En realidad, cabe hablar más bien de una guerra civil en toda regla, que ocasionó alrededor de 10 000 muertos, entre otros el presidente de la República, José Manuel Balmaceda. Un resumen de la discusión en SAN FRANCISCO, "Historiografía y nuevas perspectivas"; PORTALES, *Los mitos de la democracia chilena*, pp. 99-127.

[7] BAEZA, "Chile en 1910", especialmente pp. 35-58; buen resumen de la historia del Centenario, incluyendo la problemática historiográfica, en CORREA, FIGUEROA, JOCELYN-HOLT, ROLLE y VICUÑA, *Historia del siglo XX chileno*, pp. 42-49; más detallado en REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, especialmente pp. 11-51 y *passim*, y, sobre todo, SILVA, *Identidad y nación*, pp. 71-145.

te Elías Fernández Albano, sólo pudo ejercer durante dos semanas, porque murió repentinamente el 6 de septiembre, poco después de haber presidido las honras fúnebres de Montt y recibido a alguna de las delegaciones internacionales que se aprestaban a participar en los fastos del Centenario, cuya inauguración oficial estaba prevista para el 12 de septiembre. Los invitados de Italia, Estados Unidos, Japón y Alemania se vieron pues abocados a iniciar su visita asistiendo a funerales de Estado en lugar de a desfiles o banquetes. El vacío institucional creado por esta situación sin precedentes se resolvió de forma rápida y ordenada con la asunción interina de la presidencia por Emiliano Figueroa, ministro de Justicia e Instrucción, y con la designación consensuada de Ramón Barros Luco como futuro presidente de la República. El hecho de que la sucesión se completara en circunstancias tan extraordinariamente aciagas sin mayores sobresaltos llenó de orgullo a la clase dirigente y suscitó encendidos elogios entre sus pares extranjeros desplazados a Santiago para la ocasión. Se confirmaba así el lugar común de la excepcionalidad de Chile como oasis de solvencia cívica en el inestable concierto de las naciones latinoamericanas.[8]

---

[8] Véanse REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, pp. 325-326; CORREA, FIGUEROA, JOCELYN-HOLT, ROLLE y VICUÑA, *Historia del siglo XX chileno*, p. 43, a partir del testimonio de Carlos Morla Lynch, quien como joven funcionario diplomático participó en la organización de los funerales de Montt y acabó valorando los sucesos de septiembre de 1910 como especialmente brillantes y espectaculares: "La transmisión del mando se ha efectuado, pues, por tercera vez en un año, en un ambiente apacible de cordialidad y orden [...] He aquí la prueba más elocuente de civilización y de solidez orgánica que podía ofrecer la República al mundo en esta fecha gloriosa". MORLA LYNCH, *El año del centenario,*

La inusual sucesión de tres jefes de Estado (cuatro si se incluye a Barros Luco) en poco más de tres semanas y su resolución institucional, aparentemente satisfactoria, bien podrían venir a confirmar este autocomplaciente juicio oficial, que hundía sus raíces en las primeras décadas de la historia republicana.[9] De hecho, y superado el trance de los funerales y de la designación de sucesor, el esperado *Dieciocho* llegó por fin: bailes, misas, inauguraciones de monumentos, representaciones de ópera, carreras de caballos, calles limpias y adornadas; éste fue el aspecto exterior y superficial del Centenario. ¿Pero fueron percibidos estos sucesos por la sociedad chilena de modo tan unánime y homogéneo? ¿Participaron todos de la fiesta? En realidad, la interpretación se torna bastante más difícil si se abandona por un momento el discurso oficial de las instancias gubernativas y la prensa de la capital. Ciertamente no fueron tantos los realmente afectados por este extraño trasiego del funeral al *cock-tail*, y viceversa. Aquellos que lloraban a Montt o a Fernández Albano seguían teniendo, a la altura de septiembre de 1910, mucho que celebrar, mientras el grueso de la población chilena permanecía en buena parte ajeno a los acontecimientos y, en todo caso, excluido de sus posibles beneficios. Lo que desde dentro y fuera del país se presentaba como madurez ciudadana y amor por el orden público

---

p. 221 y *passim*). Buen ejemplo de la popularidad de esta imagen a nivel continental es el testimonio del delegado uruguayo en las celebraciones, el ensayista y político José Enrique Rodó, quien, elogiando el conjunto de la trayectoria chilena desde 1810, subrayaba cómo "... en América, en medio de las turbulencias de nuestro aprendizaje de la libertad [...] el ejemplo que primero acudía a nuestra mente era Chile". RODÓ, *El Centenario de Chile*, p. 30.

[9] JOCELYN-HOLT, "¿Un proyecto nacional exitoso?".

bien pudiera haber sido consecuencia del simple desinterés, en un régimen oligárquico-parlamentario en el que los presidentes tenían poder limitado y la mayoría de la sociedad estaba muy débilmente identificada con el sistema político.

El Centenario chileno reflejó fielmente las estructuras socioeconómicas y la cultura política sobre las que se asentaba la nación celebrante. En un país todavía rural, las festividades se concentraron sobre todo en Santiago (con algún ejemplo menor en Valparaíso y Concepción), y sus grandes protagonistas fueron sin duda los miembros de la clase dirigente.[10] Las masas populares, pese a la existencia de un amplio y documentado abanico de fiestas paralelas,[11] no jugaron ningún papel en el programa oficial, limitada su función a hacer de comparsas en las ceremonias urbanas diseñadas por la élite. Este monopolio prácticamente total de la celebración por parte de los representantes de la oligarquía encubría, sin embargo, una realidad social mucho más compleja. Los mecanismos de exclusión característicos de la sociedad chilena durante la llamada República Parlamentaria no se limitaban a la episódica aplicación de violencia física contra las clases populares, sino que se basaban mucho más (y más eficazmente) en prácticas culturales compartidas, en un "modo de ser" que dotaba al grupo de identidad y lo blindaba frente al exterior.[12] La población chilena del

[10] Reyes del Villar, *Centenario de Chile (1910)*. Sobre las celebraciones en provincias, Reyes del Villar, *Chile en 1910*, pp. 308-314.
[11] Reyes del Villar, *Chile en 1910*, pp. 302-307.
[12] Barros y Vergara, *El modo de ser aristocrático*; Stabili, *El sentimiento aristocrático*; Portales, *Los mitos de la democracia chilena*, pp. 273-286. Tratamiento fundamental del tema en Fernández Darraz, *Estado y sociedad en Chile*, pp. 27-66.

Centenario se encontraba clarísimamente fracturada. Mientras la clase dirigente, partiendo de situaciones de privilegio generadas en buena parte durante la colonia,[13] había podido desarrollar una notable conciencia de grupo, llegándose a autoidentificar como "la sociedad", el resto de los chilenos, dispersos en fundos, oficinas salitreras y suburbios, seguían siendo preferidos en el discurso oficial y subsumidos en categorías como "pueblo", "turbamulta", "multitudes", "muchedumbre", etc.[14] Por esta misma época se popularizó la expresión de los "dos Chiles",[15] refiriéndose a la distancia existente entre la nación real, por una parte, y el minúsculo círculo dirigente, por otra. El resultado de la guerra civil de 1891 no había sido sólo el triunfo de la oligarquía frente a un Estado que, en términos generales, siempre había estado bajo su control, sino, además, la cementación de determinado modelo de prácticas políticas basadas en la negociación y el compromiso dentro de un grupo dominante de contornos externos perfectamente claros.

En lo tocante a las convenciones culturales, los hábitos de consumo y la sociabilidad, la élite chilena mostraba una impronta transnacional que la hacía no muy diferente de

---

[13] Este hecho, así como la gran consistencia y estabilidad de la élite chilena desde la conquista, lleva a la utilización frecuente del término "aristocracia" para aludir a ella, por mucho que la mayoría de sus miembros no tuvieran antecedentes nobiliarios en sentido estricto.

[14] Hasta el punto de poder documentarse esta distinción incluso en comunicaciones oficiales del presidente de la República, como en el saludo de Pedro Montt a su homólogo argentino Sáenz Peña "[...] a nombre del gobierno, la sociedad y el pueblo chileno", reveladoramente contestado sólo "[...] a nombre del gobierno y el pueblo argentino", citado en FERNÁNDEZ DARRAZ, *Estado y sociedad en Chile*, p. 30.

[15] VICUÑA URRUTIA, *La belle époque*, p. 23.

otras en América Latina. El cosmopolitismo que cultivaba (que, para ser justos, era sobre todo emulación de modelos casi exclusivamente franceses) se justificaba desde su perspectiva en función de la necesidad de "civilizar" a un país que en cierto modo seguían considerando bárbaro.[16] Con independencia de cuál fuera su opción en las disputas intraoligárquicas, los poderosos de Chile tendían a adoptar e imitar prácticas y rituales culturales europeos, puesto que sólo ellos, en su opinión, eran compatibles con la autoimagen altamente virtuosa del grupo, y sólo ellos, consecuentemente, eran acreedores de consideración como parte de la "cultura chilena". En este sentido, el Centenario, lo mismo que el proyecto del pabellón chileno en la Exposición Universal de París, diez años antes, han de ser vistos como actos de genuina "representación", en los que se ponía de manifiesto qué era lo que los chilenos socialmente relevantes entendían por "su" cultura. La respuesta, tanto en 1900 como en 1910, estuvo muy clara: sólo aquello asumible por la élite dirigente.[17] De hecho, durante el Centenario ésta se celebró básicamente a sí misma mediante la escenificación

[16] No está de más recordar que Domingo Faustino Sarmiento, el político y escritor argentino que acuñó en 1851 la fórmula "Civilización y barbarie" como subtítulo a su *Facundo*, también tuvo una intensa relación intelectual con Chile, donde estuvo exiliado durante el gobierno de Rosas, y que las percepciones recíprocas, a uno y a otro lado de la cordillera, jugaron un papel decisivo en la elaboración de los respectivos discursos identitarios durante el siglo XIX: JOCELYN-HOLT, "¿Un proyecto nacional exitoso?", pp. 423-426.

[17] Barr-Melej refiere la discusión generada por la aportación chilena a la Exposición Universal de 1900 en BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, p. 43, cuando el periódico santiaguino *El Porvenir* organizó una verdadera campaña para impedir que un grupo de "salvajes" mapuches pudiera ser "expuesto" en París en el marco de la representación oficial de Chile.

de un relato que identificaba los logros de la joven nación con los de sus propias familias y la gesta emancipadora con el heroísmo de sus antepasados. El buen funcionamiento de los mecanismos de exclusión antes descritos permite relativizar en este punto los límites teóricamente existentes entre lo público y lo privado. Los bailes y las recepciones organizadas en las mansiones principales de la capital contrastan sólo aparentemente, por tanto, con los actos más concurridos en sus calles y plazas, como las paradas militares y las recreaciones "históricas" de los movimientos del Ejército Libertador, en los que el pueblo llano seguía careciendo de cualquier protagonismo, pero expresaba supuestamente entusiasmo por algo que en verdad no le era propio.

En Santiago, la celebración del Centenario coincidió con cambios sustanciales en la fisonomía de la ciudad y, sobre todo, en los aspectos más prácticos de la vida urbana. Precisamente en las innovaciones y mejoras técnicas se materializaba el proceso de modernización nacional impulsado por la clase dirigente. Ciertamente, durante el mes de septiembre de 1910 se pusieron varias primeras piedras de monumentos que nunca llegarían a ser construidos,[18] pero también se aceleraron o terminaron obras de pavimentación, alcantarillado y, sobre todo, transporte y alumbrado públicos, cuyo objetivo declarado no era otro que acabar de convertir a la capital chilena en "el París de América".[19]

---

[18] Reyes del Villar, *Chile en 1910*, pp. 314-315.

[19] Ésta había sido la fórmula elegida por Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) para caracterizar su ideal urbanístico. Vicuña, polifacético intelectual y político liberal que ejerció como intendente de Santiago entre 1872 y 1875, pensaba lograr su objetivo extirpando el vicio, mejorando las condiciones de vida de las clases populares y embelleciendo

Planificadas y ejecutadas en buena parte por técnicos y empresas del extranjero, las obras reflejaban el ímpetu europeizante de una oligarquía enriquecida por la exportación del salitre, para la que el refinamiento y la elegancia del resultado final eran al menos igual de importantes que su coste y su no siempre garantizada funcionalidad real. La Estación Mapocho, el Parque Forestal, el Palacio de Bellas Artes o el Instituto de Ingenieros son algunas de las edificaciones más relevantes levantadas para la celebración centenaria. Común a todas ellas es el ansia de "presentarse" hacia el exterior, siendo la principal preocupación de autoridades y prensa que ni la improvisación ni la escasez de medios con las que se afrontaba alguno de los proyectos acabara comprometiendo el prestigio nacional. Especialmente frente a las otras repúblicas iberoamericanas, y muy concretamente a Argentina, el celo figurador de los chilenos adoptó formas casi grotescas. Después de que el presidente Montt hubiera asistido, acompañado por una delegación de políticos y periodistas, a las celebraciones del Centenario argentino en mayo de 1910, se hizo constante la referencia a éstas como el listón a superar en septiembre. El diario *El Mercurio* llegó al extremo de solicitar al gobierno que exigiera a un medio extranjero como *Le Figaro* que diera a las fiestas chilenas el mismo trato que a las argentinas, que habían merecido un

---

el espacio público de la capital. Entre sus principales realizaciones destaca la remodelación del cerro Santa Lucía, considerada por sus críticos en aquel entonces como innecesario "lujo", pero valorada hasta el día de hoy como relevante aportación al paisaje santiaguino. Al respecto, VICUÑA URRUTIA, *El París americano.* Sobre la biografía de esta figura decisiva del XIX chileno véase ahora, del propio VICUÑA URRUTIA, *Un juez en los infiernos.*

suplemento especial. Chile tenía que estar a la altura de los vecinos, y, desde luego, para los responsables lo estuvo, hasta el punto que en sede parlamentaria se subrayó que "[...] el pueblo de la Argentina puede estar satisfecho de nuestro entusiasmo que raya en el desbordamiento", sin reparar al parecer en el hecho de que el Centenario a celebrar era el de Chile, y no el de Argentina.[20]

En las celebraciones organizadas desde el poder, la presencia de delegaciones extranjeras se revelaba fundamental como compulsa indirecta de la preeminencia de la oligarquía y la vigencia pretendidamente universal de sus prácticas sociales.[21] La naturaleza representativa de los actos del programa oficial se tradujo también en una verdadera obsesión protocolaria, desplegada en innumerables banquetes, todos ellos a base de selectos menús franceses.[22] El Centenario se convirtió en una suerte de "marca" con la que promocionar y vender todo tipo de productos, desde relojes hasta chocolatines, pasando por lámparas, perfumes y sombreros. La asociación ideal con el evento proporcionaba un prurito de exclusividad, con el aliciente de que el énfasis en el origen extranjero de la mercancía se podía compatibilizar paradójicamente con una grosera apelación al nacionalismo del consumidor: "¡No puede ser chileno! Quien no fume los exquisitos cigarrillos Centenario".[23] Simultáneamente, la

---

[20] Reyes del Villar, *Chile en 1910*, p. 269; *El Ferrocarril*, Santiago (13 sep. 1910), citado en Silva, *Identidad y Nación*, p. 88.

[21] Barros y Vergara, *El modo de ser aristocrático.*

[22] Múltiples referencias a los mismos en *El Diario Ilustrado*, Santiago (15-20 sep. 1910).

[23] *El Sur*, Concepción (9 sep. 1910), citado en Silva, *Identidad y nación*, p. 89.

exaltación máxima de la "chilenidad" se lograba publicitando cava Cordon Rouge, Goute Americain, Crème Simon o corsés de la firma Pouget, por mencionar sólo algunos de los anuncios de prensa en aquellos días.[24] Y la centralidad del consumo en el universo mental de los sectores sociales implicados queda demostrada por el hecho de que fuera precisamente la apertura en Santiago de unos lujosos grandes almacenes, Gath y Chaves, lo que, desde la perspectiva del principal cronista del Centenario, haya quedado como hecho más memorable de aquellos días.[25]

Esta acusada disociación de la realidad social chilena es característica del Centenario. La celebración se escenificaba en dos planos completamente diversos: en uno de ellos, la oligarquía, que se tenía a sí misma por único actor, por público y, en parte, como veremos, también por crítica. En el otro, el pueblo, que disfrutaba de sus festejos tradicionales de septiembre sin remitirse necesariamente al primer siglo de la independencia chilena.[26] Los unos acudían al *garden party*, al *lunch*, al hipódromo y al torneo de esgrima. Los otros, tanto en la capital como en las provincias, se entretenían con carreras de carretillas y juegos a caballo, y consumían en las chinganas o fondas chicha, buñuelos y empanadas, en lugar de finos licores y sofisticados patés de

---

[24] REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, pp. 282-283.

[25] EDWARDS BELLO, *Crónicas del Centenario*, p. 73. Sobre el particular, SILVA, *Identidad y Nación*, pp. 84 ss. y BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, p. 44.

[26] Los antecedentes también en PERALTA, *¡Chile tiene fiesta!*, pp. 148-169. Sobre las prácticas culturales de la oligarquía, véase en general BARROS y VERGARA, *El modo de ser aristocrático*, especialmente pp. 31-60 sobre el ocio.

ave. El Centenario constituye en este sentido todo un símbolo de fallida integración nacional, sin que se busquen apenas, y aún menos se creen, puntos de contacto entre ambas esferas. Las celebraciones no desarrollaron el potencial de horizontalidad e integración que se les hubiera podido suponer, especialmente si se comparan las actividades efectivamente llevadas a cabo con el discurso oficial al respecto. La identidad colectiva —la chilenidad— a la que se recurre desde el poder político se localiza inequívocamente en la oligarquía, en cuya preponderancia se expresa la continuidad de la nación. Muy ilustrativo al respecto es el montaje de una Exposición Histórica que otorgaba un lugar importante a la dominación colonial en tanto que elemento subsistente (y positivamente connotado) en el "carácter nacional" chileno.[27] El déficit de integración en el Centenario se constata tanto en el plano de los contenidos como en el de las formas y los rituales festivos. En primer lugar, para la mayoría de la población no existía conciencia clara de los acontecimientos y procesos históricos a los que se refería la celebración. En segundo, la sobrecarga de exhibicionismo presuntamente cosmopolita durante los fastos, amén de suponer un tremendo despilfarro de fondos públicos, ni siquiera se tradujo en una popularización efectiva de la imaginería patria. El mejor ejemplo de ello fue el controvertido sistema de iluminación instalado en Santiago: "La iluminación del Centenario cuesta al país 1.600.000 pesos, y a pesar de esta enorme cantidad [...] tiene sus deficiencias. Los adornos de los arcos de instalación no llevan el símbo-

[27] Sobre la Exposición Histórica, Reyes del Villar, *Chile en 1910*, pp. 298-299.

lo de la Patria, la estrella de Chile, sino el sol de Mayo".[28] Momentos de verdadera segregación se produjeron igualmente en un asunto tan sensible como el acceso material a los símbolos, considerando los precios prohibitivos de los mismos: "la bandera 12 a 15 pesos, y un mástil 8 a 10 pesos. Para gastar en patriotismo, es mucho".[29]

Esta "agonía de los espacios de cohesión nacional" es paralela al estallido de la llamada "cuestión social".[30] En torno al Centenario, en el que cristaliza la percepción de la élite como clase eminentemente ociosa, el tema de la desigualdad y sus consecuencias dejará de ser externalizado o reducido a pequeños círculos críticos para pasar a considerarse resultante de un proceso mucho más amplio de modernización al que se impone reaccionar desde el poder político. A la postre, el hecho de que en 1910 la oligarquía buscara su legitimidad fundamentalmente en las miradas del extranjero es ya síntoma evidente del colapso del orden imperante. Es en este sentido en el que el Centenario, indirecta, y en todo caso involuntariamente, inaugura una fase decisiva en el debate discursivo de la nación, abriendo nuevas perspectivas de crítica y de redefinición de la misma. La otra cara de la moneda del Centenario oficial era el "Chile real" de los trabajadores hacinados en los conventillos de las grandes ciudades, la altísima mortalidad infantil, el alcoholismo y la prostitución extendidos; un mundo

[28] *El Ferrocarril*, Santiago (9 sep. 1910), citado en SILVA, *Identidad y nación*, p. 101.

[29] *El Sur*, Concepción (11 sep. 1910), citado en SILVA, *Identidad y nación*, p. 102.

[30] Recogemos en este punto la terminología de SILVA, *Identidad y nación*, pp. 86-97.

ciertamente distinto del atractivo de la moda y los espectáculos capitalinos, pero no por ello físicamente alejado de ellos. La modernización que se celebraba, impulsada por la élite, había generado disfunciones y socavado estructuras, pero también, sobre todo, había creado espacios para nuevos actores sociales y culturales que van a comparecer con fuerza en la coyuntura crítica de 1910.

La celebración del Centenario propició el cuestionamiento del estado de cosas en sociedad y política, un estado de cosas que se caracterizaba en general como de declive y estancamiento. Un grupo heterogéneo de escritores y periodistas se dedicaron antes, durante y después de las celebraciones a denunciar lo que sucedía.[31] La primera contribución crítica que había conseguido cierto impacto en la opinión pública tenía ya casi diez años, y había sido el discurso pronunciado en el Ateneo de Santiago el 1º de agosto de 1900 por el senador radical Enrique Mac-Iver (1844-1922) acerca de "La crisis moral de la República".[32] Ya en el título quedaba claro qué tipo de diagnóstico se ofrecía: la principal causa de los males de la patria era la falta de virtudes públicas de la clase dirigente, su frivolidad y el uso irresponsable de sus riquezas. Mac-Iver fue el iniciador de un movimiento de introspección nacional, la llamada Generación del Centenario, al que se añadiran durante la primera década del siglo otros intelectuales como Alberto Edwards Vives (1874-1932), Luis Emilio Recabarren (1876-1924), Alejandro Venegas (1870-1922), Nicolás Palacios (1858-

[31] GAZMURI, *El Chile del Centenario.*

[32] Publicado como apéndice en REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, pp. 339-350.

1931), Francisco Antonio Encina (1874-1965) y Tancredo Pinochet LeBrun (1879-1957). Estos "testigos" o "escritores de la crisis" no estaban vinculados ni por una ideología ni —al menos en sentido estricto— por una adscripción social uniforme. Algunos pertenecían a la oligarquía, otros a las clases medias emergentes. Predominaban entre ellos los nacionalistas, como Edwards, Palacios o Pinochet, pero también los había radical-demócratas como el propio Mac-Iver o socialistas como Recabarren. Lo que los unía era la imputación explícita de los grandes problemas del país a su élite dirigente. La literatura de la época, en especial la novela naturalista, ya había ayudado a extender una imagen bastante desoladora de este grupo social, descrito como presa de las más irracionales pasiones y a la vez siempre en pos de intereses puramente egoístas.[33] Y no en vano la hipocresía de los más pudientes era uno de los elementos centrales de la crisis moral que se denunciaba. Con todo, las críticas más acerbas se derivaban de la pura experiencia personal. Por ejemplo, Nicolás Palacios, médico de profesión, había entrado en contacto directo con la "cuestión social" durante sus muchos años de actividad profesional en las regiones salitreras del norte de Chile. Alejandro Venegas, firmando como Dr. J. Valdés Cange, reflejó en su *Sinceridad. Chile íntimo en 1910* vivencias que había ido reuniendo a lo largo de todo el territorio nacional. Recabarren, familiarizado con las condiciones de vida del proletariado, publicaba

[33] El ejemplo más conocido es la novela *Casa Grande*, publicada en 1908 por Luis Orrego Luco, y que formaba parte de un proyecto literario mucho mayor: *Escenas de la vida en Chile*. En el momento de su aparición, *Casa Grande* fue leída por el "*tout* Santiago" de la época como obra en clave, lo que ocasionó graves problemas a su autor.

el mismo año su *Balance del siglo. Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana*, en el que demostraba con descarnada claridad lo endeble de un proyecto nacional fundamentado en la desigualdad social.[34] El tono apocalíptico de alguno de los textos, así como los ocasionales desvaríos racistas que lo acompañaban, especialmente en el caso de Palacios,[35] desencadenaron una viva discusión pública que, independientemente de los aspectos concretos sometidos a debate, se resolvió en clave claramente nacionalista.[36]

El nacionalismo, a partir del Centenario, se convirtió en un movimiento de considerable impacto y persistente influencia, que infiltró a la práctica totalidad del espectro

---

[34] Sobre Recabarren véase el trabajo ya clásico de JOBET, *Luis Emilio Recabarren*; contextualización en la dinámica social de las primeras décadas del siglo XX en VALDIVIA y PINTO, *¿Revolución proletaria o querida chusma?*

[35] Desde su *Raza chilena*, publicado en 1904, y en sucesivas conferencias dictadas en los años inmediatamente anteriores al Centenario, Palacios había venido sosteniendo la teoría de la crisis e inminente extinción de la "raza chilena", debida sobre todo a la predisposición del gobierno a favorecer todo lo extranjero sobre lo nacional. Partiendo de sus premisas de nacionalista organicista, Palacios reclamaba una fuerte reacción popular a fin de prevenir la consiguientemente inevitable desaparición de Chile como nación. Pese a la abstrusa mezcolanza de xenofobia, nativismo y determinismo social que informa su libro, sí resulta necesario advertir que Palacios fue uno de los primeros autores en poner abiertamente en cuestión la reducción de la chilenidad a los criterios eurocéntricos y excluyentes de la clase dirigente. BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, pp. 57-62.

[36] En la aplicación del término "nacionalista" a los discursos identitarios desarrollados por la historiografía y la publicidad chilenas por esta época nos hemos servido de la caracterización de John Breuilly en "Nationalism and historians", pp. 10-20. Véase también en general para América Latina MILLER, "The historiography of nationalism and national identity".

ideológico chileno.[37] Retomando el conocido argumento de la excepcionalidad, los autores nacionalistas redefinirán ésta, pasando a considerarla pretérita, perdida y por tanto digna de recuperación. Como en todo buen discurso regeneracionista,[38] subyacía a sus planteamientos la noción de que el país se había salido de la exitosa vía de progreso y modernización iniciada con la independencia y la creación del Estado nacional, una edad dorada que, desde su perspectiva, se había caracterizado por el rigor, la austeridad y la renuncia a acomodarse automáticamente a modelos políticos y sociales provenientes del exterior. Reiniciar ese camino implicaba además retomar el axioma ilustrado y protoliberal, según el cual la educación es la principal fuente de progreso, tanto individual como colectivo. La Reforma Educativa se convirtió por consiguiente en uno de los caballos de batalla de esta Generación del Centenario.[39] Y al igual que en la andadura inicial de la República se había discutido sobre la idoneidad de unos o otros referentes europeos para la organización del sistema educativo nacional (en una primera etapa predominaron claramente los franceses; después, en el último cuarto del siglo XIX, los alemanes), el tema central fue ahora la adecuación de este sistema a las necesidades económicas reales del país. Así, el fomento de la "educación práctica", que recogía en parte influencias del mundo anglosajón, especialmente de Estados

---

[37] BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, pp. 51-76 y *passim*.

[38] Venegas, por ejemplo, seguía cifrando sus esperanzas en la regeneración de la clase dirigente, y es significativo que eligiera un envoltorio epistolar para sus denuncias, dirigiéndose directamente a los presidentes Montt, primero, y Barros Luco, después.

[39] BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, pp. 171-210.

Unidos,[40] pero conectaba también con las visiones nacional-organicistas de Palacios, era una de las principales reivindicaciones de Tancredo Pinochet LeBrun en *La conquista de Chile en el siglo XX*, publicado en 1909.[41] Pinochet LeBrun no descalificaba la influencia europea en su conjunto, pero sí criticaba duramente a la oligarquía por su actitud irresponsable y acrítica frente a la misma. El progreso civilizatorio debía pasar en Chile por una apertura selectiva a las innovaciones provenientes del exterior y por el abandono de una deriva ciegamente consumista en el plano cultural, tal y como él la percibía en las clases altas, y sería ciertamente evidenciado con motivo del Centenario. Pinochet LeBrun reivindicaba una política económica proteccionista y de intervencionismo estatal, pero también, sobre todo, el fomento de una formación técnica y utilitaria, anclada en las posibilidades y los requerimientos de la propia tierra, que debía ser la llave de los chilenos para entrar en la competencia mundial por la supremacía económica. El mismo motivo inspiró al historiador y publicista Francisco Antonio Encina al publicar, en 1911, su famoso tratado *Nuestra inferioridad económica*, en el que protestaba por la existencia de una educación claramente disfuncional respecto a las necesidades de la vida moderna.[42] El contrapunto de este razonamiento regeneracionista era su incardinación en un discurso angustiado por la decadencia de la "raza chilena", que en

---

[40] Sobre el proceso de estadounización de la sociedad chilena y las resistencias generadas frente a él véase RINKE, *Begegnungen*.
[41] PINOCHET LEBRUN, *La conquista de Chile*. También BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, pp. 62-64.
[42] ENCINA, *Nuestra inferioridad*; BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, pp. 66-72.

el caso concreto de Encina, más aún que en el de Nicolás Palacios, desarrollaba dimensiones clasistas, al atribuir a las clases bajas, tanto rurales como urbanas, taras sicológicas y morales como la incapacidad de trabajar metódicamente, la debilidad de su espíritu cooperativo, la tendencia innata a la holgazanería y la pérdida de tiempo, etc. El que Chile hubiera tenido que ceder a sus vecinos la posición de liderazgo antaño ostentada se debía, según Encina, a la no compensación de estas taras por parte del inadecuado sistema educativo.

A la hora del balance, llama la atención que, aparte de los no demasiado numerosos vestigios materiales, el principal legado de 1910 fue la articulación política y cultural de nuevos grupos sociales, que encontraron en la radicalización del discurso identitario de la chilenidad una posible solución a los males del país. De hecho, si algo quedó del Centenario fueron organizaciones de nuevo cuño como el Partido Nacionalista y la Federación de Estudiantes,[43] que encarnaban el tránsito de la sociedad tradicional a una más moderna, crecientemente urbanizada y con un protagonismo cada vez mayor de las clases medias y el movimiento obrero. Cosa distinta es si la relectura de lo nacional por parte de sus representantes más cualificados aportó realmente algo a la superación de las brechas sociales que los fastos del Centenario habían puesto tan claramente de manifiesto. En lo tocante a las prácticas conmemorativas y la cultura festiva, el resultado fue una interesante paradoja: el desarrollo de discursos identitarios pretendidamente inclusivos, como el del criollismo chileno, aparejado al ascenso de las clases

[43] Moraga Valle, *"Muchachos casi silvestres"*.

medias, se tradujo solamente en una "popularización" de los rituales, con la incorporación de elementos rurales como la cueca o la iconografía del huaso como elementos dominantes del XVIII, pero no, en absoluto, en una redefinición de conjunto de la fiesta nacional en el sentido de una mayor participación ciudadana.[44]

La labor de los regeneracionistas chilenos contribuyó sin duda a introducir un espíritu crítico hasta entonces escaso en el discurso oficial. Su ensimismamiento nacionalista, por otra parte, se constituyó en barrera para la resolución práctica de cuestiones que hoy, a las puertas del Bicentenario, siguen estando pendientes. 200 años después de la independencia, los discursos sobre la identidad nacional se han transformado y se caracterizan hoy por la problematización de la participación democrática, el carácter multicultural del Estado chileno (piénsese en la actualidad de la cuestión mapuche) y el papel de Chile en el proceso de globalización.[45] Pero los problemas centrales de la República siguen siendo sorprendentemente similares a los de entonces. El debate sobre la discriminación, segregación y exclusión de amplios colectivos sociales y étnicos que ha acompañado a Chile durante dos siglos, debería centrar las perspectivas del Bicentenario mucho mejor que la simple demanda de "más chilenidad" y, sobre todo, que la instru-

---

[44] Muy al contrario, Mario Sznajder alude al potencial de desmovilización social que gobiernos autoritarios, especialmente el del régimen militar de 1973-1989, reconocieron en este proceso de ruralización de la cultura festiva. Véase SZNAJDER, "Who is a Chilean? The Mapuche, the huaso and the roto", p. 206.

[45] Por ejemplo, LARRAÍN, *Identidad chilena*; MONTECINO, *Revisitando Chile*.

mentalización del discurso histórico a modo de "surtidor" de identidad nacional en tiempos de crisis.[46] La principal enseñanza del Centenario para el Bicentenario podría ser por tanto la necesidad de una convivencia sincera del discurso de la élite con los símbolos del pueblo, y ello, a ser posible, no sólo en el "mes de la Patria".

REFERENCIAS

AA.VV.

El Chile que viene: de dónde venimos, dónde estamos y a dónde vamos", Santiago, CEP, Universidad Diego Portales, 2009.

BAEZA, Andrés

"Chile en 1910. El centenario de la muerte", en AA.VV., *XX. Historias del siglo veinte chileno*, Santiago, Vergara, Grupo Z, 2008, pp. 19-80.

BARR-MELEJ, Patrick

Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001.

BARROS, Luis y Ximena VERGARA

El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900, Santiago, Ariadna, 2007.

[46] Dentro de la amplísima discusión sobre el tema, un ejemplo de reivindicación de la identidad nacional como factor de modernización es TIRONI, *El sueño chileno*, pp. 287-312. Una aproximación mucho más crítica y diferenciada, con énfasis en el carácter plural de las identidades, en BENGOA, *La comunidad reclamada*, especialmente pp. 55 ss. Para las grandes líneas del debate más actual AA.VV., *El Chile que viene.*

BENGOA, José

La comunidad reclamada. Utopías, mitos e identidad en el Chile actual, Santiago, Catalonia, 2006.

BREUILLY, John

"Nationalism and historians: some reflections. The formation of national(ist) historiographical discourse", en NORTON, 2007, pp. 1-25.

COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.)

Relatos de la nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico, Madrid, Vervuert, 2005.

CORREA, Sofía, Consuelo FIGUEROA, Alfredo JOCELYN-HOLT, Claudio ROLLE y Manuel VICUÑA

Historia del siglo XX chileno: balance paradojal, Santiago de Chile, Sudamericana, 2001.

EDWARDS BELLO, Joaquín

Crónicas del Centenario, Santiago, Zig-Zag, 1968.

ENCINA, Francisco Antonio

Nuestra inferioridad económica, Santiago, Universitaria, 1972.

FERNÁNDEZ, Enrique

Estado y sociedad en Chile, 1891-1931, Santiago, Lom Ediciones, 2003.

FERNÁNDEZ DARRAZ, Enrique

Estado y sociedad en Chile, 1891-1931. El Estado excluyente, la lógica oligárquica y la formación de la sociedad, Santiago, Lom Ediciones, 2003.

GAZMURI, Cristián

El Chile del Centenario. Los ensayistas de la crisis, Santiago, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001.

HUNEEUS, Carlos

Chile, un país dividido. La actualidad del pasado, Santiago, Catalonia, 2003.

JOBET, Julio César

Luis Emilio Recabarren. Los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1955.

JOCELYN-HOLT, Alfredo

La Independencia de Chile: tradición, modernización y mito, Madrid, Mapfre, 1992.

"¿Un proyecto nacional exitoso? La supuesta excepcionalidad chilena", en COLOM GONZÁLEZ, 2005, vol. 1, pp. 417-438.

JOIGNANT, Alfredo

Un día distinto. Memorias festivas y batallas conmemorativas en torno al 11 de septiembre en Chile 1974-2006, Santiago, Universitaria, 2007.

LARRAÍN, Jorge

Identidad chilena, Santiago, Lom Ediciones, 2001.

LECHNER, Norbert y Pedro GÜELL

"Construcción social de las memorias en la transición chilena", en MENÉNDEZ-CARRIÓN y JOIGNANT, 1999, pp. 185-210.

MENÉNDEZ-CARRIÓN, Amparo y Alfredo JOIGNANT (eds.)

La Caja de Pandora: el retorno de la transición chilena, Santiago, Planeta, Ariel, 1999.

MILLER, Nicola

"The historiography of nationalism and national identity in Latin America", en *Nations and Nationalism*, 12:2 (2006), pp. 201-222.

MONTECINO, Sonia

Revisitando Chile: identidades, mitos e historias, Santiago, Publicaciones del Bicentenario, 2003.

MORAGA VALLE, Fabio

"Muchachos casi silvestres". La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 2007.

MORLA LYNCH, Carlos

El año del centenario. Páginas íntimas de mis memorias, Santiago, Minerva, 1921.

NORTON, Claire

Nationalism, Historiography and the (Re)Construction of the Past, Washington, New Academia, 2007.

PEDEMONTE, Rafael

Los acordes de la Patria. Música y Nación en el siglo XIX chileno, Santiago, Globo Editores, 2008.

PERALTA C., Paulina

¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837), Santiago, Lom Ediciones, 2007.

PINOCHET LE BRUN, Tancredo

La conquista de Chile en el siglo XX, Santiago, La Ilustración, 1909.

PORTALES, Felipe

Los mitos de la democracia chilena. Desde la Conquista hasta 1925, Santiago, Catalonia, 2004.

RECABARREN, Luis Emilio

"Balance del siglo. Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana", en Luis Emilio RECABARREN, *Obras escogidas*, vol. 1, Santiago, Recabarren, 1965, pp. 57ss.

REYES DEL VILLAR, Soledad

Chile en 1910. Una mirada cultural en su Centenario, Santiago, Sudamericana, 2004.

Centenario de Chile (1910): relato de una fiesta, Santiago, Globo Editores, 2007.

RINKE, Stefan

Begegnungen mit dem Yankee: Nordamerikanisierung und soziokultureller Wandel in Chile (1898-1990), Colonia, Böhlau, 2004, «Lateinamerikanische Forschungen, 32».

RODÓ, José Enrique

El Centenario de Chile, Montevideo, Ediciones de la Universidad de la República, 1960.

ROJAS FLORES, Jorge

Moral y prácticas cívicas en los niños chilenos, 1880-1950, Santiago, Ariadna Ediciones, 2004.

RONIGER, Luis y Mario SZNAJDER (eds.)

Constructing Collective Identities and Shaping Public Spheres, Sussex, Academic Press, 1998.

SAN FRANCISCO, Alejandro

"Historiografía y nuevas perspectivas de estudio sobre la guerra civil chilena de 1891", en *Bicentenario*, 5:1 (2006), pp. 85-125.

SILVA A., Bárbara

Identidad y Nación entre dos siglos. Patria Vieja, Centenario y Bicentenario, Santiago, Lom Ediciones, 2008.

STABILI, María Rosario

El sentimiento aristocrático. Élites chilenas frente al espejo (1860-1960), Santiago, Andrés Bello, 2003.

SZNAJDER, Mario

"Who is a Chilean? The Mapuche, the huaso and the roto as the basic symbols of Chilean collective identity", en RONIGER y SZNAJDER, 1998, pp. 199-216.

TIRONI, Eugenio

El sueño chileno. Comunidad, familia y nación en el Bicentenario, Santiago, Taurus, 2005.

VALDÉS CANGE, Julio

Sinceridad. Chile íntimo en 1910, Santiago, Cesoc, 1998.

VALDIVIA, Verónica y Julio PINTO

¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932), Santiago, Lom Ediciones, 2001.

VALENZUELA MÁRQUEZ, Jaime

Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709), Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Lom Ediciones, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2001.

VICUÑA URRUTIA, Manuel

El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX, Santiago, Universidad Finis Térrea, Museo Histórico Nacional, 1996.

La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de élite en el cambio de siglo, Santiago, Sudamericana, 2001.

Un juez en los infiernos. Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago, Universidad Diego Portales, 2009.

GEOGRAFÍAS URBANAS, ARTE Y MEMORIAS COLECTIVAS: EL CENTENARIO CHILENO Y LA DEFINICIÓN DE LUGAR

Gloria Cortés Aliaga
Centro Internacional para la Conservación del Patrimonio, Chile

Francisco Herrera Muñoz
Centro Internacional para la Conservación del Patrimonio, Chile

LA DÉCADA DEL CENTENARIO: ESPACIO Y PAISAJE COMO DETONADORES DE IDENTIDAD

La oposición campo/ciudad que se establece en los discursos relativos al Centenario se apoya en las prácticas económicas del liberalismo esgrimido por el Estado moderno. El dominio y el control, tanto de la actividad agrícola como de la industrial, permiten el avance continuo y el desarrollo económico necesarios para la estabilización de la nación.

El impulso urbano y la migración de los campesinos a la urbe facilitan la ampliación de los límites de la ciudad y la proliferación de conventillos y espacios de marginalidad. El centro —ciudad— se construye como el punto neurál-

gico de modelos culturales y de reflexión política y social, mientras que la periferia —campo— es parte del motor productivo que lo sostiene. Esto se traduce en un "adentro" y "afuera" respecto al núcleo de construcción simbólica de la identidad, que no reconoce los modos culturales que aporta el espacio rural en los imaginarios nacionales. La modernidad, en cambio, es sostenida en la urbe y se constituye en un espacio de progreso, principal objetivo a difundir en las celebraciones del Centenario. En ella se implementa la cultura de masas mediante actividades de carácter masivo y popular, desde la cual se integra al pueblo en la festividad y, con ello, en los avances de la vida moderna.

Esta definición de lugar fue potenciada por el género del paisaje en la pintura nacional, que es apoyado por el llamado de intelectuales sobre la naturaleza de nuestro país y que se asocia, a su vez, a la geografía cultural y a las teorías geopolíticas donde las características de territorio permiten el desarrollo de una cultura latina y un gobierno centralizado. Es así que, desde el último tercio del siglo XIX, un grupo importante de pintores nacionales, en su mayoría alejados de la formación oficial y liderados por Antonio Smith, se constituyen como los principales referentes para el avance de la pintura de paisaje. El desarrollo de este género pictórico, hito de la modernidad, permitió el reconocimiento de la propia territorialidad a través del discurso visual, apoyado por el precepto en el cual se considera que "Chile, por su naturaleza, tiene que ser tierra de paisajistas".[1]

Las relaciones establecidas entre los pintores en los talleres independientes y en los viajes a Europa, donde fueron

---

[1] VICUÑA SUBERCASEAUX, "Don Pedro Lira".

enviados por el gobierno en el proceso de institucionalización del arte, además de la promoción y transferencia de una iconografía basada en la identidad latinoamericana, la democratización de la imagen como canal de comunicación y la legitimación de los artistas en el consumo social del arte, permiten también el desarrollo de una conciencia de identidad que se traspasó a las sucesivas generaciones de artistas locales, extendiéndose hasta la primera mitad del siglo XX, "[...] acaso porque el encanto mismo de la Naturaleza que nos rodea atrae a los artistas y les impulsa hacia la interpretación del paisaje, siempre rico de luz y colorido. Ello es que por cada escultor tenemos diez o más pintores de talento".[2]

Junto al paisaje, la pintura de género permitió establecer un contacto directo entre los jóvenes pintores y la poderosa burguesía nacional. De este modo, costumbrismo y populismo se convirtieron en estrategias visuales, tanto de los mismos artistas como de los gobiernos latinoamericanos, en una especie de matriz a partir de la cual aplicaron toda clase de avecindamientos. El pintor Pedro Lira señala que, "dada la sociedad moderna, el advenimiento de las democracias, la división de las fortunas, el escepticismo en las ideas, ¿no es lójico y natural también que el gran pintor de nuestra época sea un pintor de jénero?".[3]

Manuel Antonio Caro, Francisco Mandiola y Pedro Lira, entre otros artistas chilenos, practicaron la pintura de género y paisaje en dos dimensiones, como discurso de construcción de identidad y como estrategia comercial instrumenta-

---

[2] "El Salón de Bellas Artes", p. 5.

[3] LIRA, "De la pintura contemporánea", p. 228.

lizable en la burguesía, ya que esta clase de obras "las hace adecuadas para ser suspendidas en cualquier parte".[4]

> El paisaje necesita la luz discreta de nuestras habitaciones domésticas i no puede emplearse como cuadro de aparato [...] porque su encanto es mas recojido i más intimo i no se manifiesta sino en la medialuz del escritorio o del gabinete de trabajo, como que es el compañero del retiro i el confidente de la meditacion solitaria y tranquila.[5]

Estos géneros de la pintura son evaluados desde las aristas de la contemplación, concepto que la burguesía define como "arte puro", mientras se transforman en ejercicios plásticos fuera del taller para los pintores que los ejercen. En Chile, como en el resto de los países latinoamericanos, el concepto de arte moderno va de la mano de una fuerte influencia europea, germinando una especie de modernidad periférica que se mira a sí misma, aunque adoptando los modelos foráneos en pro de los procesos y reconocimiento de las particularidades republicanas. Francisco Contreras define en 1909, en su libro *Los modernos,* que el arte de esta generación, principalmente francesa, "se caracteriza por su forma evolucionada, amante de la renovación, y por su espíritu emancipado, en que se agitan todas las ideas [...] Casi en todos los modernos creadores de belleza hay un esteta, un artista y, a veces, un pensador".[6]

En definitiva, pintores que, en su amplia mayoría, aún están ligados a los planteamientos académicos, pero que

[4] LIRA, "De la pintura contemporánea", p. 228.
[5] "Los pintores chilenos. El paisaje", en *El Correo de la Exposición* (23 oct. 1875), p. 58.
[6] CONTRERAS, *Los modernos*, pp. 10-11.

comienzan a experimentar una libertad creativa sobre la base del naturalismo, y que ponen en escena sus cuestionamientos, críticas y teorías para establecerse como referentes públicos. Es en el paisaje donde convergen las principales controversias y si ya para 1875 los críticos no pueden dejar de "sentir un placer delicado al contemplar el suelo i cielo de Chile, tan bien reproducidos en la tela por estos jóvenes artistas",[7] para la época del Centenario se considera que "a parte del paisaje, que lo tienen tan variado y hermoso, los pintores chilenos, dentro del país, no encuentran otro terreno propicio".[8] Las críticas sobre los lentos avances en materia artística ligada a los preceptos vanguardistas, se enuncian desde las voces jóvenes disociadas de la academia y cuyo principal baluarte será el pintor Juan Francisco González, el que fuera marginado de la Exposición del Centenario debido a que su pintura de paisaje representaba modos de expresión y métodos "demasiado someros y vacilantes".[9]

Los enfrentamientos continuos entre artistas de tendencias diferentes fueron expuestos en 1909 en la *Revista Zig Zag* cuando el caricaturista Julio Bozo —*Moustache*— publica un proyecto de frontón para el Palacio de Bellas Artes en el cual aparecen pintores y escultores enfrentándose, confusamente, en una batalla campal y al que el dibujante añade que "representa de una manera muy exacta el arte en Chile".[10] Natanael Yáñez Silva declara, una década des-

[7] "Los pintores chilenos. El paisaje", *El Correo de la Exposición* (23 oct. 1875), p. 58.
[8] Vicuña Subercaseaux, "Don Pedro Lira".
[9] Richon Brunet, "El arte en Chile", p. 29.
[10] Bozo, "Fuera de Concurso".

pués, estos pleitos provienen de las decisiones de los organizadores de los salones, la mayor de las veces "sólo gente de buena voluntad", señalando que "[...] quizás fueron aquellas desinteligencias o disgusto por causa del Reglamento en las exposiciones anuales, ese reglamento que siempre ha sido la piedra de escándalo de todo pleito entre artistas".[11]

Desde la gestión del Gobierno, si bien se promueve la educación artística, por otra se frena la compra y venta de las producciones de los artistas chilenos, favoreciendo la adquisición de obras extranjeras. Así, el lento avance del mercado nacional queda en manos de galerías y marchantes de artes y no en los circuitos oficiales. En 1910, Manuel Magallanes Moure escribe en la *Revista Zig Zag* un artículo denominado "Reseña de la pintura en Chile" donde señala que el Gobierno "bien poco se ha preocupado en fomentarla", pero que sin embargo "ha ido arraigando y echando renuevos, brotando y floreciendo como esas olvidadas enredaderas que germinan en la penumbra de un rincón...".[12]

La mayor manifestación de esta institucionalización del arte ocurre, precisamente, en 1910 a raíz de la celebración del Centenario de la República. La Exposición Internacional de Bellas Artes, "la más incomparablemente grande, rica y variada que haya podido admirarse en Chile hasta la fecha presente",[13] se llevó a cabo a partir del mes de septiembre e inauguró la nueva Escuela de Bellas Artes trasladada a la sede diseñada por Emilio Jecquier. Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Italia, Portugal, Argentina, Brasil y

---

[11] Yáñez Silva, "En el Salón", *Diario Ilustrado* (13 nov. 1923), p. 8.

[12] MAGALLANES MOURE, "Reseña de la pintura en Chile", p. 7.

[13] LIRA, "La Exposición Internacional de Bellas Artes", p. 271.

Chile, entre otros países, participan abiertamente con sus delegaciones de artistas, completando casi 2000 obras en exhibición en la categoría de pintura. Todas ellas reafirman el gusto estético que defiende el Consejo de Bellas Artes, compuesto por los principales intelectuales oficialistas y políticos conservadores de la época, entre ellos Ricardo Richon Brunet, Paulino Alfonso y Alberto Mackenna Subercaseaux.

Una de las principales escuelas participantes en el acto internacional fue la española, liderada por la vertiente modernista que mantenía fuertes raíces en la tradición nacional y la crónica social. Fueron, precisamente, las obras de estos 40 pintores las más solicitadas por el Consejo para formar parte de la colección permanente del Museo Nacional de Bellas Artes. Entre las obras adquiridas se encuentran *El Ángelus* de Eduardo Chicharro, *El suplicio de los avaros* de Manuel Benedito Vives, *El tío Zapillo* de Valentín de Zubiaurre, *Lolita* de Rodríguez Acosta y otras tantas que reflejan no sólo la tendencia hacia el rescate de lo vernáculo, sino también de la constitución de identidades locales, las que se acomodaban con mayor facilidad al mundo oligárquico, pues no invocaban la ruptura total con el arte académico.[14] Así también lo reflejan las obras de los artistas chilenos participantes, entre los que se encuentran Arturo Gordon con su *Nocturno*, Enrique Lynch y *La Quinta Normal*, José Tomás Errázuriz con *Rincón de Aldea*, Joaquín Fabres y el paisaje *Fin de otoño*, Valenzuela Llanos y una versión de los rincones de *Lo Contador* y, finalmente, Exequiel Plaza con *El pintor bohemio*, ganador de una medalla.

---

[14] CORTÉS, "Modernismo en Chile", p. 165.

> La Exposición consagrará esta fama y dará además, no lo dudo, el mejor impulso á toda la generación actual de jóvenes artistas chilenos, los que deben confirmar la existencia de la escuela chilena de arte y darle un brillo cada vez más esplendoroso.[15]

De esta forma cierra su discurso Ricardo Richon Brunet sobre los avances de los 60 años de historia artística del país. Sin embargo, la marginación de Juan Francisco González en la muestra suscita interesantes opiniones sobre la organización del acto y lleva a la realización de otro, el Salón de los Rechazados, en una crítica abierta a la canonización del modelo académico instaurado hasta ese momento y manejado por la mayoría oligárquica del país.



La iglesia de San Agustín, Juan Francisco González (1910), en *Revista Los Diez* (sep. 1916).

---

[15] RICHON BRUNET, "El arte en Chile", p. 36.

La época del Centenario dio paso a una nueva generación de pintores provenientes de la clase media y asociados a las enseñanzas de Pedro Lira, Juan Francisco González y del hispano Fernando Álvarez de Sotomayor: la llamada Generación del 13 o del Centenario compuesta por algunos de los "rechazados" de 1910, quienes serán los primeros en quebrar el discurso resultante del siglo XIX. Junto a esta generación de pintores —entre los que se encuentran Carlos Alegría, Enrique Bertrix, Isaías Cabezón, Exequiel Plaza, Arturo Gordon, Elmina Moisán, Pedro Luna— se abren las puertas hacia una nueva concepción crítica ligada a posturas relacionadas con las vanguardias latinoamericanas y la situación política de los países del sur, especialmente a través de la labor literaria de jóvenes escritores que se asocian en comunidades artísticas, bohemias y revolucionarias. Luis Emilio Recabarren esgrime en 1910 que, "Es en esta clase, la clase media, donde se encuentra el mayor número de los descontentos del actual orden de cosas y de donde salen los que luchan por una sociedad mejor que la presente".[16]

En las primeras décadas del siglo XX en Chile hay discursos antioligárquicos, basados en prácticas nacionalistas y condicionados por caudillos populistas, en una suerte de nacionalismo continental y mesocrático que se expande por gran parte de Latinoamérica. El nacimiento de una clase media incorporada al corpus político e intelectual frentepopulista y apoyado por un movimiento universitario de ideales anárquicos de emancipación y combatividad ligado a la bohemia, forjó vínculos con asociaciones proletarias y

[16] RECABARREN, "Ricos y pobres", p. 175.



Nocturno, Arturo Gordon. Presentado en la Exposición Internacional de Bellas Artes (1910), en *La Exposición Internacional de Bellas Artes*, catálogo oficial ilustrado, 1910, Santiago, Imprenta Barcelona.

artísticas de vocación social.[17] "De las clases estudiosas saldrán literatos, poetas i sabios de verdad, i las bellas artes echarán raíces en nuestro suelo i nos deleitarán ennobleciendo nuestra alma con sus flores inmortales."[18]

Abogaba Alejandro Venegas —Julio Valdés— en su carta al presidente Ramón Barros Luco de noviembre de 1910, argumentado el mejoramiento de la educación para el mayor progreso de las clases desposeídas. Así, la celebración del Centenario pone sobre la palestra las nuevas miradas que se sostienen sobre la función del arte en la sociedad nacional y el debilitamiento de la tradición académica que sostiene la oligarquía. La construcción de una imagen apropiada en el uso del territorio genera un intercambio de visualidades propias que identificarán, en adelante, al paisaje chileno en su fragmentación y antimonumentalización respecto a la producción del siglo anterior.

El inicio de la pintura social en manos de la Generación del 13 redunda en una síntesis de lo que venían gestando los movimientos sociales internacionales, aun cuando estos pintores no parecieron adscribirse a ninguna tendencia política común. Ajenos a toda estructura de poder, esta generación de pintores provenientes del proletariado incorpora como asunto de su producción pictórica la marginalidad que se desarrolla a expensas del crecimiento urbano y los signos de chilenidad del mundo rural, o bien, la realidad geográfica circundante. El gesto expresivo de sus obras, antecedido por los conceptos de "lo mínimo" de Pablo Bur-

[17] SUBERCASEAUX, *Historia de las ideas y la cultura en Chile. El Centenario y las vanguardias.*
[18] VALDÉS, *Sinceridad*, p. 341.

chard y "lo efímero" de González, otorga una vuelta de tuerca al tradicional cuerpo del paisaje que hasta entonces era posible encontrar en los circuitos artísticos oficiales. Este inédito desarrollo de la pintura y el paisaje chileno es apoyado por la creciente labor literaria costumbrista y modernista, que también reincorpora en su discurso el relato descriptivo y manchista de la geografía. La dicotomía de los espacios campo/ciudad queda de manifiesto en la labor de literatos como Víctor Domingo Silva, Baldomero Lillo o Augusto D'Halmar, quienes exponen las condiciones de vida de los obreros, la miseria de los conventillos o el abuso del mundo rural.

En 1916 nace una de las agrupaciones de intelectuales más interesantes del siglo, el grupo Los Diez, conformado por pintores, escultores, músicos, arquitectos y poetas, entre los que se encuentran Pedro Prado (poeta, pintor y arquitecto), Manuel Magallanes Moure (poeta, cuentista, pintor), Juan Francisco González (pintor), Armando Donoso (crítico literario, periodista), Alberto García Guerrero (músico), Alberto Ried (poeta, cuentista, escultor, pintor), Acario Cotapos (músico), Augusto D'Halmar (novelista y cuentista), Alfonso Leng (músico y compositor), Julio Ortiz de Zárate (pintor), Ernesto A. Guzmán (poeta y ensayista), Eduardo Barrios (novelista y dramaturgo) y Julio Bertrand Vidal (arquitecto y pintor). Muchos de sus integrantes provienen de la Colonia Tolstoyana, un proyecto de carácter social y artístico liderado por D'Halmar entre los años 1904-1905 y en el que participan los pintores Alfredo Helsby, Benito Rebolledo, Carlos Canut de Bon, Rafael Valdés, Pablo Burchard, José Backhaus, Julio Ortiz de Zárate y Juan Francisco González.

En su primera publicación el grupo divulga una serie de artículos que se relacionan con la arquitectura, la música, la literatura y el ambiente artístico de los salones nacionales. En sus páginas, también se publican interesantes grabados de vistas urbanas y se aboga por "combatir la importación atolondrada de estilos y motivos europeos, que nada tienen que ver con nuestro ambiente y nuestro clima".[19] También se presenta el proyecto "La Torre de los Diez", bosquejada por Julio Bertrand y descrita por la pluma de Pedro Prado, desde donde,

> [...] campos estériles; dunas temibles, bosques llenos de porvenir; todos, desde la alta torre seréis igualmente hermosos para nosotros. Como si la vida fuese una fiesta, sólo os presentaréis ataviados con la belleza que escondíais. Ningún accidente quebrará la armonía imperturbable. Y sin esfuerzo, nuestros pensamientos y nuestras voces se alzarán para alabar la causa y el origen del mundo, y la plácida alegría interminable que fluye de su contemplación.[20]

Proyectada para tener con 33 m de altura y estar a 17 m del suelo, sobre las rocas de Las Cruces, la torre constituye una carga simbólica del grupo y de los intereses intelectuales que promovieron a través de sus obras. Así, en la exposición realizada en *El Mercurio* en 1916, "una humorada de tres escritores, que sienten la luz cada uno a su manera", Magallanes Moure, Ried y Prado se autodescriben como sentimental, original y colorista, respectivamente,[21] en una suerte de

---

19 "Arquitectura", *Ediciones de Los Diez*, p. 82.

20 Prado, "La Torre de Los Diez", *Ediciones de Los Diez*, p. 73.

21 "Las exposiciones", *Ediciones de Los Diez*, p. 80.

travestismo de los conceptos utilizados en el ejercicio plástico de las bellas artes. De ello derivan las ideas sobre la "originalidad", entendida, según Guadalupe Álvarez de Araya, como la subjetividad del artista y su "sinceridad" artística respecto a las experiencias locales, que fueron promovidas por los literatos modernistas en el ejercicio crítico.[22]

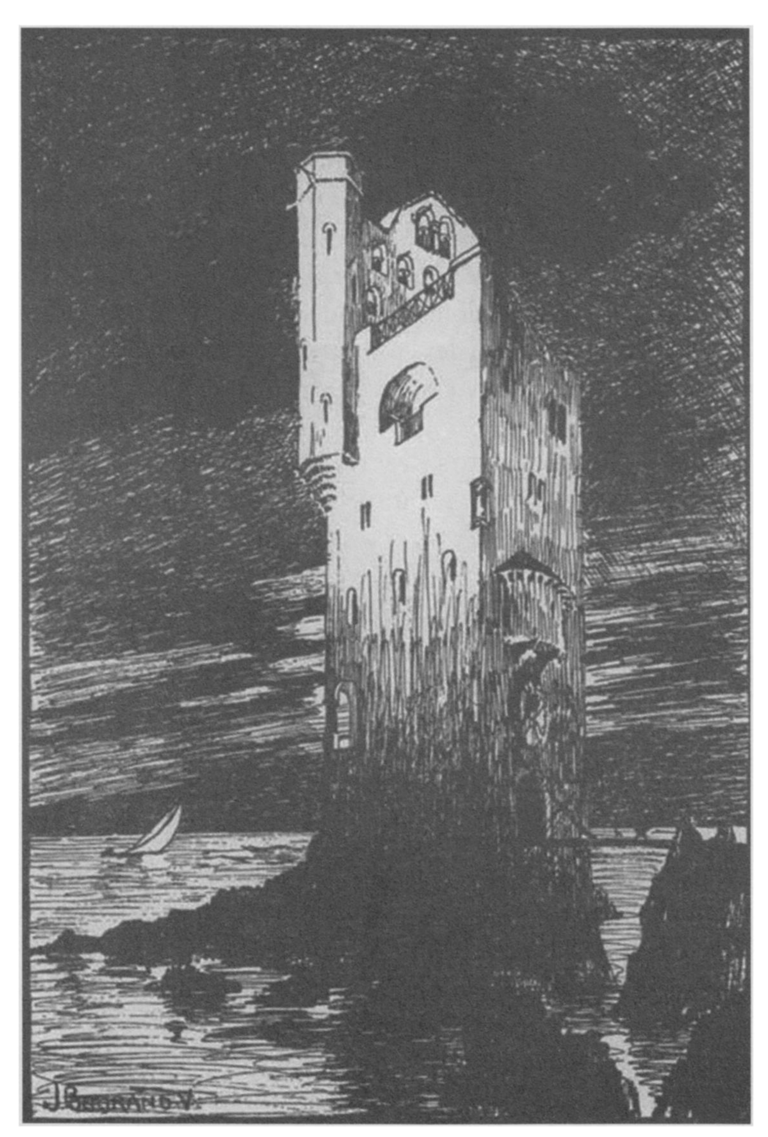
La continua aparición de exposiciones particulares que complementan la labor de los salones, por entonces de bajo prestigio, amplía el discurso estético e incentiva un nuevo mercado del arte y formas de difusión. Destacan renovados espacios para estos fines, como el Centro de Estudiantes de Bellas Artes en 1912, la Sociedad Artística Femenina en 1914 y la FECh en 1915, que abren sus puertas a exposiciones de jóvenes relegados. La Casa Eyzaguirre, la Casa Rivas y Calvo, la sala de exposiciones de *El Mercurio* y aquellos asociados a círculos sociales como El Club de Señoras y la Posada del Corregidor, espacio cultural abierto a charlas, exposiciones y recitales poéticos a cargo de la Sociedad de Amigos del Arte.

De esta manera, a medida que se abren los espacios expositivos, se institucionaliza la escuela de paisaje, que encuentra mayores adeptos, tanto en los artistas como en los nuevos coleccionistas. Por una parte, la herencia colorista de la influencia hispana y el orden naturalista ligado a la tradición, facilitan y perpetuan una pragmática del paisaje, mientras que por otra, constituye un instrumento de identidad para los nuevos entramados sociales.

El género del paisaje pone de manifiesto la dicotomía de los territorios sociales del Centenario que escapan del

---

[22] Álvarez de Araya, "Originalidad y vanguardia en la crítica en prensa de los años veinte".



La Torre de Los Diez, Julio Bertrand, en *Revista Los Diez* (sep. 1916).

centralismo, del mismo modo en que el programa de su celebración remarca los espacios tradicionalmente constituidos por la oligarquía y la segregación de aquellos destinados a la fiesta popular. La relación de dominancia que se expresa en la constitución del espacio y las prácticas humanas que en él se desarrollan, presupone sujetos sometidos a una política territorial que, desde la retórica del lugar, pondrá en función de las relaciones de poder la pertenencia o exclusión de los sujetos sociales en el paisaje y su relación con los homenajes del Centenario.

MONUMENTOS Y FESTEJOS POPULARES: LA TERRITORIALIZACIÓN DEL CENTENARIO

Desde el siglo XIX, con la intervención de Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago adopta una planificación urbana que combina los ideales estéticos con el espíritu pragmático propios del siglo. La canalización del río Mapocho, así como la adaptción del Cerro Santa Lucía a parque público y la consolidación de la Alameda como el centro social de la vida capitalina, permiten un diseño de ciudad con características modernas: urbanismo y progreso como centros de atención. Ya hacia fines del siglo y, especialmente, a inicios del XX se manifiesta de manera clara la incorporación de la arquitectura europea.

Así, hacia 1910 importantes sectores adquieren una nueva fisonomía para la celebración del Centenario, pero mientras el centro de Santiago redunda en nuevos proyectos urbanos, más allá de sus límites se encontraban la miseria y los populosos barrios de obreros. Las áreas de conventillos se localizan en la periferia norte, principalmente, y en menor

medida hacia el límite sur y poniente de Santiago. Desde el siglo XIX, estos sectores sufrieron de parcelaciones de terreno que permitieron el llamado "arrendamiento a piso", que implicaba el alquiler por personas de escasos recursos de una porción de suelo en la que posteriormente levantaban lentamente una "mejora" que les servía de habitación. A principios del siglo, estas mismas subdivisiones permitieron la rentabilización de la construcción y el arriendo de los conventillos, por lo cual este tipo de edificaciones proliferó de manera significativa,[23] llegando a constituirse 1 600 aglomeraciones de esta clase que, a su vez, albergaban cerca de 75 000 personas al iniciarse el siglo XX. Esto es, un cuarto de la población santiaguina.

El ascenso de una burguesía adinerada y el paso a la vida moderna en la ciudad regulan, durante las celebraciones de las fiestas patrias, los modos de vida y el acceso a los espacios públicos de los habitantes de Santiago. El ambiente carnavalesco y popular que genera el festejo es objeto de discusiones públicas en la prensa burguesa, debido a que incentiva al vicio y a los desórdenes públicos. En 1896, Juan Rafael Allende se queja de la apropiación de los espacios habitualmente ligados al festejo popular por parte de la élite, en su afición por demostrar la civilidad de la nación.

> Ya la Pampa no es la Pampa. Hoi es el Parque Cousiño. I el Parque Cousiño no pertenece al Pueblo, sino a la aristocracia, que va a pasear allí su lujo i su vanidad. Pero ¿i el Cerro Santa Lucía? En los días de Dieciocho, cuesta dos pesos cincuenta centavos la entrada, i el Pueblo no tiene acceso a él. ¿I la Quin-

[23] HIDALGO, "Vivienda social y espacio urbano en Santiago de Chile".

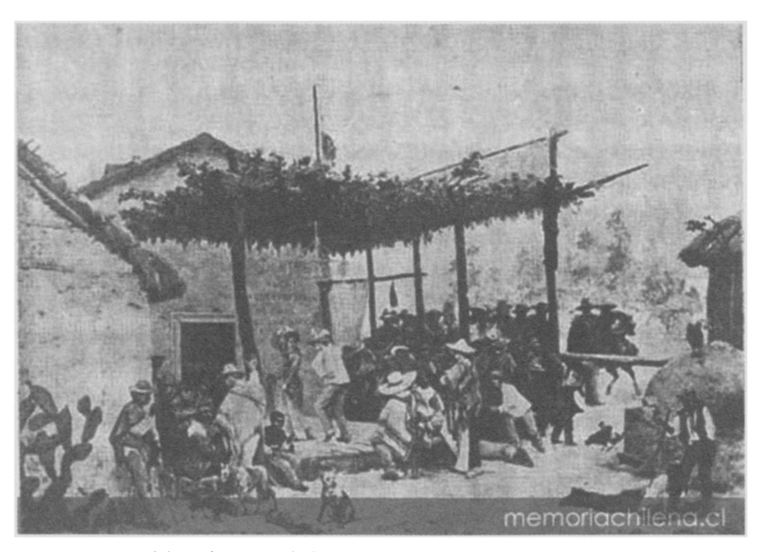
> ta Normal de Agricultura? También se le ha quitado al Pueblo para entregársela a la Aristocracia.[24]

Efectivamente, el motivo colectivo de la celebración del Centenario permite que la comunidad participe en la fiesta pública, pero la autoridad de la aristocracia en materias de orden público favorece que ésta se realice con rasgos de la cultura urbana y no de los de carácter rural que caracterizan los festejos del pasado. El centralismo de la celebración, así como el interés por el progreso material y la exclusión de la masa del pueblo en el programa político, refuerzan las críticas en torno a la llamada crisis moral del Centenario, que fue expuesta por diversas personalidades públicas quienes refutan la teoría de un Chile en crecimiento y ponen en debate los gastos involucrados en el hermoseamiento de la ciudad. La base de esta crisis se encuentra en la decadencia del poder de la oligarquía y, por ende, de los valores tradicionales que hasta ese momento la sustentan.

> Asi los que rijen los destinos de nuestra patria rasguñaron el fondo de las arcas fiscales para vestirla rejiamente i representar la farsa de la opulencia; asi, despues de haberla envilecido i esquilmado despiadadamente, olvidando los juramentos que hicieron nuestros padres al darle vida, se presentaron como viles fariseos a quemar incienso sobre sus aras, i vinieron los amigos i celebraron sus virtudes civicas i la creciente prosperidad de nuestra nacion! [...][25]

---

[24] Allende, "Las fiestas patrias", en SALINAS CAMPOS, "¡En tiempo de chaya nadie se enoja!", p. 304.
[25] VALDÉS, *Sinceridad*, p. 12.



La cueca, publicado en *Chile en 1910* de Eduardo Poirier, en Memoria chilena.

El ascenso del proletariado se esgrime como una de las fuerzas renovadoras del ambiente social y político, aun cuando "¡para este progreso no es tiempo aún de festejarle su centenario!".[26] El mapa de las celebraciones en Santiago aparece, entonces, como un indicador de esta situación en crisis, donde asoman demarcados los espacios destinados a la cultura popular y los asociados a la aristocracia, que considera la celebración del Centenario como un triunfo de su propia clase.

> Una parte del alma de las generaciones que ya son polvo, continúa viviendo en medio de nosotros, nos transmiten sus preocupaciones y sus gustos, junto con instituciones añejas y je-

[26] Recabarren, "Ricos y pobres", p. 177.

> rarquías basadas sobre antiguas costumbres y razones sociales, que ahora no obedecen a los motivos que las originaron.[27]

La aristocracia chilena encuentra, por tanto, en los festejos del Centenario la mejor forma para institucionalizar su genealogía, ya sea sobre la base del rescate de los personajes ilustres de la independencia o del pasado histórico de la nación. Hito de este último es la gran Exposición Histórica del Centenario, la que estuvo a cargo de personalidades como Joaquín Figueroa Larraín, Luis Uribe, Antonio Román, Alberto Edwards y Nicanor Molinare, curador de la muestra. Las colecciones exhibidas fueron el resultado del aporte de particulares de todo el país, convirtiéndose en la manifestación viva de la élite y su pasado, el que quedó de manifiesto en las secciones de culto, instrucción, medicina y militar. Esta última, la más utilizada para reafirmar el origen de la élite chilena.

> En el Museo se encuentran los retratos de casi todos los gloriosos generales que dieron libertad a Chile, de sus primeros Presidentes, de grandes capitanes, como el vencedor de Yungay, el mariscal Ancach, don Manuel Bulnes, y de soldados como el general Baquedano, vencedor de Chorrillo y Miraflores. La casaca del general Prieto, y la de Freire, los viejos morriones de los granaderos de la patria vieja y las espadas de otros héroes que parecen trazar una línea de continuidad, entretejida de laureles.[28]

Así, la persistencia del tiempo histórico permite que el repertorio iconográfico de los monumentos emplazados en

[27] Orrego Luco, "Hechos y notas" (1910).
[28] Orrego Luco, "Hechos y notas" (1910).

los diversos espacios de la ciudad tenga su punto de referencia en la militarización sobre la identidad nacional. Esto también tiene su manifestación simbólica en los actos cívicos que conmemoran los hechos de la gesta independentista:

1. Desfile por la Avenida de las Delicias, calles de Teatinos, Moneda y Ahumada, pasando frente al Palacio de la Moneda y a la legación argentina, para continuar por la carretera de la Avenida de las Delicias y seguir por la calle del Ejército hasta la Escuela Militar. 12 de septiembre.
2. Desfile con antorchas y retreta militar en la Plaza de Armas y Plazuela de La Moneda. 17 de septiembre.
3. Formación de tropas en Plazuela de La Moneda, calle Morandé hasta Catedral, hasta Plaza de Armas y Moneda hasta la Plazuela del Palacio. 18 de septiembre.
4. Funciones de biógrafos con películas dedicadas a los padres de la patria. 18 de septiembre.
5. Cantos patrióticos por algunas escuelas públicas frente a las estatuas de los próceres de nuestra Independencia. 19 de septiembre.

Junto a la reafirmación de un origen genealógico de la élite, sobre el supuesto de los hechos militares y sus personajes, el carácter militar de los festejos puso de manifiesto el discurso patriarcal sobre la difusión de los valores masculinos en torno al valor y el uso de la fuerza. En paralelo al militarismo, el discurso sobre el progreso sostenido pondrá a la nación en un constante desarrollo de iniciativas tendientes a fortalecer el proyecto político moderno, ya sea en el mejoramiento urbano, la acumulación de riquezas a través de la explotación de los recursos naturales y la estabilización económica. Los triunfos bélicos y el progreso son,

entonces, un logro conquistado en pro de la definición de un proyecto político centralizado.

Como parte de ese interés, la organización de los festejos recayó en la Comisión Centenario de la Independencia, que se constituyó en 1894. Entre los trabajos preparativos para los festejos oficiales, se encuentran:

1. Los planos para la construcción del Edificio de los Tribunales de Justicia, que se exhiben públicamente en el Salón Filarmónico en 1900. El concurso fue adjudicado al arquitecto francés Emilio Doyere, iniciándose la construcción en 1905 y terminada completamente en 1932.
2. El inicio del servicio de tranvías eléctricos en 1900, hito de los avances de la modernidad de los servicios de transporte público.
3. El mismo año, se inician los trabajos del Parque Forestal cuyos planos fueron ejecutados por el ingeniero Valentín Martínez y ejecutados por Georges Dubois, paisajista francés.
4. La asignación de la propuesta de construcción del alcantarillado de Santiago a la firma francesa Batignolle-Fould en 1904.
5. Se inicia la construcción de la Estación del Mercado, proyecto de Emilio Jecquier inaugurado en 1912.
6. El mismo año se inicia la construcción del Palacio de Bellas Artes, proyecto de Emilio Jecquier inaugurado en 1910.[29]

De este modo, las obras públicas iniciadas a raíz del Centenario están destinadas a modernizar y mejorar la calidad de vida de los habitantes de la ciudad. Entre ellas, los servicios de urbanización, regularización y ampliación de las

[29] MARTÍNEZ, "Santiago en 1910", p. 80.

redes de agua potable, la red de alcantarillado y la electricidad. "Los parques y la Alameda hacen que la capital de Chile sea por las tardes tan hermosa como Rotten Row en Londres o Central Park en Nueva York", describe un viajero estadounidense en los albores de las celebraciones,[30] cuando la iluminación de la Alameda llamó la atención de todos los sectores sociales de la capital.

> ¡Cuán rápidamente se ha hecho esta gran ciudad! [...] Dispone de todos los adelantos modernos. Las maravillas de la ciencia la hacen ser como una ciudad de Norte América, y las del arte le conservan su hermosa característica de ciudad latina.[31]

La fe en el progreso y la ciencia que se circunscribe a ciertos sectores de la población se ve, sin embargo, opacada por el sistema económico y la constante inflación que asoló la década en cuestión. Las fuertes diferencias sociales, las huelgas de obreros y salitreros, la efervescencia popular manifestada a través de grupos anárquicos y socialistas, así como la "cuestión social" esgrimida por el arzobispado de Santiago fueron acalladas en la voz pública, bajo el mismo discurso que conmina la aristocracia frente al hito fundacional de la independencia, es decir, su propia vanagloria y el reconocimiento de la chilenidad a través de la construcción de monumentos que instrumentalizan al pueblo en favor de los intereses de la élite.

> El cuadro de nuestra situación presente es risueño y sólo nos falta para entrar con planta segura en el segundo siglo de vida libre que

---

30 SUBERCASEAUX, *Historia de las ideas y la cultura en Chile*, p. 38.
31 VICUÑA SUBERCASEAUX, "Crónicas del Centenario".

> fortifiquemos cada día más en nuestros ánimos la fe en el destino de Chile y la confianza en la fuerza moral y física de la raza.[32]

La cohesión social de la estructura política mantenida por la élite chilena es sostenida por idearios sobre la raza que, como veremos, se reafirman en la figura del indígena y el roto. Pero la pertenencia social de la élite en los festejos y el orgullo de clase queda de manifiesto en la distribución de la fiesta desarrollada en el espacio público. Desde esta perspectiva, acoge la celebración y se constituye en un espacio de memoria, de dimensión pública y colectiva, estableciendo el potencial simbólico de la élite.

Juan Rafael Allende lo señala de un modo contundente en 1896, cuando alude a que las fiestas patrias,

> [...] han perdido su carácter popular. Todas ellas llevan ahora un sello aristocrático, que las sustrae por completo de la lejitima participación del Pueblo, el heroe anónimo de Chacabuco, Cancha Rayada, Rancagua y Maipú. Ya en la Alameda no tienen lugar aquellos tipicos y alegres bailes populares, en los cuales mineros con sus parejas lucian sus habilidades coreográficas en la paloma, el cuando, el maicito i la enloquecedora zamacueca, bailados a son de arpa i vihuela con el inevitable tamboreo en la mesita con latas. Hoy la Alameda la invade la aristocracia y se destierra de ellos al Pueblo.[33]

Consecuentemente, las actividades de celebración del Centenario también estuvieron centralizadas en lugares célebres de Santiago, principalmente frecuentados por la élite de hace

---

[32] *El Mercurio* (18 sep. 1910).

[33] Allende, "Las Fiestas Patrias", p. 303.



Monumento de la colonia francesa a Chile (1910), o *Las bellas artes*, en *Revista Selecta* (feb. 1910).

un siglo. Parque Forestal, Cerro Santa Lucía, Parque Cousiño y el Barrio Cívico aglomeran las celebraciones públicas, así como el embanderamiento de las principales avenidas y el acicalamiento de fachadas. El Teatro Municipal, en tanto, fue escenario de las funciones de gala para las delegaciones extranjeras y para los personajes ilustres de la vida política y social de la nación. Los torneos de esgrima en la Casa Consistorial de Santiago, las carreras de automóviles y ciclistas en el Parque Cousiño, las Revistas de Gimnasia, la demostración de cadetes y las carreras de caballos en el Club Hípico, los fuegos artificiales en el Parque Forestal y el *Garden Party* en el Cerro Santa Lucía remarcan la pertenencia del espacio dominado por la élite y sus códigos de referencia.

Las fiestas privadas también fueron eco de esta identidad social, como el caso del gran baile de fantasía en el Palacio Concha-Cazotte ofrecido por el matrimonio compuesto por Enrique Concha y Toro y Teresa Cazotte en honor a las delegaciones extranjeras.

Los fuegos artificiales y los desfiles de antorcha se repiten en diversos lugares de la ciudad para hacer partícipe al pueblo de las celebraciones, especialmente, a través de la inserción de los colegios públicos en los actos cívicos. El gesto de inclusión se realiza, también, mediante la utilización de la cultura de masas en funciones públicas localizadas en los espacios de tipo popular:

1. Funciones de biógrafo al aire libre por la Compañía Cinematográfica del Pacífico, en la Avenida de las Delicias frente a la Escuela de Artes y Oficios, Plaza Brasil y Avenida Recoleta esquina de Buenos Aires, con vistas de los padres de la patria. 15 de septiembre.

2. Funciones de biógrafo al aire libre en las avenidas Portales e Independencia frente a Echeverría y Plaza Diego Portales. 16 de septiembre.
3. Funciones de biógrafo al aire libre en las Avenida Norte del Mapocho, Avenida Matta, entre San Diego y Arturo Prat y Plaza Manuel Rodríguez. 17 de septiembre.
4. Grandes matinés en todos los teatros y circos de la capital. 18 de septiembre.
5. Funciones gratis en los teatros populares, circos y cinematógrafos. 18 de septiembre.
6. Funciones de biógrafos en Plaza Argentina, Plazuela de la Recoleta y Avenida Matta frente a Maestranza, con películas dedicadas a los padres de la patria. 18 de septiembre.
7. Funciones de biógrafo al aire libre en la Plaza Yungai y Avenida Blanco Encalada, esquina de Bascuñán y teatro Arturo Prat. 19 de septiembre.
8. Funciones de biógrafo al aire libre en los siguientes puntos: Plaza Colón, Plaza San Isidro y Avenida de las Delicias, al lado de San Martín. 20 de septiembre.

Esta territorialización del espacio público para las celebraciones intenta afirmar los valores cívicos en el pueblo a través de actos que permitan su instrucción y entretenimiento sin necesidad de vicios y desórdenes que causan, tradicionalmente, las fiestas populares. Los concursos de bicicleta por la Alameda, las fiestas de escuelas públicas y privadas, las funciones de circo, los cantos patrióticos, entre otros, operan en este sentido.

De igual manera, el interés de incorporar a la clase obrera queda de manifiesto en los concursos nacionales para obreros y estudiantes realizados en la Carpa Municipal de Mapocho y en la colocación de la primera piedra del gran

edificio obrero dedicado por la Municipalidad de Santiago a las sociedades de la capital en la ribera del Mapocho, y que se destinaría a centro de estudios y biblioteca.

Pero el pueblo festeja el Centenario más allá de las aspiraciones de la élite. Las llamadas fondas, características de las celebraciones patrias en nuestro país, se localizan en torno al Parque Cousiño, en los alrededores de la Quinta Normal y la Estación Central, en Avenida Matta y Macul, aun cuando no es posible determinar el carácter de estas fiestas.[34] Poco o nada se sabe respecto a la celebración en el mundo rural en torno al Centenario, incluso cuando se presuponen los juegos populares, los concursos y las fondas como principales protagonistas. Concepción, en su calidad de provincia, centra su programa en la sociedad penquista que aunque con falta de recursos destinados a los festejos, logra convocar a los habitantes de la ciudad especialmente alrededor de elementos de tipo didáctico-patrióticos y la activa participación de la comunidad escolar. Actividades de tipo económico, como la Exposición Agrícola en La Serena, caracterizaron los festejos en otras provincias del país, las que contaban con escaso presupuesto para la celebración.[35]

La huella difusa de la celebración popular, desvinculada de su historia y aparentemente sin identidad, nuevamente pone de manifiesto el margen, el transitar anónimo del otro que sólo es rescatado mediante la simbolización de lo vernáculo. Las bases sociales de la celebración y su representación en el espacio público precisaron la representación de estereotipos

---

[34] Muñoz, "Los festejos del Centenario de la Independencia. Chile en 1910", p. 80.

[35] Muñoz, "Los festejos del Centenario de la Independencia. Chile en 1910", pp. 89-90.

de la identidad nacional que quedan reflejadas, también, en los monumentos emplazados a raíz del Centenario. La genealogía explícita de la construcción de nación que presupone la fiesta en cuestión potencia la instalación de monumentos en honor a los próceres de la patria, entre los que se encontraban los dedicados a Camilo Henríquez en la Plaza Brasil, al ministro Zenteno en la Alameda, frente a la calle Riquelme y Manuel Rodríguez en la Plaza de la Estación Mapocho.

Sin embargo, fueron la República, la Victoria, la Paz y la Independencia los principales repertorios iconográficos utilizados por los artistas en la elaboración de monumentos, columnas y esculturas públicas, en los que el pueblo asoma en planos escindidos y descontextualizados en función de sus papeles en el espacio social.

Género, raza y lugar en la estatuaria pública

Los sectores populares de las urbes y los enclaves salitreros, así como el sufragio femenino y la aparición pública de mujeres periodistas, escritoras y artistas a lo largo del siglo, promovieron cambios en la organización de las relaciones sociales, lo que correspondió a cambios en las representaciones del poder.[36] En este sentido, sujeto y objeto constituyen estrategias del discurso en el cual las imágenes femeninas e identidades masculinas definen el paisaje social de los monumentos públicos durante las primeras décadas del siglo XX.

La dominación del discurso patriarcal en torno a las nociones de gobernabilidad determina la confinación de lo

[36] Scott, "El género una categoría útil", citado en PÉROTIN-DUMON, *El género en la historia*, p. 8.

femenino al espacio privado y su acceso a la esfera pública a través de la metáfora de "lo nacional". Así queda de manifiesto en el papel que ocuparon las mujeres de la aristocracia en el itinerario de las ceremonias del Centenario, donde participan en actividades de tipo benefactor, acompañando a las mujeres de las delegaciones oficiales internacionales, presidiendo las funciones de gala, entre otras actividades de carácter doméstico.

También queda expresado en la utilización de imaginarios colectivos, como la representación alegórica de la República. La imagen de una mujer para representar la máxima aspiración de la política moderna apareció en la sátira política chilena a mediados del siglo XIX y toma como referente los ideales de la revolución francesa. A partir de entonces, la República femenina ilustra al pueblo la ideología nacionalista esgrimida por el Estado en un intento de socializar el nuevo proyecto de nación. Junto a la República, son también reproducidas durante el Centenario la Libertad, la Paz o la Justicia en forma de mujer. Un ejemplo de lo anterior es la llamada Fuente Alemana (1912) de Gustav Heinrich Eberlein, donada por el gobierno germano, en la cual la República aparece representada como una mujer sentada al borde de una barca.

Esta simbología le confirió a la mujer el papel de "madre de la patria" en una apelación directa a su situación de género. "Los grandes pueblos son formados, en realidad, por las grandes mujeres, ó si se quiere mayor precisión de concepto, por las grandes madres",[37] señala la editorial de la *Revista Selecta* en 1909. La alegoría femenina reafir-

[37] ORREGO LUCO, "Hechos y notas" (1909).

ma la instauración de papeles de las instituciones sostenedoras del Estado y del ideal femenino de nación que fue reproducido, constantemente, en el *Álbum de bellezas del centenario chileno,* que pretende remarcar el orgullo de clase y raza de la mujer chilena. El modelo iconográfico de las mujeres enmantadas y austeras, "inconciliables con las frivolidades elegantes de la vida",[38] fue reproducido tanto en la fotografía como en la escultura. La obra *Emblema,* de la escultora francesa residente en Chile Laura Mounier de Saridakis, para la Exposición de 1910, retoma este concepto de una mujer enmantada sobre un cóndor batiendo sus alas, como símbolo de la institucionalidad de la nación y el papel que corresponde a la mujer en ella. Otro ejemplo queda de manifiesto en un proyecto de monumento a los pies del Cerro Santa Lucía, cuando

> Uno de estos mandatarios locales le mandó hacer á un albañil una estatua de la República amaestrando un cóndor, y la puso en la cima de esa severa y hermosa "columna de los escritores", de estilo puro, hecha para honrar la memoria de ilustres chilenos. La dicha estatua era de cimiento Portland y tan tosca como un ídolo indio. Fue un atentado que nadie pudo soportar (¿cómo sería?). Al poco la República y su cóndor bajaron vergonzantes. Fue la célebre historia de "la mona verde".[39]

La simbólica de la República y la Patria, sin embargo, invisibiliza al sujeto femenino, por cuanto trasmite emblemas abstractos a su condición genérica y cuyo orden simbólico descansa en la "imposibilidad de que las mujeres practiquen

---

[38] ORREGO LUCO, "Hechos y notas" (1909).

[39] VICUÑA SUBERCASEAUX, "Crónicas del Centenario", p. 157.

los conceptos que representan".[40] Asimismo, instaura jerarquías sociales que delimitan el territorio y el paisaje social. Lucía Guerra establece, sobre este postulado, que "Adscribir significados a lo femenino es, en esencia, una modalidad de la territorialización, un acto de posesión a través del lenguaje realizado por un Sujeto masculino que intenta perpetuar la subyugación de Otro".[41]

En el mismo sentido actuaron las figuras de hierro fundido Val D'Osne, que ocuparon los jardines y parques a fines del siglo XIX. Estas obras se convirtieron en el hito de la modernidad y la unificación del paisaje urbano e instalaron una iconografía que interpela al mundo natural de lo nativo y lo racial, a través de figuras como el *Indígena*, el *Encantador de serpientes*, la *Aurora* y *Bailarina*, entre otras. De este modo, los imaginarios de género y raza afirman la exclusión, reforzando las nociones de identidad y paisaje donde los sujetos sociales aparecen en relación con los conceptos que representan y en función de su acceso al espacio público. Así, el cuerpo femenino permanece velado a través de la alegoría o contenido en el espacio ornamental, cuyos alcances se ven potenciados por el desarrollo intelectual, laico y progresista, que mantuvo una actitud ambivalente frente a la mujer como consumidora y productora. En torno a lo anterior, los monumentos se constituyen en motor de resistencia del mundo masculino por el reconocimiento de las mujeres como sujetos de historia.

---

[40] Esta asociación se repite en todas las sociedades poscoloniales latinoamericanas y en algunas europeas, como la irlandesa. Al respecto, MacDowell, *Género, identidad y lugar*, pp. 290-293.

[41] Guerra, *La mujer fragmentada*, p. 14.

Por otra parte, el uso de la disciplina, la moral burguesa y las ideas incorporadas al cuerpo social[42] como virtudes varoniles del Estado potencian, a principios del siglo XX, el creciente interés democrático hacia las clases más desposeídas y proyectan la difusión de "la Nación viril y fuerte, el pueblo nuevo y valeroso", que describe Morla Lynch en 1910.[43] Pueblo, progreso y patria se transforman, ahora, en un ideario masculino que refuerza el concepto del hombre como género normativo de la sociedad y la representación de valores universales asociados a la "virilidad" masculina: valentía, energía, nobleza, protagonismo o poder, entre otros,[44] como queda de manifiesto en el monumento de *La colonia italiana a Chile* (Fundición Roberto Negri, 1910), donde se presenta al genio alado apoyado sobre un león.

En tanto, el relieve del frontis del Museo Nacional de Bellas Artes, ejecutado por Guillermo Córdova en 1910, presenta la figura masculina del genio liderando a las bellas artes y afirmando, con ello, la suposición tácita de la creación al mundo masculino. Esto es evidente cuando se pone en paralelo al proyecto presentado por el español Coll y Pi que abogaba por la imagen femenina de las bellas artes, pero cuyo repertorio iconográfico no satisfizo los ideales patriarcales sostenidos por la comisión encargada de seleccionar el proyecto para una de las máximas obras del Centenario: el Palacio de Bellas Artes. Esta dicotomía sobre lo masculino y lo femenino en torno a las nociones de gobernabilidad también queda expuesta en el monumento de *La colonia*

---

42 Al respecto, SUBERCASEAUX, "Raza y nación: el caso de Chile", pp. 29-63.

43 MORLA LYNCH, *El año del Centenario.*

44 Al respecto, REYERO, *Apariencia e identidad masculina.*

francesa a Chile (1910), localizado frente al Palacio y a la entrada del nuevo Parque Forestal, hito de la aristocracia chilena. En él, Guillermo Córdova opta por representar a *Las bellas artes glorificando* en forma de una mujer alada, esta vez amparada por el gorro frigio de la Revolución. Es decir, retoma a la Marianne francesa para aludir al hito fundacional de la independencia, pero no del progreso del Estado moderno al que apela el universo masculino.

Uno de los espacios más representativos del patriarcado nacional republicano es la Alameda de Santiago, testigo privilegiado de la historia de nuestro país y museo vivo de nuestra nación. Fue con Vicuña Mackenna, a fines del siglo XIX, que se realizaron importantes obras públicas y se instaló, en toda su extensión, un número considerable de esculturas en honor a los próceres de la patria. Sin embargo, la construcción de sentido y significado de la Alameda no sólo está dada por sus bordes construidos, edificios o como vía estructural para el desplazamiento de los habitantes, sino como espacio de expresión social y representación en el espacio público de los cambios sociales ocurridos a lo largo de nuestra historia. Es desde esta avenida donde el pueblo se ha hecho presente para celebrar y manifestarse por acontecimientos que han afectado y marcado la vida y el destino del país.[45] El paisaje monumental otorgado a la Alameda por los héroes homéricos de la independencia se ve confrontado por la ocupación del espacio público en instancias de conmemoración y denuncia de los hechos políti-

[45] Muestra de ello es que hasta 1930 en la Alameda se celebraban fiestas religiosas, militares y tradicionales como procesiones, paradas militares, la navidad y el año nuevo. A ella se volcaba, también, la ciudadanía cuando Santiago recibía el regreso triunfal de las tropas.

cos. En este sentido, admite una antimonumentalización de la memoria, un gesto efímero en el paisaje urbano que presupone la construcción colectiva de los ciudadanos sobre el espacio público y su carga simbólica.[46]

La Plaza Yungay es otro de los espacios que se han configurado como elemento conmemorativo y de expresiones efímeras de la identidad nacional. Esta situación se inicia cuando la inestabilidad en torno a los límites de la ciudad y los suburbios en el proceso de crecimiento urbano de Santiago, la migración campo/ciudad y la crisis del campesinado y el obrero salitrero, permitió el proceso migratorio del que surge el gañán o roto, figura identificada por primera vez entre las décadas de 1830 y 1840 tras la guerra de la confederación peruano-boliviana, y que al poco andar se transforma en el apelativo que identifica a la raza chilena. El monumento al *Roto chileno* de Virginio Arias (1888) fue rechazado por la comunidad intelectual y objeto de burlas de caricaturas y artículos de prensa, ya que conceptualiza el papel del gañán en un esfuerzo de la élite por conservar sus valores tradicionales frente a una nueva burguesía adinerada. Esta última, identificada como una feminización de la raza, potenciada por la migración de europeos latinos o mediterráneos que ponían en peligro a la raza patriarcal definida por Nicolás Palacios en 1904, es decir, la industrializada del roto. Lo anterior fue apoyado por el fuerte desarrollo productivo centrado en la minería y las reformas del Estado, que tienen influencia directa en los procesos de

---

[46] María José Melendo, "Memoria y espacio urbano: indagaciones sobre lo efímero y lo antimonumental en el arte público actual", Ier Seminario Internacional sobre Arte Público en Latinoamérica, GEAP, Buenos Aires, 2009 (inédito).

urbanización y en el surgimiento de clases emergentes del comercio, la banca, la industria y, sobre todo, la minería. Todas ellas participaron activamente en los procesos de invasión—sucesión implicados en la expansión—agregación del perímetro urbano hacia el poniente de la ciudad.

El emplazamiento del *Roto* en el barrio Yungay devela la función que cumple el territorio en la difusión de las ideas y el fortalecimiento de los discursos asociados al poder. Yungay fue, en su génesis, el preferido de la clase media y media alta santiaguina, y mientras el centro de la ciudad se afrancesaba con las obras de Claude François Brunet des Baines, el barrio Yungay se chilenizaba. Sin embargo, tal condición de élite se mantuvo hasta principios del siglo xx, cuando el barrio comienza a vivir un progresivo éxodo de sus habitantes más acomodados, quienes se trasladan a vivir a las nuevas urbanizaciones emplazadas al oriente de Santiago. Conjuntamente al despoblamiento de esta zona y al crecimiento demográfico exponencial, producto del acelerado desplazamiento de la población rural a la ciudad, llegan nuevos habitantes que le darán el sello especial que conserva hasta el día de hoy, ligado a una fisonomía marcada por la residencia de incipientes grupos medios vinculados al trabajo en el aparato público.

En Yungay emergen barrios obreros y populares, y los conventillos con sus hacinamientos y sobrepoblación se instalan en el paisaje urbano. Al mismo tiempo que estos grupos conforman un nuevo proceso de invasión-sucesión, industrias y comercios experimentan un fuerte desarrollo, destinados a satisfacer el consumo local. La modernización de los equipamientos urbanos, alumbrado público y tranvías eléctricos, escuelas, liceos, teatros y un cine va

configurando una vida de ciudad compleja y diferenciada, en un policlasismo multiplicador de las experiencias de la cotidianidad.

Yungay forma parte de los sectores donde se celebra, al menos hasta 1910, una de las fiestas más populares de la década, la llamada chaya o carnaval, fuertemente criticada por la burguesía debido a los desórdenes y desbordamientos que genera en el espacio público.[47]

La figura del subalterno se encuentra en el "tipo humano que se adscribe a la masa popular y cuya fisonomía permanece en el anonimato",[48] donde la ficción intelectual que se crea a partir de la incorporación de los sujetos que no son considerados por el aparato estatal, presupone la identificación de la alegoría del "padre ausente" que trajo consigo la conquista española. Así, la figura paterna fue reemplazada "por una figura masculina poderosa y violenta: la del caudillo, el militar, el guerrillero" que se trasladó, simbólicamente, al papel del Estado mesocrático sobre la masa del pueblo.[49] Así, a inicios del siglo XX, la figura del roto se transforma en el obrero ocioso, dado al alcohol y mujeriego que inmortalizara Joaquín Edwards Bello en la novela homónima de 1920.

Los monumentos efímeros, como el dispuesto en 1908 por la Comisión Centenario consistente en un Arco de Triunfo en alegoría a la raza chilena, esta vez coronada por una cuadriga araucana, apelan también a la configuración de un hito fundacional.

---

[47] Al respecto, SALINAS CAMPOS, "¡En tiempo de chaya nadie se enoja!".
[48] BÁEZ, "Cuerpo dis(loca)do".
[49] MONTECINO, *Madres y huachos*, p. 33.

> Hay un interés nacional, interés de pueblo generoso, patriota y culto en que ese monumento sea una obra maestra del arte y un testimonio perpetuo de lo que esta generación es capaz de hacer para honrar a las anteriores y un punto de cita para el pueblo en los grandes días de la vida nacional.[50]

Con ello, la imagen del araucano es restablecida en una suerte de contra discurso de la oligarquía en la función social del indígena y que se repite en el monumento a *Alonso de Ercilla* (Antonio Coll y Pi, 1910), donado por la colonia española residente en Chile. El motivo escogido fue la representación del genio creador con su obra, en este caso *La araucana*, encarnada por una mujer indígena como metáfora de su raza.

La figura del araucano también retoma los intereses intelectuales asociados a un nuevo criollismo e indigenismo que se expande, simultáneamente, por Latinoamérica y cuyo principal eje lo constituye la revolución mexicana. Sin embargo, los discursos frente a la figura del indígena plantean la suposición de su inexistencia en el presente y lo reafirman como tema del pasado en su enfrentamiento contra el conquistador. Por lo tanto, la ausencia total del indígena en el Centenario, como sujeto social, también se constituye territorialmente, ya que su presencia física se atribuye al espacio rural, el margen, la periferia del centro y, por tanto, deshabilitado de particularidades culturales. Así, aparece sólo como carga simbólica de la lucha y la bravura asumidas como características intrínsecas del ser chileno.

Esta dicotomía entre la representación intelectual y constructiva de la imagen del roto y el indígena versus la realidad

---

[50] *Revista Zig Zag* (26 jul. 1908).

social y cultural de estos grupos, se resume en la constitución de un imaginario social de lo que se establece como lo nacional en 1910. En el caso indígena, se trata de una apropiación de la clase media que se constituye a partir de las raíces vernáculas, el redescubrimiento de España y el desarrollo de Estados Unidos como modelo económico y donde la unificación de las diferencias se esgrime como punta de lanza de la complejidad de los entramados sociales latinoamericanos. Mientras que el roto se convierte en una instrumentalización de los imaginarios colectivos para apagar las desavenencias de los diferentes sectores sociales y políticos, sobre las cuales la prensa escrita hizo profundas referencias a través de artículos y caricaturas que ponen de manifiesto la disputa por el control de la producción simbólica del Centenario.[51]

REFERENCIAS

ÁLVAREZ DE ARAYA, Guadalupe

"Originalidad y vanguardia en la crítica en prensa de los años veinte", en http://www.critica.cl/html/lupe_06.htm, publicado el 5 de junio de 2005.

BÁEZ, Rolando

"Cuerpo dis(loca)do", tesis de licenciatura en artes con mención en teoría e historia del arte, Santiago, Universidad de Chile, 1997.

[51] Al respecto, Gloria Cortés Aliaga, "'Eso sí que es ofensivo!' Las caricaturas del Centenario chileno y los monumentos a la imagen de España y la Independencia americana", Convocatoria Internacional Construir Bicentenarios Latinoamericanos en la Era de la Globalización, con la investigación FADU-UBA, Argentina, Observatorio Latinoamericano New School, Nueva York, 2008 (inédito).

Bozo, Julio

"Fuera de Concurso", en *Revista Zig Zag*, 214 (9 mar. 1909).

Contreras, Francisco

Los modernos, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1909.

Cortés Aliaga, Gloria

"Modernismo en Chile: la pintura española en la Exposición Internacional de 1910", en Guzmán, Cortés Aliaga y Martínez Silva (comps.), 2003.

Guerra, Lucía

La mujer fragmentada: historias de un signo, Santiago, Cuarto Propio, 1995.

Guzmán Schiappacasse, Fernando, Gloria Cortés Aliaga y Juan Manuel Martínez Silva (comps.)

Iconografía, identidad nacional y cambio de siglo (xix-xx), Jornadas de historia del arte en Chile, Santiago, RIL Editores, 2003.

Hidalgo, Rodrigo

"Vivienda social y espacio urbano en Santiago de Chile: Una mirada retrospectiva a la acción del Estado en las primeras décadas del siglo xx", en eure (Santiago), 2002, 28:83 [citado 7 de septiembre de 2009], pp. 83-106, en: <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612002008300006&lng=es&nrm=iso>

Lira, Pedro

"De la pintura contemporánea", en *Revista Artes y Letras* (1884), pp. 222-228.

"La Exposición Internacional de Bellas Artes", en *Revista Selecta*, 7, año II (oct. 1910), pp. 271-273.

MACDOWELL, Linda

Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas, Madrid, Cátedra Ediciones, 2000.

MAGALLANES MOURE, Manuel

"Reseña de la pintura en Chile", en *Revista Zig Zag*, 291 (17 sep. 1910).

MARTÍNEZ LEMOINE, René

"Santiago en 1910, París en América. Notas a propósito del primer Centenario", en *Urbano*, 15, año/vol. 10, Universidad del Bío-Bío, Concepción (mayo 2007), pp. 74-83.

MONTECINO, Sonia

Madres y huachos: alegorías del mestizaje chileno, Santiago, Cuarto Propio, CEDEM, 1991.

MORLA LYNCH, Carlos

El año del Centenario, Santiago, Minerva, 1921-1922.

MUÑOZ HERNÁNDEZ, Luis Patricio

"Los festejos del Centenario de la Independencia. Chile en 1910", tesis de licenciatura en historia, Santiago, Facultad de Historia, Geografía y Ciencias Políticas, Instituto de Historia, Ponticia Universidad Católica de Chile, 1999.

ORREGO LUCO, Luis

"Hechos y notas", en *Revista Selecta*, 7, año I (oct. 1909).

"Hechos y notas", en *Revista Selecta*, 11, año I (feb. 1910).

"Hechos y notas", en *Revista Selecta*, 7, año II (oct. 1910).

PÉROTIN-DUMON, Anne

El género en la historia, Santiago, disco compacto, 2001.

RECABARREN, Luis Emilio

"Ricos y pobres. La situación moral y social del proletariado y la burguesía", conferencia dictada en Rengo, la noche del 3 de septiembre de 1910, con ocasión del primer centenario de la Independencia, en *El pensamiento de Luis Emilio Recabarren*, Santiago, Austral, 1971, t. 1, pp. 165-178.

REYERO, Carlos

Apariencia e identidad masculina. De la Ilustración al decadentismo, Madrid, Ensayos Arte Cátedra, 1999.

RICHON BRUNET, Ricardo

"El arte en Chile", en *La Exposición Internacional de Bellas Artes*, catálogo oficial ilustrado, Santiago, Chile, Imprenta Barcelona, 1910.

SALINAS CAMPOS, Maximiliano

"¡En tiempo de chaya nadie se enoja!: La fiesta popular del carnaval en Santiago de Chile", en *Mapocho,* Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, 50 (segundo semestre 2001).

SUBERCASEAUX, Bernardo

Historia de las ideas y la cultura en Chile. El Centenario y las vanguardias, Santiago, Universitaria, 2004, t. III.

"Raza y nación: el caso de Chile", en *A Contracorriente*, 5:1 (2007), pp. 29-63.

VALDÉS CANGE, Julio

Sinceridad. Chile íntimo en 1910, Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.

VICUÑA SUBERCASEAUX, Benjamín

"Don Pedro Lira", en *Revista Selecta*, 2, año I (mayo 1909).

"Crónicas del Centenario. La ciudad de Santiago, sus planos y transformaciones", en *Revista Selecta*, 4, año II (jul. 1910).

ARTE E HISTORIA EN LOS FESTEJOS DEL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO EN BUENOS AIRES[1]

Laura Malosetti Costa
Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad Nacional de San Martín

INTRODUCCIÓN

Desde hace ya varios años el Centenario de la revolución de 1810 es objeto de reflexión, exposiciones, publicaciones y revisiones historiográficas. No hay duda de que más allá de su fijación emblemática, 1910 representa un punto de inflexión importante en la historia nacional desde muchos puntos de vista, pero ese momento de euforia conmemorativa y expansión económica también ha quedado plasmado en la arquitectura, las calles y plazas, y en diversos aspectos de la cultura de la ciudad de Buenos Aires. De

[1] Agradezco al director del MHN, Dr. José Antonio Pérez Gollán, al jefe de investigación del mismo, Lic. Miguel Ruffo, y muy especialmente a Viviana Isola, a cargo del departamento de documentación; Sofía Oguic, del archivo histórico; Vilma Pérez Casalet, jefa de conservación, y Diego Alberto Ruiz, bibliotecario de dicha institución. Sin su invaluable y desinteresada colaboración no hubiera sido posible este trabajo.

modo que, más allá de la coyuntura de conmemoración del bicentenario, el tema ejerce una fascinante atracción como objeto de estudio y análisis.

Un momento de particular condensación de aproximaciones críticas e historiográficas en torno al Centenario se produjo en 1995, cuando como resultado del proyecto que llevaba adelante Thomas Reese, orientado a un estudio comparativo de los centenarios latinoamericanos, se llevó a cabo el coloquio "Buenos Aires 1910: el imaginario para una gran capital", cuyas presentaciones fueron publicadas en un tomo por la Editorial Universitaria de Buenos Aries en 1999.[2] Como resultado final de esa iniciativa tuvo lugar, también en 1999, la exposición "Buenos Aires 1910: memoria del porvenir", con un importante catálogo ilustrado.[3] Por otra parte, a la profusa historiografía ya existente sobre el periodo (uno de los que mayor interés han concitado en la historiografía argentina) se han sumado en los últimos tiempos desde las iniciativas oficiales "hacia" el Bicentenario hasta diversas publicaciones, coloquios y congresos dedicados al tema. No parece necesario volver sobre caminos ya muy transitados respecto de la vertiente hispanista que tiñó el nacionalismo de 1910 y sus expansiones iconográficas y monumentales. Las ideas respecto del didactismo de las imágenes y fiestas patrias como formadoras de nuevos ciudadanos, el impacto del fenómeno de la inmigración masiva de europeos al puerto de Buenos Aires sobre la economía, la política y la sociedad de la primera década del siglo XX han sido también muy discutidas

[2] GUTMAN y REESE (eds.), *Buenos Aires 1910.*
[3] GUTMAN (ed.), *Buenos Aires 1910: memoria del porvenir.*

y analizadas. La importante Exposición Internacional de Arte del Centenario ha sido objeto de trabajos de otros colegas, así como la transformación de la ciudad de Buenos Aires (ensanchamiento de calles, inauguración de monumentos y plazas, construcción de nuevos edificios, etcétera).

Sin embargo, en un momento en que se discute y teoriza acerca del archivo y la memoria, y el papel de los museos en la construcción de los imaginarios de nación, creo que una mirada sobre el lugar que ocupó el Museo Histórico Nacional (MHN) en las celebraciones del Centenario en Buenos Aires a partir de las ideas e iniciativas de su director, Adolfo P. Carranza, puede resultar de interés desde la perspectiva de su impacto en la creación de "lugares de memoria", que hoy puede ser evaluado retrospectivamente. Pero además, hubo zonas de conflicto e iniciativas frustradas que merecen someterse a análisis pues su discusión puede aportar nuevas perspectivas para la consideración de imágenes y artefactos que aún hoy son clasificados como objetos de arte u objetos históricos respectivamente sin problematizar estas clasificaciones tradicionales.

Desde los encargos de imágenes que "completaran" la iconografía nacional, hasta las adquisiciones de obras y objetos, la publicación de sus colecciones y su decidida intervención en los concursos para monumentos y pinturas de historia, la actividad del director del MHN en la preparación de las celebraciones del Centenario de 1910 aparece como un punto de máxima realización de proyectos largamente trabajados. Sin embargo, su participación fue en todo momento conflictiva y polémica. Desde 1906 Adolfo P. Carranza integró la multitudinaria Comisión del Centenario, presidida por el ex presidente José Evaristo Uriburu,

aunque poco tiempo después presentó su renuncia indeclinable a ella.[4]

Llegaba esa comisión —como se verá— con proyectos previamente elaborados y madurados en la gestión de su museo desde su fundación en 1889. Algunos de esos proyectos fueron realizados y otros no, pero el saldo de esas iniciativas y gestiones tuvo una significación ineludible en la configuración de la cultura visual de la época.

De modo que, partiendo de ese complejo entramado de problemas apenas enunciados aquí, quisiera centrar este trabajo en algunas de las estrategias y polémicas que sostuvo, en relación con los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo Adolfo P. Carranza (1857-1914), fundador del Museo Histórico Nacional (MHN) en 1889 (aunque en un primer momento fue municipal).

EL MUSEO HISTÓRICO Y LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO

En el archivo de correspondencia de Adolfo P. Carranza se conserva una carta escrita de su puño y letra, fechada el 16 de mayo de 1903, dirigida en forma anónima (firmada "un suscriptor') al director del diario *El País*, que lleva el título: "El Centenario de la Independencia". En esa car-

[4] *Decreto nombrando una Comisión Nacional encargada de proyectar la celebración del centenario de la emancipación argentina, y de dirigir los trabajos que hayan de efectuarse con tal motivo.* Junio 6 de 1906. Fdo. Figueroa Alcorta, N. Quirno Costa, M.A. Montes de Oca, N. Piñero, Luis María Campos, Onofre Betbeder, Federico Pinedo, Miguel Tedín, Ezequiel Ramos Mexía. MHN, *Adolfo P. Carranza* C44c1.

ta el director del MHN proponía un extraño y gigantesco proyecto para la celebración del Centenario que se realizaría siete años más tarde. Un proyecto tan desmesurado que hace pensar en lo ambicioso de las expectativas de aquel historiador-funcionario respecto de lo que podría llegar a hacerse para 1910:

> Levantar un cerro, semejante al de Santa Lucía en Santiago de Chile, en una de las grandes plazas centrales o en un parque a la altura del Caballito, que es el centro del radio de esta ciudad, y colocar en su cima un edificio donde se guarde todo lo que recuerde a los hombres y hechos de la epopeya.
>
> Esta obra que parecería extraordinaria, no tiene nada de eso, pues, en siete años, bien cabe el hacerla, y este país posee recursos para ella. Hay tierra y piedra y los medios para adornarla de vegetación.
>
> Además coronaría el edificio algún monumento alegórico en honor del Centenario, sea una fuente, como la proyectada en 1856, o una columna en cuya cúspide un faro iluminase todo el radio de la capital.

Sin duda el ejemplo de Benjamín Vicuña Mackenna había impresionado mucho a aquel argentino que nunca había viajado a Europa ni visitado grandes museos.[5] A continuación Carranza fundamentaba su propuesta como algo realizable si se encaminaban los recursos a hacer obra patriótica, como el emplazamiento de estatuas de los próceres en las plazas

[5] Al menos no hay ningún indicio en sus papeles, correspondencia y archivo de que haya realizado alguna vez un viaje fuera de América del Sur. Agradezco a Sofía Oguic esta observación.

que llevaban sus nombres, y no se malgastaban en "obras de arte" y otras "fruslerías":

> Esto sin perjuicio de que para entonces se colocaran las estatuas de nuestros próceres en las plazas que llevan sus nombres, y no obras de arte, como las que inconsultamente pretende un comisionado municipal.
>
> ¿Qué mejor obra de arte que las estatuas de los únicos que tienen derecho a ello, Moreno, Arenales, Las Heras, Pueyrredón, Castelli, etc.?[6]

Escudado en el anonimato, ese texto revela no sólo las inmoderadas expectativas que Carranza abrigaba en 1903 respecto de la conmemoración del Centenario, sino también sus ideas acerca del arte y los monumentos, expresadas sin disimulo. Su párrafo final se refería sin duda a las iniciativas del pintor Ernesto de la Cárcova respecto del embellecimiento de la ciudad y emplazamiento de esculturas ornamentales en las plazas,[7] etc., aunque también podría estar refiriéndose a otros proyectos de esta índole impulsados por Eduardo Schiaffino, director del MNBA.[8] Carranza, evidentemente, compartía una opinión bastante difundida entre las élites dirigentes, que desde fines del siglo XIX se opusieron a las iniciativas que se vincularon con utilizar fondos del Estado para fines artísticos (desde fuentes en las plazas hasta escuelas de arte o becas de estudio). A su juicio, la única función posible de una escultura era política: glorificar a los próceres de la nación. No importaba quién

---

6 MHN, *Adolfo P. Carranza*, C44c1.

7 Véase CORSANI, "'Hermosear la ciudad'", pp. 249-262.

8 Véase PICCIONI, "Eduardo Schiaffino" y "La estética de la ciudad".

las realizara ni su calidad estética, cuanto más significativo a los efectos del relato histórico fuera el asunto o el personaje retratado, más "artística" sería la obra.

Esto nos introduce en una cuestión que no era nueva en 1910, sino que había estado presente desde el primer momento en la conformación de las colecciones del MHN: los retratos, cuadros históricos, miniaturas, esculturas y toda forma de arte que ingresó al museo, lo hizo en calidad de "reliquia" o "testimonio verdadero" de los próceres o los hechos evocados. Cuidadosamente buscadas y seleccionadas por su director, las piezas que ingresaban al MHN se instituían en pruebas tangibles de los hechos históricos que las implicaban (uniformes, medallas, armas, tanto como los retratos u otras representaciones visuales). En el caso específico de los retratos, si se trataba de una fotografía o daguerrotipo, su veracidad no admitía dudas, aunque no siempre la verdad de la fotografía fuera la imagen más verosímil o adecuada de un héroe de la independencia (puesto que los daguerrotipos fueron tomados cuando ya tenían una edad muy avanzada). En el caso de las pinturas, si el retrato había sido tomado del natural y el modelo había posado para el pintor, éste era más "auténtico" que las reconstrucciones posteriores, aunque a veces la impericia de los pintores los hubiera llevado a cometer "errores".[9]

[9] Una primera aproximación a esta cuestión ha sido formulada en mi ensayo sobre la fortuna crítica de los retratos de José Gil de Castro en la Argentina, en el marco del proyecto "José Gil de Castro: cultura visual y representación, del Antiguo Régimen a las Repúblicas Sudamericanas" dirigido por Natalia Majluf, directora del Museo de Arte de Lima, y financiado por la J. Paul Getty Foundation (Catálogo en proceso de edición).

Si bien estos presupuestos habían dado forma a las colecciones del MHN, en 1910 se volvía central no sólo dar visibilidad y relevancia a aquéllas sino, sobre todo, crear nuevas imágenes, "faltantes", para hacer visible el gran relato de la historia nacional. ¿Cuál era ese relato?, ¿qué imágenes eran necesarias?, ¿a quién encargarlas?, ¿cómo reglamentar los concursos?, ¿qué instrucciones debían recibir los artistas? Todas estas cuestiones, que estuvieron presentes en las políticas del MHN desde el momento de su fundación, pasaron a primer plano en vísperas del Centenario. El contrato celebrado con el pintor José Bouchet en aquel mismo año 1903 para la realización de la pintura al óleo representando el abrazo de San Martín y O'Higgins en Maipú aparece como un buen ejemplo de los términos en que se estableció la comitencia de obras históricas desde el MHN.[10] Roberto Amigo comenta al respecto que fue el relato sanmartiniano de Bartolomé Mitre el que marcó las pautas de la iconografía histórica y las políticas museográficas de Adolfo Carranza desde fines del siglo XIX, pero además, a propósito de dicho contrato, observa que la verosimilitud histórica —el requisito ineludible de ese género de pintura, tanto para el comitente como para el pintor— se lograría no sólo ajustándose a la descripción textual de los sucesos sino también mediante la reproducción de los objetos que se conservaban en el MHN: "la autoridad de la literatura histórica y el poder atribuido a los objetos como condensadores de un pasado histórico".[11]

Una suerte de compilación de sus proyectos respecto del Centenario fue publicada por Adolfo P. Carranza en 1905 en

[10] MHN, *Adolfo P. Carranza*, C41c2. Publicado por AMIGO, "Un contrato del pintor José Bouchet", pp. 113-116.

[11] AMIGO, "Un contrato del pintor José Bouchet", p. 114.

forma de folleto, con su firma, titulado: "Centenario de Mayo. Algunas ideas para su celebración".[12] El folleto (que se reproduce íntegro al final de este artículo) era una única hoja en la que en doble columna se ordenaba de un modo bastante asistemático toda clase de iniciativas: desde la sugerencia de iniciar concursos para la realización de cantos patrióticos, cuadros al óleo y estudios históricos, hasta el cerro monumental que había imaginado en 1903 como el de Santa Lucía en Santiago, además de un monumento al cruce de los Andes en la misma cordillera, estatuas a los próceres en las plazas que llevaban su nombre, reasignación de nombres a diversos lugares de la Argentina (sobre todo aquellos en el sur que tenían toponimia inglesa), monumentos en las provincias, inauguración de tramos del ferrocarril, etc. Destaca en esa lista la cantidad de ideas para publicar imágenes, documentos, textos educativos destinados a los escolares. Terminaba la enumeración con la sugerencia de construir un edificio para el MHN. A esa lista impresa, en los dos ejemplares que se conservan en el archivo del MHN Carranza agregó de su puño y letra más "ideas" como la de reeditar su propio libro sobre San Martín, hacer un monumento a Pueyrredón en Mar del Plata, etc. y —en los márgenes— algunos nombres, seguramente de aquellos que en su opinión podrían llevar aquellas ideas a cabo (junto a la propuesta del cerro en Caballito puso el nombre de Thays, el renombrado paisajista francés, por ejemplo). Reconocemos algunas de esas ideas de Adolfo P. Carranza en varias de las obras que efectivamente se llevaron a cabo a propósito del Centenario. Otras no prosperaron.

En los años previos a 1910 el director del MHN estuvo

[12] MHN, *Adolfo P. Carranza*, C44c1.

muy activo procurando dar curso a estas ideas. No sólo formó parte de la Comisión del Centenario[13] sino que además integró los jurados de los concursos más importantes y conflictivos, como el del Monumento a la Revolución de Mayo, que nunca llegó a construirse, y el del concurso de pintura histórica, entre otros. También fue jurado de concursos de ensayos, como el que era (seguramente a propuesta suya) para "una obra original e inédita, de síntesis filosófica sobre la Revolución de Mayo, sus causas, caracteres, y consecuencias", cita textual de una de sus propuestas de 1905.[14]

También rechazó numerosas invitaciones a integrar los más diversos jurados, desde carrozas hasta marquillas de cigarrillos. Encargó obras[15] e hizo adquisiciones para el MHN, recibió gran cantidad de donaciones inspiradas en el fervor patriótico de los festejos, y dedicó grandes esfuerzos a la publicación de todo tipo de materiales impresos con documentos e iconografía del MHN. La publicación, desde 1908, de *La Ilustración Histórica,* aparece también claramente como parte de ese programa que Carranza venía meditando para el Centenario.

---

[13] MHN, *Adolfo P. Carranza*, C44c1. *Carranza* integró la comisión por un breve lapso. Al pie de la convocatoria impresa a la Asamblea de la Comisión realizada el 26 de junio de 1906, Carranza anotó de su puño y letra: "En esta Asamblea fui designado Secretario y renuncié indeclinablemente. Junio 29 de 1906".

[14] MHN, *Adolfo P. Carranza*, C44c1.

[15] Fue habitual que Adolfo P. Carranza encargara copias de cuadros para integrar las colecciones del MHN. Cabral, Fausto Coppini, Alberto del Villar fueron algunos de los copistas a quienes el MHN hizo numerosos encargos. Véase María Inés Rodríguez Aguilar y Miguel José Ruffo, "Entre originales y copias: el caso del Museo Histórico Nacional", III Congreso Internacional de Teoría e Historia del Arte (XI Jornadas del CAIA), pp. 91-102.

EL MONUMENTO A LA REVOLUCIÓN DE MAYO

El concurso para el monumento conmemorativo de la revolución de mayo, convocado en marzo de 1907 a partir de un decreto del poder ejecutivo, fue, sin duda, el que más expectativas concitó y también el más conflictivo.[16] Las bases de ese concurso, publicadas en forma de folleto, establecían que el monumento se levantaría en la Plaza de Mayo y que sería inaugurado el 25 de mayo de 1910.[17] Se trataba de un concurso internacional en dos fases: la primera sería de maquetas, a escala 1 en 10, para la realización de las cuales se estableció un plazo de seis meses. Se seleccionarían cinco primeros premios, cinco segundos premios, y cinco terceros premios y habría una segunda fase en que concursarían entre sí los cinco primeros finalistas para elegir el monumento que habría de construirse. El jurado estaría integrado por 15 miembros, entre los cuales, además de representantes del senado, del poder ejecutivo, de la Comisión del Centenario y otras representaciones políticas, figuraban los directores del Museo Nacional de Bellas Artes, del Museo Histórico Nacional y de la Academia Nacional de Bellas Artes, así como también un miembro de la recién modificada y conflictiva Comisión Nacional de Bellas Artes (CNBA)[18] y otro de la Sociedad Central de Arquitectos. Si bien la composición del jurado daba prioridad a la polí-

[16] Un análisis de las vicisitudes del concurso en ESPANTOSO RODRÍGUEZ *et al.*, "Imágenes para la nación argentina", t. II, pp. 345-360. Véase también MALOSETTI COSTA y WECHSLER, "La iconografía nacional del mundo hispánico", t. II, pp. 1177-1198.

[17] *Concurso definitivo.*

[18] Véase MUÑOZ, "Un campo para el arte argentino", t. I, pp. 43-82.

tica en términos de la designación de sus miembros, había allí una importante representación de artistas y arquitectos: Eduardo Schiaffino, Ernesto de la Cárcova, Eduardo Sívori y Julio Dormal (Cárcova y Dormal habían redactado las bases del concurso, con Alejandro Christophersen), además de José Semprún, quien si bien era médico, era un aficionado al arte y coleccionista, y por entonces dirigía la Comisión Nacional de Bellas Artes.[19]

Las 74 maquetas recibidas fueron expuestas en el local de la Sociedad Rural en Palermo entre abril y mayo de 1908. En el archivo del MHN se conserva un acta de las deliberaciones de aquel primer jurado que reviste, desde la perspectiva que nos ocupa, un especial interés.[20] Hubo allí un conflicto, zanjado a medias, entre dos posiciones contrapuestas, que tiempo más tarde alcanzaría amplia dimensión pública.

Era la cuarta vez que se reunía el jurado, habían tenido lugar deliberaciones previas y se había hecho una primera selección para asignar los primeros, segundos y terceros premios. La primera moción de esa jornada fue de Adolfo P. Carranza, quien propuso que la Pirámide de Mayo, levantada en la plaza en 1811 y modificada en 1857, fuera preservada dentro del nuevo monumento "como recuerdo histórico". Esta idea, que no estaba en la convocatoria del concurso, había sido ya planteada por Rufino Varela en un opúsculo de 1905 en el que había formulado la primera

[19] Respecto del conflicto entre los estudiantes de la Academia Nacional de Bellas Artes y la Comisión Nacional de Bellas Artes en 1907, véase BALDASARRE, "La revista de los jóvenes: *Athinae*", pp. 32-39.
[20] "Acta Nº 4, junio 2 de 1908", mimeo 2 fs. AHN, *Adolfo P. Carranza,* C44c1.

idea del monumento a concursar.[21] El nuevo monumento contendría dentro de su estructura —como un relicario— la "auténtica" pirámide, que permanecería en su sitio aun cuando no pudiera verse. Tanto Eduardo Schiaffino como Ernesto de la Cárcova apoyaron la moción de Carranza y ésta fue remitida, como sugerencia, al segundo jurado que se formaría una vez seleccionados los cinco bocetos ganadores.

Pero antes de la votación final, el ingeniero Atanasio Iturbe, quien integraba ese jurado en calidad de director de Obras Públicas de la ciudad de Buenos Aires,[22] propuso que el boceto identificado con el lema "Arco de triunfo" fuera eliminado del concurso "por no llenar los requisitos establecidos". El director del MNBA, Eduardo Schiaffino, se opuso. Siguió una discusión sin solución consensuada, que fue zanjada por Emilio Mitre con una propuesta —que fue aprobada por mayoría— de ampliar el número de primeros premios a seis en vez de cinco para dar cabida a ese proyecto:

> Expresa el Sr. Iturbe, al fundar su moción, que no lo guía ningún propósito preconcebido en este caso, sino el deseo de salvar su responsabilidad de miembro del Jurado, pues se entiende que dicho boceto, tal como ha sido presentado, no está de acuerdo con las condiciones exigidas para el concurso. El Sr.

[21] VARELA, *1810-1910: Centenario de Mayo*, citado en MALOSETTI COSTA y WECHSLER, "La iconografía nacional", pp. 1191-1192.

[22] Véase la biografía de Atanasio Iturbe (1870-1946) por Enrique Pereira para el *Diccionario Biográfico Nacional de la Unión Cívica Radical.* Iturbe participó en la revolución de 1890, y en 1904 formó parte del Comité Nacional de la UCR. Fue director de Obras Públicas y secretario de Obras Públicas de la Municipalidad de Buenos Aires entre 1907 y 1912. http://diccionarioradical.blogspot.com/2007_11_28_archive.html

> Schiaffino manifiesta que el proyecto en cuestión si bien podría objetarse que no llena en absoluto en sus detalles externos, las condiciones exigidas, está, perfectamente, dentro de la idea que se ha tenido en vista y que informa este concurso, idea que debe primar sobre formas de detalle. El Sr. Mitre dice que teniendo en cuenta que se trata de un proyecto de indiscutible valor artístico pensaba que podrían armonizarse todas las opiniones estableciéndose *seis* primeros premios, ampliando así la órbita en que ha de pronunciarse el Jurado. Se vota la moción del Sr. Iturbe y es rechazada, aprobándose la del Sr. Mitre.[23]

Carranza anotó de su puño y letra en ese documento que él había votado la moción de Iturbe, y de hecho ambos se abstuvieron de firmar el veredicto del jurado por estar en disidencia con esa votación.[24]

Esta discusión no parecería trascendente si no fuera porque el proyecto en cuestión (Arco de triunfo) fue el único boceto de un argentino entre los primeros premios: se trataba del boceto enviado por el escultor Rogelio Yrurtia.

La observación de Emilio Mitre fue una consideración de valor: aun cuando no cumpliera con los requisitos del concurso, la maqueta de Yrurtia era valiosa como obra de arte. Hoy, a la distancia, podría agregarse el adjetivo "moderno", pues no sólo no respondía a la iconografía estipulada en el concurso según sus bases, sino que tampoco se ajustaba a los cánones de la tipología de monumento conmemo-

---

[23] "Acta Nº 4, junio 2 de 1908", citado p. 2, subrayado en el original.

[24] *Veredicto del primer jurado*. En el ejemplar existente en el MHN, *Adolfo P. Carranza* hay una inscripción autógrafa del director del MHN en la última página: "No quisimos firmar por estar en disidencia. Iturbe y A.P. Carranza".

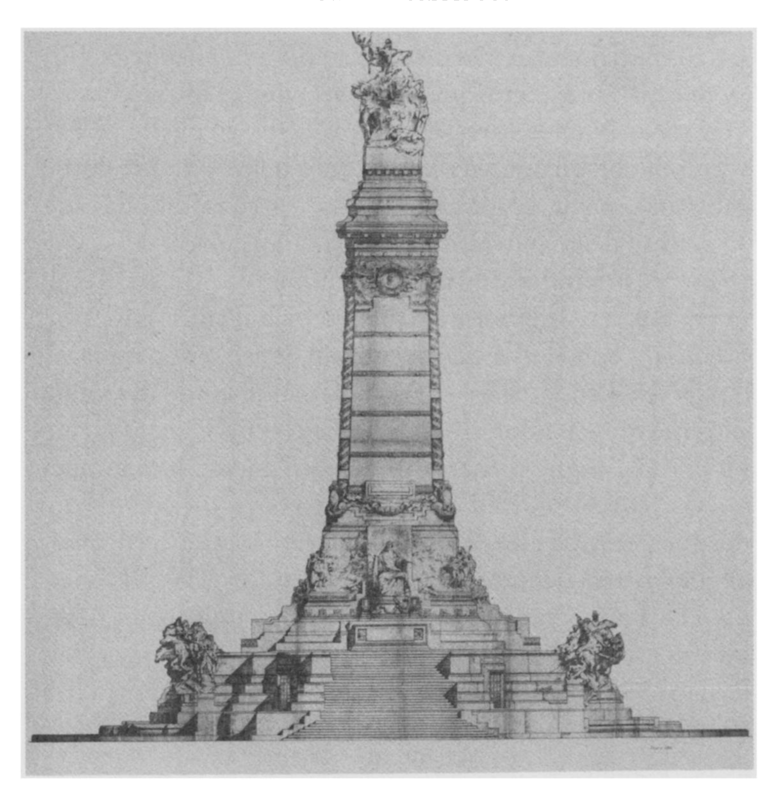
rativo tradicional. Yrurtia tituló su obra *El pueblo de Mayo en marcha*. El boceto, que se conserva en el Museo Casa de Yrurtia en Buenos Aires, estaba realizado en piedra de París y presentaba un gran arco de triunfo bajo el cual se desplegaba un notable grupo de figuras desnudas, entrelazadas, en actitud de gozo triunfal (véase la figura 2).

El presidente del jurado había dado un espaldarazo importante al director del MNBA al incluir un sexto primer premio, y con él al único argentino en carrera para la instancia final en la cual —previsiblemente— fue derrotado. El proyecto ganador, diseñado por dos italianos (Gaetano Moretti y Luigi y Brizzolara), era, sin duda, un monumento más "correcto", tradicional, fiel al encargo y con una forma que permitía albergar en su interior la reliquia histórica de mayo: una alegoría de la libertad se alzaría en el tope de un pilar imponente que se apoyaría sobre un enorme pedestal con escalera y bajorrelieves que representarían las batallas, los héroes y hechos fundacionales. Si bien nunca llegó a construirse, se conserva un boceto en el Archivo General de la Nación.[25]

Rogelio Yrurtia (Buenos Aires, 1879-1950) había viajado a París en 1899 con una beca otorgada por la Comisión Nacional de Bellas Artes, se había formado en el taller de Jules Coutan en la famosa Academia Julien y había logrado con su grupo escultórico *Las pecadoras,* enviado al Salón de los Artistas Franceses de 1903, llamar la atención de Auguste Rodin y algunos críticos y escritores influyentes

---

[25] Véase un análisis del texto historiográfico puesto a disposición de los concursantes, así como del proyecto premiado, en MALOSETTI COSTA y WECHSLER, "La iconografia nacional", pp. 1192-1196.



Gaetano Moretti y Liugi Brizzolara, *Monumento a Mayo*, vista del frente, *ca*. 1909. Archivo General de la Nación, Buenos Aires.

como Camille Mauclair, Charles Morice y Rubén Darío.[26] Su obra *Las pecadoras* fue una de las piezas clave del envío de arte argentino que, en 1904, Eduardo Schiaffino había organizado en su papel de director del MNBA, a la Exposición Universal de Saint Louis en Estados Unidos.[27]

La maqueta del Monumento a la Revolución de Mayo se había exhibido previamente en París y mereció algunos comentarios críticos muy elogiosos que, en algún caso, pretendieron influir sobre la decisión del jurado en Buenos Aires. En 1909, en vísperas de la segunda fase del concurso, Charles Morice escribió intencionadamente en el *Paris Journal*: "Yo no espero que los competidores de Rogelio Yrurtia se retiren ante él, sin pedir a los jurados de Buenos Aires su opinión. Ese gesto heroico sería, no obstante, bello [pero no, no hay que esperarlo. Es necesario contentarse, deseando que la justicia se haga]".[28]

En el mismo sentido la revista *Athinae,* portavoz de los artistas y estudiantes de la Academia de Bellas Artes,[29] dedicó en abril de 1909 un importante *dossier* fotográfico a Yrurtia acompañado por un artículo en el que Martín Malharro —apenas hecho público el dictamen del primer jurado

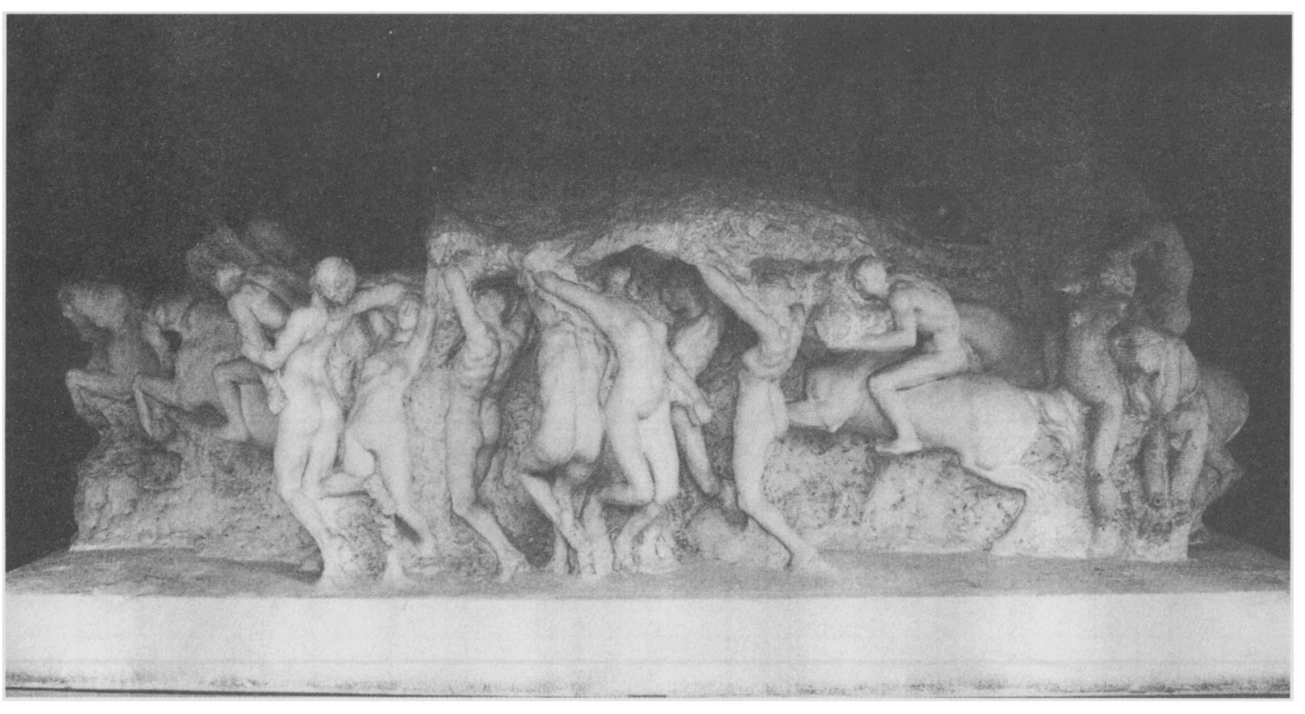
---

[26] Véanse Rubén Darío, "El escultor argentino Yrurtia"; Charles Morice, "*Las pecadoras* en el Salón de París" y "Monumento a la Revolución de Mayo", así como parte de la correspondencia intercambiada por el escultor con Godofredo Daireaux respecto del concurso de 1909, en *Cuadros de viaje*, pp. 325-340.

[27] Véase PENHOS, "Sin pan y sin trabajo", pp. 9-19.

[28] Charles Morice, "Monumento a la Revolución de Mayo", en *Paris Journal,* 1909. Traducido y publicado en el catálogo del Museo Casa de Yrurtia, Buenos Aires, DGM, Secretaría de Cultura de la Nación, 1967, pp. 29-34.

[29] Para un análisis de la revista y las polémicas que se sostuvieron desde sus páginas, véase BALDASARRE, "La revista de los jóvenes: *Athinae*".



Rogelio Yrurtia, *El pueblo de Mayo en Marcha*, ca. 1909. Colección Museo Casa de Yrurtia, Buenos Aires.

que había seleccionado a Yrurtia entre los finalistas— sostenía enfáticamente la superioridad artística de su proyecto de monumento sobre los otros cinco concursantes, y terminaba celebrando lo que anticipaba como su merecido triunfo. Así concluía: "Y haber sabido imponer un concepto de arte, saliendo airoso en prueba tan terminante como un concurso internacional, en el que figuraron elementos de la más considerable valía, es un exponente claro de la fuerza de nuestro artista, el que honra singularmente a la América latina".[30] Véase la ilustración 3.

La discusión respecto del otorgamiento del premio a los dos italianos alcanzó la luz pública en la prensa y se sumó a muchas otras que venían desplegándose en relación con la disyuntiva de abrir concursos internacionales para los monumentos y edificios de la nación argentina.[31]

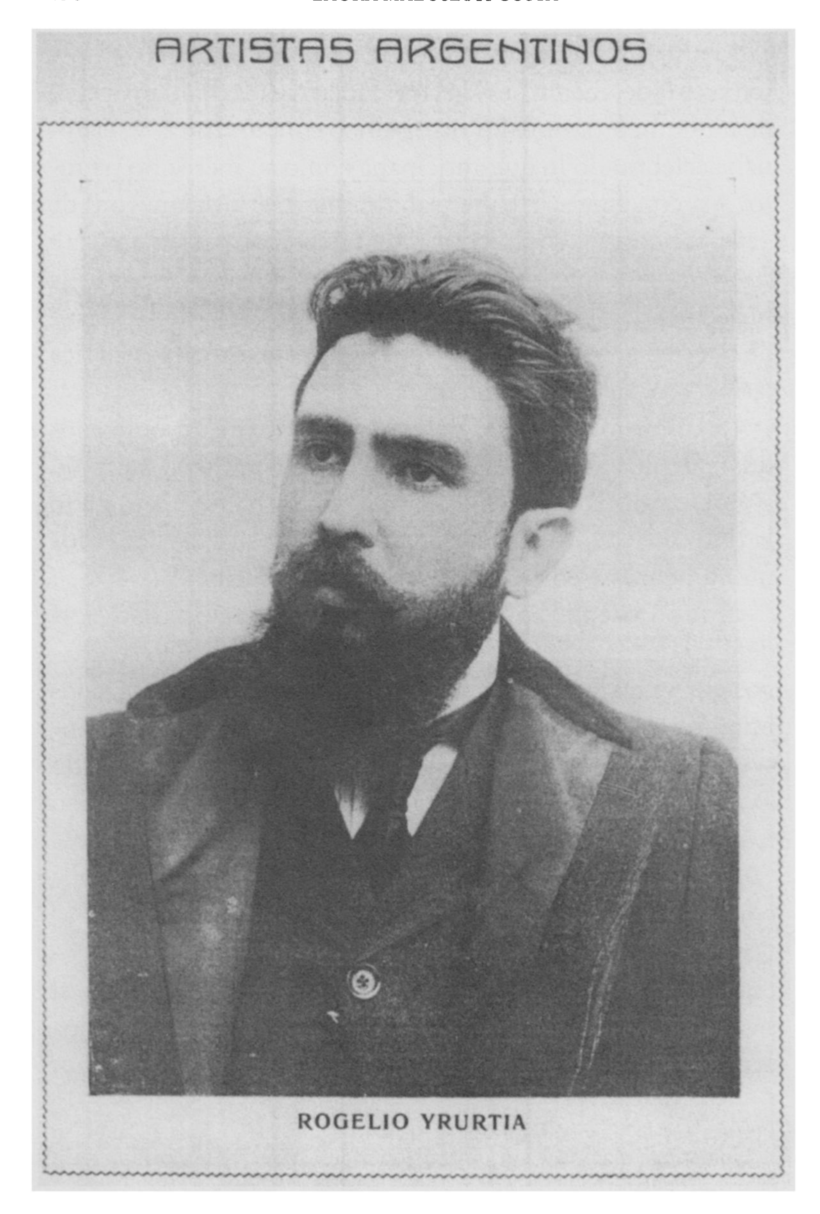
Hubo quienes aplicaron una lógica nacionalista a la defensa de los artistas argentinos en relación con los encargos que se realizarían para los festejos del Centenario. Si los hombres de los ochenta —Eduardo Schiaffino, notoriamente— rechazaban toda forma de proteccionismo apostando a un fluido contacto tanto de los artistas como del público nacional con "lo mejor" del arte europeo, en los años previos al Centenario la discusión se hizo aún más compleja, como lo demuestra el caso que acabamos de evocar.

Con frecuencia en la prensa se alzaron voces para proteger la producción nacional, partiendo de la base de que si se abrían concursos a italianos o franceses, por ejemplo, los argentinos no tendrían oportunidad de ganar. De hecho,

---

[30] MALHARRO, "Rogelio Yrurtia", pp. 5-9.

[31] Una aproximación a tales discusiones en MUÑOZ, "Un campo para el arte argentino".



ROGELIO YRURTIA



Portada de *Athinae. Revista Argentina de Bellas Artes*, 1909.

ése fue el caso del monumento a la revolución de mayo. Sin embargo, la defensa de Yrurtia por parte tanto de Schiaffino como de Malharro implicaba la confianza en su valor a escala mundial: se había formado en París —la capital del arte del siglo XIX— y allí había triunfado desde su primer envío al Salón de los Artistas Franceses en 1903. Su argumento no implicaba una posición relativista. En cambio otras voces, como la de Carlos Zuberbühler (quien ocupó el cargo de director del MNBA una vez desplazado Schiaffino luego de la Exposición del Centenario), sostenían que sólo un argentino podría expresar el "alma" argentina:

> ningún monumento o retrato, *por más artística que resulte su ejecución,* por bien que interprete los sentimientos inspiradores podrá ser considerado una legítima demostración de índole nacional, si no son argentinos todos sus elementos determinantes: el alma que sienta la forma, el cerebro que la defina y el brazo que la ejecute,

escribió Zuberbühler en un artículo publicado por el diario *La Nación* en 1906, a propósito de los monumentos para el Centenario.

De la amplia repercusión que tuvo el debate sobre ese concurso para un monumento que nunca llegó a construirse, merece recordarse el párrafo que Eduardo Schiaffino, todavía director del Museo Nacional de Bellas Artes, le dedicó al asunto hacia el final de su ensayo sobre "La evolución del gusto artístico en Buenos Aires", publicado en el número extraordinario dedicado al Centenario del diario *La Nación:*

> Nuestro público no habrá olvidado —aunque muchos no lo hayan comprendido— el maravilloso símbolo plasmado por

> Yrurtia, en un bloque de piedra parisiense. Entre aquella deleznable ciudad de yeso de la exposición de los 170 bocetos, la obra de Yrurtia culminaba: y su "Pueblo de Mayo" en marcha hacia la gloria, con heroico impulso, con un despliegue muscular soberbio que embargaba el alma del espectador, llenando el oído mental de suspiros anhelantes, y de pisadas rumorosas, ha dejado el aire estremecido al soplo de la inspiración que pasa.
>
> Ya es tarde para hacer reproches. La mayoría del jurado eligió uno de tantos signos conmemorativos de la Independencia —ennoblecido al menos por la colaboración de un ilustre arquitecto italiano—, pero, en realidad de verdad, la Independencia moral, aquella que más importa, ha quedado postergada para mejor ocasión.[32]

La discusión estaba claramente planteada, desde la perspectiva del director del MNBA, en términos estéticos: un escultor moderno, argentino y formado en París, claramente seguidor de las audacias de Rodin, enfrentado a la gran tradición monumental "a la italiana", había logrado finalmente imponerse en el concurso, aun cuando el jurado no le hubiera dado el premio.

Pero quisiera volver un momento sobre la actitud de Adolfo P. Carranza respecto del primer concurso. Su enfático rechazo al proyecto de Yrurtia, aunque no conservemos el detalle de sus argumentos, aparece como una radical falta de interés en la creatividad artística en relación con la conmemoración de los hechos y eventos históricos. Para el

---

[32] Eduardo Schiaffino, "La evolución del gusto artístico en Buenos Aires", publicado en el número especial del diario *La Nación* el 25 de mayo de 1910, pp. 187-203. La cita ha sido tomada de la trascripción de ese texto realizada por Godofredo E. J. Canale, Buenos Aires, edición Francisco A. Colombo, 1981, p. 114.

director del MHN una obra —ya fuera escultórica, pictórica o en cualquier técnica— era valiosa sólo si era "verdadera" y fiel a los hechos que conmemoraba, aun cuando —conviene subrayarlo— esa supuesta veracidad se fundara en última instancia en su criterio estético. Esto, claro está, no apareció jamás en la apariencia sólida de sus argumentos.

Sin duda, la figura de Rogelio Yrurtia, poco dócil a sus sugerencias y poco fiel a la "verdad" histórica de la que Carranza se sentía importante custodia, no le gustaba. Ya en 1907 el director del MHN había renunciado a la comisión del monumento al coronel Manuel Dorrego, precisamente porque había sido premiado su proyecto de estatua ecuestre, con el cual estaba en completo desacuerdo:

> En mi concepto el monumento a la memoria del ilustre Dorrego, es un acto de reparación que hace la posteridad al magistrado muerto sin proceso, ni justificación; error político que la historia condena. Y en consecuencia debe representársele en la estatua de pie, en traje militar y con atributos del cargo civil, en actitud seria y digna, y no a caballo porque no ha sido general en jefe, ni ha dirigido ejércitos, ni mandado batallas, ni aún pertenecido al arma de caballería en la guerra de la independencia.[33]

La tensión entre el concepto de "verdad histórica" y su plasmación estética en la escultura monumental aparece expresada con toda claridad si contraponemos este párrafo con el de Julio Rinaldini al describir, a partir de sus conversaciones con el artista, la intención del escultor:

---

[33] "Renuncia a la Comisión del monumento a Dorrego", 15 de junio de 1907. MHN, *Adolfo P. Carranza*, C5c1, *Diario de Carranza*, p. 148.

Cuando ejecuta el monumento a Dorrego su voluntad se concentra en la estatua ecuestre. Su ambición es realizar una de las grandes figuras ecuestres de la escultura. Antes de lograrlo modela y destruye tres veces el caballo. No contento con sus estudios trae a posar, del cuartel vecino, al magnífico alazán de un oficial de coraceros. El caballo posa sobre un entarimado. Un atardecer oye el clarín del regimiento, se encabrita, el ruido de sus cascos en el entarimado lo espanta, se debate y se suelta, salta sobre el ventanal del taller y se degüella. Y la comisión espera en Buenos Aires la hora solemne de la inauguración del monumento.[34]

EL MONUMENTO A LAS PATRICIAS ARGENTINAS

Quisiera, por último, referir brevemente otro intercambio epistolar del director del MHN en relación con un proyecto de monumento a las "patricias argentinas, que tampoco llegó a realizarse.

El Museo Histórico Nacional tuvo, prácticamente desde su fundación, una sala dedicada a las "patricias argentinas". A partir de los primeros catálogos y algunas fotos de la disposición de sus salas, sabemos que en ella se exhibió una combinación de retratos (de muy diferentes calidades) de damas que habían tenido participación activa en los hechos de la revolución de mayo y habían colaborado con la financiación de las campañas revolucionarias, junto a diversos objetos del ámbito doméstico, prendas y accesorios femeninos, que en su mayoría habían sido donados al MHN como parte de legados familiares o reliquias de aquellas damas.

Del mismo modo, en *La ilustración histórica,* la publicación que desde 1908 el MHN dedicaba a difundir el relato

---

[34] RINALDINI, *Rogelio Yrurtia*, p. 17.

historiográfico que daba forma al museo, había una sección fija titulada precisamente "Patricias argentinas", dedicada a destacar algunos hechos protagonizados por mujeres, pero sobre todo a publicar sus retratos acompañándolos de breves semblanzas biográficas que destacaban su aporte a la historia nacional. Varias veces, además, el MHN publicó láminas alegóricas dedicadas a esas "patricias argentinas" con sus retratos en pequeños medallones alrededor de la alegoría de la República o de ramas de laurel, como el que dedicó a la Sociedad Patriótica fundada en casa de Escalada en 1812 para comprar fusiles.[35]

En 1906 Adolfo P. Carranza recibió una carta de la Comisión Pro Patria en que se le pedía asesoramiento para un monumento que se proyectaba "en memoria de las mujeres argentinas que sobresalieron por su patriotismo durante la guerra de la independencia". La respuesta de Adolfo P. Carranza a José E. Uriburu (presidente de la Comisión del Centenario, quien evidentemente le había transmitido la consulta de esa comisión de damas) constituye no sólo un completo programa iconográfico, minuciosamente descriptivo, sino también una indicación precisa de la forma que debía tener la figura alegórica que, según su diseño, coronaría el monumento:

> El monumento de homenaje a la acción de las damas argentinas en la guerra de la independencia puede ser simbolizado en una mujer sentada majestuosamente sobre un pedestal [ilegible], in-

[35] "Patricias argentinas." Hoja impresa con los retratos de las contribuyentes a la colecta para la compra de fusiles en 1812. MHN Obj. núm. 8760, Cat. núm. 2243, p. 256, t. 1.

dicando con el brazo derecho, con serenidad pero con resolución, el camino del deber y de la victoria.[36]

La carta continuaba detallando la iconografía que a su juicio debía aparecer en los relieves con escenas históricas en tres lados del pedestal, así como el texto de las inscripciones que aparecerían en el frente. Cada una de las escenas representaría a las patricias "entregando sus hijos, sus joyas y dinero" al vocal de la junta, bordando la bandera del ejército de San Martín en Mendoza y formando la Sociedad Patriótica en la sala de Escalada en 1812.

Sin duda Carranza tenía una idea muy clara de lo que pretendía en términos de monumento, aun desde el punto de vista estético. Sus instrucciones no dejaban mucho margen para la creatividad artística. Pero en este caso, como en los anteriores, incluso fue más allá en su pretensión de intervenir en todas las decisiones, sobre todo en la elección del escultor que lo llevaría a cabo: frente a la decisión de la Comisión Pro Patria de encargar el monumento a la escultora Lola Mora, la única mujer argentina dedicada exitosamente a la escultura monumental, Carranza escribió una breve carta a Andrea Ruiz Huidobro, presidenta de dicha comisión, comunicándole que, dada la importancia de la obra "hoy creo que debe sacarse a concurso en el que sin duda se presentarán nuevas ideas que sean más dignas de aceptarse".[37]

Lola Mora había adquirido amplia notoriedad pública en Buenos Aires, sobre todo a partir de la inauguración, en

[36] "Monumento a las patricias", carta fechada el 11 de diciembre de 1906. MHN, *Adolfo P. Carranza*, C5c1 *Diario de Carranza*, pp. 145-147.
[37] Carta fechada el 20 de marzo de 1907. MHN, *Adolfo P. Carranza*, C5c1, *Diario de Carranza*, pp. 147-148.

1903, de su *Fuente de las Nereidas,* una gran fuente ornamental con figuras desnudas que había sido pensada en primera instancia para ser emplazada en la Plaza de Mayo, pero que finalmente se había ubicado en el más popular y menos emblemático Paseo de Julio.[38] La fuente de Lola Mora (actualmente ubicada en la Costanera Sur de Buenos Aires) era, sin duda, una de esas "obras de arte" que Carranza deploraba, como vimos en la cita del comienzo, para las cuales se utilizaban fondos que —en su opinión— debían destinarse a fines más patrióticos.

EPÍLOGO

El arte público, tanto como las "bellas artes", los museos y sus colecciones, fueron temas ampliamente debatidos en los años previos al Centenario en términos nacionalistas. No sólo las obras ubicadas en calles y plazas de la ciudad, sino también aquellas que se exhibían en las salas del museo y de la Exposición de Arte, serían un factor de cohesión y educación de masas de inmigrantes todavía poco integradas a la nación (y sobre todo sus hijos). La celebración del Centenario de la independencia fue también un momento emblemático de la revaloración del pasado hispánico y la reanudación de un vínculo con la antigua metrópoli colonial, pensado como correctivo para el excesivo cosmopolitismo moderno. La presencia española en la ciudad y en la cultura fue creciendo al calor de una vertiente de ese primer nacionalismo que rescataba las raíces hispánicas de la "raza".

[38] Véase un panorama completo de las alternativas y debates que acompañaron el emplazamiento de la fuente en CORSANI, "Honores y renuncias", pp. 169-196.

Pero aun los artistas que —como Eduardo Schiaffino, Martín Malharro o Rogelio Yrurtia— se adherían al modelo francés de un arte moderno y libre respecto de sujeciones temáticas, compartían la convicción de que el arte era un factor educativo insoslayable para el progreso de la nación. Por otra parte, los esfuerzos invertidos en concursos monumentales, tanto como en la organización de la gran Exposición Internacional de Arte del Centenario, también se vieron alimentados por la convicción de que esas obras ubicarían a la Argentina en un lugar relativo de valor como "nación civilizada" en el contexto internacional.

Las tensiones entre los proyectos e ideas del director del Museo Histórico Nacional y algunos de los artistas más influyentes de la ciudad, que hemos analizado con cierto detalle, aparecen como punto de tensión entre fenómenos que pocas veces se piensan en sintonía: la organización de grandes certámenes artísticos y la fijación de un relato historiográfico de la nación.

No se crea a partir de estos ejemplos de renuncias y monumentos frustrados, que las iniciativas de Adolfo P. Carranza no fueron influyentes en los años del Centenario. Lejos de ello, su actividad en esos años fue intensísima en términos de asesorar, divulgar, reproducir y promocionar toda una estética de glorificación de héroes nacionales, episodios históricos, batallas, etc., en imágenes que poblaron manuales ilustrados para la infancia, revistas, folletos, además de una cantidad enorme de souvenirs del Centenario y publicidad de artículos comerciales.[39]

---

[39] Amigo, "Imágenes de la historia en el Centenario", pp. 171-184.

Resulta evidente que la ecuación arte-testimonio histórico tuvo una significación y un valor relativo muy diferentes para los directores de los dos museos de Buenos Aires dedicados al arte y la historia: el Museo Nacional de Bellas Artes y el Museo Histórico Nacional. De hecho, la sutil pero operativa línea que dividió sus colecciones y determinó el destino de muchas pinturas y esculturas donadas a una u otra institución, aún no ha sido estudiada con detenimiento. Esta aproximación a las políticas del MHN en vísperas del Centenario pretende, al menos, llamar la atención sobre esta cuestión que merece ser analizada con mayor atención.

SIGLAS Y REFERENCIAS

MHN Museo Histórico Nacional, Buenos Aires, Argentina.

AMIGO, Roberto

"Imágenes de la historia en el Centenario: nacionalismo e hispanidad", en GUTMAN y REESE (eds.), 1999, pp. 171-184.

"Un contrato del pintor José Bouchet", en *Estudios e Investigaciones,* 5 (1994), pp. 113-116.

ARTUNDO, Patricia (dir.)

Arte en revistas. Publicaciones culturales en la Argentina 1900-1950, Rosario, Beatriz Viterbo, 2008.

BALDASARRE, María Isabel

"La revista de los jóvenes: *Athinae*", en ARTUNDO, 2008, pp. 32-39.

COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.)

Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico, Madrid, Iberoamericana, Vervuert, 2005.

Concurso definitivo

Concurso definitivo para el monumento a la Independencia Argentina —Monumento provisional—Apéndice—Bases del primer concurso, Buenos Aires, Comisión Nacional del Centenario, Establecimiento tipográfico "La Alianza", 1909.

CORSANI, Patricia

"Honores y renuncias. La escultora argentina Lola Mora y la fuente de los debates", en *Anais do Museu Paulista. Historia e Cultura material,* São Paulo, USP, Nova Serie, 15:2 (jul.-dic. 2007), pp. 169-196.

"'Hermosear la ciudad'. Ernesto de la Cárcova y el Plan de Adquisición de Obras de Arte para los espacios públicos de Buenos Aires", en *IV Jornadas Estudios e Investigaciones*, Instituto de Teoría e Historia del Arte "Julio E. Payró", Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2000, pp. 249-262.

Cuadros de viaje

Cuadros de viaje: artistas argentinos en Europa y Estados Unidos 1880-1910, selección de Laura Malosetti Costa, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

ESPANTOSO RODRÍGUEZ, Teresa *et al.*

"Imágenes para la nación argentina: conformación de un eje monumental urbano en Buenos Aires entre 1811 y 1910", en *Arte, Historia e Identidad en América, visiones comparativas. XVII Coloquio Internacional de Historia del Arte,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, t. II, pp. 345-360.

GUTMAN, Margarita (ed.)

Buenos Aires 1910: memoria del porvenir, Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, FADU, Universidad de Buenos Aires, Instituto Nacional de Medio Ambiente y Desarrollo, América Latina, 1999.

GUTMAN, Margarita y Thomas REESE (eds.)

Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

MALHARRO, Martín

"Rogelio Yrurtia", en *Athinae,* II: 8 (abr. 1909), pp. 5-9.

MALOSETTI COSTA, Laura y Diana Beatriz WECHSLER

"La iconografía nacional del mundo hispánico. Iconografías nacionales en el Cono Sur", en COLOM GONZÁLEZ (ed.), 2005, t. II, pp. 1177-1198.

MUÑOZ, Miguel Ángel

"Un campo para el arte argentino. Modernidad artística y nacionalismo en torno al Centenario", en WECHSLER, 1998, pp. 43-82.

PEREIRA, Enrique

Diccionario Biográfico Nacional de la Unión Cívica Radical, http://diccionarioradical.blogspot.com/2007_11_28_archive.html

PENHOS, Marta

"Sin pan y sin trabajo pero con bizcochitos Canale y Hesperidina. El envío de arte argentino a la Exposición de Saint Louis de 1904", en AAVV, *Arte y recepción. VII Jornadas de Teoría e Historia de las Artes,* Buenos Aires, CAIA, 1997, pp. 9-19.

PICCIONI, Raúl

"Eduardo Schiaffino. Plazas, arte y urbanismo", en *Segundas Jornadas Estudios e Investigaciones en Artes Visuales y Música*, Instituto de Teoría e Historia del Arte "Julio E. Payró", Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1996.

"La estética de la ciudad. Preocupaciones de un pintor", en *IV Jornadas Estudios e Investigaciones*, Instituto de Teoría e Historia del Arte "Julio E. Payró", Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2000.

RINALDINI, Julio

Rogelio Yrurtia, Buenos Aires, Losada, 1942.

VARELA, Rufino

1810-1910: Centenario de Mayo. Obras y recursos para el escenario de su grandiosa celebración, Buenos Aires, s.e., 1905.

Veredicto

Veredicto del primer jurado en el concurso de bocetos para el monumento conmemorativo del Primer Centenario de la Revolución de Mayo, Buenos Aires, Imprenta Europea, 5 de junio de 1908.

WECHSLER, Diana B. (ed.)

Desde la otra vereda. Momentos en el debate por un arte moderno en la Argentina (1880-1960), Buenos Aires, El Jilguero, 1998.

LA CONMEMORACIÓN DEL PRIMER CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA ECUATORIANA: LOS SENTIDOS DIVERGENTES DE LA MEMORIA NACIONAL

Guillermo Bustos Lozano
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Universidad de Michigan, Ann Arbor

Al igual que el dios Jano, representado en la mitología romana con el atributo bifronte, la conmemoración del primer Centenario de la independencia ecuatoriana, el 10 de agosto de 1909, puso de manifiesto los sentidos divergentes con que se buscaba reinterpretar la "historia patria" en Ecuador. Como se sabe, los relatos históricos patrióticos fueron forjados bajo el imperativo político y cultural de articular la memoria del Estado-nación. El referente histórico básico de este centenario estuvo asociado a dos acontecimientos singulares: la instauración en Quito de la primera Junta Suprema de autogobierno criollo, ocurrida el 10 de agosto de 1809, uno de los más tempranos intentos de reasunción de la soberanía en Sudamérica en la coyuntura de crisis de la monarquía española; y la masacre que tuvo lugar en la misma ciudad, perpetrada por las tropas al mando de las autoridades coloniales el 2 de agosto del año siguiente. A lo largo del siglo XIX, ambos episodios se tornaron emblemáticos y se fundieron en el relato nacional como parte del

primer capítulo de la independencia ecuatoriana, consumada dos décadas más tarde. Una conmemoración de este tipo, como era de esperarse, suscitó una cadena de exaltaciones y la convergencia de consensos sobre muchos aspectos del pasado y aspiraciones del futuro. No obstante, fue también la ocasión para revelar disputas, confirmar omisiones y silencios sobre la memoria nacional, así como expresar las frustraciones y disensos sobre el presente. Todas estas manifestaciones se derivaban de la dialéctica entre presente y pasado que caracteriza a las conmemoraciones. En este caso de estudio, aquella dialéctica comprendía, de un lado, las circunstancias políticas, sociales y culturales que estructuraban el Ecuador de 1909, en buena parte relacionadas con la consolidación de la revolución liberal en marcha; y, de otro, el uso que se hacía del pasado, sea como una herramienta de lucha para restaurar la resquebrajada hegemonía cultural que antes mantenía la Iglesia, o como medio para promover la laicización del universo simbólico.

Al poner en primer plano la interacción entre presente y pasado, las conmemoraciones escenifican uno de los rasgos estructurantes del proceso de formación nacional. Este proceso, según las observaciones pioneras de Ernest Renán, depende de la relación que se construye entre la "posesión en común de un rico legado de recuerdos", que una comunidad identifica en el pasado, y "el consentimiento" que se expresa en el presente como "el deseo de vivir juntos". Ambos rasgos confluyen en "la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa". A partir de esta interacción, Renán señaló que una "herencia de glorias y de pesares que compartir" constituye una dimensión intrínseca del fenómeno nacional. No obstante, el autor anotó

con perspicacia que en el terreno de la memoria nacional pesan más los duelos que los triunfos, porque éstos "imponen deberes" y reclaman un esfuerzo compartido.[1] Los sucesos del 10 de agosto de 1809 y del 2 de agosto de 1810 fueron significados, durante el último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, como el núcleo de un legado que organizaba el campo simbólico de la identidad nacional. Esta memoria juntaba indisolublemente, como las dos caras de Janos, un hecho glorioso y otro trágico.

No obstante, la perspectiva de Renán suscita dos problemas que deben considerarse: el peso de las mediaciones que intervienen en el acceso al pasado y los juegos de poder implicados en esa actividad. Todas las percepciones sobre el pasado están mediadas por una variedad de filtros sociales y culturales que provienen tanto del ayer como del presente. De otro lado, al subrayar exclusivamente los aspectos consensuales respecto a cómo se percibe el pasado y el presente, la perspectiva de Renán no contempla las relaciones entre la cultura y el poder. Si se considera que la dialéctica entre pasado y presente se desarrolla en una arena pública, de naturaleza contenciosa, entonces se puede advertir que debajo de los consensos que generalmente enmascaran las conmemoraciones, en algunos casos legitimados en la idea de unidad nacional, se escabullen las pugnas sociales y una serie de transacciones simbólicas (negaciones, negociaciones e imposiciones) que están arraigadas en relaciones de clase, género, etnicidad y, fundamentalmente, poder. El hecho es que las narrativas nacionales se elaboraron sobre "la base de exclusiones y denegacio-

---

[1] RENÁN, "Qué es una nación", p. 65.

nes" y de una serie de "operaciones ocultas que seleccionan y naturalizan la memoria histórica".[2] Por lo tanto, en materia de conmemoraciones importa desvelar quién quiso que se recuerde qué, con qué fin y a través de qué medios.[3]

En torno al discurso de la unidad nacional, concepto enarbolado en la arena política pública de 1909 por todos los actores durante esa coyuntura, se encontraban no sólo diferentes interpretaciones en competencia, sino también omisiones y silencios sobre los actores y el significado que se le atribuyó a la independencia y a la trayectoria temporal de la nación ecuatoriana. El aniversario se desarrolló en un contexto atravesado por luchas de poder, conflictos ideológicos y discrepantes visiones del mundo que suscitaba la revolución liberal en marcha. La transformación liberal alentó un proceso de centralización estatal e integración nacional notable, así como una redefinición del campo simbólico de la nación. Paralelamente, se despertó en el plano intelectual la necesidad de fundamentar en términos documentales la comprensión histórica de la independencia y, en general, de la historia ecuatoriana. No fue una casualidad que pocos días antes de la conmemoración del Centenario de la independencia se organizara la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Histórico Americanos, germen de la posterior Academia Nacional de Historia, bajo la tutela del arzobispo historiador Federico González Suárez. Los marcos de percepción del pasado que gobernaban la esfera pública literaria se vieron especialmente marcados por un

---

[2] Coronil, *The Magical State*, p. 17. Todas las traducciones al español son mías.

[3] Burke, "Social memory".

juego de oposiciones entre catolicismo y laicismo, hispanismo y nacionalismo, civilización y barbarie, universalismo y particularismo.

Este artículo estudia el contenido y el significado de las disputas y consensos que sobre la memoria nacional se manifestaron a propósito del aniversario del primer siglo de la independencia ecuatoriana. Con este objetivo se analizan determinadas narrativas y rituales de la conmemoración, centrándose en la dialéctica entre presente y pasado, y en la erección del monumento a los "próceres" y "mártires" de 1809-1810. Se pone especial atención en los sustratos hispanista y religioso que troquelaron las diferentes perspectivas de la memoria nacional y el discurso patriótico (una manifestación peculiar del nacionalismo hispanoamericano). Finalmente, esbozaré un acercamiento al ámbito del "deber de memoria", un concepto tomado de la obra de Paul Ricoeur, que en este caso permite escudriñar la función moral que se atribuyó a la memoria nacional a propósito de las conmemoraciones patrióticas.[4]

EL PRESENTE Y EL PASADO EN LA CONMEMORACIÓN DE 1909

El informe que el presidente Eloy Alfaro presentó al Congreso Nacional, en 1909, con motivo de la efeméride, estuvo marcado por un tono conciliador. Invitó a olvidar los desacuerdos, congregarse en torno al amor a la patria y "mancomunar nuestros esfuerzos para avanzar en el camino del progreso". Manifestó que ese propósito "sería la más valiosa ofrenda que pudiéramos dedicar a los Héroes del 10 de

[4] RICOEUR, *La memoria*, pp. 118-124.

Agosto".[5] El llamado a la unidad del país y la identificación del "progreso" como el más alto objetivo de su gobierno fueron presentados como un tributo patriótico a los progenitores de la nación y como un intento de legitimar las políticas de su gobierno.

> Uno de los más grandes deberes de los pueblos cultos es celebrar dignamente los grandes días de la Patria; porque así se perpetúan las glorias nacionales [...] y se estimula a las generaciones nuevas, poniéndoles delante las eximias virtudes de sus antiguos Próceres. Y el Ecuador, lleno de patriótico entusiasmo, se ha preparado a tributar este homenaje público de gratitud y admiración a los Padres de la Patria, en la más grande de nuestras efemérides, el Centenario del primer grito de libertad que repercutió en los ámbitos de la América latina.[6]

Alfaro estaba persuadido de que nada era más propio a la conmemoración de la independencia que "poner de manifiesto los beneficios de la libertad" que ésta había legado y que su gobierno llevaba a la práctica. Precisamente para mostrar este beneficio, su gobierno organizó una exposición nacional como uno de los acontecimientos principales del programa de aniversario. La exposición fue concebida como un certamen que mostraba al mundo "las energías del pueblo emancipado" en los ámbitos de su cultura intelectual y moral, industria, riqueza y bienestar. Se juzgaba que ésta era "la mejor manera de glorificar y tributar nuestra gratitud inmensa a los eximios varones que a costa de sus sacrificios llevados hasta el martirio

---

[5] ALFARO, *Mensaje*, pp. 1-2.
[6] ALFARO, *Mensaje*, p. 3.

nos legaron Patria y Libertad".[7] La retórica liberal exaltó estos valores patrióticos con el fin de establecer una afinidad con su programa de transformación política que le permitiera proclamarse heredera del pasado memorable de la nación.

Esta intervención de Alfaro fue realizada en medio de su segundo mandato presidencial (1906/7-1911), un momento de afianzamiento de la revolución liberal. Desde Guayaquil, Alfaro había avanzado sobre la sierra y Quito como líder de las fuerzas que derrotaron a los conservadores en 1895. Una vez sometida la capital puso en marcha un proceso de significativas transformaciones políticas y profundas resonancias culturales. El programa liberal se concentró en la separación de la Iglesia del Estado, la integración del territorio nacional, la expansión del mercado interno, la instauración de la educación laica, el desarrollo de la industria y, en general, celebró el advenimiento de la modernidad en un sentido amplio.[8] En 1906 se expidió la carta constitucional que sancionó el carácter laico del Estado ecuatoriano y en 1908 se inauguró el servicio de ferrocarril que conectaba, en 48 horas, Guayaquil, el principal puerto del país, con Quito, la capital. Esta obra insignia del liberalismo, según Alfaro "uno de los mayores triunfos del progreso en nuestra república", tuvo que vencer no sólo la agreste geografía de los Andes, por lo que se le asignó el calificativo de "el ferrocarril más difícil del mundo", sino una vigorosa oposición política conservadora y clerical.

---

[7] ALFARO, *Mensaje*, p. 3.

[8] AYALA MORA, *Historia de la Revolución*; CLARK, *La obra redentora*; DELER, *Ecuador del espacio*; OSSENBACK, "La secularización".

En el Ecuador la Iglesia católica había disfrutado de un enorme poder desde el periodo colonial. Durante esa época Quito exhibía uno de los más altos niveles de concentración de templos, conventos, claustros y población religiosa en Hispanoamérica, en relación con sus dimensiones demográficas y espaciales.[9] La vasta influencia de la Iglesia en distintos órdenes de la vida del país continuó a lo largo del siglo XIX y fue advertida con recurrencia por observadores internos y externos. Entre estos últimos, el ministro Wing, de la legación estadounidense en Quito, por ejemplo, reportaba a Washington, en 1871, acerca "del intenso espíritu católico que domina todos los círculos del Ecuador".[10] La presencia de la religión católica en la vida política y cultural del país en el siglo XIX alcanzó su clímax durante el gobierno de Gabriel García Moreno (1859-1875).

La religiosidad y las preocupaciones e intereses de la Iglesia informaban la cultura de una manera medular. A lo largo del siglo XIX, el Estado había concedido a la Iglesia católica el monopolio del culto religioso y le reconocía un carácter oficial.[11] Ésta tenía bajo su control el aparato educativo, la opinión pública y las imprentas. Mantenía una vigilancia sobre el ciclo vital de las personas: registraba el nacimiento y la defunción, sancionaba el matrimonio y estaba a cargo de los hospitales y cementerios. Se beneficiaba de ingresos estatales directos provenientes de impuestos especia-

---

[9] MINCHOM, *The People of Quito*, p. 76.

[10] HENDERSON, *Gabriel García Moreno*, p. 175.

[11] Este reconocimiento se incluyó a partir de la primera constitución ecuatoriana de 1830, no obstante desde la constituyente de 1843 se dejaron escuchar voces que reclamaban la libertad de culto. Gabriel García Moreno firmó el concordato en 1862.

les (el diezmo) y mantenía extensos latifundios. Bajo su cuidado estaba un inmenso patrimonio artístico-religioso, conservado en los claustros y conventos, y contaba con las únicas verdaderas bibliotecas del país, que provenían del periodo colonial. Frente al liberalismo, la Iglesia "insistía en que debía respetarse su derecho exclusivo a dirigir la moral y la conciencia pública y privada como su esfera propia y autónoma, limitándose el Estado a la dirección política, es decir, a la administración pública".[12]

La posición que la Iglesia mantuvo a lo largo del siglo XIX se desmoronó ante el avance de la transformación liberal. A partir de 1906, la Iglesia católica perdió su estatus oficial y pasó a ser una entidad de derecho privado. No obstante su derrota política y legal, la Iglesia batalló en la esfera pública, especialmente en contra de la secularización educativa durante los decenios siguientes. Si la secularización del Estado parecía irreversible, en cambio la laicización de la sociedad y la cultura recién empezaba y, sin duda, era una tarea más compleja y respecto de la cual no estaba dicha la última palabra en aquellos años.

La invitación a "mancomunar esfuerzos" que el presidente Alfaro lanzó con motivo de la conmemoración de la independencia tuvo dos tipos de respuesta por parte de las filas conservadora y eclesiástica: una más enraizada en el combate político inmediato y otra que batallaba más sutilmente en el plano simbólico. El periódico *Fray Gerundio*, por ejemplo, con su característica animosidad contra el liberalismo replicó: "¿Con qué cara vais a celebrar en la fecha el primer grito de Libertad, lanzado en el Continente después de los rudos

[12] AYALA MORA, *Historia de la Revolución*, pp. 212-213.

golpes que con tanta alevosía le habéis asestado? Religión, Patria y Libertad fueron los dones preciosos que nos dejaron nuestros padres". El argumento proseguía con el examen de qué había ocurrido con cada uno de aquellos "bienes":

> ¡Religión! ¿La habéis respetado siquiera? Ahí está la feroz persecución que le habéis hecho, hasta el punto de arrebatar a la Iglesia Ecuatoriana todos sus bienes [...] ¡Patria! ¿habéis procurado venerar su augusto nombre? [...] Ahí está el maremágnum de contratos leoninos que contra los intereses de ella habéis celebrado; ahí está el judío Harman y los suyos; [...] ahí está la Hacienda Nacional en completa bancarrota [...] ¡Libertad! ¿De cuál de las libertades públicas hemos gozado los ecuatorianos durante los períodos de vuestra funesta dominación? Libertad de sufragio [...] de asociación [...] de palabra [...] de imprenta, etc. [...] ¿no han sido, acaso, para vosotros [...] víctimas predilectas? [...] Si de Religión, Patria, y Libertad habéis hecho la burla más sangrienta, ¿con que cara os vais a presentar ante los Próceres, a evocar sus sombras venerables y a rendirles el generoso tributo de la gratitud por sus sacrificios y de admiración por sus virtudes?[13]

De acuerdo a la perspectiva de *Fray Gerundio*, el pasado deslegitimaba el credo y la práctica política vigentes en 1909. No había nada que rescatar en el presente, la conmemoración se escenificaba en una hora funesta: la libertad había sido destruida y no se desaprovechó la ocasión de arremeter contra el empresario Harman, constructor de la vía férrea, quien junto al gobierno encarnaban el mal. 1909

---

[13] "Ecos del centenario", editorial de *Fray Gerundio* reproducido en *El Ecuatoriano*, Guayaquil (14 ago. 1909), p. 1.

formaba parte de la consumación de una fractura histórica y lo único que sostenía la unidad del país era precisamente la memoria de su pasado. No era posible "entonar himnos de alegría a la Patria" el 10 de agosto de 1909 sino "cánticos de amargura". La identificación de la religión como uno de los dones del pasado memorable revelaba que la imposición del laicismo había tocado la dimensión profunda de una visión del mundo que estaba siendo asediada.

El Comercio, otro periódico crítico del gobierno que tenía arraigo en la audiencia quiteña, también participaba del mismo enfoque al contrastar un pasado excelso, por definición, y un presente empequeñecido por las circunstancias de "la política cenagosa en que hemos vivido sumidos". La portada de la edición conmemorativa de 1909 incluía una composición alegórica con los emblemas patrios (el escudo, la bandera y el himno nacional) y, a continuación, insertaba un editorial que expresaba la posición del periódico. Allí, con un tono omnisciente, luego de cotejar el pasado memorable, poblado de ideales y sacrificios, y el presente, lleno de frustraciones, se suplicaba perdón a los "egregios Próceres del Diez de Agosto". La conclusión que se desprendía de este razonamiento era que los "esfuerzos de nuestros padres por darnos una patria —libre, moral y políticamente— hiere hoy dolorosamente la memoria".[14] En la perspectiva de los críticos del gobierno liberal, la conmemoración era la ocasión para mostrar cómo el presente había ofendido la memoria de un pasado que se convertía en arena de enfrentamiento público.

[14] "Diez de Agosto de 1809. Primer centenario de la Independencia ecuatoriana", en *El Comercio,* Quito (10 ago. 1909), p. 2.

La voz pública a través de la que se establecía este diálogo entre el pasado memorable y el presente impregnado de amargura no se presentó al margen de las referencias de género. Por el contrario, el diálogo transcurría en un registro que dejaba en la penumbra a las mujeres y asociaba los valores patrióticos de manera casi exclusiva con el carácter masculino:

> [...] apartemos la mirada de ese cuadro de sombras [...] alcémosla a la cumbre excelsa donde irradia la gloria de aquellos varones magnánimos, de aquellos espíritus viripotentes, que, por dar libertad e independencia a sus conciudadanos, no vacilaron en exponer su vida [...] aunque el resultado final fuese una cosecha de desengaños [no obstante] debemos confiar en la eficacia de la causa [...] por la que tantos prodigios realizaron esos hombres, desde el inmortal Espejo, cuyo verbo de fuego sacudió los espíritus, como un latigazo eléctrico, disponiéndoles para la lucha [...].[15]

El resto de la edición conmemorativa de 1909 estaba dedicada a caracterizar a algunos de los ideólogos y participantes de la primera junta de 1809, mediante perfiles biográficos y reproducciones extensas de documentos históricos sobre sus acciones o las represalias que sufrieron. La edición conmemorativa mostraba el cortejo masculino de próceres en su esplendor y su presencia se tornaba más viva gracias a la inserción de sus retratos imaginarios. El personaje que encabezaba el panteón era Eugenio Espejo, un letrado ilustrado del siglo XVIII, a quien se le atribuyó la

---

[15] "Diez de Agosto de 1809. Primer centenario de la Independencia ecuatoriana", en *El Comercio,* Quito (10 ago. 1909), p. 2.

prefiguración de la independencia quiteña e hispanoamericana. Los "varones magnánimos" poseedores de "espíritus viripotentes", que exaltaba *El Comercio*", desde una orilla ideológica, se equiparaban a los "eximios varones" que el presidente Alfaro glorificaba, en la orilla opuesta. Todos coincidían en que el procerato y la heroicidad eran características que correspondían fundamentalmente al ámbito masculino, dentro del cuadro general de papeles que se asignaron a los actores del pasado. Las ocasiones en que se recordó la participación femenina en los sucesos históricos confirmó precisamente la perspectiva dominante en la conmemoración sobre la invisibilización de las mujeres.

Absteniéndose de unirse al combate político directo, pero sin renunciar a sus convicciones, Federico González Suárez, arzobispo de Quito, se pronunció sobre la conmemoración a través de una carta dirigida a los fieles de la capital que también fue incluida en la edición conmemorativa de *El Comercio*. La voz de este prelado tuvo una particular resonancia debido a que antes de ocupar esa alta investidura religiosa, había alcanzado un elevado reconocimiento intelectual en el país. La aparición de su *Historia general de la República del Ecuador* en 7 volúmenes entre 1890 y 1903, el metarelato más elaborado y documentado que se había escrito hasta ese momento, lo había consagrado por consenso en la emergente esfera pública literaria. De otro lado, el arzobispo historiador comprendió rápidamente que los cambios introducidos en aquella coyuntura eran irreversibles y se aprestó a buscar un reacomodo de la Iglesia en el nuevo contexto de modernización que vivía el país.

La carta de González Suárez sobre la conmemoración se desarrolló en medio de las dicotomías entre civilización

y barbarie, y providencialismo frente a laicismo. Apeló al argumento de que Ecuador, como todos los pueblos civilizados del mundo, conmemora sus fechas memorables. Luego de reconocer el esfuerzo que "nuestros mayores hicieron [...] a fin de constituirse en nación independiente, emancipándose del gobierno de España", González Suárez introdujo un giro explicativo de corte religioso. Señaló que Dios, a través de la independencia, permitió a Hispanoamérica entrar en contacto libre y directo con la civilización europea. Remarcó que "[l]a voz de la Providencia, esa voz á la que nada resiste, esa voz que empuja al progreso, había sonado al oído de las colonias, y esa voz no cesaba de repetirles: *créscite*, ¡creced!". Dejaba en claro que la Iglesia

> [...] ¡ahogando en nuestro corazón de Pastores y de Padres espirituales de los ecuatorianos, todo resentimiento por los ultrajes de que hemos sido víctimas, abriremos nuestros labios para bendecir á la nación entera, a la Patria ecuatoriana, con la salutación de Jesucristo resucitado á sus discípulos; *Pax vobis*, la paz sea con vosotros![16]

La interpretación que impulsaba el arzobispo historiador adscribía a la independencia un sentido civilizador y católico, y convertía el progreso, una de las más caras aspiraciones del liberalismo, en una fuerza dinámica sujeta al impulso divino. El argumento del arzobispo historiador presentaba batalla en el plano simbólico a las interpreta-

---

[16] Federico González Suárez, arzobispo de Quito, "A todos los fieles de la capital. Salud y paz en nuestro señor Jesucristo, 31 de julio de 1909", *El Comercio* (10 ago. 1909), p. 11.

ciones laicas de la vida social y la historia. Presentaba un marco narrativo que buscaba la apropiación del progreso, un concepto de época, y del significado de la independencia, considerada el acontecimiento histórico más memorable. Progreso e independencia se veían así retrotraídos a la tutela de la Iglesia.

La línea de combate simbólico que González Suárez había trazado se hizo sentir de manera concertada a través de la voz de otros prelados. El discurso religioso que el canónigo Carlos de la Torre pronunció en la catedral metropolitana de Quito, luego del servicio religioso ofrecido el 10 de agosto de 1909, por ejemplo, recapitulaba otro de los argumentos desarrollados por el arzobispo historiador respecto a que entre patria y religión sólo media un "indisoluble lazo". De la Torre recordaba que el Marqués de Selva Alegre, presidente de la Junta Suprema de 1809, "ostentando su gloriosa divisa de jefe de los patriotas", exclamó que "la religión y la patria son los bienes más preciosos: constituyen la perfecta felicidad del género humano".[17] El mismo día en la catedral de Riobamba, emplazada en el corazón de la sierra central a un día de viaje en tren desde Quito, el vicario general Alejandro López exclamaba:

> Insensato quien supone a Dios, alejado de la marcha del género humano y de sus destinos. Él estuvo presente en el suceso cuyo primer centenario conmemoramos con fe de creyentes y corazón de patriotas [...] Aún más, él lo preparó, porque en todas las cosas de orden superior, es Dios quien comienza, porque es Dios quien inicia calladamente los pensamientos

[17] TORRE, *La religión y la patria*, p. 628.

> y resoluciones de los hombres [...] nadie sino Dios instituye las naciones, como instituyó primeramente las familias [...] Él da a cada pueblo una Patria que defender, embellecer y glorificar [...].[18]

La conmemoración del Centenario de la independencia ecuatoriana movilizó una dialéctica entre 1909 y 1809, según la cual los valores del presente estructuraron la comprensión del pasado, y el pretérito memorable se convirtió en una suma de acciones formativas y ejemplares. Así la memoria de la independencia ingresó al terreno del combate político. Como se ha visto, esta rememoración, al igual que el dios Jano, produjo significados que miraban en direcciones opuestas pero que pugnaban por articular una liturgia cívica de la unidad nacional. De un lado se había juntado la "fe de creyentes y [el] corazón de patriotas" formando una amalgama; y, de otro, se proclamaban "las eximias virtudes" entrelazadas a un deber patriótico hacia el Estado laico, integrando otra construcción simbólica. De manera unánime se concedió el más alto valor a la celebración del 10 de agosto y se le asignó una función medular en el ámbito de la memoria nacional. Empero, las disputas emergieron al considerar la relación entre pasado y presente, y los marcos de percepción del pasado se estructuraron a partir de un continuo definido por tensiones u oposiciones entre valores dicotómicos como la grandeza y la ruindad, las virtudes y los vicios, el catolicismo y el laicismo, la civilización y la barbarie.

---

[18] "Ecos del centenario. Alocución pronunciada el 10 de agosto en la catedral de Riobamba", en *El Ecuatoriano*, Guayaquil (11 oct. 1909), p. 1.

INDEPENDENCIA E HISPANISMO: LA RECONCILIACIÓN CON LA MADRE PATRIA

Los marcos narrativos en los que se desarrolló la conmemoración del Centenario de la independencia ecuatoriana se vieron atravesados por una ironía de profundas resonancias culturales. Al mismo tiempo que se exaltó en términos patrióticos a quienes se identificó como los "héroes y mártires" de la revolución de la independencia, también se preconizó la reconciliación con la "madre patria". De esta ironía participaron conservadores y liberales, católicos y laicos, por igual.

El poeta Quintiliano Sánchez, una figura consagrada en el parnaso de la época e integrante de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, expresó nítidamente cómo había tomado cuerpo el sentido de una independencia hispanizada. En una composición poética intitulada "A España: el diez de agosto de 1909", su autor cantaba acerca de la memoria que quedaba en América de la grandeza española, y de cómo la Península también podía enorgullecerse de las glorias americanas. Así el Centenario de la independencia, que celebraba la ruptura y autonomía que se obtuvo de la metrópoli, se transmutaba en una celebración de la unión y convergencia hispano-ecuatoriana:

> Por fin la antigua queja/ de Hijas y Madre tórnase en cantares,/ y dilatarse deja/ a través de los montes y los mares/ la voz de unión, de amor y de armonía,/ con que resuena el día/ del magno Centenario./ Pasaron los vaivenes/ del destino voltario/ y hoy, España, por tuyos aun nos tienes/ en áureo, estrecho lazo.

> En la cima del regio Chimborazo/ el ángel de la América, radiante,/ del Ecuador y España las banderas/ enlaza en este instante,/ cual dos hadas que se unen hechiceras,/ y del Pichincha al Manzanares siento/ que va de unión el repetido acento.
> La lucha se pasó con sus horrores:/ vencidos, vencedores/ hermanos son, y sangre castellana/ en cada heroico corazón palpita./ La discordia maldita/ en el báratro hundióse, y más lozana/ la unión contigo lucirá mañana [...].[19]

El extenso poema de homenaje a España, del cual las tres estrofas previas ilustran su contenido, engalanó y cubrió la mayor parte de la portada de la edición del periódico *El Ecuatoriano*, publicada en la víspera de la conmemoración del Centenario. De manera reveladora, la ironía de la independencia hispanista se ilustraba en el contenido de aquella portada. Junto al poema mencionado, constaba el editorial oficial del periódico en el que se aseguraba que el 10 de agosto simbolizaba la "redención del coloniaje". Adicionalmente, por encima del poema hispanista aparecía la reproducción, a varias columnas, de un cuadro emblemático sobre la masacre de los participantes de la primera junta suprema, ocurrida el 2 de agosto de 1810, cuyo pie de foto rezaba "Asesinato de los patriotas". Para los editores de *El Ecuatoriano*, diario de filiación conservadora, no había contradicción alguna en celebrar "la redención del coloniaje" y, al mismo tiempo, cantar los lazos de sangre que unían a los dos pueblos, así como la superación de la antigua discordia.

Esta misma perspectiva compartía Eloy Alfaro, sobre quien se cernía buena parte de las críticas cotidianas del

---

[19] *El Ecuatoriano*, Guayaquil (9 ago. 1909), p. 1.

periódico conservador. Tres años antes, en 1906, con ocasión de la inauguración del monumento a los héroes del 10 de agosto, el presidente Alfaro se expresó en tono similar. Estableció que la realización de la independencia "completó la obra gigantesca de Colón, abriéndole nuevos y vastísimos horizontes a la humanidad". Recordó que el Ecuador fue la primera nación emancipada que buscó reconciliarse con España.

> Cada cual luchó por sus ideales; y el triunfo y la gloria de los americanos, probaron al mundo que eran también dignos hijos de la heroica Madre de los Cides y de los Velardes. España nos dio cuanto podía darnos, su civilización; y, apagada ya la tea de la discordia, hoy día sus glorias son nuestras glorias, y las más brillantes páginas de nuestra Historia, pertenecen también a la Historia española.[20]

La hispanofilia ecuatoriana no era un fenómeno aislado, por el contrario, formaba parte de una ola cultural internacional que se arraigó en diversos países de América Latina y alcanzó una expresión distintiva a propósito de las conmemoraciones del Centenario de la independencia. Como bien anota Rebecca Earle: "Hispanoamérica ingresó a la segunda centuria de su independencia en gran parte reconciliada con su herencia hispana".[21] En México, por ejemplo, durante la celebración de 1910, el hispanismo encontró una notoria expresión oficial en los actos que desplegó el gobierno del presidente Porfirio Díaz, quien exclamó que los "lazos de sangre" entre la metrópoli y sus ex colonias no se habían

---

[20] LARREA y otros, *Patria inmortal*, pp. 11-12.
[21] EARLE, "Padres de la patria", pp. 802-804.

extinguido. En este contexto emergió un culto de recordación a Isabel la Católica, bajo cuyo "arrullo maternal", según el presidente del ayuntamiento de México, se produjo el descubrimiento de Colón.[22] En Colombia, durante la conmemoración de 1910, también se desplegó la memoria de la conquista y junto a los héroes de la independencia se homenajeó a conquistadores como Gonzalo Jiménez de Quesada, el fundador de Bogotá.[23]

Federico González Suárez, el arzobispo historiador ecuatoriano, buscó reinterpretar la independencia desde un punto de vista hispanófilo. Su *Historia general* se detuvo al concluir el periodo colonial y, debido a la tarea de conducción de la Iglesia que le tocó asumir, nunca pudo consumar su propósito de analizar exhaustivamente la independencia. Empero, a través de diversas intervenciones pastorales y públicas hizo conocer su posición sobre el tema. En la carta abierta que dirigió a la feligresía de la capital, el 10 de agosto de 1909, condensó sus ideas para el consumo público. Apelando a una tradición de pensamiento religioso desarrollada a lo largo del siglo XIX, el autor presentó con sencillez y persuasión, empleando su autoridad intelectual y religiosa, el significado que concedía a los acontecimientos motivo de la conmemoración. Adscribiéndose a un lugar común de esa coyuntura, González Suárez estableció un paralelismo entre la conquista y la independencia, como parte de una maniobra retórica que combinaba memoria y olvido de manera dosificada:

---

[22] GRANADOS, "Hispanismos, nación y proyectos culturales", pp. 12-13.
[23] ROMÁN ROMERO, "Celebraciones centenarias", p. 169.

> Cuando la civilización se abrió paso al Mundo Americano, la espada invencible del conquistador español se tiñó en sangre: esa sangre era la sangre del indio, que defendía sus lares, y pretendía en vano cerrar el camino á la civilización latina, que llegaba al Nuevo Mundo; cuando la civilización latina creció, cuando la civilización latina sintió la necesidad de respirar los aires de la libertad, entonces la espada castellana volvió á teñirse en sangre, y esa sangre fue sangre de hermanos [...] Pero ¿para qué hemos de evocar ahora recuerdos dolorosos? [...] Demos al olvido hechos, acaecimientos fatales que ahora deploramos unánimes americanos y españoles.

Una vez que la independencia fue presentada como parte del curso que abrió el desarrollo de la civilización incubado por la conquista española de América y de que se reconocían los lazos de sangre que unían a los dos mundos, el arzobispo historiador propuso que la conmemoración olvidara los acontecimientos dolorosos generados durante estos periodos. Ante la pregunta de si la emancipación americana fue la rebelión de los súbditos americanos contra su legítimo rey, según rezaba una convención historiográfica decimonónica consensualmente aceptada, González Suárez introdujo un giro metafórico que propugnaba alterar radicalmente los significados de la independencia y su conmemoración a la luz de su visión hispanista.

El arzobispo historiador concluyó que la independencia no fue una revolución sino "la despedida que hace del hogar paterno el hijo que, habiendo llegado ya á la mayor edad, sale á constituir hogar independiente, para perpetuar la familia solariega, dando nuevo lustre al blasón de su heredada nobleza". Al sustituir la metáfora de la opresión que permitía caracterizar la independencia como una epopeya

o una revolución, por la metáfora de la familia, González Suárez intentaba desactivar el modelo que la historiografía liberal tomó como referente de explicación de la revolución francesa y naturalizar el sentido de la independencia como un acontecimiento que tomó el curso de la reproducción de un gran linaje familiar. Así, al cabo de una centuria de la independencia, la antigua relación entre la "madre patria" y sus múltiples hijas adquirió un sentido fraternal y se convirtió en una hermandad transatlántica de sangre. El empleo de la metáfora de la familia con el propósito de resignificar la emancipación ecuatoriana era un medio para anclar una independencia hispanizada.

El hispanismo fue una corriente política, intelectual y cultural que surgió en España y sus ex colonias luego del desastre de 1898, cuando la antigua metrópoli perdió sus últimas posesiones en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La debacle española se tradujo en la creación de un imaginario político y cultural dirigido a las partes que integraban aquella desaparecida estructura imperial y que permitirían reposicionar de alguna manera a la antigua metrópoli en la escena internacional. El hispanismo que germinó a principios del siglo XX se desarrolló, décadas más tarde, durante las dictaduras de Primo de Rivera y Franco, especialmente, como un culto hacia el legado espiritual hispano que descansaba en cuatro pilares fundamentales: la exaltación de la religión católica, el idioma castellano y el orden corporativo de la sociedad; y un acentuado etnocentrismo cultural que relegó la agencia histórica de los pueblos sometidos por la Península.[24]

[24] BUSTOS, "La hispanización de la memoria", pp. 116-120; PÉREZ MONTFORD, *Hispanismo*.

En el caso mexicano, Mauricio Tenorio Trillo ha referido cómo durante la coyuntura de la conmemoración independentista el hispanismo tuvo que acomodarse frente al indigenismo, el indianismo y el mestizaje.[25] En la experiencia ecuatoriana este fenómeno ocurrió más tarde debido a que el indigenismo, por ejemplo, surgió en el decenio siguiente a la conmemoración, y el mestizaje se desarrolló ulteriormente. Empero, la conmemoración del Centenario de 1809 fue la ocasión que permitió mostrar cómo la hispanofilia que se había desarrollado particularmente en la coyuntura de 1892, cuando se recordó el cuarto centenario del viaje de Colón, se convirtió en hispanismo.

El hispanismo fue un marco narrativo del pasado mediante el cual se articuló un determinado relato de descendencia. En este punto, la perspectiva de análisis histórico de Prasenjit Duara resulta relevante. Este autor sostiene la importancia de escrutar "los procedimientos por medio de los cuales una historia es movilizada para producir la identidad nacional". Tomando distancia de perspectivas instrumentales o constructivistas que asignan al pasado una plasticidad extrema al punto que éste puede ser inventado o manipulado como un simple reflejo de los intereses de los actores en el presente, Duara advierte la importancia de analizar las operaciones y los materiales del pasado que se emplean para elaborar las representaciones de una comunidad. En relación con el problema de indagar qué tipos de representaciones del pasado compitieron en la conmemoración de 1909, resulta pertinente tomar en cuenta que los significados que se asignaron a la nación fueron el producto combinado de la acción de los

---

[25] TENORIO TRILLO, "Mexico City: space and nation", pp. 101-102.

discursos sobre el pasado (y el presente), y el conjunto de las prácticas rituales que compusieron la conmemoración misma. Según Duara, la semántica de una identidad nacional no tiene que ver con el proceso de acumulación de rasgos comunes sino con "la imposición de una narrativa histórica de descendencia y disidencia sobre un campo de prácticas culturales relacionadas y heterogéneas". La imposición de una narrativa no genera la invención de una tradición sino un cambio en la percepción de las fronteras de una comunidad que se expresa en la cuestión de quiénes la integran y en qué estatus o lugar. Las narrativas nacionales entrañan procesos de selección que iluminan, ensombrecen, reprimen o negocian significados y agencias históricas.[26]

La "historia patria" fue la narrativa nacional por excelencia en el mundo hispanoamericano. Entre ella y la conmemoración de 1909 había una relación dialéctica. De un lado, 1909 era un momento que venía predeterminado por aquel metarrelato; de otro, la conmemoración era una ocasión propicia para rearticular aquella narrativa histórica y actualizar la identidad nacional. Lo que estaba en juego era la memoria del Estado-nación y el lugar y la agencia que en ella tenían los distintos actores del pasado y el presente, lo que Duara denomina relatos de descendencia-disidencia. Por esa razón, la recordación de los acontecimientos ocurridos hace un siglo movilizaron tanto interés y energía. La memoria nacional fluía a través de una serie de relatos y prácticas rituales, unas cívicas y otras religiosas. Entre los relatos más destacados que apelaban a un civismo o patriotismo de corte laico constaban especialmente dos: el *Resu-*

---

[26] DUARA, "Historicizing National Identity", pp. 164-168.

men de la historia del Ecuador (1870) de Pedro Fermín Cevallos, y *Leyendas del tiempo heroico* (1905) de Manuel J. Calle. Mientras el primero inscribió su obra en el registro historiográfico, el segundo lo hizo en el literario. El *Resumen* proveyó de la secuencia de hechos y los contenidos del pasado memorable, mientras que el segundo insufló al relato independentista de la exaltación de un subjetivismo de corte patriótico dotado de gran carga emotiva.

La respuesta ante los relatos de descendencia nacional laicos provino del marco narrativo que el hispanismo proporcionaba. Este marco narrativo permitía destacar no sólo las contribuciones históricas de la Iglesia como articuladoras de los procesos históricos, sino que ofrecía una comunidad histórico-cultural de referencia para el decurso histórico de los pueblos hispanoamericanos que experimentaban un contexto de creciente influencia estadounidense y estaban ansiosos por embarcarse en el tren del progreso. Para responder a los desafíos del presente, los intelectuales conservadores y eclesiásticos ecuatorianos encontraron en el hispanismo una fuente intelectual que permitía interpretar el pasado y dar batalla para mantener unidas la definición de la identidad nacional y la cuestión religiosa. Puesta en perspectiva la conmemoración de 1909, se la puede ver como uno de los momentos iniciales del proceso de búsqueda de imposición de la narrativa de la identidad nacional ecuatoriana de base hispanista. La hispanofilia que alimentó la *Historia general del Ecuador*, del arzobispo historiador Federico González Suárez, se convirtió en la base intelectual más sólida del proyecto hispanista que alcanzó su apogeo intelectual, político y cultural en manos de quienes se reconocieron como sus seguidores años más tarde.

EL MONUMENTO A LA INDEPENDENCIA

Durante el ciclo de las conmemoraciones nacionales de la independencia, las ciudades capitales latinoamericanas funcionaron como escenarios idóneos en los que se materializaron los símbolos del pasado memorable y se ejecutaron los rituales y eventos con los que el Estado-nación configuró sus "liturgias de la unanimidad" republicana.[27] A la luz de los ideales de progreso y modernidad, las ciudades capitales tenían el encargo de exhibir "las pruebas del pedigrí de la nación", una combinación de progreso económico, superioridad cultural, esplendor monumental, moderna infraestructura, mejoras sanitarias y ornamento urbano, etc.[28] La instauración de monumentos, las transformaciones urbanas y la construcción de edificaciones que albergarían eventos programados para celebrar las conmemoraciones, convirtieron a determinados segmentos y puntos específicos del tejido urbano en "lugares de la memoria", destinados a perennizar personajes, fechas y acontecimientos. Traer el pasado al presente y educar al público eran propósitos nada desdeñables. Así lo entendía un representante del municipio de Quito, quien ante la proximidad de la erección del monumento en honor de Antonio José de Sucre, en 1892, advertía que las estatuas eran "consejos de bronce", precisamente por "lo duradero y constante de la enseñanza: consejos por cuanto sí mantienen viva la fama del ajeno mérito [y] son también pauta de nuestra conducta [...]".[29]

---

[27] LOMNÉ, "La Revolución Francesa y lo simbólico", p. 45.
[28] TENORIO TRILLO, "Mexico City: space and nation", p. 79.
[29] *El Municipio*, Quito (20 ene. 1892), pp. 1-2.

Durante la coyuntura de conmemoración del Centenario de su independencia Quito se encontraba al inicio de un proceso de cambios espaciales importantes que la modernizarían significativamente durante los decenios siguientes. En 1906, la ciudad contaba con alrededor de 52 000 habitantes. Hacia esos años se realizaron importantes obras de servicio público: en 1906 se constituyó la empresa que empezó a proveer del servicio de luz eléctrica, dos años más tarde comenzó el servicio de agua potable y concluyó la construcción de la vía férrea que conectó a la capital con el resto del espacio nacional. En 1914 se inauguró el servicio urbano de tranvías eléctricos.[30]

El contexto de enfrentamiento político en que se desenvolvió la revolución liberal y los ingentes costos que demandó la construcción de la vía férrea consumieron energía y recursos de forma abundante. Ante la proximidad del aniversario de la primera centuria de la independencia, entre 1903 y 1907, los gobiernos liberales tomaron algunas medidas para impulsar los eventos principales con los que animarían la conmemoración: la erección del monumento a los "héroes del 10 de agosto", en Quito, en 1906, fue uno de los más importantes.[31]

El punto de partida de la erección del monumento a los próceres del 10 de agosto fue un decreto emitido por el Congreso de 1888.[32] En ese decreto se ordenó también que se colocaran placas conmemorativas en dos lugares de la ciudad. Una fue ubicada en la casa de Manuela Cañiza-

[30] Bustos, "Quito en la transición", pp. 169-173; Deler, *Ecuador del espacio*, pp. 261-267; 301-307.
[31] Castro, "La celebración de los centenarios".
[32] Decreto legislativo, 8 de agosto de 1888.

res, donde se reunieron los complotados de la primera junta suprema, en la víspera del 10 de agosto de 1809; y otra en el lugar en que se inició la masacre que ocurrió el 2 de agosto del año siguiente. Así, ambos sitios se convirtieron en los primeros "lugares de la memoria" oficial. En 1893, Quito contaba con apenas tres monumentos cívicos dentro de un espacio urbano copado por monumentos religiosos.[33] El municipio de Quito tomó a su cargo la iniciativa de trabajar por la materialización del monumento a los próceres y nombró un comité dedicado exclusivamente a recaudar los fondos, definir las características de la obra y mantener vivo el interés.[34] Aunque a lo largo del siglo XIX se celebró irregularmente el 10 de agosto y solamente durante las últimas décadas de esa centuria se articuló un proceso público de recordación más estable, a cargo del gobierno local, ésta fue asumida como la fecha cívica por excelencia en el país. A pesar de la importancia que retóricamente se le otorgaba,

---

[33] Suplemento a *El Municipio*, Quito (1893). En cuanto a los tres monumentos: el primero era una pirámide de la libertad y al parecer fue establecido en 1841; el segundo era un obelisco dedicado al presidente García Moreno, seguramente levantado luego de su asesinato ocurrido en 1875; y el tercero y más importante era la estatua de Antonio José de Sucre, inaugurada en 1892. Sucre era objeto de un culto significativo en Ecuador. Fue el vencedor de la batalla de Pichincha, que selló la independencia definitiva de la Audiencia de Quito, y el lugarteniente más virtuoso de Simón Bolívar. Fue asesinado en Colombia cuando se dirigía a su retiro definitivo en Ecuador, luego de haber ejercido la presidencia en Bolivia.

[34] En el salón de sesiones del municipio de Quito se reunió por primera vez el comité del monumento, el 26 de octubre de 1891. Carlos R. Tobar, intelectual y ex rector de la Universidad Central, fue nombrado presidente del comité y los otros integrantes fueron Vicente Lucio Salazar y Roberto Espinosa.

en verdad no se había erigido ningún monumento u obra pública en su honor.

La ciudad de Quito reconocía que mantenía dos grandes deudas simbólicas con la memoria local y nacional: una en favor de Sucre y otra con los próceres de agosto. La inauguración del monumento a quien se le consideraba como "el segundo libertador", en 1892, dio inicio en Ecuador a lo que Pierre Nora denominó la era de las conmemoraciones.[35] En 1893, el municipio quiteño se ufanaba de que finalmente pudo manifestarle su agradecimiento: "Allí está tu colosal estatua de bronce, en la bella plaza de tu nombre; y tuyo es el de nuestra moneda nacional, el de nuestro mejor teatro, el de una de las carreras de esta ciudad, el de un cantón naciente. No tenemos más que darte: recibe nuestro amor y gratitud."[36] Este acontecimiento, junto a la organización de la primera Exposición Nacional, que se inauguró ese mismo año, mirados en perspectiva, se convirtieron en los principales incentivos y antecedentes de la conmemoración de la independencia. En esas circunstancias, el municipio quiteño formuló el siguiente compromiso:

> La patria tiene también sus altares: tales son los monumentos destinados a perpetuar la memoria de sus beneméritos y exponerlos al público amor y a la común veneración. Nosotros, hasta el presente, no por olvido, no por mengua de patriotismo, sino quizá, por escasez de fuerzas, quizá por falta de más unión, no hemos erigido aún un monumento digno de nuestros

[35] NORA, "The era of commemoration".
[36] *El Municipio*, número extraordinario, Quito (24 mayo 1893), p. 1. El "sucre" fue adoptado como moneda oficial de Ecuador en 1885.

> Próceres; pero en breve —así lo creemos— la gratitud nacional pagará tan sagrada deuda.[37]

Siguiendo la forma de intervención ensayada en 1892, en la que se compartían responsabilidades entre el gobierno central y el municipio, la tarea de erección del monumento a los héroes de agosto fue dejada al cabildo quiteño. La acogida que se dio a la propuesta que lanzó el municipio permite observar un proceso de participación amplio y una voluntad de las diferentes localidades del país de integrarse a una causa que fue interpretada bajo el signo nacional. El comité del monumento logró hacer llegar su llamado prácticamente a todos los rincones del país mediante la organización de subcomités en cada una de las provincias. Éstos tenían la misión de difundir en los ámbitos locales y persuadir a la colaboración. Así se organizó una campaña de escala nacional dedicada a pagar la "sagrada deuda" con la memoria de los próceres. A partir de 1894 se registró una avalancha de respuestas desde los concejos municipales de todas las regiones del país, incluidos los más remotos. El Concejo Municipal de Baba, ubicado en la costa, por ejemplo, agradecía la invitación y manifestaba que el monumento "representa a la nación"; desde Chimbo, en la sierra central, se ratificó el deber de eternizar la memoria de los héroes que prodigaron patria y libertad; y desde Bahía de Caráquez, junto al mar, aseveraron que esta obra no era local sino "eminentemente nacional". Todas estas respuestas se comprometían, además, a entregar contribuciones anuales sacadas de sus respectivos presupues-

[37] *El Municipio*, número extraordinario, Quito (10 ago. 1893), p. 1.

tos.[38] Cuatro años más tarde, en 1898, tuvo lugar la ceremonia de colocación de la primera piedra en la plaza mayor de la ciudad, de cuyo centro se retiraría una antigua pileta de origen colonial. Carlos R. Tobar, el presidente del comité pro monumento informó acerca del avance de la tarea de obtención de fondos "por suscripción popular".[39]

Debido a la índole que se le asignó al monumento, éste no pudo ser construido en el país sino en Europa. Alrededor de 1903, el municipio de Quito realizó una convocatoria a los estatuarios de París y al final obtuvo 15 propuestas de afamados artistas, entre los que se incluía el autor de la *Estatua de la libertad* que Francia obsequió a Estados Unidos. Mientras se evaluaban estos bocetos y sus propuestas de materiales constructivos, precios y plazos de entrega, se presentó en Quito Francisco Durini, hijo del reconocido arquitecto constructor Lorenzo Durini, con una propuesta que finalmente fue aceptada. La propuesta retomaba un boceto del monumento concebido por el escultor italiano Juan Bautista Minghetti, en 1894, y elaborado a petición del entonces presidente Luis Cordero. Minghetti fue traído a Quito por la comunidad religiosa salesiana que tenía a su cargo una escuela de Artes y Oficios. Con la caída del presidente Cordero, el triunfo de la revolución liberal y el destierro del que fue objeto la orden salesiana, la propuesta fue dejada de lado. Los Durini acreditaban una amplia experiencia diseñando y construyendo monumentos y edificios públicos y privados, y obras de infraestructura urbana, en varios países latinoamericanos incluido el Ecuador. El monumento se

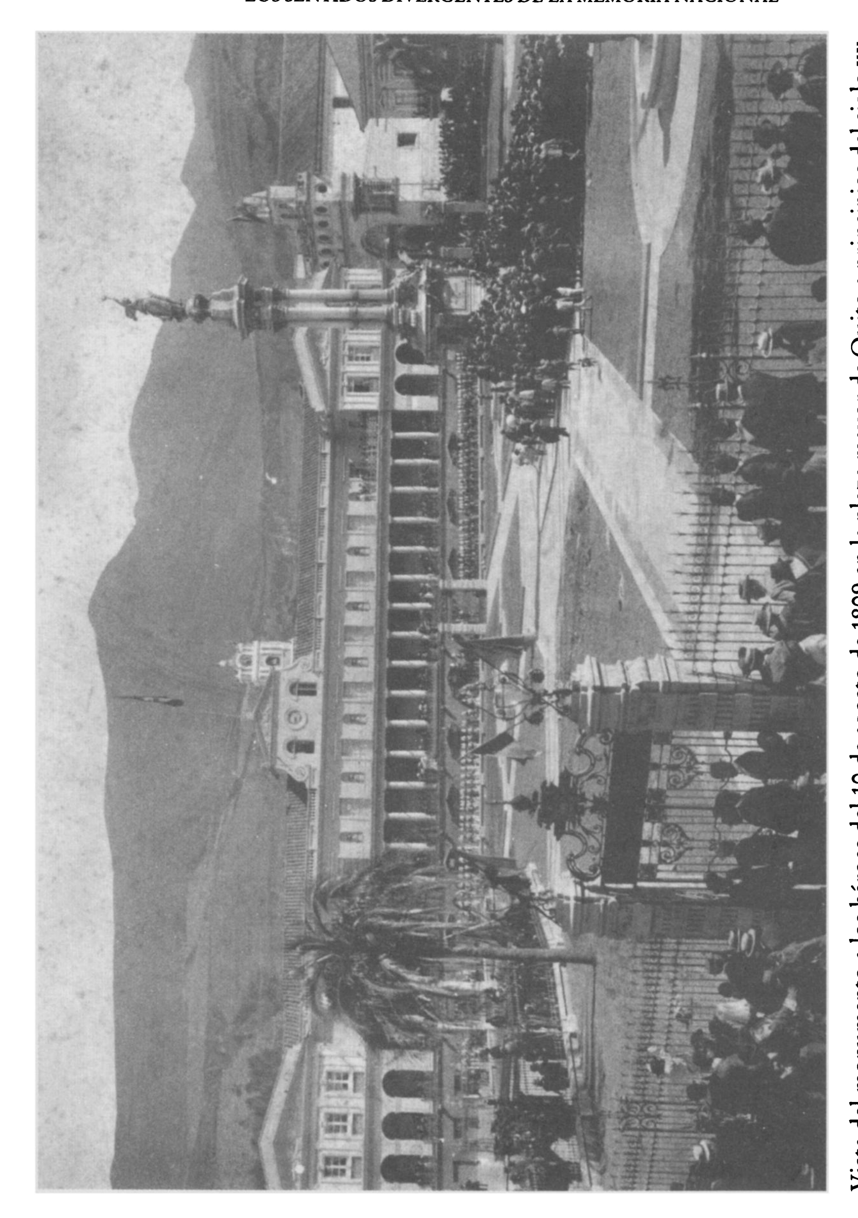
[38] *El Municipio* (números de sep., oct. y nov. 1894).
[39] TOBAR y otros, *Discursos*.

construyó íntegramente en Italia, a cargo principalmente del escultor Adriático Froli, y las partes fueron embarcadas y ensambladas en su destino final. El monumento fue inaugurado el 10 de agosto de 1906 con la presencia de Eloy Alfaro, entonces jefe supremo de la República.[40]

El monumento fue diseñado siguiendo la iconografía republicana neoclásica europea. Se trata de una esbelta columna coronada por una mujer que levanta una tea con una mano y sostiene un haz de armas con la otra. Alrededor de su cabeza lleva un adorno de hojas de laurel. La representación de la libertad descansa sobre un globo terráqueo rodeado por un anillo en el ecuador. Esta figura de bronce se asienta sobre un grupo en ramillete de cuatro columnas de mármol, a cuyo pie se encuentra una composición escultórica formada por un cóndor de alas desplegadas que rompe unas cadenas, debajo del cual se aleja un león herido.

La simbología del cóndor, ave distintiva de los Andes, venciendo al león, mamífero que representaba al poder ibérico, reproducía un tropismo americano republicano de herencia decimonónica, que ya constaba en el himno del Ecuador, compuesto en 1866, y en otras piezas líricas del periodo. El tema guardaba resonancias de pasadas disputas, entre americanistas e hispanófilos, ocurridas a propósito del primer monumento a Sucre. De manera concomitante, la composición del cóndor y el león introducía un elemento local a la iconografía republicana clásica y transmitía la idea de la consecución de la libertad como

[40] ANDRADE MARÍN, "Historia del monumento"; CARCELÉN CORNEJO, COMPTE GUERRERO, DEL PINO MARTÍNEZ, "Ecuador en el Centenario"; y CEVALLOS, "Bronce y mármol".



Vista del monumento a los héroes del 10 de agosto de 1809 en la plaza mayor de Quito a principios del siglo xx. Al fondo el Palacio de Gobierno y el Pichincha.



Monumento á los Próceres de la Independencia
(Quito — Ecuador) *Fototip. Laso*

resultado de un acto de lucha contra la opresión. Esta perspectiva se alineaba más claramente con la interpretación de la independencia que elaboró la historiográfica decimonónica bajo la influencia del romanticismo, y dejaba de lado la perspectiva hispanista, expresada mediante la metáfora de la separación familiar, que fue mantenida en diversos momentos del siglo XIX y manifestada con fuerza en la conmemoración del Centenario de la independencia. No todos estaban de acuerdo en que la independencia quedara escrita en bronce y mármol mediante las imágenes del cóndor liberador y del león herido y derrotado. Quizá por la tensión que se derivaba de este mensaje, varios de los discursos que se pronunciaron en el acto de inauguración del 10 de agosto de 1906 intentaron mitigar aquel simbolismo sensible. Así, Jenaro Larrea, presidente del comité del monumento, concluyó anotando que "el niño que deja de serlo no infiere injuria a su padre, cuando le reclama los justísimos derechos de emancipación [...] No hemos ofendido a la Madre Patria. América reclamó por los fueros de su mayor edad, y como le fueran negados sus derechos, la América se los tomó por su propia mano".[41] ¿Fue éste un intento de encontrar un término medio entre las metáforas de la familia y la revolución?

La simbología del león ibérico derrotado tenía en Quito un antecedente polémico que se remontaba a una escultura dedicada a Sucre en 1874. En ella, Sucre pisaba la cabeza del león ibérico y con su mano izquierda acogía a una "esbelta joven de tipo americano" [léase indígena] que representaba al Ecuador. La joven se inclinaba y entregaba unas cadenas

[41] LARREA y otros, *Patria inmortal*, p. 9.

rotas, mientras que en el piso yacía partido el cetro español, como si hubiera sido arrojado con fuerza. Se trataba de una composición escultórica en yeso que, en realidad, era el modelo fungible de un ulterior monumento. La obra pertenecía al artista José González Jiménez, docente del Conservatorio de Bellas Artes, quien fue comisionado por una familia ecuatoriana empeñada en impulsar de manera vívida la construcción del monumento en homenaje al vencedor de Pichincha. Con ese fin se inició una campaña pública de recolección de fondos y se obtuvo el respaldo inicial del presidente García Moreno. Hasta ese momento la recepción pública de la obra fue positiva. Al año siguiente, luego del asesinato del presidente, el proyecto cayó en el olvido y el artista dejó el país. Casi diez años más tarde, la obra escultórica fue encontrada abandonada por casualidad y el entonces presidente José María Plácido Caamaño ordenó su traslado a la galería exterior del Teatro Sucre, la obra en construcción más importante de la ciudad en ese momento. Allí el monumento de yeso concitó enorme atención pública hasta que fue observado por el embajador español Manuel Llorente Vásquez, quien con mucho enojo demandó del gobierno el cese de lo que consideraba una injuria. El presidente Caamaño accedió a la demanda y "sacó al león de la opresión en que yacía: lo hizo demoler".[42]

---

[42] "La estatua de Sucre", hoja volante, p. 10. La familia que tomó la iniciativa de impulsar la construcción del monumento estaba compuesta por Manuel Rivadeneira y su hija Emilia Rivadeneira viuda de Héguy. Especialmente, esta última fue muy activa en la causa. Buena parte de la información que recoge esta fuente proviene de la que el escultor introdujo en una botella oculta en el pedestal de la obra y que fue hallada años más tarde.

Cuando el municipio de Quito pudo concretar la erección de la estatua de Sucre, una de sus dos deudas más importantes con la memoria de la nación, previamente ya había desechado la propuesta de González Jiménez. Al parecer, en aquella decisión el municipio prefirió no reconocer la presión hispanista, pero sí censurar la presencia de la joven india que, en su perspectiva, otorgaba al grupo escultórico un carácter "ridículo" porque sugería una aproximación erótica de parte del padre de la patria.[43] Así, una combinación de presión hispanista y censura a la presencia femenina, como fuente de un erotismo patriótico, se impuso y consiguió dejar al vencedor de Pichincha y Ayacucho sumido en la soledad. En 1892, fecha del cuarto centenario de la llegada de Colón, con gran pompa fue inaugurada una estatua imponente a Sucre que confirmaba que lo femenino y lo indígena, y las expresiones de la derrota española no tenían lugar en el altar patrio monumental.

La mutilación de la estatua de Sucre causó un encendido debate en Quito y otros lugares del país. La discusión evidenció que la hispanofilia todavía no era dominante durante la década de 1880. Los defensores de la intervención del presidente Caamaño justificaron que la eliminación de los símbolos del "rencor" no afectaba a "la honra nacional".[44] Por su parte, los críticos identificaron la postura de Caamaño con la "humillación, debilidad, [o] apocamiento" nacional frente a España. Desde la ciudad de

[43] "La estatua de Sucre", hoja volante, p. 10; Juan León Mera, "Mi última palabra acerca de la estatua de Sucre", Ambato, 16 de enero de 1887, hoja volante, p. 2.
[44] "Estatua de Sucre", hoja volante. Firmada por "Ecuatorianos", Quito, Imprenta del Clero, 28 de diciembre de 1886.

Ambato, un grupo de liberales calificó a la demolición del león de "bárbara [y] humillante", y al mismo tiempo respaldó la protesta que el intelectual conservador Juan León Mera, autor del himno nacional, había hecho pública en contra de la mutilación del monumento.[45]

Mera discrepó de manera abierta y punzante con el municipio de Quito, el presidente Caamaño y todos los que salieron a justificarlos. Estaba persuadido de que al haber expurgado al león del conjunto escultórico, éste quedó desfigurado y la idea histórica que transmitía, de carácter "noble, grande", se vio "contradicha y ultrajada". Concluyó anotando que el "acto de haber arrancado de los pies de Sucre los símbolos de nuestra historia" afectó "a la justicia y a la verdad" de la memoria nacional que materializaba el monumento.[46] En su visión, el valor de un monumento dependía de dos aspectos: la veracidad con que éste representaba la historia y la manera en que la esfera pública lo recibía.[47] Ambos aspectos nos aproximan a la semántica de los monumentos en la época. Para Mera, la historia escrita en bronce (o yeso) cumplía con una función pedagógica y axiológica singular:

[45] "Protestamos", hoja volante. Firmada por "Liberales de Ambato", Ambato, Imp. Salvador Porras, 20 de enero de 1887.

[46] Juan León Mera, "Mi última palabra acerca de la estatua de Sucre", Ambato, 16 de enero de 1887, p. 1. Según Blanca Muratorio el móvil de fondo de la respuesta de Mera se dirigía más bien en contra de "la sugerencia de un posible mestizaje real entre un criollo, héroe de la patria, y una india despojada de su ropaje simbólico de Patria". Véase JURATORIO (ed.), "Nación, identidad y etnicidad", p. 170.

[47] El apego de Mera hacia la verdad histórica apareció consistentemente a lo largo de su obra literaria. En *La Virgen del sol* (1861, 1887), una obra literaria, se preciaba de descender de España pero también de "ser siempre respetuoso con la verdad histórica".

> Quizás algún padre, en pié delante del grupo, le enseñaba a su hijo y le decía: 'Este es Sucre; esa india representa la patria; ese león caído a los pies del Héroe significa que este venció al poder de España en Pichincha y libertó la patria'. Ahora ¿qué dirá ese mismo padre al ver que se ha quitado el símbolo cuya explicación hiciera a su hijo?[48]

Mera era un connotado intelectual conservador, defensor de primera línea de la Iglesia católica y sus valores, y un exponente de la retórica americanista crítica de la dominación española y vindicador de la autonomía política de las ex colonias, sin desconocer el acervo cultural heredado de España.[49] Mera identificó que el valor de un monumento y la validez de la memoria que transmite son aspectos que se dirimen en la esfera pública y no bajo la autoridad del Estado. Por eso, criticó y desafió la decisión estatal de intervenir en el monumento:

> Aquí en lo íntimo de mi mente, guardo una idea buena o mala; está oculta; nadie sabe si existe o no y nada vale ni puede. La saco a luz por medio de la palabra, de la pluma, del pincel, del cincel -de cualquier manera, y cambia de condición; la publicidad le ha dado vida y hecho fecunda; ya no me pertenece; su dueño es la sociedad, y yo soy responsable ante esta de los frutos de esa idea. Cosa semejante ha ocurrido con la estatua o modelo de yeso para ella del Mariscal Sucre. Buena o mala, oficial o no oficial, con suprema aprobación o sin ella, en su escondite ninguna significación tenía; mas puesta en plena luz y entregada

[48] Juan León Mera, "Mi última palabra acerca de la estatua de Sucre", Ambato, 16 de enero de 1887, p. 2.
[49] HARRISON, *Entre el tronar épico*, p. 58.

de este modo al pueblo; adquirió valor, se hizo fecunda, se hizo respetable por lo que ella significaba.[50]

El monumento a los próceres de agosto reintrodujo finalmente el simbolismo del león caído y mostró que los combates sobre las representaciones simbólicas en este ámbito siguieron una línea de exclusión étnica. Los monumentos como forma de conmemorar el pasado y mantener un tipo de memoria específica fueron el resultado de negociaciones simbólicas, todas ellas filtradas en el espacio público. Esta polémica ilumina una dimensión de la simbología inscrita en los monumentos a los héroes patrios.

La conmemoración de 1909 registró una ausencia notoria de los indígenas. Ellos no constaban en los marcos narrativos históricos sobre la independencia ni tuvieron algún lugar en las prácticas rituales de la conmemoración. No tuvieron presencia simbólica en el monumento a la independencia. ¿En dónde se afincaba esta ausencia? Procedía, en parte, de "la ocultación política del indio", sesgo político y cultural que se decantó durante la segunda mitad del siglo XIX.[51] También hundía sus raíces en la manera en que la revolución liberal aceptó y reforzó la condición de inferioridad del indio, un grupo al que consideraba apartado del "banquete de la civilización" y necesitado de protección estatal.[52] El hispanismo calzó con ese proceso cultural y consagró la desposesión de la agencia histórica indígena.

[50] Juan León Mera, "Mi última palabra acerca de la estatua de Sucre", Ambato, 16 de enero de 1887, p. 3.
[51] GUERRERO, "Una imagen ventrílocua", pp. 214-216.
[52] PRIETO, *Liberalismo y temor*, pp. 44-45.

El combate entre laicismo y catolicismo trajo cambios trascendentales en el imaginario de la nación. Según la historiadora Gabriela Ossenbach, el laicismo demandó la incompatibilidad de lo nacional con lo religioso. Por esta razón, siendo la educación laica un emblema central de la revolución, la escuela se convirtió en el medio fundamental de difusión de un nuevo imaginario colectivo, en el cual se apeló a la creación de una nueva amalgama simbólica entre "laicismo y patriotismo". En este contexto, los monumentos jugaron un papel político y simbólico, a la vez.[53] Según la antropóloga Blanca Muratorio, los liberales decimonónicos no disponían de "una contra-iconografía para oponerla a los símbolos tradicionales más poderosos desplegados por la Iglesia", como el Sagrado Corazón o alguna otra advocación piadosa.[54]

La edificación de los monumentos a Sucre, en 1892, y a los héroes de la independencia, en 1906, formó parte de aquel proceso de construcción de los héroes cívicos, en principio no procedentes de la imaginación eclesiástica. Sin embargo, un análisis de la historicidad específica de estos monumentos revela que las estatuas patrióticas, como alegorías de la memoria nacional, no fueron el resultado de iniciativas de ningún grupo ideológico particular sino de procesos sociales y culturales más amplios que atravesaron todos los bandos políticos y las líneas de diferencias entre clases sociales. Si bien el culto a las estatuas patrióticas fue administrado por acuerdos entre los gobiernos central y local bajo el signo de la transformación política en mar-

[53] OSSENBACH, "La secularización del sistema educativo", pp. 41- 43.
[54] MURATORIO, "Nación, identidad y etnicidad", p. 167.

cha, las prácticas rituales de las que los monumentos formaban parte fueron desarrolladas en la arena pública, un espacio en el que el Estado se vio obligado a negociar y en el que se hicieron escuchar múltiples voces. Las conmemoraciones dependieron estrechamente de la esfera pública y ésta se expandió a propósito de aquéllas. Los grupos perdedores en la esfera política, como la Iglesia o los conservadores, no renunciaron a dar batalla en el terreno simbólico. La memoria pública y la identidad nacional no quedaron enteramente en manos de los vencedores en la política.

EL "DEBER DE MEMORIA"

La posesión de recuerdos en común y el deseo de vivir juntos en el presente son dos elementos que, según Ernest Renán, concurren a la decisión que una comunidad toma para valorar determinada región del pasado, a la que le reconoce carácter nacional. La conmemoración de 1909 movilizó un conjunto de discursos y prácticas rituales que formaron parte del proceso de escrutinio y elaboración pública de la memoria nacional, uno de los fundamentos de la identidad ecuatoriana. Luego de revisar algunos de los contenidos de aquella memoria que precisamente fueron puestos de relieve por la conmemoración y considerar algunos de sus usos ideológicos y culturales, paso a explorar en este acápite el uso ético-político de la memoria conmemorativa. ¿De qué manera se expresó la voluntad colectiva de continuar valorando la herencia del pasado en el contexto de las conmemoraciones patrióticas? ¿Bajo qué signo o por qué razón había que recordar, en 1909, los acontecimientos ocurridos un siglo atrás? Con este propósito cotejo tres fragmen-

tos de discursos indicativos de un conjunto más amplio que ofrecen una pista para reflexionar sobre este tema.

El primer ejemplo proviene de 1891, obtenido del corpus documental de respuestas que enviaron un conjunto de personas particulares, desde distintas localidades del país, ante la invitación a colaborar con la organización de comités provinciales para alentar la recaudación de fondos para la construcción del monumento a la independencia, formulada por el comité organizado en Quito, un asunto ya expuesto anteriormente. Desde la ciudad de Riobamba, Javier Dávalos León, luego de comprometer su participación en la tarea concluía su misiva con las siguientes expresiones sobre el significado que concedía al tema: "[p]erpetuar la memoria de los grandes hombres y gloriosos hechos de la patria, es un deber de gratitud y un estímulo porque en esas páginas de bronce o granito leen las generaciones y tan saludables ejemplos de patriotismo dan óptimos frutos".[55]

El segundo fragmento corresponde a 1906 y muestra un lugar común de la retórica que se empleó durante la ceremonia de inauguración del monumento en la plaza de la independencia de Quito. Se trata de una parte de la intervención de Jenaro Larrea, presidente del comité del monumento: "[b]ien sabéis que sobre la Nación Ecuatoriana, ha estado pesando, de tiempo atrás, una deuda inapreciable y enorme: os hablo de la deuda sagrada de una oportuna y condigna gratitud para con nuestros mayores, que, al precio de su vida misma, nos dieron [...] Patria y Libertad".[56]

---

[55] *El Municipio*, Quito (20 ene. 1892). La comunicación referida fue fechada el 28 de noviembre de 1891, en Riobamba.

[56] LARREA y otros, *Patria inmortal*, p. 4. Este texto recoge los discursos alusivos a la inauguración del monumento.

La tercera pieza fue pronunciada en 1909, en la Catedral metropolitana de Quito, y representa la perspectiva que la Iglesia católica difundió masivamente con motivo de la conmemoración de aquel 10 de agosto y que consta en documentos similares. Carlos María de la Torre, un canónigo teologal de la curia de Quito, pronunció una larga pieza oratoria que en su parte introductoria contenía las siguientes expresiones:

> Dignos hijos de los héroes del Diez de Agosto, herederos de sus virtudes y émulos de su gloria, habéis comprendido que en día tan solemne debíais penetrar en el templo que fue honrado con la presencia de vuestros padres, postraros ante el ara santa ante la cual se postraron vuestros héroes y, al través del largo espacio de cien años, mezclar vuestras voces con las suyas, para presentar al Dios omnipotente el debido tributo de gratitud profunda y de indomable amor.[57]

Las tres intervenciones ponen la memoria bajo el signo del deber y, como se sabe, el deber desde su origen latino alude a "obligación moral" y a "deuda". En el primer caso se presenta como "un deber de gratitud", en el segundo toma la forma de "una deuda inapreciable y enorme", una "deuda sagrada", y en el tercero se alude al "debido tributo de gratitud profunda". Todos los fragmentos son indicativos de que la memoria de la patria constituía un imperativo moral. "Honrar a los Padres de la Patria y eternizar sus virtudes, grabándolas en el mármol y en el bronce; demostrar de esta manera solemne la gratitud nacional a los Próceres que nos legaron Libertad y

[57] Torre, *La religión y la patria*, p. 2.

Patria", expresaba Eloy Alfaro en 1906, y con estas palabras engrosaba el cauce de percepción común de la memoria como deuda moral.

Las reflexiones de Paul Ricoeur sobre "el deber de memoria", dirigidas en su caso al ámbito de los usos y abusos de la memoria, ayudan a comprender aquí la dimensión ética o moral que estructura el recuerdo social en la conmemoración de la independencia. Ricoeur identifica en "el deber" dos aspectos esenciales: uno es "lo que se impone desde fuera al deseo y que ejerce una limitación sentida subjetivamente como obligación"; y el otro es la vinculación que mantiene con la idea de justicia. "Es la justicia la que, al extraer de los recuerdos traumatizantes su valor ejemplar, transforma la memoria en proyecto; y es este mismo proyecto de justicia el que da al deber de memoria la forma del futuro y del imperativo". Así, el autor propone el examen de la relación entre "el deber de memoria" y "la idea de justicia". De los tres elementos a través de los cuales el autor procede en su examen, hago el acopio de los dos primeros que vienen a cuento en el tema que aquí se dilucida. En vista de que la justicia introduce un componente de alteridad, el "deber de memoria" se convierte en "el deber de hacer justicia, mediante el recuerdo, a otro distinto de sí". Adicionalmente, si aceptamos que la concepción de deuda está unida a la de herencia, entonces "[d]ebemos a los que nos precedieron una parte de lo que somos". Por esta razón, "el deber de memoria", además de guardar las huellas materiales relacionadas con los hechos recordados, "cultiva el sentimiento de estar obligados respecto a estos otros [...] que ya no están pero que estuvieron". En este sentido, honrar la deuda de la memo-

ria significa, al mismo tiempo, "someter la herencia a inventario".[58]

Ahora conviene volver sobre la pregunta acerca de por qué razón había que recordar los acontecimientos de 1809 y 1810 y qué signo gobernó la conmemoración de 1909. Al retomar las expresiones vertidas por los diferentes actores históricos de que la conmemoración patriótica constituía la ocasión propicia para que los presentes paguen una deuda a quienes les legaron "Patria y Libertad", se puede advertir cómo "el deber de memoria" articula históricamente un imperativo moral de justicia dirigido a aquellos "otros" que, bajo la metáfora de la nación como familia imaginaria, fueron nada menos que los progenitores. El signo que gobernó las conmemoraciones patrióticas fue el de la deuda convertida en gratitud gracias al sentimiento patriótico.

El ejercicio de la gratitud hacia los "padres de la patria" incluyó, al mismo tiempo, el escrutinio de la herencia simbólica como bien señala Ricoeur. La memoria de la conmemoración, entonces, en un sentido más general, se vio constreñida no sólo por los conflictos de poder que se desprendían de la coyuntura política, sino por las oposiciones y convergencias que dinamizaban los marcos de percepción de la gente acerca de su pasado. Un elemento articulador de aquellos marcos de percepción del recuerdo fue "el deber de memoria", un verdadero imperativo cultural y moral al cual apelaron todos los actores independientemente de sus orientaciones ideológicas. No obstante, la cuestión de quiénes administraban el culto que se desprendía del "deber de

---

[58] Ricoeur, *La memoria*, pp. 119-121.

memoria" configuró un campo problemático que sólo aparecía prefigurado a inicios de la "era de las conmemoraciones" en Ecuador y cuya resolución es un asunto que queda fuera del alcance de este artículo.

REFERENCIAS

AGUILAR, Paul y otros

Enfoques y estudios históricos. Quito a través de la historia, Quito, Junta de Andalucía, Municipio de Quito, 1992.

ALFARO, Eloy

"Discurso de inauguración del monumento a los próceres", en LARREA y otros, 1996, pp. 11-13.

Mensaje del presidente de la República al Congreso Nacional de 1909, Quito, Imprenta Nacional, 1909.

ANDRADE MARÍN, Luciano

"Historia del monumento a la libertad", en *La lagartija que abrió la calle Mejía*, Quito, Fonsal, 2003.

AYALA MORA, Enrique

Historia de la Revolución Liberal ecuatoriana, Quito, Corporación Editora Nacional, Tehis, 1994.

BURKE, Peter

"Social memory", en *Varieties of Cultural History*, Cambridge, 1997.

BÜSCHGES, Christian, Guillermo BUSTOS y Olaf KALTMEIER (eds.)

Etnicidad y poder en los países andinos, Quito, Corporación Editora Nacional, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Universidad de Bielefeld, 2007.

BUSTOS, Guillermo

"Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas, 1920-1950", en AGUILAR y otros, 1992, pp. 163-188.

"El hispanismo en el Ecuador", en PORRAS y CALVO-SOTELO (eds.), 2001, pp. 150-155.

"La hispanización de la memoria pública en el cuarto centenario de fundación de Quito", en BUSCHGES, BUSTOS y KALTMEIER (eds.), 2007, pp. 111-134.

CARCELÉN CORNEJO, Ximena, Florencio COMPTE GUERRERO e Inés DEL PINO MARTÍNEZ

"Ecuador en el Centenario de la Independencia", en *Apuntes*, 19: 2 (2006), pp. 236-312.

CASTRO, María Soledad

"La celebración de los centenarios de 1809, 1820 y 1822 en el Ecuador", en SOASTI TOSCANO (ed.), 2008, pp. 191-221.

CEVALLOS, Alfonso

"Bronce y mármol, historia del monumento", en *Nuestro día sol. Una mirada al Monumento a la Independencia en sus cien años*, Quito, Fonsal, 2006.

CLARK, Kim

La obra redentora. El ferrocarril y la nación en Ecuador, 1895-1930, Quito, Corporación Editora Nacional, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2004.

CORONIL, Fernando

The Magical State. Nature, Money, and Modernity in Venezuela, Chicago, The University of Chicago Press, 1997.

DELER, Jean-Paul

Ecuador del espacio al Estado nacional, Quito, Corporación Editora Nacional, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007.

DUARA, Prasenjit

"Historicizing national identity, or who imagines what and when," en ELEY y SUNY, (eds.), 1996, pp. 151-177.

EARLE, Rebecca

"'Padres de la patria' and the ancestral past: commemorations of independence in nineteenth century Spanish America", en *Journal of Latin American Studies*, 34:4 (2002), pp. 775-805.

ELEY, Geoff y Ronald Grigor SUNY (eds.)

Becoming National. A Reader, Nueva York, Oxford University Press, 1996.

FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (ed.)

La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabba, Buenos Aires, Manantial, 2000.

GRANADOS, Aimer

"Hispanismos, nación y proyectos culturales. Colombia y México: 1886-1921. Un estudio de historia comparada", en *Memoria y Sociedad*, 9:19 (2005), pp. 5-18.

GUERRERO, Andrés

"Una imagen ventrílocua: el discurso liberal de la 'desgraciada raza indígena' a fines del siglo XIX", en MURATORIO, 1994, pp. 197-252.

HARRISON, Regina

Entre el tronar épico y el llanto elegiaco: simbología indígena en la poesía ecuatoriana de los siglos XIX-XX, Quito, Abaya Yala, Universidad Andina Simón Bolívar, 1996.

HENDERSON, Peter

Gabriel Garcia Moreno and Conservative State Formation in the Andes, Austin, Texas, University of Texas Press, 2008.

LARREA, Jenaro

"Discurso", en LARREA y otros, 1906, pp. 3-9.

LARREA, Jenaro y otros

Patria inmortal, Quito, s.p.i., 1906.

LOMNÉ, Georges

"La Revolución Francesa y lo simbólico en la liturgia política bolivariana", en *Miscelánea histórica ecuatoriana*, 2:2 (1989), pp. 41-67.

MINCHOM, Martin

The People of Quito 1690-1810, Boulder, Westview Press, 1994.

MURATORIO, Blanca, (ed.)

Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX, Quito, FLACSO, 1994.

"Nación identidad y etnicidad: imágenes de los indios ecuatorianos y sus imagineros a fines del siglo XIX", en MURATORIO (ed.), 1994, pp. 109-196.

NORA, Pierre

"The era of commemoration", en Pierre NORA (ed.), *Realms of Memory*, vol. 3, Nueva York, Columbia University Press, 1996.

OSSENBACH, Gabriela

"La secularización del sistema educativo y de la práctica pedagógica: laicismo y nacionalismo", en *Procesos, revista ecuatoriana de historia*, 8 (1995-1996), pp. 33-54.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo

Hispanismo y Falange, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

PRIETO, Mercedes

Liberalismo y temor: imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial, 1895-1950, Quito, Flacso, 2004.

PORRAS, María Elena y Pedro CALVO-SOTELO (eds.)

Ecuador-España. Historia y perspectiva. Estudios, Quito, Embajada de España, Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Ecuador, 2001.

RENÁN, Ernest

"¿Qué es una nación?", en FERNÁNDEZ BRAVO (ed.), 2000, pp. 53-66.

RICOEUR, Paul

La memoria, la historia, el olvido, Madrid, Trotta, 2003.

ROMÁN ROMERO, Raúl

"Celebraciones centenarias y conflictos simbólicos en la construcción de la memoria nacional colombiana, 1910-1921", en SOASTI TOSCANO (ed.), 2008, pp. 165-190.

SOASTI TOSCANO, Guadalupe (ed.)

Política, participación y ciudadanía en el proceso de independencias en la América Andina, Quito, Fundación Konrad Adenauer, 2008.

TENORIO TRILLO, Mauricio

"Mexico City: space and nation in the city of Centenario", en *Journal of Latin American Studies*, 28:1 (1996), pp. 75-104.

TOBAR, Carlos R. y otros

Discursos pronunciados el Diez de Agosto de 1898, con motivo de la solemne colocación de la primera piedra del monumento que ha de erigirse en la capital de la República, a los próceres del Diez de Agosto de 1809, Quito, Imprenta Municipal, 1898.

Torre, Carlos de la

La religión y la patria. Discurso pronunciado en la Iglesia Metropolitana con ocasión de las fiestas religiosas celebradas en el centenario del primer grito de independencia, Quito, Imprenta del Clero, 1909.

BOGOTÁ EN TIEMPOS DE LA CELEBRACIÓN DEL PRIMER CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA

Alberto Escovar Wilson-White
Escuela Taller de Bogotá

Durante el gobierno del general Rafael Reyes Prieto se celebró el primer Centenario de la Independencia de Colombia. En ese momento, Reyes consideraba importante convocar un evento en donde no se escatimaran recursos económicos y la celebración le permitiera al país olvidar por un momento los estragos de la guerra de los Mil Días, que había culminado en 1902, así como la pérdida de Panamá un año después. Desde 1907 había conformado una comisión que estaba a cargo de la "solemne celebración del Centenario de la Independencia Nacional".[1]

A pesar de la antelación con la que se convocó a la junta, como se verá a continuación, nada salió como se había esperado, ni siquiera para el mismo Reyes, quien abandonó el país en 1909 a bordo del vapor *Manisti*, iniciando así su destierro. Con rapidez se conformó una nueva comisión que dejó constancia de que en "el archivo no encontró más vestigios que un proyecto de concursos". Para enero de 1910

[1] *Primer Centenario*, p. 5.

esta comisión se quejaba de que "aún no había recibido un centavo de la Tesorería General".[2] Para entonces, sólo restaban 150 días para iniciar las construcciones proyectadas y no había cómo hacerlo. Finalmente en febrero se iniciaron las obras en el Parque de la Independencia y todo el montaje se realizó en tan sólo cinco meses.

Uno de los problemas que presentan las efemérides es que con ellas se intenta, por lo general de manera artificiosa, cerrar o iniciar ciclos que en la mayoría de los casos no se cumplen; al parecer, la celebración de ese primer Centenario de nuestra independencia no es la excepción. Desde un punto de vista político la independencia definitiva de España, al menos en lo que respecta al territorio que actualmente ocupa Colombia, sólo se materializó en 1819, después de la batalla de Boyacá, así que cronológicamente la celebración de este Centenario en 1910 resulta prematura.

Sin embargo, no es objeto de este artículo analizar las razones políticas que llevaron a tomar esta decisión, sino por el contrario, aprovechar la ocasión y las descripciones que se hicieron de la ciudad y su arquitectura para verificar si, en efecto, este acontecimiento anunció alguna transformación o no dejó de ser otro campo abierto a la pirotecnia verbal que suele acompañar a estas celebraciones. Es necesario anunciar que en la medida que la conmemoración se llevó a cabo en una ciudad que se enfrentaría a un crecimiento desmesurado en ese siglo que apenas despuntaba, resulta una buena oportunidad para describir su estado en aquel momento, y así luego pasar a hablar de las edificaciones que conformaron el recinto ferial, que de

---

[2] *Primer Centenario,* p. 10.

alguna manera deberían anunciar los cambios que le esperaban a Bogotá y al resto del país.

BOGOTÁ: CAPITAL DE COLOMBIA

Después de la independencia, Bogotá mantuvo su condición de centro administrativo y político como parte del antiguo territorio que conformaba el virreinato del Nuevo Reino de Granada. Bogotá, como las demás capitales del continente americano, sufrió, a lo largo del siglo XIX, una transformación espacial derivada de la incipiente industrialización y los cambios en los sistemas sociales y productivos. En ese repentino proceso la ciudad alteró su apacible fisonomía para pasar a convertirse en una urbe con aires cosmopolitas. Es necesario recordar que ésta era todavía, a finales del siglo XIX, una pequeña ciudad parroquial que intentaba solucionar problemas vinculados con el mejoramiento de los servicios públicos tales como el abastecimiento de agua o el saneamiento de las calles principales ante una población en aumento, que en 1905 alcanzaba sus primeros 100 000 habitantes.

El primer medio siglo posterior a la independencia definitiva de España había transcurrido entre guerras civiles, debates políticos y la formulación reiterativa de leyes que dificultaron la comunicación entre las distintas regiones del país, que a pesar de todo pudo emprender la construcción de inconexas líneas de ferrocarril y desarrollar la navegación fluvial a vapor. La economía nacional en el siglo XIX se basó principalmente en la explotación de los recursos naturales y el aprovechamiento de suelos para el cultivo. Esta dinámica permitió, para finales de ese periodo, la aparición de talleres e industrias textiles, que además

de la explotación minera y la expansión de los cultivos cafeteros apuntaron hacia una relativa bonanza que lentamente fue cambiando el aspecto de los centros urbanos. Como lo señala Kalmanovitz:

> A partir de 1890 fue cada vez más posible que se establecieran talleres mecanizados que empleaban trabajadores asalariados, importaran ingenieros y técnicos o estos se hicieran con la experiencia productiva misma, contaran con servicios adecuados de energía motriz (hidráulica al principio pero eléctrica cada vez más) y contaran con mercados locales.[3]

En este proceso de cambio en las formas de producción y acumulación de capital y transporte de bienes, sumado a una relativa inmigración extranjera acentuada en las ciudades puerto, además de una demanda por nuevos productos, se produjeron varias transformaciones en el espacio urbano de las ciudades colombianas, que se manifestaron en novedosos planteamientos para sectores residenciales o en las tipologías edilicias para estaciones de ferrocarril, edificios de mercado o pasajes comerciales. Así mismo, no es coincidencia que este panorama de cambio y transformación se reflejara a su vez en la celebración acostumbrada de ferias agropecuarias e industriales a todo lo largo del siglo XIX, como catalizadores de los esfuerzos por tecnificar la producción y sumarse a la aventura del progreso. La fascinación que causaron las exposiciones universales organizadas en las grandes ciudades europeas y norteamericanas como magníficos ejemplos del progreso humano suscitó entre las élites criollas la necesi-

---

[3] KALMANOVITZ, *El desarrollo tardío del capitalismo*, p. 79.

dad de organizar este tipo de celebraciones, alentadas a su vez por el deseo de evidenciar los adelantos del país. Con este propósito se realizaron diversas exposiciones nacionales en 1871, 1872, 1880, 1881, 1899, 1907, y finalmente en 1910 para conmemorar el primer Centenario de la independencia. Como lo señala Frèdèric Martínez: "justificadas por la voluntad de representar visualmente los progresos de la nación, las Exposiciones Nacionales se inscriben, desde su aparición, en el marco de los festejos patrióticos".[4]

En comparación con otros países del continente, Colombia era un país tardíamente industrializado. Su capital, Bogotá, se encontraba separada de su puerto más próximo sobre el océano Atlántico por más de 800 km y por otros 300 de cualquier población sobre el Pacífico, al que se podía llegar luego de atravesar dos cordilleras y una tupida y húmeda selva. Mientras otras ciudades como Buenos Aires, Río de Janeiro o Santiago, habían acaparado importante inmigración extranjera y comercializaban ampliamente los productos nacionales a la vez que importaban tecnología y personal capacitado, en el siglo XIX Colombia únicamente podía ser recorrida sobre una mula a través de largos caminos tortuosos. Sólo en las últimas tres décadas del siglo XIX el país inició el proceso de construcción de líneas de ferrocarril, con el fin de contrarrestar el aislamiento geográfico de sus ciudades y comunicarlas con las fuentes fluviales y marítimas más próximas. Así, el ferrocarril permitió acercar la capital al puerto fluvial de Girardot, y desde allí y a través del río Magdalena a los puertos de Cartagena, Santa Marta y Barranquilla. Obras de infraestructura como

[4] MARTÍNEZ, *El nacionalismo cosmopolita*, p. 324.

éstas permitieron el afianzamiento de las factorías locales, el establecimiento de unas cuantas industrias mecanizadas y negocios manufactureros

> aún fabriles que fueron cubriendo necesidades del consumo de la población, tales como cerveza, grasas y jabón, chocolate, telas y zapatos [...] y también atendiendo los requerimientos de las obras públicas y de construcción de vivienda, como cemento, tuberías, etcétera.[5]

LA CIUDAD SE TRANSFORMA

El incipiente desarrollo económico del país, sumado a un crecimiento poblacional que quintuplicó el número de habitantes de Bogotá a lo largo del siglo XIX,[6] llevó a la construcción de nuevos espacios, instituciones e infraestructuras que empezaron a modificar el paisaje urbano. Si bien desde el siglo XVIII se había ordenado la construcción de un cementerio público, que se adaptó desde 1791, no fue sino hasta 1832 cuando se le dio a éste un tratamiento adecuado y pasó a convertirse en el Cementerio Central. Lo mismo sucedería con las estructuras hospitalarias, cuyo mejor ejemplo lo constituirían los hospitales de la Misericordia (1897) y San José (1905-1925) o la Casa de Salud Marly (1904) en Chapinero. Con la prohibición de celebrar el mercado público en la antigua Plaza Mayor se procedió a la construcción de un edificio para este fin entre 1861 y 1864, así como un espacio para el Matadero Público (1879). En el campo político, desde 1847 se había emprendido la construcción del Capitolio

[5] KALMANOVITZ, *El desarrollo tardío del capitalismo*, p. 82.
[6] MEJÍA PAVONY, *Los años del cambio*.

Nacional, con diseño de Thomas Reed (1817-1878), quien a su vez dejó listo el diseño para la penitenciaría de Cundinamarca o Panóptico, cuya edificación se inició en 1874. En el terreno de la infraestructura, la ciudad poseía tranvía desde 1884, ferrocarril que comunicaba con Facatativá desde 1889 y con el río Magdalena desde 1909, así como acueducto con tubería de hierro desde 1888. En el campo urbanístico, quizá la obra más importante de este periodo la constituyó el Parque del Centenario (1883), espacio que se destinó para el descanso, la contemplación y la salud; y con este fin se decidió adaptar el tradicional sector de la Recoleta de San Diego como lugar de esparcimiento. Con motivo de la celebración de los 100 años del natalicio de Simón Bolívar se instauró este jardín urbano que fue embellecido con monumentos como el Templete del Libertador, obra del arquitecto italiano Pietro Cantini. Estos nuevos espacios se ubicarían en las afueras de la ciudad existente, focalizando las nuevas áreas de expansión y señalando los puntos de fuga para el posterior crecimiento urbano de Bogotá en el siglo xx. Los nuevos equipamientos cumplieron una función de límites físicos y puntos de referencia a mayor escala, al ofrecer otra relación entre el área urbana y el paisaje y brindar al habitante otra forma de experimentar la vida en la ciudad.

Estas obras urbanas y arquitectónicas que Bogotá desarrollaba a principios del siglo xx no pueden abstraerse de la situación de inestabilidad política y social prolongada que acompañaba entonces al país. Uno de los hechos que tuvo mayor repercusión fue la guerra de los Mil Días (1889-1902), al punto de generar un desequilibrio interno suficiente para que se diera la pérdida de Panamá en 1903, teniendo estos dos hechos grandes repercusiones políticas, económi-

cas y sociales. Aunque las difíciles perspectivas que tenía la nación al entrar al nuevo siglo anunciaban un país desarticulado y sin horizontes, los gobiernos buscaron con desesperación herramientas para la recomposición nacional. A raíz de esto, se puede inferir que la celebración de ferias fue un mecanismo eficaz para impulsar las fuerzas creativas y establecer ciertos referentes de representación del sentimiento patriótico, con el pensamiento propio de la ciudad latinoamericana de entonces (de consagración hispana y católica), que recurría a la historia para justificar sus obras en una actitud deliberada y progresista.

Quizá por esta razón, el gobierno del general Rafael Reyes (1904—1909) impulsó la realización de la exposición agrícola e industrial que se inauguró en Bogotá el 20 de julio de 1907, donde se premió la labor de empresas como la cervecería La Bavaria con el Gran Diploma de Honor y Placa de Oro, por los productos y la valiosa obra del empresario Leo Sigfried Kopp, quien equipó a Bogotá con una de sus primeras instalaciones industriales construidas desde 1888 en ingeniosa utilización del ladrillo, tecnificando la producción de cerveza a una escala estimable. Sería por iniciativa del mismo Reyes que se dio inicio a la organización y celebración de la Exposición del Centenario en 1910; sin embargo su gobierno se vio interrumpido antes de lo que él había previsto y tuvo que ausentarse del país en 1909. A pesar de esto, la iniciativa ya se había echado a andar.

BOGOTÁ Y LA EXPOSICIÓN DEL CENTENARIO DE 1910

En 1911, el ingeniero Alberto Borda Tanco publicó en la revista *Anales de Ingeniería* un texto titulado "Bogotá",

que acompañó con un plano de la ciudad en ese año y que da cuenta del desarrollo de esta urbe para entonces.

> La parte de la ciudad que está construida actualmente ocupa 6'000.000 de metros cuadrados aproximadamente, y se extiende unos 3.000 metros desde la unión de la carrera 6ª con la 7ª al sur, hasta la plazuela de la fábrica de cerveza alemana *La Bavaria,* al norte, y 2.500 metros desde la Plaza de Egipto al este, hasta la estación del ferrocarril del Sur, al oeste.[7]

Borda afirmaba que entonces la ciudad poseía 600 manzanas con "16 casas cada una, las cuales contienen unos 100.000 habitantes"[8] y menciona varios de sus adelantos, entre los que cabe destacar la luz eléctrica:

> [...] se emplea el sistema eléctrico incandescente, aprovechando para ello la fuerza del río Funza o Bogotá, que pasa a unos doce o catorce kilómetros al occidente de la ciudad y se precipita al sur formando la bellísima cascada de Tequendama, que tiene 135 metros de altura y se halla a treinta kilómetros de Bogotá y a unos cinco del Charquito, en donde está la Estación hidroeléctrica de la compañía de Energía de los señores Hijos de Miguel Samper. Esta sociedad colombiana estableció desde 1900 una instalación de cuatro turbinas, que aprovechan una caída de cincuenta metros y mueven alternadores que desarrollan una potencia de unos 2.500 caballos, los cuales, trasladados aéreamente por transmisión trifásica, que tiene de día 6.700 voltios y

[7] BORDA TANCO, "Bogotá", en *Anales de Ingeniería*, XIX:221-222 (jul.-ago. 1911), pp. 31-36.

[8] BORDA TANCO, p. 31.

20.000 de noche, suministran la fuerza, luz y calor al centro de la ciudad y a un gran número de habitaciones.[9]

Es necesario aclarar que el servicio eléctrico lo disfrutaban unos pocos y que los suburbios de la ciudad carecían completamente de su suministro. Además de la instalación del servicio de energía eléctrica, Borda menciona la nacionalización del tranvía que adquirió la ciudad en 1910 y la regularización del servicio férreo al puerto fluvial de Girardot que, como se ha mencionado, permitió la rápida comunicación de Bogotá con el río Magdalena y el mar.

En el informe de Borda, se hace referencia también a que "este movimiento de progreso recibió un grande impulso con la Exposición nacional de industrias y bellas artes que hubo para festejar el Centenario de vida autónoma de la República en 1910".[10]

El sitio en el que tuvo lugar este actividad fue el mismo que tres años antes había servido de sede para la exposición de 1907 y que era conocido desde entonces como El Bosque o Parque de los Hermanos Reyes. Según Borda, en aquel entonces era

> [...] una colina de suave declive y muy pintoresca orientación, de donde se domina un panorama hermosísimo por el vasto horizonte de la sabana y se goza de un ocaso admirable, en que al ocultarse el sol tras el macizo de la cordillera por el lado del nevado del Tolima, presenta un espectáculo análogo al del Righi sobre el lago de los cuatro cantones.[11]

---

[9] Borda Tanco, pp. 32-33.
[10] Borda Tanco, p. 33.
[11] Borda Tanco, p. 34.

Luego de varias discusiones éste fue, finalmente, el emplazamiento elegido para la realización de la que sería la mayor feria realizada hasta entonces en el país. La Comisión del Centenario escogió este lugar por su ubicación estratégica y fácil acceso, para lo que se procedió a la expropiación de los terrenos a su propietario Antonio Izquierdo y su posterior adecuación para los fines conmemorativos. Como se mencionó anteriormente, aunque por mandato de la Ley 39 de 1907 promulgada durante el gobierno de Reyes, se ordenó la solemne celebración del Centenario de la Independencia Nacional, el nuevo parque y la exposición fueron inaugurados por el presidente Ramón González Valencia el 23 de julio de 1910, mientras una multitud exaltada aguardaba impaciente desde la noche anterior el minuto para dar inicio a las celebraciones. Parecía entonces que la idea del progreso, que no pasaba de ser un discurso en la Bogotá decimonónica, pudo por fin encontrar viabilidad.[12]

Las festividades se iniciaron el 20 de julio de 1910 y fueron recibidas con euforia por una ciudad vestida para la ocasión. El programa de actividades públicas estaba colmado y se ofrecieron homenajes a hombres e instituciones. Como quedó descrito por un observador:

> Al sonar las 12 de la noche en el reloj de la catedral, se dio un estrepitoso saludo al 20 de julio, con una salva mayor de artillería, con el canto del himno nacional por el pueblo acompañado de bandas militares, y con los silbatos de las locomotoras y las fábricas, con los repliques de campanas de todas las iglesias de la capital, y con los gritos entusiásticos de un inmenso gentío,

---

[12] ZAMBRANO PANTOJA y CASTELBLANCO CASTRO, *El Kiosco de la Luz y el discurso de la modernidad*, p. 12.

pues se calcula que ese día se duplicó la población normal de Bogotá.[13]

A pesar del poco tiempo que tuvieron los organizadores para el montaje y construcción de los diversos pabellones, éstos llegaron a erigirse en tan sólo cuatro meses. El lugar impresionaba a los visitantes por su dimensión, despliegue, y su veloz puesta en escena, al tiempo que la administración luchaba por alcanzar los recursos destinados a tal fin, no teniendo otro remedio que recurrir a las donaciones privadas para cumplir con el soberbio objetivo. De cualquier forma el parque y la exposición estuvieron listos, con la suficiente parafernalia como para ensanchar los corazones de quienes asistían, y deslumbrar ya fuera a propios o a extraños. Para aquel momento definitivo, Miguel Triana escribiría desbordante en la *Revista de Colombia*:

> ¡Esto fue indescriptible! A las nueve de la noche —del 23 de julio— colmaba el Parque de la Independencia, iluminado como el día por millares de focos eléctricos, una multitud de personas asombradas de la belleza del espectáculo y de la maravilla del ingenio de la Exposición, con sus edificios soberbios y sus productos artísticos e industriales, representaba como una revelación fulgurante. El Campo Marte, Versalles, el Palacio de Cristal, la maravilla europea ante la cual el viajero primerizo se queda estupefacto, se habían trasladado de repente y por arte mágico a Bogotá.[14]

---

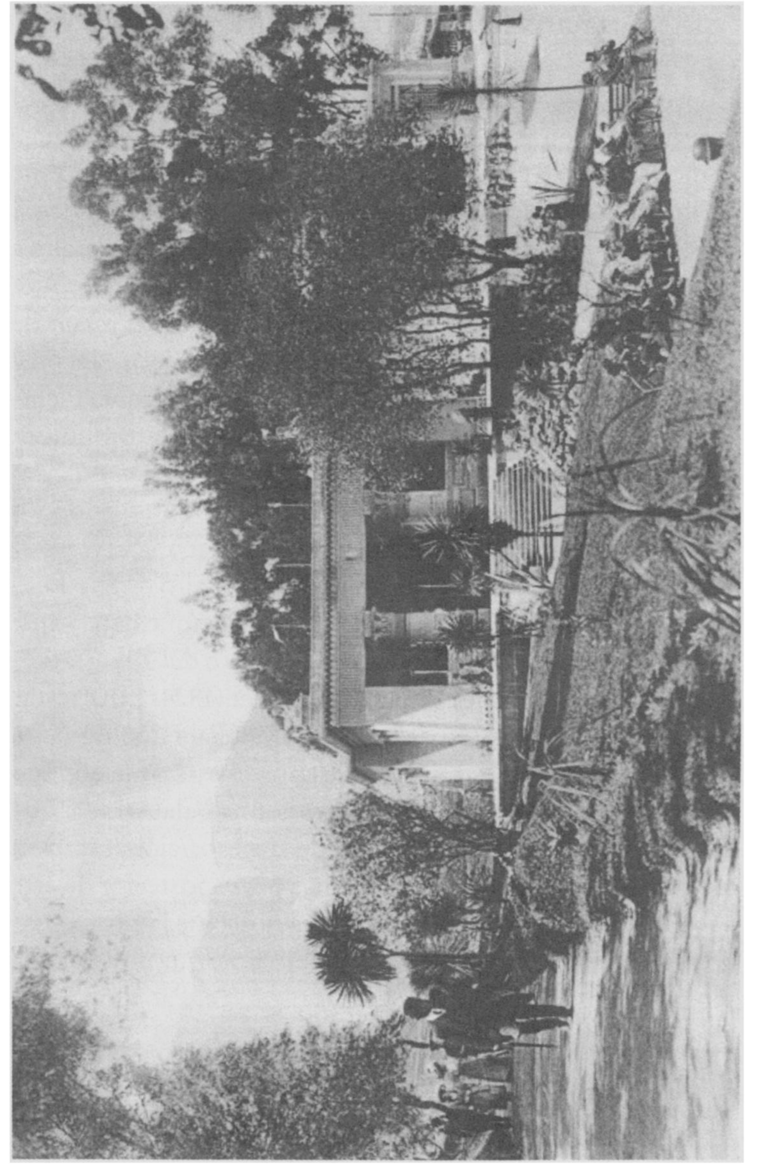
[13] *Primer Centenario*, p. 139.

[14] *Primer Centenario*, p. 215.

LA EXPOSICIÓN DEL CENTENARIO Y SUS EDIFICACIONES

El predio seleccionado para la exposición corresponde en la actualidad en su mayor parte al área verde que se conoce como Parque de la Independencia. Se trata del extremo sur de lo que había sido conocido como el Alto de San Diego, terreno particularmente inclinado que se localizaba entre las actuales carreras 5ª y 7ª y que había sido surcado por la quebrada de San Diego que, para 1891 y según el plano de Carlos Clavijo, había sido canalizada. Los linderos del predio correspondían a los linderos actuales del parque, incluyendo al suroriente el área ocupada hoy por la Biblioteca Nacional que limita con la calle 24 y las carreras 5ª y 6ª, y al norte la calle 26. La exposición se organizaba en torno a un sendero que empezaba siendo perpendicular a la carrera 7ª y luego continuaba a lo largo de la falda del alto de San Diego. Al costado norte de este sendero, que aún existe y que entonces remataba en la escultura ecuestre del Libertador, realizada por el francés Emanuel Fremiet (1824-1910), estaban situados el Quiosco de la Música y el Pabellón Egipcio. En el sector sur de este sendero estaba el estanque elíptico de las fuentes luminosas, limitado por una balaustrada, que le daba frente al pabellón central de la exposición, también conocido como de la Industria. En la parte posterior de este pabellón se encontraba el pequeño Quiosco de la Luz, situado al frente del Pabellón de Bellas Artes. Al sur de este último, próximo a la calle 24 estaba localizado el Pabellón de las Máquinas y al oriente de éste, sobre la carrera 5ª, el Quiosco Japonés y los establos.

Los pabellones de la Industria, Egipcio, Bellas Artes y de las Máquinas eran los de mayor tamaño y se construye-



Parque de la Independencia, Bogotá, Colombia.

ron con aportes del gobierno y de entidades y personas particulares, gracias a una convocatoria abierta que se hizo a través de algunos periódicos de la ciudad. Los quioscos de la Música, Japonés y de la Luz, por su parte, eran de menor tamaño y fueron donados por empresas privadas, como sucedió en la exposición que se realizó en el mismo lugar en 1907.

La coordinación arquitectónica estuvo a cargo de Mariano Santamaría, quien contó con la colaboración de jóvenes ingenieros y arquitectos como Escipión Rodríguez, Arturo Jaramillo Concha y Carlos Camargo Quiñones, primer arquitecto graduado de la Universidad Nacional de Colombia.

Quiosco de la Música

La fábrica de chocolates Chaves y Equitativa financió la construcción de un quiosco de planta octogonal, diseñado por Arturo Jaramillo Concha, destinado al uso "de las bandas de música que deleitan con sus acordes al público que concurre a aquel hermoso sitio". El quiosco fue solemnemente inaugurado el 23 de julio de 1910 en un acto al que asistió el presidente de la República, Ramón González Concha, con los ministros del despacho, el cuerpo diplomático, el gobernador del Distrito Capital y el Concejo Municipal. Luego de la exposición, el quiosco siguió prestando su servicio original, hasta 1916 cuando el alcalde intentó demolerlo, pero al ser propiedad del municipio, el concejo no lo permitió. A pesar de esto, el quiosco fue finalmente demolido en 1945.

Quiosco Japonés

El diseño de esta curiosa estructura estuvo a cargo de Carlos Camargo Quiñones y sirvió para albergar la residencia del guardabosques que cuidaba el parque. Estaba situado en las inmediaciones de los establos y era una especie de pagoda elevada del nivel del piso por un zócalo de piedra al que se accedía por unas escaleras. Tenía dos pisos de altura, molduras ondulantes, faldones combados y aleros de vuelta hacia arriba. De acuerdo con la investigación realizada por la antropóloga Inés Sanmiguel, quien le siguió el rastro a la inmigración japonesa en nuestro país, los primeros japoneses que llegaron a Colombia fueron traídos en 1908 por Antonio Izquierdo, propietario del predio en donde se realizó la exposición.[15] Uno de ellos era jardinero y se llamaba Tomohiro Kawaguchi y es muy posible que trabajara como guardabosques del parque; quizá eso explique el estilo japonés de esta construcción. De Kawaguchi sabemos que luego trabajó como jardinero en la casa del general Rafael Reyes, como profesor de jardinería en el asilo de San José y que años después murió en el Ocaso (Cundinamarca).

Pabellones transitorios

Dentro de esta categoría se incluyen las pesebreras, ubicadas en la parte más alta del parque y que fueron utilizadas para las exposiciones de animales, así como el Carrusel de Vapor, que administraba Ricardo Vélez (con 20% de impuestos del producto bruto) y estaba situado en el costado norte.

[15] SANMIGUEL, *Japan's Quest for El Dorado*, p. 98.

Pabellón de las Máquinas

El diseño de este pabellón estuvo a cargo del arquitecto Escipión Rodríguez y era una edificación de tres naves que tenía 20 m de frente por 45 de largo. Era el más transparente de todos y se organizaba a partir de una sencilla estructura compuesta por pilastras de mampostería que definían sus tres cuerpos, uno central y dos laterales. El acceso al cuerpo central lo anunciaban dos pilastras lisas que sostenían un dintel también liso sobre el que se apoyaba una superficie acristalada, rematada por un cornisamento que anunciaba una cubierta a dos aguas y en cuyo centro estaba el escudo nacional. Los cuerpos laterales, de menor altura, estaban también rematados por cubiertas a dos aguas y tenían al frente grandes relojes fabricados en Antioquia y Pacho. El primero luego fue instalado en la iglesia de Las Cruces y el segundo les recordaba a los visitantes de la exposición "cada media hora y cada cuarto de hora, que hay en la montaña genios superiores que realizan obras que ahora veinte años se habrían considerado imposibles".[16]

En el interior del pabellón, de acuerdo con la descripción del ingeniero Miguel Triana Cote (1859-1931) "se exhibían los productos de una fábrica de muebles y de otra de peinetas, varias máquinas de hilandería, varios relojes y obras de fundición de imprenta y catres de hierro, así como una rica colección de maderas del país".[17] En la nave central estaba la máquina de beneficiar café elaborada en Caldas por Anto-

[16] *Primer Centenario*, p. 218.

[17] Miguel Triana, en *Revista de Colombia. Volumen del Centenario*, Bogotá, Imprenta de J. Casis, 1911, p. 238.

nio J. Quintero, otra para hacer fideos, así como productos de las fábricas de fósforos, de fundiciones y de carrocerías. En una de las naves laterales había motores de vapor, una rueda Pelton e "instalaciones de cocinas y otros servicios domésticos de calderería".[18] El centro del pabellón estaba ocupado por una

> [...] grandísima cúpula sostenida por muchas columnas, formado todo esto con tubos de *gres* de los señores Santamaría y Moore, y se ven allí todas las clases, diámetros y dimensiones de estos tubos, tan notables que, por no ser porosos, prestan incalculable servicio para los acueductos con presión.[19]

Luego de la exposición, el pabellón sirvió de sede al Teatro del Bosque, administrado por Francisco J. Pardo, en donde se hicieron representaciones teatrales, así como funciones de zarzuelas y espectáculos de beneficencia. También se hicieron proyecciones de cine, a cargo del italiano Francesco di Domenico, hasta cuando, por inconvenientes con Pardo, decidió trasladarse al Teatro Municipal. Se hacían representaciones los jueves, sábados y domingos. Finalmente el pabellón fue demolido en 1924 por "feo e inútil".[20]

PABELLÓN CENTRAL O DE LA INDUSTRIA

El diseño de este pabellón estuvo a cargo de los arquitectos Mariano Santamaría y Escipión Rodríguez y su cons-

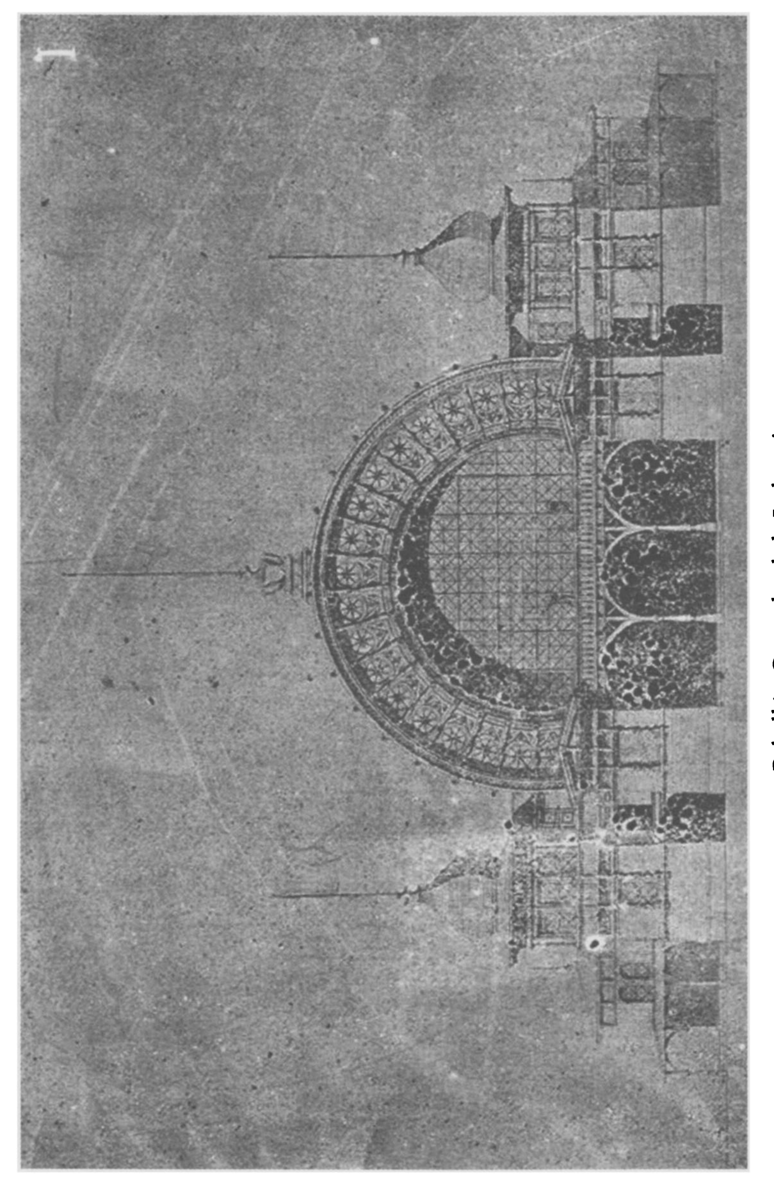
---

[18] Véase Miguel Triana en *Revista de Colombia. Volumen del Centenario*, Bogotá, Imprenta de J. Casis, 1911, p. 238.
[19] *Primer Centenario*, p. 219.
[20] NIÑO MURCIA, *Arquitectura y Estado*, p. 58.

trucción se inició el 14 de febrero de 1910. Poseía una planta rectangular que medía 54 m de fondo por 25 m de frente e interiormente se organizaba a partir de una nave central y dos laterales. El cuerpo central se anunciaba en la fachada con un arco de 12 m de diámetro que se apoyaba sobre dos pequeños volúmenes. Estos últimos estaban rematados por un cornisamento decorado con veneras y un frontón triangular que flanqueban una esbelta arcada apoyada en delgadas columnas que limitaban el vestíbulo de la edificación. Este cuerpo central a su vez tenía a sus costados dos torres, de difícil filiación estilística, coronadas por cúpulas bulbiformes. Los pisos estaban pavimentados en cemento y tenía capacidad para 2 400 personas. Los productos exhibidos se situaron de acuerdo a cada uno de los tres sectores del pabellón. En la nave norte estaban fábricas de tejidos como la de Samacá y la Nacional de Tejidos. Ambas compañías exhibieron paños de algodón, mantas, driles blancos y de color y un muestrario de la evolución del algodón al pasar por las máquinas. En la nave central productos farmacéuticos, cigarrillos, jabones y las fábricas de velas como La Marsellesa, La Campana, El Sol y la Luz X, esta última exhibió no sólo velas sino también jabones "desde el inferior para lavar la ropa, hasta los de heliotropo blanco y violeta, en magnífica edición de lujo"[21] y en la nave sur productos de talabarterías, tapicerías, carpinterías y zapaterías.

Luego de la exposición el pabellón tuvo varios usos: fue arrendado por José Ignacio Osorio para instalar allí un salón de patines, negocio que continuó su hermano Juan Crisóstomo hasta 1915. En ese año se trasladó del Pabellón Egipcio

[21] Véase TRIANA, p. 237.



Pabellón Central o de la Industria.

el Sporting Club, en donde se dictaban clases de gimnasia, esgrima, boxeo y tiro al blanco, y que administraba el artista Silvano Cuéllar. Para finales de ese año se autorizó al señor Gregorio Espinosa para que exhibiera entre el 14 y 21 de noviembre el "ternero fenómeno" y cuatro meses más tarde se anunciaba en la revista *Cromos* que el pabellón "había sido demolido recientemente". Su demolición, que se adelantó "con todo cuidado", se argumentó como "una de las mejoras que se imponían [...] por el estado ruinoso en que se hallaba y para la mejora estética del parque [...]".[22]

En efecto, el 18 de diciembre de 1915, en el *Diario Oficial* se invitaba a la licitación para "adjudicar al mejor postor los materiales de que se compone el Pabellón Central". Dentro de las obligaciones estaba la de "desbaratar por su cuenta el pabellón en un tiempo no mayor de sesenta días" y "retirar del Parque, tan pronto como vayan saliendo los materiales y despojos que resulten del edificio".[23]

Pabellón de Bellas Artes

El diseño del pabellón estuvo a cargo de los arquitectos Arturo Jaramillo Concha (1876-1959) y Carlos Camargo Quiñones; su construcción se inició el 15 de marzo de 1910 y culminó cuatro meses más tarde. Poseía una planta rectangular que se organizaba a partir de un espacio longitudinal central de mayor altura y dos laterales. Estos últimos contaban con una iluminación cenital y grandes ventanas rectangulares que fueron clausuradas para la exposición. El cuerpo

---

[22] Revista *Cromos*, Bogotá, I:10 (18 mar. 1916), p. 146.

[23] *Diario Oficial*, núm. 15672, Bogotá (18 dic. 1915).

central se hacía evidente en la fachada con dos robustas pilastras que enmarcaban el acceso y flanqueaban una escalera que conducía a la puerta principal de ingreso al pabellón. Las fachadas de los dos cuerpos laterales se organizaban alrededor de accesos axiales enmarcados también por pilastras. El conjunto estaba coronado por una cúpula octogonal que se apoyaba sobre un tambor con ventanas elípticas. En el diseño de la fachada se ven detalles ornamentales que luego utilizaría Jaramillo en las facultades de Derecho e Ingeniería de la Universidad Nacional, como la decoración en las pilastras y el escudo de Colombia como remate de la entrada principal. El pabellón fue demolido en la década de 1940.

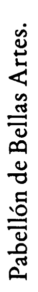
Pabellón Egipcio

Este pabellón, cuya construcción se inició el 1º de marzo de 1910 y se construyó en tan sólo cuatro meses, tenía capacidad para 1 000 personas y se destinó a la exhibición de las "obras de mano de las damas y especialmente, de las sostenedoras, de las salas de asilo".[24] Se erigió sobre una terraza a la que se accedía a través de escalinatas a cuyos costados había un par de esfinges. El diseño fue una libre interpretación del templo de Horus en Edfú (Egipto) que estuvo a cargo de los arquitectos Arturo Jaramillo Concha y Carlos Camargo Quiñones quienes, a juicio de Miguel Triana, "obtuvieron con él un brillante triunfo artístico, por la corrección del estilo seguido en todos sus detalles y decorados de un gusto exquisito".[25]

---

[24] *Primer Centenario*, p. 234.

[25] Véase Miguel Triana, en *Revista de Colombia. Volumen del Centenario*, Bogotá, Imprenta de J. Casis, 1911, p. 238.



Pabellón de Bellas Artes.

El pabellón poseía una planta rectangular que medía 14 m de ancho por 30 de largo. La fachada principal era simétrica y poseía tres cuerpos, uno central y dos laterales. El cuerpo central, que precedía ligeramente a los cuerpos laterales, tenía dos columnas con capiteles vegetales que flanqueban el acceso principal que estaba coronado por un friso liso decorado con motivos egipcios. Los cuerpos laterales poseían sencillas ventanas rectangulares determinadas por pilastras lisas, decoradas con largas antorchas, y en los extremos, a manera de acroteras, esculturas de la esfinge. Fue demolido en la década de 1930.

Quiosco de la Luz

Los hermanos Samper Brush, hijos de Miguel Samper Agudelo (1825-1899), poseían desde 1895 el derecho de abastecer de energía eléctrica a Bogotá y en 1909 establecieron la primera planta de cemento en las inmediaciones de la estación de La Sabana. Durante los días que duró la exposición en el Parque de la Independencia suministraron gratis su iluminación eléctrica y con el objeto de situar la planta para prestar este servicio, construyeron el denominado Quiosco de la Luz. La obra de esta sencilla edificación estuvo a cargo del albañil Simón Mendoza quien siguió el modelo del *Belvedere* o Pabellón de la Música, construido entre 1778 y 1781 por el arquitecto francés Richard Mique (1728-1794) en el conjunto del Petit Trianon en el parque de Versalles en París. Esta sencilla estructura tuvo el mérito, a su vez, de haber sido la primera edificación construida con cemento nacional producido por la fábrica de cementos Samper.

El Quiosco de la Luz es una edificación de planta octogonal, de un solo piso y tiene accesos en cuatro de sus costados y ventanas en los otros cuatro. Posee una fachada decorada con un cornisamento que tiene un friso ornamentado con guirnaldas y está rematada por un ático abalaustrado que limita una cúpula. Las puertas están coronadas por frontones triangulares que se apoyan en ménsulas, y en la parte superior de las ventanas hay imágenes alegóricas de las cuatro estaciones.

Luego de la exposición el quiosco tuvo varios usos y permaneció abandonado por muchos años. Finalmente y frente al avanzado estado de abandono la Corporación La Candelaria decidió emprender su proceso de restauración en el año 2005. Este trabajo, que estuvo a cargo del arquitecto Julián Suárez con la interventoría del Instituto Carlos Arbeláez Camacho de la Pontificia Universidad Javeriana (antiguo Instituto de Investigaciones Estéticas), culminó en febrero de 2006. El Quiosco de la Luz es la única estructura que se conservó de la exposición y, con el parque, es el último testimonio construido de esta actividad en la ciudad.

EL ACTO

Ramón Blanco nació en Ónzaga (Santander) en 1804 y a los 15 años se incorporó a la Compañía de Voluntarios de Pedro Martínez, que luego de la batalla de Boyaca tomó prisionero al general José María Barreiro (1793-1819). A sus 106 años, que apoyaba en un bastón de madera rematado por una bola de cobre y cubierto con un sencillo abrigo de bayeta, se dirigió con una corona de flores a la estatua del Libertador frente a una multitud "ansiosa de conocer el

famoso bronce" que había sido encargado a Francia al escultor Emanuel Fremiet:

> A las cuatro y media de la tarde, suenan las cornetas que anuncian la llegada del Presidente, y asciende el decrépito anciano por una larga escalera en equilibrio con su corona en la mano. La emoción esperada se trocó en angustia: todos los pechos suspendieron el aliento ante la peligrosa y atrevida ascensión, rayana en ridícula, a que se quiso someter a este pobre anciano, digno siquiera por su edad, de la veneración de los contemporáneos".[26]

El anónimo y viejo soldado Blanco vivió su momento de gloria en compañía de otros héroes de la independencia que para entonces ya habían alcanzado el eterno bronce en el marco de los distintos eventos que con motivo de la celebración del primer Centenario de la independencia tuvieron lugar en Bogotá en 1910.[27]

Si bien los actos se iniciaron el 15 de julio, alcanzaron su clímax la víspera del 20, fecha que desde el segundo gobierno de Murillo Toro (1872-1874), en 1873, había sido adoptada como oficial y declarada cuna de la independencia. El 19 de julio de 1910, una imponente procesión salió de la iglesia de la Veracruz, que había sido declarada Panteón Nacional por conservar los restos de la mayoría de los patriotas fusilados en 1816 por orden de Morillo, y por obvias razones fue el lugar escogido para sacar en andas el Cristo de los Mártires: "una de las reliquias históricas más preciadas

---

[26] Véase Miguel Triana, en *Revista de Colombia. Volumen del Centenario*, Bogotá, Imprenta de J. Casis, 1911, p. 217.

[27] Revista *El gráfico* , Bogotá, 1 (24 jul. 1910).

que conserva la República" y ante el cual "se humedecieron los ojos y se sintieron conmovidos los corazones de muchos ciudadanos".[28]

En la noche de ese día se iluminó la Plaza de Bolívar, donde se habían situado el ejército nacional y varias bandas musicales que en medio de una marcha de antorchas esperaron pacientemente hasta la media noche, cuando

> [...] el pueblo de Bogotá dio el grito de ¡Viva Colombia! Las campanas de todas las iglesias tocaron a vuelo, los silbatos de todas las máquinas hirieron el aire, las bandas de música y las orquestas entonaron el himno nacional y cuarenta mil personas, agrupadas alrededor de la estatua del Libertador, se entregaron al más férvido entusiasmo de amor por la Patria

y se dio inicio a un desfile que recorrió las principales calles de la ciudad hasta el amanecer. Por fin, en la noche del 23 de julio se abrió la Exposición Industrial y Agrícola que, con motivo de este festejo, se organizó en el Bosque, como entonces se conocía al actual Parque de la Independencia. A las 9 de la noche, Carlos Michelsen Uribe (1850-1930), miembro de la Junta Especial del Centenario le explicó al presidente de la República: "Vais a tocar, señor, un resorte que cierra el circuito eléctrico y dará paso a la corriente para iluminar con profusión este recinto". Así, se iluminó el recinto ferial, bajo esta luz eléctrica que auguraba mejores tiempos, se destacaron los edificios, las arboledas, el jardín y el estanque que fueron solemnemente inaugurados por el general Ramón González Valencia (1854-1928), entonces presidente de la República.

---

[28] Revista *El gráfico*, núm. 1 (24 jul. 1910), Bogotá, p. 11.

González Valencia pidió en su discurso inaugural la "conciliación definitiva entre todos los que llevamos el glorioso nombre de colombianos", en una solicitud que encerraba el sentimiento general, que estaba lleno de optimismo hacia el futuro que se representaba en esas "esbeltas edificaciones erigidas para albergar las obras más notables que nuestra industria y nuestro arte producen", y que auguraban un futuro mejor de embellecimiento urbano y progreso. Se puede concluir que esta exposición nacional, al igual que las exposiciones internacionales que se habían realizado desde la segunda mitad del siglo XIX, logró despertar la ilusión de un país que vio en ella el progreso histórico que los llevaría a alcanzar sus metas utópicas.

Luego de la exposición, el paseo dominical por el Bosque se convirtió en una de las mayores atracciones de la ciudad. Al Bosque se iba para dejar atrás la "atareada vida del centro, conseguir un saludable descanso y disfrutar una hora de belleza. Allí con el oxígeno, el color y la quietud, al par que se desagravia un poco el organismo se toma algún aliento espiritual con que volver al aniquilador pero ineludible vaivén ciudadano".[29] Pero no sólo se asistía a este lugar por estas razones. Allí ahora se encerraba algo de ese mundo cosmopolita que los bogotanos ansiaban compartir con las demás ciudades y que requería dejar atrás el carácter "huidizo y huraño" que caracterizaba, según un cronista de la época, a los habitantes de esta ciudad:

> ¡De cuánto se podría gozar aquí en una hora si fuéramos otros, si nos cambiaran este modo de ser, todavía santafereño, por uno

[29] "Paseo por el Bosque", *El gráfico*, Bogotá, 11 (1º oct. 1910), Serie II.

más cordial, menos ceremonioso y convencionalista, si supiéramos mirarnos y hablarnos y reírnos y comunicarnos y pasar sin recelo unos por junto de otros como lo hacen todas las gentes, de todas las ciudades, de todos los países, de todo el mundo![30]

BOGOTA DESPUÉS DE LA EXPOSICIÓN DEL CENTENARIO

Aunque de alguna forma la feria del Centenario fue una demostración vigorosa del arte y la industria nacionales, era para entonces, como lo señala Kalmanovitz, "[...] todavía en 1910 relativamente arriesgado para un empresario en ciernes invertir en una industria un capital previamente acumulado en el comercio, el café, la agricultura o traído del exterior",[31] y tras el tardío proceso de industrialización que fue "largo y penoso",[32] resultaba casi inocente la celebración de esta feria. Pero como se ha querido interpretar, la celebración de la Exposición Industrial y Agrícola de 1910 y la construcción del pintoresco parque con los diversos pabellones, constituyen un punto fundamental de la historia urbana de Bogotá para entender las corrientes sociales y el pensamiento que la hicieron posible.

Bogotá continuó su industrialización y para 1912 contaba con dos fábricas grandes de tejidos, materiales de algodón y lana de baja calidad, destinados al mercado de masas. La Compañía de Cemento Samper ya operaba a escala bastante grande y había otra de gran tamaño dedicada a la fabricación de baldosas, cisternas y conductos de agua, conocida como fábrica Moore: "Estas fábricas han tenido un efecto

[30] "Paseo por el Bosque", *El gráfico*, Bogotá, 11 (1º oct. 1910), Serie II.
[31] KALMANOVITZ, *El desarrollo tardío del capitalismo*, p. 79.
[32] KALMANOVITZ, *El desarrollo tardío del capitalismo*, p. 79.

grande en reducir la demanda por cemento importado. Además existe proliferación de fábricas de gaseosas, cerveza, chocolate, que utilizan la última tecnología".[33] Era un hecho que la feria había estimulado la industria y comprometido a las artes, para testificar los aires de expresión y pensamiento que rodeaban a Bogotá en aquellos tiempos.

Así mismo y de manera paralela al caso de Bogotá, se dieron en todo el país grandes celebraciones con motivo del Centenario de la independencia, y en la mayoría de las ciudades importantes se erigieron monumentos conmemorativos como puntos formales dentro del trazado, que acaparando fines simbólicos, generaron años después nuevas dinámicas de urbanización en sus contextos inmediatos. Una vez más los pretextos de una festividad patriótica habían servido para generar nuevas escenografías urbanas y manifestar cambios en las dinámicas sociales. Cabe recordar que la época del Centenario marcó a toda una generación de colombianos que fueron bautizados como la Generación del Centenario, que realizó en los siguientes 40 años de celebrada la feria importantes transformaciones sociales, económicas y políticas en la historia colombiana.

Desde un punto de vista arquitectónico es innegable que las edificaciones del Parque de la Independencia fueron un reflejo de la arquitectura de inspiración neoclásica que había predominado en el siglo XIX y que aún agonizaba en este siglo XX que apenas se iniciaba. De esta manera, sufrieron el cambio de gusto estético que ya para entonces se estaba forjando en Europa y que dio paso a nuevas manifestacio-

[33] KALMANOVITZ, *El desarrollo tardío del capitalismo*, p. 81.

nes estéticas que llegarían a nuestro país en la tercera década del siglo xx.

Sin embargo, sería injusto no ver el otro lado, que bajo la apariencia neoclásica de la única edificación que se salvó, el Quiosco de la Luz, se encerraban los elementos que terminarían por definir el destino arquitectónico de Bogotá y el país desde ese momento: la luz eléctrica, el concreto armado y el vidrio.

En efecto, y como lo describía Borda Tanco, en las afueras de Bogotá, donde se realizó la exposición, no había aún luz eléctrica y el hecho de tener un generador de energía en esta edificación permitió iluminar el recinto ferial durante el tiempo que duró el evento. Imaginar el impacto que esta visión tuvo en la Bogotá de entonces es difícil para nosotros, acostumbrados a la permanente compañía de la luz eléctrica. Así mismo, la decisión de construir esta pequeña estructura en cemento armado sólo fue el comienzo de la carrera que para entonces iniciaba la Compañía de Cemento Samper y que permitió que nuestro país se convirtiera en productor de este material y dejara de importarlo, como había hecho hasta entonces. A partir de la Exposición del Centenario, los múltiples trabajos adelantados por Cemento Samper dejan ver cómo el cemento poco a poco fue tomando el mercado de la construcción hasta convertirse en el material constructivo por excelencia en el siglo xx.[34]

Finalmente y desde un punto de vista urbano es interesante ver también cómo el espacio ocupado por el Parque de la Independencia, que se complementaba con el desapa-

---

[34] Carrasco Zaldúa, *La Compañía de Cemento Samper.*

recido Parque del Centenario, si bien ha sufrido innumerables transformaciones, aún se puede leer como el punto de quiebre entre la ciudad tradicional y los nuevos desarrollos urbanos que vendrían después. Desde la construcción de la Biblioteca Nacional (1933-1938) y el Museo de Arte Moderno de Bogotá (1969-1988) al costado sur del parque; las Torres del Parque (1964-1970), la obra más emblemática de la arquitectura nacional en el siglo xx, del arquitecto Rogelio Saltona, en su extremo oriental. La Plaza de Toros (1930-1944) y el Planetario (1968-1969) al norte complementadas por la presencia del Centro Internacional (1952-1982) y el Hotel Tequendama (1952) al occidente. Se puede afirmar que este lugar ha estado en permanente transformación a través de obras que sin duda encarnaron el espíritu de cambio y modernización que esperaban los organizadores de la Exposición del Centenario.

De esta manera, si bien es innegable que desde un punto de vista urbanístico y arquitectónico la Exposición del Centenario fue concebida para convertirse en un hito en la historia nacional, con el paso de los años se demostró que el efecto obtenido se alcanzó pero no por el camino que esperaban sus promotores. Las edificaciones que conformaron la exposición y que estaban llamadas a ser recordadas por muchos años no superaron la segunda mitad del siglo xx antes de que fueran demolidas por "feas e inútiles". Así, se puede concluir que, en efecto, la Exposición del Centenario como hecho superó ampliamente las posibles expectativas de sus organizadores, que apelaron a un repertorio formal que resultaría obsoleto en pocos años, pero que en esencia fue una especie de "presagio" urbanístico y arquitectónico que contendría en sí mismo las más impresionantes trans-

formaciones de la ciudad en los años siguientes, como el tiempo se encargaría de demostrarlo.

Sorprende así mismo que un siglo después, cuando ya se convocó una nueva comisión, esta vez para celebrar el Bicentenario de la Independencia, uno de los proyectos más importantes que piensa adelantar la ciudad esté situado en el predio del Parque de la Independencia. Será una plataforma que cubrirá la calle 26, entre las carreras 7ª y 5ª, y unirá de nuevo a la Biblioteca Nacional y al Museo de Arte Moderno con el parque. No se conoce ni el diseño definitivo, ni mucho menos ha empezado la construcción. Al parecer, no se ha perdido la costumbre "centenaria" de dejar todo para el último momento.

REFERENCIAS

Bogotá

Bogotá el 6 de agosto de 1938, Bogotá, Editora Arco, Sociedad de Mejoras y Ornato, 2001.

BORDA TANCO, Alberto

"Bogotá", en *Anales de Ingeniería*, XIX:221-222 (jul.-ago. 1911), pp. 31-36.

CARRASCO ZALDÚA, Fernando

La Compañía de Cemento Samper. Trabajos de arquitectura, Bogotá, Planeta, Corporación La Candelaria, 2006.

ESCOVAR, Alberto, M. MARIÑO y C. PEÑA

Atlas histórico de Bogotá: 1538-1910, Bogotá, Planeta, Corporación La Candelaria, 2004.

HERRERA DE LA TORRE, R.

75 años de fotografía, 1865-1940, Bogotá, Presencia, 1970.

ISAZA, E.

Primer Centenario de la Independencia de Colombia: 1810-1910, Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1911.

KALMANOVITZ, Salomón

El desarrollo tardío del capitalismo: un enfoque crítico de la teoría de la dependencia, Bogotá, Siglo Veintiuno Editores, 1983.

MARTÍNEZ, Frédéric

El nacionalismo cosmopolita: la referencia europea en la construcción nacional en Colombia, Bogotá, Banco de la Republica, 2000.

MEJÍA PAVONY, Germán Rodrigo

Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Departamento de Historia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, CEJA, 2000.

NIÑO MURCIA, Carlos

Arquitectura y Estado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura, 1991.

Planos y dibujos

Planos y dibujos: Archivo del Ministerio de Obras Públicas y Transporte, 1905-1960, Bogotá, Museo de Arte Moderno, 1993.

Primer Centenario

Primer Centenario de la Independencia de Colombia 1810-1910, Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1911.

SANMIGUEL, Inés

Japan's Quest for El Dorado. Emigration to Colombia, Tokio, Kojinshoten, 2005.

ZAMBRANO PANTOJA, Fabio y Carolina CASTELBLANCO CASTRO

El Kiosco de la Luz y el discurso de la modernidad, Bogotá, Alcaldía Local de Santa Fe, Instituto Distrital de Cultura, 2002.

RECONQUISTAR AMÉRICA PARA REGENERAR ESPAÑA. NACIONALISMO ESPAÑOL Y CENTENARIO DE LAS INDEPENDENCIAS EN 1910-1911*

Javier Moreno Luzón
Universidad Complutense de Madrid

> La actualidad nos brinda con una
> ocasión alta, solemne, única tal vez, de
> reconocernos, de estimarnos, de afirmarnos
> como nación y como raza.[1]

DE CONFERENCIAS, EMBAJADAS Y BANQUETES

En la España de 1910, los círculos hispanoamericanistas vivían momentos de euforia. Cuando el profesor Rafael Altamira regresó de su viaje transatlántico a finales de marzo, después de haber visitado seis países y pronunciado 300 conferencias, se encontró con un recibimiento apoteósico: en

* Agradezco a Marcela García Sebastiani, Virginia Guedea, Rodrigo Gutiérrez Viñuales, David Marcilhacy y Tomás Pérez Vejo su ayuda. Este artículo fue elaborado en el marco del proyecto de investigación HAR2008-06252-C02-01, del Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

[1] Blanca Ríos de Lampérez, "Afirmación de la raza ante el Centenario de la Independencia de las Repúblicas Hispano-Americanas", *Unión Ibero-Americana* (28 feb. 1910), pp. 26-34.

Coruña primero, luego en Santander y en Alicante, las multitudes lo aclamaban, las autoridades lo abrazaban y se sucedían las recepciones, los brindis y los paseos triunfales. Los escolares cántabros arrojaron sobre el héroe flores y ramas de laurel. Sus paisanos alicantinos lo hicieron hijo predilecto, dieron su nombre a una calle y hasta le ofrecieron un escaño en las Cortes. Los periódicos lo llamaban "reconstructor del alma nacional" y hablaban de la "reconquista de América", casi siempre calificada de moral o espiritual. Intelectuales y políticos aplaudieron sus informes en el Ateneo de Madrid, la Unión Ibero-Americana y la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, tres de las principales instituciones culturales de la capital. Tras pasar por León, el periplo culminó en Oviedo, cuya universidad le había encargado fomentar el intercambio académico y donde los homenajes se prolongaron durante un mes. Lo que había comenzado como una iniciativa universitaria —"en nobles vísperas del Centenario de la Independencia de la América Española", según la primera circular del rector ovetense— se había convertido en un acontecimiento político. Para coronar estos éxitos, el rey Alfonso XIII lo condecoró y le concedió dos audiencias en las que el catedrático republicano relató al monarca las impresiones de su gira y le expuso un completo programa de acción con el fin de multiplicar los vínculos con América, asumido de inmediato por el gobierno. A su juicio, esta bienvenida demostraba que el pueblo español se daba perfecta cuenta de la importancia del problema americano, decisivo para el porvenir de la patria.[2]

---

[2] *Abc* (1º, 4 y 5 abr. 1910); "Dos Españas", en *Heraldo de Madrid* (3 abr. 1910); "La reconquista de América", en *El País* (16 abr. 1910). ALTAMIRA, *Mi viaje a América*, pp. 5 (cita) y 263-266. CORONAS, "Altamira".

Por las fechas en que Altamira volvió a España, la prensa de Madrid especulaba sobre la composición de la embajada extraordinaria que, por orden del ejecutivo, debía acudir a las fiestas del Centenario de la independencia argentina, en mayo de aquel mismo año. Tenían que figurar en ella las fuerzas vivas de la política, el pensamiento, las artes, las ciencias y las letras. Se trataba de responder a la invitación, de estar a la altura del acontecimiento y de mostrar lo mejor del país. Para encabezarla el rey designó, tras la negativa de su cuñado el infante don Carlos —mal visto por las izquierdas a causa de su pasado tradicionalista—, a su tía la infanta Isabel de Borbón, hermana de su padre Alfonso XII. Apodada "La Chata", era uno de los personajes más populares de la familia real y combinaba, en un característico tono aristocrático y castizo, los rígidos rituales cortesanos con numerosas labores caritativas y con la presencia asidua en corridas de toros y verbenas madrileñas. Sus funciones resultaban excepcionales, pues sólo representaba al monarca, no al gobierno. La embajada propiamente dicha la presidía el diplomático Juan Pérez Caballero, un prohombre del partido liberal sin experiencia en los asuntos americanos pero con un notable peso político, que acababa de abandonar la cartera ministerial de Estado al caer el gabinete de Segismundo Moret y formarse el de José Canalejas, su máximo rival dentro del liberalismo dinástico. Premio de consolación que descartaba opciones más brillantes barajadas por los periódicos, como la del orador republicano moderado Melquíades Álvarez o la del jefe conservador Antonio Maura. Por lo demás, la misión se componía de militares y de una síntesis aproximada de la cultura oficial: tras la renuncia del escultor Mariano Benlliure, que

pretextó problemas de salud, quedaron el escritor Eugenio Sellés, de la Real Academia Española; el ingeniero e inventor Leopoldo Torres Quevedo, de la de Ciencias; el también ingeniero José Eugenio Ribera, delegado del Ministerio de Fomento, y el pintor Gonzalo Bilbao. Y, a su lado, periodistas de cuatro diarios monárquicos (*La Época*, *El Imparcial*, *La Correspondencia de España* y *Abc*) encargados de divulgar los méritos de la empresa. No embarcaron con ellos representantes de los trabajadores ni tampoco el gran orgullo de la nueva ciencia española, el premio Nobel de medicina Santiago Ramón y Cajal, como habían propuesto varios opinantes, pero sí lo hicieron, por sus propios medios, mensajeros de algunos ayuntamientos, cámaras de comercio y asociaciones americanistas.[3]

La acogida que dio Buenos Aires a la embajada de la infanta Isabel causó asombro en los medios españoles, sobre todo en los diarios y revistas ilustradas que consumían las clases medias. Los adjetivos caían en cascada: grandiosa, colosal, delirante, memorable. Las noticias y fotografías certificaban la magnitud de las demostraciones públicas de afecto, el protagonismo de los emigrantes españoles y la relevancia otorgada a la embajadora, siempre en un lugar de honor junto al presidente de la República, José Figueroa Alcorta. Se publicaban detalles sobre los monumentos, las funciones teatrales, los bailes de gala y las paradas militares.[4] No era la primera vez que se enviaba una representa-

[3] *Abc* (6 y 24 febr. 1910); *El País* (8 feb. 1910); *El Imparcial* (5 mar. 1910) y *El Liberal* (23 mayo 1910). Carta de la infanta Isabel a Alfonso XIII, 27 de febrero de 1910, AGP, *AXIII*, Cª 12800/7. RD de 12 de abril de 1910.

[4] Véanse, por ejemplo, *El Imparcial* (20 mayo 1910); *Abc* (8 jun. 1910);

ción de ese tipo a América, puesto que en 1893 la infanta Eulalia, otra de las tías de Alfonso XIII, había viajado a Chicago para visitar la exposición universal organizada con motivo del IV centenario del descubrimiento. Pero el éxito de su hermana mayor superó todas las expectativas. Lo cual, unido a las constantes presiones de los gobiernos implicados, condujo al envío de tres misiones extraordinarias más a otros tantos centenarios hispanoamericanos: en septiembre de 1910 México y Chile y en julio de 1911 Venezuela. A México se mandó al capitán general Camilo García de Polavieja, Marqués de Polavieja, de madre mexicana y uno de los militares con más protagonismo en la historia política reciente, que había gobernado las colonias de Cuba y Filipinas antes de 1898 y después se había postulado como espadón regeneracionista, católico y proclive a los intereses catalanes. Para Chile se pensó en el Duque de Arcos, un diplomático y antiguo ministro español en Santiago. Y para Venezuela en el Conde de Cartagena, nieto del jefe de las fuerzas españolas en aquella guerra de independencia. Una escala descendente que terminó ahí, puesto que no habría más embajadas extraordinarias en América hasta 1920-1921, cuando el infante don Fernando, otro cuñado del rey, viajó a Chile para festejar el centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes.[5]

En cualquier caso, el Centenario argentino tenía para España una importancia muy superior a la de las otras efemérides americanas. Argentina era la potencia emergente

---

Blanco y Negro (22 jun. 1910); *La Ilustración Artística* (27 jun. 1910), y *La Ilustración Española y Americana* (30 jun. 1910).

[5] AMAE H-3489. Protocolo, misiones extraordinarias españolas 1910-1921.

con la que podían surgir más y mejores negocios culturales y mercantiles, y allí residía la mayor colonia de emigrantes españoles del continente. La revolución de mayo se recordó en diversas ciudades peninsulares, normalmente ligadas al comercio ultramarino y con el cónsul argentino al frente de cada celebración. Es lo que ocurrió en Barcelona, donde un banquete reunió a entidades económicas, autoridades locales y residentes americanos; en Málaga, que bautizó una calle con el nombre de la República; en Valencia, donde su exposición nacional dedicó una semana a festejarla; y en Vigo, cuya Cámara de Comercio había financiado el viaje de Altamira. En el Salón de Ciento del ayuntamiento barcelonés, 3 000 personas escucharon al escritor hispanófilo argentino Manuel Ugarte. Cádiz, otro puerto que miraba hacia América, descubrió una lápida en homenaje al primer presidente civil de Argentina, Bernardino Rivadavia, en la casa gaditana donde había fallecido en 1845, una idea de la Cámara de Comercio española en Buenos Aires. Desde el punto de vista político, el acto más significativo fue el que organizó en Madrid la Unión Ibero-Americana, un organismo lleno de notables de los partidos gubernamentales —su presidente era el conservador Faustino Rodríguez San Pedro, el director de su revista el liberal Luis de Armiñán— y uno de los pocos que recibía subvenciones estatales. A él asistió el mundo oficial, con el presidente del Consejo de Ministros a la cabeza, a modo de conmemoración conjunta de todos los centenarios americanos. Pero la fiesta más sonada llegó al pasar en junio por España el presidente electo de Argentina y antiguo ministro en Madrid, Roque Sáenz Peña, para el que se preparó un extenso programa de agasajos con el fin de agradecer el tratamiento dado a la

embajada en La Plata. Sáenz rodó de banquete en banquete hasta el fastuoso del Teatro Real, donde la crema de la política liberal española —lo organizaba el republicano Miguel Moya, presidente de la Asociación de la Prensa, hablaron Moret y Canalejas— disertó sobre las prometedoras relaciones hispano-americanas. Como colofón simbólico se presentó allí mismo un cuadro vivo del óleo *La fundación de Buenos Aires*, de José Moreno Carbonero, encargado al pintor español por la municipalidad de la capital argentina. La invocación de los orígenes venía a reforzar las perspectivas de futuro.[6]

En realidad, la parafernalia conmemorativa se alimentaba de múltiples redes de contactos entre españoles y americanos, que venían trenzándose desde hacía más de una década y se volcaron en torno al Centenario. Aparte de los vínculos comerciales y asociativos, uno de los fenómenos más influyentes era el de los viajes de escritores y artistas a uno y otro lado del océano. Casi todos poseían nexos políticos y dieron testimonio en libros y artículos de su fascinación por la orilla opuesta, así como de su fe en la existencia de una comunidad hispanoamericana. Sin salir de 1910, anduvieron entonces por Argentina el ensayista conservador José María Salaverría, el dramaturgo filocarlista Ramón María del Valle Inclán y la estrella más famosa del panorama literario hispano, el novelista republicano Vicente Blasco Ibáñez; por México y otros países el poeta y parlamentario conservador Juan Antonio Cavestany. El jurista republicano Adolfo Posada siguió los pasos de

---

[6] *El Correo Español* (27 mayo 1910), y *Unión Ibero-Americana* (30 jun. 1910).

Altamira en universidades de Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay. El pintor y autor teatral Santiago Rusiñol también asistió al Centenario argentino. No faltaron voces que denunciaran el exceso de conferenciantes atraídos por las fáciles ganancias, pero lo cierto es que algunos de los citados moldearon la visión de América en la opinión pública española. En sentido inverso, ese mismo año visitaban España escritores nacionalistas argentinos como Ugarte y Manuel Gálvez, portavoces del hispanismo que deseaba penetrar en el alma de la raza. Quien más aplausos cosechó fue su compatriota Belisario Roldán, pues la intelectualidad madrileña parecía fascinada por su desbordante oratoria castelarina y promovió conferencias y banquetes en su honor. A la del Ateneo en enero asistieron, entre otros, el inevitable Moret, Blasco, el veterano Gumersindo de Azcárate y un joven José Ortega y Gasset.[7]

Además, alrededor de estas manifestaciones crecía el tejido de centros americanistas españoles. Hasta poco tiempo antes, la Unión Ibero-Americana y sus delegaciones habían estado prácticamente solas en su defensa del acercamiento entre España y las repúblicas de habla española, acompañadas tan sólo por algunos entusiastas en provincias como Huelva. Pero ahora sobraban las iniciativas. En Barcelona, un núcleo de profesionales, comerciantes e industriales inspiraba ya desde comienzos de siglo la revista comercial *Mercurio* y, capitaneados por los catalanistas Frederic Rahola y Rafael Vehils, fundaron en enero de 1910 la

[7] Sobre la importancia de los viajes, puede verse PASCUARÉ, "Del hispanoamericanismo al panhispanismo". *La Lectura* (ene. 1910); *Abc* (30 ene. 1910).

Sociedad Libre de Estudios Americanistas, nacida con el respaldo de diversos foros empresariales para estimular el conocimiento de América Latina a través de acciones pedagógicas. Al año siguiente, la Sociedad se fusionó con el Club Americano que alentaban los inmigrantes e indianos en la ciudad y formó la Casa de América, uno de los organismos culturales y mercantiles de más largo aliento, cuyos agentes velaron por los intereses de las compañías catalanas durante décadas. En vísperas de otro centenario muy relacionado con América, el de las Cortes de Cádiz, en enero de 1910 comenzó también a funcionar en la ciudad andaluza la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes. En julio apareció el Centro de Cultura Hispano-Americana, patrocinado por el periodista y senador demócrata Luis Palomo, amigo íntimo de Canalejas, que lo concibió como un foco de enseñanza en el que, algo excepcional, participaban unas cuantas mujeres. Como la escritora Blanca de los Ríos, destinada a convertirse en una de las promotoras más activas del hispanoamericanismo reaccionario. Si en septiembre se daba a conocer la Asociación Americanista Valentina, en octubre lo hacía un fantasmal Círculo Hispano-Americano inspirado por el periodista Joaquín Just. De modo que en 1911 pudo celebrarse en Barcelona una multitudinaria asamblea nacional de asociaciones americanistas, mientras Sevilla empezaba a preparar una exposición internacional iberoamericana.[8]

---

[8] SEPÚLVEDA, *Comunidad cultural*, pp. 163-184. *Mercurio*, 98 (1º ene. 1910). DALLA CORTE, *Casa de América de Barcelona*, pp. 59-78. *Revista de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes*, 1 (feb. 1910). *Abc* (20 mar., 10 sep. y 17 oct. 1910).

Las conmemoraciones se concebían como ocasiones adecuadas para fortalecer las identidades políticas colectivas, en las que se trazaban genealogías del grupo en cuestión, se actualizaban los discursos que lo singularizaban y enaltecían, se fijaban sus símbolos y se realizaban ceremoniales ritualizados con el fin de cohesionarlo. Cada sector intentaba imponer en ellas su interpretación del pasado y marcar el camino que había de seguirse. Aunque las utilizaran movimientos de clase o de otro signo, estas celebraciones constituyeron uno de los instrumentos favoritos de los nacionalistas, que buscaron aniversarios para exaltar epopeyas y héroes y colocaron fiestas patrias en el calendario. Y no sólo desde gobiernos nacionales, sino también desde instituciones regionales y locales, asociaciones de toda índole, empresas y proyectos individuales.[9]

El Centenario de las independencias americanas en 1910 no fue una excepción, y en él se usaron las formas conmemorativas características de la época. Unas propias de las élites, como la conferencia, el libro y el artículo del intelectual, erigido al cambiar el siglo en intérprete de cuanto ocurría, o el banquete en el que las minorías dirigentes comulgaban con el ideal. Otras abiertas a un público más amplio pero mero espectador, como los desfiles militares y las inauguraciones de lápidas y monumentos que consagraban los valores comunes; o con mayor participación popular, más o menos espontánea, como las procesiones cívicas y las concentraciones en que se contabilizaban las fuerzas disponibles. En ellas se buscaba la adhesión emotiva, el

---

[9] Las conmemoraciones han recibido bastante atención por parte de los estudiosos del nacionalismo. Algunos rasgos generales, en GILLIS, "Memory and identity", y TURNER, "Nation and commemoration".

estímulo de los sentimientos de pertenencia a la nación, a través de los himnos, las banderas y los vivas. De hecho, las conmemoraciones se convirtieron en un rasgo sustancial del nacionalismo en la transición de la política de notables a la política de masas.

El papel de España en esta conmemoración resultaba ciertamente peculiar, incluso paradójico. No sólo porque estuviera ubicada a miles de kilómetros de su epicentro y se hiciera presente en ella a través de medios indirectos, como las embajadas o las actividades de los emigrados, invitada más que protagonista. Sino también porque, después de todo, los festejos recordaban el comienzo de rebeliones que habían desembocado en la emancipación de sus colonias. Incluso podían ser contraproducentes, si resucitaban viejos odios y agravios. José Canalejas señaló, en su discurso ante la Unión Ibero-Americana, que no solían entregarse los pueblos a conmemorar las derrotas y enaltecer las desdichas. Olvidaba el jefe liberal un ejemplo muy cercano, el del catalanismo, que llevaba unos años celebrando su fiesta nacional, cada 11 de septiembre, en memoria de la debacle catalana ante las tropas del rey Felipe V en 1714. En el caso de los centenarios americanos la evocación no llegó tan lejos y tampoco despertó rencores, pero sí que dio lugar a una efusión nacionalista, de puro españolismo, en la cual confluyeron tres actores principales: un movimiento político en auge, el hispanoamericanista, con diversas expresiones en la sociedad civil y discursos cruzados en defensa de la historia, el presente y el futuro de la dimensión oceánica de España; la voluntad de reafirmarse de las colectividades de emigrantes españoles en América; y una política exterior que, aún renqueante, apostaba por la mejora de las

relaciones con las repúblicas hispanas como forma de realzar la presencia del Estado español en el mundo. Lo que el viejo luchador americanista Rafael María de Labra, encantado con las conmemoraciones, llamaba "asegurar la personalidad internacional de España".[10]

Estuvieran dirigidos hacia dentro o hacia fuera de las fronteras españolas, en los mensajes de 1910 predominaban los tintes españolistas. Las diversas voces implicadas alababan hasta el éxtasis las virtudes de la patria, su pasado y su cultura, se regocijaban con las tendencias hispanistas que exhibían por entonces algunas élites americanas y promovían el crecimiento de la influencia española en ultramar. La apoteosis de Altamira sólo podía explicarse por esa necesidad de afirmación nacional. En los vítores que escuchaba la infanta en Buenos Aires se percibía sobre todo el aprecio por un símbolo de España, que electrizaba a los más entregados. Los floridos parlamentos de Roldán sonaban bien porque declaraban su amor al idioma, a la bandera y al arte españoles. Y los halagos a Sáenz Peña no podían desligarse de un hecho crucial: cuando España había afrontado la desgraciada guerra contra Estados Unidos en 1898, el prócer argentino había defendido a la madre patria frente al coloso anglosajón.[11] En definitiva, los Centenarios americanos, no buscados y conflictivos en potencia, fueron bienvenidos por un nacionalismo español empeñado en la tarea de regenerar España después del "Desastre".

---

[10] El discurso de Canalejas, en *Unión Ibero-Americana* (30 jun. 1910). LABRA, "El americanismo en España", p. 76.

[11] Como muestra, *El Mundo* (21 mayo 1910), y Blasco Ibáñez sobre Sáenz Peña, *Heraldo de Madrid* (25 jun. 1910).

ESPAÑOLISMO HISPANOAMERICANISTA

Los Centenarios llegaron cuando apenas habían transcurrido 12 años desde la pérdida por parte de España de sus últimas colonias en América y Asia —Cuba, Puerto Rico y Filipinas— y del consiguiente desencadenamiento de una aguda crisis de identidad nacional. El fin de aquel imperio, en una época marcada por el reparto de extensas regiones del mundo entre las grandes potencias, se unió a la humillación de las batallas con Estados Unidos, que barrieron en tan sólo unos meses el dominio español. Las élites intelectuales y políticas entonaron —o acentuaron entonces— lamentos acerca del atraso y la atonía del país, diagnósticos que señalaban los llamados "males de la patria" y proponían remedios para superarlos. La catástrofe ultramarina, que enseguida se conoció como "el Desastre", constituía el último síntoma de un proceso de decadencia económica y política que se atribuía a causas muy variadas. Algunas inevitables, como las biológicas y las geográficas, pero la mayoría relacionadas con algún defecto cultural o político que debía atajarse con urgencia. Así florecieron múltiples proyectos de regeneración, más o menos fundados y con frecuencia contradictorios, que recorrieron todo el arco ideológico y que a menudo rechazaban, por corrupta, la política al uso. Si unos reclamaban la revolución que acabara de un golpe con el tinglado clientelar de quienes gobernaban bajo la monarquía constitucional, otros proponían reformas graduales que fomentaran el desarrollo económico, lucharan contra el analfabetismo y proporcio-

naran ilusión a los españoles. Esta marea regeneracionista inundó la primera década del siglo XX.[12]

Los regeneracionismos eran, en su mayor parte, formas de nacionalismo español. Al menos en dos sentidos: por su patriotismo o devoción hacia España, cuya pujanza situaban por encima de cualquier otro horizonte, y como movimientos dirigidos a integrar a toda la sociedad bajo premisas nacionales, a nacionalizarla, bien mediante acciones particulares o bien a través de políticas públicas. Eran tiempos de incertidumbre, en los que las empresas nacionalistas resultaban acuciantes. No sólo por la crisis del 98, sino también por el alza de las tensiones sociales, preñadas de amenazas para el orden establecido, y por el surgimiento, alrededor del Desastre, de organizaciones políticas que se decían portavoces de otras nacionalidades o pueblos dentro del mismo Estado, como las de los catalanistas y nacionalistas vascos que ponían en duda la unidad y hasta la existencia de la nación española. Quienes se expresaban en público como intelectuales, con la intención de servir de guías a sus conciudadanos, incluso los que no creían en recetas salvadoras de ninguna clase, se dedicaban a buscar las esencias nacionales, los rasgos inconfundibles del *Volksgeist* español, fuera en el paisaje, en la psicología o en las artes. Pero los escritores o políticos regeneracionistas pensaban, más allá, en convencer a los españoles de que lo eran y en unirlos en torno a algunos proyectos que galvanizaran sus energías e hicieran a España resurgir de sus cenizas. Sus preocupaciones tiñeron la cultura política del periodo,

---

[12] Sobre los proyectos regeneracionistas y la época en general, véase CABRERA y MORENO LUZÓN (eds.), *Regeneración y reforma*.

se transformaron en lugares comunes que se repetían en los círculos más activos del país.[13]

Estos afanes regeneradores, como los de cualquier otro nacionalismo, incluían una mirada recurrente al pasado. Para fortalecer la identidad nacional había que seguir la trayectoria de la patria desde sus orígenes más remotos, recordar sus vicisitudes y epopeyas, honrar a sus grandes hombres e inspirarse en sus hazañas de cara al futuro. La patria, siempre idéntica a sí misma, era tan antigua como admirable. Al igual que en otros países europeos y americanos, esa pasión historicista provocó en España la celebración de numerosos centenarios en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, una "conmemoracionitis" de la que fueron muy conscientes los contemporáneos. Como el editorialista del diario republicano *El País* que, en marzo de 1910, se quejaba del exceso de tales celebraciones.[14] Las dos más importantes en los primeros lustros del Novecientos fueron el tricentenario de la publicación de *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes, en 1905, consagración de la obra cervantina como síntesis de lo español, y el prolongado Centenario de la llamada guerra de la independencia, compuesto por decenas de manifestaciones locales del orgullo de haber participado en la lucha por la libertad nacional frente a la invasión francesa de 1808-1814. El culto a los héroes y heroínas del levantamiento contra Napoleón, aunque provocara discusiones sobre cuáles habían sido sus motivos más hondos, católico-monárquicos

---

[13] ÁLVAREZ JUNCO, *El nombre de la cosa*, pp. 54-60. JULIÁ, *Historias de las dos Españas*, cap. 2. VARELA, *La novela de España*.

[14] *El País* (4 mar. 1910).

o liberales, daba alas a la fe en la resurrección de un pueblo fuerte, capaz de sacrificios increíbles y de vencer al mayor ejército de su época. Cuando se cumplían 100 años de los primeros gritos independentistas en América, los ecos de la independencia española aún no se habían apagado, pues quedaban todavía algunos hitos por rememorar, como los de las Cortes de Cádiz, reunidas en 1810 y autoras de la primera Constitución hispana, la de 1812. Todos ellos formaban parte del mismo ciclo.[15]

No cabía concebir un caldo de cultivo más propicio a la acogida favorable de las corrientes hispanófilas que venían de América. Piénsese, por ejemplo, en el *Ariel* (1900) del profesor uruguayo José Enrique Rodó, ensalzado por intelectuales españoles a quienes reconfortaban sus exhortaciones acerca de "una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia"; o en la estela del poeta nicaragüense Rubén Darío, que ponderó durante sus estancias en Madrid la capacidad para recuperarse del pueblo español. La búsqueda de raíces hispánicas en las identidades nacionales o transnacionales americanas, cada vez más crecida en el cambio de siglo y que tanto contrastaba con la hispanofobia que había recorrido el continente en el XIX, alimentó al americanismo en España. Tras esta nueva querencia por la vieja metrópoli alentaban fenómenos similares a las pulsiones españolistas contemporáneas, que o bien prolongaban el positivismo científico decimonónico o bien componían

[15] STORM, "El tercer centenario del *Don Quijote*"; MORENO LUZÓN, "Entre el progreso y la virgen del Pilar"; DEMANGE Y OTROS, *Sombras de mayo*.

una reacción antipositivista que buscaba los resortes espirituales de la nacionalidad. Si la desaparición de España del mapa americano facilitaba este acercamiento a la bautizada como madre patria, ahora desvalida pero recipiente aún de valores imperecederos, los españoles que trataban de superar el 98 adaptaron y reformularon los mismos tópicos para consumo interno. Como se vio en el Centenario de 1910, los nacionalistas de ambos lados del Atlántico habían encontrado un terreno común.[16]

En la España posterior al Desastre, y al menos hasta la Gran Guerra, buena parte de los impulsos americanistas procedió de la izquierda liberal, sobre todo de los monárquicos y los republicanos templados que confluían en los ámbitos institucionistas, es decir, cercanos a la Institución Libre de Enseñanza. A ellos pertenecían Moret, Labra, Altamira y Posada, por citar tan sólo unos cuantos nombres. No obstante, y al contrario de lo que sucedía en otros terrenos más sensibles para el nacionalismo español, como las opiniones sobre el mito fundacional de la guerra de la independencia y su hijuela las Cortes de Cádiz, el americanismo se apoyaba en un acuerdo básico entre los medios confesionales y los liberales. Ambos sectores chocaban en 1910 a propósito de la apertura de las escuelas laicas, de la tolerancia hacia los emblemas religiosos no católicos y del control estatal de las congregaciones, pleitos que condujeron a la práctica interrupción de las relaciones diplomáticas entre el gobierno de Canalejas y la Santa Sede. Sin embargo, los adversarios convivían sin roces en los centros hispano-

[16] Cita en RODÓ, *Ariel*, p. 37. MAINER, "III.-Un capítulo regeneracionista". PIKE, *Hispanismo*. ZULETA, *España en América*.

americanistas, donde andaban codo con codo los adalides de la libertad de conciencia con los discípulos de Marcelino Menéndez Pelayo, el primer intelectual del catolicismo españolista. Unos y otros compartían visiones similares a propósito de los vínculos entre España y América y la conveniencia de estrecharlos, aunque discreparan acerca del peso de la fe o acentuaran, respectivamente, los aspectos prospectivos y los retrospectivos del movimiento. Tampoco había una división nítida entre aficionados a la retórica y gentes prácticas, puesto que hasta los miembros de las sociedades mercantiles abusaban del lirismo. La unidad del discurso nacionalista, todavía sin decantar hacia uno u otro lado, tapaba la mayoría de las diferencias.

Este discurso, en lo que a América atañía, se cimentaba en una convicción muy extendida: existía, al menos en potencia, una comunidad que agrupaba a España y a sus antiguas colonias, unidas por unas cuantas señas de identidad. Esa comunidad imaginada se denominaba casi siempre la raza, apellidada de forma un tanto equívoca como española, hispana, latina o hispanoamericana. Y, ¿en qué consistía esa raza? Desde luego, en una cultura o una civilización, caracterizada por determinados valores y formas de vida, por una manera singular de ver el mundo. Algo que podía comprenderse dentro de la búsqueda, muy en boga entonces, de una sicología particular para cada pueblo: españoles e hispanoamericanos, a despecho de su heterogeneidad, discurrían y actuaban del mismo modo, con idénticos defectos y virtudes. Pero la raza también era una estirpe, algo así como una gran familia amalgamada por lazos de sangre, resistentes a los altibajos de la historia política. Un árbol con ramas nacidas

de un solo tronco. Podía tratarse de un embrión o de una realidad pujante. Como mínimo, ahí había —en palabras de Posada— "un fermento étnico", o —según Altamira— "cosas que estaban dormidas y latentes, deseando un motivo para expresarse". Una base sobre la cual construir, en ocasiones como la que proporcionaban los centenarios, un poder internacional en el que España debía tener un lugar destacado.[17]

Las fuentes de la raza se hallaban en las experiencias históricas compartidas, en la religión y, preferentemente, en la lengua. En opinión de muchos, comenzando por el muy escuchado Miguel de Unamuno, el idioma era "la sangre del espíritu": aunque no lo supieran, los americanos que hablaban español también pensaban y sentían en español, encorsetados por una mentalidad única. Un rasgo que resaltaban con especial ahínco los intelectuales institucionistas, cuyo organicismo los aproximaba a sus colegas americanos. Como el propio Altamira, muy influido por una concepción orgánica y cultural, a la alemana, de la nación. Dado que el lenguaje moldeaba la patria, algunos observadores españoles decían no sentirse extranjeros en Valparaíso o en La Plata. Dentro de la inquietud ya mencionada por hallar el núcleo del alma nacional, la lengua castellana se convirtió en el estandarte preferido del españolismo, Cervantes en su profeta y el *Quijote* en su texto

---

[17] PIKE, *Hispanismo*. MARCILHACY, "Une histoire culturelle", primera parte, realiza un análisis en profundidad del concepto de raza, como un término polisémico que daba contenido a una *comunidad imaginada*, según la expresión de ANDERSON, *Imagined Communities*. Citas en POSADA, *Para América*, p. viii, y Rafael Altamira, en *Unión Ibero-Americana* (30 abr. 1910), p. 14.

sagrado. Frente a los desafíos externos, como la reivindicación de idiomas propios en algunos países americanos, que se dieron de bruces con el mantenimiento de la pureza y la unidad idiomáticas que asumió la Real Academia Española con ayuda de academias correspondientes en América. Pero también contra los internos, pues ante las demandas catalanistas se enarbolaba la superioridad de una lengua, la castellana, que usaban 70 000 000 de personas. Pese a no guardar relación aparente con América, la figura de Cervantes fue idolatrada por el hispanoamericanismo, que, tras el centenario quijotesco de 1905, comenzó a preparar el del fallecimiento del genio en 1916.[18]

La raza era grande, pero no sólo precisaba cuidados sino que también corría peligro de verse vencida por otras razas rivales. Se recelaba de los influjos francés, inglés, alemán e italiano. Y se temía sobre todo el de Estados Unidos. La derrota de 1898 fue acompañada por la difusión de las teorías pseudodarwinistas que afirmaban la inferioridad de los pueblos latinos frente al auge de los anglosajones. Las *living nations* y las *dying nations* que había mencionado el primer ministro británico lord Salisbury en un célebre discurso. En cuanto al continente americano, semejante planteamiento no necesitaba pruebas muy rebuscadas, puesto que a la guerra de Cuba habían seguido constantes intervenciones estadounidenses en Centroamérica. Los congresos panamericanos inquietaban a los diplomáticos españoles y a los ensayistas que advertían del riesgo de deshispanización de América. Así, las llamadas a la unidad entre los países hispánicos mos-

[18] SEPÚLVEDA, *El sueño de la madre patria*, cap. 8. MARCILHACY, "Une histoire culturelle", pp. 734-769.

traban, a ambos lados del océano, gran desconfianza hacia "los modernos romanos del Norte". La misma definición de la raza en términos culturales se hacía por contraposición con los rasgos que, al parecer, prevalecían en Estados Unidos: siguiendo a Rodó, se daba por supuesto que los hispanoamericanos, como los españoles, eran desinteresados y espirituales, mientras que sus antagonistas se dejaban llevar por el materialismo y una mediocridad niveladora. La hidalguía, una mezcla de honor y generosidad que la España eterna había inoculado a sus colonias, encarnaba las peculiaridades de lo hispánico. Tanto se extendió esa contraposición entre desprendimiento idealista y vacías metas materiales, que la emplearon los mismos círculos empresariales que deseaban hacer negocios con América. Coincidiendo con el Centenario, Rahola declaraba, no sin un matiz levantino, que "la Argentina, y con ella toda la América latina, será depositaria de la civilización mediterránea, impulsora del espiritualismo que ha de contrarrestar el avance del sentido positivista y material de la civilización norteamericana".[19]

Dentro de la comunidad hispanoamericana en construcción, España podía presentarse como uno más de sus miembros, a fin de no herir susceptibilidades entre los posibles socios. El enunciado de una relación de igual a igual salpicaba los textos de muchos liberales, conscientes de las limitaciones españolas y del recelo de algunos sectores de opinión en ultramar. Por ejemplo, el decreto que nombraba embajadora a la infanta Isabel hablaba de las "repúblicas hermanas

[19] La primera expresión citada es de Javier Fernández Pesquero, *Unión Ibero-Americana* (31 oct. 1910), p. 8. Rahola, *Mercurio*, 103 (1º jun. 1910), p. 213.

hispanoamericanas".[20] Sin embargo, para los españolistas de cualquier signo era muy difícil renunciar a un puesto preeminente en aquel concierto. No en vano consideraban a España la primogénita del clan o, más a menudo, la madre de una veintena de hijas. La comparación materno-filial dominaba la literatura del Centenario, tanto en España como en América, lo cual incitaba a las apropiaciones identitarias. Para empezar, la madre debía enorgullecerse de los triunfos de su descendencia, una recomendación frecuente entre los viajeros asombrados por el desarrollo económico argentino. Pues se obviaba la diversidad de las realidades americanas y se las enjuiciaba a través de Argentina, nación de moda y futura reedición de Estados Unidos. En las crónicas y reportajes, Buenos Aires se comparaba con Madrid para decir que todo —las avenidas y plazas, los edificios, los transportes— era parecido pero mucho mayor, parangonable al París que los españoles solían usar como vara de medir su propia capital. Lo americano era español, de modo que sus logros eran nuestros, y España se consolaba de la pérdida de sus grandezas con la contemplación de las de sus retoños. Los más desinhibidos, como el conservador Salaverría, no podían evitar además un deje de superioridad al juzgar que "la América es un apéndice espiritual de España".[21]

El nacionalismo americanista español estaba rodeado a la vez por un halo de ansiedad, pues el cultivo de la vertiente atlántica de España se presentaba como herramienta imprescindible para asegurar la viabilidad de la nación

[20] RD ya citado, de 12 de abril de 1910.

[21] VALDEIGLESIAS, *Las fiestas del Centenario de la Argentina*. "Buenos Aires", *Blanco y Negro* (21 mayo 1910). *El País* (12 oct. 1910). Cita en SALAVERRÍA, *Tierra argentina*, p. 177.

y su papel en el mundo. A juicio de Altamira, América era "la última carta que nos queda por jugar en la dudosa partida de nuestro porvenir como grupo humano". El mismo Salaverría pensaba que España vivía tan sólo del prestigio que le daba su influjo cultural, y que si éste faltaba se vería reducida a ser una nueva Turquía, otro enfermo de Europa.[22] Nadie proponía nuevos esfuerzos político-militares, pues bastante tenía el gobierno español con ocupar la estrecha franja territorial que le habían asignado en el norte de Marruecos. Pero los americanistas sí imaginaban aquella comunidad racial como un gran imperio moral, en el que la nación española se expandiría y compensaría la pérdida de su estatus imperial. La sensación de continuidad que otorgaban la lengua y los juegos de palabras sobre madres e hijas permitía soñar con metas elevadas. La raza se describía como una súper España, como una patria mayor, en términos del político conservador Joaquín Sánchez de Toca. Los portavoces de los emigrantes españoles en Argentina compartían esa visión de una España ensanchada, con 12 000 000 de km². Algunos predecían además la emergencia de una confederación que, contando con España, desafiaría el poderío de los estadounidenses y, tal vez, vengaría las heridas del 98. En todo caso, allí se ventilaban los destinos nacionales. El acercamiento a América podía albergar fines comerciales, culturales o de política exterior, pero representaba ante todo una inyección de autoestima para los españoles interesados por estas cuestiones.[23]

---

[22] Cita en ALTAMIRA, *España en América*, p. 39. SALAVERRÍA, *Tierra argentina*, y *Abc* (3 mar. 1910).

[23] Sánchez de Toca, *Mercurio*, 100 (1º mar. 1910), pp. 88-89. CAMBA y MAS, *Los españoles en el centenario argentino*, pp. 1-2.

Para que este acercamiento tan prometedor funcionara, había que cambiar la imagen de España en ultramar, lo cual preocupaba intensamente a la intelectualidad liberal. En 1909, el gobierno conservador de Maura había permitido que se ejecutara al famoso pedagogo ácrata Francisco Ferrer, acusado injustamente de haber intervenido en la llamada "semana trágica", una huelga contra la guerra de Marruecos devenida en motín anticlerical. Las protestas de los librepensadores de todo el mundo contra esta iniquidad habían resucitado el fantasma de la España inquisitorial y reaccionaria, que reforzaba los peores estereotipos acerca de su atraso y su proverbial intolerancia. Contra ellos, viajeros como Altamira y Posada, igual que los participantes en los centenarios americanos o los líderes de la emigración, trataron de levantar una fachada distinta, la de una España moderna y progresiva, en sintonía con la Europa avanzada, que si por un lado trabajaba de acuerdo con la razón y la ciencia, por otro se liberalizaba y caminaba hacia la democracia. Las evidencias de este nuevo rumbo se encontraban en el nivel alcanzado por su alta cultura —por sus catedráticos, investigadores y artistas— y en las políticas estatales que mejoraban la vida de los trabajadores, como las que exhibía el gobierno liberal de Canalejas. De hecho, los intelectuales institucionistas reseñaban en América las exitosas experiencias educativas de su escuela pedagógica y el funcionamiento del Instituto de Reformas Sociales, un organismo técnico oficial creado en 1903, que escuchaba a patronos y obreros antes de recomendar al ejecutivo medidas intervencionistas sobre condiciones laborales y sistemas de previsión. En esos ámbitos, España iba por delante

y tenía mucho que enseñar a sus hermanas o hijas del otro lado del océano.[24]

Al mismo tiempo, los hombres de izquierda confiaban en América como motor de una apertura más ancha de España al progreso, de una regeneración completa. Argentina —una vez más se tomaba la parte por el todo— era el ejemplo de lo que podía hacerse en la península Ibérica. El contacto con repúblicas parlamentarias que habían resuelto los contenciosos con la Iglesia a favor del Estado tenía que repercutir en la madre patria, bien dentro de la monarquía o bien avanzando hacia un improbable régimen republicano. La corona, pasado el turbión ferrerista, se avenía bien con quienes estaban dispuestos a olvidar durante un tiempo sus ideales democráticos para respaldar una solución monárquica al estilo de Gran Bretaña o de Bélgica. Los favores del rey a Altamira, quien en 1911 sería nombrado primer director general de Primera Enseñanza, así lo apuntaban. Como lo hacía el incremento del número de republicanos ganados para la causa del nuevo liberalismo de Canalejas, secularizador y social. Pero el republicanismo insobornable no renunciaba a subrayar que los avances americanos se habían producido gracias al eclipse de una institución tan anticuada y derrochadora como el trono, y, en algunos casos, por la adopción de un modelo federal.[25]

El centenario se contemplaba pues como un nuevo comienzo, o como un paso más hacia un futuro lumino-

---

[24] Altamira, *Unión Ibero-Americana* (30 abr. 1910). POSADA, *Para América.*

[25] La gratitud de Altamira a Alfonso XIII por sus atenciones puede verse en sus cartas al rey, AGP, *AXIII*, Cª 15986/14. José Serrano Yagüe, *El País* (25 mayo 1910). MOROTE, "Por ser federal".

so. "Una epifanía del porvenir", decía el *Mercurio*. El presidente del gobierno español no perdía oportunidad de recomendar que se mirara hacia adelante. Pero, como toda conmemoración, la de las independencias obligaba a elaborar algún relato sobre el pasado que se traía a colación en el presente. Las alusiones al legado español, que se reivindicaba cuando se definía la raza, demandaban un juicio positivo, o por lo menos matizado, sobre la época colonial. Los españoles no podían olvidar la mayor epopeya de su historia, o, en el estilo arcaizante de Blanca de los Ríos, desnacerse de sus glorias. "Si tenemos derecho a acariciar para el porvenir un sueño de grandeza ha de ser, sobre todo, en relación con lo más grande que en el pasado hicimos, con lo más grande que ha hecho pueblo alguno en el mundo", escribía el republicano Luis de Zulueta.[26] Eso implicaba repudiar lo que terminaría llamándose leyenda negra americana, es decir, los ataques a la colonización española, tenida por sanguinaria por una amplia literatura que provenía del siglo XVI. Ahí estaban la extensión de la fe cristiana, el eje de la acción española según los católicos, o la impecable justicia de las leyes de Indias. El padre Las Casas, denunciante del maltrato a los indios, pasaba por un mentiroso, exagerado cuando menos, aunque también se invocaba como ejemplo de la piedad hispánica. El historiador Altamira emitía una opinión muy ponderada, confiando en que la crítica documental desmintiera los excesos atribuidos y nunca probados. Pero, en general, se defendía sin fisuras lo hecho

[26] *Mercurio*, 51 (1º jun. 1909), p. 1966. Canalejas, *Unión Ibero-Americana* (30 jun. 1910). Ríos, "Afirmación de la raza", p. 27. Cita de Zulueta *La Lectura* (ene. 1910), p. 197.

por los conquistadores, comparándolo con sus equivalentes los colonos anglosajones de Norteamérica: en consonancia con sus respectivas características raciales, los españoles habían perseguido la gloria más que el oro, se habían concentrado en tareas religiosas y benéficas, mientras que los ingleses sólo habían seguido su instinto económico y depredador. La prueba máxima de este contraste se encontraba en el mestizaje, posible en Hispanoamérica y ausente en la América sajona: cualesquiera que hubieran sido sus excesos, el beso de un hidalgo castellano a una mujer india lo redimía de culpa. Lo cual no implicaba aprecio alguno por las culturas prehispánicas, menos aún por los indígenas modernos, invisibles o menospreciados. Lo que importaba es que España había liberado a América de la ignorancia y la barbarie. Otro republicano, el periodista Antonio Zozaya, interpretaba el cuadro de Moreno Carbonero como una enseñanza para los argentinos en el centenario: "Unos cuantos guerreros bastaron para daros la civilización, la fe y el lenguaje. Otros cuantos se atreven todavía a abriros el sendero de la idealidad".[27]

Y así se llegaba a las independencias, objeto central de las conmemoraciones de 1910 y 1911. La incomodidad que podía producir el recuerdo de batallas y derrotas se evitaba con una estrategia tan sorprendente como repetida: españolizar la emancipación. Las guerras entre realistas y criollos se contaban como guerras civiles entre españoles, pues españoles habían sido los de uno y otro lado, con nacidos en

[27] Algunos ejemplos de estos juicios, en los artículos de P. M. Rodríguez H., *Unión Ibero-Americana* (jul. y ago. 1908). Salaverría, *Abc* (6 abr. 1910). Zozaya, *El Liberal* (30 abr. 1910).

España en ambos bandos, e incluso se tenían por más españoles los contrarios al imperio, dado que los ejércitos vencidos se habían nutrido de indios y los vencedores de gente de estirpe hispana. Podía darse un paso más, siguiendo la estela marcada por algunos hispanistas americanos, y entonces los libertadores —incluido Simón Bolívar, que Unamuno veía como un nuevo don Quijote— se convertían en los verdaderos españoles, herederos de los conquistadores por su valor, su audacia y su entrega a una causa justa. Después de todo, antes de liberar la América austral, el general José de San Martín había peleado por la libertad española en la batalla de Bailén, la primera derrota de Napoleón, lo que vinculaba ambas epopeyas. Estos razonamientos desembocaron en un curioso culto a las figuras de la independencia americana, que llenó de estatuas los parques españoles en décadas posteriores. En 1910, algunos peninsulares se sumaban a otra tesis añadida, la que afirmaba que los rebeldes americanos no se habían vuelto contra España sino contra la tiranía, contra una monarquía absorbente y centralizadora —a juicio de los catalanistas que invitaban a Ugarte para confirmar estos términos— o absoluta por naturaleza como pensaban los republicanos. En el Buenos Aires de 1810 se había reunido el cabildo libre, secuela de las libertades medievales asfixiadas en Castilla y Aragón por las dinastías de Austrias y Borbones. Los perdedores de las historias que relataban regionalistas o liberales se habían tomado la revancha en América.[28]

[28] MARCILHACY, "Une histoire culturelle", pp. 1061-1077. Pérez Caballero sobre San Martín, *Abc* (17 jun. 1910). Bolívar, *Unión Ibero-Americana* (31 jul. 1911). Rahola y Ugarte, *Mercurio*, 103 (1º jun. 1910).

De todos modos, lo ocurrido 100 años antes se echaba al olvido, se perdonaba en pro de una reconciliación total entre la madre y las hijas que, después de haberse empeñado en marcharse de casa contra la voluntad materna, se aproximaban de nuevo a su progenitora. Porque los lazos de sangre no se habían roto. En las representaciones del Centenario argentino, una mujer coronada saludaba o daba la mano a otra tocada con el gorro frigio. Las independencias no habían sido sino procesos naturales en todas las familias, como un parto o la salida del hogar paterno para formar uno propio. El Centenario venía a certificar ese paso, pues la plenitud de la emancipación filial no se alcanzaba hasta que el padre la sancionaba con su bendición. En el manifiesto que daba la bienvenida a la infanta en Buenos Aires, la comisión de los inmigrantes españoles lo afirmaba con contundencia:

> Es ley invencible de la maternidad, en las naciones como en los individuos, que la entraña materna sea desgarrada en las contracciones espasmódicas del alumbramiento [...]. Pero es ley igualmente de la naturaleza que ese dolor, inseparable de la maternidad, sea el fundamento primero de la gran piedad de las madres.[29]

Ese símil, reiterado una y mil veces en los más variados entornos, silenciaba con un lenguaje pseudocientífico posibles conflictos, ratificaba la aproximación internacional y dotaba a España del rango que requería el nacionalismo hispanoamericanista.

---

[29] *Mercurio*, 93 (ago. 1909); Martín Lorenzo Coria, *Mercurio*, 101 (1º abr. 1910), pp. 158-159. Serie de artículos sobre "La independencia argentina", por Juan Arzadun, *El Imparcial*, por ejemplo los de 5 y 23 de junio de 1910. *El Diario Español* [17 (cita) y 25 mayo 1910].

PATRIOTAS DE ULTRAMAR

La participación de España en las conmemoraciones americanas dependió, en buena medida, de la magnitud e importancia de las colonias españolas residentes en cada país. Los diplomáticos de las legaciones, ocupados en controlar las actividades de los inmigrantes, representaron también un papel significativo, pero la mayoría de los actos conmemorativos se sostuvo, de una manera o de otra, en las asociaciones integradas por españoles y en la capacidad de sus dirigentes. En Colombia, que celebró su Centenario en julio de 1910 y contaba con una de las élites políticas más hispanófilas de América, la escasez de españoles —el ministro calculaba que en Bogotá había sólo 32— redujo el protagonismo de España a un nivel modesto.[30] Y es que el principal acicate para aquellas manifestaciones se hallaba en la necesidad de afirmarse de las colectividades, de reforzar su cohesión interna y hacerse más visibles e influyentes ante los países de acogida. El éxito de esta conmemoración, como el de otras muchas, estuvo ligado al relieve de los actores interesados en hacer de ella un instrumento para fortalecer su propia identidad, y la inmigración española, aunque compleja y heterogénea, acentuó en la coyuntura de 1910 sus propios discursos nacionalistas, bien afinados en mitad del hispano-americanismo ambiente.

En América, las migraciones hispanas contemporáneas tenían ya una larga historia, con un flujo que había comenzado a notarse en los años sesenta y setenta del siglo XIX

[30] AMAE H-2346. Política exterior Colombia 1904/1924. Encargado de negocios a ministro de Estado, 13 de julio de 1910.

y se había acelerado de manera muy rápida al iniciarse el XX. En realidad, el Centenario coincidió con un pico en los viajes, el de los años 1904-1914, sólo interrumpido por la guerra mundial. Durante ese periodo álgido abandonaron España, que tenía casi 20 000 000 de habitantes en 1910, entre 1 500 000 y 2 000 000 de personas, la mayor parte —entre 1 300 000 y 1 500 000— rumbo a América. Se trataba de una incorporación tardía a la oleada migratoria procedente de la Europa del este y del sur, que desde el último tercio del Ochocientos había tomado el relevo de la anterior, con origen en la Europa septentrional y central. Los españoles se dirigieron sobre todo a algunos países, como Argentina, Cuba y, a gran distancia, Brasil y Uruguay. México y Chile quedaban muy por detrás en esta lista. Cuba se recuperó pronto del bajón que había sufrido a causa de la guerra de 1898, pero, como imán para quienes buscaban oportunidades lejos de casa, Argentina no tuvo competencia: la ingente oferta de empleos de aquella economía en auge parecía irresistible. Entre 1904 y 1914 arribaron a ella más de 900 000 españoles, unos 120 000 sólo en el año del Centenario.[31]

En los países donde se vivieron con mayor intensidad las celebraciones de 1910 —Argentina, México y Chile—, las colonias españolas reunían algunas trazas comunes. Por ejemplo, su asentamiento preferente en las ciudades, a despecho de los planes repobladores de los distintos gobiernos, concebidos para el campo; su dedicación a los sectores comerciales, en sus diversas ramas y oficios, y la existencia

---

[31] Las cifras, en SÁNCHEZ ALONSO, *Las causas de la emigración española*, pp. 282, 284 y 288.

en su seno de élites sociales ya consolidadas que, en estrecho contacto con las autóctonas, encabezaban un tejido asociativo variopinto pero bastante articulado. En Argentina, la colectividad estaba integrada, según el censo de 1914, por 830 000 personas, unas 300 000 de ellas en Buenos Aires, que según las cifras oficiales de 1909 albergaba tan sólo a 174 000 españoles para un total de 1 200 000 habitantes. Sea como fuere, resultaba inmensa. En México, para 1910 puede afirmarse que la colonia no pasaba de los 30 000 miembros, mientras que en el Chile de 1907 rozaba los 19 000. La española era la principal entre las europeas en Chile y entre todas las extranjeras en México, mientras que en Argentina sólo se situaba por detrás de la italiana. En la Venezuela que festejó su centenario en 1911, los enviados españoles calculaban entre 15 000 y 20 000 residentes.[32]

Así pues, la colectividad española en Argentina era, sin duda, la más voluminosa y complicada de América. En Buenos Aires, donde se concentraron los actos del Centenario, los ciudadanos de la madre patria se acumulaban en el centro urbano y sobresalían por su dedicación al comercio, el periodismo, las librerías y la enseñanza —sectores en los que el fácil manejo de la lengua y la relativa alfabetización les favorecía frente a sus competidores—, algunas industrias y, sobre todo, el servicio doméstico. La estructura asociativa del grupo estaba dominada por los profesionales y empresarios llegados ya en el siglo XIX, cuyos líderes formaban una densa red que controlaba unas cuantas grandes institucio-

[32] MOYA, *Primos y extranjeros*, p. 164. LIDA, "Los españoles". *Memoria presentada al Supremo Gobierno por la Comisión del Censo*, Santiago, s.e., 1907. AMAE H-3489, Morillo a ministro de Estado, 21 de agosto de 1911.

nes, algunas de las cuales figuraban entre las más potentes de Suramérica: las asistenciales, como la Asociación Española de Socorros Mutuos —que gestionaba pensiones y ayudas— y la Sociedad Española de Beneficencia —administradora del Hospital Español—; las económicas, como la Cámara de Comercio —el único organismo que, por su carácter oficial, recibía fondos del gobierno de Madrid—, y diversas entidades financieras, entre ellas el enorme Banco Español y del Río de la Plata, con cientos de sucursales; las transversales, como el Club Español, centro de sociabilidad elitista, y la Asociación Patriótica Española; y periódicos encabezados por *El Diario Español*, el de mayor difusión. De sus filas, bien relacionadas con las clases dirigentes argentinas, salieron los protagonistas del Centenario. Y a ellas había que añadir una miríada de sociedades —benéficas, recreativas— y publicaciones locales, provinciales y regionales, que alcanzaban a un amplio número de inmigrantes y que, a salvo de rivalidades ocasionales, organizaban a sus miembros de forma subsidiaria.[33]

En México, el núcleo de la colonia estaba formado por hombres de negocios con intereses en el comercio y otros muchos sectores, como los bancos, el textil y las tabacaleras. Uno de sus rasgos característicos era la inmigración en cadena dentro de las propias empresas familiares, con gran frecuencia tiendas de ultramarinos o abarrotes, que podían también implicarse en préstamos y empeños y albergar economatos o tiendas de raya de fábricas y haciendas. En algunos lugares, como Puebla, los españoles ejercían un auténtico monopolio mercantil. Sus principales insti-

[33] MOYA, *Primos y extranjeros.*

tuciones, semejantes a las de Argentina pero de un alcance menor, eran la Cámara de Comercio, la Sociedad Española de Beneficencia, con asilo y hospital, y el Casino Español de la capital, de donde emanaron las iniciativas del Centenario. Sus jefes disfrutaban de inmejorables vínculos con los gobernantes mexicanos bajo la dictadura de Porfirio Díaz, quien fomentó la llegada de españoles —blancos y católicos— y protegió sus inversiones.[34] En Chile, su densidad organizativa era mucho menor pero su perfil profesional se parecía, más acentuado incluso hacia el comercio, y la imagen del español equivalía a menudo a la del prestamista o agenciero. Contrastaba la mala fama de estos españoles en ambos países, extendida entre quienes sufrían los abusos del crédito, con las fantasías hispanistas acerca de la generosidad y el espiritualismo de los hidalgos. En Venezuela, destino de campesinos pobres de las islas Canarias, la colonia se hallaba mucho menos estructurada.[35]

Las asociaciones españolas más poderosas compartían un pétreo discurso nacionalista, enfatizado cuando la patria se veía en peligro. Durante la guerra colonial de Cuba, contra la opinión favorable a los insurgentes que reinaba en América, algunas ofrecieron ayuda económica y militar a la metrópoli. En México, las fuerzas vivas de la colonia formaron juntas patrióticas para enviar dinero, víveres y mulas al ejército español. En Buenos Aires nació en 1896 la Asociación Patriótica Española, entre cuyos fines fundacionales figuraba el auxilio a la patria, la defensa de su buen nombre,

[34] PÉREZ HERRERO, "Algunas hipótesis de trabajo". LIDA, "Los españoles".
[35] NORAMBUENA, "Inmigración española en Chile". NAVARRO AZCUE y ESTRADA TURRA, "Migración y redes de poder en América". AMAE H-3489, Morillo a ministro de Estado, 21 de agosto de 1911.

la repatriación de inmigrantes y la confraternidad con los americanos. Su primer logro consistió en regalar a la armada española un crucero de combate, el *Río de la Plata*, y después promovió el auxilio a los damnificados por inundaciones e incendios en España, montó juegos florales y hasta una expedición para liberar a un compatriota preso por los indios del Chaco. La Patriótica mantuvo viva la llama del hispanoamericanismo y, bajo la presidencia del institucionista republicano Antonio Atienza, dio a conocer en la revista *España* a los intelectuales que representaban ese nuevo país redimido por la cultura con que soñaban los liberales españoles. Hasta que un desfalco la puso en cuarentena en vísperas del Centenario. En ambos países se orquestaron suscripciones para socorrer a las víctimas de la campaña de Melilla, la que había desencadenado la semana sangrienta de 1909, y se presentaron voluntarios para reconquistar el terreno perdido al eterno enemigo musulmán, aunque sólo unos cuantos lograron luchar en Marruecos.[36]

La naturaleza españolista del asociacionismo en ultramar se puso de manifiesto de otras muchas maneras. Por ejemplo, a través de la arquitectura de sus sedes, para las cuales se escogían estilos acordes con el casticismo imperante, como el neoplateresco o "renacimiento español". O sus conmemoraciones: algunas tradicionales, como el cumpleaños del rey en las legaciones o el día de la virgen de Covadonga entre los avecindados en México; y otras

[36] SÁNCHEZ ANDRÉS, "La normalización de las relaciones entre España y México". ORTIZ SAN PELAYO, *Estudio sobre la Asociación Patriótica Española* y *Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española.* AMAE H-1658 Correspondencia legación México 1902-1912. Cólogan a ministro de Estado, 12 de agosto de 1909.

nuevas, como el 12 de octubre, aniversario del descubrimiento, promovido por la Patriótica de Buenos Aires. Y en especial el Dos de Mayo, recuerdo de la revuelta madrileña contra Napoleón, que la prensa inmigrante concebía como la rememoración obligada de las inagotables energías patrias y santificaban algunos centros. Pocas semanas antes del Centenario argentino, *El Diario Español* enlazaba en sus páginas tres Dos de Mayo igualmente patrióticos: el de 1808, el de 1866 —es decir, el bombardeo del Callao, en Perú, por el almirante Casto Méndez Núñez, durante una ruidosa campaña de prestigio— y, cómo no, el de 1898, cuando se conoció el hundimiento de la flota española en Filipinas. Esta afición por las efemérides españolistas la superaron algunos residentes en Chile cuando, años más tarde, propusieron la celebración del día de Gibraltar, el 4 de agosto, en demanda del irredento peñón que permanecía en manos inglesas. Los observadores españoles se asombraban ante este furor nacionalista, tan sorprendente como la tendencia compulsiva a asociarse de los emigrantes. Pues quienes se alejaban de su tierra, a la vez que se unían para asegurarse socorros y para divertirse, se nacionalizaban de inmediato o acentuaban su identificación previa con España, en contacto con un medio hostil, multicultural y en competencia con otras comunidades nacionales. La misma fuerza de su entramado asociativo, en combinación con su miedo a perder la ciudadanía española, explicaba también su resistencia a solicitar la nacionalidad de sus anfitriones americanos. El Marqués de Valdeiglesias, cronista del viaje de la infanta, comentaba que el amor a la patria de un español esta-

ba en relación directa con el cuadrado de la distancia que lo separaba de ella.[37]

Los medios de la inmigración aprovechaban cualquier pretexto para reivindicar el honor de España. Publicaban enseguida las declaraciones de los escritores hispanófilos o defendían las bondades de la conquista. Y, naturalmente, acogieron de modo casi unánime la posibilidad de exhibir y potenciar su nacionalismo hispanoamericanista en el Centenario de las independencias. Una de las prioridades de sus dirigentes consistía en garantizar la unidad de los muy variados elementos que componían las colonias. Porque, si en el siglo XIX habían constituido grupos reducidos y manejables, su crecimiento había ido parejo a su progresiva diversificación. En la primera década del XX se había multiplicado el número de asociaciones y entre ellas no sólo había ya muchas de carácter regional o regionalista, sino también algunas nacionalistas vascas y catalanas, que desafiaban el discurso españolista dominante y motivaban su radicalización. Los ataques a los separatistas podían alcanzar gran virulencia: para Javier Fernández Pesquero, un hispanoamericanista muy activo en Chile, se trataba de seres degenerados; *El Diario Español* de Buenos Aires hablaba de "miserables abortos que no pueden confundirse con sus hijos (los de España), siempre leales y arrogan-

[37] Ejemplos, en AMAE H-2557 Política exterior México 1905-1912, Cólogan a ministro de Estado, telegrama de 3 de mayo de 1910; y H-2358 Política exterior Chile 1901-1923, mensaje de la primera junta española de reivindicación nacional, 30 de junio de 1916. *España* (2 mayo 1908). *El Diario Español* (2 mayo 1910). GARCÍA SEBASTIANI, "Crear identidades y proyectar políticas". MOYA, *Primos y extranjeros*. VALDEIGLESIAS, *Las fiestas del Centenario*, p. 373.

tes". Un *casus belli* repetido en varios países se refería al peliagudo asunto de las banderas, de un contenido simbólico insuperable. Porque, para los nacionalistas de uno u otro signo, la bandera era la patria. De modo que los líderes de las colectividades, en confluencia con los diplomáticos españoles, andaban obsesionados por que no se izaran en público enseñas catalanas o bizkaitarras. Cuando lo hizo un centro catalán de Bahía Blanca en 1909, la protesta de la legación, secundada por algunos núcleos españoles, consiguió que el gobierno argentino interviniera para prohibir las banderas no oficiales en los clubes de inmigrantes. Las quejas de los círculos regionalistas por tan drástica medida consiguieron moderar un tanto las posiciones y que el gobierno liberal de Madrid adoptara una solución salomónica: como ocurría en los barcos mercantes, los centros españoles en el extranjero podrían enarbolar escudos y banderas regionales o provinciales siempre que a su lado figuraran, en lugar preferente, los de la nación española, "patentizando así la perfecta armonía y compatibilidad que existe entre los legítimos y respetables sentimientos regionales y el amor a España".[38]

Lo cierto es que la mayoría de los órganos regionales instalados en América aceptaba esa misma tesis: el culto por la

---

[38] MOYA, *Primos y extranjeros. Unión Ibero-Americana* (31 oct. 1910). *El Diario Español* (14 nov. 1909). Cita en AMAE H-2315 Política exterior Argentina 1900/1918, ministro de Estado a encargado de negocios en Buenos Aires, 17 de diciembre de 1909. Otros casos, en AMAE H-1355 Correspondencia legación Buenos Aires 1907/1914, Soler a ministro de Estado, 17 de agosto de 1912; y H-1441 Correspondencia legación Santiago de Chile 1909-1919, Fernández Vallín a ministro de Estado, 18 de mayo y 21 de septiembre de 1909.

patria chica no excluía el ideal superior de la nación española. De uno se transitaba al otro, y ambos estaban estrechamente unidos. Algo que pudo constatarse en el centenario, cuando el grueso de las asociaciones participó en los actos conjuntos de las colectividades sin mayores problemas. Cosa distinta era la reivindicación de los méritos propios, como el papel de los paisanos en las emancipaciones de 1810. El director de *El Eco de Galicia*, de Buenos Aires, publicó un libro titulado *Gallegos que ayudaron a la independencia americana.* La colectividad vasca en Argentina editó, con motivo de la efeméride, un contundente volumen en el que destacaba el protagonismo de los *baskos* en la vida de la república, sin una referencia a España más que para mencionar que la monarquía había enviado a eficientes colonizadores vasco-navarros al Nuevo Mundo. En su contribución a este tomo, Salaverría retrató a los vascos como individualistas, honrados aventureros, ambiciosos y fuertes, de un neto "masculinismo". No por casualidad, muchos próceres argentinos, de Juan Bautista Alberdi a Bernardo de Irigoyen, descendían de familias *euskaldunas*. La inteligencia, la virilidad y el amor por las libertades de aquella raza —defendían varios autores— la había impulsado a participar en la revolución de mayo.[39]

Un segundo frente en las fracturas internas de las colonias españolas era el que separaba a republicanos y monárquicos. Muchos de sus jefes, y probablemente la mayor parte de los individuos politizados del colectivo, se adherían al republicanismo. De hecho, algunos habían desem-

---

[39] *El Eco de Galicia* (30 mayo 1910). AUTORES VARIOS, *Los baskos en el Centenario.*

barcado en América como parte del exilio ocasionado por el fracaso de la Primera República española en 1874. En Argentina, el mantenimiento de las ideas antimonárquicas había conducido a la fundación en 1903 de una Liga Republicana Española, cercana a las ideas que propagaban en España los radicales Alejandro Lerroux y Blasco Ibáñez, ambos agasajados por los correligionarios durante sus viajes transatlánticos. Unos y otros creían que la regeneración de la patria pasaba por la defenestración de la monarquía, corrupta y clerical. Sin embargo, y pese a los temores de la diplomacia, la crema de la izquierda española en Buenos Aires recibió con los brazos abiertos a la vieja infanta. El abogado Carlos Malagarriga veía en ella la encarnación de las mujeres españolas. A juicio del hacendado y también abogado Rafael Calzada, ex diputado en Madrid y líder de la Liga, doña Isabel representaba a la patria, y por tanto había que recibirla con todos los honores, como hizo su hermano Fermín, presidente del Club Español, en el lujoso banquete que ofreció a la embajadora. Bien es cierto que para entonces la Liga estaba ya en franca decadencia, pero los pujos nacionalistas se impusieron a cualquier otra consideración. El asturiano Calzada constituía el máximo ejemplo de un españolismo a prueba de bomba, orgulloso de haber nacido en la cuna de la reconquista medieval contra los musulmanes y dispuesto a defender en un libro la españolidad de Cristóbal Colón. En México, el millonario y antiguo amigo de Castelar, Telesforo García, ex presidente de la Cámara Mercantil y de la Beneficencia, había descartado una posible organización republicana y veía en el Centenario una ocasión de unidad y amor hispano-mexicano. Su conservadurismo, el de un veterano admirador de

Porfirio Díaz y propagandista de su política científica, no contemplaba otra alternativa.[40]

En la misma colectividad de Buenos Aires se había diferenciado un ala moderada del republicanismo que apostaba por la evolución de la monarquía española hacia la democracia. Era la línea de *El Diario Español*, que trompeteaba los éxitos del gobierno canalejista y alababa, en la coyuntura del Centenario, su tolerancia hacia los éxitos electorales republicanos en algunas ciudades. Era una forma más de disipar las dudas sobre el régimen dinástico después de la ferrerada, que había provocado en casi todas partes manifestaciones contra el rey y, en una concentración dirigida por anarquistas en la capital argentina, había instigado la quema de una bandera monárquica española, con el consiguiente acto de desagravio a cargo de los militantes españolistas. Canalejas se convirtió en un héroe para estos liberales ultramarinos, que lo subirían a los altares tras su asesinato en 1912. Y junto a su imagen mejoraba también la del mismo Alfonso XIII, al que se calificaba de valiente, moderno y liberal.[41] Mientras tanto, los carlistas —partidarios ahora de don Jaime, el heredero de la rama disidente de los Borbones— apenas malvivían. Eran más fuertes en México, donde el Casino Español había optado en algún momento por ese tradicionalismo católico y autoritario, pero en la progresista Argentina llevaban las de perder: con motivo del Centenario, unos cuantos fieles, acompañados por Valle-Inclán, visitaron a otra infanta —doña Alicia,

---

[40] DUARTE, *La república del emigrante*. CALZADA, *Cincuenta años en América*. *El Imparcial*, México (9 abr. 1910).

[41] *El Diario Español* (7-11 mayo 1910). GARCÍA SEBASTIANI, "El patriotismo de los españoles".

hermana de don Jaime—, resignada a dar ánimos a quienes acudían a su casa.[42]

Aparte de la unidad, a los inmigrantes españoles del Centenario les preocupaba su visibilidad, que se valorara su gran importancia. De entrada, en los países de destino, donde rivalizaban con otras colectividades y miraban de reojo sus aportaciones para no quedarse atrás. Los nacidos en la madre patria no se consideraban iguales que los demás extranjeros, pues, de acuerdo con las verdades admitidas del hispanoamericanismo, habían aportado la sangre y el ser a las repúblicas donde trabajaban. Exigían por tanto un trato mejor, que obtuvieron en México y desde luego en Argentina, donde los italianos se molestaron por la marginación de su embajador respecto a la infanta Isabel. Pero, en segundo término, los emigrantes también ansiaban mayor reconocimiento en España, pues allí cundían las opiniones negativas respecto a su marcha: muchos españolistas, herederos del mercantilismo, lamentaban la sangría migratoria, que restaba brazos a la regeneración nacional, y en ciertas ocasiones emitían duras diatribas contra los que abandonaban su patria, mientras que algunos viajeros lamentaban que España no enviara a América a gente bien preparada, en vez de aquella turbamulta de desharrapados que huía de la miseria y del servicio militar. Algunos acusaban al movimiento obrero español, que con las huelgas inhibía las inversiones y provocaba la huida. Pero en los ámbitos políticos peninsulares se impuso la resignación ante un fenómeno incontrolable, adobada con el principio liberal de que cada cual

[42] SÁNCHEZ ANDRÉS, "La normalización de las relaciones". *El Correo Español* (6 jun. 1910).

tenía derecho a buscarse la vida como quisiera. Ésa era, por ejemplo, la postura del hispanoamericanista demócrata Luis Palomo. El parlamento, con la ley conservadora de 1907, acabó reglamentando el éxodo para evitar abusos.[43]

Entre los regeneracionistas también había quien prefería fijarse en la otra cara de la misma moneda, en la esperanza que para España aportaban los emigrantes que prosperaban en ultramar. Por una parte, su ascenso demostraba las buenas condiciones de la raza española, que en un medio propicio rendía frutos espectaculares. Por otra, auguraba un porvenir halagador para las exportaciones hispanas, pues se suponía que su patriotismo, a poco que se les facilitara la labor, les llevaría a comercializar y consumir productos españoles. Era mucho lo que podían hacer los emigrados por la regeneración nacional: los indianos, enriquecidos y progresistas, ya estaban fundando escuelas e instituciones benéficas en sus pueblos. Para los más optimistas, los emigrantes seguían la estela de los héroes de la conquista, pues habían logrado por medios pacíficos tanto o más que aquéllos por la fuerza.[44] Los propios interesados se consideraban adalides del progreso, el trabajo y la paz. Y ése fue el tenor de las intervenciones que oyó la infanta en Buenos Aires, donde las fiestas preparadas por la colectividad poseían el aire inconfundible de un acto reivindicativo. La

---

[43] SÁNCHEZ ALONSO, *Las causas de la emigración*, cap. 2. MOYA, *Primos y extranjeros*. SALAVERRÍA, *Tierra argentina*. *Abc* (26 oct. 1910). PALOMO, *La emigración española*.

[44] ALTAMIRA, *España en América*. POSADA, *Para América*. *Nuevo Mundo*, 2 de junio de 1910. Francisco Grandmontagne, *El Imparcial* (14 jun. 1910). *El Eco de Galicia* (10 jun. 1910). MAINER, "III.-Un capítulo regeneracionista".

"Salutación a la infanta Isabel" del poeta Xavier Santero, recitada por el famoso actor Fernando Díaz de Mendoza en una función teatral de gala, lo recogía así: "No son, no, de su patria desertores,/no son de su bandera renegados:/son del progreso universal soldados,/son legión de modernos luchadores". El álbum regalado a la embajadora lo grababa en su dedicatoria: "Los que en estas hojas firman, españoles son y de España vinieron a recuperar en América por el trabajo lo que por la espada se ganó y se perdió por la espada".[45]

En coherencia con sus fines, los inmigrantes formaron sus propias comisiones conmemorativas para los centenarios. La de México estuvo centralizada por las élites afines a la oligarquía local que acaudillaba el presidente del Casino Español, el industrial José Sánchez Ramos, viudo de una hija de Benito Juárez y amigo muy cercano de Porfirio Díaz. En Chile hubo tensiones entre la cabeza del Círculo Español, respaldada por la legación, y el principal periódico de la colonia, dirigido por un liberal canalejista. En Argentina, las cinco asociaciones principales llevaron la voz cantante, con una junta directiva formada por millonarios y notables procedentes de diversas regiones que presidía el tabaquero extremeño Manuel Durán, aunque hubo otros muchos esfuerzos. Como el del presidente de lo que quedaba de la Patriótica, el músico católico Félix Ortiz San Pelayo, que se las ingenió para constituir un comité de bienvenida a la infanta. O los de decenas de sociedades más pequeñas, que orquestaron sus propios actos tanto en

[45] Citas en *El Diario Español* (24 mayo 1910) y en VALDEIGLESIAS, *Las fiestas del Centenario*, p. 422.

la capital como fuera de ella, lejos del alcance de los órganos más sobresalientes de la colectividad. Los diplomáticos, que se consideraban a sí mismos líderes naturales de las colonias, con derecho por tanto a intervenir en sus asuntos, intentaron ordenar y encauzar las múltiples propuestas, siempre suspicaces ante posibles disidencias. El propio gobierno español, como mostraba la real orden sobre banderas, ejercía cierta jurisdicción sobre los centros de emigrantes, aunque su efectividad a este respecto varió mucho en función de las habilidades de los ministros y cónsules en cada ciudad.[46]

Los festejos siguieron la pauta previsible: banquetes, bailes, funciones de teatro y veladas musicales, placas y suscripciones para tareas más ambiciosas. La mayoría con discursos que subrayaban la solidaridad hispanoamericana. En Morelia, por ejemplo, la colonia española editó un libro sobre el general mexicano Nicolás Bravo, que en la guerra de la independencia había perdonado la vida a 300 prisioneros españoles. Pero los actos multitudinarios trataban, una vez más, de mostrar unanimidades y fortalezas. Como el banquete popular para 3 000 comensales en la ciudad de México. Y, sobre todo, el enorme desfile de las sociedades españolas ante la casa que ocupaba la infanta Isabel en Buenos Aires, el 22 de mayo de 1910. *El Diario Español* afirmaba esa misma mañana que la única excusa para no asistir era la falta de amor a la patria, lo que equivalía a un crimen imperdonable. Pasaron por la avenida Alvear para

---

[46] *Unión Ibero Americana* (feb. 1909). AMAE H-1441, Servert a ministro de Estado, 6 de junio de 1910; H-3489, Cadagua a ministro de Estado, 3 de junio de 1910, y Cólogan a ministro de Estado, 30 de abril de 1910.

saludar a la tía del rey entre 50 000 y 60 000 compatriotas, encuadrados por asociaciones que se identificaban con sus estandartes y bandas de música: las más notorias, como las benéficas, pero también unos 45 centros nacionales, regionales, provinciales y locales que los cronistas se entretenían en enumerar: orfeones, cooperativas, uniones gremiales y juventudes. Incluso una sociedad recreativa llamada Submarino Peral, viejo brindis al inventor español del sumergible, Isaac Peral, que se había convertido en un héroe incomprendido dentro de la mitología nacionalista. Fue el número principal del Centenario para los inmigrantes españoles en Argentina, una impresionante exhibición de fuerza y una ceremonia de comunión patriótica en la que, a juzgar por los testimonios, muchos de los participantes se emocionaron hasta las lágrimas.[47]

Los españoles de ultramar deseaban que la celebración no resultara efímera, sino que dejara una huella perenne y de gran envergadura. Lo que en aquellos tiempos, y tratándose de un centenario, obligaba a erigir monumentos. Era una época de auténtica estatuomanía, en la que los afanes nacionalizadores se volcaban en este tipo de construcciones. Las estatuas no sólo plasmaban en materiales nobles y duraderos —piedra y bronce— las claves interpretativas de cada conmemoración, con el valor añadido de su calidad artística, sino que también poseían una vertiente didáctica, ya que pretendían ilustrar a la opinión. Constituían hitos urbanos que perpetuaban la memoria del evento, cuyo uso ceremonial podía renovar de mane-

[47] ELGUERO, *Discurso. Diario Español* (22 mayo 1910). *Abc* (19 jun. 1910). VALDEIGLESIAS, *Las fiestas*, pp. 264-270.

ra periódica su significado. Y las suscripciones públicas que con frecuencia buscaban los fondos necesarios hacían patente el carácter colectivo del compromiso. Las colonias españolas en América eligieron en cada país los motivos que creyeron más adecuados para tender puentes hacia la sociedad de acogida y dejar clara a la vez su propia aportación a la historia americana. Lo cual no era del todo sencillo, pues, ya se ha dicho, las fiestas de 1910 rememoraban precisamente el desgajamiento de aquellas naciones respecto de España. Por descontado, el monumento que promovió la Comisión Española del Centenario Argentino, acorde con sus ambiciones, resultó grandioso. Descartadas otras ideas, como la de construir un gran palacio escolar, se buscó a los mejores artistas para realizarlo, aunque el proyecto finalmente elegido fue obra exclusiva de Agustín Querol, que acababa de esculpir el dedicado en 1908 a los sitios de Zaragoza, uno de los episodios heroicos de la guerra de la independencia española. Ambos eran muy similares, aunque mucho mayor el de Buenos Aires. Pero si el aragonés estaba presidido por la figura doliente de la patria enlutada, al bonaerense lo coronaba una figura amable, la Argentina, que abría los brazos en signo de bienvenida. Representaba el espíritu de la Constitución de 1853, que aceptaba a quienes llegaran de fuera para enriquecerla, y resaltaba el agradecimiento de los inmigrantes y también la contribución específica de los españoles: "de una misma estirpe, con igual idioma", rezaban las inscripciones. En el Centenario sólo se colocó su primera piedra en un sitio privilegiado que había cedido el Estado argentino, el cruce de dos avenidas en los parques de Palermo. Conocido como "monumento de los españoles", demasiado comple-

jo y afectado por mil peripecias, tardó más de tres lustros en terminarse.[48]

No fue el único hito monumental. En la misma república, los españoles de La Plata proyectaron uno más modesto para inmortalizar el abrazo de la vieja España y la joven Argentina, una imagen que preferían a la de las dos doncellas en pie de igualdad que también apareció durante el Centenario. La exigua colonia de Colombia se limitó a poner una corona de bronce en el monumento al fundador de Bogotá. En Chile se buscó un símbolo que pudiera unir a inmigrantes y anfitriones y se halló muy atrás, en el siglo XVI, con el héroe español Alonso de Ercilla, que, aparte de pelear, había reconocido en el poema épico *La Araucana* la fiereza y el valor de sus enemigos indígenas. Con ello se quería despertar la gratitud de los chilenos, supuestos descendientes de tan bravos guerreros. La tenacidad de la junta conmemorativa y de la legación consiguió inaugurarlo a tiempo, con la estudiantina española tocando la marcha real.[49] Tan sólo consiguieron poner la primera piedra del suyo los patriotas de Venezuela, donde el emblema escogido fue un episodio de la independencia, el acuerdo entre Bolívar y el general español Pablo Morillo para humanizar la cruel lucha. Más dificultades encontraron los españoles de México, donde la elección del asunto memorable aún pare-

---

[48] Sobre monumentos e identidades, véase por ejemplo MICHONNEAU, *Barcelona: memòria i identitat*. GUTIÉRREZ VIÑUALES, *Monumento conmemorativo*. Carlos Malagarriga, *Unión Ibero Americana* (feb. 1909). *Monumento de los españoles*.

[49] Colombia, en AMAE H-2346, encargado de negocios a ministro de Estado, 13 y 16 de julio de 1910. Chile, en AMAE H-1441, Servert a ministro de Estado, 30 de abril y 4 de julio de 1910.

cía más complicada. Tras algún escarceo acerca del general español Juan Prim, que en 1862 se había opuesto a la invasión del país, la autoridad diplomática recomendó remontarse hasta los orígenes, más allá de la conquista. Es decir, hasta Isabel la Católica, en su doble condición de mecenas de Colón y protectora de los indios. La reina Isabel, adorada por los conservadores peninsulares como encarnación de España, agradaba asimismo a los eclécticos gobernantes mexicanos, que en el Centenario bautizaron con su nombre la unión de varias calles en el centro de la capital, donde se ubicaba el Casino Español. El monumento a la Católica debía elevarse en un lugar de honor, en el bosque de Chapultepec y frente al paseo monumental de la Reforma, donde se alineaban el del último emperador azteca y la gigantesca columna de la Independencia. Se dedicó el emplazamiento pero nunca se construyó. Tras el empeño por ensalzar a la reina de Castilla latía el deseo de hispanizar el acto fundacional del descubrimiento, que los italianos querían hacer suyo mediante la entronización de Colón. Según el relato españolista, ni los orígenes de Colón estaban claros ni el descubridor habría sido nada sin España.[50]

Y, junto al problemático pasado común, la representación regeneracionista, más desinhibida, de la España contemporánea. De esa España nueva que, sin renunciar a su gloriosa historia, resurgía tras el Desastre y acudía a los centenarios para demostrar, mediante el despliegue de su riqueza industrial y artística, que no estaba muerta. El acuerdo en

[50] Venezuela, en AMAE H-3489, Morillo a ministro de Estado, 7 y 8 de julio de 1911; México, en H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 6 y 17 de julio, 9 de agosto y 10 de septiembre de 1910. *El Imparcial* (México) (16 abr. y 29 jun. 1910).

este campo entre los inmigrantes y el gobierno monárquico no podía ser más perfecto: en opinión del embajador Pérez Caballero, los visitantes de los pabellones españoles en Buenos Aires podrían comprobar que "la antigua Madre Patria crece, se desarrolla y se agiganta en la senda del progreso". España ya no era la vieja mansión del hidalgo perezoso, sino un país moderno.[51] En una etapa donde menudeaban las exposiciones internacionales de artes e industrias, la imagen internacional del país no era cuestión baladí, y los responsables españoles en las muestras la resolvieron de modo tan significativo como incoherente. Sus edificios efímeros oscilaban entre el exotismo neomorisco o neomudéjar y el consabido renacimiento español. En los años del Centenario, dos grandes exhibiciones ejemplificaron ese contraste: en la de Bruselas, de 1910, un pabellón neonazarí, que reproducía partes de la Alhambra de Granada, recogió varios premios y una polémica doméstica sobre si podía representarse a España con alusiones al pasado musulmán; en la de Roma, de 1911, un impresionante edificio neoplateresco acogió una discutida selección de artistas.[52]

Las exposiciones de España en los centenarios americanos siguieron esa tónica, pero con resultados diversos. Los pabellones de la de Buenos Aires fueron construidos por la Cámara de Comercio española, que recibió subvenciones de Madrid y trabajó a instancias de su presidente, el banquero catalán José Artal. Su llamamiento pedía a los empresarios peninsulares que participaran "a fin de conseguir, por

[51] Cita de Pérez Caballero, *El Diario Español* (31 mayo 1910). CAMBA y MAS, *Los españoles*, p. 12.
[52] *Abc* (18 jun. 1910). *Ateneo*, X (jul.-dic. 1910). GARCÍA SANZ, "Arte, arquitectura y arqueología españolas".

medio de sus relaciones mercantiles con los Estados Hispano-Americanos, la regeneración económica anhelada". Hubo una respuesta masiva y se ampliaron los espacios disponibles, que retrasaron su apertura hasta octubre de 1910. Allí pudieron verse instalaciones de industrias alimenticias y de tejidos, de los altos hornos y de la fábrica de automóviles Hispano-Suiza, que certificaba la entrada de España en la modernidad y que sorprendió a quienes no esperaban este alarde por parte de la madre patria. Los edificios se ajustaron esta vez a la inspiración *art nouveau* de un arquitecto formado con maestros modernistas en Barcelona, aunque la escenografía se completó con tapices y salas dedicadas al Museo del Prado; y ante la puerta del recinto se erigió una estatua de Daoiz y Velarde, los héroes artilleros que habían sucumbido frente a las tropas de Napoleón en el Madrid de 1808. El carácter españolista del conjunto no podía expresarse con mayor claridad: España, venía a decirse, también había tenido una gloriosa guerra de independencia y aspiraba a un futuro prometedor. El Estado español nunca satisfizo las deudas contraídas con los impulsores de la exposición, pero Artal recibió un título nobiliario por los servicios prestados.[53]

En cuanto al arte, las obras españolas figuraron, separadas de los productos comerciales, en la exposición internacional del Centenario. A la altura de 1910, la pintura y la escultura —sobre todo la primera— se consideraban parte substancial de la imagen de España que moldeaban los intelectuales y promovían los políticos. Se discutía enton-

---

[53] Cita en CAMBA y MAS, *Los españoles*, p. 99. AGP, *AXIII*, Cª 15592/1, informe de la Comisaría Regia de Turismo.

ces quién representaba mejor el alma nacional, si el noventayochista Ignacio Zuloaga, con sus enjutos campesinos castellanos y sus gitanas arrebatadas, o el regeneracionista liberal Joaquín Sorolla, pintor de la luminosidad y retratista cuasioficial de la élite española, con el rey Alfonso XIII a la cabeza. Ambos habían expuesto poco antes en la Hispanic Society de Nueva York, donde el millonario Archer M. Huntington oficiaba de introductor de estos genios hispanos ante la sociedad estadounidense. Las salas españolas de Buenos Aires se sometieron a una selección oficial en Madrid y al comisariado de Gonzalo Bilbao, miembro de la embajada extraordinaria, que las llenó de obras figurativas al gusto de la burguesía que las compraba. También debieron mucho a Artal, marchante y suegro de un discípulo de Sorolla. Pero quien venció, en ausencia del maestro valenciano, fue su rival Zuloaga, que presentó más cuadros que nadie, ganó un gran premio y asentó de modo definitivo tanto su influjo en Argentina como su fama de alquimista del espíritu patrio. Ganó otro gran premio Hermen Anglada Camarasa, cuyas heterodoxias crearon escuela entre los jóvenes artistas argentinos. Para los españolistas que glosaban estos éxitos, aquello demostraba la superioridad del arte español, que no sólo deslumbraba con los cuadros zuloaguescos sino que además, con nombres como los de Mariano Benlliure y Miquel Blay —quienes cincelaban con el mismo éxito héroes de la independencia argentina que figuras castizas para el Club Español— desmentía su pretendida incapacidad escultórica. Para colmo, el programa del Centenario argentino puso en entredicho otro tópico tenido por antipatriótico, el que afirmaba que en España no había ópera, con funciones en el Teatro Colón de Felipe

Pedrell y Tomás Bretón, ejemplos del más puro españolismo musical.[54]

Los otros países asistieron a manifestaciones de esta misma capacidad expositiva. En México, el propio gobierno porfirista cedió terrenos y dio facilidades para que la colonia española organizara y financiara una exposición de arte moderno y decorativo, para lo cual se aprovecharon las fuertes conexiones transatlánticas con el grupo que, en torno al Banco Hispano Americano, aglutinaban indianos enriquecidos en México como Antonio Basagoiti y Bruno Zaldo, que además era parlamentario del partido liberal. Así se levantó un edificio efímero de aire vagamente medieval para contener una muestra que incluía muebles, porcelanas, telas, joyas, maderas y bronces —productos muy valorados por quienes auguraban un gran futuro a los saberes artísticos aplicados a la industria—, y obras de Sorolla, Benlliure, Zuloaga y Bilbao, entre otros. En Chile, el Centenario valió para ratificar la profunda huella pictórica del costumbrista Fernando Álvarez de Sotomayor en aquellas latitudes. Las muestras de 1910, salvo en la trayectoria truncada por la revolución mexicana, multiplicaron la repercusión y las ventas de los artistas españoles y consolidaron las tendencias hispanistas en el arte latinoamericano. Todos aquellos triunfos, desde las concentraciones multitudinarias hasta las exposiciones, sin olvidar los monumentos, probaban la fuerza alcanzada por las colectividades españolas en América. Sus trabajos, en opinión de Adolfo Posada, hacían

---

[54] VARELA, *La novela de España*. CAMBA y MAS, *Los españoles*. GUTIÉRREZ VIÑUALES, *La pintura argentina*.

renacer "el juicio optimista respecto de las energías, aquí más dormidas, de la raza".[55]

LA MADRE ASISTE A LAS BODAS DE SUS HIJAS

Los centenarios podían estrechar definitivamente los lazos de España con América. Los estímulos provenían de los círculos americanistas peninsulares y de las colonias de emigrantes, pero también de los gobiernos americanos que preparaban sus celebraciones patrióticas. Influían sobre ellos diversos fenómenos coetáneos: el deseo de contrarrestar el avance de Estados Unidos otorgando mayor peso a las relaciones con algunos países europeos; la necesaria colaboración en el manejo de los conflictos que pudieran surgir en las colectividades inmigrantes; y el nacionalismo de sus intelectuales, que buscaban de manera creciente referencias identitarias en el legado hispánico. Ya desde finales del Ochocientos, y de un modo decidido a partir del 98, cuando desapareció cualquier vestigio del imperialismo español en ultramar, se multiplicaron las llamadas al encuentro y se desató la retórica. Al hacer de España un invitado de honor en la conmemoración de sus independencias, Argentina, México o Chile —aunque sonara paradójico— reforzaban sus respectivas identidades nacionales, en las que el componente hispanista representaba un papel variable pero significativo y en alza.

Más aún, los distintos regímenes políticos implicados poseían características comunes que hacían fácil el acer-

[55] AMAE H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 29 de mayo de 1910. *Unión Ibero-Americana* (30 jun. 1910). *Blanco y Negro* (11 dic. 1910). Cita en Posada, *Para América*, p. 72.

camiento. La Restauración española, la república aristocrática argentina y el porfiriato mexicano pertenecían a la familia de los sistemas que, en el último cuarto del siglo XIX, habían conseguido estabilizar panoramas extremadamente violentos, con décadas de guerras y sublevaciones armadas a la espalda. Aunque las fórmulas variaran, y el respeto por los principios liberales oficiales también, todos ellos habían reunido a una porción de los antiguos adversarios y habían repartido el poder entre élites reducidas, en las que los notables, caciques o caudillos, disfrutaban de la hegemonía a nivel local. El clientelismo presidía el comportamiento de las facciones partidistas y el contacto de los ciudadanos con las administraciones públicas, mientras que era corriente el fraude electoral a favor del ejecutivo, algo que por otra parte ocurría en regiones del mundo tan extensas como la mayor parte de Iberoamérica y la Europa mediterránea. Al comenzar el siglo XX, los tres se enfrentaban al reto de abrirse para integrar a núcleos mayores de opinión, es decir, de comenzar a democratizarse. Un desafío que resolvieron de modo muy distinto, pues en Argentina las sucesivas reformas electorales —que culminaron en la ley Sáenz Peña de 1912—despejaron, no sin vaivenes insurreccionales y en contra de las intenciones iniciales de los reformistas, el camino de la oposición radical al gobierno; mientras en México el porfirismo se enrocó en la reelección de su líder y tuvo que afrontar la rebelión maderista y la subsiguiente coyuntura revolucionaria pocas semanas después del Centenario. En España la monarquía constitucional adoptó una estrategia intermedia, que si por un lado no cambió las bases del dominio establecido por conservadores y liberales, por otro supo reinventarse frente a una

izquierda débil en el terreno electoral y sobrevivió hasta el golpe militar de 1923. Los gobiernos español y argentino compartían además la preocupación por las actividades de un movimiento obrero con numerosos elementos anarquistas, que reprimieron de manera similar. Y tanto Argentina como México concibieron los Centenarios como gigantescas operaciones de prestigio, que mostraran los progresos alcanzados en el terreno económico y mejoraran su consideración en el concierto internacional.[56]

Sin embargo, los avances en las relaciones intergubernamentales hispanoamericanas antes de 1910 resultaron más bien escasos. Se firmaron diversos tratados sobre asuntos como la propiedad intelectual y la validez de los documentos legales. Se produjeron también interminables negociaciones comerciales, sin apenas resultados. Los diplomáticos se movían con comodidad en los círculos políticos ajenos y pasaron por las legaciones en Madrid algunos hispanistas de renombre, como Sáenz Peña o el poeta mexicano Amado Nervo. Unos ministerios y otros se apoyaban a la hora de vigilar y perseguir a sus respectivos disidentes.[57] Pero los grandiosos planes del americanismo militante chocaban sin remedio con el cuadro estratégico y los límites materiales de la política externa española. Después del Desastre, los gabinetes monárquicos se propusieron acabar con el aislamiento que había conducido a la soledad del 98, e idearon para ello un proyecto coherente que se mantuvo sin fisuras hasta

---

[56] Véanse, por ejemplo, Floria y García Belsunce, *Historia política*, pp. 57-104; González, "El liberalismo triunfante", y Villares y Moreno Luzón, *Restauración y dictadura*.

[57] Mac Gregor, *México y España*. Sánchez Andrés, "La normalización". Rivadulla, *La 'amistad irreconciliable'*.

1914: integrar a España, como un socio menor, en la entente establecida a comienzos de siglo entre Gran Bretaña y Francia, para garantizar la integridad territorial de la península y sus archipiélagos y asegurarse una voz, subordinada pero importante, en el Mediterráneo occidental. Estos planes, que rindieron frutos con cierta rapidez, situaban el eje de la actuación exterior en el norte de África, donde la ocupación del territorio que les tocó en suerte obsesionó a los políticos y militares españoles hasta los años veinte. Los recursos disponibles no permitían el establecimiento de una alianza que comprometiera la neutralidad en caso de guerra europea, y menos aún acciones intensivas en otros continentes. De manera que América podía ocupar, en el mejor de los casos, un papel secundario, que apenas alcanzaba para responder a las presiones de la sociedad civil. No obstante, algunos diplomáticos quisieron ver en los Centenarios la puerta de acceso a la hegemonía de España sobre los países hispanos.

Animaba esta actitud el buen sabor de boca que dejó la gira de Altamira, un acontecimiento cultural sin precedentes que agradó tanto a los círculos gubernamentales americanos como a las colonias españolas. El profesor institucionista, que describió su viaje como una odisea patriótica, fue alabado de forma unánime no sólo por su sabiduría, sino también por su discreción. En los países del centenario lo recibieron notabilidades intelectuales y políticas de primera fila: el jurista argentino Joaquín V. González, ministro de varias carteras y fundador de la Universidad de La Plata, que invitaba a los conferenciantes españoles; el historiador mexicano Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública en 1910, a punto de inaugurar la

Universidad Nacional; y el rector chileno Valentín Letelier. Los tres compartían un interés primordial por la reforma educativa y los tres promovieron la participación española en las conmemoraciones: si González defendió en el Congreso la cesión de terrenos para el monumento argentino y Letelier patrocinó el chileno, Sierra se erigió en ideólogo de la presencia hispánica en los festejos porfiristas. En México acudió a las lecturas de Altamira, como a las de Cavestany, el mismísimo presidente Díaz. Aquella acogida disparó el optimismo diplomático sobre la posibilidad de que España aumentara su influjo y desplazara a otras potencias en las predilecciones americanas. Una sensación que se hizo más aguda conforme se realizaron las conmemoraciones. El encargado de negocios en Santiago echaba así las campanas al vuelo: "la celebración del centenario en la Argentina, en Chile y en Méjico pueden ser para España fuente de incalculables beneficios, y para nuestra raza las bases de un poderío, mayor, si cabe [...] que aquel que hizo de España, por las armas, la nación más poderosa del mundo".[58]

Las embajadas extraordinarias guardaban relación directa con la corona y potenciaron su identidad con la nación española, uno de los objetivos de las empresas nacionalizadoras de la monarquía tras el Desastre. En realidad, venían a sustituir un viaje a América del propio Alfonso XIII, que habían propuesto ya medios liberales como *El Imparcial* y recibido con fervor hispanistas como Nervo, secretario de la legación mexicana en Madrid, y las colectividades de

---

[58] ALTAMIRA, *Mi viaje*. AMAE H-1441, Fernández Vallín a ministro de Estado, 8 de noviembre de 1909, y Servert a ministro de Estado, 4 y 26 de mayo de 1910 (cita en este último informe); y H-2557, Cólogan a ministro de Estado, 12 de febrero de 1910.

emigrantes. Cuando el rey pisara tierra americana —aseguraban— se produciría, casi por arte de magia, la unidad hispánica. Al joven monarca, representante a la vez de las tradiciones españolas y de la nueva España regenerada y moderna, le llovían las alabanzas y dedicatorias ultramarinas, desde las de Darío hasta las del poeta peruano Santos Chocano, lo cual cultivó, al correr de los años, su imagen de padre de la raza.[59] Don Alfonso no se animó a embarcarse en 1910, pero la infanta Isabel lo suplió con creces. Para ello se habilitó un presupuesto bastante crecido y se contó con la inestimable ayuda del Marqués de Comillas, íntimo de la familia real y propietario de la Compañía Transatlántica —la principal beneficiaria de las líneas marítimas intercontinentales—, quien fletó el palacio flotante *Alfonso XII* para dar empaque a la misión. La única sombra que se cernía sobre ella era la amenaza terrorista, muy presente en las manifestaciones por el asunto Ferrer, que a punto estuvo de cumplirse durante una ceremonia a la que asistía la infanta en la catedral de Buenos Aires, donde se detuvo a un sospechoso armado con una daga. Los oficiales y los periódicos conservadores españoles se congratulaban de la dureza con que el gobierno argentino había conjurado el peligro obrero, aplicando medidas draconianas contra los anarquistas y declarando el estado de sitio para impedir la paralización del Centenario a causa de las huelgas. Éstas causaron algunas molestias, pero no hubo incidentes de relieve.[60]

[59] *El Imparcial* (26 y 29 dic. 1907). *Unión Ibero-Americana* (mar. 1908). Darío, *Ateneo*, VII (ene.-jun. 1909), pp. 257-273.

[60] AMAE H-3489, Cadagua a ministro de Estado, 3 de junio de 1910. *Abc* (10 jun. 1910). Valle-Inclán comentó lo ocurrido en *El Mundo* (19 jun. 1910).

La visita de la infanta, desde el punto de vista gubernamental, cumplió los mejores augurios. Como delegada personal del monarca, recibió el mismo tratamiento que el presidente de Chile, el único jefe de Estado presente en el Centenario. Y se benefició de la proyección de una imagen que la identificaba con España. En un doble sentido. Por una parte, el muestrario de joyas y vestidos de gala convivía con noticias que destacaban su talante demócrata, su sencillez y su llaneza, siempre sensible a las desgracias de la gente humilde. Desde luego, atendió las recomendaciones de los inmigrantes españoles que acudieron a ella y las transmitió a las dependencias ministeriales correspondientes. Y visitó sin cesar hospitales y asilos para derramar donativos, una estrategia caritativa que utilizaron todas las casas reales coetáneas para difundir estereotipos positivos y que en su caso también reforzaba los nacionales. A juicio de Roldán, alcurnia y misericordia revelaban las luces morales del viejo hogar de Castilla. Allí estaba, ampliaba Rahola, la majestad de la raza. De otro lado, doña Isabel encarnaba la historia de España, por su inevitable asociación con la otra gran Isabel, la Católica, y —como decía el diario *La Nación*— con el espíritu de la epopeya iniciada en 1492. El componente religioso de la visita, aunque no fuera el hegemónico, apareció en la peregrinación al santuario de la virgen de Luján, donde la infanta llevó la bandera española que ofrecían a la patrona de Argentina los católicos de Zaragoza con el fin de corresponder al obsequio de las enseñas hispanoamericanas que habían portado hasta el Pilar los peregrinos americanos en 1908. El hispanoamericanismo confesional se desplegó en el sermón de monseñor Jara, el obispo chileno que había organizado la ofrenda

dos años antes, quien pidió a la embajadora que, en ausencia de hijos propios, adoptara simbólicamente a la América española. En definitiva, la figura oronda de la infanta, una mujer de casi 60 años, resultaba ideal para representar a la vieja madre patria que asistía a la mayoría de edad o a la boda de su hija, pues ese reconocimiento constituía el significado fundamental del viaje. Como le había ocurrido a Victoria de Inglaterra, aspecto y funciones encajaban sin dificultad. A decir de los incondicionales, la fusión entre la persona real y España alcanzó su cumbre durante el desfile de las sociedades de emigrados, cuando la bandera nacional que ondeaba en el balcón de su residencia envolvió el cuerpo de doña Isabel y el público, extasiado por aquella visión alegórica, contuvo el aliento.[61]

Tanto en México como en Chile, las repercusiones de la visita regia a Buenos Aires pusieron en aprietos al gobierno español, que justificó como pudo la decisión de no enviar a miembros de la familia real a los otros centenarios. Las excusas más repetidas aludían a que la embajada en Argentina abarcaba a todos ellos, o al cansancio de la infanta Isabel, que no podía someterse a otra travesía oceánica. Pareció imposible evitar ciertos resquemores, pues el amor propio de mexicanos y chilenos no aceptaba la preterición. Sin embargo, la ausencia de la casa real se compensó con otros expedientes, como la elección de personajes vinculados tanto a la corona como a los países de destino: el Marqués de Polavieja y el Duque de Arcos. De todos modos, el protoco-

[61] *El Diario Español* (19 mayo 1910). VALDEIGLESIAS, *Las fiestas*, sobre todo pp. 270-273 y Roldán en p. 643. Rahola, *Mercurio*, 103 (1º jun. 1910), p. 231. *Abc* (20 jun. 1910). Cartas de recomendación de la infanta, en AMAE H-1355.

lo exigió especiales habilidades diplomáticas, como las del ministro español en México, Bernardo Cólogan y Cólogan, que tenía ideas propias acerca de la conmemoración, convenció con ellas a la colonia y se entendió de maravilla con el gobierno del general Díaz, sobre todo con Sierra. Su táctica consistía en dejar la iniciativa a los mexicanos y, al mismo tiempo, en no perder ocasión de enaltecer la historia y el orgullo de la desmedrada metrópoli.[62]

Los peligros no provenían en México de un posible atentado anarquista, sino de las tradicionales agresiones que sufrían los gachupines —a menudo, los abarroteros y prestamistas— con motivo de la fiesta nacional, "durante las horas en que el pueblo t(enía) libertad para sus manifestaciones patrióticas". Un tipo de violencia que había decaído en los últimos tiempos pero aún podía repuntar.[63] Sin embargo, la hispanofobia no asomó en las fiestas, sino todo lo contrario. La embajada española tuvo un recibimiento privilegiado: el presidente la atendió aparte, la marcha real se tocaba junto al himno mexicano y el embajador se colocó a la derecha de Díaz durante la ceremonia principal, la que recordaba el Grito de Dolores, el primer episodio de la crónica independentista, desde el balcón del Palacio Nacional. En vez de "mueras" a los españoles, ese día —si hemos de creer a los testigos— se oyeron "vivas" a España. Polavieja se paseó por diversas ciudades a cargo de la colonia y en todas partes encontró discursos que alababan el

---

[62] AMAE H-1441, Servert a ministro de Estado, 25 de abril de 1910; y H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 16 de abril y 22 de mayo de 1910.

[63] Granados, "Visiones encontradas en la celebración de la independencia". Cita en AMAE H-2557, Cólogan a ministro de Estado, 15 de noviembre de 1909.

papel de la madre patria, que había dado la lengua y la sangre a los mexicanos. En Toluca lo esperaban varios miles de charros con banderolas españolas y se dedicaron una plaza a España y una calle al general. A cambio, la embajada había asumido un encargo delicado, el de sellar la reconciliación con la antigua Nueva España con un acto simbólico de la mayor importancia, al menos para México: la devolución del retrato y del uniforme y otros objetos arrebatados al generalísimo José María Morelos —mito paternal en el panteón patriótico mexicano— que se conservaban en el museo español de artillería. Una sugerencia del Casino Español que hizo suya el gobierno. Con gran pompa, las reliquias procesionaron por el centro de la capital —con custodia militar y acompañadas por una imagen de la virgen de Guadalupe y las banderas históricas de la independencia— y fueron acogidas con toda solemnidad y "vivas" cruzados. Al parecer, el acto conmovió a los presentes y disipó resquemores añejos.[64]

El Centenario mexicano tuvo un carácter historicista muy marcado, pues el régimen de Porfirio Díaz decidió consagrar en él su visión de la historia nacional con el fin de legitimarse y de imponerla en la nacionalización de los mexicanos. Y en esa versión es donde encajaba España, como uno de sus protagonistas. De acuerdo con Sierra y con la doctrina oficial del porfiriato, la nación había emanado de la mezcla de dos razas, la indígena y la española, y su propia naturaleza se hallaba en ese mestizaje. Tanto el

---

[64] AMAE, H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 2 de noviembre de 1910; y Polavieja, 18 de noviembre de 1910. Morelos, en AMAE, H-2557. García, *Crónica oficial de las fiestas*. Guedea, "La historia en los centenarios". *Arte y Letras* (25 sep. y 9 oct. 1910).

cura Morelos como el presidente Díaz eran mestizos. Así pues, uno de los números más espectaculares de la conmemoración consistió en un desfile histórico que arrancaba del encuentro entre el conquistador Hernán Cortés y el emperador azteca Moctezuma e incluía la escenificación de la ceremonia del Pendón, por la que la Nueva España renovaba periódicamente su lealtad al monarca. En todo ello había una revalorización de la época colonial, que, sin renunciar a la grandeza del periodo prehispánico, adquiría un nuevo relieve para el cultivo de la identidad mexicana. Lo cual agradaba de un modo irresistible a los españoles que vivían en México, confirmados en su propia relevancia a través de este enfoque. Para recibir el collar de la orden de Carlos III que le había concedido Alfonso XIII, Porfirio Díaz desempolvó un retrato del rey ilustrado del siglo XVIII y lo colgó en el salón más importante del palacio nacional.[65]

Pero las alusiones a la conquista de México, tarde o temprano, se topaban con la controvertida figura de Hernán Cortés. El ministro Cólogan opinaba que aún era pronto para elevar una estatua al conquistador, ya que los odios contra el símbolo de la crueldad hispana estaban demasiado vivos. Pero, de acuerdo en esto los dirigentes españoles y los mexicanos, había otras maneras de rendirle culto. Lo curioso es que el embajador Polavieja, nieto de un regente de la Real Audiencia de la Nueva España y militar con un cierto barniz intelectual, había investigado sobre la vida de Cortés y, poco antes del Centenario, había publicado un libro sobre él. Basado en la lectura del historiador William H. Prescott y de algunos papeles del Archivo de Indias, el

[65] GUEDEA, "La historia en los centenarios".

Cortés de Polavieja era un superhombre nietzscheano, que superaba cualquier obstáculo gracias a "su heroico corazón, su alma ardiente y su inquebrantable voluntad". Un trasunto del general cristiano que era Polavieja, incomprendido por sus superiores y ejemplo de una raza que pensaba en la evangelización más que en las riquezas. En resumen, un vigorizador de la patria, que debía extraer enseñanzas de su carácter —sin dudas ni temores—para regenerarse en la difícil coyuntura de comienzos del siglo XX.[66] El mismo Polavieja, al que nombrarían académico de la Historia por estas labores, comprobó en 1910 que aún seguía viva la memoria de su ídolo, cuando el gobernador indio de Tlaxcala le recordó la antigua alianza de sus dos pueblos contra los aztecas. Y tanto los prohombres del porfiriato como los de la colonia asumieron la reivindicación de Cortés. Unos meses antes del Centenario, un par de periodistas aventureros —"bohemios ambulantes de la españolería" los llamaba Cólogan— presentaron un plan para seguir la ruta del conquistador y describirla en un libro: el dictador puso a su disposición un barco y una escolta, y los españoles más influyentes lo financiaron. Según el ministro español en México, por mucho amor que los mexicanos tuvieran a lo indígena, tenían que reconocer que debían la civilización y la nacionalidad a la España de la conquista. El libro en cuestión, inflamado de patriotismo, resultó casi ilegible, pero quedaba el gesto.[67]

---

[66] AMAE H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 17 de abril de 1910. POLAVIEJA, *Hernán Cortés*, cita en p. 14. LÓPEZ SERRANO, *El general Polavieja*.

[67] *El Imparcial* (México) (6 abr. 1910). AMAE H-3489, informe de Polavieja, 18 de noviembre de 1910; y cita en H-2557, Cólogan a ministro de Esta-

En Chile, como en Venezuela al año siguiente, se repitieron los moldes de cordialidad hispanoamericana. No sin algún tropiezo inicial, pues se rumoreó que uno de los componentes de la embajada, el militar Méndez Vigo, descendía de Méndez Núñez, que además del Callao había bombardeado Valparaíso. Pero Arcos se desenvolvió bien en un terreno familiar para él, el de las élites hispanófilas chilenas, y los deseos de amistad se esculpieron en los monumentos, como el de Ercilla y el de la batalla de Maipú, donde también se homenajeó a los españoles vencidos. En Caracas todo giró en torno a la figura de Bolívar y a su abrazo con el abuelo del embajador Aníbal Morillo. Los discursos subrayaron la españolidad del Libertador, que, señalaban los españolistas, a la hora de morir se vio abandonado por los americanos. Lo más reseñable del Centenario venezolano fue la manifestación de los estudiantes universitarios que, con el pretexto de agasajar al representante del rey liberal Alfonso XIII, protestaron contra el régimen recién estrenado de Juan Vicente Gómez.[68] En general, en la correspondencia diplomática y en la prensa predominaba el triunfalismo: todo había salido mejor de lo previsto, se habían disuelto los recelos y se preparaba un futuro magnífico para las relaciones entre España y sus hijas. Un futuro de tratados comerciales, instructores militares españoles entrenando a los ejércitos americanos, emigrantes tan

---

do, 12 de mayo de 1910. SEGARRA y JULIÁ, *La ruta de Hernán Cortés*.

[68] Chile, en AMAE H-1441, Servert a ministro de Estado, 5 y 9 de agosto de 1910; y Arcos a ministro de Estado, 26 de septiembre de 1910. Venezuela, en AMAE H-3489, Morillo a ministro de Estado, 7 de julio y 21 de agosto de 1910. *Unión Ibero-Americana* (31 oct. 1910) y (31 jul. 1911).

ricos como bien considerados y gobiernos rendidos ante los encantos de la madre patria.

EPÍLOGO CONMEMORATIVO

¿Qué quedó del Centenario? Pese al triunfalismo rampante, algún periódico español se preguntaba en 1910 si, aparte de la acentuación del mutuo afecto, iba a extraerse algo útil de los notables gastos ocasionados por las embajadas. En lo inmediato, cabía señalar ciertos logros menores en Argentina, como la fundación de una academia de la lengua correspondiente, que impulsó Sellés, o el nacimiento de la Unión Internacional Hispano-Americana de Tecnología y Bibliografía Científicas, un proyecto de Torres Quevedo para fomentar la difusión de la ciencia en castellano. Pero no mucho más. En el terreno comercial, aludido con frecuencia durante los festejos, el ingeniero Ribera elaboró informes sobre la economía argentina y la nueva dirección general de Comercio del Ministerio de Fomento se encargó de ampliar horizontes económicos. De hecho, no cesaron las misiones mercantiles, como las organizadas por la Casa de América de Barcelona con respaldo del gobierno. Sin embargo, estos esfuerzos no rompieron las barreras que impedían un aumento sustancial de los intercambios, pues el proteccionismo arancelario español se avenía mal con las importaciones agropecuarias americanas y malogró cualquier posible arreglo. Por otro lado, la revolución mexicana que comenzó en noviembre de 1910 amputó las posibilidades de mejora de las relaciones entre España y México: las partidas insurgentes se lanzaron muy pronto contra los gachupines que tanto se habían comprometido con la dictadura de Porfirio Díaz,

la última vez durante las ditirámbicas ceremonias centenarias. En los demás países, los ejércitos siguieron buscando inspiración en otras potencias y el crecimiento de los efectivos diplomáticos españoles fue tan lento que no permitió una política muy ambiciosa.[69]

Más avances se produjeron en el ámbito de la cultura, el favorito de los intelectuales regeneracionistas. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, organismo público inspirado por la ILE y clave para la modernización de la ciencia en España, fue encargada en abril de 1910 de los intercambios académicos con América. Posada viajó como comisionado de la Junta para establecer los primeros contactos. Y así nació una política científica que a partir de 1914 se articuló a través de la Institución Cultural Española de Buenos Aires, patrocinada por cinco grandes asociaciones de la colectividad y dirigida por uno de sus miembros más prestigiosos, el doctor Avelino Gutiérrez. En la cátedra que fundó la ICE impartían cursos los profesores seleccionados por la JAE, que se animó a extender el modelo a Uruguay, Chile, Paraguay y Bolivia, una especie de circuito para los intelectuales españoles que cruzaban el Atlántico. A lo que siguieron otras muchas fundaciones, en América y en España, hasta los años treinta. Otra vez, la vitalidad de los inmigrantes resultaba crucial para sostener el empeño hispanoamericano. Si alguien había extraído réditos de los Centenarios eran ellos, que gestionaron por diversos conductos —como el del presidente Figueroa

[69] *El Mundo* (29 jun. 1910). La UIHATBC, en AMAE H-2315. RIBERA, "Viaje a la Argentina". PIKE, *Hispanismo*, cap. 10. SEPÚLVEDA, *El sueño*. LIDA, *Inmigración y exilio*.

Alcorta y la infanta Isabel— el perdón para los desertores y prófugos huidos a América. En 1912, el gobierno de Canalejas terminó concediéndolo.[70]

Todo esto se antojaba poco en comparación con las inmensas expectativas levantadas por el hispanoamericanismo. Una honda brecha separaba la pobreza de los avances concretos y la retórica grandilocuente, que se infló en años sucesivos hasta hacerse insoportable. El escritor Wenceslao Fernández Flórez expresaba ese hartazgo:

> Los unos hablan del sinsonte, del cañaveral y de la hamaca. Los otros, de los orígenes de las razas, de la consanguinidad, del azúcar de caña, de Hernán Cortés, de las plantaciones de tabaco, de Moctezuma y de las joyas de Isabel la Católica. Desde luego, son preferidos los que cantan el sinsonte. Por lo menos, no hacen daño a nadie y dejan en paz a los muertos en su sepultura.[71]

Pero tanta insistencia en los mismos tópicos remitía, más que a realizaciones prácticas, al universo, menos tangible, de las identidades nacionales, en el que los discursos americanistas tenían funciones expresivas y también performativas, pues a la vez construían, actualizaban y difundían un imaginario español en el que América representaba un papel esencial. El hispanoamericanista fue un avatar del españolismo que no dejó de expandirse después de los Centenarios, hasta ocupar un puesto central durante los años veinte. Proporciona-

---

[70] LÓPEZ SÁNCHEZ, "La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista". DALLA CORTE, *Casa de América*, pp. 35-37. RD de 25 de abril de 1912. *Mercurio* (17 mayo 1912).

[71] Cita en FERNÁNDEZ FLÓREZ, *Impresiones de un hombre de buena fe*, p. 65.

ba a España una categoría simbólica indiscutible, afirmaba a los emigrantes españoles frente a sus competidores y al país de acogida, y llenaba de contenido una política exterior sin recursos suficientes. En este orden, el moral, su éxito fue completo. Desde 1910, América se incluyó con ahínco en las tareas nacionalizadoras, particulares y estatales, aunque su omnipresencia desveló con mayor claridad las distancias que alejaban a unos españolistas de otros.

Dos años más tarde, el centenario de la Constitución de Cádiz motivó la renovación de los votos americanistas, esta vez en territorio español. Se trataba de honrar a los representantes de España y América que, todos juntos contra la tiranía, habían alumbrado el primer texto constitucional del mundo hispánico. Una conmemoración en la que se implicaron el gobierno liberal, las instituciones locales y múltiples asociaciones, y en la que el hispanoamericanismo brilló con componentes similares a los de 1910. Los mensajes volvieron a remarcar la confluencia de los espíritus frente al adversario sajón y en pro del realce de España como actor internacional. Acudieron delegaciones de las repúblicas americanas, la argentina encabezada por el ex presidente Figueroa Alcorta, que después de pasar por Cádiz fueron agasajadas en Madrid por las altas autoridades del Estado. Y los emigrantes españoles dieron cuerpo al acto más significativo de las celebraciones, la llamada "fiesta de las lápidas", que cubrió la fachada del oratorio de San Felipe Neri —espacio sacro donde se había aprobado la Constitución de 1812— con placas que homenajeaban a los doceañistas. No era una ceremonia oficial, sino que había sido orquestada por el apóstol Rafael María de Labra, delegado en la Península de los centros de expatriados. Desde Tampa hasta Bue-

nos Aires, los españoles habían puesto dinero para grabar en mármol su ofrenda a quienes habían instituido la libertad de imprenta y la soberanía nacional. No era una casualidad, como tampoco lo era que Rafael Calzada propusiese desde Buenos Aires que el 19 de marzo, día de la promulgación de la carta gaditana, se convirtiera en la fiesta nacional de España. De nuevo, los patriotas de ultramar hacían notar su españolismo progresista.[72]

Aquélla sería su última oportunidad. En España, los valores nacionalistas y liberales que explicitaba la memoria de las Cortes de Cádiz no despertaban consenso alguno, pues el catolicismo conservador repudiaba la herencia doceañista, descreída y extranjerizante, como culpable del declive nacional. Y esa versión del españolismo, que consideraba la fe la esencia de la nacionalidad, se impuso desde los años de la Gran Guerra, lo cual potenció al tiempo el carácter reaccionario de las manifestaciones hispanoamericanistas, cada vez más alejadas de las proyecciones liberales hacia un futuro en democracia y más concentradas en el ensalzamiento de la conquista y la evangelización. La fiesta nacional de España no sería el 19 de marzo, pero sí tendría que ver con América, pues en 1918 se proclamó como tal el 12 de octubre, día de la raza, bajo premisas confesionales e imperiales.[73] Por decirlo así, Isabel la Católica había vencido a *la Pepa*. Lo cual coincidía también con los vientos derechistas que soplaban en América. La dictadura del general Miguel Primo de Rivera culminó en la década de los veinte esta deriva con la potenciación del hispanoamericanismo más

---

[72] Moreno Luzón, "Memoria de la nación liberal".
[73] Marcilhacy, "Une histoire culturelle".

retrógrado. Bajo su mandato se realizaron algunos de los planes de 1910, como la dotación de medios para la diplomacia española en ultramar y la exposición iberoamericana de Sevilla, un escaparate de lujo para la madre patria. Por el camino se habían perdido los alientos liberales de Altamira y la monarquía democrática de Canalejas, pero la reconquista retórica de América había regenerado, si no España, si al menos el nacionalismo español.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AGP, *RAXIII*	Archivo General de Palacio, *Reinados, Alfonso XIII*. Patrimonio Nacional, Madrid.
AMAE	Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Madrid.
RD	Real Decreto.

AA. VV.

Los baskos en el Centenario. Adhesión de la colectividad baskongada al Centenario argentino, Buenos Aires, Tipografía "La Baskonia", 1910.

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael

España en América, Valencia, F. Sempere y Cía., 1909.

Mi viaje a América (Libro de documentos), Oviedo, Universidad de Oviedo, 2007 (1a ed., 1911).

ÁLVAREZ JUNCO, José

El nombre de la cosa. Debate sobre el término nación y otros conceptos relacionados, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005.

ANDERSON, Benedict

Imagined Communities, Londres, Verso, 1991 (edición revisada y ampliada de la de 1983).

CABRERA, Mercedes y Javier MORENO LUZÓN (eds.)

Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX, Madrid, Fundación BBVA, 2002.

CALZADA, Rafael

Cincuenta años en América. Notas autobiográficas, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1927, vol. II.

CAMBA, Francisco y Juan MAS Y PI

Los españoles en el centenario argentino, Buenos Aires, Imprenta Mestres, 1910.

CORONAS, Santos M.

"Altamira: de la cátedra de Historia del Derecho a la Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América" en http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46894929101145619532279/p0000001.htm.

DALLA CORTE, Gabriela

Casa de América de Barcelona (1911-1947). Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional, Madrid, LID, 2005.

DELANTY, Gerard y Krishan KUMAR

The SAGE Handbook of Nations and Nationalism, Londres, SAGE, 2006.

DEMANGE, Christian, y otros

Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908), Madrid, Casa de Velázquez, 2007.

DUARTE, Ángel

La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910), Lérida, Milenio, 1998.

ELGUERO, José

Discurso pronunciado por su autor en la festividad que, en honor del general don Nicolás Bravo, organizaron los vecinos del cuartel tercero de la ciudad de Morelia, el día 29 de septiembre de 1910, Morelia, Tip. de Agustín Martínez Mier, 1910.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao

Impresiones de un hombre de buena fe (1914-1919), Madrid, Espasa-Calpe, 1964.

FLORIA, Carlos A. y César A. GARCÍA BELSUNCE

Historia política de la Argentina contemporánea, 1880-1983, Madrid, Alianza, 1983.

GARCÍA, Genaro (dir.)

Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México, México, Museo Nacional, 1911.

GARCÍA SANZ, Jorge

"Arte, arquitectura y arqueología españolas en la Exposición Internacional de Roma de 1911", en GÓMEZ-FERRER MORANT, 2006.

GARCÍA SEBASTIANI, Marcela

"Crear identidades y proyectar políticas de España en la Argentina en tiempos de transformación del liberalismo. *El Diario Español* de Buenos Aires (1905-1912)", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 55 (2004), pp. 525-553.

"El patriotismo de los españoles emigrantes en la Argentina", en GÓMEZ-FERRER MORANT, 2006.

GILLIS, John R.

"Memory and identity: the history of a relationship", en GILLIS, 1994, pp. 3-24.

GILLIS, John R. (ed.)

Commemorations. The Politics of National Identity, Princeton, Princeton University Press, 1994.

GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe (ed.)

Modernizar España. 1898-1914, Congreso internacional, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2006 (CD).

GONZÁLEZ, Luis

"El liberalismo triunfante", en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 633-705.

GRANADOS GARCÍA, Aimer

"Visiones encontradas en la celebración de la independencia mexicana a finales del siglo XIX", en *Revista de Indias*, LXIII: 228 (2003), pp. 441-458.

GUEDEA, Virginia

"La historia en los centenarios de 1910 y 1921", en GUEDEA (coord.), 2009, pp. 21-107.

GUEDEA, Virginia (coord.)

Asedios a los centenarios (1910 y 1921), México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo

La pintura argentina. Identidad nacional e hispanismo (1900-1930), Granada, Universidad de Granada, 2003.

Monumento conmemorativo y espacio público en Iberoamérica, Madrid, Cátedra, 2004.

JULIÁ, Santos

Historias de las dos Españas, Madrid, Taurus, 2004.

LABRA, Rafael María

"El americanismo en España", en *Ateneo*, x (jul.-dic. 1910), pp. 74-77.

LIDA, Clara E.

Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español, México, El Colegio de México, Siglo Veintiuno Editores, 1997.

"Los españoles en el México independiente: 1821-1959", en *Historia Mexicana*, LVI: 2 (222) (2006), pp. 613-650.

LIDA, Clara E. (coord.)

Tres aspectos de la presencia española en México durante el Porfiriato, México, El Colegio de México, 1981.

LÓPEZ SÁNCHEZ, José María

"La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española en Buenos Aires", en *Revista de Indias*, LXVII: 239 (2007), pp. 81-102.

LÓPEZ SERRANO, Alfredo

El general Polavieja y su actividad política y militar, Madrid, Ministerio de Defensa, 2002.

MAC GREGOR, Josefina

México y España: del Porfiriato a la Revolución, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992.

MAINER, José-Carlos

"III.-Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)" (1977), en *La doma de la quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España* (2ª edición aumentada), Madrid, Iberoamericana, Vervuert, 2004, pp. 125-180.

MARCILHACY, David

"Une histoire culturelle de l'hispano-américanisme (1910-1930): l'Espagne à la reconquête d'un continent perdu", tesis de doctorado, París, Université de Paris III, 2006.

MICHONNEAU, Stéphane

Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites, Vich, Eumo, 2002.

Monumento

Monumento de los españoles. Memoria de la comisión española del centenario argentino, Buenos Aires, s. e., 1927.

MORENO LUZÓN, Javier

"Memoria de la nación liberal: el primer centenario de las Cortes de Cádiz", en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 52 (2003), pp. 207-235.

"Entre el progreso y la virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de la Independencia", en *Historia y Política*, 12 (2004), pp. 41-78.

MOROTE, Luis

"Por ser federal", en *Ateneo*, x (jul.-dic. 1910), pp. 77-80.

MOYA, José C.

Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930, Buenos Aires, Emecé Argentina, 2004.

NAVARRO AZCUE, Concepción y Baldomero ESTRADA TURRA

"Migración y redes de poder en América: el caso de los industriales españoles en Valparaíso (Chile) 1860-1930", en *Revista Complutense de Historia de América*, 31 (2005), pp. 115-146.

NORAMBUENA, Carmen

"Inmigración española en Chile, 1890-1920: los prestamistas", en *Proposiciones*, 24 (1994), pp. 159-163.

ORTIZ SAN PELAYO, Félix

Estudio sobre la Asociación Patriótica Española, Buenos Aires, El Correo Español, 1899.

Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española. Desde su fundación hasta la reunión del Congreso de Sociedades Españolas, Buenos Aires, Librería "La Facultad", 1914.

PALOMO RUIZ, Luis

La emigración española a América, Madrid, Bernardo Rodríguez, 1911.

PASCUARÉ, Andrea

"Del hispanoamericanismo al pan-hispanismo. Ideales y realidades en el encuentro de los dos continentes", en *Revista Complutense de Historia de América*, 26 (2000), pp. 281-306.

PÉREZ HERRERO, Pedro

"Algunas hipótesis de trabajo sobre la inmigración española a México: los comerciantes", en LIDA (coord.), 1981, pp. 101-173.

PIKE, Frederick B.

Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America, Notre Dame-Londres, University of Notre Dame Press, 1971.

POLAVIEJA, Marqués de

Hernán Cortés (Estudio de un carácter), por el teniente general Conferencia leída en el Centro del Ejército y de la Armada, Toledo, Imprenta y Librería de la Viuda e Hijos de J. Peláez, 1909.

POSADA, Adolfo

Para América desde España, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorf, 1910.

RIBERA, José Eugenio

"Viaje a la Argentina", en *Revista de Obras Públicas*, 58 (1910), pp. 395-398.

RIVADULLA BARRIENTOS, Daniel

La 'amistad irreconciliable'. España y Argentina, 1900-1914, Madrid, Mapfre, 1992.

RODÓ, José Enrique

Ariel, México, Porrúa, 1968.

SALAVERRÍA, José María

Tierra argentina. Psicología, tipos, costumbres, valores de la República del Plata, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1910.

SÁNCHEZ ALONSO, Blanca

Las causas de la emigración española 1880-1930, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín

"La normalización de las relaciones entre España y México durante el porfiriato (1876-1910)", en *Historia Mexicana*, XLVIII: 4(192) (abr-jun. 1999), pp. 731-766.

SEGARRA, José y Joaquín JULIÁ

La ruta de Hernán Cortés. Pro patria, 1519-1910, Madrid, s.e., 1910.

SEPÚLVEDA, Isidro

Comunidad cultural e hispano-americanismo, 1885-1936, Madrid, Universidad de Educación a Distancia, 1994.

El sueño de la madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo, Madrid, Marcial Pons Historia, Fundación Carolina, 2005.

STORM, Eric

"El tercer centenario del *Don Quijote* en 1905 y el nacionalismo español", en *Hispania*, 58 (1998), pp. 625-654.

TURNER, Charles

"Nation and commemoration", en DELANTY y KUMAR, 2006, pp. 205-213.

VALDEIGLESIAS, Marqués de

Las fiestas del Centenario de la Argentina. Viaje de S.A.R. la Infanta Dª Isabel a Buenos Aires, mayo de 1910, Madrid, s.e., s.a.

VARELA, Javier

La novela de España. Los intelectuales y el problema español, Madrid, Taurus, 1999.

VILLARES, Ramón y Javier MORENO LUZÓN

Restauración y dictadura, volumen 7 de *Historia de España* dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, Barcelona, Crítica, Marcial Pons Historia, 2009.

ZULETA ÁLVAREZ, Enrique

España en América. Estudios sobre la historia de las ideas en Hispanoamérica, Buenos Aires, Confluencia, 2000.

ARCHIVOS Y DOCUMENTOS

LAS CELEBRACIONES DE 1825: DEL PATRIOTISMO A LA EDUCACIÓN. LAS BECAS EDUCATIVAS DE LA JUNTA CÍVICA

Lucila López de la Vega
El Colegio de México

La promulgación de la Constitución mexicana de 1824 significó, no sólo la consolidación de un proyecto político, sino también el establecimiento de un orden jurídico y "social" formal que permitió que el general Guadalupe Victoria, presidente de la República, pudiera jurar su autoridad con el respaldo de la "carta fundamental" de la nación, por lo que el 10 octubre de 1824, quedó establecido el nuevo gobierno y con él se inició una nueva etapa de la historia nacional.

Es necesario enfatizar que la promulgación de la Carta Magna, no sólo representaba la concreción de muchos de los ideales independentistas, sino que también materializaba el gran proyecto de nación que comenzó con el grito de Dolores de 1810. Esta primera constitución mexicana dejaba atrás los años de turbulencias, guerras, desórdenes y, por supuesto, el tan negado y condenado Imperio mexicano.

Pero la Constitución no bastaba para estimular la formación de un espíritu nacional, por lo que el año de 1825 representó un momento más que propicio para que el nuevo gobierno se consolidara y la población se apropiara de

aquellos ideales que permitieron la terminación del virreinato de la Nueva España; pues si bien la entrada triunfal del Ejército Trigarante a la ciudad de México había representado la llegada "formal" de la tan anhelada independencia, aquel momento había sido borrado, descalificado y negado por sus propios protagonistas, así que 1825 representó una nueva oportunidad de apropiación de aquellos ideales libertarios y esperanzadores con los que la joven nación independiente había iniciado su vida.

Sin embargo, la celebración no fue tan planeada como se podría esperar, lo cual es sumamente comprensible en un contexto de formación del Estado-nación y de severa crisis hacendaria. Los festejos implicaban gastos y un gobierno en permanente penuria financiera no podía afrontar tales despilfarros. Pero también era un hecho que este aniversario no podía pasar inadvertido, por lo que no sería sino hasta julio de 1825 que comenzaron a planearse los festejos del "Aniversario del glorioso grito de la independencia mexicana".

Para la organización de las celebraciones fue menester nombrar una Asamblea, la cual estaba compuesta por "un número crecido de patriotas de todas las clases del estado", quienes habrían de reunirse "con la más perfecta armonía de sentimientos" con la finalidad de llevar a cabo todas las acciones precisas que condujeran a la obtención de los recursos necesarios para "costear" dichos festejos, los cuales, valga decir, debían ser aportados por "todos los mexicanos".

El primer paso, fue constituir formalmente esta Asamblea, es decir, dar nombre y apellido a los "patriotas" que habrían de colaborar con esta "gloriosa empresa nacional". Dicha Asamblea quedó compuesta por 20 integrantes que representaban al sector público y al privado. En cuanto a

la participación del Estado, la Asamblea contaba con ocho integrantes que representaban, a su vez, al poder Legislativo, Cámaras de Senadores y Diputados, a la milicia y al Ejecutivo bajo la figura del gobierno municipal.

Por la Cámara de Senadores acudieron Juan de Dios Cañedo y Francisco Molinos del Campo; por la de Diputados, Manuel Sosaya y Francisco Lombardo; por la milicia los generales Anastasio Bustamante y Vicente Filisola, los coroneles Pablo María Maulia y Francisco Javier Gómez, los tenientes Francisco Victoria y Rafael Borja y los capitanes José María Alegre y Juan Zárate. Por su parte, el gobierno municipal fue representado por el Conde de Regla y por el Marqués de Salinas.

Los representantes de la población fueron designados en cuanto a su participación en la economía, bajo las categorías de empleados, comerciantes y particulares. Por el primer sector fueron designados Rafael Mangino y Juan Antonio Unzueta; por el de comercio el Conde de Heras y Miguel Portú; y por el resto de la población acudieron el doctor Joaquín Carrera y Francisco Fagoaga. De entre sus miembros, la Asamblea eligió a un presidente, cargo que recayó en la persona del general Anastasio Bustamante.[1]

Atendiendo a la labor encomendada, la Asamblea tenía la principal misión de recabar las aportaciones "voluntarias" de toda la población que estuviera dispuesta a colaborar con los festejos, los cuales eran "eminentemente cívicos y nacionales". Para desarrollar y acordar sus trabajos, la Asamblea celebraba reuniones periódicas, siendo su sede el

[1] *Gaceta Diaria de México* (Primera época de la Federación), 90 (25 ago. 1825).

propio Palacio Nacional. En cada una de las juntas realizadas se informaba sobre las aportaciones recaudadas entre las dependencias de gobierno, los trabajadores del Estado, los comerciantes y propietarios y la población en general.

Si bien la labor recolectora era responsabilidad de todos los "patriotas" integrantes de la Asamblea, algunos de sus miembros fueron más allá de las aportaciones para los festejos y las visitas a diversas personalidades de la sociedad con la finalidad de incentivar "su sentimiento nacional". Pues si bien los festejos eran necesarios, las celebraciones significarían más que eso, un momento en el cual la población podía unirse y sublimar los ideales independentistas.[2]

Por esta razón tres integrantes de la Asamblea, también llamada Junta Cívica, decidieron apelar a algo más que a una efímera celebración. Éstos apostaron por una acción más permanente, concreta, justa y, por qué no, por algo que los perpetuara, a ellos en su presente y a los héroes de la patria en su pasado. Francisco Molinos del Campo, Vicente Filisola y el Conde de Regla planearon materializar su patriotismo en la educación. Fue así como acudieron ante el escribano a otorgar la escritura correspondiente. El senador Molinos del Campo otorgó escritura de obligación el día 29 de agosto:

> [...] Que deseando concurrir por su parte a celebrar de un modo digno el aniversario del glorioso grito con que enarbolaron en Dolores el pendón Independiente los primeros héroes de la patria [...] se compromete y obliga del modo más estrecho y más sagrado, a contribuir con quince pesos cada mes por el espacio de ocho años para los gastos de la educación de un niño [...][3]

---

[2] Vázquez y Hernández Silva, *Diario histórico*, p. 139.

[3] AHNCM, Notario 426, Francisco de Madariaga, vol. 2836, fecha

El Conde de Regla lo hizo el día 31 de agosto:

> [...] el Señor Don Pedro José Romero de Terreros Rodríguez de Pedroso Conde de San Bartolomé de Jala, y de Santa María de Regla, Marques de San Cristóbal, y de Villa hermosa de Alfaro, General de Brigada, Prefecto del Estado de México, y vecino de esta capital, al cual doy fe conozco, y dijo: Que deseando concurrir por su parte a celebrar de un modo digno el aniversario del glorioso grito con que enarbolaron en Dolores el pendón independiente los primeros héroes de la Patria [...] Otorga: que se compromete y obliga del modo más estrecho y más sagrado a contribuir con treinta pesos cada mes por el espacio de ocho años para los gastos de la educación de dos niños a razón de quince pesos á cada uno [...][4]

Es necesario indicar que los señores Molinos del Campo y el Conde de Regla lo hicieron ante el mismo escribano, bajo el rubro de Obligación. El Conde garantizó dicha escritura con especial hipoteca de la mitad de los bienes del vínculo que le pertenecían y Molinos del Campo por su parte señaló que "deseando que nada entorpezca el logro de su objetivo y careciendo de bienes raíces, el ciudadano Francisco de Paula Coterillo dueño de la hacienda Mosteje, ubicada en la jurisdicción de Yxtlahuaca, se obliga a responder todo el tiempo por el compromiso que contrae con la patria y para mayor seguridad hipoteca dicha hacienda".

---

29 de agosto de 1825, ff. 340v.-341v. El documento menciona que el Señor Molinos del Campo no contaba con bienes raíces para garantizar la obligación, por lo cual a su nombre el señor Coterillo hipotecó su hacienda.

[4] AHNCM, Notario 426, Francisco de Madariaga, vol. 2836, fecha 31 de agosto de 1825, f. 345 f-345v.

Filisola la confirió el 4 de septiembre:

> [...] el General de Brigada, Don Vicente Filisola, comandante general de esta Ciudad y Estado libre (a quien doy fe conocer) dijo: que exigiendo los costosos sacrificios en los primeros héroes de nuestra independencia y libertad, no solo una memoria eterna, sino que cada Ciudadano, se esfuerce todo lo posible para su justa recompensa, y atendiendo, a que nada podía ser a aquello más agradable, que ver en sus hijos y deudos, premiado el mérito que adquirieron, librando de la miseria, a lo que, en el orden natural, les deben la existencia: ha deliberado, en memoria de tan beneméritos Patriotas, y obsequio de los suyos, ceder, por el termino de ocho años, quince pesos mensuales [...].[5]

Este último confirió escritura de donación especificando que la cantidad que donaba sería de sus sueldos, entendiéndose, que si antes de los ocho años muriera, sus herederos y sucesores no quedarían obligados de ninguna manera a la indicada pensión, que debía deducirse puramente de sus sueldos y no de otra cosa.

Por su parte el diario *El Águila Mexicana* publicó el sábado 3 de septiembre, que dos de dichos señores ya se habían comprometido por escritura pública, que no publicarían los nombres de los individuos de la junta cívica para no ofender su delicadeza, señalando al final de la nota: "Mexicanos imitad estos actos de beneficencia patriótica; ellos causan la verdadera alegría del corazón".[6]

---

[5] AHNCM, Notario 531, Manuel Pinzón, vol. 3553, fecha 4 de septiembre de 1825, ff. 92v -93v.

[6] *El Águila Mexicana*, 141 (3 sep. 1825).

El pueblo mexicano se preparaba para celebrar el XV aniversario del "primer grito de su independencia gloriosa" pese a que dicha fiesta tenía en contra la epidemia imperante de sarampión, que afectaba gravemente a la población. Así, la Junta se enfrentó a todo tipo de comentarios inclusive a un papel intitulado a la "incógnita junta de supuestos patriotas", cuyo autor les llamaba ambiciosos, hombres sin virtudes, patriotas de última hora. Esto no detuvo su labor, ya que además, seguía recibiendo demostraciones generosas del patriotismo de los mexicanos.

La vida seguía su marcha y la Junta Cívica continuaba los preparativos para el gran día. La situación por la epidemia era tan difícil que el Ayuntamiento pidió cooperación de los ciudadanos lanzando un aviso a través de su secretario, el licenciado José María Guridi y Alcocer, en comunicado de 9 de septiembre haciendo un llamado a la generosidad de los mexicanos a través de los periódicos, ya que los fondos municipales no le permitían acudir a auxiliar a los desprovistos enfermos de la epidemia y solicitaba: "se sirvan enterar la cantidad que su beneficencia les dicte".[7]

Los días transcurrían y la Junta Cívica tuvo sesión el día 8 de septiembre, en la que fueron admitidos los artículos donde aceptaban la oferta de los señores Molinos, Filisola y Conde de Regla y claro está cualquier otra que se hiciera de igual naturaleza. Ya que se habían tratado otros temas, como el de la libertad de los esclavos, la Junta advirtió que el presidente o vicepresidente de la República entregarían a los niños huérfanos al maestro antes de la emancipación de los esclavos y utilizaría un discurso específico para cada caso.[8]

[7] *El Águila Mexicana*, 149 (11 sep. 1825).
[8] *El Águila Mexicana*, 509 (12 sep. 1825).

Los instrumentos públicos otorgados nos dan cuenta de lo antes señalado ya que hacen especial mención sobre:

> [...] el Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, elija de los que quedaron huérfanos por haber perecido sus padres en los cadalsos, en el campo de la gloria Nacional, o entre las cadenas opresoras, el que su excelencia presentara públicamente en ese día de tiernos y deliciosos recuerdos, a un maestro que recibiéndolo como hijo adoptivo de la Patria se encargue de educarlo, y dirigirlo de una manera capaz de hacerlo digno de titulo tan glorioso.[9]

El presidente Guadalupe Victoria dedicaba especial interés a la instrucción pública. Así que esta propuesta de las becas a niños huérfanos de la guerra de independencia, tuvo gran aceptación por su parte.

> [...] La Compañía Lancasteriana que desde 1822 se había formado con el objeto de generalizar dicha instrucción y que para 1825 ya había cobrado gran importancia recibió de Victoria decidida protección que se extendió hasta recomendarla al Congreso, con tan poderoso apoyo tomo creces siendo la única sociedad filantrópica que a través de las tormentas políticas pudo conservarse con vida propia sin dejar un solo día de ver su bienhechora influencia sobre las masas populares.[10]

En un comunicado al secretario de la junta cívica, don Antonio José Valdés, hecho por la Secretaría particular de

---

[9] AHNCM, Notario 426, Francisco de Madariaga, vol. 2836, 29 y 31 de agosto de 1825, ff. 340v.-341v.

[10] RIVA PALACIO, "México independiente".

la Presidencia, que tenía a su cargo el señor José María Tornel, se refiere que

> [...] al designar los huérfanos de la patria que han de recibir el beneficio de su educación, por la generosidad de los señores antes citados, ha sentido el placer más puro, porque tributándose la memoria de los mártires de la libertad mexicana, se asegura a sus hijos y a la nación misma, además que felizmente no se vio precisado a elegir entre varios, los que han de recuperar a sus padres perdidos en el campo de honor, porque habiendo acudido sólo cuatro niños los ha contemplado a todos.

Para este momento ya tenían nombre los jóvenes beneficiados: bajo el auspicio del Conde de Regla, José María Antonio Jacobo, hijo del brigadier Juan Bautista Carrasco, pasado por las armas en la ciudad de Chihuahua en marzo de 1811 en compañía de los primeros caudillos; y Joaquín, hijo del coronel Antonio Gonzalez, muerto en el año de 1813 durante la ocupación de la plaza de Acapulco por el ejército del señor general Morelos. El niño beneficiado por el senador Molinos del Campo respondía al nombre de Cástulo Chávez, pariente de varios mártires e hijo del capitán Joaquín, fusilado en agosto de 1815. Al general Filisola se le recomienda a Gil, hijo del sargento mayor Jorge José de Guillen, que falleció heroicamente en el año de 1818.[11]

Al concretar el desarrollo de la celebración, se tuvieron en cuenta a los esclavos. Si bien se podría creer que no hubiera esclavos para estas fechas, el número de ellos parece mayor que el de los huérfanos de patriotas presentados para ser educados con las gratificaciones designadas a su

[11] *El Águila Mexicana*, 156 (18 sep. 1825).

beneficio; cuenta de esto da la convocatoria lanzada para este fin.[12]

En la *Gaceta diaria de México* del jueves 15 de septiembre aparece el dictamen aprobado definitivamente para la celebración patriótica del aniversario de la independencia y también da cuenta que el ayuntamiento constitucional abriría ese día el hospital de San Juan de Dios para socorrer en él a los pobres epidemiados del sarampión a cuyo efecto habían contribuido varios vecinos de esta ciudad con sus donativos.[13]

Para este día en la Plaza Mayor ya estaban los preparativos y una multitud de trabajadores se encontraba haciendo lo suyo para dejarla digna de la celebración del día siguiente.

16 de Septiembre de 1825

A las cinco y media de la mañana se anunció el esperado día con la salva de artillería, a las ocho y media el repique general de campanas anunciaba la misa de gracias en Catedral, a la que asistió Guadalupe Victoria con el ayuntamiento y comitiva oficial, éste se mostró complacido al recibir el besamanos de todas las corporaciones.

Y siguiendo el programa dispuesto para ese día, la Junta Directiva de las celebraciones, salió acompañada de las personas invitadas de todas las clases y distinciones, con las que se formó una procesión que se trasladó de la Diputación a las calles del Refugio, Espíritu Santo y Plateros hasta llegar a la Plaza Mayor donde se encontraba un tablado que fue colocado entre las dos puertas de Palacio. Una

---

[12] *El Águila Mexicana*, 153 (15 sep. 1825).

[13] *Gaceta Diaria de México* (Primera época de la Federación), 111 (15 sep. 1825).

vez ahí, bajó el presidente con su comitiva, la junta cívica se unió a los miembros del Ayuntamiento. Ahí estaban los esclavos que iban a recibir su libertad a los cuales les dedicó unas sentidas palabras; los niños huérfanos, de los héroes muertos en la lucha por la Patria, que causaron una conmovedora sensación. El licenciado Juan Wenceslao Barquera pronunció la "Oración Patriótica" a los educandos que fueron adoptados por los ya mencionados señores Conde de Regla, Filisola y Molinos del Campo, el presidente los puso en manos del acreditado profesor Luis Chausal, residente en la calle del Espíritu Santo número tres, a quien se le encomendaron para su educación.[14]

Esta entrega fue acompañada del siguiente discurso:

> Ciudadanos he aquí a los huérfanos de algunas víctimas inmoladas en la lucha de la patria; ella agradecida y justa os los entrega en este día de recuerdos deliciosos, educadlos y háganse dignos de llevar el glorioso nombres de sus padres.[15]

Dice Bustamante en su diario que el cojo don Manuel Gamboa vistió, según sus caprichos, a los esclavos que fueron puestos en libertad por el mismo Guadalupe Victoria a nombre de la patria y quien pronunció estas palabras: "Esclavos, en este día en que se celebra el aniversario de la libertad, recibidla en nombre de la patria, y acordaos que sois libres por ella para honrarla y defenderla".[16]

Los documentos notariales nos dan cuenta de que se formó una "Comisión de Redención de Esclavos y Bene-

[14] *El Sol*, año 3º, 826 (17 sep. 1825), p. 380.
[15] *El Águila Mexicana*, 155 (17 sep. 1825).
[16] *El Águila Mexicana*, 155 (17 sep. 1825).

ficencia Pública" nombrada por la Junta Cívica, consagrada a celebrar el grito de Dolores, la cual presidía Bernardo González Angulo, y eran miembros de ésta José Nicolás Maniau, José Manuel Zozaya, Rafael Manguito, Francisco Victoria y José Joaquín Carrera quienes firmaron las escrituras de venta de esclavos que están asentadas en los protocolos de los Escribanos 417, Ignacio Montes de Oca y 425 José María Moya.

> [...] el Señor Rincón Marqués de Guadalupe Gallardo dijo que como albacea de los bienes del Señor su padre que fue del mismo título [...] da en venta un esclavo nombrado Ceferino Gallardo, mulato, de cuerpo regular, de treinta años de edad, perteneciente a los mismos bienes, a la Comisión de Beneficencia, el cual no padece mal del corazón, gota, ni otro accidente, ni enfermedad pública, ni es ladrón, borracho, ni tiene otro vicio, tacha, ni defecto que le impida servir bien en cantidad de ciento cuarenta pesos que confiesa tener recibidos, y declara que aunque dicho esclavo está apreciado en ciento ochenta pesos, según consta de los inventarios hechos, no a habido quien le de mas de ciento cuarenta [...][17]

La festividad continuó a lo largo del día, a las cuatro de la tarde comenzó a llover, lo que no impidió del todo las muchas diversiones que se prepararon en la Alameda, solicitada al ayuntamiento el 9 de septiembre por una comisión de la Junta cívica para dichos eventos. [18]

[17] AHNCM, Notario 417 Ignacio José Montes de Oca, vol. 2775, fecha 14 de septiembre de 1825, venta de esclavo, ff. 429v.-431v.

[18] AHDF, leg. 1, exp. 2, Festividades, acuerdos y programas para celebrar el aniversario de la independencia, 9 de septiembre de 1825.

El alcalde del Ayuntamiento estuvo pronto a contribuir a dicha función; pese a la lluvia,

> [...] hubo gran asistencia del pueblo, ansioso de pasar la tarde alegre. La noche estuvo despejada y la afluencia de la gente a la Plaza Mayor fue numerosa. Después de la oración comenzó la iluminación que fue vistosa y brillante. La Condesa de Regla hizo así mismo adornar sus balcones con hermosas cortinas, espejos, candiles y caprichos de cristal muy brillantes. Fue muy lucida la concurrencia que hubo en los balcones del palacio mirando los fuegos artificiales y concluyendo estos, se les sirvió un ambigú.[19]

La Junta cívica que dio promoción a esta fiesta obtuvo buenos resultados ya que contó con la participación del pueblo que respondió a su llamado, dejando atrás todos los malos comentarios acerca de sus integrantes.

Tenemos referencias de los niños becados por el Conde de Regla, los huérfanos Joaquín Gonzalez y José María Carrasco, a quien la patria adoptó por hijos el 16 de septiembre de 1825. Según consta por el instrumento notarial (inserto) fechado en 20 de noviembre de 1833, sabemos que el benefactor no sólo cumplió con ministrarles en todo tiempo los 30 pesos mensuales ofrecidos, sino que invirtió en estos jóvenes sumas considerables para así lograr "la decente y útil colocación que han obtenido los ya mencionados jóvenes, los cuales han recogido los frutos de la ilustración". El documento destaca que gracias a ello se logró la formación de dos ciudadanos dignos por su aplicación y

---

[19] VÁZQUEZ y HERNÁNDEZ SILVA, *Diario histórico*, 16 de septiembre de 1825.

honradez de pertenecer a la República mexicana. Por medio de este documento el general José María Tornel, a nombre de la comisión, le tributó las más explícitas gracias por tan generoso favor y solicitó al escribano diera por cancelada la escritura de 31 de agosto del mismo 1825.[20]

En suma, los protocolos notariales nos acercan a la vida cotidiana de las personas que acudían a los escribanos ya que nos hablan entre otras muchas cosas, de su origen, sus negocios, su riqueza, sus relaciones personales, comerciales e institucionales, además cobijan datos relevantes de la vida del país en sus diferentes etapas de la historia.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AHDF	Archivo Histórico del Distrito Federal.
AHNCM	Archivo Histórico de Notarias de la Ciudad de México.

GONZALBO AIZPURU, Pilar (coord.)

Educación rural e indígena en Iberoamérica, México, El Colegio de México, 1996.

HALE, A. Charles

El liberalismo mexicano en la época de Mora, México, Siglo Veintiuno Editores, 1972.

Historia General de México

Historia General de México, México, El Colegio de México, versión 2000.

[20] AHNCD, Notario 426, vol. 2836, 20 de noviembre de 1833 (documento inserto), s/f.

RIVA PALACIO, Vicente

"México independiente, 1821-1855", en *Historia General de México*, 2000, pp. 92-139.

STAPLES, Anne

"Una falsa promesa: la educación indígena después de la independencia", en GONZALBO AIZPURU, 1996, pp. 53-63.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

"Los primeros tropiezos", en *Historia General de México*, 2000, pp. 527-582.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida (coord.)

Ensayos sobre historia de la educación en México, México, El Colegio de México, 2006.

Interpretaciones de la independencia de México, México, Nueva Imagen, 1997.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida y Cuauhtémoc HERNÁNDEZ SILVA

Diario Histórico de México 1822-1848 de Carlos María de Bustamante, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, El Colegio de México, 2001, CD 1: 1822-1834.

VILLORO, Luis

"La revolución de independencia", en *Historia general de México*, 2000, pp. 491-523.

DOCUMENTOS

En la Ciudad de México a veinte y nueve de Agosto del año de mil ochocientos veinte y cinco, quinto de la Independencia. Ante mi el Escribano Nacional y Público del numero de ella y testigos, el ciudadano Coronel Francisco Molinos del Campo, vecino de esta Ciudad, al cual doy fe conozco, dijo: Que deseando concurrir por su parte a celebrar de un modo digno el aniversario del glorioso grito con que enarbolaron en Dolores el pendón Yndependiente los primeros héroes de la Patria, desde luego por el presente instrumento público, o en la mejor vía y forma que haya lugar en derecho, se compromete y obliga del modo más estrecho y más sagrado, a contribuir con quince pesos cada mes por el espacio de ocho años para los gastos de la educación de un niño que el Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, elija de los que quedaron huérfanos por haber perecido sus padres en los cadalsos, en el campo de la gloria Nacional, o entre las cadenas opresoras, el que su excelencia presentara públicamente en ese día de tiernos y deliciosos recuerdos, a un maestro que recibiéndolo como hijo adoptivo de la Patria se encargue de educarlo, y dirigirlo de una manera capaz de hacerlo digno de titulo tan glorioso: y respecto a que la mudanza de fortuna, o el fallecimiento del otorgante podrían embarazar el logro de sus objetos careciendo de bienes raíces únicos capaces de hacer infaliblemente seguros sus ardorosos deseos, a su ruego el Ciudadano Francisco de Paula Coterillo, dueño de la Hacienda de Mosteje, sita en la jurisdicción de Yxtlahuaca, que está presente, y al que doy fe conozco, impuesto de este instrumento, y de lo que en el aventura, otorga, que se compromete y obliga de la manera más legal y firme, a responder en todo tiempo y evento por el compromiso que contrae con la patria el ciudadano Molinos del Campo y que no cumpliendo este sea cual fuere el motivo, tendrá a disposición del Excelentísimo Señor Presidente de la Repu-

blica por el espacio de ocho años los quince pesos con que deben hacerse los gastos de la educación del huérfano de alguna de las victimas inmoladas por las bayonetas, por el dogal, o las cadenas de los tiranos de la Patria; y al efecto hace especial y señalada hipoteca sin derogar la general, ni por el contrario aquella a esta, de dicha su hacienda de Mosteje, para no poderla gravar, ni en manera alguna enajenar durante los ocho años de esta obligación, pena que la venta, gravamen, o enajenación que de ella haga sea en si nula y de ningún valor ni efecto y que se pueda sacar de tercero y mas poseedores, venderse con su citación, o sin ella, y de su producido hacerse integra solución de las mesadas referidas por todo el tiempo que falte hasta el cumplimiento de los ocho años referidos, y consiente en que esta escritura se registre dentro del término prefinido por la Ley en los Libros de Hipotecas del territorio donde se halla la finca para la debida constancia del gravamen con que queda. Y al cumplimiento de cuánto va relacionado ambos otorgantes se obligan con sus bienes habidos y por haber y con ellos se someten al fuero y jurisdicción de los Señores Jueces y Prelados que de sus causas conforme a derecho deban conocer para que a lo dicho los compelan y estrechen como si fuese por sentencia consentida y pasada en autoridad de cosa juzgada a cuyo efecto renuncian las Leyes que le son permitidas renunciar con la general del derecho. Así lo otorgaron y firmaron siendo testigos los ciudadanos José Rafael Romero, José Maria Valle, y Antonio Pintos de esta vecindad doy fe.

Rubricas: Francisco Molinos del Campo, Francisco Coterillo
Francisco de Madariaga Escribano Nacional y Público

ARCHIVO HISTÓRICO DE NOTARIAS; ESCRIBANO: FRANCISCO DE MADARIAGA; VOLUMEN: 2836; FOJAS: 340 VTA. –341 VTA.; FECHA: 29 DE AGOSTO DE 1825; DOCUMENTO: OBLIGACIÓN

En la Ciudad de México a treinta y uno de Agosto del año de mil ochocientos veinte y cinco quinto de la Independencia. Ante mí el Escribano Nacional y público del número de ella y testigos el Señor Don Pedro José Romero de Terreros Rodríguez de Pedroso Conde de San Bartolomé de Jala, y de Santa María de Regla, Márquez de San Cristóbal, y de Villa hermosa de Alfaro, General de Brigada, Prefecto del Estado de México, y vecino de esta capital, al cual doy fe conozco, y dijo: Que deseando concurrir por su parte a celebrar de un modo digno el aniversario del glorioso grito con que enarbolaron en Dolores el pendón independiente los primeros héroes de la Patria, desde luego por el presente instrumento público, ó en la mejor vía y forma que haya en derecho Otorga: que se compromete y obliga del modo más estrecho y más sagrado a contribuir con treinta pesos cada mes por el espacio de ocho años para los gastos de la educación de dos niños a razón de quince pesos á cada uno, que el Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos elija de los que quedaron huérfanos por haber perecido sus padres en los cadalsos, en el campo de la gloria Nacional, o entre las cadenas opresoras, los que su excelencia presentará públicamente en ese día de tiernos y deliciosos recuerdos, a un maestro o dos, que recibiéndolos como hijos adoptivos de la patria se encarguen de educarlos y dirigirlos de una manera capaz de hacerlos dignos de título tan glorioso. Y para el mayor seguro de dicha contribución de treinta pesos mensuales durante los ocho años prefinidos hace el señor otorgante especial y señalada hipoteca sin derogar la general, ni por el contrario aquella á esta, de la mitad de los bienes de sus vínculos que con arreglo

al Soberano Decreto de la materia le pertenecen, y de que puede disponer como absolutamente libres, para no poderlos gravar ni enajenar en el todo durante los ocho años de esta obligación, pues si tal sucedieron se podrá sacar lo que corresponda a dicha contribución de lo mas bien parado de los bienes de su Señoría o de quien los hubiere por su fallecimiento, sin dar lugar a contienda de juicio, y de haberla se pagarán asimismo las costas y salarios de la cobranza en la forma acostumbrada y por derecho prevenida deferido lo que requiera prueba en la simple aserción de la parte actora sin otra alguna de que le releva. Y al cumplimiento de lo relacionado se obliga con sus bienes presentes y futuros y con ellos se somete al fuero y jurisdicción de los Señores Jueces que de sus causas conforme a derecho deban conocer, para que a lo dicho lo arreglen como si fuese por sentencia consentida y pasada en autoridad de cosa juzgada, a cuyo efecto renuncia las leyes que le son permitidas renunciar, en la general del derecho.

Así lo otorgó y firmó siendo testigos Don José Rafael Romero, Don José María Valle, y Don Antonio Pinto, de esta vecindad, doy fe.

Rubricas: Pedro Terreros. Francisco de Madariaga
Escribano Nacional y Público

ARCHIVO HISTÓRICO DE NOTARIAS; DOCUMENTO INSERTO. ESCRITURA DEL 31 DE AGOSTO DE 1825 DEL NOTARIO 426 FRANCISCO DE MADARIAGA, VOL. 2836

La comisión permanente, nombrada por Junta Patriótica del glorioso grito de Dolores, ha visto con el mayor aprecio el Oficio de Vuestro Señor de 11 del actual en que pide se mande cancelar la escritura que en 31 de Agosto de 1825 otorgo voluntariamente,

ante el Escribano Don Francisco Madariaga de dar por ocho años treinta pesos mensuales, para proporcionar la educación de los huérfanos Don Joaquín Gonzalez y Don José Maria Carrasco, a quienes la patria adopto por hijos el 16 de Septiembre del propio año, por haber fallecido sus padres en defensa de la Yndependencia nacional, respecto a que Vuestro Señor no solo ha cumplido con ministrarle en todo ese tiempo tal asignación, sino que a mas ha invertido en este objeto, según justifica, sumas considerables hasta lograr la decente y útil colocación que han obtenido aquellos jóvenes; y como ella sea debida a los esfuerzos patriotismo y beneficencia de Vuestro Señor, me manda dicha comisión tributarle a su nombre las más sinceras y expresivas gracias por tan distinguido y generoso servicio que no solo ha refluido en beneficio de unos huérfanos que si antes se hallaban sumergidos en la ignorancia y la miseria, hoy recogen los frutos de la ilustración que por la filantropía de Vuestro Señor han conseguido, sino que también ha formado dos Ciudadanos dignos por su aplicación y honradez de pertenecer a la Republica Mexicana, lográndose a la vez remunerar de algún modo los importantes servicios de sus padres que hasta con sacrificio de su misma existencia cooperaron a la libertad Nacional.

Tengo el honor de decirlo a Vuestro Señor en respuesta de su oficio citado para su satisfacción, en inteligencia de que la referida comisión ha tenido a bien acordar que esta contestación le sirva para exigir a dicho Escribano la cancelación de la referida escritura.

Dios y Libertad México 20 de Noviembre de 1833.

José Maria Tornel

Sr. General Don Pedro Terreros.

ARCHIVO HISTÓRICO DE NOTARIAS; ESCRIBANO Nº 531 MANUEL PINZÓN; VOLUMEN 3553; FOJAS 92VTA-93VTA.; FECHA: 4 DE SEPTIEMBRE; DOCUMENTO: DONACIÓN

En la Ciudad de México, a cuatro de Septiembre de mil ochocientos veinte y cinco, ante el Escribano y testigos el Señor General de Brigada, Don Vicente Filisola, comandante general de esta Ciudad y Estado libre (a quien doy fe conocer) dijo: que exigiendo los costosos sacrificios en los primeros héroes de nuestra independencia y libertad, no solo una memoria eterna, sino que cada Ciudadano, se esfuerce todo lo posible para su justa recompensa; y atendiendo, a que nada podía ser a aquello más agradable, que ver en sus hijos y deudos, premiado el mérito que adquirieron, librando de la miseria, a lo que, en el orden natural, les deben la existencia: ha deliberado, en memoria de tan beneméritos Patriotas, y obsequio de los suyos, ceder, por el termino de ocho años, quince pesos mensuales, de sus sueldos, aplicables a el que de esto, sea más inmediato en parentesco, a aquellos, y sea también más necesitado: cuya calificación deja, a la prudencia y acreditada justificación del Excelentísimo Señor Presidente de esta República. Y para que desde luego surta su efecto, y haya la debida constancia, en favor de la persona que se declarare acreedora a ésta pensión, reduce la indicada sesión a instrumento público; y poniéndolo en efecto por el presente, y en aquella vía y forma, que mejor por derecho haya lugar, Otorga: que de su libre y espontánea voluntad, hace la donación de los quince pesos mensuales, de sus sueldos, por el termino de ocho años, en beneficio del deudo más cercano y necesitado de los primeros Héroes de ésta magnánima Nación, que como queda dicho, declararé el Excelentísimo Señor Presidente de esta República, entendiéndose, que si antes de los ocho años muriere el Señor otorgante, no quedan sus herederos y sucesores obligados de ninguna manera, a la indicada pensión, que debe deducirse puramen-

te, de sus sueldos, y no de otra cosa. Y a tenerla por firme, valida y subsistente, se obliga en la más bastante forma, como a no reclamarla, total ni parcialmente: pues de hacerlo, quiere sea visto por el mismo hecho, que la aprueba y ratifica con mayores vínculos y firmezas, añadiendo fuerza y contrato a contrato: sujetando a el cumplimiento de esta escritura, sus mismos sueldos, para que por los Jueces y tribunales a que el conocimiento de esta causa corresponda, le estrechen conforme a la ley, a cuyo fin renuncia las de su favor y defensa, con la que prohíbe la general renunciación; así lo otorgó y firmó, siendo testigos, el Capitán Don Agustín Díaz, Don Manuel Carrillo, y Don Pedro Romero de esta vecindad. Doy fe. = testimonio = leyes = no vale.________________

Rubricas: Vicente Filisola Manuel Pinzón Escribano Nacional

RESEÑAS

Corazón de Cópil, coordinación de Bárbara Dahlgren, Emma Pérez Rocha, Lourdes Suárez y Perla Valle, 2ª ed., México, Conaculta, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009, 405 pp., ilustraciones. ISBN: 978-986-03-0366-3

La primera edición de *Corazón de Cópil* tuvo como propósito apoyar documentalmente la intensa investigación arqueológica que en ese momento se estaba desarrollando en al recinto religioso más importante de los mexica-tenochcas. Fueron momentos muy especiales, en vista de que habían pasado sólo cuatro años del descubrimiento de la diosa lunar en el Templo Mayor de Tenochtitlan. El hallazgo detonó más excavaciones que aún rinden frutos, debido a la alta concentración de ofrendas, así como de edificaciones y lugares de culto espectaculares. Sólo hago referencia a dos de ellas: la llamada "Casa de las Águilas" y la Tlaltecuhtli de la otra casa, la de las Ajaracas.

El apoyo consistía en la compilación sistemática de toda la información etnohistórica, indígena, española y mestiza, escrita en caracteres latinos o pintada en códices, que se refiriera al tema. A la maestra Bárbara Dahlgren, fundadora en 1977 del entonces

Departamento de Etnohistoia, se le encarga la labor que es apoyada por tres investigadoras: Emma Pérez Rocha, Lourdes Suárez Díez y Perla Valle. Se opta por dividir el trabajo en varios apartados que, en términos globales, cubren una introducción, con explicación y límites de los propósitos, la selección de textos de acuerdo a varias temáticas definidas, la sección más amplia, ilustraciones de pictografías indígenas, imágenes varias, planos españoles, cuadros comparativos de concentración de elementos distintivos, un apéndice, un glosario y una bibliografía.

La primera aparición del *Corazón de Cópil*, en 1982, llenó efectivamente el vacío de información seria que se estaba formando en torno a una serie de hallazgos que se reportaban con asombrosa frecuencia. El texto tuvo la ventaja de enfocarse a un tema muy preciso: el Templo Mayor de México-Tenochtitlan y sus descubrimientos, que pedían a gritos ser explicados. El entusiasmo de todo el gremio aumentó al notar los extraordinarios esponsales entre la información arqueológica y la documental. Los datos que se compilaron en *Corazón de Cópil* realmente contribuyeron a descifrar el sentido de la escultura lunar, la famosa Coyolxauhqui, y mucho de lo que se estaba encontrando.

Han pasado 27 años de la primera edición. Han sido dos décadas y media de intensa labor exploratoria del mundo mexica, que se refleja en numerosos estudios generales y monográficos y, sobre todo, en nuevas publicaciones más completas y críticas de algunas de las principales fuentes ya conocidas. Este avance es tomado en consideración en la segunda edición: las compiladoras aumentaron las notas bibliográficas y un mayor número de ilustraciones, ahora de mejor calidad. Sin embargo, y a diferencia del continuo ímpetu excavatorio, lleno de sorpresas cotidianas, en el ámbito del conocimiento de nuevos textos etnohistóricos sobre este tema, la cosecha ha sido más bien magra. Muy pocas fuentes etnohistóricas de primera línea, relacionadas con el tema, se han dado a conocer desde 1982. Un ejemplo sobresaliente es el

llamado *Manuscrito de Glasgow*, *Relación geográfica de Tlaxcala*, de Diego Muñoz Camargo, publicado originalmente por René Acuña en 1981, y que nos da una visión tlatepotzca de la conquista de Tenochtitlan.

En este ambiente de ediciones más críticas y más facsimilares de fuentes, particularmente las pictográficas, y trabajos que atacan problemas medulares con más detalle, *Corazón de Cópil*, a 27 años de su primer lanzamiento, aún se sostiene como una obra útil. Gracias a su buen diseño y orden, una nueva lectura de las fuentes del primer siglo colonial nos impulsa a volver a preguntarnos sobre un cúmulo de cuestiones que ahora podemos ventilar en una arena informativa más crítica. Las preguntas no sólo se refieren a asuntos fácticos, sino también a historiográficos y metodológicos. Respecto a la parte medular de la obra, la información, deseamos hacer algunos comentarios:

1) En términos generales, y no soy el primero en notarlo, percibimos la gran diferencia de estructura narrativa y los propósitos que originaron las fuentes de origen hispano, si las comparamos con los discursos de las indígenas, a pesar de que algunos autores de estas últimas intentaron "europeizarlas". Muy particularmente, el tratamiento descriptivo que le dan los conquistadores españoles al Templo Mayor y el recinto sagrado se mueve del descubrimiento de algo nunca antes visto a la descripción llena de asombro y admiración y, finalmente, sin mucha culpa, a su destrucción sistemática. Sabemos el origen y ánimo de esta actitud llena de ambigüedades. La principal —no única— disculpa era la lucha por ganar —o devolver— a los "idólatras" y su mundo a la verdadera y única religión. Lo mismo sucedió en la conquista del imperio incaico, el Tahuantinsuyu, aunque con un menor número de conquistadores interesados en la escritura testimonial.

2) Con las fuentes indígenas aún tenemos una deuda pendiente: la elaboración de una "guía roji" epistemológica que nos permita entenderlas cabalmente. Recordemos los esfuerzos de Nigel

Davies por imponer un orden mínimo de evento, lugar y tiempo en sus reconstrucciones históricas porque, a la postre, "algo sucedió"; se dio un fenómeno decididamente relacionado con la actividad humana. El prestigiado autor inglés tuvo entonces que establecer parámetros de confiabilidad en las fuentes, o sea, una información era más "histórica" que otra y, por lo tanto, merecía tener una posición prioritaria. Pero, si nos movemos en el ámbito de lo "mitohistórico", particularmente en los relatos de orígenes, peregrinaciones y fundaciones de pueblos, asuntos de gran relevancia y muy visibles en el material de esta compilación, es imposible elegir un mito como más cercano a la "realidad histórica". Un mito es un mito, y sus variantes pueden ser numerosas. Pero, y con el ánimo de entusiasmar el futuro trabajo de los lectores de este libro, hay formas de avanzar en este aparentemente contradictorio ámbito de información. La clave parece ya estar funcionando: el estudio de la cosmovisión y sus potentes ramificaciones en muchos ámbitos de la vida mesoamericana, y en particular en la forma de registrar el pasado. Sostenemos la tesis de que los mitos, aquí los vinculados con la historia, por más que exhiban variantes, son "teselas de un mismo mosaico", componentes de una estructura básica, dentro de un marco de referencia determinado, una especie de campo de juego con límites establecidos donde, en muchas ocasiones, la pieza dramática tiene los mismos actores realizando acciones en espacios determinados, jugando a reinventarse con rebuscados sinónimos.

Como ya lo habíamos expresado, la bondad de esta compilación es disponer de datos precisos, procedentes de fuentes primarias, organizados debidamente para poder acceder a ellos en una rápida consulta. Menciono un ejemplo ilustrativo que tiene relación con el título del libro:

En las fuentes compiladas en el libro, llama particularmente nuestra atención la importancia que adquirieron Malinalco, una dama llamada Malinalxóchitl, su esposo, un matlatzinca, "rey

de Malinalco", de nombre Chimalcuauhtli, y su famoso vástago conocido como Cópil. Sabemos que las construcciones tenochcas en el cerro Texcaltepec, en la población citada, se iniciaron a principios del siglo XVI y que, a la llegada de los españoles, aún no habían concluído. Quienes han visitado el sitio, donde se encuentra un famoso y único templo monolítico, notan que el conjunto es de primera línea. Hubo un especial cuidado en mostrar una ideología imperialista en un lugar que les interesaba muy particularmente, asociado también a un tambor, un *tlalpanhuéhuetl*, de sobresaliente factura. Malinalco, en épocas anteriores, no había jugado un papel preponderante. Se encuentran restos de ocupación pretenochca en la parte superior del cerro, el Texcaltepeticpac, de los que, lamentablemente, sabemos muy poco. ¿Cuáles fueron los motivos que llevaron a los ideólogos de Tenochtitlan a incluir los episodios de hostilidad de Malinalxóchitl-Cópil en la peregrinación y fundación de su ciudad? Es precisamente el corazón de Cópil, el sacrificado, el que se lanza a un lugar que se describe como "in toltzallan in acatzallan", entre tules y cañas, y que más tarde se le dio el nombre de Tlacocomoco donde, como gran *tetzáhuitl* o portento largamente anhelado, marca la tierra prometida al convertirse en la piedra donde nace el *tenochtli* fundacional. ¿Y quien es Cópil? La palabra identifica un gorro cónico que, cuando está cubierto de piel de jaguar, el *ocelocopilli*, se asocia a Ehécatl Quetzalcóatl. Una identidad diferente la hallamos en el *Códice mexicanus*, una pictografía del siglo XVI de tradición tenochca. Ahí, se muestra, en la lámina XXXVIII, un personaje masculino que viste sólo un *máxtlatl* y que está siendo golpeado con un garrote; su único atavío es el gorro de Xipe Tótec. Amablemente, uno de los escribas que participó en esta pictografía escribió la palabra "Cópil" debajo de la escena. Un tercer ejemplo pictográfico podría estar en el *Códice Azcatitlan*, lámina 12, donde la escena fundacional tenochca se representó con una alta pirámide escalonada (¿un altar *sui géneris*?), en cuya

cúspide está tendido un hombre con *máxtlatl* (bragas) y *temíllotl* (un tocado militar), de cuyo ombligo sale el nopal y de éste una cabeza humana ataviada con yelmo de colibrí (Huitzilopochtli). Sin embargo, aquí las opiniones están divididas, ya que el sacrificado podría ser Chichilcuáhuitl, un guerrero de alto rango procedente de Colhuacan.

Para el caso, parece que sólo disponemos de dos fuentes de origen prehispánico asociadas a Cópil. La primera sería el "corazón de piedra verde" reproducido en la carátula del libro aquí reseñado. Es un magnífico trabajo escultórico de 10 kilos y medio, hallado en 1977, en el número 44 de la calle de República de Venezuela, por la, en ese tiempo, pasante en arqueología Reina Cedillo. El segundo ejemplo debería de estar en el dorso de la famosa pieza escultórica que prefiero llamar *Teocalli del atl tlachinolli* —más popularmente conocido como de la "Guerra sagrada"—, una de las más destacadas piezas que se exhiben en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología. Ahí se registra la escena fundacional de México-Tenochtitlan. Es muy lamentable que una de las partes, la inferior izquierda, asociada al medio lacustre, esté completamente borrada. Aquí ocurre un fenómeno extraño: la piedra de donde crece el nopal está ausente y, en su lugar, la cactácea brota de la boca de un cráneo que se ha identificado como Tlaltecuhtli o Mictlantecuhtli. Notamos otra particularidad que no continúa en las imágenes coloniales: el águila sostiene en su pico el glifo del atl tlachinolli (agua-cosa quemada). Podríamos afirmar que sin la piedra de donde se origina el nopal, la futura ciudad imperial perdería la mitad de su nombre.

Las referencias escritas de Cópil en las fuentes recabadas en este libro son numerosas y complejas; hay tela de donde cortar. Por otro lado, los ejemplos prehispánicos piden ser revalorados, a la luz de las nuevas hipótesis en trabajos recientes aparecidos en México y el extranjero.

El anterior es un ejemplo de lo que potencialmente nos puede ofrecer la relectura de los textos del libro. A pesar de haber sido removido en una muy significativa occisión ritual, el corazón de Cópil sigue latiendo.

Xavier Noguez
El Colegio Mexiquense

VÍCTOR GAYOL, *Laberintos de justicia. Procuradores, escribanos y oficiales de la Real Audiencia de México (1750-1812),* vol. I*: Las reglas del juego*, v. II: *El juego de las reglas*, México, El Colegio de Michoacán, 2007, 558 pp. ISBN 9789706792426

No hay duda, los pasillos de los edificios públicos son unos de esos *non-lieux* (no-lugares) descritos por Marc Augé,[1] donde transitan ríos de gente anónima, sin más impresiones y huellas que las que trasladan de otra parte. Pero precisamente por eso, como receptáculos del movimiento y ruido procedentes de toda la sociedad, merecen estudios pormenorizados. Y más aún cuando se trata de los pasillos de la justicia, en este caso de la Real Audiencia de México. Éste fue, ni más ni menos, el proyecto de tesis de Víctor Gayol, ahora convertido en un libro que, podemos decirlo de entrada, no tiene equivalente en la historiografía mexicana.

Por supuesto, para el sociólogo, y ahora para el historiador, ese cuchicheo impersonal, esa agitación difusa en los corredores y oficinas sólo se puede percibir en sus encarnaciones, y con ciertas metodologías. Y es así que la obra se cernió alrededor

---

[1] Marc AUGÉ, *Non-lieux, introduction à une anthropologie de la surmodernité*, París, Le Seuil, 1992.

de ciertos personajes, profesionales de esos pasillos de la justicia más que de las salas de audiencia mismas, reservadas a los jueces y a los abogados: se trata de los procuradores del número, que por lo tanto tenían un cupo limitado a 12 —¡como los apóstoles!— a lo largo de la época colonial (entre 1566-1821). El autor se centra, pero sin exclusiva, sobre el último tramo cronológico, después de 1750. La metodología queda entonces definida en parte: su base es la prosopografía, ya que en total cayeron en las redes 132 individuos que se trata de seguir a través de tres posturas —adquisición y transmisión del cargo, formas de desempeño, redes inter y sobre todo intraprofesionales.

Todo esto queda enmarcado dentro de la nueva corriente de la historia jurídica, atenta a individuos, discursos y prácticas nacidas de las normas y *habitus*: "en lo jurídico se expresan elementos profundos de las civilizaciones, como los valores básicos" (p. 37); en conclusión añade el autor: se debe "introducir la noción del contexto de sentido, es decir, el contexto cultural (jurídico por supuesto) que dota de significado y razón de existencia al marco institucional" (p. 452). Todo esto forma las reglas del juego imperantes en ese pequeño teatro del amplio mundo que constituyen los pasillos del palacio real, donde se ubicaba la Audiencia, y dentro del cual se movían los procuradores —representantes legales de los litigantes—, más toda una caterva de picapleitos de origen muy diverso, agentes de negocios más o menos matriculados, oficiales de unos y otros, de tez más o menos morena, y por fin la variedad inacabada de los clientes.

Estos oficiales subalternos de la justicia estaban además articulados en un triple armazón: jurídico, político y humano. Ya que la atención se acentúa sobre la segunda mitad del siglo XVIII, el desempeño de estos cargos viene a confrontarse a las rupturas de los años 1760 y más todavía de 1810-1824. En realidad, y dentro de la revisión que hoy se está haciendo de las reformas borbónicas, el alcance "modernizador" de éstas fue menor de lo que se ha mani-

festado, sobre todo para las audiencias y sus auxiliares: sin duda mermó algo de su actividad (captada por los intendentes y sus oficinas), pero nada cambió fundamentalmente. En realidad el nuevo perfil "del empleado de oficina" tardó bastante en imponerse (ya avanzando en el siglo XIX): ni la misma "revolución gaditana" lo perfiló con claridad.

Profesionalmente los procuradores estaban insertos en la tramoya de la Audiencia, con los oidores y fiscales muy por encima de ellos, con contactos cotidianos con algunos ministros, con toda la variedad de escribanos (públicos, de cámara, receptores) multiplicados por la casuística administrativa de antiguo régimen, con los relatores, los intérpretes, los agentes de negocios y por fin los porteros. Víctor Gayol nos da un extenso panorama, muy útil para quien deba transitar por esa jungla espesa de los oficios en tiempos virreinales. Y sin olvidar los abogados, contraparte de los procuradores, asesores jurídicos tanto del procurador como de su cliente, personajes de más alto vuelo (son auténticos letrados): tal vez falte en la obra una profundización de las eventuales implicaciones dentro de esta pareja, esencial para el buen desempeño del pleito: ¿Eran asociaciones casuales, conforme los litigios? ¿Eran simples acercamientos profesionales? ¿Había una frecuentación social? ¿Pertenecían a las mismas redes y esferas sociales vecinas?

A diferencia del abogado, el procurador es un oficial, es decir "en que home es puesto para servir al Rey" según *Las Partidas*, y como no tiene jurisdicción propia su cargo forma parte de los vendibles y renunciables. El autor pone de relieve que si esto constituye una merma controlada para el regalismo —que la compensa con una medra pecuniaria— y para el público, existe también toda una serie de candados. El comprador del oficio es sometido a un examen por parte de la Audiencia, a una confirmación por la corona, a una serie de reglas precisas en cuanto a la transmisión de la procuraduría (se debe de hacer en persona

"capaz y hábil", digna), a un perfil y calidades que toda una serie de manuales tratan de imponer a los candidatos. Además el oficial está sometido, desde 1550 para la Nueva España, a una serie de aranceles precisos, que culminan con los de 1741, y que están parcialmente transcritos en apéndice en el libro —en espera de una edición completa—. Es por todo esto, y en contra de las opiniones tanto de Quevedo como de Villarroel o Fernández de Lizardi, que Víctor Gayol estima que el lastre de esa justicia, cierto es, lenta y cara, no es excesivo, y que la corrupción de esas "polillas de la república" fue más bien medida. ¿Visión optimista, o consecuencia de un *ordo iuris* que descansa sobre una preeminencia de la religión, y por lo tanto apela a la conciencia de cada juez y sus auxiliares? Lo cierto es que la visita a la Audiencia de México realizada por alguien tan exigente como José de Gálvez es más bien benévola para la institución y sus oficiales.

En el segundo volumen, intitulado *El juego de las reglas*, la mirada cambia de perspectiva y de escala, a través de las prácticas de algunos de los 132 procuradores y sus familiares capturados a lo largo de más de dos siglos. El primer ejemplo analizado revela la complejidad de los caminos de acceso: por 1742 muere el procurador Joseph Rodríguez de Guzmán, su hija mayor hereda, sirve el banco de procuraduría por medio de un teniente durante unos diez años. A su muerte sus dos hijos —uno es menor— pretenden a la transmisión, mientras que el teniente ofrece comprar el oficio. El fiscal de la Audiencia se inclina al remate, el virrey apela "a la gracia y equidad del rey". Éste, al final, da su dispensa para que el hijo menor sirva el oficio, a cambio del tercio del valor del avalúo del cargo —era la regla—, más 400 pesos por la gracia real —no siempre gratis—. El agraciado será procurador hasta 1793. Se aprecia cuán flexibles podían ser las reglas, más aún cuando intervenía la voluntad regia.

Tratándose de bienes patrimoniales —los oficios vendibles, sobre todo desde 1606, no son otra cosa—, las estrategias familia-

res son esenciales. Podemos, siguiendo al autor, ilustrarlas a tres niveles. El primero es cualitativo, con el ejemplo del banco de la familia Fernández de Córdova: el fundador ya es procurador —y escribano real— en 1698, gracias a una renuncia (probablemente una venta *inter vivos* ilegal, y por eso maquillada como renuncia). El cargo pasó después a su hijo, más tarde a su nieto, menores los dos en el momento de la confirmación real, y esto hasta 1808. El último de ellos fue al mismo tiempo procurador del Real Fisco del S.O., su hermano escribano de cámara del Tribunal de Cuentas. Es decir una indiscutible continuidad, una diversificación de actividades dentro del mismo ramo.

Con esto, y es el segundo nivel, Víctor Gayol saca conclusiones. Es un mundo cerrado —como prueba lo que pasa por 1770-1780, cuando familias externas intentan, con dificultad, penetrar el medio, que reacciona—, con cierta homogeneidad social y cultural —una relativa *mediocritas*—, el oficio siendo el corazón del patrimonio, económico y social. Cierto es que la demostración, en este punto, peca un poco por falta de testamentos, inventarios de bienes, cartas de dotes. El entorno material, y por lo tanto la vida cotidiana, resultan difíciles de conocer; sin embargo, no se pueden desligar de todo lo que constituye el ser procurador.

Pero, y es el tercer nivel, hay que llevar el análisis a lo cuantitativo, a partir del corpus de los 132 individuos, sobre más de dos siglos (por eso unos cortes temporales hubieran sido útiles). En primer lugar es notable la longevidad individual: 75% murió prácticamente en el cargo, apenas 18% fue procurador menos de 10 años. Cerca de 50% tenían también otro oficio, en general una escribanía. Este acercamiento matiza también el ejemplo de los Fernández de Córdova, con el apoyo de un cuadro analítico, inserto 30 páginas más lejos (pp. 386-392): "son muy raros los casos de conformación de familias de pluma en los que, mediante la transmisión directa del oficio de padres a hijos, se conservase el mismo en la órbita familiar por espacio de tres

o cuatro generaciones" (p. 356). Efectivamente, si intentamos resumir el cuadro —en general éstos son un poco huérfanos de comentarios directos—, de un total aproximado de 42 transmisiones para cuatro bancos (siglos XVI-XIX), tenemos siete transmisiones familiares, 20 ventas *inter vivos* (supuestas renuncias) y 13 remates.

El precio del oficio, a partir de avalúos y remates, tiene un análisis fino por parte de Víctor Gayol y puede aclarar muchos interrogantes para quien se dedique a esas cuestiones, en el corazón mismo de las estrategias de las familias de oficiales auxiliares de la justicia. Hacia el interior del grupo se tiende a subestimar los precios, para facilitar el acceso de los parientes —y defraudar un poco el fisco real—. Hacia el exterior se practica una sobrevaloración, para limitar la penetración por elementos indeseables. Es así que cuando el aprovechamiento anual es de unos 1 000-1 500 pesos, lo que corresponde a un capital de 20 000-30 000 pesos, se fijan los precios entre 3 000 y 5 000 pesos, haciéndolos subir, en circunstancias precisas, hasta 13 000 pesos.

¿Cuándo los procuradores fueron abandonando los corredores de palacio? La Constitución de Cádiz no los conmovió en profundidad, aunque afectó su nivel de actividad —a la par de la inseguridad alrededor de la ciudad de México—: en 1818, sólo seis oficios seguían ocupados y en 1820 se compró un banco por sólo 2 500 pesos. Pero se seguían comprando. El golpe final procede de la Constitución de 1824 y del Reglamento de la Suprema Corte de 1826, que acababan con el orden institucional antiguo, y por lo tanto con la venalidad de los oficios. Sin embargo, los últimos cuatro propietarios de procuradurías siguieron presentes en el tribunal hasta 1832, otra prueba del enlace entre viejas y nuevas instituciones.

Como título de conjunto, el autor dio a su obra el de *Laberintos de justicia*. En realidad fueron laberintos muy transitables porque Víctor Gayol nunca descuidó, sea en el texto, sea en

notas, el facilitarnos el recorrido; porque de entrada el escenario —el antiguo sistema jurídico— fue planteado con precisión, porque nunca se descuidó el elemento humano e individual inscrito en la casuística de la monarquía hispana. Dicho de otra forma, este libro es un modelo que convoca a otros similares: sobre los abogados, sobre los relatores y, por qué no sobre los oidores de la Audiencia de México. Todos ellos piezas esenciales del rompecabezas. Y así los pasillos de la historia se seguirán animando.

Thomas Calvo
El Colegio de Michoacán

ÁNGEL HERRERÍN, *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de la posguerra (1939-1947)*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 2007, 252 pp. ISBN 978-84-323-1290-8

Cuando la guerra civil se acercaba a su fin el jefe de gobierno republicano, Juan Negrín, previendo que la derrota implicaría un exilio masivo al que habría que atender, colocó fondos en el extranjero. Con ellos creó en su momento el Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE), cuya representación en México fue el Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles (CTARE). Poco después, en parte gracias al azar, pero también con la anuencia del presidente Lázaro Cárdenas, los recursos destinados al CTARE que llegaron en el famoso yate *Vita* a costas mexicanas fueron a dar a manos de Indalecio Prieto, ex ministro socialista y acérrimo opositor de Negrín. Con ellos y otros provenientes de ventas de material aeronáutico y valores de diversas nacionalidades, y contando con el aval del Congreso de los Diputados, Prieto creó la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), de la cual fue el hombre fuerte.

La existencia de dos organismos de ayuda, significó la consumación de la fractura del bando republicano generada durante la guerra. Pero la historia de estos organismos no sólo nos remite a las pugnas políticas que atravesaban el exilio, también al controvertido tema del destino de los fondos españoles que se colocaron en el exterior y, quizá más importante aún, es fundamental para entender los primeros años del destierro. Sin ellos las penurias de los refugiados en Francia hubieran sido mucho mayores, porque en buena medida ambas instituciones se encargaron de soportar los gastos que ocasionaban, y la reemigración a México, Chile y República Dominicana no hubiera sucedido o hubiera sido diferente y mucho menor, porque los tres países pusieron como condición para recibir refugiados que pagaran su transporte y los gastos que generaría su establecimiento, condiciones ambas que cumplieron el SERE y la JARE.

El libro de Ángel Herrerín estudia la JARE y en menor medida las dos instituciones que la sucedieron. Hay que recordar que la Junta, creada en 1939, dejó de existir como tal en 1942 cuando el gobierno mexicano se hizo cargo de sus recursos y administración a través de la CAFARE (Comisión Administradora de los Fondos de Ayuda a los Republicanos Españoles), que a su vez entregó el remanente al gobierno republicano restructurado en México en 1945, el cual lo administró hasta 1948, fecha en la que se agotaron.

Apoyándose en documentación depositada en diversos archivos, principalmente el de la Fundación Indalecio Prieto, el del Ministerio de Asuntos Exteriores, ambos en Madrid, y el de la Guerra Civil, en Salamanca, el autor reconstruye la formación de la Junta, calcula el monto de sus valores y pasa revista a la labor que ésta desplegó, principalmente en México y en Francia, pero también África del norte y República Dominicana. El último capítulo del libro arroja nueva luz sobre por qué la Junta fue intervenida por el gobierno mexicano, pasa rápidamente sobre

la actuación de la CAFARE y cierra mostrando cómo resultaron infructuosos todos los esfuerzos del gobierno republicano en el exilio para que le rindieran cuentas quienes encabezaron tanto la JARE como el SERE.

Aunque la historiografía acerca del exilio es abundante y sigue incrementándose, claramente se han privilegiado unos temas en detrimento de otros, y entre éstos están justamente los organismos de ayuda. Es verdad que por largos años no se tenía acceso a las fuentes documentales necesarias, pero esto explica sólo en parte el vacío historiográfico. También es cierto que se optó y se sigue optando por mirar hacia otro lado porque esclarecer lo sucedido con estos organismos, implica, como evidencia el libro, adentrarse en una historia marcada por los claroscuros. Así que hay que celebrar la audacia del autor por incursionar en estos terrenos y también la aparición de un libro que más que la suma de historias individuales, es un fragmento fundamental de la historia del colectivo, de todos los refugiados.

Esta reseña no quiere ser un resumen del texto de Ángel Herrerín, sino exponer algunas de sus aportaciones. Quisiera empezar con algo poco conocido que nos recuerda el autor, que Indalecio Prieto al frente de la JARE intentó una negociación con Francisco Franco consistente en la entrega de los bienes españoles que estaban en México a cambio de la repatriación sin temor a represalias de la mayoría de los refugiados. El dictador no aceptó la propuesta, como antes había rechazado una parecida de parte de Negrín. De cualquier manera la repatriación fue de tal magnitud que en diciembre del 1939 sólo permanecían en Francia alrededor de 200 000 refugiados, a los que habría que sumar unos pocos miles más que habían logrado reemigrar a terceros países, y continuó después de esta fecha hasta que el saldo definitivo del exilio se estableció en alrededor de 160 000 españoles, número considerablemente menor al casi 500 000 refugiados de comienzos de 1939, pero que significa que había muchas personas

que requerían de atención en momentos terribles de la historia de Europa y del mundo. Es imposible valorar cabalmente lo que para ellos significaron los organismos de ayuda, se pueden enlistar las acciones llevadas a cabo, se pueden hacer cuentas de los recursos que en ello se invirtió, pero lo que siempre será imposible medir es qué significaron el SERE y la JARE en términos de sobrevivencia, de vida, para los que recibieron su apoyo.

A los refugiados en Francia, y en menor media en otros países, se les ofrecieron diversos tipos de ayuda. A los que se establecieron en países americanos se les pagó el transporte transoceánico, y después de su arribo, destacadamente en México, se les apoyó con socorros, asistencia médica, creación de empleos, fundación de colegios para sus hijos y de una red de instituciones para acoger a los recién llegados, algunas de las cuales han tenido larga vida y han sido importantes también para los mexicanos.

Pero el libro pone también en evidencia varias facetas de esta historia que distan de ser encomiables. La primera es que a pesar del acucioso trabajo de Herrerín, no fue posible establecer a cuánto ascendieron los bienes con los que contó la JARE, en buena medida porque nunca hubo un inventario del cargamento del *Vita*, pero también porque los que encabezaron la Junta se negaron una y otra vez con toda clase de pretextos a rendir cuentas, como tampoco lo hicieron los responsables del SERE, lo que nos habla de falta de transparencia. Aun así la investigación confirma que los recursos eran muy cuantiosos, aunque no fabulosos como cuenta la leyenda que se generó alrededor del famoso yate. La CAFARE estimó en su momento los valores de la JARE en 40 000 000 de pesos, las pesquisas de Herrerín los hacen ascender a 55 000 000 [unos 11 000 000 de dólares]. Si a ellos sumamos los 9 o 10 000 000 de pesos que la Comisión estimó como el gasto del CTARE, observamos que la suma de los recursos de ambos organismos de ayuda es equivalente a más de 10% del presupuesto nacional del gobierno de México para el año 1939.Lamentablemente

la información disponible no permite hacer un comparativo que muestre qué porcentaje del total se dedicó a cada país.

Pero si no es posible precisar cantidades, el autor sí logra mostrar que la gestión de la JARE estuvo marcada por la misma inequidad —o aún mayor— que le había atribuido al SERE. La discriminación pasó por dos vías: una partidista o partidaria y otra elitista o clasista. Por testimonios de los propios refugiados teníamos claros indicios de que ambos criterios habían sido aplicados por los organismos de ayuda, y este libro proporciona cifras que vuelven esto una verdad incontrastable. Veamos algunas muestras. El análisis de quiénes embarcaron en uno de los viajes del vapor *Nyassa* pone de manifiesto que 76% de los pasajeros eran socialistas —debemos suponer que prietistas—, republicanos y nacionalistas catalanes y vascos, mientras los comunistas y libertarios no llegaban a 3% (pp. 89-90). Esta discriminación se puede observar también en la distribución de socorros en México y en los apoyos que recibieron los refugiados en República Dominicana. Por ejemplo, durante los dos primeros meses de funcionamiento de la Comisión de Socorros en México, no se apoyó a un solo comunista; los que sí recibieron ayuda fueron 40% socialistas, 21% republicanos, 17% libertarios, 12% nacionalistas catalanes y vascos (p. 27).

Menos se sabe, aunque seguramente afectó a más personas, de la discriminación que podemos llamar social, es decir las decisiones y acciones que tendieron a privilegiar a las élites del exilio en detrimento del resto de los refugiados. Ya hace unos años Pilar Domínguez, la primera historiadora que trabajó sistemáticamente los documentos de la JARE, puso de manifiesto que los apoyos económicos fueron muy poco equitativos, y Herrerín lo confirma con cifras como éstas: de los cerca de 5 000 000 de francos destinados a los refugiados en Francia a finales de 1940, casi 40% fueron para atender a 4 000, entre ellos los altos cargos de los gobiernos republicano y de las autonomías catalana y vas-

ca, mientras que 60% habría de ser para atender a los cerca de 130 000 restantes. Este comportamiento se repitió en México, República Dominicana y otros países.

Otras cifras parecen avalar la existencia de este tipo de discriminación. En uno de los viajes del vapor *Nyassa* viajaron un número importante de personas que no tenían ninguna filiación política, 14% de los pasajeros (p. 89), porcentaje muy alto para un exilio. Si complementamos esta información con la que ofrecen varios testimonios de refugiados en el sentido de que en los barcos venía un número considerable de personas que no tenían mucho que temer, parece confirmarse que en el otorgamiento de beneficios no sólo actuó el criterio político-partidista, sino lo que todos conocemos como "influyentismo". Es decir, otra vía para verse favorecido era estar cerca de las cúpulas de las organizaciones políticas, sindicales o de los propios organismos de ayuda, y eso, como muestra la composición social de los barcos financiados por el SERE, implicó favorecer a las élites políticas y culturales, y en general a sectores de clase media, en detrimento de los trabajadores.

Este "clasismo" se puede observar también en la manera como un par de dirigentes de la JARE se referían a los Niños de Morelia, que sin duda deben contarse entre los refugiados más modestos. El maestro Jesús Revaque, escribió como parte de un informe sobre estos niños que "mantenerlos estudiando 'lo estimamos un error fundamental. No hay uno solo que por su talento o afición al estudio, merezca ser becado'." (p. 38) Este planteamiento particularmente chocante en boca de un pedagogo es, además, injusto. No era verdad que todos los Niños de Morelia estuvieran negados para el estudio, como lo demostraron en sus trayectorias personales posteriores, tampoco lo era, seguramente, que todos los que asistían becados al Colegio Madrid fueran buenos estudiantes. ¿Qué diferenciaba a unos de otros? Quizá, como dijo Indalecio Prieto, que los de Morelia eran "talluditos".

Habiendo escapado un grupo de ellos de la escuela michoacana llegaron caminando a la ciudad de México y se acercaron a la JARE donde al parecer no se consideró que estuvieran muy necesitados, ya que Prieto los consideraba: "tan talluditos, porque al parecer el menor cuenta quince años." (p. 41) Talludo significa tanto que ya iban siendo mayores como que se encontraban viciados en algo de difícil desarraigo. Un buen conocedor del idioma como lo era Prieto sabía muy bien lo que quería decir.

Pero no sólo los Niños de Morelia fueron tratados como refugiados de segunda categoría, muchos otros también estuvieron lejos de recibir el trato dispensado al huérfano de Julián Zugazagoitia, quien como es sabido fue fusilado por el dictador. A éste se le "concedió con carácter indefinido un subsidio de 90 pesos mensuales y costearle en la academia o academias los estudios de taquigrafía, mecanografía, contabilidad e inglés que desease realizar." (p. 30).

Finalmente hay que anotar un tercer tema que sin duda se ha esclarecido con el libro de Herrerín: las desavenencias entre la JARE y el gobierno mexicano. Una de ellas tuvo que ver justamente con los criterios de selección de los que habrían de embarcar hacia México. Aunque Prieto había criticado en los primeros tiempos del exilio que la selección se hiciera a través de cuotas políticas, y la JARE en sus comienzos había establecido que la prioridad de la emigración deberían ser los que estaban en campos de concentración, y de entre ellos los mutilados de guerra, conforme avanzaba la guerra mundial cambiaron sus criterios. La Junta insistió en la urgencia de que salieran de Francia las personalidades políticas más destacadas. Así argumentaba Antoni Maria Sbert ante el gran paladín de los refugiados, el embajador mexicano Luis I. Rodríguez, la necesidad de privilegiar a unos refugiados en la elaboración de las listas de embarque: "sería paradoxal [*sic*] que esta tendencia del anarquismo primario [que todos los refugiados fueran considerados iguales] aparecie-

ra triunfante en el destierro, en oposición a todas las jerarquías individuales, políticas y de trabajo, que no pudo abolir la revolución ni en España ni en ningún país." (p. 77).

No le faltaban razones a Sbert dadas las extradiciones solicitadas por el gobierno de Franco, pero el embajador mexicano, seguramente un "anarquista primario", respondió que su gobierno le había encomendado protegerlos a todos más allá de sus diferencias internas: "Españoles son todos. Responsables son todos. Víctimas del infortunio son todos. Salvar al mayor número de gente debe ser nuestra preocupación fundamental y de manera ninguna, en forma exclusiva, a quiénes actuaron como dirigentes de los políticos." (p. 78).

El gobierno de Cárdenas también insistía, como después lo hizo el de Manuel Ávila Camacho, en que los criterios de selección fueran de acuerdo con las necesidades laborales de México y la capacidad del país para su incorporación, es decir, que la mayoría fueran campesinos y, en menor medida, trabajadores calificados. Los refugiados llegados al amparo del SERE en los primeros tiempos no se ajustaron a estas indicaciones, se presionaba para que esto no volviera a suceder.

Pero lo que habría de llevar a Ávila Camacho a la "incautación" de los bienes de la Junta no fueron las diferencias dentro del propio exilio, aunque significaron muchas complicaciones para el gobierno de México, ni el que no se respetaran sus indicaciones en la selección de refugiados, sino el engaño del que fue víctima por parte de los dirigentes de la JARE respecto a los bienes con los que ésta contaba. Una cadena de circunstancias puso de manifiesto que la JARE tenía 2300000 dólares de los que no se había informado a México. Se ha argumentado, entre otras cosas, que Prieto tenía esta reserva porque temía que Ávila Camacho restableciera relaciones diplomáticas con la España de Franco. No fue así, como sabemos, ni con él ni con los subsiguientes gobiernos mexicanos.

Una vez que los recursos estuvieron en manos mexicanas, todo parece indicar que se manejaron de manera transparente y escrupulosa, de tal suerte que la CAFARE no tuvo problemas para entregar en 1945 cuentas claras al gobierno de José Giral.

Si, como el título lo indica, lo que quería hacer Ángel Herrerín era poner en claro lo sucedido con los dineros de la JARE, este objetivo, a pesar del esfuerzo realizado, no se pudo cumplir plenamente. Tampoco lo que propone el subtítulo "Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra" se agota ni podría agotarse en el libro. Pero al rastrear en los archivos ambas problemáticas, el autor nos ha desvelado, además, muchos otros elementos importantes de la historia de los primeros años del exilio y nos ha permitido confirmar que esta etapa sólo se comprenderá a través de la consulta exhaustiva de los abundantes materiales generados por los organismos de ayuda. Por lo pronto, hoy por hoy, para los estudiosos del exilio el libro de Herrerín pasa a formar parte de los indispensables.

Dolores Pla Brugat
Instituto Nacional de Antropología e Historia

MARCO PALACIOS (coord.), *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*, Bogotá, Colombia, Grupo Editorial Norma, 2009, 414 pp. ISBN 9789584522313

Los trece ensayos que componen este libro, coordinado e introducido por Marco Palacios, buscan ofrecer una perspectiva general actualizada de la crisis de independencia y la construcción de los nuevos estados nacionales en la América hispana, y al mismo tiempo repasar de los tópicos en debate en el medio historio-

gráfico con motivo del Bicentenario haciéndolos accesibles a un público no especializado.

La serie se inicia con un trabajo de Anthony McFarlane que ubica la revolución de independencia en el contexto más general de la crisis de la monarquía hispana. Retomando uno de los temas centrales en torno a los que giran los debates presentes, como es la crítica de las visiones nacionalistas que conciben la revolución como un hecho esperable, producto de la acción de naciones preexistentes a la misma que sólo estaban aguardando la ocasión para manifestarse como tales, McFarlane destaca, en cambio, la serie de circunstancias históricas particulares que llevaron a tal desenlace. En este marco, se ocupa en destacar la relevancia del proceso más general de deterioro del sistema de relaciones internacionales ocurrido en la segunda mitad del siglo anterior, como consecuencia de la agudización de los conflictos entre las distintas potencias europeas, en tanto que clave para comprender la crisis que llevará a la disolución no sólo de los imperios hispano y lusitano, sino también y contemporáneamente al francés y al británico.

Sigue un texto de Carole Leal Curiel y Fernando Falcón Veloz que, tomando como base la revolución venezolana, analiza cómo se fue alterando a lo largo del propio proceso revolucionario el sentido del concepto de independencia en la región del antiguo virreinato del Nuevo Reino de Granada. Como muestran estos autores, sería erróneo interpretar la expresión tantas veces aludida en las fuentes como refiriendo a la idea de independencia respecto de España. En fin, este concepto no tendría sentido unívoco sino que va a variar según el contexto en el cual el mismo sea enunciado.

A continuación, Margarita Garrido retoma los cambios producidos en el vocabulario político y observa cómo categorías tradicionales, como las de soberanía, opinión, etc., originalmente inscriptas dentro de un "lenguaje de los privilegios", se recombinan y reconfiguran en el marco del nuevo "lenguaje de los

derechos". Garrido enfatiza sobre todo tres aspectos. En primer lugar describe los distintos lugares y ámbitos en que la soberanía popular buscaría manifestarse, señalando al mismo tiempo cómo la quiebra del sistema de jerarquías jurisdiccionales propias del sistema colonial permitirá que las corporaciones municipales se erijan en sus voceros primordiales, lo que abrirá así el campo para una pugna política entre entidades locales. En segundo lugar, analiza cómo buscará tramitarse dentro del discurso político esta transferencia de la soberanía sin perderse, sin embargo, sus anteriores vínculos con lo sagrado. Finalmente, destaca el papel que le cupo de allí en más a la administración de la justicia como ámbito para delimitar los sentidos de la ciudadanía y negociar la oposición suscitada por la erección simultánea de dos principios rectores incompatibles entre sí: la voluntad y la razón.

Los escritos que siguen de Federica Morelli, sobre el caso ecuatoriano, y de Marcela Ternavasio, sobre el Río de la Plata, transitan una línea de análisis convergente. Morelli parte del hecho de que la nueva distribución del poder en las anteriores colonias hispanas, a diferencia de lo ocurrido en Francia, buscará afincar en cuerpos territoriales considerados como "naturales", encontrando en las ciudades las candidatas más plausibles para ocupar ese lugar. Y, de hecho, la apropiación de la justicia ordinaria de primera instancia por parte de los ayuntamientos le dará a éstos facultades propias de un poder soberano dentro de su jurisdicción. Al mismo tiempo, sin embargo, Morelli muestra hasta qué punto estas entidades supuestamente naturales se habían vuelto difusas y difíciles de delimitar. La distribución del espacio territorial había sufrido reconfiguraciones drásticas como resultado de la serie de reformas sucesivas y cambios administrativos, políticos y comerciales ocurridos antes y después de la independencia. Si los Ayuntamientos se habían vuelto los centros primarios de agregación política en que va a encarnar el ideal de autogobierno, distaba de ser claro ahora quiénes tendrían derecho a poseerlo

y cuál la jurisdicción en la que ejercerían su dominio. El definirlo, lejos de expresar una realidad natural subyacente, sería resultado de una lucha política, al igual que la que dio origen a las naciones (lo que obliga a matizar, al menos, la oposición hoy en boga entre "pueblos naturales" y "naciones artificiales").

Ternavasio retoma el tema a partir de una reflexión acerca de tres silencios que resultan, en este sentido, sintomáticos. El primero es el observado en el primer Congreso Constituyente convocado en Buenos Aires en 1813. El hecho de que no se invoque ya la fidelidad a Fernando VII pero tampoco se declare la independencia hace manifiestos, como muestra Ternavasio, los dilemas políticos que por entonces enfrentaba el nuevo poder revolucionario. El segundo silencio es el del Congreso Constituyente de 1816 que finalmente declara de manera formal la independencia, pero que lo hace en nombre de las Provincias Unidas de América del Sur, dejando así indeterminada cuál era esa entidad que habría entonces ganado su independencia. El tercero y último es el del Congreso que sanciona la Constitución de 1819, la cual no establece cuál sería la forma de gobierno. Según señala Ternavasio, este silencio deja traslucir aquella cuestión que pronto caería por tierra: cómo conciliar el ideal de autogobierno con la existencia de un poder centralizado.

A continuación, Barbara Pottbast evalúa el "experimento histórico" paraguayo, según define el modelo político montado por Gaspar Francia. Esta perspectiva le lleva a resaltar las particularidades de la experiencia paraguaya en el contexto latinoamericano, dado el marco de relativo aislamiento en que se despliega allí el proceso de construcción de un estado moderno sobre bases representativas. Más allá de las condiciones ecológicas que lo explican, la clave que hace viable un modelo tal esta autora la encuentra en la relativa homogeneidad étnica y cultural de la población local. Si bien insiste en la imposibilidad de realizar un balance imparcial de tal experimento, que toda definición al res-

pecto es siempre relativa a la propia postura, de su descripción se desprende una visión más bien favorable al mismo. No obstante, retomando una tesis propuesta por Thomas Whigham, duda de que aquellos aspectos más singulares y notorios de la política interna y externa de Francia puedan verse como expresión de un ideario "progresista". Más bien continuarían, dice, prácticas arraigadas en la sociedad colonial local.

Rafael Sagredo Baeza, por su parte, rastrea el derrotero ideológico que siguió la afirmación de la celebración del 18 de noviembre como hito inaugural de la historia independiente chilena. En este derrotero, muestra, las victorias militares se imbrican y dan sustento a la voluntad de un muy estrecho círculo dirigente de afirmar su poder exclusivo sobre el conjunto de la sociedad chilena. Ésta habrá así de identificar en el plano ideológico su propio triunfo con el triunfo nacional y celebrar el orden instituido como la expresión genial de la raza chilena. En su conclusión llama en este Bicentenario a oponer a esta "memoria feliz" la "memoria infausta" de los excluidos de este proceso de construcción de un orden político en ese país.

Carlos Contreras y María Luisa Soux afrontan el reto de realizar una historia comparativa del proceso independentista en Perú y Bolivia. Esta visión comparada resulta, en última instancia, pertinente por el hecho de que estos dos procesos se encuentran imbricados entre sí, y ambas regiones comparten, además, características que las hacen perfectamente analogables. En este marco común, Contreras y Soux descubren bifurcaciones en los modos en que las sociedades respectivas se enfrentaron a la perspectiva de la ruptura del lazo colonial. La mayor actividad insurgente en el Alto Perú se explicaría, en última instancia, señalan, por la menor distancia que separaba a la aristocracia local del resto de la población, en contraste con lo que ocurría en el Bajo Perú, en donde los ejércitos libertadores provenientes del exterior encontrarían, como consecuencia de ello, una recepción mucho más

fría. En todo caso, la movilización militar terminará en uno y otro caso llevando luego de la independencia a la instauración de gobiernos pretorianos no muy distintos. El cuadro de Contreras y Soux de los procesos independentistas en Perú y Bolivia termina así convergiendo con el de Sagredo respecto de Chile hacia la conocida tesis de la revolución como "esperanza frustrada" (del que el caso paraguayo sería, en cambio, su contraejemplo).

La independencia de México es abordada desde dos perspectivas distintas en sendos trabajos de Roberto Breña y Eric Van Young. Breña intenta precisar el lugar de la revolución mexicana dentro del contexto más general de las revoluciones hispanoamericanas. Según muestra, en su punto de partida encontramos una serie de fenómenos comunes a las demás regiones que van a producir el deterioro de la situación colonial. Dado este punto de partida común, las similitudes serán previsibles. Sin embargo, habría aspectos que especifican el caso mexicano. Un punto de inflexión lo marca la actitud cerradamente pro-realista que adopta el Ayuntamiento de México en 1808. Esto hace que la insurgencia se desplace de la capital y se concentre en zonas periféricas a la misma. También le dará un carácter popular más marcado, asumiendo en ella, además, los sacerdotes, un papel de liderazgo que no tuvieron en otras regiones. Finalmente, la independencia se consumará allí en un momento en que este movimiento insurgente se encontraba, de hecho, derrotado, siendo los propios generales realistas quienes lo llevarán a cabo. Breña destaca aquí la brecha que separa ambos momentos, el representado por el movimiento iniciado por Hidalgo y el que finalmente impone la independencia de la mano de Iturbide. Este autor concluye su artículo con un ensayo bibliográfico en el que hace un repaso de las distintas perspectivas en que la historiografía abordó la independencia mexicana.

El trabajo de Van Young tiene un alcance más acotado. Él mismo busca precisar cuál es el lugar que ocuparon los secto-

res populares dentro del amplio espectro de fuerzas sociales que convergieron en el movimiento insurgente. La consecuencia más decisiva de este enfoque centrado en la actuación popular es la percepción de la pluralidad de formas de violencia que se albergaron bajo la rúbrica común de la insurgencia, la mayor parte de las cuales tenía objetivos muchos más elementales y menos ideológicamente determinados; típicamente, agravios locales y pugnas añejas entre comunidades, etc. En última instancia, la participación popular arrastrará consigo una cultura y valores arraigados en horizontes inmediatos de vida, lo que haría difícil sostener alianzas más amplias. En este marco, para Van Young, como señalara ya Otto Brunner para el medioevo europeo, no tendría sentido desgajar instancias de realidad que no tenían entidad independiente en sociedades de antiguo régimen, en que la política, la economía, la religión y las formas de organización social resultaban inseparables entre sí. En fin, la apelación a las condiciones materiales como factor explicativo en este contexto tendría, afirma, un papel muy limitado.

Jordana Dym toma como motivo las dificultades para determinar cuál fue la fecha de la "independencia" de Centroamérica para mostrar la complejidad del proceso revolucionario en el Istmo, que lo hace, paradójicamente, sumamente singular pero por ello mismo ilustrativo de fenómenos más generales, que comprendieron a toda la América hispana, pero que en otras regiones se expresaron de manera larvada y sólo allí se hicieron más claramente manifiestos. Algunos rasgos que particularizan esta región es que allí la ruptura con España no se dio a partir de una guerra revolucionaria, pero tampoco le fue impuesta desde fuera ni se mantuvo "siempre fiel" a la corona. La independencia tomó la forma de una "guerra de palabras", en la que las Actas emanadas por las autoridades establecidas (los propios funcionarios coloniales) abrieron paso a nuevas formaciones institucionales cuyos contornos, sin embargo, sólo habrán de determinarse

como resultado del enfrentamiento entre una amplia gama de proyectos contrapuestos. En el curso de esta lucha puede observarse más nítidamente cómo el proceso de reconfiguración de las jurisdicciones introdujo confusión en la distribución y alcance de los poderes territoriales, abriendo paso a innumerables conflictos. Si la capitanía general radicada en Guatemala va a reclamar el derecho de decidir por sí el mantenimiento del lazo colonial o la adhesión al Imperio surgido en México, las Diputaciones provinciales recientemente creadas dentro de su jurisdicción van a desconocer este derecho y arrogarse, en los hechos, una misma voluntad autónoma, la cual, a su vez, no siempre va a ser admitida por los Ayuntamientos constitucionales de las ciudades subordinadas, que van a multiplicarse en esos años, y van a proponer sus propios diseños político-territoriales, dando su adhesión, de manera oscilante, a México, a Guatemala, o a alguna otra jurisdicción ya existente o no. Resulta sugestivo al respecto el documento de la diputación nicaragüense que Dym cita y que rechaza por subversiva la autonomía costarricense por pretender para sí una soberanía que, dice, "sólo existe en la masa común de la totalidad social" (p. 350). El problema que el documento elude pulcramente era, justamente, cómo dictaminar cuál era esa "totalidad social" a la que se refería y cuya entidad sus mismos autores ya habían puesto en entredicho con su secesión de Guatemala. Lo cierto es que si bien este principio de totalidad se había ya disuelto en la práctica, como lo ilustra bien el caso centroamericano, aún entonces no podía prescindirse de él sin poder tampoco determinarse nunca de manera inequívoca en qué consistía (es decir, sin generar conflictos y disputas entre las partes involucradas). Lo cierto es que lo alegadamente "natural" habría de este modo de ceder su lugar a la acción política, la cual, bajo el impulso de la propia dinámica abierta por la ruptura del vínculo colonial, ampliará progresivamente su radio para comprender a la propia geografía política de las comunidades. Como señala

Dym, en el marco de las nuevas problemáticas puestas en juego por el desquiciamiento de los órdenes y jerarquías jurisdiccionales tradicionales, formas antiguas cobrarán un contenido novedoso, llevando ahora a cabo funciones hasta entonces impensadas.

Si el Istmo centroamericano expresa de forma condensada y extrema procesos compartidos por el resto de las áreas del imperio hispano, el área caribeña analizada por Christopher Schmidt-Nowara constituye una historia por completo aparte de las demás. No solamente por el hecho de que permanecerá vinculada a España, sino porque esto fue el resultado, a la vez, de la instauración allí de un modelo hasta entonces inédito de relación entre la corona hispana y sus territorios ultramarinos que, siguiendo el ejemplo de los recientes ensayos de dominación en la región impuestos por Francia y Holanda, redefine completamente el vínculo colonial. En este nuevo tipo de vínculo, las élites criollas locales pasarán a formar parte de una sociedad cuya instauración obligó incluso a España a replantear su alianza de larga data con poderosas corporaciones residentes en la propia Península, afectando intereses que hasta ese momento habían sido vitales para la corona, lo que rebela la nueva centralidad que adquirieron las islas caribeñas en el sistema imperial hispano. Lo cierto es que, como muestra Schmidt-Nowara, este nuevo modelo de pacto colonial allí ensayado se rebelará durante la crisis mucho más sólido y perdurable, lo suficiente como para sobrevivir incluso a la disolución de dicho sistema imperial. No impedirá, sin embargo, que hacia mediados del siglo XIX nuevos desafíos y amenazas minaran las bases de esta alianza.

Por último, Leandro Prados de la Escosura hace un balance del comportamiento económico de América Latina a lo largo del siglo XIX en el que cuestiona el viejo tópico de las "décadas perdidas". Según los datos que aporta, el desempeño general de la región no habría sido malo, en términos generales. De hecho, habría acompañado el promedio global de crecimiento mundial.

Para él, la imagen negativa difundida deriva de que se haya utilizado como punto de referencia a Estados Unidos, cuyo crecimiento fue en realidad excepcional a lo largo de dicho periodo. Y también de que, si bien las cifras para América Latina muestran un crecimiento nada desdeñable, éste fue muy desigual, siendo claramente perceptible sólo en las regiones antes marginales del imperio español. En todo caso, según afirma, los límites al crecimiento fueron más de índole política que económica. La inestabilidad política que se traduce en inseguridad jurídica, la debilidad de los estados con el consiguiente deterioro del aparato impositivo, etc., imponen estrictos límites a las posibilidades de inversión productiva. Los términos de intercambio para los productos latinoamericanos, en cambio, sufrieron una importante mejora, generando oportunidades de crecimiento que, según se desprende de su análisis, y a pesar de lo recién señalado no habrían sido desaprovechadas al menos por algunas de las economías de la región.

Considerado en su conjunto, este volumen cumple con su objeto, según lo define Marco Palacios en la introducción al mismo. Nacido "de un interés cívico que quiere aprovecharse de las efemérides patrias para alcanzar un público lector más amplio que, inevitablemente, estará expuesto a las mismas", dice, se propone "dar cuenta del estado del arte de la historiografía profesional en este campo". Él mismo se inscribe así dentro de un género particular, que suele denominarse "alta divulgación", por lo que las hipótesis que se desarrollan no pretenden ser novedosas, aunque sí exponer debates y problemáticas actuales en la profesión. En este sentido, su aparición representa un aporte valioso. Y si bien un proyecto tal impone inevitablemente recortes siempre más o menos arbitrarios, y tampoco todos los textos reunidos resultan igualmente comprensivos o logran transmitir con igual claridad la riqueza de matices y variedad de tópicos presentes en la bibliografía hoy disponible en el área respectiva, aporta al lector un marco general acerca de un periodo de nuestra historia en

que los marcos generales resultan especialmente relevantes para la comprensión de los procesos particulares.

Elías J. Palti
Universidad Nacional de Quilmes,
Universidad de Buenos Aires,
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas. Conicet

ENRIQUE FLORESCANO (coord.), *Arma la historia. La nación mexicana a través de dos siglos*, México, Grijalbo, 2009, 284 pp. ISBN 9786074295535

Sintetizar es para la escritura de la historia lo que el amor al matrimonio: no hay historia sin síntesis pero sintetizar acaba siempre en traición a la riqueza de la historia. *Arma la historia* es una nueva síntesis mínima de los 200 años de vida de la nación "México"; una suma a varias y diestras manos coordinadas por Enrique Florescano. Se trata de un libro diseñado para apelar a un amplio público lector, para entender la historia patria con mesura pero sin desdén por los enigmas, con claridad pero con un mínimo de detalle. En seis ensayos que cubren cronológicamente distintos tramos del camino entre, grosso modo, 1780 y 2000, Alfredo Ávila, Erika Pani, Aurora Gómez, José Antonio Aguilar y Soledad Loaeza, con tino, logran algo difícil: volver a contar historias sabidas pero desactivando añejos orgullos nacionalistas, ideológicos y raciales. Y lo hacen incorporando la más reciente historiografía.

El tono didáctico se mantiene a lo largo del volumen, pero cada ensayo enfrenta a su manera el estado de las distintas cuestiones y decide los puntos a resaltar. Es manifiesto el interés de utilizar datos duros, económicos, sociales, mezclados con algunos panoramas menos cuantificables (vida cotidiana, la niñez, algo de cul-

tura popular, algunas anécdotas coloridas). La historiografía de cada periodo es muy variopinta, así que, por ejemplo, el ensayo dedicado a la post-revolución cuenta con poco material que incorporar, en tanto que los capítulos del porfiriato o de la independencia tienen mucha más tela de dónde cortar.

La independencia es contada con un sinnúmero de matices; sin perder su heroísmo, Hidalgo cede pista a Morelos y, en algo, a Iturbide, los años de violencia aparecen más como una guerra civil que como una confrontación entre liberales criollos y absolutistas españoles. La primera mitad del siglo XIX —el ensayo más débil de *Arma la historia* (acaso porque no cuenta con una vasta historiografía a la cual recurrir) —es contada como una historia política más o menos convencional pero tratando de dar coherencia al aparente caos y, sobre todo, resaltando las limitantes económicas y políticas en la formación de un Estado, incluyendo los aspectos internacionales. El imperio, la república restaurada y el porfiriato realmente ganan una nueva síntesis en *Arma la historia*, una que incorpora mucho de lo nuevo que sabemos sobre el tema. La Revolución es descrita con las tintas fuertes cargadas del lado del conflicto, las continuidades con el porfiriato y la desmitificación de dogmas de la historia económica y social de la Revolución. Las primeras décadas posrevolucionarias aparecen como un periodo mucho más importante y formador del México contemporáneo que la propia Revolución —una propuesta afortunada y provocadora. Finalmente, las últimas décadas son contadas como algo más que el paso de sexenios y con un acento especial en la lucha por la democracia, heroína que aparece tarde en escena: ni tan bonita ni tan excelsa, pero ahí, luchando por vivir.

Por mesurada que sea esta nueva síntesis —y es la parsimonia su característica más sobresaliente—, contiene los ingredientes para armarla a la manera del Pípila sí o Pípila no durante la década de 1990. Pero es improbable que *Arma la historia* sea objeto de las

pasiones de editoriales y programas radiofónicos, porque es una propuesta demasiado profesional, seria y minuciosa como para extraer de ella el renglón que haga las de cabecera en los periódicos o de muletilla en los tertulianos de la radio.

Por cumplir con brevedad diría que hay tres nuevos acentos en esta síntesis, cuya expresión varía dependiendo del periodo y del historiador que los maneja. El primero es un sano regreso a cuestiones ecológicas, geográficas y demográficas. El segundo, derivado del primero, es un acento en lo que hace décadas Lesley B. Simpson llamó "los muchos Méxicos": la diversidad geográfica, política, étnica y económica de México a lo largo de 200 años. En tercer lugar, *Arma la historia* es un loable esfuerzo por desmitificar la fuerte carga moral de la historia patria. Así, por decir, no aparecen malos españoles ni buenos criollos, la República Restaurada resulta menos paradisíaca o se cuentan las bondades mexicanas frente al exilio español a la par del anti-semitismo y del racismo de las políticas migratorias de la década de 1930.

Por supuesto que el vicio nuestro, el de los expertos, sería encontrar sobrantes y faltantes en cada sucinto capítulo. Eso es fácil, lo difícil es proponer una diferente manera de sintetizar. Porque lo que es incuestionable es la necesidad de estas nuevas síntesis. Hay, empero, dos reparos que pongo al libro, uno que sólo menciono para reclutar historiadores en busca de la salida, y otro que por seguro era fácilmente solucionable. El primero deriva de un acertijo para el cual no encuentro arreglo: sin duda la potencia de las historias patrias que sostienen fuertes nacionalismos deriva de la libertad que tienen estos relatos para ponerle emoción a la trama; pero cuando la prosa está guiada por una sana circunspección, por los bemoles, por el pluralismo de visiones, ¿cómo lograr capturar la atención de los lectores jóvenes? Nadie podrá cuestionar la claridad de exposición de *Arma la historia*, pero más de uno sentirá nostalgia de emoción aquí y allá. Desarmar enraizadas historias con nueva investigación, datos duros e innovado-

ras ideas, es difícil pero es posible. Desarmar historias contando historias (*stories*) es un reto más enredado. Requiere de técnica narrativa y de imaginación, sobre todo cuando se trata de síntesis, y son contados los que logran trasmitir dudas, enigmas, mesura y claros-obscuros al tiempo que cuentan historias emocionantes.

Por otra parte, este dilema pudo haber sido menguado con el uso de un formato distinto. Este libro es pura prosa, sin pies de página —que ya va bien— y con unas cuantas gráficas al final. Pero tengo para mí que *Arma la historia* pedía a gritos un formato más amigable e imaginativo: ilustraciones, recuadros con documentos y anécdotas, mapas varios, *links*, gráficos de todo jaez, en fin, todo aquello que la industria del libro ha desarrollado con gran éxito. El poder de estos ensayos se hubiera duplicado con tal formato, sobre todo porque *Arma la historia* es lanzado como un instrumento de uso, un rompecabezas para armar en casa y en el salón de clases. No faltaron visiones de historiadores, el libro incluye de los mejores, lo que faltó es la mano sabia de un buen diseñador gráfico. Esperemos que una segunda edición cambie el formato y así nos proporcione el símil práctico para el rompecabezas que es enseñar historia.

Mauricio Tenorio Trillo
Universidad de Chicago
Centro de Investigación y Docencia Económicas

Ortiz Escamilla, Juan y María Eugenia Terrones López (coords.), *Derechos del hombre en México durante la guerra civil de 1810*, Comisión Nacional de los Derechos Humanos e Instituto Mora, México, 2009

La propuesta de este libro es arriesgada. No parece fácil hablar de "derechos del hombre" en una sociedad todavía en gran par-

te de antiguo régimen y en el contexto de un cruento conflicto bélico.

Por definición en las sociedades de antiguo régimen no había "derechos del hombre" en abstracto sino "derechos de hombres" concretos, variables en función del grupo, estamento o corporación a la que se pertenecía. La afirmación de De Maistre de que la revolución francesa había hecho una declaración de Derechos del Hombre pero que él había viajado por el mundo y había encontrado italianos, franceses o ingleses y que incluso, gracias a Montesquieu sabía que existían los persas, pero no hombres, se podía extender, desde el punto de vista de los derechos, al interior de cada una de las comunidades políticas, no había tampoco franceses, italianos o novohispanos, sino nobles, miembros del tercer estado, clérigos, indios, españoles (en el sentido de blancos), etc. Esto no quiere decir, por supuesto, que las sociedades de antiguo régimen fueran sociedades sin derechos, regidas por el despotismo y la arbitrariedad. Al contrario, eran sociedades reglamentadas hasta la obsesión en las que los derechos estaban tan bien, o tan mal, protegidos como en la posterior sociedad liberal, pero en todo caso no menos regulados. Quiere decir únicamente que los derechos no eran universales y adscritos al individuo sino particulares y adscritos al grupo.

También por definición, un conflicto bélico no es un buen momento para leyes y derechos. En acertada expresión latina, retomada por uno de los autores como título de su trabajo, *inter arma silent leges* ("cuando las armas hablan, callan las leyes"). Si esto es cierto en cualquier tipo de guerra, lo es más todavía en las civiles, en las que el terror no es un daño colateral sino parte de la estrategia bélica. Pocos son los héroes de una guerra civil que podrían enfrentar con alguna garantía un juicio sobre su respeto a los derechos del hombre. Afortunadamente para ellos la historia tiene cierta tendencia a justificar a los vencedores, el fin justifica los medios, y los vencidos, ya se sabe que no son héroes.

Aunque algunas veces el olor a sangre de los panteones nacionales es tan intenso que hace aconsejable taparse la nariz y mirar para otro lado.

El libro coordinado por Ortiz Escamilla y Terrones López sortea con elegancia estas dificultades y al terminar su lectura uno no sólo queda convencido de que tiene sentido analizar el problema de los derechos del hombre en el México de entre 1810 y 1910 sino de que es absolutamente imprescindible hacerlo. Es más, preguntándose por qué no se había hecho antes.

La llamada guerra de independencia mexicana fue muchas cosas, guerra civil, revolución, conflicto étnico, quizás lo que menos una guerra de independencia, aunque este fuera su resultado más visible. Entre esas muchas cosas fue una revolución político-ideológica que cambió los fundamentos mismos de las relaciones entre el individuo y la sociedad. Una mutación radical, de la que nosotros seguimos siendo herederos, que fue el resultado del propio conflicto bélico y no del triunfo de la propuesta de uno de los bandos. La guerra no fue el enfrentamiento de insurgentes liberales, defensores del progreso y de las ideas ilustradas, contra realistas reaccionarios, defensores de la tradición y del antiguo régimen, sino algo mucho más enrevesado y complejo para cuya comprensión este libro proporciona algunas claves interesantes.

Uno de los primeros aciertos es, a pesar del patrocinio de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos de México, haber elegido como aglutinador el concepto de "derechos del hombre" y no "derechos humanos". Una elección, explicada en el capítulo que hace de presentación, "Derechos del hombre y guerra civil: un problema sin solución, 1810-1821", María Eugenia Terrones López, que permite ubicar el problema en un contexto histórico preciso, el del fin del antiguo régimen y el desarrollo de las revoluciones atlánticas, revoluciones burguesas o como queramos llamarlas. Esto permite sortear el riesgo de una mera enu-

meración, efectista y anacrónica, de violaciones a los derechos humanos, a las que tanto insurgentes como patriotas contribuyeron con ahínco y entusiasmo, y dotar al texto de densidad histórica. Resultan también sumamente pertinentes y esclarecedoras las reflexiones de este primer capítulo en torno al problema de la guerra civil, un asunto sobre el que los historiadores mexicanos no hemos reflexionado demasiado y sobre el que sería necesario hacerlo. La guerra civil es, para los nuevos Estados-nación que sustituyeron los Estados-dinásticos anteriores, un problema de enorme calado político. La lucha entre hermanos pone en cuestión la existencia de la fratría nacional base de su legitimidad, con el problema añadido de que en el origen de la mayoría de las naciones contemporáneas hay precisamente una guerra civil. Las historiografías nacionales, y nacionalistas, han resuelto este problema convirtiendo muchos de estos conflictos bélicos en guerras de independencia o revoluciones. Una estrategia política, legítima, que los historiadores hemos aceptado con excesiva complacencia, sin parecer darnos cuenta que denominar un conflicto bélico, guerra de independencia, guerra civil o revolución es ya una toma de partido, un juicio histórico y no un análisis académico.

El segundo capitulo, obra de María del Refugio González, analiza el marco jurídico de los derechos del hombre en la guerra de independencia. Una aproximación más que necesaria si consideramos que el ejercicio de cualquier derecho conlleva la existencia de una normatividad legal que le de sustento y lo justifique. Un trabajo que tiene la virtud de hacer una precisa síntesis no sólo de las normas jurídicas producidas durante la guerra sino del trasfondo filosófico subyacente detrás de ellas y del sustrato teórico y práctico a partir del que evolucionaron. Todo ello con una clara voluntad, que se agradece, de dirigirse no sólo a los historiadores del derecho sino también a los que trabajamos otras disciplinas históricas.

El tercer capítulo, obra de Juan Ortiz Escamilla, se ocupa del respeto real, habría que precisar que más bien de la falta de respeto, por parte de realistas e insurgentes de los derechos no tanto del hombre, aquí sí cabría decir humanos, durante el conflicto bélico. El autor es, sin ninguna duda, uno de los mejores conocedores del desarrollo de la guerra en la Nueva España. La enumeración de masacres, asesinatos, saqueos, incendios, es sobria y precisa, eligiendo los que parecen más reveladores y significativos. La única objeción que cabría hacer es que a veces parece tentado a juzgar, justificando los excesos de unos por los excesos de otros. Como ya afirmó Edmundo O'Gorman, la función del historiador es explicar, no juzgar. Y la explicación parece, en este caso, relativamente sencilla, el terror, la conculcación sistemática de los derechos humanos, no es en las guerras civiles una excepción sino parte de una estrategia bélica de movilización y desmovilización. Por eso la guerra de independencia mexicana fue tan cruel y sangrienta, no se trataba sólo de ganar batallas sino de conseguir que la población se decantara de un lado o de otro. Y el miedo, tal como para esas fechas ya había demostrado la revolución francesa, es una excelente forma de pedagogía política.

En el cuarto capítulo Juan Antonio Serrano Ortega analiza la implantación de derechos políticos, libertad de opinión e igualdad fiscal en la Nueva España durante el desarrollo de la guerra. A estas alturas caben muy pocas dudas sobre el carácter revolucionario de lo ocurrido, en relación con estos aspectos, en la monarquía católica durante la segunda década del siglo XIX. La polémica sobre el lugar de la Constitución de Cádiz en esta revolución hispánica resulta sin embargo más complicada, aunque debería resultarlo menos en el caso novohispano, uno de los territorios de la monarquía, tal como afirma Jaime O. Rodríguez, más implicado en la revolución gaditana. Las posturas de Serrano Ortega a este respecto son de sobra conocidas: las bases de la revolución de la Nueva España están mucho más en la constitu-

ción gaditana que en cualquiera de los textos políticos insurgentes, incluida la conocida como Constitución de Apatzingán. El análisis que hace de los avatares de la implantación de estos derechos, piedra angular del nuevo sistema político, en el contexto no sólo de un territorio en guerra sino de un poder central que en unos momentos los defiende y en otros los persigue, resulta claro y convincente. Estos nuevos derechos estuvieron vigentes de manera intermitente entre 1810 y 1821 pero, sobre todo, fueron reclamados con insistencia por muchos novohispanos, tanto simpatizantes de los realistas como de los insurgentes, creando el caldo de cultivo que permitió su desarrollo posterior.

Rosío Cordova Plaza se ocupa del problemático asunto de las mujeres y sus derechos durante el conflicto bélico. Problemático porque, como nos recuerda la autora, la invisibilidad femenina no sería el reflejo de una realidad sino de eso que Pierre Bourdieu llamó "la deshistorización de la historia". Constatación que tampoco resuelve nada. Nos explica porque son invisibles pero siguen siendo invisibles. Córdova Plaza obvia el problema con una interesante reflexión teórica acerca de los mecanismos que hicieron posible esta "deshistorización", que le permite también un acercamiento a los papeles jugados por las mujeres en un momento histórico de guerra generalizada en el que las tradicionales actuaciones de género, si bien no desaparecieron, fueron forzados al máximo. Mujeres que si bien parece participaron en la guerra menos que los hombres, la sufrieron igual y en algunos casos más, por ejemplo en el no demasiado estudiado recurso a las violaciones en masa.

El último capítulo, un estudio de los símbolos e imágenes utilizados durante la guerra, es el único que no se atiene al tema general del libro. Obra de la conocida especialista Martha Terán es un exhaustivo y preciso recorrido por las distintas enseñas, banderas y símbolos militares utilizados por los insurgentes y, en menor medida, por los realistas. Entre las de las insurgentes están, por

supuesto, las diferentes guadalupanas, el llamado "doliente de Hidalgo" y las primeras águilas mexicanas, pero también, lo que es menos conocido, las blancas con la cruz de San Andrés de la monarquía católica o el escudo de la Casa de Borbón, hasta llegar a la trigarante de 1821; entre los de los realistas las condecoraciones que se comenzaron a utilizar de manera profusa como premio a determinados hechos de armas. La autora, por lo demás, no se limita a analizar las características de estos símbolos sino que intenta desentrañar el significado que se les atribuyó en la época y sus cambios y modificaciones.

Un último comentario tiene que ver con la cuidada edición y, de manera muy particular, con la búsqueda y selección de imágenes. Un libro profusamente ilustrado que permite también un acercamiento visual a la época, en algunos casos con imágenes muy poco conocidas. Lástima que, salvo algunas excepciones, hayan sido utilizadas sólo como decoración y no como documentos iconográficos que aportan información relevante y complementaria.

Tomás Pérez Vejo
Escuela Nacional de Antropología e Historia

RESÚMENES

Tomás Pérez Vejo: *Historia, política e ideología en la celebración del Centenario mexicano*

La celebración del Centenario de la Independencia fue acompañada en México de un complejo debate histórico-político-ideológico en torno al ser de la nación, el saldo de los 100 años de vida independiente y los problemas y retos para el futuro. Este trabajo analiza, a partir básicamente de fuentes periodísticas, las características de este debate, sus principales claves interpretativas y su significado en el contexto del proceso de construcción nacional mexicano.

Palabras clave: México, porfiriato, Centenario de la independencia, construcción nacional, inmigración, indigenismo, relaciones México-España.

VERÓNICA ZÁRATE TOSCANO: *Los hitos de la memoria o los monumentos en el Centenario de la independencia de México. Ópera imaginaria en una obertura y tres actos*

Como parte de las festividades del Centenario de la Independencia de México, se inauguraron esculturas conmemorativas de héroes mexicanos y extranjeros. Estas obras son una fuente histórica de enorme valía para indagar la conformación de la memoria histórica. Los actos cívicos que acompañaron su instalación pueden ser analizados desde distintas ópticas y preludian el desmoronamiento de uno de los regímenes más polémicos de nuestra historia que motivó un movimiento revolucionario de profunda raíz.

Palabras clave: monumentos, porfiriato, fiestas del Centenario, símbolos cívicos, ópera.

IGNACIO TELESCA: *Paraguay en el Centenario: la creación de la nación mestiza*

El texto trabaja la articulación identitaria que realizó la intelectualidad paraguaya después de la guerra contra la Triple Alianza (1864-1870) y en los albores de la celebración del Centenario de la independencia (1811). Se pone de manifiesto cómo de un concepto de raza mestiza, pero blanca, sui géneris, superior a las del resto del continente, que permitió el heroísmo del soldado en la guerra, se pasa a un uso eminentemente político del mestizaje como cimentador de un Estado fuerte, unipersonal.

Palabras clave: Paraguay, Centenario, nación mestiza.

Liliana Brezzo: "Reparar la nación", *discursos históricos y responsabilidades nacionalistas en Paraguay*

Este artículo analiza el influjo del nacionalismo en la obra histórica en Paraguay desde 1897 hasta el Centenario de la revolución de la independencia. El autor expone las ideas de fondo de las monografías que se publicaron y establece una primera clasificación en la historiografía paraguaya a la que los autores pertenecen. El artículo propone, asimismo, una serie de reflexiones sobre los estratos y procesos de la conciencia histórica social, permitiendo dar cuenta de una serie de rasgos de la cultura histórica en Paraguay y de los historiadores como uno de los actores que la crean.

Palabras clave: Paraguay, Centenario, discursos históricos, asincronisno historiográfico.

Luis Ricardo Dávila: *Centenario e inventario de los problemas venezolanos*

El artículo analiza la lógica de la celebración centenaria, mostrando cómo se sedimentan sus hitos en la memoria colectiva. Se presenta la panorámica intelectual del Centenario en tres momentos: *1)* Examinando todo lo relacionado con la celebración del 19 de abril de 1810, su sentido y significación. *2)* Considerando lo relativo al I Congreso de Municipalidades Venezolanas, lo que permitió hacer un balance de la situación histórica, política y social del municipio, equivalente a un inventario de los problemas del país. *3)* Tratando lo concerniente a la celebración del Centenario del 5 de julio de 1811. Se finaliza analizando texto y contexto de nuevas construcciones historiográficas.

Palabras clave: Rehabilitación nacional, conciencia nacional, patriotismo culto, canon historiográfico, nación como herencia y como proyecto, tiempo pasado, presente y futuro.

ROLDÁN ESTEVA-GRILLET: *Las artes plásticas venezolanas en el Centenario de la independencia, 1910-1911*

La conmemoración del Centenario de la Independencia en Venezuela afianzará en el pueblo la idea de haber alcanzado finalmente un clima de paz y armonía, de reencuentro con las glorias del pasado. Las iniciativas oficiales a favor de las artes se encaminaron necesariamente hacia la exaltación de los valores patrióticos, mediante monumentos públicos según los cartabones clasicistas. El Centenario fue, quizá, el punto culminante de esa tradición académica rechazada por los jóvenes pero socorrida por las instituciones oficiales, y no es casual el éxito obtenido por dos artistas, el escultor Eloy Palacios con su *Monumento a Carabobo* de 1911 y el pintor Tito Salas con su *Tríptico Bolivariano* del mismo año. La mayor parte del patrimonio artístico público encomendado para la fecha sigue sirviendo de ornato en la ciudad capital, aunque no se haya valorado todavía en conjunto la contribución de los artistas.

Palabras clave: Arte venezolano, independencia, Eloy Palacios, Tito Salas, Juan Vicente Gómez.

ANTONIO SÁEZ-ARANCE: *Entre la autocomplacencia y la crisis: discursos de chilenidad en el primer Centenario*

Las celebraciones del primer Centenario de la independencia chilena en 1910 estuvieron monopolizadas por la élite dirigente, que aprovechó la ocasión para poner de manifiesto su hegemonía

política y cultural mediante festejos y obras públicas de carácter representativo. Al mismo tiempo, el Centenario abrió una fase de reflexión crítica sobre la situación del país en la que participaron destacadas figuras de la intelectualidad de la época. El artículo examina ambos aspectos, intenta ponerlos en relación desde el punto de vista de los diversos discursos identitarios implícitos en uno y otro, y concluye con la constatación de un significativo déficit de integración nacional, necesitado también de corrección con vista a conmemoraciones futuras.

Palabras clave: Chile, nacionalismo, identidad, conmemoración.

GLORIA CORTÉS ALIAGA y FRANCISCO HERRERA MUÑOZ: *Geografías urbanas, arte y memorias colectivas: el Centenario chileno y la definición de lugar*

Las metáforas de identificación en la ciudad durante la celebración del Centenario en Chile fueron delimitadas por discursos partidistas, el acceso a la modernidad y la oposición a la continuidad del sistema político, cultural y social que se originara durante el siglo XIX. Junto a ello, la definición del territorio permitió, por una parte, el desarrollo de la retórica del paisaje en función de una crítica social que contiene los paradigmas de espacio y lugar. Mientras que por otra potenció la definición de espacios de poder, donde los festejos, actividades populares y la instalación de monumentos delimitan la política territorial y la construcción simbólica de la oligarquía chilena. La lectura de estas expresiones explicaría la posición que ocuparon los sujetos sociales y su afirmación en el territorio a partir de 1910.

Palabras clave: Chile, Centenario, arte.

LAURA MALOSETTI COSTA: *Arte e historia en los festejos del Centenario de la revolución de mayo en Buenos Aires*

Dentro del amplio panorama de celebraciones del primer Centenario de la revolución de mayo en Buenos Aires 1910, desde el Museo Histórico Nacional fue encarado un amplio proyecto de producción y circulación de imágenes y textos orientados a fijar, a partir de la iconografía y la escultura monumental, un relato hegemónico de la historia nacional. En el artículo se discuten los alcances y crisis de estas iniciativas respecto de la consolidación de un modelo canónico de imaginería histórica en tensión con otras ideas respecto del arte argentino en el contexto internacional.

Palabras clave: Museo Histórico Nacional de Argentina, arte y monumentos conmemorativos, Buenos Aires 1910, arte público, Centenario de la independencia.

GUILLERMO BUSTOS LOZANO: *La conmemoración del primer Centenario de la independencia ecuatoriana: los sentidos divergentes de la memoria nacional*

El artículo analiza los sentidos divergentes con que se buscaba reinterpretar la "historia patria" a propósito de la conmemoración del primer centenario de la independencia ecuatoriana, el 10 de agosto de 1909. Se estudian determinadas narrativas y rituales de la conmemoración, centrándose en la dialéctica entre presente y pasado, los marcos de percepción del pasado y el proceso de erección del monumento a los próceres de 1809. El estudio pone especial atención a los sustratos hispanista, religioso y laico que pugnaron por constreñir la memoria nacional y el dis-

curso patriótico. Finalmente se reflexiona sobre la función que el "deber de memoria", un concepto propuesto por Paul Ricoeur, cumplió en la conmemoración.

Palabras clave: Ecuador, Centenario, memoria nacional.

Alberto Escovar Wilson-White: *Bogotá en tiempos de la celebración del primer Centenario de la independencia*

En este artículo se analizan las transformaciones urbanas y arquitectónicas que sufrió Bogotá a partir de la celebración del primer Centenario de la Independencia de Colombia en 1910, evento que tuvo lugar en una urbe que experimentaría en el siglo xx un desbordante crecimiento poblacional y físico. Con este fin, se describe la situación económica y política de Colombia en los albores del siglo xx, se refiere al lugar elegido para la exhibición conmemorativa al Centenario de 1910 y se aborda la arquitectura de la ciudad en ese momento. Se describen luego las diversas estructuras arquitectónicas que conformaron la exhibición, sus autores y contenidos, así como los usos que luego se les asignaron y su destino final. Por último, se hace un balance de las posibles implicaciones urbanas y arquitectónicas que tuvo esta exposición en el desarrollo de Bogotá en el siglo xx.

Palabras clave: Colombia, Centenario, independencia, urbanismo.

JAVIER MORENO LUZÓN: *Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y Centenario de las independencias en 1910-1911*

Este artículo analiza la participación española en los Centenarios de algunas independencias americanas en 1910-1911 (las de Argentina, México, Chile y Venezuela). En él se estudian, por un lado, los tópicos recurrentes del nacionalismo español de la época, atravesado por la necesidad de "regenerar" España tras el Desastre de 1898 mediante la adopción de un lenguaje hispanoamericanista. Por otro, las iniciativas de las colectividades de inmigrantes, preocupadas por su cohesión y su visibilidad, en los diversos países americanos. Y, para terminar, los impulsos y limitaciones de la política exterior de España. Con todo ello se pone de manifiesto la importancia que adquirieron las conmemoraciones en el desarrollo de los movimientos y políticas nacionalistas.

Palabras clave: hispanoamericanismo, nacionalismo español, emigración, conmemoraciones.

ABSTRACTS

Tomás Pérez Vejo: *History, Politics and Ideology in the Centennial Celebration of Mexico's Independence*

In Mexico, the celebration of the independence's hundredth anniversary was accompanied by a complex historical-political-ideological debate on the nature of the nation, the balance of a hundred years of independent life, and the problems and challenges for the future. This work analyzes, mainly through journalistic sources, this debate's characteristics, as well as its interpretative keys and its relevance within the process of Mexican national construction.

Key words: Mexico, Porfiriato, centenary of the independence, national construction, immigration, indigenism, relations between Mexico and Spain.

VERÓNICA ZÁRATE TOSCANO: *The Landmarks of Memory: Monuments in the Centenary of Mexico's Independence. Imaginary Opera in an Overture and Three Acts*

Many monuments of Mexican and foreign heroes were erected as part of the festivities to commemorate the hundredth anniversary of Mexico's independence. These works of art are hugely valuable sources for studying how historical memory is shaped. The civic events that enveloped their erection can be analyzed from different viewpoints and forecast the disintegration of one of the most polemic regimes in our history, which gave place to a deeply rooted revolutionary movement.

Key words: Monuments, Porfiriato, centennial celebrations, civic symbols, opera.

IGNACIO TELESCA: *Paraguay at its Centenary: the Creation of a Mestizo Nation*

This text studies the articulation of identity carried out by Paraguayan intellectuals after the war against the Triple Alliance (1864-1870) and in the eve of celebrating the centennial of their independence (1811). The author shows how a previous identity, based on a concept of mestizo race, but white in its own way, superior to the rest of the continent and allowing the soldiers' heroism in war, was transformed into a mainly political use of mixed races as the foundations of a strong nation.

Key words: Paraguay, Centenary, Mestize Nation.

LILIANA BREZZO: "Repairing the Nation": *Historical Discourses and Nationalist Responsibilities in Paraguay*

This work analyzes the influence of nationalism in Paraguay's historical literature from 1897 to the centenary of its independence. It puts forward the essential ideas in published works and establishes a preliminary classification of their authors within Paraguayan historiography. Besides, the article proposes a series of reflections on the levels and processes of social historical awareness, accounting for several traits of Paraguayan historical culture and of historians as some of the actors who produce this culture.

Key words: Paraguay, Centenary, historical discourses, historiographical asynchronicity.

LUIS RICARDO DÁVILA: *Centenary and Inventory of Venezuelan Problems*

This work analyzes the rationale of the centennial celebration and shows how its landmarks become anchored in collective memory. The author puts forward and examines the centenary's intellectual landscape regarding three moments: *1)* everything concerning the celebration of April 19th, 1810, including its meaning and relevance; *2)* everything concerning the First Congress of Venezuelan Municipalities, which allowed a balance of the municipality's historical, political, and social situation, that is, an inventory of the country's problems; *3)* everything concerning the celebration of July 11th, 1811. The article concludes by analyzing the text and context of the new historiographical constructions.

Key words: National rehabilitation, national consciousness, cultured patriotism, historiographical canon, nation as heritage and as project, past, present, and future.

ESTEVA-GRILLET, ROLDÁN: *Art in Venezuela during the Centenary of its Independence, 1910-1911*

The commemoration of the centenary of Venezuela's independence strengthened in the people the idea of finally having reached an environment of peace and harmony, and of reunion with past glories. Official initiatives favoring the arts necessarily chose the path of exalting patriotic values through public monuments following classical standards. The Centennial was probably the highest point in this academic tradition rejected by youths, but useful to official institutions, so the success of two artists is not casual: sculptor Eloy Palacios with his *Monument to Carabobo* in 1911, and painter Tito Salas with his *Bolivarian Triptych* in the same year. Most of the public artistic heritage commissioned for the centennial still adorns the capital, but the artists' contribution has not yet been fully assessed.

Key words: Venezuelan art, independence, Eloy Palacios, Tito Salas, Juan Vicente Gómez.

ANTONIO SÁEZ-ARANCE: *Between Self-Satisfaction and Crisis: Discourses of Chilean Identity during the First Centennial of Chile's Independence*

In Chile, the celebrations of their independence's first centenary were monopolized by the ruling élite, which benefited from the occasion by expressing its political and cultural hegemony with

festivals and public works representative in nature. At the same time, the centenary gave place to a phase of critical reflection on national situation, in which several important intellectuals of the time took part. This work examines these two aspects and attempts to establish connections between them, centered on the discourses of identity found in both. The author concludes with the ascertainment of a strong deficit in national integration, requiring corrections for future commemorations.

Key words: Chile, nationalism, identity, commemoration.

GLORIA CORTÉS ALIAGA and FRANCISCO HERRERA MUÑOZ: *Urban Geographies, Art, and Collective Memories: the Chilean Centenary and the Definition of Place*

The identification metaphors during the celebration of the independence centenary in Chile were defined by partisan discourses, access to modernity, and opposition to the political, cultural, and social system originated during the nineteenth century. On the one hand, this territorial definition gave place to a rhetoric of landscape according to a social critique containing the paradigms of time and space. On the other hand, it fostered the definition of spaces of power, where festivities, popular activities, and the erection of monuments delimit territorial politics and the symbolic construction of Chilean oligarchy. Reading these expressions would explain the position occupied by social subjects and their territorial affirmation after 1910.

Key words: Chile, Centenary, Art, Collective Memories.

LAURA MALOSETTI COSTA: *Art and History in the Celebration of the Centenary of the May Revolution in Buenos Aires*

Among the wide variety of events carried out to celebrate the first centenary of the May Revolution in Buenos Aires in 1910, the National History Museum planned a huge project of production and distribution of images and texts designed to produce, through iconography and monuments, a hegemonic narrative of national history. This work discusses the scope and crises of these initiatives regarding the crystallization of a canonic model of historical imaginary as opposed to other ideas of Argentine art in the international context.

Key words: Museo Histórico Nacional de Argentina, commemorative art and monuments, Buenos Aires 1910, public artwork, centenary of the independence.

ALBERTO ESCOVAR WILSON-WHITE: *Bogotá during the Celebration of the First Centenary of Colombian Independence*

This work studies the urban and architectural transformation witnessed in Bogotá after the first centenary of Colombia's independence in 1910, which was celebrated in a city that would undergo overwhelming demographic and physical growth during the twentieth century. Colombia's economic and political situation at the turn of the century is described, as well as the place chosen for the commemorative exhibition of the 1910 centennial and the city's architecture at the moment. Then the different architectural structures used in the exhibition, their authors and contents are described, as well as the uses they received later on and their final fate. By way of conclusion, the author

makes a balance of the exhibition's possible urban and architectural implications for Bogotá's development during the twentieth century.

Key words: Colombia, Centenary of Independence.

JAVIER MORENO LUZÓN: *Reconquering the Americas in order to Regenerate Europe. Spanish Nationalism and American Independence Centennials in 1910-1911*

This article analyzes Spanish participation in the centennial celebration of several American independencies in 1910-1911 (those of Argentina, Mexico, Chile and Venezuela). The recurring issues of Spanish nationalism of that time are studied, including the need to "regenerate" Spain after the 1898 Disaster, by adopting a "hispanoamericanist" language. The author also describes the initiatives of several immigrant collectivities in these American countries, concerned as they were about their cohesion and visibility, and discusses the impulses and limitations of Spain's foreign policies. All these elements reveal the relevance acquired by centennial commemorations in nationalist movements and policies.

Key words: "hispanoamericanism", Spanish nationalism, emigration, commemorations.

Traducción de Lucrecia Orensanz

NORMAS DE LA REDACCIÓN

1. SÓLO SE RECIBIRÁN MATERIALES INÉDITOS. La responsabilidad por las colaboraciones que se publican en la revista es exclusivamente de los autores. *Historia Mexicana* y El Colegio de México son ajenos a ella.

2. Los autores enviarán su colaboración en soporte electrónico (versión Word para Windows) a la dirección electrónica histomex@colmex.mx

3. Los textos deberán incluir un resumen no mayor de diez líneas.

4. Todas las ilustraciones y gráficas deben estar preparadas para reproducción y numeradas consecutivamente. Irán en páginas separadas y su colocación en el texto se deberá indicar con claridad.

5. Los cuadros y tablas se numerarán de modo consecutivo y su colocación en el texto se señalará claramente. Cuando su extensión lo requiera irán en páginas aparte.

6. Las notas se reducirán siguiendo el formato establecido por *Historia Mexicana*. Éstas irán al final del texto, con paginación corrida, antes de la bibliografía; estarán numeradas de manera consecutiva con números arábigos volados.

7. Todas las siglas y referencias que aparezcan mencionadas se incluirán completas al final del texto, en orden alfabético, en la sección de SIGLAS Y REFERENCIAS; la paginación será corrida. En todos los casos se deberá seguir el formato ya establecido por *Historia Mexicana*.

8. Al inicio de los artículos se deberán indicar claramente después del título, el nombre del autor y el de la institución a la que pertenece. En los testimonios, notas, reseñas, etc., estos datos se colocarán al final del texto.

9. No se admitirá ninguna colaboración que no se atenga a estas *Normas*.

10. La redacción acusará recibo de los originales en un plazo de quince días hábiles a partir de su recepción. La aceptación de cada colaboración dependerá de la evaluación de dos especialistas anónimos. De acuerdo con ésta, la redacción decidirá sobre la publicación e informará a los autores en un plazo razonable.

11. Para evitar costos extra de impresión, no se aceptará ningún cambio en el texto después de aprobada la colaboración.

12. En ningún caso se devolverán los trabajos recibidos por *Historia Mexicana*.

ADVERTENCIA: se solicita que las editoriales y los autores que deseen enviar libros para reseña, lo hagan a la Redacción de la revista. Toda obra aparecerá citada anualmente en una lista de PUBLICACIONES RECIBIDAS.

Graciela San Juan, secretaria, colaboró en la preparación de este número.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

FERNANDO SAÚL ALANIS ENCISO

"Vámonos pa' México". *La comunidad mexicana en Estados Unidos y la conscripción militar durante la primera guerra mundial, 1917-1918*

IGNACIO ALMADA BAY

De regidores porfiristas a presidentes de la República en el periodo revolucionario. Explorando el ascenso y la caída del "sonorismo"

LUIS ANAYA MERCHANT

El cardenismo en la revolución mexicana; conflicto y competencia en una historiografía viva

MARIO BARBOSA CRUZ

Trabajadores en las calles de la ciudad de México: subsistencia, negociación y pobreza urbana en tiempos de la Revolución

MÓNICA BLANCO

Toribio Esquivel Obregón, encuentros y desencuentros con el antirreeleccionismo

JAVIER GARCIADIEGO DANTAN

José Inés Chávez García, ¿rebelde, bandido social, simple bandolero o precursor de los cristeros?

ALICIA GIL LÁZARO

La repatriación gratuita de inmigrantes españoles durante la revolución mexicana, 1910-1920

DANIELA GLEIZER

De la apertura al cierre de puertas: la inmigración judía en México durante las primeras décadas del siglo XX

JAVIER MAC GREGOR CAMPUZANO

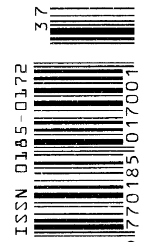
Elecciones federales y transición a un nuevo régimen: Mexico, 1920 y 1922. Estudios de caso

MARCO ANTONIO SAMANIEGO LÓPEZ

El norte revolucionario. Diferencias regionales y sus paradojas en la relación con Estados Unidos

SUSANA SOSENSKI

Entre prácticas, instituciones y discursos: trabajadores infantiles en la ciudad de México (1920-1934)



www.colmex.mx/historiamexicana